GORMENGHAST

MERVYN PEAKE

Lord Groan, que ha enloquecido definitivamente y cree estar metamorfoseándose en búho; su esposa, la obesa *lady* Gertrude, que convive con centenares de pájaros, algunos de los cuales residen entre sus cabellos; el pequeño Titus, el heredero de ojos violeta; Sourdust, el anciano maestro de ceremonias que tiraniza a los trágicos aristócratas. Y Steerpike, el joven cocinero, héroe y villano que confabula para destruir a la familia y conquistar el poder… Este elenco de excéntricos personajes circula por los oscuros corredores del colosal castillo de Gormenghast, tan laberíntico e inabarcable, violento y sofisticado como el universo literario de Peake.

Peake murió en 1968 tras una larga enfermedad.

Mervyn Peake

Gormenghast

Los libros de Titus - 2

ePub r1.4
Titivillus 24.2.2016

Título original: *Gormenghast*
Mervyn Peake, 1950
Traducción: Ana Quijada y Encarna Quijada

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Maeve

UNO

I

Titus tiene siete años. Vive confinado en Gormenghast. Ha sido amamantado con sombras y destetado, por así decir, en las redes del ritual. Para sus oídos, ecos, ante sus ojos, un laberinto de piedra. Y sin embargo, algo muy distinto de este legado sombrío llena su cuerpo. Porque, ante todo, es un niño.

Un ritual más poderoso que cualquiera concebible por el hombre combate la oscuridad perpetua: el ritual de la sangre, de la sangre vehemente. Estos arrebatos de sentimiento nada deben a los antepasados del niño, sino a las huestes irreflexivas e incontables de la infancia del mundo.

El regalo de la sangre luminosa, que ríe cuando los dogmas murmuran: «Llora», que se lamenta cuando las leyes caducas graznan: «¡Alégrate!». ¡Oh pequeña revolución entre las vastas sombras!

Titus es el septuagésimo séptimo heredero de una cumbre que se desmorona, de un mar de ortigas, de un imperio de roja herrumbre, de las huellas del ritual, que se hunden en la piedra hasta los tobillos.

Gormenghast.

Ensimismada y ruinosa, cavila en la sombra: la manpostería inmemorial, las torres, los pasadizos. ¿Todo se desmorona? No. Un céfiro sopla por una avenida de chapiteles, un pájaro canta, un arroyo brota impetuoso de la corriente asfixiada. En el corazón de un puño de piedra se agita una mano de muñeca y su calor se rebela contra la palma yerta. Una sombra se desplaza. Una araña se mueve.

Y la oscuridad serpentea entre los personajes.

II

¿Quiénes son los personajes? ¿Y qué ha aprendido Titus de ellos y de su hogar desde el lejano día en que la condesa de Groan le diera a luz en una estancia llena de pájaros?

Ha aprendido el alfabeto de la arcada y el pasadizo, el lenguaje de las escalinatas sombrías y las vigas carcomidas. Los lóbregos salones acogen sus juegos, sus campos son los patios del castillo, sus árboles, los pilares.

Y ha aprendido que siempre hay ojos: ojos que vigilan, pies que siguen y manos que lo sujetan cuando se debate, que lo levantan cuando tropieza. De nuevo en pie, mira sin sonreír. Unas figuras altas se inclinan, algunas enjoyadas, otras harapientas.

Los personajes.

Los vivos y los muertos. Las figuras y las voces que llenan su pensamiento, pues hay días en que los vivos carecen de sustancia y los muertos están activos.

¿Quiénes son esos muertos, esas víctimas de la violencia cuya única influencia en el tono de Gormenghast se reduce ahora a una reverberación inextinguible? Pues las ondas todavía se expanden en oscuros anillos y un movimiento se transmite sobre la superficie erizada de las aguas aunque las piedras sumergidas permanezcan inmóviles. Los personajes que sólo son nombres para Titus, aunque su padre sea uno de ellos, aunque todos vivieran ya en el momento de su nacimiento. ¿Quiénes son? Pues el niño sabrá de ellos.

III

Dejemos que aparezcan durante un instante fugaz y ultraterreno como fantasmas individuales, diferenciados y completos. Incluso ahora, como antes de su muerte, se mueven por motivos propios. ¿Acaso el frío rollo del Tiempo está replegándose sobre sí mismo para devolver la voz a los años muertos, o es el pulso del presente lo que despierta a estos espectros y los hace vagar a través de los muros?

Hubo una biblioteca, ahora reducida a cenizas. Dejemos que se recomponga aquella larga estancia: sus muros de papel, más gruesos que los de piedra, guarnecida de sabiduría, filosofía, de poesía que se arrastra o danza aunque está atrapada en la medianoche. Protegido por el lino y la piel de becerro y el frío peso de la tinta, allí cavila el fantasma de Sepulcravo, el conde melancólico, septuagésimo sexto señor de la penumbra.

Hemos retrocedido cinco años. Ajeno a la proximidad de su muerte en las garras de los búhos, el conde deja traslucir su pesar en cada lánguido gesto, en cada rasgo finamente tallado, como si su cuerpo fuera de cristal y en su centro, como una lágrima, pendiera un corazón invertido.

Cada aliento es como una marea que lo aleja aún más de sí y, más que llevar el timón, flota a la deriva hacia la isla de la locura: lejos de las rutas comerciales, en medio de un mar en calma, los altos acantilados de la isla están en llamas.

Titus desconoce las circunstancias de su muerte. Pues ni siquiera ha visto aún, ni mucho menos hablado, con el desgarbado Hombre de los Bosques, Excorio, antiguo criado de su padre y único testigo de la muerte de Sepulcravo cuando éste, enloquecido, escaló la Torre de los Pedernales y se entregó a la voracidad de los búhos.

El cadavérico y taciturno Excorio, cuyas rodillas quejosas delatan su avance a cada zancada de arácnido, sólo él de entre la hueste de fantasmas convocados vive todavía, aunque desterrado del castillo. Pero su existencia está tan inextricablemente unida a la trama central de la vida del castillo que, si alguna vez un hombre estuvo destinado a llenar con su fantasma el vacío dejado por su propia ausencia, ése es Excorio.

Porque la excomunión es una especie de muerte, y el hombre que deambula por los bosques nada tiene que ver con el que fuera criado principal del conde siete años antes. Así pues, al tiempo que, barbudo y harapiento, coloca sus lazos para conejos en una hondonada cubierta de helechos, su espectro aguarda sentado en el corredor, imberbe y distante, ante la puerta de su señor. ¿Cómo puede saber que no pasará mucho antes de que, con su propia mano, añada un nombre al rollo de los asesinados? Todo lo que sabe es que su vida corre un peligro inminente, que cada nervio de su cuerpo tenso y desmañado clama por el fin de esa insufrible rivalidad, de tanto odio y recelo. Y sabe que eso no es posible a menos que él o el descomunal y bamboleante demonio en cuestión sean destruidos.

Y así sucedió. El demonio bamboleante, el chef de Gormenghast, flotando como una vaca marina bañada por la luz de la luna, con una larga espada surgiendo como un mástil de su enorme pecho, fue abatido apenas una hora antes de la muerte del conde. Y ahí viene de nuevo, a tomar posesión de esa provincia que ha hecho particularmente suya con métodos subrepticios e implacables. Si es cierto que los espectros carecen de peso y sustancia, de todos los pesados volúmenes sin duda el más ilusorio es el de Abiatha Vulturno, que, en la forma de una babosa mole de grasa enfermiza, vadea las húmedas neblinas de la Gran Cocina. De las viandas humeantes, de los pucheros medio llenos y de los cuencos como bañeras se eleva y se extiende, como una marea miasmática, el aroma casi palpable de la comida del día. Navegando con las velas desplegadas a través de las nieblas bochornosas, el espectro de Vulturno adquiere una apariencia aún

más enrarecida entre los vapores. Se ha convertido en el fantasma de un fantasma, y sólo su cabeza de nabo conserva la consistencia corpórea. La arrogancia de su obesa cabeza exuda como un sudor maligno.

Vanidoso y ruin, el monstruoso espectro se retira para dejar paso al fantasma de Agrimoho, en visita de inspección. Maestro del Ritual, quizá la figura más indispensable, piedra angular y guardián de la ley de Groan, sus manos débiles y callosas se entretienen con los nudos de su barba enmarañada. Mientras avanza con paso cansino, los harapos grana de su cargo cuelgan de su decrépito cuerpo como sucios festones. Su salud es pésima, incluso para un fantasma, y una tos seca y espantosa lo sacude sin cesar, proyectando los mechones canos de su barba adelante y atrás. En teoría, se regocija de que con Titus haya nacido un heredero para la Casa, pero sus responsabilidades se han hecho demasiado pesadas para que pueda permitirse ninguna ligereza de corazón, suponiendo que alguna vez hubiese logrado introducir mediante engaños en ese órgano farfullante una emoción tan trivial. Arrastrándose de ceremonia en ceremonia, con la cabeza marchita erguida contraviniendo su natural deseo de dejarse caer sobre el pecho y surcada por tantos hoyos y fisuras como un queso cuarteado, Agrimoho personifica la antigüedad de su alto cargo.

Fue su cuerpo real el que hubo de morir en la misma biblioteca malhadada que ahora alberga, en forma de espectro, al fantasma de Sepulcravo. Mientras se aleja y se desvanece en la febril atmósfera de la cocina de Vulturno, el anciano Maestro del Ritual no puede prever o recordar (porque ¿quién puede decir en qué dirección se mueve el pensamiento de un fantasma?) que, lleno de humo acre hasta la boca crispada, morirá o ha muerto ya por fuego y asfixia, y las grandes llamas lamiendo su arrugado pellejo con lenguas rojas y doradas.

No puede saber que Pirañavelo lo condenó a las llamas, que Cora y Clarisa, las hermanas de su señoría, prendieron la mecha y que, a partir de ese momento, ante su señor, el sacrosanto conde, se abriría con claridad meridiana el camino a la locura.

Y por último Reda, la nodriza de Titus, que avanza en silencio por un corredor moteado de luces y sombras de color gris perla. Que sea un fantasma parece natural, pues incluso cuando vivía había en ella algo intangible, distante y oculto. Que muriera arrojándose a un gran pozo de aire crepuscular fue despiadado, aunque menos terrible que los últimos momentos del conde, el chef y el decrépito Maestro del Ritual, y un medio más rápido de poner fin a las amarguras de la vida que el destierro del larguirucho Hombre de los Bosques. Como en aquellos días, antes de que escapara del castillo al encuentro de su muerte, Keda vela por Titus como si a través de su sangre la aconsejaran todas las madres que han existido. Morena, con el brillo apagado del topacio, aún es joven, y su deformidad no es otra que la maldición universal de los Moradores de Extramuros, el prematuro desgaste de una belleza excepcional, un deterioro que se abate con implacable celeridad sobre una adolescencia casi espectral. Sólo ella entre estas figuras golpeadas por el destino pertenece al menesteroso e intolerable dominio de los postergados, cuyas espantosas moradas se aferran a los muros exteriores de Gormenghast como una excrecencia de barro y lapas.

Desgarrando una maraña de nubes, los rayos del sol atraviesan un centenar de ventanas e iluminan con incontestable brillo los muros meridionales. Es una luz demasiado intensa para los fantasmas, y Keda, Agrimoho, Excorio, Vulturno y Sepulcravo se disipan bajo el sol.

Éstos son, pues, en suma, los Personajes Perdidos, los pocos del principio que, al morir, abandonaron el centro de la vida del castillo antes de que Titus cumpliera los tres años, y de cuyas actividades dependía el futuro. Sin ellos, el mismo Titus carece de sentido, pues en su infancia se alimentó de los pasos, de las sombras que esas figuras proyectaban sobre los altos techos, de sus vagas siluetas, de sus movimientos, veloces o lentos, de sus variados olores y voces.

Todo aquello que se mueve provoca una reverberación, y es muy posible que, al hacerse hombre, Titus oiga los ecos de lo que entonces se susurró. Porque Titus no fue lanzado a una estática reunión de personalidades, de meras formas, sino a un arabesco en movimiento cuyos pensamientos eran acciones o, si no, colgaban como murciélagos suspendidos de las vigas de alguna buhardilla o volaban entre las torres con alas semejantes a hojas.

DOS

¿Qué hay de los vivos?

Su madre, a medias dormida, a medias consciente, con la conciencia de la ira, la indiferencia del trance. La condesa lo vio siete veces en siete años y luego olvidó los salones que lo acogían. Pero ahora lo observa desde ventanas ocultas. El amor que le profesa es tan pesado e informe como la marga. Una hueste de gatos blancos la sigue. Un pinzón real ha anidado en sus cabellos rojos. Ella es la condesa Gertrude, una mole de arcilla.

Menos formidable pero tan tétrica e imprevisible como su madre es la hermana de Titus. Sensible como lo fuera su padre pero sin su intelecto, Fucsia sacude la negra enseña de sus cabellos, se muerde el infantil labio inferior, frunce el ceño, ríe, cavila, se muestra tierna, desmesurada, suspicaz y crédula todo en el mismo día. Su vestido carmesí inflama los lóbregos corredores o, llameando a la luz de un rayo de sol que se filtra a través de la bóveda de ramas, confiere a las profundas sombras verdes un verde aún más oscuro y una oscuridad aún más verde.

¿Quién más hay de ascendencia directa? Sólo las tías bobas, Cora y Clarisa, gemelas idénticas y hermanas de Sepulcravo, de cerebro tan esmirriado que concebir una idea las expone a una hemorragia, tan esmirriadas de cuerpo que sus vestiduras purpúreas no dan mayor indicio de albergar nervios y tendones que cuando cuelgan de sus perchas.

¿Qué hay de los otros, los de menor abolengo? En orden de preeminencia social, probablemente los Prunescualo primero, esto es, el doctor y su muy encorsetada y huesuda hermana. El doctor, con su risa de hiena, su cuerpo extraño y elegante, su rostro de celulosa.

¿Sus principales defectos? El insufrible tono de su voz, su risa irritante y sus modales afectados. ¿Su principal virtud? Un cerebro intacto.

Su hermana Irma. Vanidosa como una niña, delgada como la pata de una cigüeña y, con sus gafas oscuras, tan ciega como un búho a la luz del día. Pierde pie en la escala social al menos tres veces por semana, sólo para empezar a subirla de nuevo, contoneando la pelvis. Une sus yertas manos blancas bajo la barbilla con la noble esperanza de ocultar su pecho plano.

¿Quién sigue? Socialmente no hay nadie más. Esto es, nadie que, durante los primeros años de la vida de Titus, desempeñe un papel que afecte al futuro del niño, como no sea el Poeta, una incómoda figura de cabeza cuneiforme apenas conocida para los hierofantes de Gormenghast, aunque tenía la reputación de ser el único hombre capaz de mantener la atención del conde en una conversación. Una figura poco menos que olvidada en su habitación, que mira un precipicio de piedra. Nadie lee sus poemas, pero ostenta un antiquísimo rango: según dicen los rumores, es un caballero, por así decir.

Con todo, si dejamos a un lado la sangre azul, una muchedumbre de nombres se adelanta. El anguloso hijo del difunto Agrimoho, de nombre Bergantín, Maestro del Ritual, un canijo y arisco pedante de setenta años que se calzó los zapatos de su padre (o, para ser exactos, el zapato, porque el tal Bergantín es un engendro cojo que avanza por los corredores mal iluminados golpeteando con una siniestra y resonante muleta).

Excorio, que ya ha aparecido como su propio fantasma, está mucho más vivo en el bosque de Gormenghast. Taciturno y cadavérico, es, al igual que Bergantín, un tradicionalista de la vieja escuela. Pero, a diferencia de Bergantín, sus enfados cuando la Ley es burlada son manifestaciones de una lealtad vehemente que le ciega y no la pétrea e implacable intolerancia del tullido.

Parece injusto hablar a estas alturas de Tata Ganga. Que Titus, heredero de Gormenghast, esté a su cargo, como lo estuvo Fucsia en su niñez, sin duda basta para que figure a la cabeza de cualquier registro. Pero ella es tan diminuta, tan asustadiza, tan vieja, tan quejumbrosa, que ni podría ni querría encabezar ninguna procesión, ni siquiera sobre el papel. Pronuncia su malhumorada exclamación: «¡Oh, mi pobre corazón!, ¿cómo pudieron?», y corre junto a Fucsia, bien para desahogarse abofeteando a la distraída niña, bien para enterrar la arrugada ciruela de su rostro en el flanco de Fucsia. De nuevo sola en su pequeña habitación, se tiende sobre la cama y se muerde los diminutos nudillos.

No hay nada de asustadizo o quejumbroso en el joven Pirañavelo. Si alguna vez su duro y angosto pecho albergó una conciencia, hace ya tiempo que desenterró y arrojó lejos de sí tan inconveniente objeto… Tan lejos que, de volverlo a necesitar, no podría encontrarlo.

El día del nacimiento de Titus vio el inicio de su escalada por los tejados de Gormenghast y el fin de su servidumbre en la cocina de Vulturno, esa provincia envuelta en vapores, demasiado desagradable y demasiado pequeña para albergar sus sinuosos talentos y su expansiva ambición.

De hombros altos hasta rozar la deformidad, esbelto y hábil de cuerpo y miembros, de ojos juntos y del color de la sangre seca, sigue trepando, no sobre el lomo de Gormenghast, sino por la escalera de caracol de su alma, en busca de algún quimérico pináculo, algún nido de águilas agreste e inexpugnable que sólo él conoce, desde donde pueda vigilar el mundo que se extiende a sus pies y agitar exultante sus alas untuosas.

Rottcodd duerme a pierna suelta en su hamaca al fondo de la Galería de las Tallas Brillantes, esa larga sala del piso superior que contiene los mejores ejemplos del arte de los Moradores de Extramuros. Han pasado siete años desde que, desde la ventana de la buhardilla, contemplara, allá abajo, el regreso de la procesión por el serpenteante camino que subía del lago de Gormenghast donde Titus había entrado en posesión de su dignidad de conde, pero nada le ha sucedido en todos esos años, aparte de la llegada anual de nuevas piezas que añadir a las coloridas tallas de la larga estancia.

La bala de cañón que tiene por cabeza reposa sobre su brazo y la hamaca se mece suavemente al son del zumbido de una mosca.

TRES

En torno a los accidentados márgenes de la vida del castillo, irregulares como la costa de una isla desgarrada por las galernas, aguardaban personajes inmóviles o que se desplazaban gradualmente hacia el eje central, vadeando las mareas de la negación infinita, las aguas opacas y eternas. Más ¿quiénes son esos que ponen pie en la fría playa? Sin duda, una extensión tan ominosa debería alumbrar como poco dioses, reyes escamosos o criaturas cuyas alas extendidas pudieran oscurecer el cielo de horizonte a horizonte. O un *Satán* moteado de frente broncínea.

Pero no, no hubo ni escamas ni alas.

Estaba demasiado oscuro para ver hacia dónde se dirigían, aunque una mancha de sombra, demasiado grande para pertenecer a una sola figura, auguraba la cercanía de la canosa panda de profesores entre cuyas manos Titus habrá de debatirse durante algún tiempo.

Pero ninguna penumbra velaba al joven de altos hombros que entraba en aquel momento en una pequeña habitación, que recordaba más bien a una celda, en la que desembocaba un pasadizo de piedra tan seco, áspero y gris como el pellejo de un elefante. Al volverse en el umbral para echar una última mirada al corredor, la fría luz brilló en el elevado bulto blanco de su ceño.

Nada más entrar, cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo. Mientras avanzaba rodeado por la blancura de las paredes, parecía extrañamente desgajado del pequeño mundo que lo rodeaba. Más que un cuerpo real desplazándose por el espacio, parecía una sombra, la de un joven de altos hombros, cruzando la blancura.

En el centro de la habitación había una sencilla mesa de piedra, y sobre ésta, agrupados más o menos en su centro, un decantador de vino con cuello en espiral, unos fajos de papel, una pluma, unos cuantos libros, una polilla clavada a un corcho con un alfiler y media manzana.

Al pasar junto a la mesa, cogió la manzana, le dio un mordisco y volvió a dejarla en su sitio sin aminorar el paso, y de pronto pareció que sus piernas empezaban a encogerse, pero era porque el suelo de la habitación se inclinaba en ese punto en un curioso declive que bajaba hasta una abertura encortinada en la pared.

Franqueó dicha abertura en un instante y la oscuridad que se abría más allá lo acogió, por así decir, en su seno, diluyendo los afilados perfiles de su cuerpo.

Se encontraba en el interior de una chimenea en desuso a nivel del suelo. Estaba muy oscuro, y esa oscuridad, más que mitigada, se veía intensificada por una serie de pequeños espejos brillantes que recogían el reflejo terminal de cuanto sucedía en las estancias que, una sobre otra, flanqueaban el alto conducto semejante al cañón de una chimenea, que se elevaba desde la oscuridad donde el joven aguardaba hasta donde el aire serpenteaba sobre los tejados castigados por los elementos que, ásperos y cuarteados como el pan rancio, se sonrojaban terriblemente bajo los entrometidos rayos del sol poniente.

En el transcurso del año anterior, había logrado acceder a esos salones y estancias que, una sobre otra, flanqueaban la chimenea, y había abierto agujeros a través de la manpostería, la madera y el yeso —labor nada fácil cuando las rodillas y la espalda se comprimen contra las paredes de un túnel oscuro—, de manera que la luz se colaba en la opresiva oscuridad que lo rodeaba a través de orificios no mayores que monedas. Naturalmente, esas operaciones de perforación habían tenido que realizarse en momentos cuidadosamente elegidos para no levantar sospechas. Además, los agujeros tuvieron que practicarse, en la medida de lo posible, en lugares determinados de manera que coincidieran con los puntos ventajosos naturales que pudiera ofrecer cada estancia.

No se había limitado a seleccionar cuidadosamente las estancias que, bien por el mero entretenimiento de escuchar a hurtadillas, bien para favorecer sus designios, a su juicio valía la pena espiar de cuando en cuando.

Sus métodos para disimular los agujeros, que habrían sido fácilmente descubiertos de estar mal situados,

eran múltiples e ingeniosos, como en el caso de los del aposento del anciano Bergantín, Maestro del Ritual. En la pared derecha de esa habitación, repulsiva como una madriguera, colgaba el retrato al óleo con un sarpullido de ampollas de un jinete montando un caballo tordo, y el joven no sólo había abierto un par de agujeros en el lienzo justo bajo el marco, donde su sombra caía como una larga regla negra, sino que había perforado también los botones del jinete, las pupilas de sus ojos y las de los ojos de su montura. Esas aberturas circulares, a diversas alturas y latitudes, ofrecían al joven distintas vistas de la habitación, según el lugar al que Bergantín decidiera propulsar su mezquino cuerpo con ayuda de su pavorosa muleta. Los ojos del caballo, la más usada de esas aberturas, ofrecían una magnífica vista de un colchón tirado en el suelo sobre el que Bergantín pasaba la mayor parte de sus ratos de ocio, anudando y volviendo a anudar su barba o levantando nubes de polvo cada vez que, en un arrebato de irritación, elevaba y acto seguido dejaba caer su única pierna, bastante marchita por cierto. En el interior de la chimenea, e inmediatamente detrás de los agujeros, una compleja serie de alambres y espejos reflejaba a los ocupantes de las habitaciones privadas en su intimidad y los hacía descender por el negro conducto, espejo frente a espejo, llevando los secretos de toda actividad que cayera en su órbita fatal y transmitiéndolos de uno a otro, hasta que, en la base, una constelación de cristal proporcionaba al joven una inagotable fuente de entretenimiento e información.

En la oscuridad, por ejemplo, sus ojos pasaban de Treparriscos, el acróbata, a quien no era raro ver paseándose por su habitación sobre las manos mientras hacía saltar, de la planta de un pie al otro, un cochinillo ataviado con un pijama verde, al siguiente espejo, que podía reflejar al poeta intentando morder una hogaza de pan con su diminuta boca, la alargada cabeza cuneiforme ladeada y enrojecida por el esfuerzo, pues no podía utilizar sino una mano al tener la otra ocupada en escribir; y los ojos, tan absolutamente desenfocados que parecía que jamás podrían volver a reunirse, de una naturaleza más espiritual que corpórea.

Pero desde el punto de vista del joven, había peces más gordos que aquéllos, que no eran, con excepción de Bergantín, más que la morralla de Gormenghast, y se volvía hacia espejos más ominosos, más emocionantes: espejos que reflejaban a la mismísima hija de los Groan, la extraña Fucsia, de cabellera de ala de cuervo, y a su madre, la condesa, sobre cuyos hombros se congregaban los pájaros.

CUATRO

I

Una mañana de verano en la que soplaba una brisa templada, el enorme y corroído corazón semejante a una campana de Gormenghast dormitaba, y su amortiguado latido no parecía producir ecos. En una sala de paredes enyesadas bostezaba el silencio.

Clavado sobre el dintel de una de las puertas de esa sala, un casco o yelmo, rojo de orín, dejó escapar en el silencio el sonido de un revoloteo amortiguado y, un instante después, el pico de una corneja asomó por una de las aberturas de los ojos de la visera y al momento volvió a retirarse. Las paredes enyesadas de la sala se elevaban hacia una penumbra sombría y en apariencia sin techo, iluminada tan sólo por una alta y solitaria ventana. La luz cálida que se abría paso a través de las telarañas que cubrían el cristal de esa ventana insinuaba la existencia de otras galerías aún más arriba, pero no la de otras puertas más allá, ni tampoco daba indicación de cómo podría accederse a esas galerías. Desde esa alta ventana, como alambres de cobre, unos rayos de sol atravesaban la sala en empinadas diagonales y caían sobre el entarimado del suelo formando ambarinos charcos de polvo. Una araña descendía, centímetro a centímetro, por un peligroso tramo de hilo, cuando de pronto atravesó la senda de un rayo de sol y, durante un instante, se transformó en un objeto de oro reluciente.

No se oía ningún sonido y de pronto, como calculado para romper la tensión, la alta ventana se abrió de golpe y la luz del sol se ocultó, pues una mano asomó por ella e hizo sonar una campana. Casi al instante, se oyó un rumor de pasos; un momento después se abrieron y cerraron una docena de puertas y la sala se llenó de figuras que iban y venían.

La campana dejó de repicar. La mano se retiró y las figuras desaparecieron. No quedó más señal de que ninguna criatura viviente se hubiera movido o hubiera respirado alguna vez entre esos muros de yeso, ni de que las numerosas puertas se hubieran abierto, salvo una pequeña flor blanca que yacía en el polvo bajo el casco herrumbroso y una puerta que oscilaba suavemente.

II

En su oscilación, esa puerta ofrecía intermitentes atisbos de un corredor encalado que se doblaba en una curva tan perezosa y amplia que, cuando al fin la pared de la derecha desaparecía de la vista, el techo del corredor parecía estar a poco más de un palmo del suelo.

Esta larga perspectiva de blanco ceniciento, cada vez más angosta y que giraba con la facilidad con la que una gaviota maniobra en el aire, se convirtió de pronto en un escenario preparado para la acción. Pues algo, un caballo y su jinete, apenas distinguibles hasta que hubieron cubierto a medio galope un tercio de la amplia curva que llevaba al salón desierto, se acercaba rápidamente. El seco repiqueteo de los cascos se oyó de pronto justo detrás de la puerta oscilante, y el morro de un pequeño *pony* gris la abrió de par en par.

Titus iba montado en él.

Vestía las ropas bastas y holgadas de los niños del castillo. Durante los primeros nueve años de su vida, el heredero del condado debía mezclarse con las clases bajas e intentar comprender sus costumbres. En su decimoquinto aniversario, cualquier amistad que hubiera podido surgir habría de interrumpirse. Su conducta tenía entonces que cambiar y ser sustituida por una relación más austera y selectiva con el personal del castillo. Pero era tradición que, durante sus primeros años, el vástago de la estirpe fuera, durante ciertas horas del día, como uno de los niños de menor alcurnia, comiera con ellos, durmiera en sus dormitorios, asistiera con ellos a las clases de los profesores y participara con ellos en los diversos juegos tradicionales, como un niño más. Y sin embargo, a pesar de todo esto, Titus era siempre consciente de que lo observaban, de la diferencia de actitud de los funcionarios e incluso a veces de los propios niños. Era demasiado joven para comprender las repercusiones de su posición social, pero lo suficiente mayor para percibir su propia singularidad.

Una vez a la semana, antes de las clases matinales, se le permitía montar su caballo gris durante una hora al pie de las altas murallas meridionales, donde el primer sol de la mañana hacía correr desaforadamente la sombra fantástica de Titus por los altos muros de piedra que lo flanqueaban. Y cuando agitaba el brazo, su réplica en sombra, a lomos de un caballo de sombra, agitaba su inmenso brazo de sombra mientras galopaban juntos.

Pero ese día, en un arrebato de travesura, en lugar de cabalgar hacia sus adoradas murallas meridionales había espoleado su caballo, franqueado una arcada ennegrecida por el moho y se había internado en el castillo. En el quieto silencio el corazón le latía desbocado mientras los cascos del caballo resonaban por corredores de piedra que no conocía.

Sabía que le saldría caro saltarse las clases de la mañana, porque en más de una ocasión había pasado las largas tardes estivales encerrado a causa de tales actos de desobediencia. Pero saboreó el ácido fruto del brusco golpe de brida que le había liberado del mozo de cuadra. Sólo hacía unos minutos que estaba solo, pero cuando se detuvo en la sala de altos muros enyesados, bajo el casco herrumbroso y los sombríos y misteriosos balcones, su súbito afán de rebeldía ya se había mitigado.

Aunque se lo veía pequeño a lomos de su montura gris, había un algo imperioso en su aire confiado, como si tuviera una suerte de peso o de fuerza, un compuesto de espíritu y materia, algo sólido oculto bajo los caprichos y terrores, bajo las lágrimas, la risa y la vitalidad de sus siete años.

Aunque en ningún caso hubiera podido decirse que era bien parecido, poseía sin embargo esa prestancia. Al igual que sucedía con su madre, se daba en él una cierta proporción, como si su altura y anchura no guardasen relación con la lógica de centímetros y metros.

El mozo de cuadra entró en la estancia arrastrando los pies, siseando por lo bajo, un hábito perpetuo en él, tanto si estaba cuidando de un caballo como si no, y asiendo las riendas del *pony* gris, lo guió en dirección oeste, hacia las aulas.

Mientras el mozo lo conducía, Titus no apartó la vista de su cogote pero no dijo nada. Era como si lo que

acababa de suceder fuera algo que habían ensayado muchas veces y no hubiera necesidad de decir nada. El niño conocía a ese hombre y su siseo, tan inseparables como el mar embravecido del sonido que produce, desde hacía poco más de un año, cuando le habían entregado el *pony* gris en la ceremonia conocida como «La entrega del *pony*», que tenía lugar sin falta en el tercer viernes después del sexto cumpleaños de cualquier vástago del linaje que, a causa de la muerte de su padre, hubiese entrado en posesión del título de conde durante su minoría de edad. Sin embargo, durante todo ese lapso —y quince meses son mucho tiempo para un niño que sólo podría recordar con cierta claridad sus últimos cuatro años de vida—, el mozo y Titus no habrían intercambiado más de una docena de frases. No es que sintieran una antipatía mutua; sencillamente, el mozo prefería darle al muchacho pedazos de pastel de semillas hurtados antes que hacer el esfuerzo de entablar conversación, y Titus estaba contento de que las cosas fueran así, pues para él el mozo de cuadra no era más que la figura de paso arrastrado que cuidaba de su *pony* y le bastaba con conocer sus peculiaridades más evidentes, el modo en que arrastraba los pies, la blanca cicatriz sobre el ojo y su siseo.

Antes de una hora, las clases matinales habían comenzado. Sentado a un pupitre manchado de tinta, con la barbilla apoyada en las manos, Titus contemplaba como entre sueños las marcas de tiza que cubrían la pizarra. Representaban una división de una cifra, pero podía muy bien haberse tratado de un mensaje jeroglífico enviado mil años antes por un profeta chiflado a su tribu perdida. Su pensamiento, y el de sus pequeños compañeros en aquella aula de paredes tapizadas de cuero, andaba muy lejos, pero no en un mundo de profetas, sino de canicas intercambiadas, huevos de pájaro, cuchillos de madera, secretos y catapultas, escapadas a medianoche, héroes, rivalidades encarnizadas y amistades desesperadas.

CINCO

Sentada en el alféizar de su ventana, Fucsia contemplaba los tejados desiguales que se extendían debajo de ella. Su vestido carmesí llameaba con ese peculiar rojo que se encuentra más a menudo en los cuadros que en la naturaleza. El marco de la ventana, que no sólo la encuadraba a ella sino también la penumbra impalpable que tenía a su espalda, enmarcaba una obra maestra. La inmovilidad de la muchacha acentuaba el efecto alucinatorio, pero incluso de haberse movido, habría parecido más bien que una pintura cobraba vida y no que se había producido un movimiento en la naturaleza. Pero no se movió. El negro intenso de su cabellera caía inmóvil y confería una sutileza infinita a la porosa tierra en sombras que se abría a sus espaldas, mostrándola como lo que era, no tanto una oscuridad en sí misma como algo privado de los rayos solares. El rostro, el cuello y los brazos eran cálidos y atezados, y sin embargo palidecían en contraste con su vestido rojo. La joven miraba abajo, fuera de ese cuadro, al mundo inferior: los claustros del ala norte, a Bergantín, que, con ayuda de su muleta, cruzaba en aquel momento el espacio entre dos tejados maldiciendo a las moscas que le seguían y que pronto desapareció.

Pero de pronto la muchacha se movió, pues un ruido a sus espaldas la hizo volverse bruscamente, y descubrió a Tata Ganga mirándola desde su corta estatura. La diminuta mujer llevaba en las manos una bandeja con un vaso de leche y un racimo de uvas.

La anciana estaba malhumorada e irritada, porque llevaba una hora buscando a Titus, ya demasiado mayor para sus efusiones de afecto.

—¿Dónde está? Oh, ¿dónde está? —gimoteó, con el rostro contraído por la preocupación y las débiles piernas semejantes a ramitas, que sin descanso la llevaban tambaleándose de una tarea a otra, doloridas—. ¿Dónde está su traviesa señoría, ese sinvergüenza de conde mío? ¡Que Dios ayude a mi pobre y débil corazón! ¿Por dónde andará?

Su voz quejumbrosa levantó débiles ecos allá en lo alto, como si en estancia tras estancia hubiese sacado de su sueño a los polluelos en sus nidos.

—Ah, eres tú —dijo Fucsia, apartándose un mechón de la cara con un brusco gesto de la mano—. No sabía quién podía ser.

—¡Pues claro que soy yo! ¿Quién iba a ser, niña estúpida? ¿Quién más entra en tu habitación? A estas alturas ya deberías saberlo, ¿no te parece? ¿No te parece?

—No te había visto —repitió Fucsia.

—Pero yo sí te he visto a ti, asomada a la ventana como una peña, sin escucharme aunque te llamé y te llamé a gritos para que me abrieras la puerta. ¡Oh, mi pobre corazón! Siempre igual, llamo y llamo y nadie me contesta. ¿Por qué me molesto en vivir? —Miró de reojo a Fucsia—. ¿Por qué habría de desvivirme por ti? Quizá me muera esta noche —añadió maliciosamente, de nuevo mirando de soslayo a Fucsia—. ¿Por qué no te bebes la leche?

—Déjala en la silla —dijo Fucsia—, ya me la tomaré después… y también las uvas. Gracias. Adiós.

Ante la perentoria despedida de Fucsia, que, a pesar de su brusquedad, no había pretendido ser descortés, los ojos de Tata Ganga se llenaron de lágrimas. Pero, a pesar de lo anciana y diminuta que era y de lo herida que se sentía, su furia creció de nuevo como una tormenta en miniatura y en lugar de proferir su habitual grito quejumbroso de «¡Oh, mi pobre corazón!, ¿cómo pudiste?», agarró la mano de Fucsia e intentó retorcerle los dedos hacia atrás, y, al no conseguirlo, estaba a punto de morderla en el brazo cuando vio que la estaban llevando en vilo hacia la cama. Privada de su pequeña venganza, cerró los ojos durante unos instantes mientras su pecho de gallina subía y bajaba con una rapidez prodigiosa. Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue la mano de Fucsia abierta ante ella e, incorporándose sobre un codo, golpeó esa mano una y otra vez hasta que, exhausta, sepultó su rostro arrugado en el costado de Fucsia.

—Lo siento —dijo la muchacha—. No pretendía despedirme de ese modo. Sólo quería decir que deseaba

estar sola.

—¿Por qué? —El rostro de Tata Ganga se apretaba con tanta fuerza contra el vestido de Fucsia que su voz apenas era audible—. ¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? Cualquiera diría que me meto en tus cosas. Cualquiera diría que no te conozco mejor que nadie. ¿Es que no te lo he enseñado todo desde que eras un bebé? ¿Acaso no te mecía para que te durmieras, criatura maldita? ¿No fue así? —Alzó hacia Fucsia su vieja cara llorosa—. ¿No fue así?

—Así fue —reconoció Fucsia.

—Pues ¡entonces! —exclamó Tata Ganga—. Pues ¡entonces! —Y diciendo esto, se arrastró hasta el borde de la cama y se descolgó hasta el suelo—. ¡Sal ahora mismo de debajo de esa colcha, niña mala, y no me mires así! A lo mejor vengo a verte esta noche. Tal vez. No lo sé. A lo mejor no quiero venir. —Y, diciendo esto, se dirigió a la puerta, empuñó el picaporte y en un momento Fucsia se encontraba de nuevo a solas en su cuartito, donde, con los ojos enrojecidos abiertos de par en par, se tendió en la cama como una muñeca olvidada.

Con la habitación al fin para ella sola, Fucsia se sentó frente a un espejo cuyo centro aparecía tan picado de viruela, por así decir, que para poder verse bien se veía obligada a mirarse en una esquina relativamente inmaculada. Después de rebuscar un rato en el cajón que había bajo el espejo, encontró al fin su peine, al que faltaban algunas púas, y se disponía a peinarse (hábito éste que sólo en los últimos tiempos había adquirido) cuando la habitación se ensombreció, pues la mitad de la luz que entraba por la ventana se vio súbitamente eclipsada por la milagrosa aparición del joven de hombros altos.

Antes de que Fucsia tuviera tiempo de considerar cómo era posible que un ser humano apareciera en el alféizar de su ventana, a cien pies del suelo, y mucho menos de reconocer la silueta, agarró un cepillo de la mesa que tenía delante y lo blandió por encima de su cabeza preparada para no sabía qué. En una circunstancia en la que otros habrían gritado o se habrían acobardado, ella se había mostrado dispuesta a pelear contra lo que, en aquel instante de sobresalto, muy bien podía haber sido un monstruo con alas de murciélago. Pero justo antes de lanzar el cepillo, reconoció a Pirañavelo.

El joven golpeó con los nudillos en el dintel de la ventana.

—Buenas tardes, señora —dijo—. ¿Me permite que le ofrezca mi tarjeta? —añadió, y le tendió a Fucsia un trozo de papel en el que se leían las palabras:

«Su Infernal Malicia, el Archiartero Pirañavelo».

Pero antes de terminar de leerlo, Fucsia ya había empezado a reírse con su risa entrecortada y jadeante de la cómica solemnidad de su «Buenas tardes, señora». ¡Había sonado tan absolutamente pretencioso!

Pero hasta que ella no le indicó con un ademán que bajara al suelo de la habitación —y Fucsia no tenía alternativa—, el joven permaneció con las manos juntas y la cabeza ladeada, sin moverse ni un centímetro en esa dirección. En respuesta a su ademán, Pirañavelo cobró vida de nuevo, como si alguien hubiera accionado un gatillo, y en un instante había soltado la cuerda que llevaba atada al cinturón y empujado el cabo suelto hacia el otro lado de la ventana, donde quedó balanceándose. Fucsia se asomó por ésta y, mirando hacia arriba, vio que la cuerda ascendía los siete pisos restantes hasta llegar a un tejado desportillado, donde seguramente estaba sujeta a algún torreón o chimenea.

—Todo listo para mi regreso —dijo Pirañavelo—. No hay nada como una cuerda, señora. Mucho mejor que un caballo. Baja por una pared cuando lo precisas y no necesita comer.

—Ya puedes dejar de tratarme de señora —dijo Fucsia en un tono algo chillón, para sorpresa de Pirañavelo—. Ya sabes cómo me llamo.

Pirañavelo, que nunca perdía el tiempo analizando sus contratiempos, se apresuró a tragar, digerir y purgar su irritación y, sentándose del revés en una silla, apoyó la barbilla en el respaldo.

—Jamás dejaré de dirigirme a vos por vuestro nombre propio y en el tono apropiado, *lady* Fucsia —dijo.

Fucsia esbozó una sonrisa, pero tenía la cabeza en otra parte.

—No cabe duda de que lo tuyo es trepar —dijo al fin—. Trepaste hasta mi buhardilla, ¿recuerdas?

Pirañavelo asintió.

—Y escalaste el muro de la biblioteca cuando estaba en llamas. Parece que ha pasado mucho tiempo desde aquello.

—Y si me permitís mencionarlo, *lady* Fucsia, la vez que en plena tormenta escalé las rocas llevándoos en brazos.

Se hizo un silencio mortal y la atmósfera se hizo tan tenue que por un momento pareció que habían vaciado todo el aire de la habitación. A Pirañavelo le pareció percibir un ligerísimo rubor en las mejillas de

Fucsia.

Finalmente dijo:

—*Lady* Fucsia, ¿exploraréis conmigo algún día los tejados de esta gran casa vuestra? Quisiera mostrarle a su señoría lo que he descubierto en el extremo sur, donde una alfombra de musgo de un palmo de grosor cubre las cúpulas de granito.

—Sí —replicó ella—, sí… —El rostro pálido y afilado del joven le repugnaba, pero se sentía atraída por su vitalidad y el aire de secreto que lo rodeaba.

Fucsia se disponía a pedirle que se marchara, pero antes de que pudiera decir nada, el joven franqueó la ventana de un salto y, aferrado a la tensa cuerda, se balanceó unos instantes antes de empezar a trepar por ella, primero una mano, luego la otra, en la larga ascensión hasta el tejado desportillado allá en lo alto.

Cuando Fucsia se apartó de la ventana, encontró sobre su tosco tocador un capullo de rosa.

Mientras trepaba, Pirañavelo recordó que, siete años antes, el día del nacimiento de Titus había sido el de su bautismo en la escalada por los tejados de Gormenghast y el fin de su servidumbre en la cocina de Vulturno. El esfuerzo muscular requerido para trepar acentuaba el encorvamiento de sus hombros, pero poseía una agilidad sobrenatural, y se deleitaba por igual en la tenacidad y el arrojo físicos y mentales. Sus penetrantes ojos, muy juntos, miraban el punto donde la cuerda estaba atada como si fuera la cumbre de sus anhelos.

El cielo se había encapotado y un súbito vendaval trajo consigo una lluvia torrencial, que siseó y chorreó sobre la mampostería y descubrió un centenar de conductos naturales por los que escurrirse. Los ecos resonaban en respiraderos, cañones de chimenea y troneras, y los grandes aliviaderos murmuraban. Entre los tejados se formaron lagos que reflejaban el cielo como si siempre hubieran estado allí, como lagunas en una montaña.

Con la cuerda bien ceñida a su cintura, Pirañavelo cruzó como una sombra un tramo de tejas de pizarra inclinadas. Elevaba el cuello del abrigo levantado y una barba de lluvia le cubría la pálida cara.

Los muros, altos y siniestros como los de los muelles o las mazmorras de los condenados, se alzaban hacia la atmósfera acuosa o se tendían en prodigiosos arcos de piedra despiadada. Sobre las escarpadas cumbres de Gormenghast, perdidas entre las veloces nubes, el viento agitaba con violencia la ondulante cabellera de matojos mojados que crecían aquí y allá entre las rocas. Sobre la cabeza de Pirañavelo se cernían amenazadoramente contrafuertes y restos de edificaciones irreconocibles, como cascos de barcos que se desmoronaban o monstruos varados cuyas bocas y ceños chorreantes eran el sarcástico producto de un millar de tempestades. Una sucesión de tejados en todos los ángulos posibles se alzaban o pasaban velozmente ante sus ojos; debajo, vislumbraba el débil brillo de infinidad de terrazas a través de la lluvia, y sus losas, hacía tiempo olvidadas, bailaban y siseaban en el aguacero.

Un mundo de formas desfiló velozmente ante él, pues era rápido como un gato y corría sin detenerse, torciendo ora hacia aquí, ora hacia allá, aminorando el paso sólo cuando algún tramo más peligroso y angosto de lo normal lo obligaba a ello. De vez en cuando en su carrera daba un brinco en el aire, como llevado por un exceso de vitalidad. De repente, al rodear una chimenea ennegrecida por la hiedra chorreante, adoptó un paso normal y a continuación, agachándose bajo un arco, se arrodilló y, con un chirrido de bisagras, levantó una olvidada claraboya. En un instante se había dejado caer por ella y se encontraba en un cuartito vacío, doce pies más abajo. Estaba muy oscuro. Pirañavelo se desembarazó de la cuerda y la ató a un clavo en la pared. Luego recorrió con la mirada el oscuro aposento. Las paredes estaban cubiertas de vitrinas de cristal llenas de polillas de todas las clases. Unos largos y finos alfileres empalaban a los insectos y los fijaban al revestimiento de corcho de las vitrinas, pero, a pesar de lo cuidadoso que sin duda había sido el coleccionista original en la manipulación y montaje de las delicadas criaturas, el paso del tiempo había hecho mella y no había vitrina que no tuviera una polilla deteriorada, y en la parte inferior de la mayoría de los pequeños muebles relucían las alas caídas.

Pirañavelo se volvió hacia la puerta, escuchó un instante y luego la abrió. Ante él se abría un polvoriento rellano e inmediatamente a su izquierda una escalera de mano descendía hasta otra habitación, tan vacía y olvidada como la que acababa de abandonar. No había nada en ella, a excepción de una gran estantería piramidal de libros mordisqueados en cuyos oscuros intersticios se advertía la actividad de innumerables nidos de ratones. La habitación carecía de puerta, pero un pedazo de arpillera colgaba flojamente cubriendo una fisura en la pared lo suficientemente ancha para que Pirañavelo la franqueara

deslizándose de costado. De nuevo encontró escaleras y también una habitación, esta vez más larga, como una especie de galería. En el otro extremo de esa sala había un ciervo disecado con los hombros emblanquecidos por el polvo.

Mientras cruzaba la estancia, vio por el rabillo del ojo y enmarcada por una ventana sin cristal, la siniestra silueta de la Montaña de Gormenghast, cuyos altos peñascos centelleaban contra el cielo tumultuoso. La lluvia entraba a raudales por la ventana y salpicaba el entarimado, y las pequeñas bolas de polvo rodaban de acá para allá por el suelo como glóbulos de mercurio.

Al llegar a la doble puerta, se pasó los dedos por los cabellos mojados y se bajó el cuello del abrigo; después de franquearla y doblar a la izquierda, Pirañavelo siguió un corredor durante un buen trecho, hasta llegar a otro descansillo de escalera.

En cuanto se asomó por la balaustrada se retiró con sobresalto, pues la condesa de Groan cruzaba en aquel momento la habitación inferior a la luz de las linternas. Parecía estar vadeando una espuma blanca y en las vacías salas que Pirañavelo había dejado atrás reverberaba una vibración sorda, un sonido multitudinario, el eco del verdadero clamor que no alcanzaba a oír, el ronroneo de los gatos. Salieron del salón inferior como el reflujo de una blanca marea a través de la boca de una caverna, mientras en su centro una roca se desplazaba con ellos, coronada de algas rojas.

Los ecos se extinguieron. El silencio se extendió como una sábana. Pirañavelo bajó de prisa a la habitación inferior y dobló hacia el este.

La condesa caminaba con la cabeza ligeramente inclinada y los brazos en jarras. Fruncía el ceño. Parecía dudar de que el inmemorial sentido del deber y la observancia se mantuvieran sacrosantos en la extensa red del castillo. A pesar de su apariencia pesada y abstraída, era veloz como una serpiente para captar el peligro y aunque no pudiera señalar con el dedo, por así decir, el área que suscitaba su inquietud, se sentía no obstante suspicaz, alerta y ávida de venganza hacia no sabía bien qué.

Estaba dándole vueltas a todos los retazos de información que pudieran tener relación con el misterioso incendio de la biblioteca de su difunto marido, con la desaparición de éste y con la desaparición del chef del castillo. Casi por primera vez, estaba haciendo uso de un cerebro poderoso por naturaleza, un cerebro adormecido durante tanto tiempo por el ronroneo de sus gatos blancos que al principio le costó un gran esfuerzo sacarlo de su sopor.

Se dirigía a casa del doctor. Habían pasado varios años desde que lo visitara por última vez, y en aquella ocasión sólo pretendía de él que curara el ala rota de un cisne salvaje. Aquel hombre siempre conseguía irritarla, pero, en contra de su propia inclinación, siempre había suscitado en la condesa una extraña confianza.

Mientras descendía un largo tramo de escalones de piedra, la ondulante marea que se extendía a sus pies se convirtió en una cascada que caía a cámara lenta. La condesa se detuvo al pie de la escalera.

—Manteneos… juntos… manteneos… bien juntos —dijo en voz alta, empleando sus palabras como cuentas de un collar, dejando entre ellas una considerable distancia, lo cual, a pesar de la gravedad y aspereza de su voz, confirió un efecto infantil a su tono.

Los gatos habían desaparecido. La condesa se hallaba de nuevo en tierra firme. La lluvia golpeteaba monótonamente del otro lado de una ventana emplomada. Se acercó despacio hasta la puerta que se abría a los claustros y, a través de los arcos, vio la casa del doctor en el lado opuesto del atrio. Internándose bajo la lluvia como si ésta no cayera a raudales, avanzó a través del aguacero con un porte monumental y pausado y la gran cabeza orgullosamente erguida.

SEIS

Prunescualo estaba en su estudio. Él lo llamaba su «estudio», pero para Irma, su hermana, era el lugar donde su hermano se atrincheraba siempre que ella deseaba hablarle de algo importante. Una vez él dentro, con el cerrojo de la puerta echado y las ventanas cerradas a cal y canto, poco podía hacer ella, salvo aporrear la puerta.

Aquella tarde Irma había estado más pesada que nunca. ¿Qué era, había preguntado una y otra vez, lo que le impedía conocer a alguien capaz de apreciarla y admirarla? Irma no deseaba que él, ese hipotético admirador, le dedicara necesariamente su vida entera, porque un hombre debe tener su trabajo (siempre que no le ocupe demasiado tiempo, claro está), ¿no es cierto? Pero si el admirador fuese adinerado y deseara dedicarle su vida… bien, ella no podía prometer nada, pero consideraría detenidamente la propuesta. Tenía un cuello largo e inmaculado, aunque su pecho era plano, es cierto, y también lo eran sus pies, pero al fin y al cabo, una mujer no podía tenerlo todo.

—Me muevo bien, ¿verdad, Alfred? —había exclamado Irma con súbita pasión—. He dicho que me muevo bien, ¿no te parece?

Su hermano, cuyo alargado rostro rosado se apoyaba en su larga y pálida mano, levantó la vista del mantel en el que había estado dibujando el esqueleto de un avestruz. Su boca se abrió automáticamente en un gesto que tenía más de bostezo que de sonrisa, pero una miríada de dientes relampagueó. Sus mandíbulas imberbes se cerraron de nuevo y, mientras miraba a su hermana, reflexionó por enésima vez sobre la exasperante circunstancia de tener que cargar con semejante compañía. Como era la enésima vez, tenía ya mucha práctica y su reflexión no se alargó más de un par de pesarosos segundos. Pero en aquellos segundos volvió a advertir la absoluta idiotez de la boca de su hermana, delgada y sin labios, la crispada fatuidad de la piel bajo sus ojos, la formidable represión que sólo podía manifestarse en el balido de su voz, la frente lisa y despejada (desde la que las frondosas matas de sus ásperos cabellos de color gris metálico eran obligadas a estirarse hacia atrás sobre su cráneo para confluir en la compacta protuberancia de un moño duro como un peñasco), frente que parecía la fachada uniformemente enyesada de una casa vacía, habitada sólo por el fantasma de un plumífero inquilino que brincaba entre el polvo y se arreglaba las plumas mirándose en algún que otro espejo deslustrado.

«¡Señor, señor! —pensó Prunescualo—. ¿Por qué yo, de entre todas las criaturas del globo, yo, que no he matado a nadie, he de sufrir semejante castigo?».

Volvió a sonreír, y esta vez no quedó ni rastro del bostezo en el proceso. Sus mandíbulas se abrieron como las de un cocodrilo. ¿Cómo era posible que una cabeza humana albergase tan terrible y deslumbrante dentadura? Era un flamante cementerio, pero ¡oh, tan anónimo! Ni una sola lápida llevaba grabado el nombre del propietario. ¿Habían muerto en el campo de batalla aquellos muertos dentales anónimos, sin fecha, cuyos monumentos conmemorativos, cuando las mandíbulas se abrían, centelleaban al sol y, cuando éstas se cerraban de nuevo, se codeaban en la noche, creando, con el paso de los años, una familiaridad aún más estrecha? Prunescualo había sonreído. Pues había encontrado consuelo en la idea de que era posible imaginar algunas cosas peores que tener que cargar con su hermana metafóricamente, y una de ellas hubiera sido tener que cargar con ella en todo su literal horror. Pues su imaginación había entrevisto una imagen fugaz, sobrecogedoramente vivida, de Irma encaramada a su espalda, los pies planos en los estribos, clavándole los talones en los flancos mientras él, corriendo a cuatro patas alrededor de la mesa con el freno en la boca y los lomos lacerados por los latigazos que ella le propinaba, consumía su mísera existencia galopando hasta el final.

—Cuando te hago una pregunta, Alfred, digo que cuando te hago una pregunta, me gusta pensar que, aunque seas mi hermano, tendrás la educación suficiente como para contestarme en lugar de quedarte ahí sonriendo afectadamente para tu coleto.

Ahora bien, si de algo era incapaz el doctor era de sonreír afectadamente. Su cara no tenía la forma adecuada. Sus músculos se movían a su antojo, cada uno en una dirección.

—Hermana mía —dijo—, pues tal eres, perdona si puedes a tu hermano, que aguarda ansiosamente tu respuesta a su pregunta, que es la siguiente, mi tórtola: ¿Qué le habías preguntado? Porque lo ha olvidado tan por completo que, si su muerte dependiera de ello, se vería obligado a vivir… contigo, su gota de néctar, sólo contigo.

Irma nunca escuchaba más allá de las primeras cinco palabras de las tiradas algo enrevesadas de su hermano y, de ese modo, muchísimos insultos le habían pasado inadvertidos, insultos que, sin ser malintencionados, proporcionaban al doctor una forma de entretenimiento verbal privado del cual se habría visto obligado a permanecer encerrado en su estudio permanentemente. Y, en cualquier caso, no era tal estudio porque, aunque sus paredes estaban cubiertas de libros, no contenía más que un sillón muy cómodo y una hermosa alfombra. No había escritorio ni papel o tinta, ni tan siquiera una papelera.

—¿Qué me habías preguntado, carne de mi carne? Haré lo que pueda por ti.

—Decía, Alfred, que, dado que no me falta encanto, ni gracia o intelecto, ¿por qué nunca nadie se me ha insinuado? ¿Por qué nunca me han hecho proposiciones?

—¿Hablas en términos financieros? —preguntó el doctor.

—Hablo en términos espirituales, Alfred, y tú lo sabes. ¿Qué tienen otras que yo no tenga?

—O a la inversa, ¿qué les falta a las otras que tú ya tienes?

—No te sigo, Alfred, no te sigo.

—Pero si eso es precisamente lo único que haces —dijo su hermano, tendiendo los brazos y agitando nerviosamente los dedos—. Y desearía que dejaras de hacerlo.

—Pero mi porte, Alfred… ¿Acaso no lo has notado? ¿Qué les pasa a los de tu sexo? ¿Es que no ven lo bien que me muevo?

—Quizá somos demasiado espirituales —dijo el doctor Prunescualo.

—Pero ¡mis andares, Alfred, mis andares!

—Demasiado imponentes, dulce clara de huevo, demasiado imponentes: andas dando bandazos por el lóbrego camino de la vida, y esas caderas tuyas no dejan de contonearse mientras lo haces. Ay, querida mía, tus andares los ahuyentan, eso es lo que pasa. Los aterrorizas, Irma.

Aquello fue demasiado para ella.

—¡Tú nunca has creído en mí! —gritó, levantándose de la mesa, y un terrible rubor le cubrió el cutis perfecto—. Pero ¡te diré —y su voz se elevó hasta convertirse en un penetrante chillido— que soy una dama! ¿Qué crees que quiero de los hombres? ¡Esas bestias! Los odio. Son ciegos, estúpidos, torpes, horribles, pesados, vulgares. ¡Y tú eres uno de ellos! —chilló, señalando a su hermano, quien, con las cejas ligeramente enarcadas, había retomado la elaboración del dibujo del avestruz allí donde la había dejado—. ¡Y tú eres uno de ellos! ¿Me oyes, Alfred?, ¡uno de ellos!

Atraído por el tono de la voz de Irma Prunescualo, un sirviente se había acercado a la puerta e, imprudentemente, la había abierto, en apariencia para preguntar si habían tocado la campanilla para llamarlo, pero en realidad para averiguar qué ocurría.

La garganta de Irma vibraba como la cuerda de un arco.

—¿Qué tienen que ver las damas con los hombres? —gritó, y entonces, reparando en el rostro del sirviente junto a la puerta, cogió un cuchillo de la mesa y se lo lanzó al rostro. Pero su puntería no fue todo lo buena que pudiera haberse esperado, posiblemente por estar tan empeñada en actuar como una dama, y el cuchillo se clavó en el techo, justo sobre la cabeza del criado, desde donde proporcionó una perfecta imitación del temblor de su garganta.

Añadiendo meticulosamente la última vértebra a la cola del esqueleto de avestruz, el doctor volvió la cabeza en primer lugar hacia la puerta, donde el criado, boquiabierto, miraba como hipnotizado el tembloroso cuchillo.

—Buen hombre, ¿sería tan amable de retirar de la puerta de esta habitación su superfino esqueleto y llevarlo a la cocina, donde, según creo, se le paga para que haga esto y aquello entre las perolas? —dijo con su estridente y distraída voz de falsete—. Nadie le ha llamado. Y la voz de su señora, aunque muy aguda, no se parece en lo más mínimo al sonido de una campana, en lo más mínimo.

El rostro se retiró.

—¡Y lo que es más! —declaró un grito desesperado que procedía de debajo del cuchillo—, ¡ya no viene nunca a verme! ¡Nunca, nunca!

El doctor se levantó de la mesa. Sabía que su hermana se refería a Pirañavelo, sin cuya intervención ella probablemente no habría experimentado jamás el recrudecimiento de la frustrada pasión que había crecido

en ella desde que el joven disparara sus lisonjeras saetas a su demasiado sensible corazón.

El doctor Prunescualo se limpió la boca con una servilleta, se sacudió una miga del pantalón y enderezó su larga y estrecha espalda.

—Te voy a cantar una cancioncilla —dijo—. La compuse anoche en el baño, ¡ja, ja, ja!, un sonsonete caprichoso, me dije, un sonsonete caprichoso. —Empezó a rodear la mesa, con las elegantes manos blancas plegadas una sobre la otra—. Creo que decía así… —Pero como sabía que ella probablemente haría oídos sordos a lo que él recitara, cogió la copa que había junto al plato de su hermana y—… Un poco de vino es lo que necesitas, Irma querida, antes de irte a la cama, porque vas a irte derechita, ¿no es así, mi querida espasmódica?, al País de los Sueños… ¡ja, ja, ja!… donde podrás ser una dama durante toda la noche.

Con la rapidez de un prestidigitador profesional, se sacó una cajita del bolsillo de la que extrajo una pastilla que echó en la copa de Irma. Vertió un poco de vino en la copa y se la ofreció con la exagerada amabilidad que raramente lo abandonaba.

—Y yo también tomaré un poco —dijo—, y beberemos a nuestra salud.

Irma se había dejado caer en una silla, ocultando entre las manos su alargado rostro marmóreo. Las gafas oscuras que llevaba para protegerse los ojos de la luz, se le habían torcido sobre la mejilla.

—¡Vamos, vamos, casi había olvidado mi promesa! —gritó el doctor, de pie delante de su hermana, muy alto, delgado y erguido, con aquella cabeza de celulosa que tenía, llena de sensibilidad y nerviosa inteligencia, inclinada a un lado como la de un pájaro.

—Primero un trago de este delicioso vino que procede de un viñedo al pie de una colina adormecida… lo veo con tanta claridad… y tú, oh, Irma, ¿puedes verla tú también? Los campesinos trabajando y sudando bajo el sol… ¿y por qué? Porque no tienen alternativa, Irma. Son desesperadamente pobres y sus cervices se encorvan. Y los hombres-marido, como todo buen marido, cuidan a su amada: acarician las vides con sus manos encallecidas, les susurran, las convencen. «Oh, pequeñas uvas —susurran—, dad vuestro vino. Irma espera». Y aquí lo tenemos, aquí lo tenemos, ¡ja, ja, ja! Delicioso, blanco y frío, en una copa de cristal tallado. ¡Quítate la cofia y empina el codo, mi quejumbrosa princesa!

Irma se enderezó un poco. No había oído ni una palabra. Había permanecido en su particular infierno de humillación. Sus ojos se volvieron al cuchillo clavado en el techo. La fina línea de su boca se crispó, pero tomó la copa que le tendía su hermano.

El doctor entrechocó su copa con la de su hermana y ésta, copiando el movimiento, alzó automáticamente la suya y bebió.

—Y ahora vamos con la cancioncilla que pergeñé con la frivolidad que me caracteriza. ¿Cómo decía? ¿Cómo decía?

Prunescualo sabía que para la tercera estrofa el potente e insípido somnífero que había disuelto en el vino de su hermana empezaría a hacerle efecto. Se sentó en el suelo, a los pies de ella, y, reprimiendo la repugnancia, le palmeó la mano.

—Abeja reina —dijo—, mírame si puedes a través de tus gafas nocturnas. No debería ser tan terrible para alguien que se ha alimentado de horrores. Ahora, escucha… —Los ojos de Irma ya comenzaban a cerrarse—. Creo que la canción dice así. La titulé *El caballo huesudo*.

¡Ven, chasquea el cúbito y tañe la tibia
como un juglar para mí! Oh, caballo huesudo,
el futuro flota como suero
en un mar de frenesí.

Los botones de oro y los verdes prados
ya no te deleitan.
Las tónicas tempestades saltan y chorrean
a través de tu blanca pelvis por siempre jamás.

—¿Te gusta, Irma?

Su hermana asintió con un cabeceo soñoliento.

Venga, bate los omoplatos
y crispa la pálida pagoda de tu espina dorsal.
Liberado del eterno escozor de la vida,
¿quién del yodo necesita?

El caballo huesudo se incorporó de improviso
y con bíblica vanidad sacudió sus costillas.
Me temo que lo miré remiso,
como queriendo salvar su pellejo…

Pero no tenía pellejo… sólo…

En este punto, el doctor, que había olvidado lo que seguía, volvió sus ojos una vez más a su hermana Irma: dormía como un tronco. El doctor hizo sonar la campanilla. Un rostro asomó por la puerta.

—La doncella de tu ama, una litera y un par de hombres para llevarla. Y de prisa.

El rostro se retiró.

Cuando hubieron acostado a Irma y bajado la llama de su lámpara, el silencio se extendió por la casa como una marea; el doctor abrió entonces la puerta de su estudio, se metió dentro y se hundió en su sillón. Sus codos, de apariencia frágil, descansaron sobre los mullidos brazos. Sus dedos se entrelazaron en un delicado puño y sobre este puño apoyó su alargado y hundido mentón. Tras unos instantes, se quitó las gafas y las dejó sobre el brazo del sillón. Luego, entrelazando de nuevo los dedos bajo la barbilla, cerró los ojos y exhaló un leve suspiro.

SIETE

Pero no estaba destinado a disfrutar más que de unos instantes de tranquilidad, porque no tardó en oírse el sonido de unas pisadas del otro lado de su ventana. Cierto es que no eran más que dos pies, pero había algo en el peso y la determinación de aquellos pasos que le recordó al doctor un ejército marchando en perfecta formación, un sonido terrible y acompasado. La lluvia había cesado y el sonido de los pies al dar en el suelo era de una alarmante nitidez.

Prunescualo hubiera reconocido aquel portentoso modo de caminar entre un millón. Pero en el silencio de la noche su pensamiento voló hacia el espectral ejército que los pasos habían despertado en su cerebro inquieto. ¿Qué había en la marcha regular de una hueste en pie de guerra que le contraía la garganta y comunicaba, como lo haría el pensamiento de las rodajas de un limón, una aguda astringencia a la garganta y la mandíbula? ¿Por qué sus lágrimas empezaban a fluir y su corazón a palpitar?

En ese momento no tenía tiempo para reflexionar sobre el asunto, por lo que, con un solo movimiento, se apartó de un plumazo un mechón de paja gris de la frente y el ejército que marchaba en su pensamiento.

Alcanzando la puerta antes de que el estrépito de la campana pudiera convocar la presencia indeseada de los criados, la abrió.

—Le doy la bienvenida, señoría —dijo dirigiéndose a la imponente figura que se disponía a aporrear la puerta con el puño. El cuerpo de Prunescualo se dobló ligeramente por las caderas y sus dientes relampaguearon mientras se preguntaba, en nombre de lo heterodoxo, qué hacía la condesa visitando a su médico a aquella hora de la noche. Ella no visitaba a nadie, ni de día ni de noche. Aquélla era una de sus particularidades. Y sin embargo, allí estaba.

—Echad el freno —dijo la condesa con voz poderosa aunque no estridente.

Una de las cejas del doctor Prunescualo salió disparada hacia lo alto de su frente. Había sido una forma de saludarle muy peculiar que podría haber inducido a pensar que él se disponía a abrazarla. La sola idea lo dejó consternado.

Pero cuando ella dijo: «Podéis entrar», la otra ceja no sólo saltó hacia su frente sino que, con la velocidad de su ascensión, dejó a su compañera temblando.

Que le dijeran que podía «entrar» cuando resulta que él ya estaba dentro era de por sí bastante extraño, pero la idea de que un invitado le diera permiso para entrar en su propia casa era grotesca.

La pausada y grave autoridad de la voz de su señoría hacía la situación todavía más embarazosa. La condesa estaba ya en su vestíbulo.

—Quería verlo —dijo la condesa, con los ojos fijos en la puerta que Prunescualo se disponía a cerrar—. ¡Déjela así! —añadió con un tono aún más grave cuando apenas faltaba un palmo para que la noche quedara excluida de la sala y sonara el chasquido de la cerradura—. ¡Y sujétela bien! —Y entonces, frunciendo los grandes labios como un niño, soltó un prolongado silbido extrañamente dulce, una nota tierna y melancólica para proceder de una criatura tan imponente.

El doctor se volvió hacia ella como la viva imagen de una perpleja interrogación, aunque sus dientes todavía brillaban alegremente. Y mientras se volvía, alcanzó a ver algo por el rabillo del ojo, algo blanco, algo que se movía.

En el espacio dejado por la puerta casi cerrada, y muy cerca del suelo, el doctor Prunescualo vio un rostro tan redondo como la luna llena y tan suave como la piel de un animal. Y no era de extrañar, porque se trataba de una cara peluda, curiosamente pálida a la tenue luz del vestíbulo. Apenas el doctor había tenido tiempo de reaccionar ante la aparición de ese rostro cuando otro ocupó su lugar, y a poca distancia, silenciosos como la muerte, aparecieron un tercero, un cuarto, un quinto… En fila de a uno, tan pegados los unos a las colas de los otros que podrían haber sido una entidad continua, el séquito blanco de su señoría entró en el vestíbulo.

De pie, con la mano en el picaporte y sintiéndose ligeramente mareado, Prunescualo miraba el ondulante río que fluía junto a sus pies. ¿Es que no tenían fin? Llevaba más de dos minutos mirándolos.

Se volvió hacia la condesa, erguida entre un remolino de espuma igual que un faro. Iluminados por la mortecina luz de la lámpara del vestíbulo, sus cabellos rojos emitían una luz sombría.

Prunescualo se sentía de nuevo feliz. Porque lo que le había irritado no eran los gatos, sino las oscuras órdenes de la condesa. Su significado resultaba ahora evidente. Y sin embargo, ¡qué extraño sonaba conminar a un enjambre de gatos a echar el freno!

La idea volvió a adueñarse de sus cejas, que, recelosas, habían descendido mientras él esperaba el momento de cerrar la puerta, y que ahora saltaron de nuevo hacia su frente como si alguien hubiese disparado una pistola y un premio aguardara a la más rápida.

—Ya… estamos… todos —dijo la condesa.

Prunescualo se volvió hacia afuera y comprobó que, en efecto, el río se había secado. Así pues, cerró la puerta.

—¡Bueno, bueno, bueno! —gorjeó, de puntillas y agitando las manos como si estuviera a punto de echarse a volar como un hada—. ¡Qué placer!, qué placer tan grande que su señoría haya venido a visitarme. ¡Dios bendiga mi alma ascética si no habéis arrancado al viejo ermitaño de su introspección! ¡Ja, ja, ja, ja! Y aquí están todos, como vos misma habéis dicho. No hay duda de ello, ¿no es cierto? ¡Menuda fiesta organizaremos! ¡Con sillas musicales y todo! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

El tono casi insoportable de su risa creó un silencio casi absoluto en el vestíbulo. Los gatos, sentados altivamente, tenían sus ojos redondos fijos en él.

—Pero ¡os estoy haciendo esperar! —exclamó el doctor—. ¡Esperando en mis antesalas! ¿Es que sois, mi querida señoría, una enferma vulgar y corriente o una prolífica mendiga que espera que devuelva la forma humana a su prole hechizada? Por todo lo evidente no sois ni lo uno ni lo otro, así que ¿por qué habría de dejaros esperando en este frío, este húmedo, este desagradable vestíbulo, chorreando verdaderas cataratas de lluvia? Así pues… si me permitís que os preceda… —Agitó un brazo largo y delicado en cuyo extremo, ondeando como una bandera de seda, había una mano no menos blanca—… abriré unas cuantas puertas, encenderé un par de lámparas, sacudiré algunas migas para que todo esté listo para… ¿Qué vino os convendrá?

Echó a andar hacia la sala de estar con un curioso y movedizo movimiento de los pies.

La condesa lo siguió. Los criados habían retirado de la mesa los platos de la cena y la estancia permanecía en tal serenidad y compostura que costaba creer que, no hacía mucho, en aquella misma habitación, Irma se había cubierto de oprobio.

Prunescualo abrió de par en par la puerta de la sala de estar y se apartó para dejar pasar a la condesa. Lo hizo con espectacular desenfado, como si quisiera indicar con ello que si la puerta se rompía o saltaban las bisagras o si el golpe hacía caer alguno de los cuadros de la pared, ¿qué más daba? Aquélla era su casa, podía hacer con ella lo que se le antojara. Si decidía arriesgar sus pertenencias era asunto suyo. Aquélla era una de esas ocasiones en las que sólo la gente vulgar tenía en cuenta consideraciones tan mezquinas.

La condesa avanzó hasta el centro de la habitación y allí se detuvo. Miró a su alrededor con aire abstraído: la larga cortina amarillo limón, los muebles de madera labrada, la gruesa alfombra verde, la plata, las cerámicas, las franjas de color gris pálido y blanco del papel pintado. Si su pensamiento evocó la caótica penumbra de su propio dormitorio, lleno de pájaros y el hedor de la cera de las velas, su rostro no dejó traslucir ninguna expresión.

—¿Son… todas… sus… habitaciones… como… ésta? —murmuró la condesa, que acababa de sentarse en una silla.

—Bueno, deje que lo piense —dijo Prunescualo—. No, no exactamente, señoría… no exactamente.

—Supongo… que… estarán… inmaculadas. ¿No… es así?

—Creo que sí; sí, sí, estoy bastante seguro de que lo están. No es que visite más de cinco o seis de ellas en el transcurso del año, pero, caramba, con los criados yendo y viniendo con plumeros y escobas y haciendo tintinear los cubos y fregoteándolo todo, y con mi hermana Irma encima de ellos para asegurarse de que friegan lo que hay que fregar y de que lo fregado está bien fregado, no me cabe duda de que estamos esterilizados casi hasta la extinción: ni una pizca de tártaro en los pasamanos, ni un microbio que pueda vivir tranquilo.

—Comprendo —dijo la condesa. Aquella única palabra sonó extraordinariamente reprobadora—. Pero he venido a hablar con usted.

Durante unos instantes, la condesa miró alrededor con expresión cavilosa. Los gatos, que no movían ni un bigote, estaban por toda la habitación. Adornaban heráldicamente la repisa de la chimenea, formaban en

la mesa un sólido bloque de blancura, el sofá era un auténtico ventisquero y la alfombra parecía bordada de ojos.

Su señoría había vuelto la cabeza, que siempre parecía mucho más grande de lo que cualquier cabeza humana tenía derecho a ser, en dirección contraria al médico, y la había inclinado ligeramente, la imponente garganta aparecía tensa aunque no había perdido su amplitud. Su perfil quedaba casi oculto tras la mejilla y llevaba la mayor parte de la cabellera recogida en una serie de nidos rojos, mientras que el resto le caía sobre los hombros en llameantes bucles serpentiformes a los que sólo les faltaba sisear.

El médico giró sobre sus estrechos pies y, con un ademán afectado y ceremonioso, abrió la puerta de un armarito de marquetería, tras lo cual juntó las manos bajo la barbilla y apartó de su frente un mechón de cabello gris. Dirigió el centelleo de su brillante dentadura a la condesa, que seguía presentándole a la vista el hombro y alrededor de una octava parte de su rostro, y, enarcando las cejas, dijo:

—Señoría, es para mí un honor que hayáis decidido visitarme para discutir algún asunto conmigo. Pero antes que nada, ¿qué beberéis?

Al abrir la puerta del armarito, el médico había dejado al descubierto la más rara y cuidadosamente elegida colección de vinos de su bodega.

La condesa desplazó en el aire su grandiosa cabeza.

—Una jarra de leche de cabra, si es tan amable, Prunescualo —dijo.

Todo cuanto en el médico era amor por la belleza, el refinamiento, la delicadeza y la excelencia (y una buena parte de él era sensible a estas abstracciones) se contrajo como el cuerno de un caracol e hizo que se sintiera desfallecer. Pero su mano, ya en el aire y a medio camino de asir la luz del sol de un antiquísimo viñedo atrapada en una botella, se limitó a agitarse de aquí para allá, como si estuviese dirigiendo una orquesta gnómica, al tiempo que se volvía, con un absoluto control de sí mismo. Saludó con una inclinación y sus dientes relampaguearon. Entonces hizo sonar la campanilla y, cuando un rostro asomó por la puerta, preguntó:

—¿Tenemos alguna cabra? Vamos, hombre, vamos, sí o no. ¿Tenemos o no tenemos alguna cabra?

El hombre estaba seguro de que no disponían de tal cosa.

—Pues entonces busca una, si me haces el favor. Trae una de inmediato. Se la precisa. Eso es todo.

La condesa se había sentado. Sus pies, bien plantados en el suelo, estaban separados, y sus pesados y pecosos brazos descansaban en los reposabrazos de la silla. En el silencio que siguió, ni siquiera a Prunescualo se le ocurrió qué decir. La voz de la condesa quebró al fin la quietud.

—¿Por qué tiene cuchillos clavados en el techo?

El médico volvió a cruzar las piernas y siguió la impasible mirada de la condesa, fija en el largo cuchillo de pan que, de pronto, pareció llenar toda la habitación. Un cuchillo en el guardafuego, sobre una almohada o bajo una silla es una cosa, pero un cuchillo rodeado por el vacío páramo blanco de un techo no tiene la menor cobertura, está tan desnudo y expuesto como un cerdo en una catedral.

Pero cualquier tema era terreno abonado para el doctor. Sólo la falta de material, contingencia bastante rara en él, le consternaba.

—Ese cuchillo, señoría —dijo, echando al instrumento una mirada del más profundo respeto—, a pesar de ser un cuchillo de pan, tiene una historia. ¡Una historia, señora! Vaya si la tiene. —Volvió los ojos hacia su huésped. La condesa aguardaba impasible—. Aunque parezca humilde, prosaico, desproporcionado y tosco, ese cuchillo significa mucho para mí. En efecto, así es señora, y no soy ningún sentimental. Y ¿por qué?, os preguntaréis. ¿Por qué? Permitidme que os lo cuente todo. —Enlazó las manos e irguió los estrechos y elegantes hombros—. Con ese cuchillo, señoría, llevé a cabo mi primera operación con éxito. Me hallaba entre montañas. Criaturas enormes y empenachadas, las montañas, llenas de carácter pero sin encanto. Estaba solo con mi fiel mula. Nos habíamos perdido. Un meteorito cruzó el cielo. ¿Para qué nos servía a nosotros? Absolutamente para nada. Simplemente nos irritó. Por un momento mostró un sendero a través de los helechos empapados por la nieve. Evidentemente se trataba del sendero equivocado. Nos hubiera llevado de vuelta a una ciénaga de la que a duras penas habíamos logrado salir tras media jornada de esfuerzo. ¡Vaya frase! Una frase espantosa, señoría, ¡ja, ja, ja, ja! ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí!, sumido en la oscuridad, a kilómetros de cualquier lugar. ¿Qué sucedió después? Algo de lo más extraño. Yo aguijoneaba a la mula con el cayado para que avanzara, pues en ese momento la montaba, y, de pronto, el animal soltó un grito como de niño y empezó a desplomarse. Mientras caía, volvió su peluda cabezota y la poca luz que había me reveló que sus ojos, sin ningún género de duda, me imploraban que la librara de algún sufrimiento. Ahora bien, señoría, el sufrimiento es de las cosas más insufribles que cualquiera puede sufrir, pero localizar la fuente del sufrimiento de una mula en la oscuridad de una noche oscura y montañosa no es… nada fácil, ¡ja, ja, ja! Sin embargo, algo tenía que hacer. La enorme criatura yacía ya de costado sobre

el suelo. Yo había saltado de su lomo cuando empezó a desplomarse y, al instante, mis facultades comenzaron a funcionar a pleno rendimiento. Los ojos de la bestia, todavía fijos en los míos, eran como lámparas a las que se les acaba el aceite. Me planteé una disyuntiva pertinente, según creí entonces y sigo creyendo ahora, y ésta era: ¿Se trata de un sufrimiento espiritual o físico? En el primer caso, la oscuridad no importaría, pero el tratamiento sería delicado. Si se trataba de lo segundo, la oscuridad sería el infierno, pero el problema sería de mi competencia… o casi. Aposté por lo segundo y, ya fuera por buena suerte o por ese extraño sexto sentido que uno tiene cuando está solo con una mula entre montañas empenachadas, comprendí de inmediato que había sido una elección afortunada. Porque en cuanto decidí trabajar en términos carnales, agarré la cabeza de la mula, la levanté y la giré en un ángulo tal que, con el brillo de sus ojos pude iluminar (débilmente, desde luego, pero iluminar, a pesar de todo) con un apagado resplandor, el resto de su cuerpo. De inmediato me vi recompensado. Se trataba de un simple caso de «cuerpo extraño». ¡Enroscada, no podría deciros cuántas veces, alrededor de la pata trasera del animal había una pitón! Incluso en un momento tan terrible y crítico me admiró la belleza de la criatura. Era, desde luego, mucho más hermosa que mi vieja mula. Pero ¿se me pasó por la cabeza la idea de trasladar mi devoción al reptil? No. Después de todo, además de la belleza existe eso que llamamos lealtad. Además, detesto caminar y no habría sido fácil montar a la pitón, señoría. El solo acto de ensillarla habría bastado para acabar con la paciencia de cualquiera. Y además… —El médico echó una mirada de soslayo a su huésped y al punto deseó no haberlo hecho. Sacó su pañuelo de seda y se secó la frente. Luego mostró sus dientes con un relampagueo y, con algo menos de entusiasmo en la voz, añadió—: Fue entonces cuando me acordé de mi cuchillo de pan.

Por un momento reinó el silencio. Y entonces, cuando el médico llenaba sus pulmones y se disponía a continuar…

—¿Qué edad tiene? —preguntó la condesa, pero, antes de que el doctor Prunescualo pudiera contestar, llamaron a la puerta y el criado entró con un chivo.

—¡Idiota, te has equivocado de sexo! —Al tiempo que decía esto, la condesa se levantó pesadamente de la silla y, acercándose al chivo, le acarició la cabeza con sus grandes manos. El animal tironeó de la cuerda que lo sujetaba para acercarse a ella y le lamió el brazo.

—Me asombras —le dijo el médico al criado—. No me extraña que cocines tan mal. ¡Fuera, hombre, fuera! Ve y desentierra otra y, por el amor de los mamíferos, ¡esta vez que sea del sexo correcto! Por las cosas fundamentales de la vida, a veces uno se pregunta en qué clase de mundo vivimos, es inevitable preguntárselo.

El criado desapareció.

—Prunescualo —dijo la condesa, que se había acercado a la ventana y contemplaba desde allí el patio.

—¿Señora? —inquirió el médico.

—Mi corazón está inquieto, Prunescualo.

—¿Vuestro corazón, señora?

—Mi corazón y mi mente.

La condesa regresó a su silla y volvió a sentarse, y sus brazos reposaron en los mullidos reposabrazos de la silla como antes.

—¿En qué sentido, señoría? —La voz de Prunescualo había perdido su jocosa insipidez.

—Hay maldad en el castillo —replicó ella—. Ignoro dónde, pero hay maldad.

La condesa se quedó mirando al médico.

—¿Maldad? —dijo éste al fin—. ¿Os referís a alguna influencia, señora, una mala influencia?

—No estoy segura. Pero algo ha cambiado. Lo siento en los huesos. Hay alguien.

—¿Alguien?

—Un enemigo. Si es espectro o humano, no lo sé. Pero es enemigo. ¿Comprende?

—Comprendo —dijo el médico. Había desaparecido de él todo vestigio de socarronería. Se inclinó hacia delante—. No es un fantasma —añadió—. Los fantasmas no sienten el gusanillo de la rebelión.

—¡Rebelión! —dijo la condesa con voz airada—. ¿Ante qué?

—Lo ignoro. Pero ¿qué otra cosa puede ser eso que sentís, según decís, en los huesos, señora?

—¿Quién osaría rebelarse? —musitó ella como para sí—. ¿Quién osaría?… —Tras una pausa, preguntó —: ¿Tiene usted alguna sospecha?

—Carezco de pruebas. Pero vigilaré para vos. Pues, por los santos ángeles, ya que habéis sacado el tema a relucir, no hay duda de que hay maldad en el aire.

—Peor —replicó ella—, mucho peor que eso. Hay perfidia. —La condesa respiró hondo y luego, con gran lentitud, añadió—: Y yo la aplastaré hasta aniquilarla. La destruiré, no sólo por Titus y por su difunto

padre, sino por Gormenghast.

—Ahora que mencionáis a vuestro difunto marido, señora, el reverenciado lord Sepulcravo… ¿Dónde están sus restos, señora, si es que de verdad ha muerto?

—¡Y más que morir, hombre, más aún! ¿Qué hay del fuego que devastó su brillante cerebro? ¿Qué hay del incendio en el que, de no ser por el joven Pirañavelo…? —La condesa se sumió en un denso silencio.

—¿Y qué hay del suicidio de las hermanas de lord Sepulcravo y de la desaparición del chef la misma noche que su señoría, vuestro esposo…? Y todo en poco más de un año… Y, desde entonces, un centenar de irregularidades y extraños sucesos. ¿Qué hay detrás de todo eso? Por todo lo visionario, señora, vuestro corazón tiene razones para sentirse inquieto.

—Y está Titus —dijo la condesa.

—Está Titus —repitió el médico tan rápido como el eco.

—¿Qué edad tiene ahora?

—Casi ocho años. —Prunescualo enarcó las cejas—. ¿Es que no lo veis?

—Desde mi ventana —dijo la condesa—, cuando cabalga al pie de la muralla sur.

—Deberíais pasar tiempo con el chico de cuando en cuando —dijo el médico—. Por todo lo maternal, verdaderamente deberíais ver más a vuestro hijo.

La condesa miró al médico, pero lo que pudiera haber replicado quedó en suspenso para siempre por un golpecito en la puerta y la reaparición del criado trayendo una cabra.

—¡Suéltala! —dijo la condesa.

La pequeña cabra blanca corrió hacia ella como atraída por un imán. La condesa se volvió hacia Prunescualo.

—¿Tiene usted alguna jarra?

El médico volvió la cabeza hacia la puerta.

—Trae una jarra —ordenó a la cara que ya desaparecía.

—Prunescualo —dijo la condesa mientras se arrodillaba, una mole imponente a la luz de la lámpara, y acariciaba las suaves orejas de la cabra—, no le preguntaré sobre quién recaen sus sospechas. No, todavía no. Pero espero de usted que esté atento, Prunescualo, atento a todo, como yo. Tiene que estar bien alerta, Prunescualo, durante todas las horas del día. Espero que se me informe de cualquier heterodoxia, dondequiera que se la halle. Tengo una cierta fe puesta en usted, señor. Una cierta fe. No sé por qué… —añadió.

—Señora —repuso Prunescualo—, me andaré con pies de plomo.

El criado entró con una jarra y se retiró.

La brisa nocturna agitaba los elegantes cortinajes amarillos. La luz dorada de la lámpara se reflejaba en los cuencos de porcelana, en los chatos jarrones de cristal tallado y en las altas piezas de esmalte; en los lomos de vitela de los libros y en las pinturas vidriadas que adornaban las paredes. Pero donde más vivamente lo hacía era en las innumerables caritas blancas de los gatos inmóviles. Su blancura hacía palidecer la sala y helaba la cálida luz. Era una escena que Prunescualo no olvidaría nunca. La condesa arrodillada junto al fuego moribundo, la cabra de pie, quieta, mientras la condesa la ordeñaba con una autoridad en el diestro movimiento de sus dedos que afectó extrañamente al médico. ¿Era aquella la condesa voluminosa, brusca e intransigente cuyos instintos maternales estaban tan inauditamente ausentes, que llevaba un año sin hablar con Titus, a quien el populacho reverenciaba e incluso temía, que era más una leyenda que una mujer? ¿Era ella en verdad, la que esbozaba aquella media sonrisa de extraordinaria ternura con sus anchos labios?

Entonces el médico recordó de nuevo la voz de la condesa cuando ésta había susurrado: «¿Quién osaría rebelarse? ¿Quién osaría?», y luego la grave e implacable vibración de órgano de su garganta al decir: «¡Y yo la aplastaré hasta aniquilarla! ¡La destruiré! No sólo por Titus…».

OCHO

Aunque ellas lo ignoraban, Cora y Clarisa estaban prisioneras en sus aposentos. Pirañavelo había claveteado y cerrado desde el exterior todas las salidas posibles. Llevaban dos años encarceladas, pues se habían ido de la lengua hasta casi comprometer a Pirañavelo. A pesar de la astucia y paciencia con que las trataba, al joven no se le había ocurrido ningún otro medio infalible de asegurarse su silencio permanente en lo relativo al tema del incendio de la biblioteca. Ningún otro medio… salvo uno. Las gemelas estaban convencidas de que sólo ellas, entre todos los habitantes del castillo, se habían librado de una terrible enfermedad inventada por Pirañavelo y que éste llamaba «la peste de la comadreja».

Las gemelas eran como agua. Pirañavelo podía abrir o cerrar a voluntad el grifo de su terror. Ambas le estaban patéticamente agradecidas porque, gracias a su superior sabiduría, gozaban de una relativa buena salud. Si es que puede llamarse salud a la simple y llana negativa a morir aunque hubiera un centenar de razones por las que deberían hacerlo. El temor a entrar en contacto con los portadores de la enfermedad las obsesionaba y Pirañavelo les traía a diario noticias de muertos y moribundos.

Sus aposentos ya no eran aquellas espaciosas estancias donde, siete años antes, Pirañavelo les presentara sus respetos. Lejos de poseer una Habitación de las Raíces y un gran árbol que se inclinaba sobre el vacío a cientos de pies sobre la tierra, ahora vivían a ras de suelo, en un oscuro distrito del castillo, un callejón sin salida, un promontorio de piedra malsano y húmedo alejado incluso de las rutas menos transitadas. No sólo no había manera de llegar allí, sino que además la zona estaba vetada a causa de su pésima reputación. Insalubre a causa de la humedad, solo respirar en aquella atmósfera significaba contraer una pulmonía doble.

Irónicamente, era en semejante lugar donde ellas se ufanaban en la errónea creencia de que sólo ellas escaparían de la virulenta y espantosa enfermedad que, en su imaginación, postraba Gormenghast. Bajo la férula de Pirañavelo, se habían vuelto tan ególatras que ansiaban que llegara el día en que, como únicas supervivientes, saldrían a la luz (tomadas las debidas precauciones) y serían, después de largos años de frustración, las únicas aspirantes a la corona de Groan, aquel descomunal y elevado símbolo de soberanía con su zafiro central del tamaño de un huevo de gallina.

Aquél era uno de sus más acalorados temas de discusión: si habría que aserrar la corona por la mitad y dividir el zafiro para que en todo momento pudieran llevar encima al menos una parte de ella o si debían dejarla intacta y llevarla en días alternos.

A pesar de lo acalorado y reñido del tema, éste no suscitaba una animación apreciable. Ni los labios se les veía mover, pues habían adquirido el hábito de mantenerlos ligeramente separados y proyectar sus monótonas voces sin siquiera un temblor de la boca. Pero la mayor parte de sus largos y solitarios días la pasaban en silencio. Las intermitentes apariciones de Pirañavelo, cada vez menos frecuentes, eran, aparte de sus descabelladas, grotescas y paranoicas visiones de un futuro de tronos y coronas, sus únicas fuentes de animación.

¿Cómo fue posible ocultar a sus señorías Cora y Clarisa de aquel modo y cómo se permitió que tal iniquidad continuara?

No se permitió; pues, por lo que a Gormenghast concernía, ambas habían sido sepultadas dos años antes en el panteón de los Groan con gran boato. Pirañavelo había confeccionado un par de réplicas en cera para la luctuosa ocasión. Una semana antes de que estas efigies fueran depositadas en el sarcófago, en los aposentos de las gemelas se había descubierto una carta, supuestamente de su puño y letra, pero en realidad amañada por Pirañavelo, que divulgaba la terrible nueva de que las hermanas del septuagésimo sexto conde, que había desaparecido del castillo sin dejar rastro, decididas a la destrucción de sus personas, una noche habían abandonado subrepticiamente el castillo para acabar con sus vidas entre los barrancos de la montaña de Gormenghast. Las partidas de búsqueda, organizadas por Pirañavelo, no habían encontrado

rastro de ellas.

Con el pretexto de que examinaran un par de cetros que había encontrado y hecho redorar, la noche previa al descubrimiento de la nota Pirañavelo condujo a las gemelas a las habitaciones que ahora ocupaban.

Todo aquello parecía muy lejano. Titus no era entonces más que un niño. Excorio acababa de ser desterrado. Sepulcravo y Vulturno se habían esfumado en el aire. Como dientes caídos de la mandíbula de Gormenghast, la desaparición de las gemelas, sumada a esas otras, dio durante un tiempo al castillo un semblante raro y un maxilar dolorido. Las heridas habían sanado hasta cierto punto y se había aceptado el cambio de rostro. Después de todo, Titus estaba vivo y sano, y la continuidad de la dinastía, asegurada.

Las gemelas estaban sentadas en su habitación, después de una jornada más silenciosa de lo habitual. Una lámpara colocada sobre una mesa de hierro (que permanecía encendida todo el día) les proporcionaba luz suficiente para dedicarse a sus bordados; pero durante un rato ninguna de ellas se aplicó a la tarea.

—¡Cuánto tiempo dura la vida! —dijo Clarisa al fin—. A veces pienso que no vale la pena insistir.

—No sé nada acerca de insistir —repuso Cora—, pero, ya que has hablado, bien puedo decirte que, como de costumbre, has olvidado algo.

—¿Qué he olvidado?

—Has olvidado que ayer lo hice yo y que hoy te toca a ti, eso.

—¿Que me toca qué?

—Consolarme —dijo Cora, mirando fijamente una de las patas de la mesa de hierro—. Puedes hacerlo hasta las siete y media, y entonces te tocará a ti sentirte deprimida.

—Muy bien —dijo Clarisa, y acto seguido empezó a acariciar el brazo de su hermana.

—¡No, no, no! —dijo Cora—, no seas tan obvia. Haz cosas que no parezcan tener relación, como por ejemplo preparar el té y ponerlo ante mí en silencio.

—Muy bien —respondió Clarisa, más bien hosca—, pero ya lo has estropeado al decirme lo que tengo que hacer. Ya no será una atención por mi parte. Aunque podría preparar café en vez de té.

—No te preocupes por eso —replicó Cora—, hablas demasiado. No quiero descubrir de pronto que ya te toca.

—¿Me toca qué? ¿Mi depresión?

—Sí, sí —dijo su hermana, irritada, y se rascó la parte de atrás de su redonda cabeza.

—Y no es que crea que la mereces.

Su conversación se vio interrumpida, pues una cortina se descorrió a sus espaldas y Pirañavelo se acercó a ellas empuñando un bastón de estoque.

Las gemelas se levantaron a una y se volvieron juntas hacia él.

—¿Cómo están mis cotorritas? —dijo.

Alzó su delgado bastón y, con terrible descaro, cosquilleó las costillas de sus señorías con la estrecha contera. Sus rostros no mostraron ninguna expresión, pero ellas ejecutaron los movimientos lentos y sinuosos de las bailarinas orientales. Sobre la repisa de la chimenea un reloj dio la hora y, cuando éste calló, el monótono sonido de la lluvia pareció redoblar su volumen. La luz era ya muy escasa.

—Hacía mucho que no venías por aquí —dijo Cora.

—Muy cierto —convino Pirañavelo.

—¿Nos habías olvidado?

—Ni por un instante —dijo él—. Ni por un instante.

—¿Qué ha pasado, pues? —preguntó Clarisa.

—¡Sentaos! Y escuchadme —dijo Pirañavelo con aspereza. Las miró fijamente hasta que no pudieron resistir su mirada y, avergonzadas, agacharon las cabezas y se encontraron mirándose el regazo—. ¿Creéis que me resulta fácil mantener la plaga lejos de vuestra puerta y, al mismo tiempo, estar a vuestra entera disposición? ¿De veras lo creéis?

Ambas negaron moviendo lentamente las cabezas, como péndulos.

—¡Concededme, pues, la gracia de no interrogarme! —gritó con fingido enfado—. ¿Cómo osáis morder la mano que os alimenta? ¿Cómo osáis?

Moviéndose a una, las gemelas se levantaron de sus sillas y empezaron a pasearse por la habitación. Se detuvieron un momento y miraron a Pirañavelo para asegurarse de que estaban haciendo lo que se esperaba de ellas. Sí. El severo dedo del joven señalaba la gruesa alfombra cargada de humedad que cubría el suelo de la habitación.

Pirañavelo obtenía el mayor de los placeres al ver como aquellas estúpidas y lastimosas criaturas, ataviadas con sus galas de color púrpura, se ponían a cuatro patas y se arrastraban bajo la alfombra.

Mediante unos sencillos y arteros pasos, las había ido llevando gradualmente de humillación en humillación, hasta que la malsana satisfacción que experimentaba de ese modo llegó a convertirse casi en una necesidad. De no ser por el grotesco placer que el ejercicio de su poder sobre ellas le proporcionaba era improbable que se hubiera tomado tantas molestias para mantenerlas vivas.

Mientras miraba los montículos gemelos que había bajo la alfombra, no reparó en que algo insólito y sin precedentes estaba ocurriendo. En su reclusión en aquella especie de madriguera, agachada en la ignominiosa oscuridad, Cora había tenido una idea. No se preocupó en preguntarse de dónde procedía ni tampoco por qué se le habría ocurrido, pues para ella, igual que para Clarisa, Pirañavelo, su benefactor, era una especie de dios. Pero la idea había florecido súbitamente en su pensamiento, sin que nadie la llamara. Y era que le gustaría mucho matarlo. En cuanto la hubo concebido sintió miedo, y ese miedo se vio apenas aliviado cuando, con vacua determinación, una voz inexpresiva y monótona dijo en la oscuridad:

—Y… a… mí… también. Podríamos hacerlo juntas, ¿no te parece? Podríamos hacerlo juntas.

NUEVE

En lo alto del ala sur existía un rellano casi olvidado, un rellano ocupado desde hacía muchas décadas por sucesivas generaciones de ratones de color gris paloma, unas criaturas curiosamente diminutas, apenas mayores que la falange de un dedo y oriundas de dicha ala sur, pues nunca se las vio en ninguna otra parte.

En el pasado, aquella extensión de suelo poco frecuentada, cerrada en un lado por altas balaustradas, debía de haber sido de gran interés para una o varias personas; porque aunque los colores se habían desvaído en su mayor parte, en algún momento el entarimado del suelo debía de haber lucido un carmesí intenso y resplandeciente y las tres paredes el amarillo más brillante. Las balaustradas alternaban el verde manzana y el azul celeste, y también de este último color eran los marcos de los vanos sin puertas. Los corredores que, en perspectiva menguante, partían de allí prolongaban el carmesí del suelo y el amarillo de las paredes, pero estaban sumidos en una densa sombra.

Las balaustradas de los balcones miraban hacia el lado sur y, en la pendiente del tejado que había sobre éstos, una ventana dejaba pasar la luz y, en ocasiones, el mismo sol, cuyos rayos convertían este silencioso y olvidado rellano en un cosmos, un firmamento de partículas en movimiento, brillantemente iluminadas, una provincia a un tiempo astral y solar; pues el sol llegaba hasta ella con sus largos rayos y los rayos bailaban con estrellas. Allí donde daba el sol, el suelo florecía como una rosa, una pared estallaba en una luminosidad azafranada y las balaustradas llameaban como anillos de serpientes de colores.

Pero incluso con la invasión de la luz solar en los días más despejados del verano, un pigmento de podredumbre teñía el brillo de los colores, y el rojo que ardía en los entarimados había perdido su llama.

Y esta vieja pista de circo era el escenario por el que se movían las familias de ratones grises.

Titus dio por primera vez con las barandillas coloreadas de la escalera en un punto dos pisos por debajo del balcón de paredes amarillas. Había estado explorando el piso inferior y, al descubrir que se había perdido, se había asustado, pues, una tras otra, las habitaciones que encontraba mostraban una oscuridad cavernosa o un vacío inundado por la luz del sol que inflamaba el polvo de los vastos suelos y que asustaba más al pequeño en su dorado abandono que las sombras más densas. De no haber apretado los puños hubiera gritado, pues la ausencia de fantasmas en los salones y estancias desiertos resultaba turbadora; cuando entraba en ellos, el niño tenía la sensación de que algo acababa de abandonar aquellos corredores y salones o bien de que los escenarios estaban prestos para que ese algo hiciera su aparición.

Y al doblar una esquina, con la imaginación desbocada y el corazón latiéndole alborotadamente, Titus tropezó con una sección de la escalera situada dos pisos por debajo de la guarida de los ratones grises.

En cuanto vio la escalera, Titus corrió hacia ella como si cada balaustre fuera un amigo. Incluso en medio de su arrebato de alivio y con el vacío eco de sus pasos resonándole todavía en los oídos, sus ojos se agrandaron ante el verde manzana y el azul cielo de los balaustres, cada uno un alto plinto desafiante. Sólo la baranda que aquellos brillantes objetos sostenían, de una lisa blancura marfileña desgastada por el uso, carecía de color. Titus se aferró a los barrotes y miró abajo a través de ellos. Poca vida se veía en las profundidades que se abrían a sus pies. Un pájaro sobrevoló lentamente un distante rellano, una sección del enlucido se desprendió de una pared en sombras tres pisos por debajo del pájaro, pero aquello fue todo.

Titus miró hacia arriba y vio lo cerca que estaba de la cabecera de la escalera. Ansioso por escapar de la atmósfera de aquellas regiones superiores, no pudo sin embargo resistirse a subir corriendo los escalones, y desde arriba pudo ver los colores llameantes. Los ratones grises chillaron y se desperdigaron por los pasadizos o se metieron en sus agujeros. Unos cuantos se pegaron a las paredes y observaron a Titus durante un rato antes de retomar su sueño o su roedura.

La atmósfera le resultó al muchacho inefablemente dorada y amistosa, tan amistosa que su proximidad a la vacía habitación de abajo apenas turbó su deleite. Se sentó con la espalda contra una pared amarilla y observó las maniobras de las partículas blancas en los oblicuos rayos de sol.

—¡Esto es mío, mío! —dijo en voz alta—. Yo lo he descubierto.

DIEZ

En la pésima luz subterránea que llenaba la sala de profesores, tres figuras parecían flotar entre el movimiento de la parda marea. El humo del tabaco había convertido aquel lugar en una suerte de tumba ambarina. Aquellos tres eran la vanguardia de una reunión diaria, tan sacrosanta e inevitable como la reunión de los grajos en las copas de los olmos en el mes de marzo. ¡Sí, pero infinitamente más malsana! Una reunión de los profesores, pues eran las once en punto y el corto recreo había comenzado.

Los alumnos —los gorriones, por así decir— de Gormenghast corrían hacia el vasto patio de arenisca roja, un patio flanqueado en todos sus lados por altos muros cubiertos de hiedra de la misma piedra. ¡Los filos de incontables navajas se habían quebrado contra su áspera superficie, pues habría quizá un millar de iniciales de pata de mosca grabadas en la piedra! Un centenar de despedidas y observaciones trabajosamente talladas cuyo significado hacía tiempo que se había diluido. Otras incisiones más profundas habían marcado las reglas de algún juego de invención local. Más de un muchacho había sollozado contra aquellas paredes, más de unos nudillos se habían magullado al esquivar una cabeza el puñetazo. Más de un niño se había abierto camino a golpes hasta el patio con la boca ensangrentada y un millar de vacilantes pirámides de muchachos se habían tambaleado y desmoronado mientras los de arriba se agarraban a la hiedra.

Al patio se accedía por un túnel que nacía inmediatamente debajo de la alargada aula meridional y al que llevaban unos peldaños que, a través de una trampilla, descendían hasta éste. En este túnel, viejo y recubierto de helechos, resonaban en ese momento los salvajes chillidos de una horda de chicos que se dirigían atropelladamente al patio de piedra roja, su inmemorial campo de juegos.

Pero en la sala de profesores, los tres caballeros hallaban la relajación más por una disminución que por un incremento de energía.

Entrar en la sala por el corredor de los profesores significaba experimentar un extraordinario cambio de atmósfera, no menos repentino que el que sufriría quien, nadando en aguas límpidas y transparentes, se encontrara de pronto luchando desesperadamente por mantenerse a flote en una ensenada de sopa. No sólo el aire tenía un tinte pardo a causa de una mezcla de olores que incluía tabaco rancio, tiza seca, madera podrida, tinta, alcohol y, sobre todo, cuero mal curtido, sino que el color general de la sala era una transcripción de los olores, pues las paredes estaban recubiertas de cuero de caballo del más deprimente de los marrones, sólo mitigado por el centelleo apagado de algunas cabezas de tachuelas dispersas.

A la derecha de la puerta colgaban las negras togas de los maestros en diversos estadios de descomposición.

De los tres profesores, el primero en llegar a la sala aquella mañana para asegurarse el único sillón (tenía la costumbre de abandonar la clase que estaba dando —o que fingía dar— al menos veinte minutos antes de que concluyese oficialmente para asegurarse de que encontraba el sillón desocupado) fue Opus Chiripa. Más que sentarse, se tendía en lo que entre el personal se conocía como «la Cuna de Chiripa». Pues había desgastado aquel elemento del mobiliario —o símbolo de la poltronería— hasta darle una forma que convertía en una arriesgada empresa el descenso de cualquier otro cuerpo que no fuera el suyo en aquel ondulante cráter de crin de caballo.

Aquellos caprichos diarios antes del descanso de media mañana y su reanudación antes de que sonara la campana de la cena eran muy apreciados por el señor Opus Chiripa, quien, durante esos períodos, incrementaba el palio de humo de tabaco que ya oscurecía el techo de la sala con una cantidad de emanaciones propias suficientes para poder afirmar no sólo que el entarimado del suelo estaba en llamas, sino que el centro de la conflagración era el señor Chiripa en persona, tendido formando un ángulo de cinco grados con respecto al suelo, en una posición que, en cualquier caso, podía sugerir asfixia. Pero nada ardía salvo el tabaco de su pipa y allí, en posición supina, expulsando blancas espirales de humo por su ancha

boca, musculosa y desprovista de labios (bastante parecida a la de un afable y enorme lagarto), revelaba una despreocupación tan brutal por su propia tráquea y las ajenas que uno no podía evitar preguntarse cómo podía aquel hombre compartir el mismo mundo con jacintos y damiselas.

Tenía la cabeza muy echada hacia atrás. La larga y prominente barbilla apuntaba al techo como una hogaza de pan y los ojos seguían con expresión lúgubre el ondulante ascenso de cada nuevo anillo de humo hasta que éste era absorbido por las nubes superiores. Había una suerte de madurez en su indolencia, en su pavorosa ecuanimidad.

De los dos compañeros de Opus Chiripa que estaban con él en la sala, Percha-Prisma, el más joven, se acuclillaba garboso en el borde de una larga mesa manchada de tinta. El vetusto mueble se hallaba cubierto en toda su extensión de libros de texto, lapiceros azules, pipas cargadas a distintos niveles de ceniza y picadura sin fumar, trozos de tiza, un calcetín, varios tinteros, un bastón de caminante de bambú, un charco de cola blanca, un mapa del sistema solar, buena parte de cuya superficie se había consumido a consecuencia de algún pasado accidente con una botella de ácido, un cormorán disecado con la patas claveteadas con unas tachuelas que no lograban mantener derecho al pájaro, un descolorido globo terráqueo con las palabras «Azotar a Molleraviesa el jueves» garabateadas en tiza amarilla desde debajo del Ecuador hasta más allá del Círculo Ártico, listas, avisos, instrucciones, una novela titulada *Las increíbles aventuras de Cupido Gato* y por lo menos una docena de altas y desordenadas pagodas de cuadernos de color ante.

Percha-Prisma había despejado un reducido espacio en un extremo de la mesa y allí estaba acuclillado, con los brazos cruzados. Era un hombre más bien menudo y rollizo que rezumaba presunción en cada movimiento que ejecutaba, en cada palabra que pronunciaba. Tenía una nariz porcina y unos ojos como botones negros y horrorosamente vivaces rodeados por anillos suficientes para lacear y estrangular en el momento de su concepción cualquier idea de que tenía menos de cincuenta años. Pero su nariz, que no parecía tener más que unas horas de edad, contribuía no poco, a su porcina manera, a contrarrestar el efecto producido por los anillos alrededor de los ojos y le daba a Percha-Prisma, en suma, un aire juvenil.

Opus Chiripa en su asiento predilecto, Percha-Prisma posado en el borde de la mesa. En contraste con sus colegas, el tercero de estos caballeros de la sala de profesores parecía tener algo que hacer. Mirándose en un espejo de mano que había sobre la repisa de la chimenea, con la cabeza ladeada para captar la poca luz que lograra abrirse paso entre el humo, Bellobosque examinaba sus dientes.

A su manera, era un hombre guapo. De cabeza grande, su frente y el puente de su nariz descendían en una única línea de innegable nobleza. El mentón era tan largo como la frente y la nariz juntas, y de perfil se encontraba en una línea perfectamente paralela a estos rasgos. Su leonina melena de níveos cabellos le confería algo de la dignidad del profeta, sin embargo los ojos eran decepcionantes. No hacían ningún esfuerzo por confirmar la promesa de los demás rasgos, que habrían constituido el marco ideal para unos ojos en los que relampagueara el fuego visionario. Los ojos del señor Bellobosque no relampagueaban lo más mínimo. Eran más bien pequeños, de un triste color gris verdoso y bastante inexpresivos. Después de haberlos visto, era difícil no abrigar un cierto resentimiento contra su espléndido perfil, por fraudulento. Los dientes, desiguales y cariados, eran el peor rasgo del señor Bellobosque.

Con gran rapidez, Percha-Prisma estiró simultáneamente brazos y piernas y luego los retrajo. Al mismo tiempo, cerró sus brillantes ojos negros y bostezó con toda la anchura que su diminuta y remilgada boca le permitió. Luego palmeó la mesa, como queriendo decir: «¡No puede uno pasarse el día aquí sentado, soñando!». Frunciendo el ceño, sacó una pipa pequeña, elegante y bien cuidada (había descubierto hacía mucho tiempo que aquélla era su única defensa contra el humo de sus colegas) y la cargó con dedos rápidos y diestros. Mientras la encendía, entrecerró los ojos y la cara inferior de su nariz porcina reflejó el resplandor de la llama. Con los ojos oscuros y cerebrales ocultos por un instante tras los párpados, más que un hombre parecía un lactante famélico.

Aspiró la pipa tres o cuatro veces seguidas y entonces, tras apartarla de su elegante boquita, dijo enarcando las cejas:

—¿Es necesario?

Tendido en su sillón como si éste fuera una camilla, Opus Chiripa no movió nada a excepción de sus ojos perezosos, que se volvieron lentamente hasta enfocar con expresión abstraída el rostro interrogativo de Percha-Prisma. Pero comprobó que Percha-Prisma evidentemente se dirigía a otra persona y, volviendo lánguidamente los ojos atrás, el señor Chiripa pudo obtener una borrosa imagen de Bellobosque, detrás de él. Ese augusto caballero que examinaba sus dientes con tan minucioso cuidado frunció el magnífico ceño y volvió la cabeza.

—¿Qué es necesario? Explícate, mi querido muchacho. Si hay algo que detesto son las oraciones de dos

palabras. Mi querido muchacho, hablas como una cascada de loza.

—Bellobosque, eres un condenado viejo pedante y ya hace tiempo que te esperan para tu funeral —dijo Percha-Prisma—, y además eres más lento que una tortuga preñada. Por el amor de Dios, ¡deja ya de hurgarte los dientes!

En su destartalado asiento, Opus Chiripa entornó los ojos y, puesto que dibujó con su ancha boca de labios correosos una curva ligeramente ascendente, se podría haber pensado que de la situación obtenía un cierto regocijo sardónico, camuflado por el formidable volumen de humo que brotó de sus pulmones y salió por su boca, elevándose en el aire en la forma de un olmo blanco como la nieve.

Bellobosque le dio la espalda al espejo y perdió de vista su imagen y sus problemáticos dientes.

—Percha-Prisma —dijo—, eres un advenedizo insoportable. ¿Qué demonios te importan mis dientes? Tenga la amabilidad de dejar que yo me ocupe de ellos, señor.

—Con mucho gusto —dijo Percha-Prisma.

—Resulta, querido camarada, que me duelen —dijo Bellobosque, y su tono se dulcificó.

—Eres un avaro —dijo Percha-Prisma—. Te aferras a cosas caducas. Sea como sea, ya no te sirven. Haz que te los saquen.

Bellobosque se elevó una vez más a la categoría de imponente profeta.

—¡Eso nunca! —exclamó, pero echó a perder la majestad de sus palabras echándose mano a la mandíbula y gimiendo patéticamente.

—No me das lástima —dijo Percha-Prisma, balanceando las piernas—. Eres un viejo estúpido, y si estuvieses en mi clase te azotaría dos veces al día hasta que dominaras, uno, tu crasa dejadez, dos, tu mórbida atracción por la putrefacción. No me das ninguna lástima.

Esta vez, cuando Opus Chiripa expulsó su acre nube lo hizo con una inconfundible sonrisa.

—Pobre condenado y viejo Bellobosque —dijo—. ¡Pobre viejo Colmillos!

Y empezó a reírse con un estilo muy personal, una risa violenta y silenciosa. Su pesado cuerpo reclinado envuelto en la toga negra se agitó adelante y atrás. Las rodillas se le pegaron a la barbilla. Los brazos colgaron a los lados del sillón, desvalidos. La cabeza se le bamboleó. Parecía como si estuviera en las últimas fases del envenenamiento por estricnina. Pero no emitió ningún sonido ni su boca se abrió. Gradualmente el espasmo fue remitiendo y, cuando su rostro recuperó su natural color arena (su risa contenida le había conferido un rojo intenso), continuó fumando con ahínco.

Con paso digno y pesado, Bellobosque se plantó en el centro de la sala.

—Así que para usted soy el «Condenado Bellobosque», ¿no es así, señor Chiripa? Eso es lo que piensa de mí, ¿no es cierto? Así es como discurren sus groseros pensamientos. ¡Ajá!… ¡Ajá! —Su intento de aparentar que meditaba filosóficamente sobre el carácter de Chiripa fracasó miserablemente. Negó con un movimiento de su venerable cabeza—. Amigo mío, es usted un sujeto de lo más grosero. Es como un animal… más aún, como un vegetal. Tal vez ha olvidado que, hace quince años, se consideró la posibilidad de nombrarme director. Sí, señor Chiripa, «se consideró». Fue entonces, creo, cuando se cometió el trágico error de incluirlo a usted en el claustro. Humm… Desde entonces ha sido usted una deshonra, señor, una deshonra durante quince años, una deshonra para nuestro oficio. Por lo que a mí se refiere, indigno como soy, le participo que me avala una experiencia que no pienso molestarme en enumerar. ¡Es usted un holgazán, señor, un maldito holgazán! Y por su falta de respeto hacia un anciano erudito únicamente…

Pero una nueva punzada de dolor forzó a Bellobosque a llevarse la mano a la mandíbula.

—¡Oh, mis dientes! —gimió.

Durante esta arenga, la mente del señor Chiripa había estado divagando. Si le hubieran preguntado, habría sido incapaz de repetir una sola palabra de lo que le habían dicho.

Pero la voz de Percha-Prisma abrió un sendero entre las densas nieblas de su ensueño.

—Mi querido Chiripa —dijo—, ¿es o no es cierto que, en una de esas raras ocasiones en las que tuviste a bien presentarte en un aula (creo que en esa ocasión se trataba de la Gamma cinco), te referiste a mí con el nombre de «gallo cabezón»? Ha llegado a mis oídos que te referiste a mí exactamente en esos términos. Confírmamelo, porque suena muy en tu línea.

Opus Chiripa se acarició el largo y protuberante mentón.

—Es probable —dijo al fin—, pero no podría asegurarlo. Nunca escucho. —El extraordinario paroxismo se inició de nuevo: las agitadas e incontrolables oleadas de silenciosa risa corporal.

—Una memoria muy oportuna —dijo Percha-Prisma con un leve tono de irritación en la voz seca y cortante—. Pero ¿qué ha sido eso?

Había oído algo fuera, en el corredor, algo parecido al agudo y lejano chillido de una gaviota. Opus Chiripa se incorporó sobre un codo. El agudo sonido ganó estridencia. De pronto, la puerta se abrió de par

en par y allí, ante ellos, en el umbral, apareció el director.

ONCE

Si alguna vez existió un testaferro, un cero a la izquierda primigenio, ese arquetipo había sido resucitado en la forma de Bostezoyerto. Era pura fachada. Comparado con él, hasta el señor Chiripa era un hombre ocupado. Se le suponía poseedor de un gran ingenio, pues se las había arreglado para delegar sus deberes de una forma tan intrincada que nunca había necesidad de que él hiciera nada. Su firma, necesaria de cuando en cuando al pie de extensos comunicados que nadie leía, era siempre falsificada e incluso el ingenioso sistema de delegación en el que radicaba su grandeza había sido concebido por otro.

Un individuo menudo y pecoso entró en la sala inmediatamente detrás del director empujando una destartalada silla a cuyas patas se había añadido unas ruedas y sobre la que venía sentado Bostezoyerto. Aquel mueble, que tenía las proporciones de una trona infantil y que al igual que ésta estaba equipada con una bandeja por encima de la cual podía verse parcialmente la cabeza de Bostezoyerto, advertía oportunamente a alumnos y profesores de su proximidad, pues pedía a gritos que la engrasaran. Las ruedas chirriaban.

Bostezoyerto y el hombre pecoso ofrecían un llamativo contraste. No existía razón por la que los dos hubieran de ser considerados seres humanos, pues entre ellos no se advertía un denominador común. Cierto es que ambos tenían dos piernas, dos ojos, una boca por barba y así sucesivamente, pero este hecho no parecía probar la existencia de una similitud de especie y, de hacerlo, era sólo del mismo modo en que, por conveniencia, jirafas y armiños se clasifican bajo la amplia etiqueta de «fauna».

Allí estaba Bostezoyerto en persona, y poco menos que dormido. Iba envuelto como un paquete mal hecho en una toga de color gris cañón decorada con los signos del zodíaco en dos tonos de verde, signos ninguno de los cuales podía distinguirse con mucha claridad a causa de los pliegues y las arrugas, a excepción de Cáncer, el cangrejo, sobre el hombro izquierdo. Llevaba los pies metidos debajo del cuerpo y una bolsa de agua caliente en el regazo.

Su rostro mostraba la resignada expresión de quien sabe que la única diferencia entre un día y el siguiente se encuentra en las páginas de un calendario.

Las manos descansaban flácidas en la bandeja que tenía delante, a la altura de la barbilla. Al entrar en la sala abrió un ojo y escrutó con aire ausente la humareda. No fue una contemplación apresurada y quedó no poco satisfecho cuando, pasados unos minutos, distinguió las tres figuras borrosas en los espacios inferiores. Esas tres figuras —Opus Chiripa, Percha-Prisma y Bellobosque— estaban de pie y en fila, Opus Chiripa después de haberse librado con gran esfuerzo, como quien lucha contra la succión, de su cuna. Los tres miraban a Bostezoyerto, sentado en las alturas de su silla.

La cara de Bostezoyerto era redonda y blanda como una albóndiga y no daba indicios de tener estructura: nada indicaba que hubiera un cráneo debajo de la piel.

Tan desagradable efecto podría haber indicado un temperamento no menos desagradable. Por fortuna no era así, pero ejemplificaba una actitud vital igualmente falta de osamenta. En él no podía hallarse ni un asomo de nervio, pero tampoco ninguna debilidad como tal, sólo una negación de carácter. Por otra parte, su flacidez no era algo deliberado, a no ser que las medusas sean indolentes de forma consciente.

Aquel extremo aire de abstracción, de vacuo y afable distanciamiento, resultaba casi terrorífico. Era ese tipo de despreocupación que humilla a los vehementes, a los de naturaleza apasionada, y que los fuerza a preguntarse por qué se gastan en cuerpo y alma si cada día no hace sino conducirlos a los gusanos. Por temperamento, o por falta de él, Bostezoyerto había alcanzado, sin querer, lo que los sabios anhelaban: equilibrio. En su caso, un equilibrio entre dos polos que no existían; pero, como fuera, allí estaba, en equilibrio sobre un imaginario punto de apoyo.

El pecoso había empujado la trona hasta el centro de la sala. La piel del hombre estaba tan tirante sobre el diminuto rostro anguloso, casi insectil, que las pecas eran el doble de grandes de lo que habrían sido

normalmente. Era verdaderamente pequeño y, mientras miraba con descaro desde detrás de las patas de la trona, la brillantina relucía en sus cabellos de color zanahoria, que llevaba peinados hacia atrás sobre su huesuda cabecita de insecto. Las paredes de cuero de caballo se perfilaban entre el humo, despidiendo un olor perceptible. Unas pocas tachuelas centelleaban sobre el lóbrego cuero marrón.

Bostezoyerto dejó caer un brazo por el costado de la silla y meneó un lánguido dedo índice. «La Mosca» (nombre por el que se conocía al enano pecoso) se sacó un trozo de papel del bolsillo pero, en vez de pasárselo al director, subió con extraordinaria agilidad los alrededor de una docena de travesaños de la silla y gritó al oído de Bostezoyerto:

—¡Todavía no!, ¡todavía no! ¡Sólo hay tres!

—¿Cómo? —dijo Bostezoyerto con voz vacua.

—¡Que sólo hay tres!

—¿Quiénes? —preguntó Bostezoyerto tras un largo silencio.

—Bellobosque, Percha-Prisma y Chiripa —dijo La Mosca con su voz penetrante como el zumbido de ese animal. A través del humo, guiñó un ojo a los tres caballeros.

—¿Y no bastaría con ellos? —murmuró Bostezoyerto con los ojos cerrados—. Son parte de mi personal, ¿no… es cierto?

—Muy cierto —dijo La Mosca—, muy cierto. Pero vuestro edicto, señor, va dirigido a todo el personal.

—He olvidado de qué trata. Refrésqueme… la… memoria…

—Está todo escrito —dijo La Mosca—. Lo tengo aquí, señor. Lo único que tiene que hacer es leerlo, señor. —Y de nuevo el hombrecito pelirrojo honró a los tres maestros con un guiño particularmente íntimo. Había algo obsceno en el modo en que el pétalo cerúleo de su párpado caía sugerentemente sobre su ojo brillante y se alzaba de nuevo sin la menor agitación.

—Déselo a Bellobosque. Él se encargará de leerlo cuando llegue el momento —dijo Bostezoyerto levantando su mano colgante y posándola en la bandeja que tenía delante, acariciando lánguidamente la bolsa de agua caliente—. Averigüe por qué se retrasan.

La Mosca bajó con agilidad los travesaños de la silla y emergió de la sombra que ésta proyectaba. Cruzó la sala con pasos ligeros e insolentes, bien echados hacia atrás la cabeza y el trasero. Pero la puerta se abrió antes de que pudiera alcanzarla y entraron dos profesores, uno de ellos Franegato, con los brazos atestados de cuadernos de ejercicios y la boca llena de torta de anís, y su compañero, Jirón, con los brazos vacíos pero con la cabeza llena de teorías sobre el inconsciente de todo el mundo menos el suyo. Este último tenía un amigo, de nombre Mustio, que llegaría de un momento a otro, y que, en contraste con Jirón, estaba cargado de teorías sobre su propio inconsciente y el de nadie más.

Franegato se tomaba su trabajo muy en serio y siempre andaba preocupado. Alumnos y colegas lo llevaban por la calle de la amargura y una gran proporción del trabajo que hacía pasaba inadvertida, pero era su obligación hacerlo. Tenía un sentido del deber que lo estaba convirtiendo a marchas forzadas en un hombre enfermo. La lastimosa expresión de reproche que nunca abandonaba su rostro testimoniaba su celo. Siempre llegaba a la sala de profesores demasiado tarde para encontrar una silla vacía y a su clase demasiado pronto como para encontrarla reunida. Continuamente descubría que le habían atado las mangas de la toga y que habían sustituido su ración de queso por pastillas de jabón en la mesa de los profesores. No tenía idea de quién hacía esas cosas ni de cómo evitar que las hicieran. Ese día, al entrar en la sala de profesores con los brazos cargados de libros y la torta de anís en la boca, estaba dominado por la habitual agitación, y su estado de ánimo no mejoró al encontrar al director cerniéndose sobre él como Júpiter entre las nubes. En su confusión, la torta se le coló por la tráquea y la montaña de cuadernillos empezó a resbalarle de los brazos y, con fuerte estrépito, se desparramó por el suelo. En el silencio que siguió se oyó un gemido de dolor, pero sólo era Bellobosque a vueltas con su mandíbula. Su noble cabeza rodaba de un lado a otro.

Jirón entró sin prisa y, tras una breve inclinación en dirección a Bostezoyerto, se detuvo a conversar con Bellobosque.

—¿Te duele, mi querido Bellobosque? ¿Te duele? —preguntó, pero con un tono áspero, irritante e inquisitivo que mostraba la misma compasión que abrigaría el pecho de un vampiro.

Bellobosque irguió su señorial cabeza, pero no se dignó responder.

—Demos por supuesto que te duele —continuó Jirón—. Trabajemos sobre la base de esa hipótesis; que Bellobosque, un hombre entre los sesenta y los ochenta años, siente dolor. O, más bien, cree sentirlo. Debemos ser precisos. Como hombre de ciencia, insisto en la precisión. Bien pues, ¿qué sigue? Caramba, hay que tener en cuenta que Bellobosque, quien supuestamente siente dolor, también piensa que ese dolor tiene relación con sus dientes. Esto es absurdo, naturalmente, pero, repito, debe tenerse en cuenta. ¿Por qué

motivo? Porque son simbólicos. Todo es simbólico. No existe «una cosa» *per se*. Tan sólo es un símbolo de algo que sí es, y así sucesivamente. A mi modo de ver, sus dientes, aunque aparentemente cariados, son meramente el símbolo de una mente enferma. —Bellobosque gruñó—. ¿Y por qué está enferma la mente? —Jirón agarró la toga de Bellobosque por debajo del hombro izquierdo de este caballero y, alzando el rostro, escrutó la gran cabeza—. La boca se te crispa —comentó—. Interesante… muy… interesante. Quizá lo ignores, pero tu madre tenía mala sangre. Muy mala sangre. O, como alternativa, sueñas con armiños. Pero no importa, no importa. A lo que íbamos. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, en tus dientes, símbolos, como hemos dicho, de una mente enferma. Ahora bien, ¿de qué clase de enfermedad se trata? Ahí está la clave. ¿Qué clase de enfermedad mental afectaría tus dientes de ese modo? Abra la boca, señor…

Pero Bellobosque, cuyas parcas reservas de paciencia y decoro se habían visto socavadas por una nueva punzada de dolor, levantó su enorme bota, del tamaño de una bandeja, y la estampó con ciega satisfacción sobre los pies del señor Jirón. La bota cubrió ambos pies y debió de producir un dolor atroz, pues el ceño del señor Jirón se contrajo y le subió el dolor, aunque no emitió ningún sonido a excepción del comentario:

—Interesante, muy interesante… probablemente tu madre.

A la risa corporal de Opus Chiripa sólo le faltó partirlo en dos o darse rienda suelta en un sonido.

Para entonces, otros profesores se habían infiltrado desde la puerta a través del humo. Por ejemplo, Mustio, el amigo de Jirón, o su discípulo, pues sostenía todas las opiniones de Jirón en sentido inverso. Pero si hablamos de discípulos, el señor Mustio era un rebelde comparado con los tres caballeros que, desplazándose en apretado tropel, con los birretes formando sobre ellos una superficie prácticamente ininterrumpida, se habían sentado en un apartado rincón, como conspiradores. Aquellos tres no debían lealtad a ningún miembro del claustro ni a una abstracción como el mismo claustro, sino a un anciano sabio, una figura barbuda sin ocupación específica pero cuyos puntos de vista sobre la Muerte, la Eternidad, el Dolor (y su inexistencia), la Verdad o, de hecho, cualquier cosa de naturaleza filosófica, era como fuego en sus oídos.

Al sostener los puntos de vista de su maestro sobre tan descomunales temas, habían desarrollado un miedo hacia sus colegas y una disposición susceptible que, como más de una vez les había hecho notar cruelmente Percha-Prisma, no era coherente con su teoría de la inexistencia. «¿Por qué sois tan susceptibles —solía decirles—, si resulta que el dolor o la susceptibilidad no existen?». Ante lo cual los tres, Cañizo, Sobrecaña y Chirlomirlo, se convertían al instante en una sola tienda negra al ponerse a deliberar con la velocidad de la succión. ¡Cómo ansiaban a veces que su barbudo líder estuviera con ellos! Él sabía responder todas las preguntas impertinentes.

Eran hombres infelices, aquellos tres. No por una melancolía propia, sino a causa de sus teorías. Y allí estaban sentados juntos, con las espirales de humo enroscándose a su alrededor, los ojos desplazándose con suspicacia de un rostro a otro de sus heréticos hermanos, en celoso temor de que alguien desafiara la fe que profesaban.

¿Quién más había entrado? Sólo Florimetre, el dandi, Costrón, el gorrón, y el colérico Mulfuego.

Entre tanto, La Mosca había permanecido en el pasillo con los nudillos entre los dientes, emitiendo unos silbidos de lo más escalofriantes. Tanto si éstos habían provocado la súbita aparición al fondo del pasillo de los pocos rezagados como si estos personajes iban ya de camino a la sala de profesores, no había duda de que la estridente música de La Mosca había apresurado sus pasos.

Un palio de humo se cernía sobre ellos, pues no deseaban entrar en el fumadero de Chiripa, como ellos lo llamaban, con pulmones vírgenes.

—El «Bostezón» está aquí —dijo La Mosca a los profesores que se acercaban con gran revuelo de togas. Una docena de cejas se enarcaron. Raras veces veían al director.

Cuando la puerta se cerró tras el último de ellos, fue evidente que aquella sala coriácea no era lugar para nadie que padeciese de asma. Ninguna flor podría medrar allí, salvo las espinosas y duras, algún cacto habituado al polvo y la sed. Tampoco era lugar para aves cantoras, no, ni siquiera para el cuervo, porque el humo llenaría sus delgadas y dulces tráqueas. Aquella atmósfera nada sabía de pastos fragantes, del amanecer en los bosques de avellanos perlados de rocío, de arroyos o luz de estrellas. Era una cueva de bruma color sepia.

La Mosca, cuyo afilado rostro de insecto apenas era visible entre el humo, trepó a la trona, una mano tras otra, y encontró a Bostezoyerto dormido y la bolsa de agua caliente helada como una piedra. Con el diminuto y huesudo pulgar, pinchó al director en las costillas en el punto donde Tauro y Escorpio se superponían. La cabeza de Bostezoyerto se había hundido aún más mientras dormía y apenas se mantenía por encima de la bandeja. Todavía tenía los pies bajo el cuerpo. Parecía una criatura que hubiera perdido su caparazón, porque su rostro se veía repugnantemente desnudo, no sólo físicamente, sino debido a su

vacuidad.

Bostezoyerto no despertó con un sobresalto ante los estímulos de La Mosca, como hubiera sido lo normal; aquello hubiera equivalido a un cierto interés por la vida. Se limitó a abrir un ojo que, partiendo del rostro de La Mosca, vagó por la miscelánea de togados que tenía a sus pies.

Volvió a cerrar el ojo.

—¿Qué… hace… aquí… toda… esta… gente? —Su voz salió de su blanda cabeza como una serpentina de papel—. ¿Y qué hago yo aquí? —añadió.

—Todo esto es muy necesario —contestó La Mosca—. ¿He de recordarle otra vez, señor, el edicto de Bergantín?

—¿Por qué no? —dijo Bostezoyerto—. Pero sin demasiado ruido.

—¿O prefiere que Bellobosque lo lea en voz alta, señor?

—¿Por qué no? —dijo el director—. Pero primero haz que llenen mi bolsa.

La Mosca bajó los travesaños de la silla con la bolsa fría en las manos y, con su habitual descaro, se abrió paso hacia la puerta entre el grupo de profesores. Antes de llegar a ella, ayudado por la escasa visibilidad de la sala pero, sobre todo, por la excepcional habilidad de sus delgados deditos, había aligerado a Franegato de un viejo reloj de oro con cadena, al señor Jirón de unas cuantas monedas y a Florimetre de un pañuelo bordado.

Cuando regresó con la bolsa de agua caliente, Bostezoyerto se había dormido otra vez pero, antes de volver a trepar a la silla con ruedas para despertar al director, La Mosca le alcanzó a Bellobosque un rollo de papel.

—Léalo —dijo La Mosca—. Es de Bergantín.

—¿Por qué yo? —dijo Bellobosque con la mano en la quijada—. ¡Que se vayan al cuerno Bergantín y sus avisos! ¡Al cuerno!

Desató el rollo de papel y avanzó con pasos pesados hacia la ventana, donde lo sostuvo bajo la luz que por allí entraba.

A esas alturas, los profesores se habían sentado en el suelo, en grupos o solos, como Franegato, que se había acomodado entre las frías cenizas de la chimenea. De no ser por la ausencia de tiendas, mujeres indias, plumas y hachas de guerra, bien podría haberse tratado de una tribu acampada bajo el humo en suspensión.

—¡Adelante, Bellobosque! ¡Adelante, muchacho! —dijo Percha-Prisma—. Híncale el diente al asunto.

—Para tratarse de un erudito —comentó el sarcástico Jirón—, siempre he tenido la sensación de que Bellobosque está mermado, seriamente mermado. En primer lugar por la dificultad que tiene para comprender frases de más de siete palabras y, en segundo lugar, por el efecto idiotizante que ejerce sobre su mente un frustrado complejo de superioridad.

Se oyó un gruñido entre el humo.

—¿Se trata de eso? ¿Se trata de eso? ¡Ja!

Era la voz de Florimetre. Procedía del extremo más próximo de la larga mesa, en la que se había sentado dejando colgar sus delgadas y elegantes piernas. Le había dado tanto lustre a sus estrechos y puntiagudos zapatos que sus punteras brillaban en medio del humo como antorchas en la niebla. En esa última media hora, no habían podido apreciarse en la sala más pies que los suyos.

—Bellobosque —continuó Florimetre, retomando el tema allí donde Percha-Prisma se había interrumpido—, ¡híncale el diente, hombre! ¡Híncale el diente! ¡Danos la esencia, vamos! Danos la esencia. ¿Es que no sabes leer, viejo farsante?

—¿Eres tú, Florimetre? —dijo otra voz—. Llevo buscándote toda la mañana. ¡Vaya por Dios, qué lustrosos llevas los zapatos! ¡Me estaba preguntando qué diablos eran esas luces! Pero en serio, esto es muy embarazoso para mí, Florimetre, de veras, pero te buscaba por mi esposa en el exilio, ya sabes, está terriblemente enferma. Y ¿qué puedo hacer yo, espléndido como soy, con mi tableta de chocolate semanal? Ya ves cómo están las cosas, camarada; es el fin… o casi… a menos que… me preguntaba si tú podrías… Lo que sea, hasta el martes… En confianza, ya sabes, ¡ja, ja, ja! Es terrible pedir… miseria y todo eso… Pero, en serio, Florimetre (¡caramba, qué par de cascos más deslumbrantes, viejo!), en serio, si pudieses arreglártelas para…

—¡Silencio! —gritó La Mosca interrumpiendo a Costrón, que no se había dado cuenta de que estaba sentado tan cerca de un colega hasta que había oído a su lado la afectada voz de Florimetre. Todos sabían que Costrón no tenía esposa en el exilio, ni enferma ni de otra clase. También sabían que sus continuos ruegos se debían no tanto a que estuviera sumido en la pobreza como a su deseo de llamar la atención. Costrón parecía pensar que tener una esposa en el exilio que, además, agonizaba en medio de atroces

dolores, le daba una especie de aureola romántica. Lo que pretendía suscitar no era compasión, sino envidia. Sin una consorte exiliada y moribunda, ¿qué era él? Solamente Costrón. Nada más. Costrón para sus colegas y Costrón para sí mismo. Algo con siete letras que caminaba a dos patas.

Pero Florimetre se había bajado de la mesa aprovechando el humo. Dio unos delicados pasos hacia su izquierda y tropezó con las piernas extendidas de Mulfuego.

—¡Que *Satán* te deje morado a golpes! —rugió una fea voz desde el suelo—. ¡Malditos sean tus pies apestosos, seas quien seas!

—¡Pobre viejo Mulfuego! ¡Pobre viejo puerco! —dijo otra voz, una más familiar, y a continuación todos tuvieron la sensación de que algo se estremecía incontrolablemente, aunque sin el acompañamiento del sonido correspondiente.

Franegato se mordía el labio inferior. Llegaba con retraso a su clase. Todos llegaban con retraso. Pero a nadie más que a Franegato le preocupaba este hecho. Frane sabía que, a esas alturas, el techo de la clase estaría azul de tinta, que Tartaja, el pequeño de piernas arqueadas, andaría revolcándose debajo del pupitre en una convulsión de frenético desenfreno, que los tirachinas estarían disparándose libremente desde cualquier escondrijo de madera y que las bombas fétidas estarían transformando su aula en un infierno nauseabundo. Sabía todo eso y no podía hacer nada. El resto del claustro también lo sabía, pero no tenían ningún deseo de hacer nada.

Entre el palio de humo una voz exclamó:

—¡Silencio, caballeros, silencio para el señor Bellobosque!

Y otra:

—¡Oh, diablos, mis dientes, mis dientes!

Y otra:

—¡Si al menos no soñara con armiños!

Y otra:

—¿Adónde habrá ido a parar mi reloj de oro?

Y entonces La Mosca de nuevo:

—¡Silencio, caballeros! ¡Silencio para Bellobosque! ¿Está usted listo, señor? —dijo, y escrutó el rostro inexpresivo de Bostezoyerto.

—¿Por qué… no? —dijo Bostezoyerto en respuesta, con una pausa particularmente larga entre el «Por qué» y el «no». Bellobosque leyó:

Edicto 159757736154432962170719 3

A la atención de Bostezoyerto, director, y a los caballeros del claustro de profesores, a todos los bedeles, conservadores y demás personas con autoridad.

En el día de hoy… del mes de… del octavo año del septuagésimo séptimo conde, a saber, Titus, señor de Gormenghast, se les comunica y advierte en lo concerniente a su actitud, tratamiento y conducta con respecto al anteriormente mencionado conde, quien ahora, en el umbral de la edad de la razón, podría impresionar al director, los caballeros del claustro de profesores, bedeles, conservadores y similares con las atribuciones de su linaje hasta el punto de distraer a estas personas de su deber con respecto a la ley inmemorial que rige la actitud que Bostezoyerto, etcétera, están estrictamente obligados a adoptar, en tanto en cuanto deben tratar al septuagésimo séptimo conde en todos los aspectos y en toda ocasión tal como tratarían a cualquier otro menor confiado a su custodia, sin obstáculo ni favoritismo, para que le sea inculcada noción de las costumbres, tradiciones y ritos y, por encima de todo, noción de las obligaciones inherentes a cada una de las ramificaciones de la vida del castillo, y también una noción indeleble de las responsabilidades que asumirá cuando alcance la mayoría de edad, momento en el que, transcurridos sus años de formación entre la chusma de los jóvenes del castillo, es de suponer que el septuagésimo séptimo conde no sólo habrá desarrollado una mente ágil, un conocimiento de la naturaleza humana, un cierto ímpetu, sino, además, un cierto grado de saber derivado de los esfuerzos que usted, señor director, y ustedes, caballeros del claustro de profesores, deben aportar en cumplimiento de su deber, por no mencionar el privilegio y el honor que ello representa.

Todo esto, señor, es, o debería ser, algo bien sabido para ustedes pero, estando el septuagésimo séptimo conde en su octavo año de vida, he creído conveniente recordarles estas responsabilidades,

en mi condición de Maestro del Ritual, etcétera, en capacidad de lo cual estoy autorizado a aparecer en cualquier momento en cualquier aula por mí elegida para informarme sobre el modo en que imparten sus distintas disciplinas y con particular interés sobre el efecto que ello tenga sobre el progreso del joven conde.

Bostezoyerto, señor, desearía inculcárais en vuestro personal la magnitud de la tarea que tienen ante sí y en particular…

Pero Bellobosque, cuya mandíbula de pronto empezó a dolerle como si la estuviesen martillando sobre un yunque calentado al blanco, tiró el pergamino y cayó de rodillas con un aullido de dolor que despertó a Bostezoyerto hasta el punto de que abrió los dos ojos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Bostezoyerto a La Mosca.

—Bellobosque, que siente dolor —replicó el enano—. ¿Termino de leer el edicto?

—¿Por qué no? —dijo Bostezoyerto.

Franegato le tendió el papel a La Mosca. Nervioso, había salido a gatas de las cenizas e imaginaba ya a Bergantín en su aula y los sucios ojos líquidos de aquella criatura coja fijos en la tinta que en aquel momento debía de estar chorreando por las paredes de cuero.

La Mosca arrancó el papel de la mano de Franegato y, tras soltar un silbido preparatorio logrado gracias a la conjunción de nudillos, labios y tráquea, retomó la lectura. El silbido fue tan estridente que, como un solo hombre, los reclinados miembros del claustro se sentaron de un salto sobre sus posaderas.

La Mosca leyó de prisa, cada palabra atropellando la siguiente, y terminó el edicto de Bergantín casi de un tirón.

… desearía inculcárais en vuestro personal la magnitud de la tarea que tienen ante sí, y en particular a aquellos miembros del claustro que confunden el ritual de su vocación con el simple hábito, convirtiéndose en lapas molestas pegadas a la roca viviente, o que, como malignas enredaderas en torno a un brote vivo, ahogan la respiración del castillo.

Firmado (por orden de) Bergantín, Maestro del Ritual, Conservador de los Ritos y custodio hereditario de los manuscritos por

PIRAÑAVELO (amanuense)

Alguien había encendido una linterna que, puesta sobre la mesa, apenas alcanzaba a iluminar con un mortecino resplandor el pecho del cormorán disecado. Había algo ignominioso en la necesidad de recurrir a una lámpara en un mediodía de verano.

—Si alguna vez hubo una lapa molesta envuelta en enredaderas esa lapa eres tú, amigo mío —dijo Percha-Prisma dirigiéndose a Bellobosque—. ¿Te das cuenta de que todo eso iba dirigido a ti? Para ser un anciano, has llegado demasiado lejos, lo que se dice demasiado lejos. ¿Qué harás cuando te destituyan, amigo? ¿Adónde irás? ¿Hay alguien que te quiera?

—¡Oh, por todos los diablos! —gritó Bellobosque con tal estridencia y descontrol que hasta Bostezoyerto sonrió. Fue quizá la sonrisa más leve y lánguida que haya agitado jamás durante un instante la mitad inferior de un rostro humano. Los ojos no participaron de ella. Eran tan inexpresivos como platos de leche; pero una de las comisuras de la boca se alzó como podría haberlo hecho el frío labio de una trucha.

—Señor… Mosca —dijo el director con una voz tan remota como el fantasma de su fugaz sonrisa—. Señor… Mosca…, usted…, virus, ¿dónde… está?

—¿Señor? —dijo La Mosca.

—¿Era… ése… Bellobosque?

—En efecto, lo era, señor —dijo La Mosca.

—Y…, ¿cómo… se… encuentra… últimamente?

—Siente dolor —dijo La Mosca.

—¿Mucho… dolor?

—¿Quiere que se lo pregunte, señor? —dijo La Mosca.

—¿Por qué… no?

—¡Bellobosque! —gritó La Mosca.

—¿Qué tripa se te ha roto, maldito? —dijo Bellobosque.

—El director pregunta por tu salud.

—¿Por mi salud? —dijo Bellobosque.

—Por tu salud —dijo La Mosca.

—¿Señor? —inquirió Bellobosque, mirando en dirección a la voz.

—Acércate —dijo Bostezoyerto—. No… puedo… verte… mi… pobre… amigo.

—Ni yo a usted, señor.

—Adelanta… la… mano… Bellobosque. ¿Notas… algo?

—¿Es éste su pie, señor?

—En efecto… lo… es… mi… pobre… amigo.

—Vaya que sí, señor —dijo Bellobosque.

—Y ahora… dime… Bellobosque… dime…

—¿Sí, señor?

—¿Te… sientes… indispuesto… mi… pobre… amigo?

—Se trata de un dolor localizado, señor.

—¿No… será… en… la… mandíbula?

—Ahí es, sí, señor.

—Como… en… los… viejos… tiempos… cuando… eras… ambicioso… Cuando… tenías… ideales…, Bellobosque… Todos… teníamos… esperanzas… puestas… en… ti…, según… creo… recordar… —Se oyó el sonido de una risa que recordaba el borboteo de unas gachas.

—Efectivamente, señor.

—¿Queda… todavía… alguien… que… crea… en… ti…, mi… pobre… amigo?

No hubo respuesta.

—Vamos… vamos. No debes quejarte de tu destino. Ni… criticar… la… hoja… marchita… que… amarillea… Oh… no…, mi… pobre… Bellobosque…, has… madurado. Quizá… hasta… podría… decirse… que… estás… pasado. ¿Quién… sabe? Con… el… tiempo… todos… vamos… a… menos. ¿Tienes… más… o… menos… el… mismo… aspecto, amigo… mío?

—No lo sé —dijo Bellobosque.

—Estoy… cansado —dijo Bostezoyerto—. ¿Qué… estoy… haciendo… aquí? ¿Dónde… está… ese… virus…, el señor… Mosca?

—¡Señor! —contestó como un disparo de mosquete.

—Sáqueme… de… aquí. Empuje… la… silla… y lléveme… donde haya… silencio…, señor… Mosca… Lléveme… a… la… amable… oscuridad… —Su voz se elevó en un espantoso tiple que, aunque vacío y apagado, contenía en sí el germen de la vida—. Empuja… mi… silla… hacia… el… dorado… vacío —exclamó.

—Inmediatamente, señor —dijo La Mosca.

Al punto pareció como si la sala de profesores se hubiese llenado de gaviotas hambrientas, pero los chillidos procedían de las ruedas faltas de aceite de la trona, que habían empezado a girar lentamente. Franegato localizó el picaporte luego de un breve tanteo a ciegas y abrió la puerta de par en par. Afuera, en el corredor, se veía el resplandor de la luz. Las espirales de humo se recortaron contra aquélla, y al poco, la fantástica silueta de Bostezoyerto, instalada como un saco en lo alto de la trona desvencijada, hizo su chirriante salida de la sala como si se tratara de un alto y negro andamio dotado de vida propia.

El chillido de las ruedas fue haciéndose cada vez más débil.

Pasó un tiempo antes de que el silencio fuera roto. Ninguno de los presentes había escuchado jamás aquella nota aguda en la voz del director, y les había helado la sangre. Ni tampoco lo habían oído nunca explayarse tanto ni en esa vena mística. Era terrible pensar que aquel hombre era algo más que la nulidad que ellos tenían asumida desde hacía tanto tiempo. No obstante, una voz quebró por fin el meditabundo silencio.

—Un «asunto» verdaderamente árido —dijo Costrón.

—¡Por el amor de Dios, que alguien encienda una luz! —gritó Percha-Prisma.

—¿Qué hora debe ser? —gimió Franegato.

Alguien había encendido un fuego en la chimenea, utilizando como combustible algunos de los cuadernos de Franegato que éste no había podido recoger del suelo. Habían puesto el globo terráqueo en lo alto de la pila y, como estaba hecho de alguna madera fina, en pocos minutos proporcionó una luz excelente mientras los continentes se desprendían como mondas y los océanos burbujeaban. El recordatorio de que había que azotar a Molleraviesa, escrito con tiza en la superficie coloreada, desapareció entre las llamas, y con él el castigo del muchacho, porque Mulfuego no volvió a acordarse y Molleraviesa nunca se lo

recordó.

—¡Vaya, vaya! —dijo Florimetre—, ¡si el inconsciente del director no está consciente, llamadme ciego…, llamadme ciego! ¡Caramba, qué cosas, qué cosas!

—¿Qué hora es, caballeros? ¿Qué hora debe ser, si alguien es tan amable de decírmelo? —dijo Franegato, buscando a tientas los cuadernos por el suelo. La escena lo había desquiciado y los cuadernos que había logrado recuperar se le caían constantemente de las manos.

El señor Mustio sacó uno de los cuadernos del fuego y, sosteniéndolo por una esquina que no ardía lo sostuvo un instante ante el reloj.

—Cuarenta minutos para la salida —dijo—. Casi no vale la pena…, ¿o sí? Personalmente, creo que me limitaré a…

—¡Eso mismo haré yo! —gritó Florimetre—. ¡Que me llamen tonto si mi clase no está en llamas o inundada a estas horas!

La misma idea debía de rondar por la cabeza de la mayoría, porque se produjo una movilización general en dirección a la puerta. Sólo Opus Chiripa permaneció en su decrépito sillón, con la barbilla como una hogaza apuntando hacia el techo, los ojos cerrados y la boca correosa describiendo una línea tan fatua como indolente. Un momento más tarde, el susurro de una docena de togas al viento rozando las paredes de los pasillos presagió el giro de una docena de picaportes y la entrada de los profesores de Gormenghast en sus respectivas aulas.

DOCE

Una techumbre de nubes que cubría el cielo de horizonte a horizonte inmovilizaba el aire de debajo, como si cielo y tierra, empujándose mutuamente, lo hubiesen dejado sin aliento. Bajo la mugrienta cara inferior del ininterrumpido techo de nubes, gracias a algún curioso juego de luz que le daba un cierto halo de mundo submarino, el aire se reflejaba en el desolado lomo de Gormenghast con intensidad suficiente para intranquilizar y estremecer a las garzas posadas en una terraza olvidada medio oculta entre las nubes.

La escalera de piedra que llevaba a esa terraza se perdía sofocada bajo la hiedra y las enredaderas fruto del discurrir de un siglo de estaciones. Ninguna persona viva había puesto los pies en las grandes almohadillas de musgo negro que engalanaban el suelo ni se había paseado junto a los torreones que flanqueaban la cornisa, donde se posaban las garzas y peleaban las cornejas, y los rayos del sol y la lluvia, la escarcha, la nieve y los vientos se turnaban en su devastadora obra.

En otro tiempo había habido un gran ventanal que se abría a esa terraza, pero éste había desaparecido. No se veían ni cristales rotos ni hierros ni madera podrida. Era posible que bajo el musgo y las enredaderas hubiese otros estratos aún más profundos, putrefactos por la antigüedad, pero donde se alzara el gran ventanal quedaba sólo la hueca oscuridad de un salón, que abría su boca expuesta en mitad del borde interior de la terraza. A ambos lados de esta abertura cavernosa, muy separados, se advertían en la mampostería los toscos agujeros de los soportes que en otro tiempo sostuvieron las contraventanas. La sala en sí se veía solemnizada por la presencia de las grullas, pues era allí donde anidaban y criaban a sus polluelos. Pero aunque era sobre todo un nidal de garzas, había no obstante nichos y oquedades en los que, por sagrada costumbre, se congregaban garcetas y avetoros.

Este salón, donde una vez los amantes de tiempos pasados avanzaron y se detuvieron y giraron uno en torno del otro al compás de bailes y músicas olvidados, estaba alfombrado de palos de color blanco lima. En ocasiones, cuando el sol poniente se acercaba al horizonte, sus rayos oblicuos se colaban en el salón y, al deslizarse sobre los toscos nidos, el blanco entramado de ramas que cubría el suelo resplandecía como un banco de coral leproso y aquí y allá (si era primavera) un pálido huevo verde azulado brillaba como una piedra preciosa, o un nido de frágiles polluelos cubiertos de suave plumón que estiraban sus largos cuellos hacia la ventana parecía como iluminado por candilejas.

Los últimos rayos de sol se deslizaron por el piso desigual y realzaron las largas y lustrosas plumas que pendían de la garganta de una garza posada junto a una chimenea podrida, y luego, de nuevo, la blancura, al hacer llamear entre las sombras la frente de un ave próxima… A continuación, mientras la luz recorría el salón, la danza de las distintas franjas y manchas y el amarillo rojizo de los avetoros animaron de súbito un nicho.

Al caer el crepúsculo, la luz verdosa se concentró en la mampostería. Lejos, sobre los tejados, sobre la muralla exterior de Gormenghast, sobre las marismas, el yermo, el río y las estribaciones con sus bosques y sotos, y sobre las brumas de tierras imprecisas, la testa en forma de garra de la Montaña de Gormenghast brillaba como una talla de jade. Las garzas despertaron de su trance en aquel aire verde y del interior del salón brotó el peculiar pipiar de los polluelos cuando ven que crece la oscuridad y saben que sus padres pronto saldrán a cazar.

Por apretados que hubieran estado en el nidal de techo abovedado, en otro tiempo pintado de oro y verde pero ahora reducido a una superficie en desintegración llena de desconchones que colgaban como alas de polilla, al avanzar desde el salón a la terraza cada ave aparecía como una figura solitaria, cada garza, cada avetoro, un recluso que caminaba solemnemente sobre sus patas largas y delgadas.

De pronto, emitiendo por decirlo así cierta nota hueca que sus dulces costillas repitieron, se elevaron en el aire crepuscular: un grupo de garzas con los cuellos arqueados y las alas extendidas y redondeadas batiendo en un vuelo pausado, y luego otro, y otro, y después un martinete, que se echó a volar con un

espeluznante graznido, más terrible que la nota sobrenatural de una pareja de avetoros que, remontándose en espiral hacia las alturas a través de las nubes, muy por encima de Gormenghast, ascendieron bramando como toros.

La terraza se extendía en la oscuridad verdosa. Las ventanas bostezaban, pero nada que no tuviera plumas se movía. Y en cien años, nada se había movido allí salvo los vientos, el granizo, las nubes, la lluvia y los pájaros.

Bajo la alta cumbre verde de la Montaña de Gormenghast las extensas zonas de marisma se convirtieron de pronto en zonas de tensión y acecho.

Las aves aguardaban inmóviles, cada cual en su parcela de agua hereditaria, con ojos brillantes y las cabezas prestas para la acometida fatal del afilado pico. De repente y en un instante, un pico se hundió y se retiró de las aguas oscuras, y en su punta letal se debatía un pez. Un instante después, la garza se remontaba en un augusto y solemne vuelo.

Durante la larga noche, aquellas aves regresaban de tanto en tanto, a veces con ranas o ratones de agua en sus picos, o tritones o bulbos de lirio.

Pero ahora la terraza estaba desierta. En las marismas cada garza ocupaba su lugar, inmóvil, lista para clavar su puñal. En el salón, los polluelos permanecían, por el momento, extrañamente silenciosos.

La naturaleza muerta del aire que había entre las nubes y la tierra era extrañamente siniestra. La luz verde y tenebrosa, que jugueteaba con todas las cosas, se había arrastrado por la boca abierta del silencioso salón.

Fue entonces cuando apareció un niño. No hubo tiempo de dilucidar si era chico, chica o duende, pero las delicadas proporciones eran las de un crío y aquella vitalidad sólo podía pertenecer a uno de ellos. Durante un instante permaneció junto a un torreón, en el otro extremo de la terraza, y luego desapareció, dejando sólo la impresión de algo desbordante de vida, de algo ligero como una ramita de avellano. Había brincado (porque el movimiento era más bien un brinco que un salto o un paso) desde el torreón a la oscuridad que se extendía más allá y desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido; pero, en el mismo instante en que apareciera el niño fantasma, un céfiro había atravesado el muro de aire moribundo y recorrido, indómito y exultante, el áspero y severo espinazo del cuerpo de Gormenghast. Jugó con las banderas harapientas, pasó bajo las arcadas, ascendió silbando traviesamente por torres y chimeneas huecas, hasta que, colándose por una dentada fisura en un techo pentagonal, se vio rodeado de severos retratos: un centenar de rostros en color sepia resquebrajados por una cubierta de telarañas; se vio arrastrado hacia una rejilla en el suelo de piedra y, cediendo a la ley de la gravedad y al atractivo azul de un conducto descendente, bajó cantando siete pisos y, de improviso, se halló en el salón de luz gris paloma, prendiendo a Titus en un lazo de aire.

TRECE

El ancianísimo hombre en cuya red metafísica los tres discípulos, Cañizo, Chirlomirlo y Sobrecaña, estaban tan irrevocablemente atrapados, se inclinó adelante en el espacio como si apoyara su peso en la empuñadura fantasma de un bastón invisible. Fue un milagro que no se cayera de narices.

—Siempre hay corrientes en este tramo de pasillo —afirmó, con los cabellos blancos colgándole sobre los hombros. Se golpeó los muslos con las manos antes de devolverlas al punto en el espacio donde habría estado el bastón—. Doblega a un hombre…, lo destroza…, lo convierte en una sombra…, lo arroja a los lobos y clava la tapa de su ataúd.

Bajó los largos brazos y se remetió los dobladillos de sus pantalones en los gruesos calcetines, a continuación pateó el suelo, enderezó la espalda, la inclinó adelante de nuevo y echó una mirada de antagonismo al pasillo.

—Un tramo sucio y ventoso. No hay razón para ello. Hunde a un hombre —dijo—. Y, sin embargo —sacudió sus mechones blancos—, no es cierto, ¿sabéis? No creo en las corrientes de aire. No creo que tenga frío. ¡No creo en nada! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Por ejemplo, no puedo estar de acuerdo contigo.

Su compañero, un joven de mejillas hundidas, inclinó la cabeza como si fuera la recámara de una pistola. Luego enarcó las cejas como queriendo animar al anciano a continuar, pero éste permaneció en silencio. El joven levantó entonces la voz como si quisiera levantar a los muertos, pues era singularmente monótona y aburrida…

—¿Qué quiere decir con eso de que no puede usted estar de acuerdo?

—Sencillamente que no puedo —dijo el anciano, inclinándose adelante con las manos aferradas ante sí —, eso es todo.

El joven enderezó la cabeza y deshizo el ceño.

—Pero si todavía no he dicho nada; acabamos de encontrarnos, ¿sabe?

—Tal vez tengas razón —replicó el anciano acariciándose la barba—. Podrías muy bien estar en lo cierto, no sabría decirlo.

—Pero ¡lo que le digo es que todavía no he hablado! —La voz monótona se elevó y los ojos del joven hicieron un tremendo esfuerzo por relampaguear; pero o bien la leña estaba húmeda o el tiro era insuficiente, pues permanecieron particularmente faltos de chispa—. No he hablado —repitió.

—¡Ah, eso! —dijo el anciano—. No me hace falta. —Soltó una floja carcajada cargada de suficiencia—. No puedo estar de acuerdo, eso es todo. Con tu cara, por ejemplo. Está mal, como todo lo demás. La vida es tan simple cuando la ves de ese modo, ¡ja, ja, ja, ja! —El vil y visceral deleite que el viejo obtenía de su actitud ante la vida resultaba pavoroso para el joven, quien, pasando por alto su propia naturaleza, su rostro melancólico e ineficaz, su voz blanda, sus ojos sin luz, se enfadó.

—¡Y yo no estoy de acuerdo con usted! —gritó—. No estoy de acuerdo en cómo inclina el espantoso desguace que tiene por cuerpo en un ángulo tan absurdo. No estoy de acuerdo con el modo en que la barba blanca le cuelga de la barbilla como un montón de algas sucias… No estoy de acuerdo con sus dientes mellados… No…

El anciano estaba encantado; el cacareo de su risa estomacal no dejaba de oírse.

—Ni yo tampoco, joven —resolló—, ni yo tampoco. Yo tampoco estoy de acuerdo con eso. Verás, ni siquiera estoy de acuerdo con estar aquí, e incluso si lo estuviera, no estaría convencido de tener derecho a estar. Todo el asunto es ridículamente simple.

—¡Es usted un cínico! —gritó el joven—, ¡un cínico y nada más!

—Oh, no —exclamó el anciano de piernas cortas—. Yo no creo ser nada. ¡Si al menos la gente pudiera dejar de pretender ser algo! Al fin y al cabo, ¿qué pueden ser fuera de lo que ya son… o serían si yo creyera que son algo?

—¡Ruin, ruin, ruin! —gritó el joven de las mejillas hundidas. Tras treinta años de indecisión, había dado rienda suelta a sus reprimidas pasiones—. ¡Bestia decrépita, sin duda ya tendremos bastante tiempo en la tumba para no ser nada, para estar fríos y acabados! ¿También ha de ser así la vida? ¡No, no! ¡Ardamos! —exclamó—. ¡Quememos nuestra sangre en la sublime hoguera de la vida!

Pero el viejo filósofo replicó:

—La tumba, joven, no es lo que imaginas. Insultas a los muertos, joven. Con cada palabra irreflexiva mancillas una tumba, borras la inscripción de un sepulcro, perturbas con pasos torpes el humilde túmulo funerario. Pues la muerte es la vida. Sólo lo vivo carece de vida. ¿Acaso no has visto a los ángeles de la eternidad avanzando sobre las colinas al anochecer? ¿No los has visto?

—¡No! —dijo el joven—, ¡no los he visto!

La figura barbuda se inclinó aún más hacia delante y traspasó al joven con la mirada.

—¿Cómo? ¿Qué nunca has visto a los ángeles de la eternidad, de alas tan grandes como mantas?

—No —dijo el joven—. Ni quiero verlos.

—Nada es profundo para el ignorante —dijo el anciano barbudo—. Me has llamado cínico. ¿Cómo puedo serlo si no soy nada? Lo grande contiene lo pequeño. Pero esto te diré: aunque el castillo sea una imagen estéril, aunque los verdes árboles, llenos de vida, en realidad estén vacíos de ella, cuando nos damos cuenta de que el cordero de abril no es ni más ni menos que un cordero en abril, cuando sabemos y aceptamos esas cosas, entonces, oh, es entonces —a estas alturas, el anciano se acariciaba la barba muy de prisa— cuando alcanzas las fronteras del asombroso reino de la muerte, donde todo se mueve el doble de rápido y los colores son el doble de brillantes y el amor es el doble de encantador y el pecado es el doble de picante, ¿quién salvo el doblemente ciego puede dejar de ver que sólo en el Otro Lado puede uno comenzar a estar de acuerdo? Pero aquí, aquí… —hizo un ademán con las manos como para desechar el mundo terreno—, ¿qué hay aquí con lo que estar de acuerdo? Aquí no hay sensaciones, ninguna sensación.

—Están la alegría y el dolor —dijo el joven.

—No, no, no. Pura ilusión —dijo el anciano—. Pero en el asombroso Reino de la Muerte, la Alegría no tiene límites. Será lo más normal bailar durante un mes entero en las praderas celestiales… lo más normal. O cantar mientras se vuela montado sobre un águila fulgurante…, cantar para expresar la alegría que llena nuestro pecho.

—¿Y qué me dice del dolor? —dijo el joven.

—Hemos inventado el concepto de dolor para entregarnos a la lástima de nosotros mismos —fue la respuesta—. Pero el Auténtico Dolor, tal como existe en el Otro Lado, ése sí que valdrá la pena sufrirlo. Será toda una experiencia quemarse un dedo en el Reino.

—¿Y qué pasaría si le pegara fuego a tu barba, viejo farsante? —gritó el joven, que había dado un tropezón en el curso del día y conocía la validez de las molestias terrenales.

—¿Qué pasaría si lo hicieras, hijo mío?

—¡Te escocería la barbilla, y tú lo sabes! —gritó el joven.

La altanera sonrisa que cruzó por los labios del teórico fue insoportable y, sin poder contenerse, su acompañante echó mano de la vela más cercana y le pegó fuego a la barba, que colgaba allí como un reto. Ésta ardió rápidamente y le dio a la expresión horrorizada y atónita del anciano una cualidad irreal y teatral que contrastaba con el dolor muy real que sintió, por terreno que fuera, primero en el mentón y luego a ambos lados de la cabeza.

Un aullido terrible de su vieja garganta y el pasillo se llenó inmediatamente de figuras, como si hubieran estado allí esperando el pie para su entrada. Arrojaron abrigos sobre la cabeza y los hombros del viejo y sofocaron así las llamas, pero no antes de que el agitado joven de las mejillas hundidas escapara como un gamo sin que jamás volviera a saberse de él.

CAÑIZO, CHIRLOMIRLO Y SOBRECAÑA

Llevaron al anciano a su habitación, un cuchitril de color rojo oscuro que no tenía alfombra en el suelo pero sí un cuadro sobre la repisa de la chimenea que mostraba a un hada sentada en un botón de oro contra un cielo muy azul. Tres días más tarde recobró la conciencia, sólo para morir del susto un instante después al recordar lo sucedido.

Entre los presentes junto a su lecho de muerte en el cuartito rojo, estaban los tres amigos del viejo y chamuscado pedagogo.

Se hallaban en fila, un tanto encorvados, porque el techo de la habitación era muy bajo, e innecesariamente pegados unos a otros, ya que, al menor movimiento de sus cabezas, sus viejos birretes de

cuero negro entrechocaban y quedaban indecorosamente inclinados.

Y sin embargo, era un momento conmovedor. Sentían el éxodo de una gran fuente de inspiración. Ante ellos yacía su maestro moribundo. Discípulos hasta el fin, creían tan implícitamente en la ausencia de emoción física que, cuando su maestro murió, no pudieron sino llorar porque el origen de su fe les había sido arrebatado para siempre.

Bajo sus negros birretes de cuero, sus cabezas desalojaban el aire inocente implacablemente, como si sus ceños, narices y mentones, como los rasgos de un mascarón de proa, fuesen abriendo senderos ante ellos a través de aguas invisibles. Sólo en las colgantes togas, los planos birretes de cuero y las borlas que pendían de éstos como las babas grisáceas lo hacen de los picos de los pavos, tenían algo en común.

Una mesa baja flanqueaba el lecho mortuorio y sobre ésta descansaban un pequeño prisma y una botella de *brandy* que sostenía una vela encendida. Aquélla era la única iluminación de la estancia, mas las rojizas paredes ardían con un sombrío resplandor. Las cabezas de los tres profesores, que se encontraban más o menos a la misma altura con respecto al suelo, tan distintas que uno no podía por menos que preguntarse si pertenecerían a la misma especie. Al pasear la vista de una cara a la siguiente se experimentaba una sensación semejante a cuando la mano pasa del cristal al papel de lija y de este a las gachas. La cara de papel de lija no era ni más ni menos interesante que la de cristal, pero los ojos se veían obligados a desplazarse con lentitud sobre una superficie tan entorpecida por la maleza, tan peligrosa por sus hoyas y sus afloramientos de hueso, sus hondonadas cenagosas y páramos espinosos, que era un milagro que hubiera mirada que alcanzara el otro lado.

Por el contrario, con el del rostro vítreo, todo cuanto el ojo podía hacer era tratar de no resbalar por él.

En cuanto al tercer rostro, no era ni exasperantemente resbaladizo ni lo hacían escabroso barrancos escarpados y malezas rastreras, y sin embargo, recorrerlo de un golpe de vista era tan inviable como desplazarse gradualmente por el rostro vítreo. Había que vadear despacio, porque el rostro estaba mojado, siempre estaba mojado. Era una cara vista bajo el agua.

Así pues, ante el ojo que quisiera recorrer inocentemente esos tres rostros se presentaba aquella extraña prueba, de roca y malezas, de hielo resbaladizo y de paciente chapoteo.

Detrás de ellos, sobre la pared rojiza, se extendían sus sombras, el doble de grandes que los propios profesores.

El vidrioso (el profesor Cañizo) inclinó la cabeza sobre el cadáver de su difunto maestro. Su rostro parecía iluminado por una lóbrega luz interior, aunque no había nada de espiritual en aquella palidez. La dura nariz de cristal era larga y excepcionalmente afilada. Decir que estaba bien afeitado no daría idea de aquella superficie que ningún pelo podría penetrar, del mismo modo que no podría brotar hierba alguna de un glaciar.

Siguiendo su ejemplo, el profesor Chirlomirlo inclinó de igual manera la cabeza: sus rasgos quedaban desdibujados en la masa general de la cabeza. Ojos, nariz y boca eran meras irregularidades bajo la humedad.

En cuanto al tercer profesor, Sobrecaña, cuando, siguiendo el ejemplo de sus colegas, inclinó la cabeza sobre el cadáver iluminado por la vela fue como si un paisaje bárbaro y rocoso hubiese cambiado de pronto su ángulo en el espacio. Si desde su cara una nube de serpientes y loros hubiera saltado a las sábanas luminosas del lecho mortuorio, hubiera parecido de lo más natural.

No pasó mucho tiempo antes de que Cañizo, Chirlomirlo y el señor Sobrecaña, el de la cabeza de jungla, se cansaran de permanecer calladamente inclinados sobre su maestro, quien, en cualquier caso, no constituía un espectáculo agradable, ni siquiera para sus discípulos más celosos, y se enderezaron.

El cuartito rojo se había vuelto opresivo. La vela se consumía en la botella de *brandy*. El hada del botón de oro de la repisa de la chimenea sonreía con afectación y era hora de marcharse.

No podían hacer nada. Su maestro estaba muerto.

Dijo Chirlomirlo, el de la cara mojada:

—Es la salsa del pesar, Cañizo.

Dijo Cañizo, el de la cara resbaladiza:

—Eres demasiado grosero, amigo mío. ¿Es que no hay en ti poesía? El carámbano de la muerte lo empala.

—Tonterías —susurró Sobrecaña con voz áspera y malhumorada. A pesar de su rostro tropical, era un hombre muy amable, pero se enfadaba cuando pensaba que sus colegas, más brillantes, no hacían más que pavonearse—. Tonterías. No fue ni carámbano ni salsa. Fue el fuego y nada más. Muy cruel, en verdad, pero… —y los ojos se le animaron con una súbita excitación, más acordes con su semblante de lo que lo habían estado en años—… pero ¡mirad! Él era el que no creía en el dolor, no reconocía el fuego. Y ahora

que está muerto, os confesaré una cosa… Porque está muerto, ¿no es así?…

Sobrecaña volvió los ojos rápidamente a la rígida figura que tenía debajo. Sería espantoso que el viejo estuviera escuchando todo lo que decían. Los otros dos se inclinaron también. No cabía duda, a pesar de que la luz vacilante de la vela sobre el rostro mordido por el fuego confería a las facciones una sobrenatural apariencia de movimiento. El profesor Sobrecaña cubrió la cabeza del cadáver con una sábana antes de volverse a sus compañeros.

—¿De qué se trata, Sobrecaña? —dijo Cañizo—. ¡De prisa! —Y al volverse bruscamente a mirar al escarpado Sobrecaña, su nariz de cristal cortó la lóbrega atmósfera.

—Se trata de lo siguiente, Cañizo, se trata de lo siguiente —dijo Sobrecaña, con la mirada todavía encendida. Se rascó el mentón con un sonido cascajoso y se alejó un paso del lecho. Luego alzó los brazos —. Escuchadme, amigos míos. Cuando hace tres semanas me caí rodando por aquellos nueve escalones fingí no sentir dolor; ahora confieso que sufría atrozmente. ¡Y ahora, ahora que él ha muerto, me vanaglorio en mi confesión, porque ya no le temo! Y os digo, os lo digo a los dos, abiertamente y con orgullo, que espero con ansia mi próximo accidente, por serio que sea, pues no tendré nada que ocultar. Gritaré a todo Gormenghast «¡Sufro atrozmente!», y cuando mis ojos se llenen de lágrimas, serán lágrimas de alegría y alivio y no de dolor. ¡Oh, hermanos, colegas!, ¿no lo comprendéis?

Movido por la emoción, el señor Sobrecaña se adelantó un paso y dejó caer las manos, que había mantenido alzadas todo ese tiempo (y que al instante se le quedaron pegadas a los costados). ¡Oh, qué amistad, qué arrebato de sincera amistad corrió como la electricidad por las seis manos!

No había necesidad de hablar. Le habían dado la espalda a su fe. El profesor Sobrecaña había hablado por los tres. Su cobardía (porque nunca se habían atrevido a expresar una duda en vida del anciano) era algo que los ligaba más estrechamente de lo que lo habría hecho la valentía.

—Lo de la salsa del pesar era una exageración —dijo Chirlomirlo—. Sólo lo dije porque, después de todo, ha muerto y en cierto modo lo admirábamos… y me gusta decir algo adecuado en el momento justo, siempre ha sido así. Pero era excesivo.

—Supongo que también lo era «el carámbano de la muerte» —dijo Cañizo con suficiencia—, pero era una frase elegante.

—No cuando resulta que murió quemado vivo —dijo Chirlomirlo, que no veía razón por la que Cañizo no hubiera de retractarse tan completamente como él.

—Con todo —dijo Sobrecaña, que se descubrió ocupando el centro del escenario, normalmente monopolizado por Cañizo—, somos libres. Nuestros ideales han desaparecido. Creemos en el dolor, en la vida, en todas aquellas cosas que él nos decía que no existían.

Cañizo, cuya nariz vítrea reflejaba la vela chorreante, se irguió y, en tono altanero, preguntó a los demás si no convendría más discutir su abandono de las creencias de su difunto maestro algo más lejos de sus despojos. Aunque sin duda estaban fuera del alcance de sus oídos, lo cierto es que no lo parecía.

Salieron de inmediato y, en cuanto la puerta se cerró tras ellos, la llama de la vela, tras un corto y frustrado salto al aire rojo, se arrastró por un instante en su cuenco de cera líquida y se apagó. Según la fantasía de cada uno, el cuchitril rojo se convirtió bien en una pequeña caja negra, bien en una porción de espacio pavoroso e imponderable.

En cuanto se alejaron de la cámara mortuoria, una peculiar ligereza les cantó en los huesos.

—Tenías razón, Sobrecaña, querido amigo…, mucha razón. Somos libres, no hay posibilidad de error. —La voz de Cañizo, tenue, aguda, académica, sonaba con un optimismo que forzó a sus cómplices a mirarlo.

—Sabía que en el fondo tenías corazón —dijo Chirlomirlo sin resuello—. Yo siento lo mismo.

—¡No más ángeles a los que esperar con ansia! —aulló Sobrecaña con un chorro de voz.

—No más desear que llegue el final de la vida —atronó Chirlomirlo.

—Vamos, amigos —gritó Cañizo, el del rostro vítreo, olvidando su dignidad—, ¡reanudemos nuestra vida! —Y, agarrándolos de los hombros, los llevó rápidamente por el corredor con la cabeza erguida y el birrete audazmente inclinado. Las tres togas ondearon tras ellos, al igual que las borlas de sus tocados, cuando apretaron el paso. Girando hacia aquí o hacia allá, casi deslizándose sobre el suelo, recorrieron las arterias de fría piedra hasta que, de pronto, irrumpiendo a plena luz en el flanco meridional de Gormenghast, se vieron ante los vastos espacios bañados por el sol, los altos árboles que bordeaban las estribaciones y la montaña misma brillando contra el intenso azul del cielo. Durante unos segundos, los asaltó el recuerdo de la imagen de la habitación de su difunto maestro.

—¡Oh, exuberancia! —gritaron—. ¡Oh, exuberancia sin fin!

Y, echando a correr y luego a galopar, los tres profesores emancipados, tomados de la mano, con las negras togas flotando al viento, brincaron por el dorado paisaje y sus sombras saltaron junto a ellos.

CATORCE

Una tarde, en la clase de Bellobosque, Titus pensó por primera vez conscientemente en la idea del color: en que las cosas tenían colores, en que todo tenía su color particular y en el modo particular en que cada color cambiaba según el lugar donde estuviera, cómo fuera la luz y junto a qué se encontrara.

Bellobosque estaba medio dormido, igual que la mayoría de los chicos. Hacía bochorno en la sala y unas motas doradas de polvo llenaban el aire. Un gran reloj marcaba monótonamente el paso del tiempo. Una moscarda zumbaba despacio sobre la superficie de los cristales recalentados o su sonido de cítara se escuchaba mientras deambulaba lánguidamente entre los pupitres. Cada vez que pasaba por determinadas mesas, unas pequeñas manos manchadas de tinta intentaban agarrarla o las reglas chasqueaban en el aire cansado. A veces se posaba por un instante en un tintero o en la parte de atrás del cuello de la camisa de algún chico y juntaba las patas delanteras y luego las traseras y las frotaba, las afilaba, las amolaba o, como si fuera una dama ataviándose para un baile, se ponía un par de guantes largos e invisibles.

¡Oh, moscarda, mal te iría en un baile! Nadie bailaría mejor que tú, pero la gente te evitaría: serías demasiado original, te anticiparías a tu tiempo. Las otras damas no conocerían los pasos de tu baile, ninguna de ellas despediría el destello añil de tu ceño o tu costado, pero, moscarda, el caso es que tampoco lo querrían. Ésa es la triste verdad. El zumbido de su conversación no es el tuyo, moscarda. Nada sabes de escándalos y chismes, de halagos o jergas. Estarías perdida por mucho que sepas ponerte los guantes largos. Porque tu esplendor es, después de todo, una suerte de esplendor del horror. Sigue con tus tinteros y los cristales recalentados de las aulas y emite tu zumbido durante los largos trimestres de verano. Deja que el grandioso tictac del reloj ponga el contrapunto. Deja que el silbido de una vara, el impacto de una bola de papel, la conspiración susurrada sean tus eternos compinches.

Zumba, moscarda, sobre generaciones de muchachos, zumba en las prisiones de verano, porque los chicos se aburren. ¡Marca el paso del tiempo, reloj, márcalo! El joven Escarabeo está a punto de pelearse con «Camorrista»… El joven Canojo se muere por ver los capullos de sus gusanos de seda. Júpiter menor sabe dónde hay un nido de chorlito. ¡Marca el paso del tiempo, reloj, márcalo!

Sesenta segundos en un minuto, sesenta minutos en una hora, sesenta veces sesenta.

¿Multiplicar los seises y añadir cuántos ceros? Dos, supongo. Seis seises son treinta y seis. Treinta y seis y dos ceros son tres mil seiscientos. Tres mil seiscientos segundos en una hora. Queda un cuarto de hora para los gusanos de seda, para el «Camorrista», para el nido de chorlito. ¡Zumba, mosca, zumba! ¡Marca el paso del tiempo, reloj, márcalo! Divide tres mil seiscientos entre cuatro y réstale un poco por el tiempo que tardas en calcularlo.

$$3600 / 4 = 900$$

¡Novecientos segundos! ¡Oh, maravilloso, maravilloso! Son tan pequeños los segundos… Uno… dos… tres… cuatro… los segundos son tan enormes…

Los dedos manchados de tinta restriegan la frente a través del flequillo, la pizarra es un borrón gris. Las tres últimas lecciones pueden atisbarse borrosamente, una detrás de otra, como en una perspectiva aérea. Una niebla de cifras olvidadas… mapas olvidados… lenguas olvidadas.

Pero mientras Bellobosque dormía, mientras Canojo tallaba, mientras el reloj hacía tictac, mientras la mosca zumbaba, mientras la sala nadaba en una vía láctea de motas de color miel, el joven Titus (manchado de tinta como los demás, adormilado como los demás, con la cabeza reclinada contra el muro cálido, pues su pupitre estaba pegado al cuero) había empezado a seguir un hilo de pensamientos, al principio perezosamente, distraído, sin excesivo interés, porque era el primer hilo de pensamientos que se

había molestado en seguir hasta tan lejos. ¡Con cuánta pereza se separaban las imágenes unas de otras o se adherían por un instante al tejido de su mente!

Soñoliento, Titus se interesó no en su secuencia, sino en el hecho de que imágenes y pensamientos pudieran sucederse con tan poco esfuerzo. Y había sido el color de la tinta, el peculiar azul oscuro y mohoso de la tinta que llenaba el tintero empotrado en una esquina del pupitre, lo que había inducido a sus ojos a vagar sobre los escasos objetos agrupados bajo su mirada. La tinta, como había observado, era de un azul oscuro y mohoso, más bien sucio, profundo como el agua cruel en la noche. ¿Cuáles eran los otros colores? A Titus le sorprendió la riqueza, la variedad. Siempre había visto sus libros, llenos de huellas, como cosas que leer o cuya lectura había que eludir, como cosas que se perdían, cosas llenas de cifras o mapas. Pero en ese momento los veía como rectángulos de colores, azul desvaído o verde laurel, con las pequeñas ventanas cortadas en las portadas a través de las cuales, sobre la desnuda blancura de la primera página, había escrito su nombre.

La tapa del pupitre era de color sepia, con toques de marrón dorado e incluso amarillo allí donde la superficie se había roto o rajado. Su pluma, cuyo extremo había masticado hasta convertirlo en una cola subdivida en húmedas frondas, relucía como un pez y la tinta añil trepaba por el mango desde la plumilla emborronando primero la otrora prístina pintura verde del vientre de la pluma y luego la blancuzca cola mutilada.

Incluso vio su propia mano como un objeto coloreado antes de darse cuenta de que formaba parte de él: el color ocre de la muñeca, el negro de la manga y, entonces… y entonces vio la canica, la canica de cristal junto al tintero, con sus espirales con los colores del arco iris girando dentro del transparente y frío cristal blanco; los había en profusión. Titus la tocó y contó los hilos de colores que se retorcían en el interior —rojo, amarillo, verde, violeta, azul…— y el mundo blanco y cristalino, tan perfecto, que las envolvía, transparente, frío y terso, pesado y resbaladizo. ¡Cómo restallaban, cuando topaban unas con otras, cuando se deslizaban por el suelo y chocaban entre sí! ¡Sonaban como disparos contra la frente brillante y redonda de su enemigo! ¡Oh, hermosas canicas! ¡Oh, canicas rojo sangre! ¡Oh, esas nubladas, que nadan en sangre y leche! ¡Oh, mundos de cristal, que resonáis en los bolsillos, que los hacéis pesados!

¡Qué agradable era sostener aquella uva reluciente en una bochornosa tarde de verano, mientras el profesor dormía en su alto escritorio de madera tallada! ¡Qué agradable era sentir aquella cosa fría y resbaladiza en la palma caliente de su mano pegajosa! Titus la cogió y la sostuvo contra la luz. Al hacerla girar entre el pulgar y el índice, los hilos de colores empezaron a girar los unos en torno a los otros, a describir espirales, dando vueltas y más vueltas, dentro y fuera, en interminables circunvoluciones. Rojo, amarillo, verde, violeta, azul… Rojo… amarillo… verde… rojo… amarillo… rojo… rojo. Aislado en su mente, ese rojo se convirtió en un pensamiento, un pensamiento de ese color, y Titus regresó a una tarde pasada. El techo, las paredes, el suelo de su pensamiento eran rojos, estaba envuelto en ese color. Pero en seguida las paredes se contrajeron y todas las superficies se encogieron y finalmente convergieron en un punto. La imagen borrosa, la abstracción, había desaparecido y en su lugar había una pequeña gota de sangre, cálida y líquida. La luz la capturó en su brillo. Estaba en sus nudillos, pues, hacía un año, una tarde, en aquella misma aula, se había peleado con otro chico. Una rabia melancólica se apoderó de Titus al recordarlo. Aquella imagen que irradiaba un rojo tan intenso, aquella pequeña y brillante gota de sangre y otras sensaciones cruzaron esa rabia subyacente y despertaron en él una sensación de alegría, de confianza en sí mismo y también de miedo por haber derramado ese líquido rojo, esa corriente de legendario aunque muy real carmesí. Y la cuenta de sangre perdió definición, se desdibujó y entonces, cambiando su borroso contorno, se transformó en un corazón… un corazón. Titus se llevó las manos al pequeño pecho. Al principio no pudo escuchar nada pero, desplazando las yemas de los dedos, al fin sintió el doble latido y el tamborileo brotó tumultuoso de otra región de su memoria: el sonido del río una noche que, solo entre las altas espadañas, había visto a través de sus gruesos y negros tallos un cielo aprestado para la batalla.

Y las nubes de batalla cambiaban de forma a cada momento, ora arrastrándose por el firmamento de su imaginación como pieles rojas, ora coleando sobre las montañas como peces rojos con una cabeza como la de la arcana carpa del foso de Gormenghast, y a continuación cuerpos que se arrastraban tras ellos en festones semejantes a harapos o al follaje otoñal. Y el cielo a través del que estas criaturas nadaban incesantemente, en multitudes, se convirtió en el océano y las montañas bajo éstas eran corales submarinos y el sol rojo se transformó en el ojo de un dios subacuático que observaba ceñudo el lecho marino. Pero el gran ojo dejó de ser amenazador y se transformó en algo no mayor que la canica en la mano de Titus; pues, vadeando las aguas, hundidos hasta la cintura, dilatándose mientras iban aproximándose hasta que la presión quebró el marco de la fantasía, se acercaba una banda de piratas.

Eran altos como torres y sus ceños imponentes se proyectaban sobre sus ojos hundidos como salientes de

roca. De sus orejas pendían aros de oro rojo y en la boca sujetaban chorreantes cimitarras. Salieron de la roja oscuridad con los ojos entrecerrados para protegerlos del sol y proyectando sobre los círculos de agua que se abrían y burbujeaban en torno a sus cinturas la luz abrasadora que reflejaban sus cuerpos. Sus dimensiones no dejaban ver nada más y, sin embargo, siguieron avanzando hasta que sus torsos de brillo metálico y sus cabezas peñascosas llenaron el cerebro del chiquillo. Y aun entonces siguieron adelante, hasta que sólo quedó espacio para la llameante cabeza del bucanero principal, un poderoso señor de los mares cuyo rostro estaba tan cubierto de costras y cicatrices como la rodilla de un niño, cuyos dientes habían sido tallados en forma de calaveras, cuya garganta ceñía el tatuaje de una serpiente escamosa. Y a medida que la cabeza se agrandaba, un ojo se hizo visible en la oscuridad de su cuenca y, en un instante, no pudo verse ya nada salvo ese órgano salvaje y siniestro. Durante un breve lapso permaneció allí, inmóvil. No había más en el ancho mundo que aquel… globo. Era el mundo y, de pronto, empezó a girar como el mundo. Y mientras giraba, empezó a crecer de nuevo, hasta que sólo la pupila llenó la conciencia. Y en la medianoche de esa pupila Titus vio su reflejo mirando adelante. Y alguien se le acercó desde la oscuridad de la pupila del pirata y un punto de luz herrumbrosa sobre el ceño de la figura se transformó en los apretados rizos de la cabellera de su madre. Pero antes de que ella pudiera alcanzarlo, su rostro y su cuerpo se disiparon y en lugar de la cabellera quedó el rubí de Fucsia. Y el rubí bailó en la oscuridad como si estuviera sujeto al extremo de una cuerda que alguien manejaba. Y, finalmente, también esto desapareció y la canica brilló en su mano con todas sus espirales de colores: amarillo, verde, violeta, azul, rojo… amarillo… verde… violeta… azul… amarillo… verde… violeta… amarillo… verde… amarillo… amarillo.

Y Titus vio con claridad no sólo el gran girasol de tallo cansado y espinoso que había visto a Fucsia llevar en los últimos dos días, sino una mano que lo sostenía, una mano que no era la de Fucsia. Sostenía la pesada planta en alto entre el pulgar y el índice, como si fuera la cosa más delicada del mundo. En cada dedo de aquella mano llameaban anillos de oro, de manera que parecía un guantelete de metal flamígero, un objeto protegido por una armadura.

Y entonces, de pronto, ocultándolo todo, un enjambre de hojas empezó a girar en el interior de Titus, una hueste de hojas amarillas que serpenteaban, subían y bajaban mientras el viento las arrastraba sobre un desierto sin árboles, y allá en lo alto, como una hoguera en el cielo, el sol brillaba sobre las hojas agitadas. Era un mundo amarillo, un mundo amarillo e inquieto, y Titus estaba empezando a deslizarse en las entrañas aún más profundas del color cuando Bellobosque despertó con un sobresalto, recogió la toga, como Dios recogiendo un torbellino, se la acomodó en torno al cuerpo, y dejó caer la mano con un golpe sordo e impotente sobre la lapa de su escritorio. Su cabeza absurdamente noble se irguió. Su mirada vacía y orgullosa se fijó finalmente en el joven Canojo.

—¿Sería abusar de ti —dijo al fin, con un bostezo que dejó al descubierto sus dientes cariados— preguntarte si un joven, un joven no demasiado estudioso llamado Canojo, se halla tras esa máscara de mugre y tinta, preguntarte si hay un cuerpo humano bajo ese sórdido montón de harapos y si ese cuerpo es también el de Canojo? —Volvió a bostezar. Uno de sus ojos apuntaba al reloj, el otro permanecía distraídamente sobre el joven alumno—. Lo plantearé en términos más sencillos: ¿eres tú realmente, Canojo? ¿Estás sentado en la segunda fila de delante? ¿Ocupas el tercer pupitre desde la izquierda? Y ¿estabas tú, si es que en efecto eres tú quien está detrás de ese morro azul oscuro, estabas tallando algo indescriptiblemente fascinante en la tapa de tu pupitre? ¿He despertado para sorprenderle en esa actividad, jovencito?

Canojo, una figura menuda y anodina, se agitó con malestar.

—Contéstame, Canojo. ¿Te dedicabas a tallar pensando que tu viejo profesor dormía?

—Sí, señor —dijo Canojo en un tono sorprendentemente chillón; tan chillón que él mismo se sobresaltó y miró alrededor como buscando el origen de la voz.

—¿Qué es lo que tallabas, muchacho?

—Mi nombre, señor.

—¿Cómo muchacho?, ¿todo entero?

—Sólo tengo hechas las tres primeras letras, señor.

Bellobosque se levantó envuelto en su toga. Su augusta y benigna figura avanzó por el polvoriento pasillo que quedaba entre los pupitres y se detuvo junto a Canojo.

—No has terminado la «N» —dijo con voz lúgubre y distraída—. Termina la «N» y déjalo ahí. Y deja el «OJO» para otras cosas… —Una inane sonrisa afectada empezó a cruzar lentamente la parte inferior de su cara—… como por ejemplo, tu libro de gramática —dijo con vivacidad, con un tono horriblemente afectado, y empezó a reírse de un modo que hacía presagiar que podía descontrolarse, pero una punzada de dolor lo paró en seco y se llevó la mano a la quijada, donde sus dientes pedían a gritos que los extrajeran.

—Levántate —dijo, pasados unos momentos y, sentándose al pupitre de Canojo, cogió la navaja que tenía delante y continuó tallando la «N» de «CAN» hasta que sonó una campana y el aula se convirtió en un torrente de niños en estampida dirigiéndose hacia la puerta de la clase como si del otro lado cada uno esperase encontrar la encarnación de sus sueños: las garras de la aventura, la cornamenta del romance caballeresco.

IRMA QUIERE UNA FIESTA

—¡Muy bien, pues, la tendrás! —exclamó Alfred Prunescualo—. La tendrás, te lo aseguro.

Había en su voz una desenfrenada y feliz desesperación. Feliz porque se había tomado una decisión, por insensata que fuera. Desesperada porque la vida con Irma era en cualquier caso un asunto desesperado, pero especialmente por lo relacionado con ese empeño suyo de dar una fiesta.

—¡Alfred! ¡Alfred! ¿Pondrás en ello tu empeño, Alfred? ¿Digo que si pondrás en ello tu empeño?

—Por ti me empeñaré trocito a trocito, Irma.

—¿Estás resuelto, Alfred?… ¿Digo que si estás resuelto? —preguntó sin resuello.

—Eres tú quien está resuelta, dulce Perturbación. Soy yo quien ha cedido. Pero así están las cosas. Soy débil, soy dúctil. Te saldrás con la tuya, aunque me temo que esa tuya está preñada con la posibilidad de las más monstruosas repercusiones…, pero tuya es, Irma, tuya es. Y una fiesta daremos. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Había algo que no sonaba del todo sincero en su risa chillona. ¿No había en ella acaso un deje de amargura?

—Después de todo —prosiguió, sentándose en el respaldo de una silla (con los pies sobre el asiento y la barbilla apoyada en las rodillas se parecía notablemente a un saltamontes)—… Después de todo, llevas mucho tiempo esperando. Mucho tiempo. Pero, como bien sabes, nunca te aconsejaría una cosa así. No eres de las que dan fiestas. Ni siquiera eres de las que van a fiestas. No hay en ti, hermana mía, ni una pizca de la frivolidad que hace que una fiesta resulte, pero estás decidida.

—Indeciblemente —confirmó Irma.

—¿Y confías en tu hermano como anfitrión?

—¡Oh, Alfred, ojalá pudiera! —susurró ella con aire sombrío—. Confiaría si dejaras de intentar que todo lo que dices suene ingenioso. ¡Me cansa tanto el modo que tienes de decir las cosas! Y en verdad no me gustan las cosas que dices.

—Irma —dijo su hermano—, a mí tampoco me gustan. En cuanto las oigo, me suenan a rancias. ¡Hay tanta distancia entre el cerebro y la lengua!

—¡Ésa es la clase de tontería que detesto! —chilló Irma con súbita pasión—. ¿Vamos a hablar de la fiesta o vamos a escuchar tus estúpidos suflés? Respóndeme, Alfred. Respóndeme ahora mismo.

—Hablaré a pan y agua. ¿Qué puedo decir?

Prunescualo se bajó del respaldo de la silla y se acomodó en el asiento. Acto seguido, se inclinó un poco hacia delante y, con las manos cruzadas entre las rodillas, miró expectante a Irma a través de los cristales de aumento de sus gafas. Cuando Irma a su vez lo miró a través del cristal oscurecido de sus propias gafas, el tamaño ampliado de los ojos de su hermano apenas resultó perceptible.

Irma sintió que, por el momento, gozaba de un cierto ascendente moral sobre su hermano. El aire de sumisión que éste mostraba la alentó a revelarle la verdadera razón por la que deseaba aquella fiesta…, dado que necesitaba su ayuda.

—¿Sabías, Alfred, que estoy pensando en casarme? —dijo.

—¡Irma! —exclamó su hermano—. ¡No puede ser!

—Oh, sí, sí puede ser —murmuró Irma—. Oh, sí, sí puede ser.

Prunescualo estaba a punto de preguntarle quién era el afortunado cuando una curiosa punzada de compasión por ella, pobre criatura blanca, sentada muy tiesa en la silla delante de él, le atravesó el corazón. Él sabía qué pocas habían sido en el pasado sus oportunidades de conocer algún hombre; sabía que ella lo ignoraba todo de las estratagemas del amor, a excepción de lo que había leído en los libros. Sabía que perdería la cabeza. Sabía también que ella no tenía a nadie en perspectiva. Por eso dijo:

—Encontraremos el hombre adecuado para ti. Mereces un purasangre: algo que pueda levantar las orejas y sacudir el rabo. Por todo lo irreprochable, lo mereces de veras. ¿Por qué…?

El doctor se interrumpió: había estado a punto de entregarse a una floritura verbal cuando recordó su promesa. De manera que volvió a inclinarse hacia delante para escuchar lo que su hermana tenía que decir.

—No sé nada de levantar orejas ni menear rabos —dijo Irma con un amago de mohín crispado en una comisura de su fina boca—, pero me gustaría que supieras, Alfred, digo que me gustaría que supieras que

me alegra que comprendas la situación. No se me aprecia en lo que valgo, Alfred. Te das cuenta, ¿verdad?, ¿verdad?

—En efecto, me doy cuenta.

—Mi piel es la más blanca de Gormenghast.

«Y tus pies los más planos», pensó su hermano, pero dijo:

—Sí, sí, pero lo que debemos hacer, dulce cazadora, oh, virgen que acechas entre los matorrales del sexo desaforado —esa imagen de su hermana le resultaba irresistible—, lo que debemos hacer es decidir a quién invitaremos. A la fiesta, me refiero. Eso es fundamental.

—¡Sí, sí! —dijo Irma.

—Y cuándo los invitaremos.

—Eso es lo más fácil —dijo Irma.

—Y a qué hora del día.

—Por la noche, naturalmente —dijo Irma.

—Y cómo deberán vestir.

—Oh, con traje de noche, evidentemente —dijo Irma.

—Depende de a quién invitemos, ¿no crees? Por ejemplo, ¿qué dama posee trajes tan esplendorosos como los tuyos? Hay algo de cruel en un traje de noche.

—Oh, eso es inútil.

—¿Quieres decir que no es importante?

—Sí, sí —dijo Irma.

—Pero ¡qué embarazoso! ¿No crees que se resentirán vivamente, querida mía… o es que, en un alarde de amor y compasión, te vestirás con harapos?

—No habrá mujeres.

—¡No habrá mujeres! —exclamó su hermano, genuinamente asombrado.

—He de estar yo sola… —murmuró su hermana, subiéndose un poco más las gafas oscuras sobre el puente de su larga nariz puntiaguda—… con ellos… los hombres.

—Pero ¿qué hay del entretenimiento de tus invitados?

—Yo estaré allí —dijo Irma.

—Sí, sí, y sin duda demostrarás ser arrebatadora y ubicua; pero, cariño mío, cariño mío, piénsalo mejor.

—Alfred —dijo Irma, poniéndose de pie y dejando caer una de sus crestas ilíacas al tiempo que alzaba su compañera a tal altura que su pelvis adoptó un aspecto absolutamente peligroso—, Alfred —repitió—, ¿cómo puedes ser tan perverso? ¿De qué utilidad serían las mujeres? No habrás olvidado la naturaleza del asunto que tenemos entre manos, ¿verdad? ¿Verdad?

Su hermano comenzaba a admirarla. ¿Acaso había estado ocultando todo aquel tiempo, bajo su neurosis, su vanidad, su infantilismo, una voluntad de hierro?

Prunescualo se levantó y, aplicando sus manos a las caderas de su hermana, corrigió su ángulo con el hábil movimiento de un ensalmador. Luego, sentándose de nuevo en la silla y cruzando delicadamente sus elegantes piernas de zancuda mientras se frotaba las manos como si se las estuviera lavando, dijo:

—Irma, revelación mía, dime sólo una cosa… —alzó los ojos con aire burlón—… ¿Quiénes son los hombres, esos venados, esos carneros, esos gatos, esos gallos, armiños y gansos que tienes en mente? Y ¿de qué calibre será la jarana?

—Sabes muy bien, Alfred, que no tenemos elección. Entre las gentes de bien, ¿quiénes hay? Te pregunto, Alfred, ¿quiénes hay?

—¿Quiénes, en efecto? —musitó el médico, sin que se le ocurriera nadie. La idea de dar una fiesta en casa era tan novedosa que el esfuerzo de pensar en los asistentes lo sobrepasaba. Era como si intentara reunir el reparto de un drama no escrito.

—En cuanto a las proporciones de la fiesta, Alfred…, ¿me estás escuchando?…, pienso en una reunión de unos cuarenta hombres.

—¡No, no! —gritó su hermano, aferrándose a los brazos de la silla—, ¿no pensarás hacerlo en esta habitación? Sería peor que lo de los gatos blancos. Sería una pelea de perros.

¿Era un ligero rubor lo que recorrió fugazmente el rostro de su hermana?

—Alfred —dijo Irma al rato—, ésta es mi última oportunidad. En un año mi encanto puede perder brillo. ¿Crees que es momento de pensar en tu bienestar personal?

—Escúchame —dijo Prunescualo hablando muy despacio. Su voz chillona tenía un extraño matiz meditabundo—. Seré tan conciso como me sea posible. Pero tienes que escucharme, Irma.

Ella asintió.

—Tendrás más éxito si tu fiesta no es demasiado grande. En una fiesta grande, la anfitriona tiene que andar revoloteando de invitado en invitado sin poder disfrutar nunca de una conversación prolongada con ninguno de ellos. Es más, los invitados revolotean continuamente hacia la anfitriona de manera calculada para demostrarle lo bien que se lo están pasando. Pero en una fiesta más pequeña, en la que todos pueden verse sin dificultad, las presentaciones y la toma de posiciones pueden concluirse rápidamente. Luego tendrás el tiempo necesario para calibrar a los presentes y decidir quiénes son dignos de recibir tu atención.

—Comprendo —dijo Irma—. También colgaré farolillos en el jardín para atraer al huerto de los manzanos a los que considere adecuados.

—¡Cielo santo! —exclamó Prunescualo, a medias para sí—. Bien, espero que no llueva.

—No lloverá —afirmó Irma.

Nunca la había visto comportarse así. Había algo aterrador en descubrir una segunda cara en una hermana sobre la que siempre había dado por supuesto que no tenía más que una.

—Bueno, pues habrá que descartar a algunos.

—Pero ¿quiénes son?, ¿quiénes son? —exclamó él—. No puedo soportar esta terrible tensión. ¿Quiénes son esos hombres que pareces considerar en bloque, esa horda canina que, como quien dice, al oír un silbido, atravesarán el atrio y el vestíbulo y entrarán en tropel por esa puerta y adoptarán toda una gama de poses masculinas? En el nombre de la piedad fundamental, Irma, dime quiénes son.

—Los profesores.

Mientras pronunciaba esas palabras, Irma cruzó las manos a la espalda. Su pecho plano palpitó, su afilada nariz se crispó y una terrible sonrisa le asomó en el rostro.

—¡Son caballeros! —gritó con voz chillona—. ¡Caballeros! Y dignos de mi amor.

—¿Cómo? ¿Los cuarenta? —Prunescualo se había vuelto a poner de pie. Estaba conmocionado.

Pero, al mismo tiempo, veía la lógica de la elección de su hermana. ¿Quién más sería adecuado para asistir a una fiesta celebrada con aquella oculta finalidad? En cuanto a lo de que eran caballeros…, tal vez lo fueran. Pero por los pelos. Si la sangre de aquellos hombres era azulada, lo mismo podía decirse de los mentones y las uñas de la mayoría. Si su pasado soportaba el escrutinio, apenas podía decirse lo mismo de sus presentes personas.

—¡Qué vista se abre ante nosotros! ¿Cuántos años tienes, Irma?

—Lo sabes muy bien, Alfred.

—No sin pensarlo detenidamente —dijo el doctor—. Pero dejemos eso. Lo que importa es tu aspecto. ¡Dios sabe que eres limpia! Es un buen punto de partida. Estoy intentando ponerme en tu lugar. Requiere esfuerzo… ¡Ja, ja!… no puedo hacerlo.

—Alfred.

—¿Sí, vida mía?

—¿Cuántos crees que sería lo ideal?

—Si elegimos bien, Irma, yo diría que una docena.

—¡No, no, Alfred, se trata de una fiesta! ¡Se trata de una fiesta! Las cosas pasan en las fiestas, no en las reuniones de amigos. He leído sobre el tema. Veinte como mínimo, para preñar la atmósfera de posibilidades.

—Muy bien, querida, muy bien. Pero eso no significa que incluyamos a una bestia mohosa y jadeante con los cuernos rotos porque hace el número veinte en una lista en la que los otros diecinueve son venados viriles y deseables. Pero, venga, examinemos la cuestión con más detenimiento. Digamos, para iniciar la discusión, que hemos reducido a quince la lista de los probables. De esos quince, Irma, mi dulce coestratega, sin duda no podemos esperar que haya más de seis posibles maridos… No, no, no pongas esa cara; debemos ser honrados, aunque ello resulte brutal. Es un asunto delicado, porque los seis que podrías preferir no necesariamente son los seis a los que les gustaría pasar el resto de sus vidas contigo, oh, no. Por otra parte, podría haber otros seis que no te importaran lo más mínimo. Y por encima y por debajo de esos intercambiables, hemos de contar con el trasfondo flotante de aquellos a quienes, no me cabe duda, darías la patada con tus elegantes cascos hendidos a la menor señal de avance. Tú los refrenarías, Irma, estoy seguro de que lo harías. No obstante, esos intocables son necesarios, porque debemos disponer de una zona neutral. Ellos son los que darán color a la fiesta y crearán una atmósfera propicia.

—Alfred, ¿crees que podríamos considerarla una *soiréé*?

—Que yo sepa, no hay ninguna ley que lo prohíba —respondió Prunescualo, quizá un tanto irritado, pues era evidente que su hermana no había estado escuchando—. Aunque los profesores, tal como los recuerdo, no son precisamente el tipo de personas que yo asociaría con el término. Por cierto, ¿quiénes componen el profesorado en estos tiempos? Hace mucho tiempo que no he visto agitarse una toga.

—Ya sé que eres un cínico, Alfred, pero me gustaría que comprendieras que ellos son mis elegidos. Siempre he deseado para mí un hombre de letras. Yo lo comprendería, le prestaría ayuda, lo protegería y le zurciría los calcetines.

—¡Y jamás zurcidora más diestra protegió el tendón de Aquiles con hilo doble!

—¡Alfred!

—Perdóname, vida mía. Por todo lo imprevisible que la idea está empezando a gustarme. Yo por mi parte, Irma, me ocuparé de los vinos y licores, de los barriles y del ponche. Tú por la tuya de las viandas, las invitaciones y la formación del personal…, de nuestro personal, no de las lumbreras. Y ahora, querida, ¿cuándo será? Ésa es la cuestión: ¿cuándo?

—Mi vestido de mil volantes con el corpiño de loros pintados a mano estará listo en diez días y…

—¡Loros! —gritó el doctor consternado.

—¿Por qué no? —dijo Irma con aspereza.

—Pero… ¿de cuántos loros hablamos? —preguntó su hermano, vacilante.

—¿Qué diantres te importa a ti eso, Alfred? Son pájaros de brillante colorido.

—Pero ¿ya harán juego con los volantes, dulzura? Yo habría pensado que, puestos a poner criaturas pintadas a mano en tu corpiño, como tú lo llamas, estaría más indicado recurrir a algo calculado para desviar los pensamientos de los profesores hacia tu femineidad, tu carácter deseable, algo menos agresivo que los loros… Recuerda, Irma, que yo sólo…

—¡Alfred! —la voz de Irma lo empujó de nuevo a su silla—, creo que eso está en mi terreno —dijo con marcado sarcasmo—. Supongo que cuando se trata de loros, puedes dejármelos a mí.

—Lo haré —dijo su hermano.

—¿Serán suficientes diez días, Alfred? —dijo Irma abandonando su silla y acercándose a su hermano, mientras se alisaba los cabellos de color gris metálico con sus largos y pálidos dedos. Su tono se había suavizado y para horror del doctor, se sentó en el brazo de su silla.

Luego, con repentino y coquetón abandono echó atrás la cabeza con tal ímpetu que su cuello, desmesuradamente largo aunque de un blanco nacarado, se tensó en un ángulo tan pronunciado que el moño la golpeó entre los omoplatos con una perentoriedad que la hizo toser. Pero en cuanto se hubo cerciorado de que no había sido la mala intención de su hermano la responsable del golpe, su rostro empolvado recuperó la expresión extática y coquetona e Irma se llevó las manos entrelazadas al pecho.

Prunescualo, mirándola horrorizado al ver salir a la luz una nueva faceta más de su carácter, advirtió que uno de los molares de su hermana necesitaba un empaste, pero decidió que no era el momento de mencionarlo.

—¡Oh, Alfred! ¡Alfred! —exclamó Irma—. Soy una mujer, ¿no es cierto? —Las manos entrelazadas le temblaban por la emoción—. ¡Les demostraré que lo soy! —chilló, perdiendo todo control de su voz. Entonces, dominándose con visible esfuerzo, se volvió hacia su hermano y, sonriéndole con una afectación peor que cualquier grito, susurró—: Alfred, mañana les enviaré las invitaciones.

QUINCE

Tres rayos de sol naciente hendían la oscuridad y parecían incendiar la tierra allí donde caían. El brillo del rayo más cercano revelaba una maraña, microscópicamente perfecta, de ramas caprichosamente entrelazadas que centelleaban a la deriva en la oscuridad.

La segunda de estas islas inundadas de luz parecía flotar inmediatamente por encima de la primera, porque cielo y tierra formaban allí una única cortina de oscuridad. En realidad estaba igual de alejada pero, al estar suspendida de aquel modo, era imposible hacer estimaciones de distancia.

En su extremo septentrional brotaban de la tierra de color amarillo avispa ciertas formas más semejantes a erupciones de mampostería que a agujas y contrafuertes de roca natural. El haz de sol había descubierto apenas el dedo de una morada que, ensanchándose a medida que se internaba en la oscuridad circundante hacia el septentrión, se convertía en un puño de piedras que, a su vez, trepando por la muñeca y el antebrazo hasta un codo parecido a un panal aplastado, subía internándose en la oscuridad hasta un lúgubre hombro carcomido por el tiempo que se expandía para formar un cuerpo montañoso de torres inmemoriales.

Pero nada de todo esto era visible, salvo el rutilante y mellado extremo de un dedo de piedra.

La tercera isla tenía forma de corazón, un corazón brillante de espigas en llamas.

Un caballo se aproximaba a la linde oscura de esta tercera luz. No parecía mayor que una mosca. Titus iba montado en él.

Al cruzar la cortina de tinieblas que lo separaba de su hogar semejante a una ciudad, Titus frunció el ceño. Aferraba con una mano las crines de su montura y su corazón latía ruidosamente en el silencio absoluto. Pero el caballo avanzaba sin vacilar y su movimiento regular tranquilizó al niño.

De pronto, una nueva isla de luz, que se acercaba ondeando desde el este, ampliando sin cesar sus márgenes cambiantes, como para apartar las tinieblas, creó en la oscuridad un fantástico caleidoscopio de rocas y árboles y valles y montañas veloces. Una diminuta y nítida tracería llameaba en el litoral fluctuante de la isla. Esta corriente de luz fue seguida por otra y por otra más. Unos grandes claros de color azafrán se abrieron en el cielo y entonces, de horizonte a horizonte, el mundo fue luz desnuda.

Titus gritó. El caballo sacudió la cabeza y, entonces, sobre la tierra de sus antepasados, el niño galopó de regreso a casa.

Pero en la emoción del galope, Titus apartó la vista de las torres del castillo, que se elevaban cada vez más altas en el horizonte, y la volvió hacia donde, envuelta en las frías nieblas del amanecer, la lejana Montaña de Gormenghast, con su cumbre en forma de garra, lanzaba su desafío al aire helado: «¿Te atreves? —parecía gritar—. ¿Te atreves?».

Titus se alzó sobre los estribos y tiró de las riendas para frenar al caballo, porque una extraña confusión de voces e imágenes batallaban en su cuerpo jadeante. Allí sentado, tembloroso, medio vuelto en la silla de montar, los bosques, verdes y húmedos como la aventura misma, lo abrazaron con sus ramas espinosas y las frondas húmedas le acariciaron las costillas. Sintió en la boca el sabor amargo de las hojas, y el olor acre de la tierra del bosque, ennegrecida por los helechos en descomposición, le ardió por un momento en las fosas nasales.

Su mirada había viajado desde la alta y desnuda cumbre de la Montaña de Gormenghast hasta los bosques sombríos, y de nuevo se había vuelto al cielo. Titus contempló el ascenso del sol y sintió el inicio del día. Hizo girar al caballo y le volvió la espalda a Gormenghast.

El puño de la Montaña centelleaba en un vasto yermo de luz. Sus feos contornos lo contenían todo o bien no contenían nada, y su peculiar vacuidad despertaba la imaginación.

Y volvió a oírse la voz.

«¿Te atreves? ¿Te atreves?».

Y una multitud de voces se unió a ésa. Voces procedentes de los claros iluminados por el sol, de los pantanos y los lechos de grava, de las aves de los verdes brazos del río, del lugar donde habitan las ardillas y se mueven los zorros y los pájaros carpinteros espesan la soñolienta quietud del día con su lejano golpeteo arcádico; del lugar donde el hueco podrido de algún árbol, lleno de abundancia, brilla como iluminado desde dentro por el dulce y secreto hogar de las abejas silvestres.

Titus se había levantado una hora antes del toque de la campana. Se vistió apresuradamente sin hacer ruido y recorrió de puntillas los salones silenciosos hasta llegar a una puerta en el lado meridional. Después cruzó corriendo un patio amurallado y llegó a los establos del castillo. La mañana era negra y sombría, pero Titus estaba impaciente por encontrarse en un mundo sin Muros. Por el camino se detuvo ante la puerta de Fucsia y llamó.

—¿Quién es? —dijo la voz extrañamente ronca de su hermana desde el otro lado.

—Soy yo —dijo Titus.

—¿Qué quieres?

—Nada —respondió Titus—. Salgo a montar un rato.

—Hace un tiempo de perros —dijo Fucsia—. Adiós.

—Adiós —dijo Titus, y había reanudado su avance de puntillas por el corredor cuando oyó el sonido de un pomo al girar. Al volverse, vio no sólo a Fucsia entrando de nuevo en su dormitorio, sino, en el mismo momento, algo que viajaba muy de prisa por el aire en dirección a su cabeza. Levantó el brazo para protegerse la cara y, más por accidente que por habilidad, descubrió que su mano había agarrado al vuelo un trozo de pastel grande y pegajoso.

Titus sabía que no le estaba permitido salir del castillo antes del desayuno. Sabía que aventurarse más allá de las Murallas Exteriores era desobedecer por partida doble. Como único superviviente de un célebre linaje tenía que cuidarse más de lo normal. Estaba obligado a dar detalles de adónde iba y cuándo, de manera que si se retrasaba se supiera de inmediato. Pero el día, por sombrío que fuera, no pudo reprimir el deseo que había ido creciendo en él en las últimas semanas: el deseo de cabalgar mientras el resto del mundo dormía, de beber el aire primaveral a bocanadas mientras su caballo galopaba sobre los campos de abril más allá de las Moradas de Extramuros… De fingir, mientras galopaba, que era libre.

¡Libre!

¿Qué podía significar tal noción para Titus, que apenas sabía lo que era ir de un lugar a otro en su hogar sin que lo vigilaran, guiaran o siguieran y que nunca había conocido la incomparable intimidad de ser un desconocido, de no llevar un nombre famoso, de no tener linaje, de ser algo sin interés para el ojo disimulado del mundo adulto, de ser una criatura que crece como se arrastra un piel roja: de la infancia a la juventud, de un año al siguiente, como quien se desliza de un matorral a otro, de una emboscada a otra, espiando desde la ventajosa posición de la copa del árbol de la juventud?

A la vista del paisaje agreste que rodeaba Gormenghast y que se extendía de horizonte a horizonte como si el castillo fuera una isla de náufragos situada en medio de aguas desoladas alejadas de las rutas comerciales, ante tal sensación de espacio vacío, ¿cómo podía saber Titus que la vaga y difusa insatisfacción que había empezado a sentir de tanto en tanto era el desasosiego de una criatura enjaulada?

El niño no conocía otro mundo. Allí, a su alrededor, ardían las materias primas: los accesorios y decorados de la aventura, una aventura apasionada, oscura y asexuada, peligrosa y arrogante.

Ante él se extendía el futuro con su infinito ritual y cargado de pedantería, pero algo latió en su garganta y Titus se rebeló.

¡Hacer novillos! ¡Novillos! Era como ser un conquistador… o un demonio.

Y por eso había ensillado su pequeña yegua gris y se había adentrado en la oscura mañana de abril. En cuanto hubo franqueado uno de los arcos de la Muralla Exterior y avanzado a medio galope hacia los bosques de Gormenghast se sintió perdido sin remedio. Al punto tuvo la sensación de que las nubes habían acabado con toda la luz del cielo y se encontró tratando de abrirse paso entre las ramas que lo golpeaban en la oscuridad. En otro momento, su caballo se hundió hasta las corvas en una helada ciénaga y, tembloroso, el animal retrocedió con dificultad buscando un terreno más firme para sus cascos. Cuando el sol estuvo más alto, Titus intentó ver dónde se encontraba. Y de pronto los largos rayos del sol lograron atravesar la oscuridad y vio a lo lejos —mucho más lejos de lo que hubiera creído posible— la pared brillante de uno de los promontorios occidentales del castillo.

Luego el sol inundó el cielo hasta que no quedó ni un jirón de nube y la emoción del miedo se transformó en la emoción de la expectativa, de la aventura.

Titus sabía que a esas alturas ya habrían advertido su ausencia. Debían de haber terminado de desayunar, pero la alarma habría sonado mucho antes del desayuno, en el dormitorio. Titus imaginaba la ceja enarcada de su profesor en el aula al ver el pupitre vacío y podía oír el murmullo y las especulaciones de los alumnos. Y entonces sintió algo más emocionante que el cálido beso del sol en la nuca: una aguda ráfaga del frío aire de abril en la cara, algo peligroso y terriblemente excitante, algo estridente que le silbaba a través del estómago revuelto y le bajaba por los muslos. Parecía como si el heraldo de la aventura le susurrara que hiciera volverse al caballo, mientras la amable luz dorada del sol murmurase el mismo mensaje con voz adormilada.

Durante un momento, Titus experimentó una percepción de sí mismo tan intensa que las figuras del castillo se convirtieron en meras marionetas de su imaginación. Tiraría de ellas con una mano y las arrojaría al foso cuando regresara —si es que regresaba—. ¡Nunca más volvería a ser esclavo de ellas! ¿Quiénes eran ellos para decirle que tenía que ir a la escuela, que prestara atención a esto o aquello? Él no sólo era el septuagésimo séptimo conde de Gormenghast, sino Titus Groan por derecho propio.

—¡Muy bien! —gritó para sí—. ¡Se lo demostraré! —Y, clavando los talones en los flancos de la yegua, enfiló hacia la Montaña.

Pero la fría ráfaga de aire primaveral en el rostro de Titus no sólo fue el preludio de su escapada. Anunciaba también una nueva alteración del tiempo, tan rápida e inesperada como la aparición del sol. Pues aunque no había nubes en las capas superiores del aire, el sol parecía velado por una neblina y el calor en el cuello de Titus era menos intenso.

Sólo cuando hubo cubierto más de tres millas de su expedición rebelde y se encontró en los bosques de avellanos que conducían a las estribaciones de la Montaña de Gormenghast advirtió Titus la presencia de bruma en la atmósfera. A partir de ese momento pareció como si una blancura empezara a crecer sobre su cabeza, a brotar de la tierra y a congregarse alrededor. El sol pronto fue un disco pálido y al poco desapareció por completo.

Ya no había vuelta atrás: Titus sabía que se perdería tan pronto como hiciera dar la vuelta al caballo. No veía más que un pálido brillo que poco a poco se hacía más tenue, un resplandor situado justo delante y por encima de su cabeza. Era la mitad superior de la Montaña de Gormenghast, que brillaba entre las brumas cada vez más densas.

Su única esperanza era subir para escapar del vapor blanco y, forzando al caballo a adoptar un peligroso trote, porque la visibilidad se reducía sólo a un par de yardas, Titus avanzó hacia las pendientes más altas guiado por el pálido resplandor de lo alto, y al cabo advirtió que el aire se hacía más tenue. Cuando el sol empezó a brillar de nuevo sin trabas y los retazos de niebla más altos quedaron a cierta distancia por debajo, Titus tuvo plena conciencia de lo que era estar solo. Aquélla era una soledad que no había experimentado nunca: el quieto silencio de una elevación a cuyos pies se extiende un fantasmagórico mundo de vapor.

Lejos, en el oeste, flotaba el paisaje de tejados de su opresivo hogar, tan ligeros como si cada piedra fuera un pétalo. Alineadas bajo los tejadillos que, a modo de mandíbulas, coronaban la gran cabeza, un centenar de ventanas del tamaño de dientes reflejaban el amanecer. Había en la naturaleza de estas ventanas más del hueso o de la piedra en la que estaban encajadas que del cristal. En contraste con la apatía de aquellas superficies de vidrio, que se intercalaban en la distante mampostería con tanta frialdad, unos mantos de hiedra se extendían como agua oscura sobre los tejados y los millones de húmedos párpados en forma de corazón pestañeaban como inquietos.

La cima de la montaña centelleaba en lo alto. ¿Es que no había más criatura viviente en aquellas desoladas pendientes que el pequeño fugitivo? Parecía como si el corazón del mundo se hubiera detenido.

Las hojas de hiedra se agitaban levemente y aquí y allí una bandera ondeaba flojamente en su mástil, pero no había vitalidad ni propósito en aquellos movimientos, del mismo modo que los largos cabellos de un cadáver movidos por el viento no pueden negar la muerte del cuerpo al que lisonjean.

Ninguna cabeza asomó por aquellas altas ventanas semejantes a dientes que cubrían el ceño del castillo. Si alguien hubiera estado allí, habría visto el sol suspendido a un palmo de altura sobre los márgenes de la niebla que cubría el suelo.

Esta niebla se extendía de horizonte a horizonte, sosteniendo en su espumoso lomo la mole de las montañas como un cargamento flotante de feos peñascos y esquistos. Depositaba sus vapores en los flancos de la montaña, los depositaba a lo largo de las murallas del castillo, capa sobre capa, como una vasta marea insalubre. Muda, inmóvil, bajo algún sortilegio más poderoso que el de la luna, no tenía fuerza para el reflujo.

Ni un soplo brotaba de la montaña, ni un suspiro del velado castillo ni del vacío silencio de las brumas.

¿Es que no había pulso bajo el vapor ni un corazón que latiera? Pues aun el corazón más débil reverberaría sin duda en semejante silencio blanco, marcando su redoble en precipicios lejanos.

La luz del sol no manchaba el palio ceniciento. Era un sol blanco que parecía reflejar las brumas inferiores, quebradizo como un disco de cristal.

¿Acaso la Naturaleza estaba inquieta y experimentaba con sus distintos elementos? Porque en cuanto la niebla blanca se hubo asentado, como para siempre, tendiéndose pesadamente sobre el barranco como un arroyo de humo frío, sobre los llanos como un manto, tanteando con sus fríos dedos hasta la última madriguera de conejo, un viento gélido y tormentoso bajó del norte y, barriendo la tierra y dejándola desnuda de nuevo, cesó tan súbitamente como se había levantado, como si hubiera sido enviado con el mandato específico de dispersar la niebla. Y el sol volvió a ser una esfera de oro. El viento había pasado, la niebla se había levantado, las nubes habían desaparecido, el día era cálido y joven y Titus se encontraba en las laderas de la Montaña de Gormenghast.

DIECISÉIS

Muy por debajo de Titus, como una reunión de personas, se alzaban una docena de bosquecillos. Entre uno y otro la áspera tierra centelleaba aquí y allá donde unos hilos de agua reflejaban el cielo.

Apartados de esta confusión de ríos relumbrantes, zarzas y achaparrados espinos, los grupos de árboles se alzaban con una peculiar autoridad.

Para Titus aquellos bosquecillos parecían curiosamente vivos, pues cada soto era singularmente distinto de los demás aunque todos fueran semejantes en tamaño y estuvieran formados exclusivamente por una mezcla de fresnos y sicómoros.

Pues, mientras el grupo más próximo a Titus estaba de un humor irritable, y ninguno de los árboles quería cuentas con su vecino, dándose las encorvadas espaldas, a menos de cien pies de allí otro soto se encontraba en un estado de suspensa excitación, como si las cabezas de los árboles que lo componían se inclinasen sobre algún secreto verde y susurrante. Sólo uno de los árboles había alzado un tanto la cabeza, aunque la ladeaba como si no quisiera perderse ni una sílaba de la chispeante conversación que se mantenía junto a su hombro. Titus desplazó la mirada y reparó en otro grupo en el que, retirados y dándole a medias la espalda, doce árboles miraban de soslayo a uno que se alzaba en solitario. Este no quería nada con ellos, y era evidente que se negaba a mirarlos con desdén.

Había árboles que se apiñaban como si tuvieran frío o miedo. Los había que gesticulaban. Otros parecían sostener a uno de los suyos que parecía herido. Estaban los grupos arrogantes y los pesarosos, con las cabezas gachas, los sotos exultantes y aquellos en los que todos los árboles parecían dormidos.

El paisaje estaba vivo, pero también lo estaba Titus. Después de todo, no eran más que árboles: ramas, raíces y hojas. Aquél era el día del niño, no había tiempo que perder.

Le había dado esquinazo a aquella gris hilera de torres. Las piedras y helechos de la montaña rodeaban a Titus y los rayos del sol de la mañana bailoteaban sobre ellos formando una luminosa neblina sobre el suelo.

Una libélula revoloteó sobre una roca junto a su codo y en ese mismo instante Titus reparó en un gran griterío de pájaros que venía de más allá de los sotos.

Al norte de estos bosques se extendían los brillantes llanos, pero el lugar de donde procedían las voces de los pájaros, lejanas y claras, estaba mucho más al oeste y más próximo a la falda de la montaña en la que él estaba. Allí donde los extensos bosques se mecían al sol. Una línea verde tras otra, una masa de follaje tras otra ondeando contra el mellado horizonte.

El anhelo de Titus se concretó. Ya no tenía remordimientos por haberse escapado. Ardía de curiosidad.

¿Qué se gestaba entre aquellos altos muros de hojas, aquellos muros verdes y soleados? ¿Y en las sombras interiores? ¿Y en las terrazas cubiertas de bellotas y los vacíos pasadizos de hojas? La conciencia de haber hecho novillos había quedado aturdida bajo el martilleo de su excitación.

Titus quería galopar, pero las pendientes de esquisto y piedras sueltas eran demasiado peligrosas. Sin embargo, a medida que se iba abriendo camino hacia los niveles inferiores, el terreno fue haciéndose más transitable y pudo recorrer considerables trechos a mayor velocidad.

La verde muralla del bosque fue elevándose cada vez más hacia el cielo soleado a medida que él se acercaba, y al fin tuvo que levantar la cabeza para poder ver las ramas superiores.

Gormenghast quedaba al oeste, oculta tras una elevación del terreno. Hacia el este y detrás de Titus, las faldas de la montaña trepaban en feas plataformas. Refrenó el caballo y se deslizó hasta el suelo.

El terreno que lo rodeaba estaba cubierto de una hierba sedosa, de un color ceniciento que emitía un peculiar resplandor blanquecino. Unos ásperos peñascos yacían diseminados aquí y allá y a la sombra de sus ceños severos y sus mentones prominentes crecían en profusión distintas variedades de helechos.

Las lagartijas correteaban sobre las superficies calientes y al primer paso de Titus hacia la muralla del

bosque, una serpiente bajó de una roca deslizándose como un arroyo y se cruzó velozmente en el camino del niño haciendo sonar los anillos sueltos de su cola.

¿Qué significaba todo aquello? Una serpiente de cascabel, un pequeño valle de hierba sedosa, algunos peñascos con lagartos y helechos y la muralla verde del bosque. ¿Por qué aquellas cosas se sumaban para arrojar un total tan emocionante y asombroso?

Titus anudó flojamente las riendas al cuello del *pony* y le dio un buen empujón en dirección a Gormenghast.

—Ve a casa —le dijo.

El *pony* volvió la cabeza hacia él un momento y luego, sacudiéndola de un lado a otro, echó a andar. En un instante había desaparecido sobre la elevación del terreno y Titus se encontró verdaderamente solo.

DIECISIETE

Las clases de la mañana habían comenzado. En las aulas un centenar de cosas estaban sucediendo a la vez. Pero más allá de sus puertas tenía lugar un drama distinto: un drama de silencio escolástico, porque brotaba como algo palpable en las estancias desiertas y los corredores que separaban las aulas y saltaba contra las mismísimas puertas de las clases.

Una hora más tarde el bedel haría sonar la campana de cobre en el Salón Central y el silencio se haría añicos cuando, saliendo en tropel de sus distintas prisiones, un mundo de chicos se diseminara por los salones como plaga de langosta.

Las paredes de las aulas de Gormenghast, al igual que las de la sala de profesores, estaban tapizadas de cuero de caballo. Pero eso era lo único que tenían en común, porque el ambiente de las distintas salas y sus formas no podían ser más diversos.

El aula de Chiripa, por ejemplo, era larga, estrecha y la mal iluminaba un ventanuco alto en una esquina de la sala. Opus Chiripa descansaba en un sillón, rodeado por una alfombra roja. Estaba casi envuelto en la sombra. Aunque apenas distinguía a los niños que tenía delante, se encontraba en mejor posición que éstos, porque ellos no podían verle en absoluto. No tenía escritorio ante sí, y se sentaba, por así decir, en medio de la oscuridad. Debajo del sillón, por guardar las formas, había un par de libros de texto tirados por el suelo. La capa de polvo que los cubría era tan espesa que parecía chichones grises. El señor Chiripa aún no había descubierto que hacía más de un año que los habían clavado al entarimado del piso.

El aula de Percha-Prisma era perfectamente cuadrada y estaba demasiado bien iluminada para el gusto de los neófitos. Sólo las mohosas paredes de cuero eran antiquísimas e incluso éstas se fregaban y engrasaban de tanto en tanto. Los pupitres, los bancos y el entarimado del suelo eran restregados con sosa y agua hirviendo cada mañana, de manera que, paredes aparte, la sala emanaba una desnuda blancura que la convertía con mucho en la más impopular. Bajo aquella luz cruel era casi imposible copiar.

El aula de Franegato era un corto túnel con una ventana semicircular que ocupaba la totalidad del extremo más próximo. A diferencia de Chiripa, sentado en las sombras, el señor Franegato, aupado a las alturas de un alto pupitre, ofrecía una imagen muy distinta. Puesto que la única luz de la sala entraba a raudales por detrás de él, a ojos de sus alumnos el señor Franegato hubiera podido ser una figura recortada en papel negro. Sentado de espaldas a la deslumbrante ventana semicircular del final del túnel, su silueta se movía de acá para allá a contraluz. Por la ventana se veía la cima de la Montaña de Gormenghast y aquella mañana, sobre su brillante cabeza, flotaban perezosamente tres nubecillas como semillas de diente de león.

Pero entre las numerosas aulas de Gormenghast, cada una con su carácter propio, destacaba aquella mañana una en especial, una gran sala brumosa situada en uno de los pisos superiores, con muchos más pupitres de los que nunca se utilizarían y mucho más espacio del que (académicamente) jamás se necesitaría. De las paredes colgaban grandes franjas desprendidas del cuero de caballo que las cubría.

La ventana del aula miraba al sur, de manera que el suelo, que nunca había sido barnizado, estaba descolorido y la tinta que se había derramado, trimestre tras trimestre, se había desvaído hasta reducirse a un azul pálido tan hermoso que el entarimado parecía haber sido coloreado en el mundo de las hadas. Desde luego, no había nada más particularmente feérico en la sala.

¿Qué decir por ejemplo de aquel monstruo con apariencia de saco, aquella loma roncante, aquel peso muerto de horror descoyuntado? Acurrucado como un perro negro encima de la mesa del profesor, tenía un aspecto repugnante y bestial, pero ¿qué era? Podría haberse dicho que estaba muerto, porque parecía tan pesado como la muerte y adecuadamente inmóvil; pero de él brotaba el sonido de un ronquido sofocado puntuado por algún silbido ocasional como de viento soplando sobre cristales rotos.

Fuera lo que fuese, no suscitaba el terror y ni siquiera el interés de la veintena de muchachos que, en aquella aula brumosa en la que el tiempo parecía haberse detenido, situada en las casi olvidadas regiones

de la Escuela Superior, tenían cosas muy distintas en que pensar. Los rayos del sol entraban a raudales por la alta ventana y una neblina de motas llenaba la sala. Pero no había ni rastro de sueño en los alumnos.

¿Qué estaba sucediendo? No se oía nada, pero la tensión que flotaba en el ambiente poseía una sonoridad propia.

Porque se estaba desarrollando un juego peligroso y arriesgado creado específicamente por aquella clase. El aire contenía el aliento. Quienes no participaban de aquella particular batalla se acuclillaban sobre pupitres y armarios. Una nueva fase estaba a punto de comenzar. Los ingenuos rostros se volvían hacia la ventana. Aquellos enjutos niños de la fortuna parecían criaturas avezadas. Los veteranos se colocaron en sus posiciones.

Todo estaba listo. Se habían retirado del suelo las dos tablas sueltas. Habían apoyado la primera en el alféizar de la ventana de manera que descendía en suave pendiente hasta el suelo de la clase. La secreta cara inferior había sido pulida y encerada con cabos de vela desde tiempos inmemoriales y ahora, era ese lado el que miraba al techo. La otra tabla, igualmente pulida, se había colocado a continuación de la primera, extremo tocando a extremo, de manera que un estrecho tramo de madera resbaladiza atravesaba unos nueve metros de la clase, desde la ventana hasta la pared opuesta.

El equipo que aguardaba junto a la ventana abierta fue el primero en hacer un movimiento y uno de sus miembros, un muchacho de cabellos negros con una marca de nacimiento en la frente, se encaramó de un salto al alféizar, aparentemente sin pensar siquiera en la caída de treinta metros que había del otro lado.

A este movimiento los miembros del equipo enemigo agazapados al fondo del aula detrás de una hilera de pupitres aprestaron sus perdigones de papel, duros como nueces, que se proponían lanzar con pequeños tirachinas desgastados hasta adquirir un tacto suave por el uso constante. En otro tiempo se utilizaban perdigones de arcilla e incluso canicas de cristal, pero después del tercer muerto y de la cantidad de problemas que dio ocultar los cadáveres, se decidió conformarse con los proyectiles de papel. No eran en modo alguno sustitutos amables, pues el papel había sido masticado, amasado, mezclado con cola blanca y luego comprimido entre las bisagras de los pupitres. A la devastadora velocidad a la que viajaban, golpeaban como un trallazo.

Pero ¿a qué tenían previsto disparar? Sus enemigos permanecían de pie junto a la ventana y evidentemente no esperaban que nada volara en su dirección. El pelotón de ejecución ni siquiera los miraba, sino que mantenían la vista fija al frente, aunque habían empezado a cerrar el ojo izquierdo y a tensar las siniestras gomas. Y de pronto, en un torbellino rítmico y violento, el sentido del juego quedó desvelado. Demasiado rápido, demasiado vital, demasiado peligroso para cualquier danza o ballet, pero no menos tradicional y rico en sutilezas. ¿Qué estaba ocurriendo?

El muchacho de los cabellos negros con la marca de nacimiento había flexionado las rodillas, arqueado la espalda, batido las manos manchadas de tinta y saltado al sol de la mañana desde el alféizar, donde las ramas de un plátano gigantesco se recortaban como una celosía contra el sol. Con la cabeza echada hacia atrás, mostrando los dientes, los dedos extendidos, fijos los ojos en una rama blanca del árbol, por un momento el muchacho fue una criatura del aire. Treinta metros más abajo, el patio polvoriento brillaba al sol de la mañana. Desde el aula parecía que el muchacho se hubiese ido para siempre, pero sus compinches de la ventana se habían pegado a la pared lateral y sus enemigos, agazapados tras los pupitres, tenían los ojos fijos en las tablas resbaladizas que atravesaban la clase como una franja de hielo.

En mitad de su salto, el muchacho se agarró al extremo de la rama y se balanceó describiendo una larga y pasmosa curva a través del aire poblado de hojas. En el punto culminante de aquel arco tendido hacia el exterior, el chico se meneó de modo que hizo combar aún más la rama, lo que lo proyectó hacia arriba en viaje de regreso, muy alto en el aire, más allá de las hojas, de manera que, por un instante, se encontró muy por encima del nivel de la ventana desde la que había saltado. Y en ese momento, cuando sus nervios tenían que ser de acero, en ese momento, cuando apenas contaba con una fracción de segundo antes de que le fallara la voluntad, soltó la rama. Volvía a estar en el aire. Caía a gran velocidad y en un ángulo tal que le permitió evitar tanto el dintel de la ventana como el alféizar de la misma y aterrizar sobre sus pequeñas y tensas posaderas en el tablón inclinado como un rayo caído del cielo para, un segundo después, chocar contra la pared de cuero del fondo de la clase después de deslizarse por los tablones a la velocidad de una piedra lanzada con una honda.

Pero a pesar de lo repentino de su reaparición y de la velocidad de su vuelo, no había alcanzado la pared incólume. El oído le zumbaba como un avispero. El fulminante fuego cruzado de seis tirachinas había conseguido un blanco superlativo, tres impactos en el cuerpo y dos balas perdidas. Pero el juego no había terminado, pues en el momento en que él se estrellaba contra la abollada pared de cuero, otro miembro de su equipo se encontraba ya en el aire, con las manos tendidas hacia la rama y los ojos brillantes de

excitación, mientras que los del pelotón de fusileros, no menos activos, recargaban sus armas con nueva munición y comenzaban a guiñar el ojo izquierdo y a tensar las gomas.

Para cuando el chico de la marca de nacimiento hubo trotado de vuelta a la ventana, con la oreja ardiéndole, otra aparición había caído del cielo soleado, había bajado como un rayo por el tablón inclinado y se había deslizado a través del aula para chocar a su vez contra la pared, cuyo cuero, tras años de colisiones, estaba sucio y desgarrado. El silencio propio de un aula caía sobre todas las cosas, un silencio cargado de la pálida luz del sol. Las doradas sombras de los pupitres, de los bancos, de la enorme pizarra rota decoraban el suelo. Era la quietud de un trimestre de verano, ensimismado, perezoso, soñoliento, interrumpido por la rápida palmada de las manos manchadas de tinta de los chicos al saltar al vacío, del zumbido de los perdigones al surcar el aire, del aliento de la víctima, del golpe sordo del cuerpo al chocar con la pared de cuero y luego el sonido del forcejeo con los tirachinas para recargarlos. Y de nuevo la palmada del chico en la ventana y el lejano susurro de las hojas cuando atravesaba el arca verde por encima del patio. Los equipos se turnaban. Los saltadores cogían sus tirachinas. El pelotón de fusileros tomaba posiciones en la ventana. Aquel juego arriesgado y bárbaro y, sin embargo, ceremonial, tenía un ritmo propio, un ritual tan incuestionable y sacrosanto como lo es cualquier cosa en el alma de un niño.

La maldad y el estoicismo los vinculaban. Los secretos de los chicos se hacían más negros, más graves, más terribles o más divertidos gracias al conocimiento compartido de la espeluznante emoción de deslizarse vertiginosamente por la cálida aula, gracias al conocimiento compartido de los prolongados vuelos por el espacio envueltos en hojas, por su conocimiento del sonido del lacerante perdigón al pasar de largo por la cabeza o del dolor que producía su impacto.

Pero ¿qué decir de todo eso? ¿Del ritmo de los muchachos en los que los perdigones habían hecho blanco o de aquéllos tan llenos de vida como pájaros o peces? Sólo que eso estaba ocurriendo esa mañana.

¿Qué decir del espantoso bulto negro que había sobre la mesa del profesor? El sol que se colaba entre las hojas del plátano había comenzado a motearlo con trémulos rombos de luz. Roncaba, un deplorable sonido para escucharlo en la primera clase de una mañana de verano.

Pero sus momentos de complacencia estaban contados porque, de pronto, se oyó un grito cerca del techo y por encima de la puerta del aula. Era la voz de un pilluelo, un alfeñique pecoso apostado en lo alto de un armario. El cristal del montante de abanico de la puerta le quedaba a la altura del hombro. Estaba oscurecido por la mugre, pero un círculo del tamaño de una moneda se mantenía transparente y a través de esta mirilla el muchacho dominaba la vista del pasillo exterior. De este modo, a la menor señal de peligro, podía alertar no sólo a la clase, sino también al profesor.

No era frecuente que Bergantín o Bostezoyerto visitaran las aulas, pero era mejor apostar al pilluelo en lo alto del armario desde primera hora de la mañana porque no había nada más irritante para un profesor que el que la clase fuera interrumpida.

Aquella mañana, tumbado como un muñeco en lo alto del armario, la suerte cambiante del juego lo tenía tan absorto que había pasado más de un minuto desde que pusiera el ojo en la mirilla por última vez. Cuando al fin lo hizo fue para ver, a menos de seis metros de la puerta, una compacta falange de profesores acercándose como una marea negra con Bostezoyerto en persona al frente, dominando a los demás desde lo alto de su trona con ruedas.

La cabeza y los hombros de Bostezoyerto, que encabezaba la falange, quedaba por encima del resto del personal, aunque en modo alguno se sentaba derecho en su alta y estrecha silla. Con las ruedecillas chirriando en los extremos de las cuatro patas, la silla se mecía de un lado a otro mientras era propulsada velozmente por el bedel, todavía invisible para el alfeñique de la mirilla pues quedaba oculto tras el alto y feo mueble (increíblemente feo) con su desproporcionada bandeja para las comidas a la altura del corazón de Bostezoyerto y su tosco escabel para los pies.

La parte del rostro de Bostezoyerto que podía verse por encima de la bandeja parecía despierta, señal indudable de que algo de particular urgencia se mascaba en el ambiente.

Tras él, la compacta masa de los profesores se creaba en una susurrante oscuridad. Lo que hubiera ocurrido con sus respectivas clases y qué demonios se les había perdido en aquel perezoso piso del castillo a cualquier hora, y no digamos a primera hora de la mañana, era inimaginable. Pero el caso es que allí estaban, y el susurro de sus togas rozando las paredes llenaba el corredor. Había en el modo en que andaban una determinación, una suerte de imponente seriedad que daba miedo.

El diminuto niño aupado al armario dio la voz de alarma con la nota más aguda que sus condiscípulos hubieran oído jamás.

—¡El Bostezón! —chilló—. ¡Rápido, rápido, rápido! ¡El Bostezón con toda la banda! ¡Bajadme de aquí, bajadme!

El ritmo del arriesgado juego quedó roto. Ni un solo perdigón de papel pasó zumbando junto a la cabeza del último chiquillo que surgió de la luz del sol y fue a estrellarse contra la pared de cuero. En un instante la clase quedó sospechosamente silenciosa. Cuatro filas de niños medio vueltos en sus pupitres, con las cabezas inclinadas a un lado, escucharon el chirrido de las ruedecitas de la silla de Bostezoyerto que se acercaba a ellos en medio del silencio.

El alfeñique había sido rescatado después de dejarse caer desde lo que debió de parecerle una altura inmensa en los brazos de un muchachote de cabellos pajizos.

Los dos tablones habían sido apresuradamente retirados y devueltos a sus largas y estrechas cavidades inmediatamente debajo del escritorio del profesor. Pero se había cometido un error, y cuando se reparó en él ya era demasiado tarde para enmendarlo. Con las prisas, habían colocado uno de los tablones *del revés*.

Sobre el escritorio, el pesado bulto negro semejante a un perro seguía roncando. Ni siquiera el estridente chillido del vigía había logrado transmitir más que una leve contracción a aquel bulto articulado.

De haber considerado posible llegar a la mesa del profesor y regresar a su sitio antes de la entrada de Bostezoyerto y el claustro de profesores, cualquiera de los muchachos de la primera fila habría corrido a retirar los pliegues de la toga de Bellobosque de encima de su durmiente cabeza, que descansaba hundida entre sus brazos encima del escritorio, y lo habría zarandeado hasta devolverlo a un estado cercano a la conciencia; porque el bulto negro e informe era, en efecto, el viejo maestro en persona, perdido bajo el toldo de su toga, que sus alumnos le habían echado por encima de la reverenda cabeza como hacían siempre que se quedaba dormido.

Pero no había tiempo. El chirrido de las ruedas se había interrumpido. Se oyó un gran alboroto de tropezones y pies que se arrastraban mientras los profesores cerraban filas detrás de su jefe. El pomo de la puerta empezó a girar.

Cuando la puerta se abrió, se pudo ver a unos treinta muchachos inclinados sobre sus pupitres escribiendo furiosamente, con los ceños fruncidos por la concentración.

Durante un momento reinó un terrible silencio.

Y entonces, desde detrás de la silla de Bostezoyerto, la voz del señor Mosca, el bedel, gritó:

—¡El director!

Y la clase se puso de pie precipitadamente. Todos excepto Bellobosque.

Las ruedas empezaron a chirriar de nuevo cuando el bedel empujó la trona por uno de los pasillos manchados de tinta que quedaban entre las filas de pupitres.

Para entonces los birretes habían seguido al director al interior de la sala y bajo esos birretes era fácil reconocer los rostros de Opus Chiripa, Cañizo, Percha-Prisma, Chirlomirlo, Franegato, Jirón y Mustio, Florimetre y los demás. Bostezoyerto, que estaba visitando las aulas, tras inspeccionar cada una de ellas había enviado a los chiquillos al patio de piedra roja y había retenido a los profesores, de manera que a esas alturas llevaba a la casi totalidad del claustro pegada a los talones. Los muchachos no tardarían en ser desplegados en amplios abanicos para pasarse el día buscando a Titus, porque era en efecto su desaparición la causa de aquella actividad sin precedentes.

¡Qué misericordioso es que un hombre ignore su futuro inmediato! ¡Qué terrible y paralizante hubiera sido que todos los presentes supieran lo que estaba a punto de suceder en cosa de segundos! Porque ni siquiera el conocimiento previo podría haber impedido el suceso que se abatió súbitamente sobre ellos.

Los alumnos seguían todavía de pie y el señor Mosca, que había llegado al final del pasillo de pupitres, se disponía a girar la trona hacia la izquierda y empujarla hasta el pie del escritorio de Bellobosque para que Bostezoyerto pudiera hablar con el más veterano de sus profesores, cuando se produjo la catástrofe que hizo que incluso la terrible desaparición de Titus quedara en el olvido. ¡La Mosca había resbalado! Sus pies habían volado de debajo de su vivaracho cuerpo y sus pasos menudos y engreídos se habían convertido de pronto en una confusión de piernas que iban de acá para allá como las de una rana. Pero a pesar de tanta contorsión, no consiguieron aferrarse al resbaladizo suelo, pues había pisado la mortífera tabla que había sido devuelta, al revés, a su lugar bajo el escritorio de Bellobosque.

La Mosca no tuvo tiempo de soltar la trona, que osciló sobre él como una torre. Y entonces, mientras la larga fila de los miembros del claustro miraba cada cual por encima del hombro de quien tenía delante y los chicos seguían de pie junto a sus pupitres, paralizados, ocurrió ante sus ojos la cosa más terrible que les había sido dado contemplar.

Al estrellarse La Mosca contra el entarimado, las ruedas de la trona giraron como trompos dando su último alarido, y el destartalado escritorio saltó como enloquecido mientras desde su cima algo salía disparado hacia las alturas. ¡Era Bostezoyerto!

Descendió desde algún punto próximo al techo como un visitante de otro planeta o desde los dominios

cósmicos del Espacio Exterior, y se precipitó hacia el suelo con todos los signos del Zodíaco revoloteando a su alrededor.

De haber tenido una larga trompeta de bronce en los labios y el poder de arquear la espalda y enderezarla al acercarse al suelo y barrer la sala volando sobre las cabezas de los profesores en un frenesí de ropas sueltas, y salir luego por la ventana y a través de la copa del plátano y sobrevolar el lomo de Gormenghast para desaparecer para siempre del mundo racional, sólo entonces, si hubiera tenido el poder de hacer todo esto, se habría podido evitar aquel sonido espantoso, aquel sonido espantoso y desagradable que ninguno de los niños o profesores que lo oyeron aquella mañana pudieron olvidar jamás. Oscureció el corazón y el cerebro. Oscureció la misma luz del sol en aquella clase de verano.

Pero no bastó con que sus oídos se vieran perturbados por el sonido de un cráneo que se rompía como si fuera un huevo. Como si todo se confabulara para producir el máximo horror, el destino quiso que el director, al descender en una línea absolutamente vertical, golpeara el suelo con la coronilla y quedara tieso sobre ésta, en un horroroso equilibrio posibilitado por una forma prematura de *rigor mortis*.

Allí cabeza abajo, el blando, imponderable y flácido Bostezoyerto, ese arquetipo de los deberes delegados, de la negación y la apatía, parecía poseer más vida de la que nunca había tenido. Sus miembros, agarrotados en el espasmo de la muerte, se veían verdaderamente musculosos, y el cráneo aplastado parecía sostener un cuerpo que de pronto había descubierto su razón para vivir.

Tras el jadeo de horror que recorrió la soleada clase, el primer movimiento se advirtió entre los escombros de lo que hasta hacía un momento era la trona.

El bedel emergió con los cabellos rojos erizados, los vivarachos ojos fuera de las órbitas y los dientes castañeteando de terror. Al ver a su amo cabeza abajo, se dirigió a la ventana, ya sin ningún rastro de engreimiento en sus andares, pues su sentido del decoro había sido tan ultrajado que lo único que deseaba era acabar con su vida lo antes posible. Encaramándose al alféizar de la ventana, La Mosca dejó colgar las piernas y luego saltó al patio de treinta metros más abajo.

Percha-Prisma salió de entre las filas de los profesores.

—Todos los niños se dirigirán de inmediato al patio de piedra roja —dijo en un agudo y vibrante *staccato*—. Todos los niños esperarán allí en silencio hasta que reciban instrucciones. ¡Perejil!

Un joven con la boca abierta y los ojos vidriosos dio un respingo, como si le hubieran golpeado. Consiguió arrancar sus ojos del invertido Bostezoyerto, pero no pudo recuperar su voz.

—Perejil —repitió Percha-Prisma—, tú guiarás a la clase… y tú, Cebollino, tú cerrarás la marcha. ¡Vamos, de prisa, de prisa! Volved las cabezas hacia la puerta, así. ¡Tú!, ¡sí, tú, Salvia Menor! ¡Y tú también, Menta o como te llames, a ver si espabiláis! ¡Venga, venga, venga!

Estupefactos, los escolares empezaron a salir en fila de la clase, pese a la advertencia, con las cabezas vueltas hacia su difunto director.

Tres o cuatro profesores más se habían recuperado hasta cierto punto de la horrible conmoción inicial y ayudaron a Percha-Prisma a sacar de la sala a lo que quedaba de la clase.

Por fin el lugar quedó libre de niños. El sol jugueteaba entre los pupitres vacíos; iluminaba los rostros de los profesores, aunque parecía que dejaba sus togas y birretes tan negros como si éstos aún permanecieran en la sombra; e iluminaba también las suelas de las botas de Bostezoyerto, que apuntaban directamente al techo.

Echando una mirada a los profesores, Percha-Prisma comprendió que le tocaba a él hacer el siguiente movimiento. Sus negros ojillos brillaron y adelantó lo poco que tenía de mentón. Su cara porcina, redonda e infantil, se aprestó para la acción.

Abrió la boca remilgada y feroz y se disponía a pedir ayuda para enderezar el cadáver cuando una voz sofocada surgió del lugar más inesperado. Sonaba a la vez cercana y lejana, y era difícil distinguir las palabras, pero durante uno o dos instantes la voz se hizo menos borrosa.

—No, no lo creo, yo os defenderé —decía— por este amor largo tiempo perdido, mi reina, mientras Bellobosque os proteja… —prosiguió la voz amodorrada en su sueño—… cuando el león… se abata… sobre ti… le arrancaré las melenas. Cuando las serpientes te silben amenazadoramente yo las pisotearé… probablemente… y dispersaré las aves de presa a diestro y siniestro.

Se oyó un prolongado silbido bajo la capas de toga y entonces, de pronto, con un estremecimiento, la masa invertebrada empezó a enderezarse al tiempo que la cabeza amortajada de Bellobosque se iba levantando lentamente de sus brazos. Aun antes de haberse librado de la última capa de toga, se sentó en su silla tutelar y, mientras sus manos se esforzaban por desembarazar del todo la cabeza, su voz brotó de la oscuridad de la tela.

—… ¡Nombradme un istmo! —tronó—. ¿Tirapúa?… ¿Fuegofatuo?… ¿Gorrionzuelo?… ¿Trefe?…

¿Liento?… ¿Cómo? ¿Nadie puede decirle el nombre de un istmo a su anciano maestro?

De un tirón libró su cabeza del último pliegue de la toga y su noble rostro, alargado y débil, quedó expuesto, tan desnudo y venerable como el de un monstruo marino.

Pasaron unos momentos antes de que sus pálidos ojos azules se acostumbraran a la luz. Alzó su ceño esculpido y parpadeó.

—Nombradme un istmo —repitió, pero con menos interés, pues empezaba a percatarse del silencio que reinaba en el aula.

—¡Nombradme… un… istmo!

Sus ojos se habían habituado lo suficiente a la luz para ver, justo delante de él, el cuerpo del director en equilibrio sobre la cabeza.

En medio del insólito silencio, su atención estaba tan concentrada en la aparición que tenía delante que apenas advirtió la ausencia de sus alumnos.

Bellobosque se puso de pie y se mordió los nudillos adelantando un tanto la cabeza. Volvió a encogerla y se sacudió como un gran perro; luego se inclinó hacia delante y volvió a mirar con atención. Había rezado porque todavía estuviera dormido, pero no, aquello no era un sueño. No sabía que el director estaba muerto y por eso, con un gran esfuerzo (en la creencia de que se había producido un cambio fundamental en la psique de Bostezoyerto y de que éste, en un acceso de exhibicionismo, estaba mostrándole a Bellobosque aquella proeza de equilibrio), él, Bellobosque, empezó a batir palmas con sus manos grandes y delicadas en una sucesión de aplausos deferentes y adoptó la expresión de alguien a la vez sorprendido e intrigado, con los hombros echados hacia atrás, la cabeza inclinada, las cejas enarcadas y el gran índice de la mano derecha en los labios. La línea de su boca se alzaba a cada extremo, pero esa curva ascendente podría muy bien haber sido descendente, dada su incapacidad para disimular su consternación.

Los enfáticos aplausos sonaron solitarios, levantando grandes ecos en la sala. Bellobosque volvió la vista a su alumnado, como buscando apoyo o una explicación, pero no encontró ni lo uno ni lo otro, sólo el infinito vacío de los pupitres desiertos atravesados oblicuamente por los anchos y brumosos rayos del sol.

Se llevó la mano a la cabeza y se dejó caer en la silla.

—¡Bellobosque! —Una voz seca y cortante a sus espaldas le hizo volverse en redondo. Allí, en doble fila, tan silenciosos como Bostezoyerto o los pupitres vacíos, aguardaban los profesores de Gormenghast como un coro masculino o una parodia del Juicio Final.

Bellobosque se levantó con dificultad y se pasó la mano por la frente.

—La vida misma es un istmo —dijo una voz junto a él.

Bellobosque volvió la cabeza. Tenía la boca entreabierta y mostraba sus dientes cariados en una sonrisa nerviosa.

—¿Qué es todo esto? —dijo, agarrando la toga de su interlocutor a la altura del hombro y tirando de ella.

—Haz el favor de controlarte —dijo la voz, que era la de Jirón—. Es una toga nueva, gracias. Decía que la vida es un istmo.

—¿Por qué? —dijo Bellobosque, pero con un ojo todavía fijo en Bostezoyerto. En realidad no estaba escuchando.

—¡Me preguntas por qué! —exclamó Jirón—. ¡Piensa, hombre! Nuestro director —dijo, dedicando una ligera inclinación al cadáver— se encuentra ya en el segundo continente, el continente de la muerte. Pero mucho antes ya estaba…

El señor Jirón fue interrumpido por Percha-Prisma, que gritó:

—¡Señor Chiripa!, ¿podría echarme una mano?

Pero a pesar de todos sus esfuerzos, lo único que pudieron hacer con Bostezoyerto fue darle la vuelta. De algún modo lograron colocarlo en la silla de Bellobosque como paso previo a su traslado a la morgue de los profesores, aunque, más que sentarlo en ella, tuvieron que apoyarlo contra ella, porque estaba tan rígido como una estrella de mar.

Sin embargo lo envolvieron cuidadosamente en su toga y le cubrieron el rostro con el trapo de borrar la pizarra y, cuando al fin encontraron su birrete bajo los escombros de la trona, se lo pusieron con el debido decoro en la cabeza.

—Caballeros —dijo Percha-Prisma cuando estuvieron de nuevo en la sala de profesores después de que un joven miembro del claustro fuese despachado a casa del doctor, a avisar al enterrador y al patio de arenisca roja para informar a los alumnos de que pasarían el resto del día en una búsqueda organizada de su condiscípulo Titus—, caballeros —repitió—, hay dos cosas de la máxima importancia. En primer lugar, la búsqueda del joven conde debe iniciarse de inmediato a pesar de la interrupción y, en segundo lugar, se

debe nombrar en seguida un nuevo director para evitar la anarquía. A mi modo de ver —dijo Percha-Prisma sujetándose las hombreras de la toga mientras se balanceaba adelante y atrás sobre los talones—, a mi modo de ver, la elección debería recaer, como es habitual, en el miembro de mayor edad del claustro, sean cuales sean sus aptitudes.

Sobre esto hubo un acuerdo inmediato. Como un solo hombre todos vieron un futuro aún más ocioso desplegando sus indolentes vistas ante ellos. Únicamente Bellobosque estaba irritado. Pues con el orgullo se mezclaba el resentimiento porque Percha-Prisma se hubiese hecho con la situación. Como probable director, él ya debería haber tomado la iniciativa.

—Maldito seas, Prisma, ¿qué insinúas con lo de «sean cuales sean sus aptitudes»? —gruñó.

Una terrible convulsión en el centro de la sala, donde el señor Opus Chiripa yacía despatarrado en uno de los pupitres, reveló que dicho caballero luchaba por recuperar el aliento.

Aullaba de risa, aullaba como un centenar de sabuesos, pero sin emitir ningún sonido. Se convulsionaba y se mecía y las lágrimas le corrían a raudales por la basta cara masculina cuya barbilla, semejante a una larga hogaza de pan, apuntaba, temblorosa, al techo.

Apartando la vista de Percha-Prisma, Bellobosque examinó al señor Chiripa. Su noble rostro se había congestionado pero, de pronto, la sangre lo abandonó. Durante un fugaz instante, Bellobosque contempló su destino. ¿Acaso no iba a ser un líder de hombres? ¿Acaso no era aquél uno de esos momentos cruciales en los que la autoridad ha de ejercerse o reprimirse para siempre? Allí estaban, en pleno cónclave. Allí estaba él, Bellobosque, sobre sus pies de barro, revelando su debilidad ante sus colegas. Había algo en él que no concordaba con la orgullosa expresión de su cara, pero en ese momento supo que estaba hecho de una pasta mejor. Él había conocido la ambición. Cierto que había sido hacía mucho tiempo y que ahora ya no le preocupaban esas cosas, pero la había conocido.

Dándose cuenta de que si no actuaba en aquel momento no lo haría nunca, el señor Bellobosque cogió con determinación un gran frasco de peltre lleno de tinta roja de la mesa que tenía al lado y, al acercarse al señor Chiripa y descubrir que tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y las fuertes quijadas abiertas de par en par en un paroxismo de risa sísmica, vertió todo su contenido por el embudo de la garganta de Chiripa con un seco golpe de muñeca.

—Percha-Prisma —dijo, volviéndose al claustro y empleando un tono de tan patriarcal autoridad que sobresaltó a los profesores tanto como el vertido de la tinta—, usted se encargará de organizar la búsqueda de su señoría. Que el personal le acompañe al patio de arenisca roja. Franegato, ocúpese de llevar al señor Chiripa a la enfermería y avise al doctor para que lo atienda. Esta noche me informarán de sus progresos. Estaré en el despacho del director. Buenos días, caballeros.

Volviéndose con una majestuosa sacudida de su cabellera de plata, abandonó la sala con la toga ondeando al viento y el viejo corazón latiendo agitadamente. ¡Oh, el placer de dar órdenes! ¡Oh, qué placer! En cuanto cerró la puerta a sus espaldas corrió hasta el despacho con monstruosos brincos y se dejó caer en el sillón del director, en adelante *su* sillón. Encogió las rodillas y se las abrazó, se recostó de lado contra el respaldo y, por primera vez en muchos años, lloró de verdadera felicidad.

DIECIOCHO

Como una negra nube de grajos cerniéndose sobre sus nidos, un torbellino de togas bajo una arrastrada techumbre de birretes, una cuadrilla de profesores se acercaba velozmente a una estrecha abertura en un flanco de la sala de profesores para, al llegar a ésta, franquearla en fila de a uno.

La tal abertura tenía más de grieta que de puerta a pesar de que aún eran visibles los restos de un dintel y de que unas pocas tablas sueltas colgaban sin propósito cerca de la parte superior de la abertura para mostrar que en otro tiempo hubo una puerta. Las palabras «A los aposentos de los profesores. Estrictamente privado» se leían, borrosas, sobre las tablas y encima de éstas alguna mano irreverente había dibujado el ingenioso contorno de un armiño con toga y birrete. Hubieran o no reparado alguna vez los profesores en aquel dibujo, lo cierto es que ese día no les interesaba lo más mínimo. Les bastó con meterse por la grieta del muro, donde la oscuridad fue engulléndolos uno a uno.

Pese a carecer la abertura de puerta, no cabía duda de que los aposentos de los profesores eran «estrictamente privados». Lo que había del otro lado de aquella grieta en el sólido muro había sido un secreto durante muchas generaciones, un secreto sólo conocido por los miembros de los sucesivos claustros, aquellas bandas canosas e imposibles con las cuales, por arcana tradición, no se interfería. En cierta ocasión, un joven miembro de un claustro pretérito habló de progreso, pero fue expulsado de inmediato.

Era obligación de los profesores no experimentar cambios, observar la pintura descascarillada, la plumilla herrumbrosa, la tapa del pupitre tallada, con comprensión y beneplácito.

Todos ellos habían franqueado ya la estrecha abertura. No quedaba un alma en la sala de profesores. Era como si allí no hubiera habido nadie. Una avispa voló sobre el entarimado vacío con un sonoro zumbido y luego el silencio volvió a llenar la sala como algo palpable.

¿Dónde estaban los profesores en ese momento? ¿Qué hacían? Estaban en mitad de la tercera curva de un pasadizo abovedado que terminaba en un tramo de escalones descendentes en cuya base se alzaba un enorme torniquete.

Mientras los profesores se desplazaban como un negro dragón de cabeza de hidra con un centenar de alas en movimiento, podría haberse reparado en que, a pesar de la siniestra cualidad de la mitad superior del monstruo, había en sus numerosas patas una cierta alegría. Las pequeñas patas casi corrían, casi saltaban. Las grandes patas dejaban caer sus resonantes pisadas de un modo jovial y despreocupado, como si estuviesen palmeando la espalda de un amigo.

Sin embargo, aquel gran dragón compuesto no era por completo alegre. Pues dos de sus patas se desplazaban menos felizmente que las otras. Pertenecían a Bellobosque.

Aunque encantado de ser el director, la alteración que este hecho estaba produciendo en su existencia empezaba a amargarle. Y sin embargo, ¿acaso no había algo en él que imponía más que antes? ¿Acaso no había logrado demostrar su autoridad hasta cierto punto? Su semblante se mostraba severo y melancólico. Como un profeta, guiaba al personal a sus aposentos. Los de su personal, pues ya no eran los suyos. Con su acceso al puesto de director había perdido la habitación sobre el patio de los profesores que ocupara durante tres cuartas partes de su vida. Sólo él de entre los profesores debía volverse después de escoltar a su personal durante cierto trecho y regresar solo al dormitorio del director, sobre la sala de profesores.

El período transcurrido desde que vistiera por primera vez la toga zodiacal de su alto cargo había sido difícil para él. ¿Ganaba o perdía en su lucha por la autoridad? Ansiaba el respeto, pero también amaba la indolencia. El tiempo diría si la nobleza de su augusta cabeza se convertiría en el símbolo de su liderato. ¡Recorrer los corredores de Gormenghast como el reconocido maestro de profesores y alumnos por igual! Debía mostrarse prudente y severo, aunque generoso. Tenían que venerarlo. Eso era… venerarlo. Pero ¿significaba eso que habría de hacerse cargo de más trabajo? Sin duda, a su edad…

La excitación de las patas multiformes del dragón sólo comenzó a manifestarse cuando los miembros del

claustro dejaron atrás la sala de profesores y, con ésta, también sus obligaciones. Pues había concluido su jornada en las aulas de Gormenghast y, si había algo que los profesores esperaban con ansia, era esa emoción, la emoción de volver a sus aposentos a las cinco en punto.

Aspiraron el aire secreto de sus dominios y una serie de sonrisas privadas comenzaron a insinuarse en sus rostros. Se aproximaban a un mundo que comprendían, no con el cerebro, sino con el entendimiento mudo, feliz y ancestral de sus huesos.

La larga tarde se extendía ante ellos. Durante las quince horas siguientes no verían a ningún niño de rostro manchado de tinta.

Respirando hondo con sus muchos pulmones, el dragón de cabeza de hidra se aproximó al tramo de escalera de piedra. Tras él, bajo el techo abovedado del largo corredor, una intangible serpiente de humo exhalado por sus pipas flotaba y se retorcía.

El corredor se había ido ensanchando imperceptiblemente y los movimientos de los profesores se fueron haciendo más desenvueltos con el progresivo desmembramiento del dragón. El ensanchamiento del pasadizo se convertía allí en algo verdaderamente remarcable, pues ante ellos se abría un vasto panorama de suelos de madera que llegaban hasta donde las paredes (en aquel punto a unos quince metros una de otra) se separaban abruptamente para flanquear la amplia terraza de madera que dominaba el tramo de escalera. Aunque dicha escalera era de una anchura excepcional y los profesores, al bajar por ella, gozaban de espacio de sobra para entregarse (caso de que se les antojara) a una relajación general de su porte, a un pisada más enérgica o a una aceleración del paso, una vez más, al pie de la escalera, se produjo un embotellamiento, pues, aunque a ambos lados del antiquísimo torniquete había espacio más que suficiente para pasar en tropel y entrar así en la destartalada cámara que había más allá, la costumbre ordenaba que fuera el torniquete el único medio posible para acceder a la cámara.

Por encima de la escalera de piedra, el tejado se encontraba en tan avanzado estado de descomposición que una apreciable cantidad de luz se colaba por los agujeros del techo y formaba charcos dorados por toda la extensión del gran tramo de escalera, con sus bajas barandillas y amplios rellanos, como bancos de arena en la superficie de la piedra.

Al igual que en la angosta salida de la sala de profesores, los miembros del claustro se hallaban detenidos ante el Gran Torniquete.

Pero aquí el asunto era algo más sosegado. No había forcejeos ni agitación. Volvían a encontrarse en sus dominios. Sus habitaciones, que rodeaban el pequeño patio cuadrado, les esperaban. ¿Qué más daba si tenían que esperar un poco más de lo que hubieran deseado? La larga tarde, amable, arcaica, nostálgica, perfumada de almendras, se extendía ante ellos, y luego la noche, larga y sosegada, antes de que el estruendo de la campana los despertara y una nueva jornada de tinta y huellas de dedos, chuletas y anteojos rotos, moscas y cifras, litorales, preposiciones, istmos y redacciones, aviones de papel, tubos de ensayo, tirachinas, productos químicos y prismas, fechas, batallas, dóciles ratoncitos blancos y un centenar de rostros a medio formar, ingeniosos y burlones, con sus enrojecidas orejas que nunca escuchaban, se iniciara de nuevo.

Con aire decidido, casi augusto, las togadas figuras tocadas con los birretes iban desfilando una tras otra por el gran torniquete rojo y se iban desperdigando por la sala que había del otro lado.

Pero la mayoría aún aguardaba de pie en grupos o sentados en los peldaños inferiores de la escalera a que les llegara el turno de pasar por el «aro». No tenían ninguna prisa. Aquí y allá podía verse a un erudito tendido cuán largo era en uno de los peldaños o rellanos de la escalera. Aquí y allá un grupo se acuclillaba sobre sus cuartos traseros como si de aborígenes se tratara, con las togas recogidas para no barrer con ellas el suelo. Algunos permanecían en la sombra y se les veía muy sombríos, como bandidos mal iluminados; los brumosos rayos dorados del sol recortaban la silueta de otros; y había aquellos que, inmóviles, eran traspasados por la última luz que se colaba por la carcomida techumbre.

Un menudo aunque fornido caballero con barba en forma de azada bajaba la ancha escalera cabeza abajo haciendo equilibrios sobre sus manos. La mayor parte de su cabeza permanecía oculta, pues la toga le caía por encima y se la tapaba, de manera que, además de mantener el equilibrio, tenía que ir palpando los escalones para encontrar el borde con sus ocultas manos, pero ocasionalmente asomaba entre los pliegues de la toga y la áspera azada negra de la barba se vislumbraba fugazmente a pocos centímetros del suelo.

Entre los pocos que lo miraban divertidos no había ninguno que no lo hubiera visto todo cien veces ya. Una figura de largos miembros con las piernas encogidas de manera que las rodillas sostenían el mentón azulado, observaba distraídamente a un grupo cuya silueta se recortaba contra un enjambre de motas doradas. De haberse encontrado un poco más cerca y un poco menos absorto habría podido oír unas exclamaciones muy peculiares.

Pero sí veía, con bastante claridad, que en el centro del distante grupo una figura de corta estatura repartía meticulosamente a sus colegas lo que parecían ser unas pequeñas hojas de papel rígido.

Y así era. El enérgico Percha-Prisma estaba repartiendo las invitaciones que había recibido aquella misma tarde por mensajero especial.

IRMA y ALFRED PRUNESCUALO
esperan contar con el placer de la compañía de……
el……(etcétera).

Uno a uno, cada invitado fue recibiendo su invitación, y no hubo profesor que pudiera contener ya fuera un jadeo o gruñido de sorpresa o una crispación de la ceja.

La estupefacción de algunos fue tal que se vieron forzados a sentarse brevemente en los peldaños hasta que el pulso se les normalizó.

Jirón y Mustio se golpeaban levemente los dientes con los bordes dorados de sus invitaciones, haciendo ya cábalas sobre las posibles implicaciones psicológicas.

Chiripa, cuya ancha boca sin labios regurgitaba interminables cúmulos de denso humo, comenzaba a permitir que una gigantesca sonrisa se le extendiera por el rostro feroz.

Franegato se sentía embarazosamente entusiasmado y estaba intentando borrar una huella dactilar de la esquina de su invitación, que tenía toda la intención de enmarcar.

La gran mandíbula de profeta de Bellobosque colgaba, abierta de par en par.

Había en total dieciséis invitaciones. El personal en pleno de la Sala de Cuero había sido invitado. Las invitaciones habían llegado en un momento en el que Percha-Prisma era el único maestro presente en la sala de profesores y éste había asumido la responsabilidad de entregarlas a los otros.

Repentinamente, la larga boca de reptil de Opus Chiripa se abrió como la de un caballo y un aullido de risa insensata reverberó por la sala salpicada de sol.

Una veintena de birretes se volvieron.

—¡Hay que ver! —dijo la voz chillona y precisa de Percha-Prisma—. ¡Hay que ver, mi querido Chiripa! ¡Vaya un modo de recibir la invitación de una dama! ¡Vaya, vaya!

Pero Chiripa no podía oír nada. De algún modo, la idea de ser invitado a una fiesta por Irma Prunescualo se había abierto paso hasta la región más sensibilizada de su diafragma y lo hizo aullar y aullar hasta quedarse sin aliento. Jadeó roncamente hasta tranquilizarse del todo, sin dignarse siquiera mirar alrededor, pues seguía en un mundo de diversión privada. Entonces sostuvo una vez más la invitación ante sus ojos acuosos y opacos sólo para abrir la boca en un nuevo espasmo, pero ya no le quedaba risa.

Las facciones de cerdito de Percha-Prisma expresaban una cierta condescendencia, como si comprendiese cómo se sentía el señor Chiripa pero a pesar de ello le sorprendiera y le irritara ligeramente la grosería del temperamento de su colega.

La gracia inesperada de Percha-Prisma consistía en que, a pesar de su carácter remilgado, su manera de expresarse, críptica e irritantemente académica y su aire general de omnisciencia, pese a todo ello, tenía un sentido del ridículo fuertemente desarrollado y a menudo se veía forzado a reír cuando su cerebro y su orgullo desearían lo contrario.

—Y ¿qué piensa el director? —dijo, volviéndose hacia la noble figura que tenía al lado, cuya mandíbula continuaba abierta como la boca de un sepulcro—, ¿qué piensa él, me pregunto? ¿Qué piensa nuestro director de todo este asunto?

Bellobosque volvió en sí con un sobresalto. Miró alrededor con la melancólica grandeza de un león enfermo. Luego reparó en que tenía la boca abierta y la fue cerrando despacio, pues no quería que los demás pensaran que se iba a dar prisa por nadie.

Volvió sus vacíos ojos de león a Percha-Prisma, que estaba allí, mirándolo con descaro y golpeando ligeramente la pálida uña de su pulgar con su brillante invitación.

—Mi querido Percha-Prisma —dijo Bellobosque—, ¿por qué diantres habría de interesarte a ti mi reacción ante lo que, después de todo, no es, en mi vida, un acontecimiento tan extraordinario? Verás, es posible —continuó laboriosamente—, es muy posible que cuando era un hombre más joven recibiera más invitaciones para diversos tipos de funciones que las que tú hayas podido recibir o esperes recibir en el curso de tu vida.

—¡Por eso justamente! —dijo Percha-Prisma—. Ésa es la razón de que queramos conocer su opinión. Ésa

es la razón por la que sólo nuestro director pueda ayudarnos. ¿Qué podría ser más esclarecedor que recibir información de boca de una vaca sagrada?

En aras de la precisión, Percha-Prisma no pudo evitar desear haber estado dirigiéndose a Opus Chiripa, pues la boca de Bellobosque, aunque tampoco hiperhumana, distaba mucho de parecerse a la de una vaca.

—Prisma —dijo—, comparado conmigo es usted un joven. Pero no tanto como para ser ajeno a los principios de la decencia. Tenga la bondad de añadir a su viperina actitud hacia la vida como mínimo una delicadeza, y ésta es que, en caso de verse obligado a dirigirse a mí, lo haga de una manera menos calculada para ofender. No toleraré que se hable de mí como si no estuviera presente. Mis subordinados deben comprender esto de inmediato. No seré la tercera persona del singular. Soy viejo, lo admito, pero, a pesar de todo, estoy aquí. ¡Aquí —bramó—, de pie sobre el mismo suelo que usted, maese Prisma! ¡Y existo, por todos los demonios, en plenitud de mis derechos vocativos y de conversación! —Tosió y sacudió su cabeza leonina—. Así que cambie de tono, mi joven amigo, o cambie de tiempo verbal, y présteme un pañuelo para protegerme la cabeza…, este sol me está dando jaqueca.

Percha-Prisma sacó de inmediato un pañuelo de seda azul y lo puso sobre la irritada y noble cabeza.

—Pobre viejo «chinchoso» Bellobosque, pobre viejo Colmillos —dijo, susurrándole las palabras al oído mientras ataba las esquinas del pañuelo azul sobre la cabeza del anciano con pequeños nudos—. Será justo lo que necesita, sí señor…, ¡una fiesta desaforada en casa del doctor, ja, ja, ja, ja!

Bellobosque abrió su débil boca y sonrió. Le costaba mantener durante mucho tiempo su fingida dignidad, pero de pronto recordó su posición y con un tono de sepulcral autoridad dijo:

—Tenga cuidado con lo que dice, señor —dijo—. Ya me ha tomado suficiente el pelo.

—Mi querido Franegato, qué asunto más curioso es éste de los Prunescualo —dijo el señor Costrón—. Dudo bastante que pueda permitirme asistir. Me pregunto si podría usted… esto… prestarme…

—También a mí me han invitado —le interrumpió Franegato, mostrando la invitación con mano temblorosa—. Hacía mucho tiempo que…

—Hacía mucho tiempo que nuestras tardes no se veían perturbadas de este modo por el Exterior —interrumpió Percha-Prisma—. Caballeros, tendrán que darse un poco de filustre. ¿Cuánto hace que no ve a una dama, señor Chiripa?

—Ni la mitad del que me gustaría —dijo Opus Chiripa chupando su pipa ruidosamente—. Nunca me preocuparon las pollitas. Más bien me irritaban. Puedo equivocarme, es muy posible, pero ése es otro tema. Por lo que a mí se refiere, no cabe duda, todo lo estropean.

—Pero por supuesto aceptarás, ¿no es así, mi querido amigo? —dijo Percha-Prisma, inclinando a un lado su redonda y lustrosa cabeza.

Opus Chiripa bostezó y se desperezó antes de contestar.

—¿Qué día será, amigo? —preguntó (como si eso tuviera alguna importancia cuando cada una de sus tardes era un idéntico bostezo).

—La tarde del viernes que viene, a las siete, «Se ruega confirmar la asistencia», pone —resolló Franegato.

—Si el querido y maldito Bellobosque asiste —dijo el señor Chiripa tras una larga pausa—, no podría mantenerme al margen ni aunque me pagaran. Verlo en acción será tan entretenido como ir al teatro.

Bellobosque descubrió su irregular dentadura en un gruñido leonino, se sacó un cuadernillo y, sin apartar la vista del señor Chiripa, tomó nota.

—Tinta roja —murmuró, acercándose a su hostigador, y acto seguido se echó a reír desaforadamente. El señor Chiripa parecía estupefacto.

—Bien… bien… bien… —dijo al fin.

—Dista mucho de estar bien, señor Chiripa —dijo Bellobosque recobrando la compostura—, y no lo estará hasta que aprenda a dirigirse a su director como un caballero.

—En lo referente a Irma Prunescualo —dijo Mustio a Jirón—, es un claro caso de locura del espejo, provocado por la hipertrofia del conducto terrífico, aunque no exactamente.

—Discrepo —le replicó Jirón a Mustio—. Es la sombra del doctor proyectada sobre el alma despojada y desnuda de su hermana, sombra que ella ha tomado por el destino… y aquí coincido en que el conducto terrífico entra en juego, pues la longitud de su cuello y su frustración general han llevado a su subconsciente a un deseo inespecífico de hombres… sustitutos, claro está, de los monigotes.

—Quizá estemos los dos en lo cierto —dijo Mustio a Jirón—, cada uno a su manera. —Y dedicó una radiante sonrisa a su amigo—. Dejémoslo así, ¿no te parece? Sabremos más cuando la veamos.

—¡Oh, cierra el pico, condenada vieja! —dijo Mulfuego frunciendo el ceño con aire sombrío.

—¡Oh, vamos, vamos, ea! —dijo Florimetre—. ¡Mostrémonos terriblemente contentos, ea! ¡Vaya, vaya!

Llamadme febril si no comienza a hacer frío.

Era cierto, pues, al levantar la vista, vieron que estaban sumidos en profundas sombras, ya que la mancha de sol había seguido su camino. Y al levantar las cabezas vieron también que eran los últimos miembros del claustro que quedaban en la escalera de piedra.

Haciendo ademán a los otros de que lo siguieran, Bellobosque abrió la marcha y franqueó el torniquete rojo, y unos momentos después todos habían pasado a través de los brazos chirriantes de la abertura y entrado en la sala oscura y desvencijada del otro lado. Bellobosque se volvió entonces y subió solo la escalera, al poco se encontró de nuevo en la sala de profesores.

En cambio los miembros del claustro, después de atravesar el desvencijado salón, avanzaron en fila india por un pasadizo singularmente angosto y elevado y, por fin, tras descender aún otro tramo de escalera, esta vez de nogal antiguo, franquearon una puerta frente a la cual se encontraba el patio del personal.

Fue allí, en la intimidad compartida de sus aposentos, donde el entusiasmo que habían sentido crecer en ellos en cuanto abandonaron la sala de profesores empezó a moderarse, sólo para que un entusiasmo de distinta naturaleza tomara el relevo. Para cuando llegaron al patio común, habían digerido el hecho de que tenían una tarde más de libertad. La sensación de huida había desaparecido, pero una sensación aún más liviana les soltó los corazones y los pies. Sus tripas se convirtieron en agua y unos grandes nudos oprimieron sus gargantas. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

El intenso rosado oro de los ladrillos de las columnas de los claustros que flanqueaban el patio resplandecía a pesar de estar éstos sumidos en la sombra. Sobre los arcos, una terraza de ladrillos del mismo color rosado rodeaba el patio a unos siete metros del suelo, y en la pared que marcaba el fin de dicha terraza se abrían, a intervalos regulares, las puertas de los aposentos de los profesores. Siguiendo la costumbre, en cada puerta se había añadido el nombre del actual ocupante a la larga lista de predecesores. Estos nombres estaban cuidadosamente impresos en la madera negra de las puertas en columnas verticales de apretada y clara caligrafía que casi llenaban todo el espacio disponible. Las habitaciones eran pequeñas y uniformes, pero de carácter tan diverso como sus ocupantes.

Lo primero que hacían los profesores al volver a sus aposentos era ir a sus respectivas habitaciones y cambiarse las negras togas del magisterio por la variedad de color rojo oscuro asignada para las horas de la tarde.

Colgaban sus birretes detrás de la puerta o los lanzaban por el aire a través de la habitación a algún rincón o saliente adecuado. Las esquinas abolladas de la mayoría de los birretes se debían a aquellos «lanzamientos». Impulsados del modo correcto, al aire libre y empujados por una brisa ligera, podía conseguirse que se elevaran en el aire, con la negra copa en lo alto y las borlas colgando debajo como negras colas de borrico. Cuando treinta birretes se elevaban hacia el sol sobre el patio, se hacía realidad la pesadilla de cualquier escolar.

Una vez ataviados con las togas de color rojo vino acostumbraban a salir a la terraza de ladrillos rosados donde, reclinados sobre la balaustrada, los profesores pasaban una de las horas más agradables de la jornada, conversando o rumiando hasta que el sonido del gong de la cena los convocaba al refectorio.

Para el viejo encargado de barrer las hojas del suelo del acogedor patio de ladrillo, aquél era un espectáculo que siempre le complacía, mientras, rodeado por los claustros resplandecientes y, sobre éstos, por la larga línea de color rojo vino de los profesores apoyados sobre los codos en el muro de la terraza, iba juntando las hojas revueltas con su raída escoba.

Aunque esa noche particular no se lanzó al aire ningún birrete, hacia el final de la cena en la Larga Sala la conversación de los profesores se volvió particularmente frívola cuando se aventuraron innumerables explicaciones sobre los motivos secretos de la invitación de los Prunescualo. La más fantástica de todas la planteó Florímetre, a saber, que Irma, necesitada de un marido, acudía a ellos como posible fuente de candidatos. Ante esta sugerencia, el vulgar Opus Chiripa, en un exceso de júbilo obsceno, dejó caer sobre la larga mesa el enorme jamón crudo que tenía por mano con tanta fuerza que provocó que un *corps de ballet* de cuchillos, tenedores y cucharas saltara por los aires y que un par de patas de mesa hicieran un *écart*, de manera que los nueve profesores de su mesa se encontraron con los restos de su cena diseminados en todos los ángulos bajo el nivel de sus rodillas. Los que tenían las copas en la mano se alegraron no poco, pero aquellos cuyo vino se había derramado entre los restos necesitaron unos segundos de reflexión para poder recuperar el espíritu de la velada.

La idea de que cualquiera de ellos pudiera contraer matrimonio les parecía ridículamente divertida. No es que se sintieran indignos, lejos de ello. Era que una cosa así pertenecía a otro mundo.

—Pues claro, pues claro, por supuesto. Florimetre, tienes toda la razón —dijo Mustio a la primera oportunidad que tuvo de hacerse oír—. Jirón y yo habíamos llegado a la misma conclusión.

—En efecto —dijo Jirón.

—En mi caso —continuó Mustio—, la sublimación es bien evidente, porque, caramba, los peñascos y las águilas que se cuelan en cada condenado sueño que tengo, y sueño cada noche, por no hablar de mi escritura automática, que pone mi absurdo amor por la Naturaleza en su sitio, porque al leer lo que he escrito como en trance me doy cuenta de lo necio que es dedicar siquiera un pensamiento a los fenómenos naturales que, después de todo, no son sino una sucesión de accidentes… er… ¿dónde estaba?

—No importa —dijo Percha-Prisma—. La cuestión es que nos han invitado, que seremos huéspedes y que, por encima de todo, haremos lo correcto. ¡Cielo santo! —exclamó, mirando las caras del personal que lo rodeaba—, desearía ir yo solo.

Sonó una campana.

Los profesores se levantaron al instante. Había llegado el momento de observar un ritual tradicional. Colocaron las largas mesas —doce en total— patas arriba y se sentaron, uno detrás de otro, sobre los tableros vueltos, como si éstas fueran barcas y se dispusieran a adentrarse a golpe de remo en algún océano fabuloso.

Hubo una breve pausa y luego la campana sonó de nuevo. Antes de que el eco de la misma se extinguiera en el vasto refectorio, las doce tripulaciones de la inmóvil flotilla alzaron sus voces en un oscuro cántico de días pasados en los que, presumiblemente, tenía algún significado. Esa noche fue aullado en la penumbra a un compás lento y martilleante, sin que las voces intentaran disimular el aburrimiento. Desde que eran profesores, habían entonado aquellos versos noche tras noche y con voces tan vacías que muy bien podría haberse tomado por un canto fúnebre:

Aférrate a la ley
del postrero y frío tomo,
donde la tierra de la verdad
cubre, espesa, la página
y la marga de la fe
en la tinta que en otro tiempo brotó
del murmullo de la pluma.
Fluye aún en el aliento del hueso renacido
en un amanecer ominoso,
donde florece la rosa para los vientos,
el niño, para la tumba,
el zorzal, para acallar la canción,
la espiga, para la hoz y el espino
en espera del corazón,
hasta que el último de los primeros parta,
y el más pequeño del pasado polvo sea
y el polvo se pierda.
¡Aférrate!

DIECINUEVE

La linde del bosque bajo cuyas ramas se encontraba Titus era una pantalla de follaje entrelazado más parecida a una muralla verde construida con algún propósito histriónico que a una formación vegetal natural. ¿Se alzaba allí, tan perpendicular y densa, para ocultar algún drama o era el telón de fondo de una pantomima inmortal? ¿Dónde estaba el escenario y dónde el público? No se oía ni un ruido.

Separando dos ramas con violencia, Titus se impulsó hacia delante y se internó con dificultad en la oscuridad verde; volvió a impulsarse tomando como apoyo de los pies una gran raíz lateral. El frío del rocío cubría las hojas y el musgo. Avanzando de bruces sobre los codos, se topó con un recio entramado de ramas que le impedía seguir adelante, sin embargo su afán por abrirse paso era aún más fuerte pues, al recobrar su posición inicial, una rama le había golpeado la mejilla y, azuzado por el dolor, Titus forcejeó con las robustas ramas hasta que su torso forzó un resquicio que mantuvo abierto interponiendo sus hombros doloridos. Llevaba los brazos por delante del cuerpo, lo que le permitió apartarse el follaje de la cara y, mientras recobraba el aliento, contemplar ante él, extendiéndose en la distancia, el suelo del bosque semejante a un mar de musgo dorado. De su ondulada superficie brotaba, como a través de una quimérica ensoñación, una fantasmal reunión de viejos robles, que se alzaban, cada cual en su territorio, como dioses moteados rodeados de amplios calveros de musgo que discurrían entre ellos en bandas de verde y oro que se perdían en la distancia.

Cuando hubo recobrado el aliento, Titus reparó en el silencio del cuadro que tenía delante: un lienzo de oro con centenares de robles majestuosos cuyas ramas sinuosas se dividían y subdividían en doradas yemas, sólidas bellotas y densos racimos de hojas legendarias.

Su corazón latió ruidosamente mientras el cálido aliento del silencio lo envolvía y lo atraía.

Mientras llevaba a cabo un esfuerzo final por escapar de las ramas marginales, un espino provisto de una mano con horrendos dedos le arrancó la chaqueta del cuerpo. Titus la dejó allí, colgada de la rama, empalada en las largas espinas del árbol semejantes a las uñas de un demonio.

En cuanto el ruido de su lucha con las ramas amainó y el cálido y perpetuo silencio reinó de nuevo, Titus dio un paso sobre el musgo. Era resistente y elástico y su dorada superficie, exquisitamente compacta. Dio otro paso más y descubrió que, al tocar el suelo, flotar hacia el siguiente movimiento era la cosa más sencilla del mundo. Aquel terreno estaba hecho para correr por él, pues cada paso elevaba el cuerpo hacia el siguiente. Titus brincó hacia la derecha y empezó a descender por la linde verdioscura del bosque con saltos de gigante. Durante un rato, el efecto estimulante de esos «vuelos» por el aire le absorbió por completo, pero cuando perdieron novedad le sobrevino un creciente terror, pues la densa pantalla de la linde del bosque a su derecha se extendía hasta donde le alcanzaba la vista y el resplandor silencioso e inmóvil de los robles y las grandes manchas de musgo a su izquierda no parecía cambiar, aunque los árboles fueran quedando atrás rápidamente.

Ni un pájaro cantaba, ni una ardilla se movía entre las ramas, ni una hoja caía. Ni siquiera sus pasos sobre el musgo producían ruido. Sólo el débil suspiro que acariciaba sus orejas mientras volaba le recordaba que existía el sonido.

Y entonces aborreció lo que hasta aquel momento había amado, aborreció aquel terrible silencio mortal. Aborreció el resplandor dorado entre los árboles, el interminable paisaje musgoso, incluso el deslizante vuelo entre paso y paso. Porque era como si lo atrajeran hacia algún lugar o persona peligrosa y él no tuviera poder para detenerse. La emoción de flotar en el aire se había transformado en el estremecimiento del miedo.

Había temido alejarse de la oscura margen derecha, pues era la única referencia que tenía de su situación, pero en ese momento sintió que aquélla formaba parte de algún plan diabólico y que aferrarse a sus faldas enredadas sería entregarse a algún horror emboscado, así que se volvió bruscamente hacia la

izquierda y, aunque el robledal le parecía ahora una tierra deprimente y fantasmal, se internó en su dorado corazón lo más de prisa que pudo.

El miedo crecía en él mientras corría. Ahora era más antílope que niño pero, a pesar de su velocidad, era un novato en el arte de viajar saltando sobre el musgo. De pronto, mientras flotaba en el aire, con los brazos extendidos a los lados para mantener el equilibrio, vio, durante apenas una fracción de segundo, una criatura viviente.

Al igual que él, flotaba en el aire, pero ahí acababa el parecido. Titus era de complexión robusta aunque delgado. Aquella criatura era de una esbeltez exquisita. Flotaba en el aire dorado como una pluma, con los finos brazos pegados a los costados del grácil cuerpo y la cabeza ligeramente vuelta y echada hacia atrás, como recostada en una almohada de aire. Para entonces, Titus estaba convencido de que estaba dormido, de que corría inmerso en un sueño, de que su miedo era una pesadilla, de que lo que acababa de ver no era sino una aparición y de que, aunque ésta le atormentara, era absurdo seguir a tan huidizo vestigio de la noche.

Si se hubiera sabido despierto, sin duda la habría perseguido, por débil que hubiera sido su esperanza de alcanzar a la esbelta criatura. Pues la mente consciente puede ser arrinconada y dominada por las emociones, en el mundo de los sueños, todo tiene su lógica. Y por eso, por miedo al dorado robledal de su sueño, continuó corriendo con sus saltos fáciles y silenciosos, oníricos, adentrándose cada vez más en el bosque y sobre el elástico terciopelo del musgo.

A pesar de su convencimiento de que estaba dormido y a pesar de la resistencia y la aparente facilidad de su aérea carrera, empezaba a sentirse muy cansado. Los troncos de dorada corteza de los grandes robles pasaban velozmente junto a él. El silencio parecía aún más completo y terrible desde que aquel fuego fatuo se cruzara flotando en su camino.

De pronto, tomó aguda conciencia de su hambre y su fatiga, al mismo tiempo que se producía un debilitamiento de su convicción de que estaba soñando. «Si estoy soñando —pensó— ¿por qué tengo que saltar desde el suelo? ¿Cómo es que no soy sencillamente transportado?». Y para poner a prueba esta idea, dejó de esforzarse y se limitó a mantener el equilibrio en el aire cada vez que su caída a tierra lo elevaba de nuevo en aquellas largas y fantásticas travesías; pero el impulso fue debilitándose con los sucesivos vuelos y, finalmente, el niño volador se detuvo.

Con el ritmo de su avance quebrado, su convicción de que dormía se disipó por completo. Su hambre se había vuelto acuciante.

Titus miró alrededor. Vio el mismo escenario, con su meloso ciclorama, con su detestable sueño de oro.

Pero, a pesar de todo ese horror (que había vuelto a adueñarse de él ahora que se sabía despierto), su temor se vio en cierto modo mitigado por un curioso temblor que, lejos de amainar, fue intensificándose hasta convertirse en una trémula esfera de hielo bajo sus costillas. Algo que había anhelado de manera inconsciente, o el emblema de ese algo, se había manifestado en el bosque de robles. Comprendiendo que había estado bien despierto desde que se escabullera, ¡hacía tanto tiempo!, hacia los establos de Gormenghast, supo que el delgado espectro, esa criatura semejante a un junco o una pluma con la cabeza medio vuelta que cruzaba en vuelo diagonal un claro amplio como un prado, era real, estaba allí en el robledal en aquel mismo momento y quizá lo observaba.

Lo que le atormentaba no era solamente la singularidad de semejante espectro, sino su propio anhelo de volver a ver esa esencia tan distinta de lo que era Gormenghast.

Y sin embargo, ¿qué había visto? Nada que pudiera describir. Había sido tan rápido. Aquel vuelo por su campo de visión, había desaparecido, por así decirlo, antes de que sus ojos estuvieran listos. La cabeza vuelta… ¿Qué le había gritado? ¿Qué era lo que había expresado aquel flotante átomo de vida? Pues en la forma en que se desplazaba por el espacio había una cualidad que Titus ansiaba sin saberlo. En el largo deslizamiento de aquel vuelo de color amarillo avispa, mientras cruzaba el claro sin esfuerzo, como una fantasía de un clima extraño e insólito que Titus no había respirado jamás, la criatura había expresado la quintaesencia de la indiferencia, la noción de algo intrínsecamente indómito y de una belleza destilada y tenue como el aire.

Todo ello en un fugaz centelleo. Todo ello para confundir el corazón y el cerebro de Titus.

Lo que había sentido cuando detuvo el caballo aquella misma mañana y oído las voces de la montaña y los bosques gritándole «¿Te atreves?» se redobló en su interior. Había visto algo que tenía una existencia propia, que no sentía ningún respeto por los antiguos señores de Gormenghast, por el ritual entre las desgastadas losas, por la sagrada condición de la estirpe inmemorial. Una criatura que pensaría en inclinarse ante el septuagésimo séptimo conde tanto como lo haría un pájaro o la rama de un árbol.

Se golpeó la palma de la mano con el puño. Estaba asustado, excitado. Los dientes le castañeteaban. La

fugaz visión de un mundo no formulado donde la vida humana podía vivirse de acuerdo con unas normas distintas a las que regían en Gormenghast lo había conmocionado; pero bajo el dolor del hambre, incluso la novedad, incluso la vaga magnitud de las sensaciones sediciosas que se agolpaban en él comenzaron a ceder ante la apremiante necesidad de comer.

¿Había un matiz ligeramente distinto en la luz oblicua que se colaba entre las hojas de roble e iluminaba los calveros? ¿Había en el aire una quietud menos mortal? Durante un momento a Titus le pareció oír un suspiro entre las hojas que colgaban sobre su cabeza. ¿Estaba reanimándose la apatía de la quietud del mediodía?

Titus no tenía modo de saber qué dirección tomar. Sólo sabía que no podía regresar por donde había venido. Así pues, echó a andar tan de prisa como pudo pero también con el paso más ligero posible (para evitar la sensación de pesadilla que aquellos largos y desenfrenados vuelos por el aire le habían provocado) en la dirección por donde había desaparecido la misteriosa criatura voladora.

No pasó mucho antes de que las incomparables alfombras de musgo que se extendían entre los robles se vieran engalanadas por macizos de helechos cuyas verdes frondas colgantes, ajenas a los rayos del sol, se recortaban nítidamente contra su dorado y luminoso telón de fondo. El alivio del niño fue instantáneo y, cuando el suntuoso suelo dio paso a los vulgares pastos y a una exuberante profusión de flores silvestres y, aún más reconfortante a ojos de Titus, cuando los robles dejaron de ejercer su ancestral sortilegio sobre el paisaje, desafiados por una amplia variedad de árboles y arbustos hasta que el último de aquellos nudosos monarcas se hubo retirado y Titus respiró una atmósfera renovada, sólo entonces se vio el niño libre al fin de la pesadilla y, ávido de pruebas innecesarias, se encontró de nuevo en el mundo real y definido que conocía. El terreno empezó a descender ante él en pronunciada pendiente. Al igual que del otro lado del robledal, también allí había peñascos dispersos y grupos de helechos y, de pronto, Titus gritó de felicidad al ver una criatura viviente tras tanto rato del vacío y la inmovilidad de los dorados calveros: un zorro que, perturbado por el sonido de sus pasos, se había despertado de su siesta de mediodía en un recoleto nido de helechos y, poniéndose de pie con extraordinaria compostura, se alejó trotando tranquilamente por la pendiente.

Al pie del declive empezaba un bosque de avellanos. Aquí y allá un abedul plateado alzaba su plumosa copa sobre el denso follaje o la sombra verde de una oscura encina se recortaba contra el sol. Titus empezó a oír las voces de los pájaros. ¿Cómo aplacaría su hambre? Todavía era demasiado pronto para encontrar frutas y bayas silvestres. Estaba perdido sin remedio y la alegría que sintiera al escapar del bosque de robles estaba empezando a apagarse y a transformarse en depresión cuando, después de caminar entre los avellanos unos cuatrocientos metros, llegó hasta él el sonido de agua, débil pero inconfundible, hacia el oeste. Echó a correr hacia allí, pero se vio forzado a retomar el paso normal, pues tenía las piernas cansadas y el terreno era irregular y estaba salpicado de yedra. Al tiempo que el sonido del agua se hacía cada vez más intenso, las encinas empezaron a apretarse entre los avellanos, confiriendo un intenso color verde oscuro a las sombras tanto de los árboles que se cerraban sobre Titus como de los que tenía delante. El eco del agua resonaba claramente en sus oídos, pero el bosque se había vuelto tan apretado que la deslumbrante anchura de un rápido río de aguas espumosas apareció ante él de improviso, al tiempo que una figura salía de las sombras de los árboles de la orilla opuesta.

Se trataba de una criatura macilenta, muy alta y enjuta; sus altos y huesudos hombros estaban encorvados y mantenía la cadavérica cabeza gacha, aunque la barbilla, cubierta de una barba rala, se adelantaba como en un gesto de desafío. Vestía lo que en otro tiempo había sido un traje de tejido negro pero tan desteñido ahora por el sol y empapado por un centenar de rocíos que había quedado reducido a un raído montón de harapos de color verde oliva y gris indistinguible del follaje del bosque.

Mientras la desastrada aparición se dirigía hacia la orilla del río, el sonido de una especie de chasquido que Titus no acertó a explicar flotó sobre las aguas centelleantes. Parecía surgir con cada uno de los pasos de la figura, como un distante disparo de mosquete o una ramita seca que se quiebra, y cesar en cuanto se detenía. Pero Titus no tardó en olvidarse del peculiar sonido, pues el hombre de la ribera opuesta había llegado al río y lo vadeaba ahora para llegar hasta donde una roca plana calentada por el sol recibía la caricia constante de la corriente.

Mientras se sacaba de entre los harapos un trozo de sedal y un anzuelo y comenzaba a poner el cebo, miró alrededor, al principio con relativa despreocupación y luego con una nota de aprensión, hasta que, finalmente, dejó caer el sedal junto a él y, barriendo con los ojos la orilla opuesta, los fijó en Titus.

Escudado en parte tras una gruesa rama cubierta de hojas, Titus, que no había hecho el menor ruido, se horrorizó al verse tan repentinamente descubierto y la sangre se le subió a la cara. Pero aun así no pudo apartar los ojos de los de aquella figura demacrada. El hombre se había acuclillado en la roca y en sus

ojillos, que habían llameado brevemente bajo unas cejas pétreas, brillaba una luz peculiar. De pronto, su voz ronca resonó sobre el río:

—¡Milord!

Fue un grito áspero y agudo, entrecortado, como si la voz no se hubiera ejercitado en mucho tiempo.

Titus, cuyo instinto estaba dividido entre escapar a toda prisa de aquellos ojos ardientes y extraviados y la excitación de haber encontrado otro ser humano, por demacrado y hosco que fuera, salió de su escondrijo y avanzó hacia el río bajo el sol. Estaba asustado y el corazón le latía con fuerza, pero también estaba hambriento y mortalmente cansado.

—¿Quién es usted? —gritó.

La figura se irguió en la roca caldeada. La cabeza se adelantaba hacia Titus y su cuerpo larguirucho temblaba.

—Excorio —dijo el hombre al fin, con voz apenas audible.

—¡Excorio! —exclamó Titus—. Me han hablado de usted.

—Oh, sí —dijo Excorio, entrelazando las manos—, es muy probable, milord.

—Me dijeron que había muerto, señor Excorio.

—No lo dudo. —Volvió a mirar alrededor, apartando los ojos por primera vez de Titus—. ¿Solo? —La pregunta resonó ásperamente sobre el agua.

—Sí —dijo Titus—. ¿Está enfermo?

Titus nunca había visto un hombre tan flaco.

—¿Enfermo, señoría? No, muchacho, no…, pero sí desterrado.

—¡Desterrado! —exclamó Titus.

—Desterrado, muchacho. Cuando su señoría sólo era un… cuando vuestro padre… milord… —Se interrumpió bruscamente—. ¿Vuestra hermana Fucsia?

—Ella está bien.

—¡Ah! —comentó el hombre delgado—, no lo dudo. —Había en su voz una nota casi de felicidad, pero luego, en otro tono, prosiguió—: Estáis extenuado, milord, y sin aliento. ¿Qué os trajo?

—He huido, señor Excorio…, me he escapado. Y tengo hambre, señor Excorio.

—¡Escapado! —susurró para sí el larguirucho sujeto con horror. Sin embargo, recogió el anzuelo y el sedal y se los guardó en el bolsillo, refrenando un centenar de preguntas candentes.

—El agua es demasiado profunda… demasiado rápida. Construí un vado… de piedras… medio kilómetro corriente arriba… no lejos, señoría, no lejos. Sígame por su orilla, siga su orilla del río, muchacho… comeremos conejo. —Parecía que fuera hablando consigo mismo mientras vadeaba las aguas del río para alcanzar la ribera de su lado—. Conejo y pichón y una larga siesta en la cabaña… Está reventado… el hijo de lord Sepulcravo…, listo para caer redondo… Lo habría reconocido en cualquier sitio… tiene los ojos de su señoría la condesa… ¡Ha escapado del castillo!… No… no… no debería hacer eso… No, no…, hay que enviarlo de vuelta, al septuagésimo séptimo conde… Lo tuve en el bolsillo… del tamaño de un mico… hace mucho tiempo…

Así divagaba Excorio mientras caminaba a grandes zancadas por la ribera con Titus siguiéndolo por la orilla opuesta, hasta que, tras lo que pareció un periplo interminable por el borde del agua, llegaron al vado de piedras. El río era poco profundo en aquel punto, pero no había sido fácil para Excorio trasladar las pesadas piedras y colocarlas en su lugar. Durante cinco años habían aguantado el embate de la corriente. Excorio había construido un vado perfecto y Titus lo cruzó al instante para reunirse con él. Durante unos instantes, los dos se quedaron mirándose torpemente y entonces, de improviso, el efecto acumulativo de la excitación física, las sorpresas y las privaciones de la jornada se manifestó en Titus y se le doblaron las rodillas. El hombre enjuto lo cogió al instante y, acomodando cuidadosamente al muchacho sobre su hombro, echó a andar entre los árboles. Pese a su aspecto demacrado, el vigor del señor Excorio estaba fuera de toda duda y el río pronto quedó muy atrás. Los brazos largos y vigorosos de Excorio mantuvieron firmemente a Titus sobre su hombro; sus piernas descarnadas cubrían el terreno a zancadas fluidas y poderosas en medio de un peculiar silencio sólo roto por el chasquido de la articulación de sus rodillas. Durante su exilio entre los bosques y las rocas había aprendido el valor del silencio y era para él una segunda naturaleza escoger cuidadosamente su camino como lo haría un hombre nacido para habitar los bosques.

El ritmo y la seguridad de su avance testimoniaban su íntimo conocimiento de cada recodo y revuelta de aquella tierra.

Ora avanzaba hundido hasta la cintura en un valle de helechos, ora trepaba por una pendiente de roja arenisca o bordeaba una pared de roca cuya cresta, más ancha que su base, sobresalía como un alero cuya

extensa cara inferior aparecía salpicada por los nidos de barro de innumerables vencejos o bien veía a sus pies un precipicio que caía hacia un valle sombrío o las pendientes cubiertas de nogales desde las que cada noche, con terrorífica regularidad, una horda de búhos partía en sangrientas misiones.

Cuando al alcanzar la cima de un collado arenoso Excorio se detuvo un momento respirando afanosamente y contempló el pequeño valle de abajo, Titus, que había insistido en caminar por su propio pie durante un trecho, pues ni siquiera Excorio habría podido cargar con su peso al ascender por las colinas, se detuvo también y, apoyando las manos en las rodillas y con las cansadas piernas rígidas, se inclinó hacia delante para reposar un poco.

El pequeño valle o cañada que se abría a sus pies estaba rodeado por pendientes cubiertas de árboles excepto en el lado sur, donde unas paredes de roca tapizadas de líquenes y musgo centelleaban bajo los rayos del sol poniente.

En el extremo más alejado de aquella pared verde y gris había tres profundos agujeros abiertos en la roca, dos de ellos varios metros por encima del suelo y uno al nivel del fondo arenoso del valle.

Un arroyuelo discurría por el valle y se ensanchaba formando un extenso estanque de aguas cristalinas en el centro, pues, en el otro extremo del lago, donde éste se estrechaba formando una lengua, había una tosca presa. A pesar de su sencillez, se habían dedicado largas tardes a su construcción. Excorio había acarreado los dos troncos más pesados que pudo manejar y los había colocado uno junto a otro a través de la corriente. Titus los veía perfectamente desde donde estaba y también el delgado hilo de agua que desbordaba la presa en el centro. El sonido de esta pequeña cascada canturreaba y chapoteaba en el silencio de la luz crepuscular y su voz cristalina llenaba el valle.

Descendieron hacia éste, salpicado de franjas de pasto y arena, y bordearon la corriente hasta llegar a la presa y la ancha extensión de agua cautiva. Ni un soplo de aire turbaba la cristalina superficie de delicado color azul en la que los árboles de las colinas se reflejaban con minucioso detalle. Contra la cara interna de los troncos se habían dispuesto hileras de estacas para formar una suerte de encofrado que luego se había rellenado de cieno y piedras hasta levantar el muro que había dado origen al lago. Un nuevo sonido se oía en ese momento en el bosque: el tintineo de la centelleante cascada.

Poco después llegaron ante la boca de la más baja de las aberturas de la pared rocosa. Era apenas una grieta del ancho de una puerta corriente, aunque luego se ensanchaba hasta formar una espaciosa cueva de cuyo techo colgaban grandes cortinas de helechos. El interior de esta cueva recibía el reflejo de la luz que penetraba por las anchas chimeneas naturales cuyos respiraderos eran unas grietas en la roca semejantes a bocas que se abrían una docena de metros por encima de la entrada. Titus franqueó aquel umbral insólito detrás de Excorio y cuando se detuvo en el fresco suelo más o menos circular del interior de la cueva se maravilló de su luminosidad, aunque era imposible que un solo rayo de sol entrase sin impedimento y las anchas chimeneas de roca tenían que serpentear hasta encontrar la luz del sol. Y sin embargo, los rayos de éste reflejados desde las sinuosas chimeneas inundaban el suelo con una luz amable. El techo era alto y abovedado, y en las paredes laterales se veían varias enormes repisas de piedra así como salientes y nichos naturales. El más impresionante de estos afloramientos sobresalía de la pared izquierda en forma de una mesa de cinco lados de lisa superficie.

Titus percibió estos pocos detalles de modo automático, pero estaba demasiado exhausto y hambriento para hacer algo más que asentir con la cabeza y sonreír débilmente al larguirucho sujeto, que había bajado su inclinada cabeza hacia Titus como para comprobar si el niño se sentía complacido. Un segundo después, Titus yacía en un tosco y grueso colchón de helechos secos. Cerró los ojos y, a pesar del hambre se quedó dormido.

VEINTE

Cuando Titus despertó, una luz roja penetraba entre las paredes de la cueva, cuyos salientes y repisas de piedra iban arrojando y retirando sus sombras desproporcionadas con un movimiento de concertina. Como lenguas de fuego, los helechos llameaban colgados de la oscuridad del techo abovedado y las piedras del tosco horno en el que una hora antes Excorio había encendido un gran fuego con madera y piñas resplandecían como oro líquido.

Titus se incorporó sobre el codo y vio la silueta de espantapájaros del casi legendario señor Excorio (porque Titus había escuchado muchas historias sobre el criado de su padre) arrodillada contra el resplandor, y su sombra, de tres metros de largo, que se extendía por el suelo centelleante y trepaba por la pared de la cueva.

«Estoy en medio de una aventura», se repitió Titus varias veces, como si las palabras en sí fueran importantes.

Su mente repasó rápidamente los acontecimientos del día que acababa de concluir. Al despertar no sintió confusión. Lo recordó todo al instante. Pero sus recuerdos se vieron interrumpidos por el súbito y tentador aroma de algo suculento que se asaba… Debía de ser aquello lo que lo había despertado. El hombre larguirucho hacía girar algo lentamente sobre las llamas. La dolorosa punzada del hambre se hizo insoportable y Titus se puso de pie. Al oírlo, Excorio dijo:

—Está listo, señoría…, quédese donde está.

Arrancó unos trozos de la carne del faisán y los regó con una espesa salsa, luego se los llevó a Titus en un plato de madera que él mismo había hecho. Era la sección transversal de un árbol muerto, de diez centímetros de grosor, vaciada en forma de cuenco poco profundo. En la otra mano llevaba una jarra de agua de manantial.

Titus volvió a tenderse en la cama de helechos, apoyado en un codo. Tenía demasiada hambre como para hablar, pero le ofreció un ademán de la mano, como en agradecimiento, a la figura desgalichada que se cernía sobre él y luego, sin perder un momento, devoró la sabrosa comida como un animal joven.

Excorio había vuelto al horno de piedra y fue comiendo intermitentemente mientras se ocupaba de distintas tareas. Finalmente se sentó en una repisa de piedra cerca del fuego, sobre el que fijó la vista. Hasta ese momento, Titus había estado demasiado ocupado como para mirarlo, pero ahora, después de rebañar el plato de madera hasta dejarlo bien limpio, bebió un largo trago de la fresca agua de manantial y, por encima de la jarra, miró al viejo exiliado, al hombre al que su madre había desterrado, el fiel sirviente de su difunto padre.

—Señor Excorio —dijo.

—¿Señoría?

—¿A qué distancia estoy del castillo?

—A veinte kilómetros, señoría.

—Y es muy tarde. Ya es de noche, ¿verdad?

—Oh, sí. Os llevaré al alba. Es hora de dormir. Es hora de dormir.

—Es como un sueño, señor Excorio. Esta cueva. Usted. El fuego. ¿Es todo real?

—Oh, sí.

—Me gusta —dijo Titus—. Pero me parece que tengo miedo.

—No es apropiado, señoría… que estéis aquí… en mi caverna del sur.

—¿Tiene otras cavernas?

—Sí, dos más… al oeste.

—Iré a verlas… si puedo escaparme algún día, ¿eh, señor Excorio?

—No apropiado, señoría.

—No me importa —dijo Titus—. ¿Qué más tiene?

—Una cabaña.

—¿Dónde?

—Bosque de Gormenghast… ribera del río… salmón… a veces.

Titus se levantó y se acercó al fuego, donde se sentó con las piernas cruzadas. Las llamas iluminaron su joven rostro.

—Verá, estoy un poco asustado —dijo—. Es la primera noche que paso lejos del castillo. Supongo que todo el mundo andará buscándome… espero.

—Ah… —dijo Excorio—. Es muy probable.

—Y usted que vive tan solo, ¿no se asusta nunca?

—Asustado no, muchacho… exiliado.

—¿Qué significa exiliado?

Excorio se movió en su asiento de roca y levantó sus hombros altos y huesudos hasta las orejas, como un buitre. Sentía una especie de cosquilleo en la garganta. Al fin volvió sus pequeños ojos hundidos al joven conde que, sentado junto al fuego con la cabeza erguida, fruncía el ceño con aire perplejo. Luego, el hombre dejó resbalar su larguirucho cuerpo lentamente hasta el suelo, como si fuese un mecanismo de algún tipo, y sus rodillas chasquearon como disparos de mosquete cuando primero dobló y después enderezó las piernas.

—¿Exiliado? —repitió al fin con una voz curiosamente baja y ronca—. Significa desterrado. Prohibido, señoría, prohibido el servicio, el sagrado servicio. Que te arranquen el corazón, que te lo arranquen con sus largas raíces, señoría… Eso significa exiliado. Significa esta cueva y vacío mientras se me necesita. ¡Se me necesita! —repitió con ardor—. ¿Qué vigilantes hay allí ahora?

—¿Vigilantes?

—¿Cómo saberlo? ¿Cómo saberlo? —prosiguió, sin prestar atención a la pregunta de Titus. Largos años de silencio estaban encontrando desahogo—. ¿Cómo saber qué maldades acontecen? ¿Todo está bien, señoría? ¿Está bien el castillo?

—No lo sé —dijo Titus—. Supongo que sí.

—No podrías saberlo, ¿verdad, muchacho? —murmuró—. Todavía no.

—¿Es cierto que mi madre le obligó a marcharse? —preguntó Titus.

—Oh, sí. La condesa de Groan. Ella me exilió. ¿Cómo está ella, señoría?

—No lo sé —dijo Titus—. No la veo muy a menudo.

—Ah… —dijo Excorio—. Una mujer admirable y orgullosa, muchacho. Ella comprende la maldad y la gloria. Haced lo que ella os diga, milord, y Gormenghast estará bien, y vos cumpliréis con vuestros deberes ancestrales como lo hiciera vuestro padre.

—Pero yo quiero ser libre, señor Excorio. No quiero deberes.

El señor Excorio se inclinó bruscamente hacia delante. Tenía la cabeza gacha y los ojos le centelleaban en las profundas sombras de sus cuencas. La mano que sostenía su peso tembló en el suelo bajo él.

—Ésa es una idea maligna, milord, una idea maligna —dijo al fin—. Sois de la sangre de los Groan… y el último del Linaje. No debéis defraudar a las Piedras. No, aunque las cubran las ortigas y las hierbas negras, milord… no debéis defraudarlas.

Titus lo miró, sorprendido por aquel arrebato de su taciturno interlocutor, pero mientras lo miraba, los ojos empezaron a cerrársele, porque estaba rendido.

Excorio se puso de pie y, en ese momento, una liebre franqueó de un salto la entrada de la cueva y durante un instante su figura quedó iluminada contra la densa oscuridad como si fuera un objeto de oro. Se detuvo apenas un segundo, sentada sobre las patas traseras, miró a Titus, y luego saltó a una repisa cubierta de musgo y cortinas de helechos y allí se quedó, inmóvil como una estatua, con las largas orejas como dos vainas echadas hacia atrás, sobre la espalda.

Excorio alzó a Titus y lo tendió en la cama de helechos. Pero algo había perturbado, de pronto, el cerebro del muchacho. Se incorporó de un salto un instante después de que su cabeza hubiera tocado el suelo y sus ojos se hubieran cerrado, como le pareció en aquel fugaz momento, en un profundo sueño.

—Señor Excorio —susurró con acalorado apremio—, oh, señor Excorio.

El Hombre de los Bosques se arrodilló al punto.

—Señoría, ¿qué ocurre?

—¿Estoy soñando?

—No, muchacho.

—¿He dormido?

—Todavía no.

—Entonces la vi.

—¿Vio qué, señoría? Ahora descanse tranquilo… descanse tranquilo.

—Esa cosa en el bosque de robles, esa cosa voladora.

El cuerpo del señor Excorio se tensó y un silencio absoluto reinó en la cueva.

—¿Qué clase de cosa? —murmuró al fin.

—Una cosa del aire, una cosa voladora… bastante… delicada…, pero no pude verle la cara… verá, flotaba entre los árboles. ¿Era real? ¿La ha visto usted, señor Excorio? ¿Qué era, señor Excorio? Dígamelo, por favor, porque… porque…

Pero no fue necesaria una respuesta a la pregunta del muchacho, porque éste había caído en un profundo sueño. El señor Excorio se puso de pie y, cruzando lentamente la cueva, donde la luz se debilitaba a medida que el fuego se convertía en brasas, salió a la puerta de su caverna y se recostó contra la pared exterior. No había luna, pero un rocío de estrellas se reflejaba tenuemente en el lago de agua embalsada. Débil como un eco en el silencio de la noche se oyó el ladrido de un zorro en el bosque de Gormenghast.

VEINTIUNO

I

Titus pasó una semana encerrado en el Fuerte de los Líquenes. Era un edificio redondo y achaparrado cuyas toscas piedras cuadradas estaban casi completamente tapadas por manto ininterrumpido del liquen parásito al que debía su nombre. Esa capa era tan espesa que distintas aves habían hecho sus nidos en la pálida piel verde. Las dos cámaras de este fuerte, una sobre la otra, se conservaban en un estado de relativa limpieza gracias a un guarda que dormía allí y guardaba la llave.

Titus ya había estado prisionero en aquel fuerte en otras dos ocasiones por flagrantes ofensas contra la jerarquía, aunque nunca supo exactamente qué era lo que había hecho mal. Pero esta vez pasó allí un período más largo, aunque no le importó especialmente. Fue un alivio saber cuál era su castigo, porque cuando Excorio lo había dejado en la linde de los bosques, desde donde veía el castillo a un par de kilómetros de distancia, su ansiedad le había hecho imaginar los castigos más espeluznantes. Había llegado a primera hora de la mañana y se había encontrado con tres partidas de búsqueda formando en el patio de arenisca listas para salir. Estaban sacando a los caballos de los establos y sus jinetes recibían instrucciones. Titus respiró hondo y entró en el patio y, mirando al frente todo el tiempo, lo cruzó con el corazón latiéndole desaforadamente, el rostro empapado de sudor y la camisa y los pantalones casi reducidos a harapos. En ese momento se alegró de ser el heredero de las montañosas moles de mampostería que se levantaban sobre él, de las torres y de las tierras que había recorrido aquella mañana bajo los oblicuos rayos del sol. Mantuvo la cabeza alta y apretó los puños pero, cuando se encontraba a menos de diez metros de los claustros, echó a correr, pues las lágrimas se le agolpaban en los ojos, y no se detuvo hasta que llegó a la habitación de Fucsia. Entró en ella como una tromba, un chiquillo desgreñado de ojos ardientes, y allí se echó en brazos de su atónita hermana, se abrazó a ella como un niño.

Ella le devolvió el abrazo y, por primera vez en su vida, lo besó y lo estrechó apasionadamente, lo quiso como jamás había querido a nadie y se sintió tan llena de orgullo por haber sido la persona hacia la que él se había dirigido, que elevó su voz joven y estridente y lanzó un grito en son de bárbaro triunfo; luego, separándose de su hermano, saltó al repecho de la ventana y escupió al sol de la mañana.

—¡Eso es lo que pienso de ellos, Titus! —gritó, y Titus se unió a ella de un salto y escupió también, y los dos hermanos empezaron a reír hasta que se quedaron sin fuerzas y cayeron al suelo, y allí pelearon en un éxtasis vertiginoso hasta que, finalmente exhaustos, yacieron uno junto al otro, cogidos de la mano, sollozando por el mutuo amor que acababan de descubrir.

Hambrientos de afecto, aunque ajenos a la causa de su inquietud, ajenos incluso al hecho de que sufrían esa inquietud, la verdad los había asaltado en el mismo instante provocando una conmoción que no halló más vía de escape que el alboroto físico. En un segundo habían encontrado una fe recíproca. Se habían atrevido, simultáneamente, a desnudar sus corazones. Había surgido una verdad, empírica, irracional, sobrecogedoramente excitante. La verdad de que Fucsia, aquella muchacha extraordinaria, ridículamente inmadura a pesar de sus casi veinte años pero generosa como la cosecha, y Titus, un niño a punto de hacer desbocados descubrimientos, estaban unidos por algo más que por su sangre, la soledad de su rango hereditario y la ausencia de una madre en el sentido corriente de la palabra; sí, por algo más que eso… De pronto se habían visto unidos en el capullo de una compasión y una compenetración mutuas al parecer tan profundas como el linaje de sus antepasados, tan incipientes, imponderables e inexploradas como los dominios de su sombrío legado.

Para Fucsia tener, no sólo un hermano, sino un muchacho que había corrido hacia ella llorando porque ella, ella en todo Gormenghast, era la persona en la que confiaba… Oh, eso lo compensaba todo. Que el mundo hiciera lo que quisiera que ella desafiaría a la muerte para protegerle. ¡Por él mentiría, mentiría a todas horas! ¡Por él robaría! ¡Por él mataría! Se puso de rodillas y alzó sus largos brazos torneados y, en el momento en que estaba lanzando un agudo e incoherente grito de desafío, la puerta se abrió y apareció la

señora Ganga. Su mano, aún sobre el alto picaporte, que le quedaba por encima de la cabeza, tembló mientras contemplaba con asombro a la muchacha arrodillada y asistía al grito desaforado.

Tras ella venía un hombre de cejas enarcadas y rostro enjuto en librea gris cuya cintura ceñía una especie de cinturón hecho de algas que, por algún oscuro edicto de décadas pasadas, era su obligación llevar dada su posición. Un festón de las algas doradas le bajaba por la pierna derecha hasta la rodilla y crujía a cada movimiento del hombre, pues el tiempo era seco. Titus fue el primero en verlos y se levantó de un salto. Pero la señora Ganga fue la primera en hablar.

—¡Mire qué manos! —dijo casi sin resuello—. ¡Qué piernas, qué cara! ¡Oh, mi pobre corazón! ¡Mire esa mugre, y los cortes y magulladuras y… y, oh, mi traviesa señoría, mire los harapos que lleva! Oh, le daría de tortas, de veras que lo haría cuando pienso en todo lo que he zurcido, lavado, planchado y vendado. Oh, sí, de veras lo haría, le daría de tortas y le lastimaría, cruel y sucia señoría. ¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo? Y yo con el corazón casi parado… pero a él no le importa, oh, no, no aunque…

El hombre de cara chupada interrumpió la lastimera parrafada.

—Tengo que llevarle ante Bergantín —informó llanamente a Titus—. Lávese, señoría, y no tarde.

—¿Qué quiere ése? —preguntó Fucsia en voz queda.

—Lo ignoro por completo, señoría —dijo cara chupada—. Pero por el bien de vuestro hermano, lavadle y ayudadle a encontrar una buena excusa. Tal vez ya la tenga. No lo sé. No sé nada.

Las algas que vestía crujieron secamente cuando se apartó de la puerta haciendo el gesto y mirando el techo.

II

La semana que siguió fue la más larga que Titus había pasado en su vida a pesar de las ilícitas visitas de Fucsia al Fuerte de los líquenes. La muchacha había descubierto un estrecho ventanuco medio oculto por el que le pasaba a su hermano toda la fruta y los pasteles que podía para dar variedad a la adecuada pero aburrida dieta que el guardián, por fortuna un anciano sordo, preparaba para su joven prisionero. A través de aquella abertura Fucsia podía hablar con su hermano en susurros.

Bergantín lo había sermoneado a fondo, haciendo hincapié en la responsabilidad que un día le correspondería asumir, pero Titus mantuvo la historia de que se había perdido y no pudo encontrar el camino de vuelta; por tanto, el único crimen que podía imputársele era el de haber emprendido la expedición. Ante tal infracción, se bajaron de los altos anaqueles varios pesados volúmenes en los que, una vez soplado y sacudido el polvo de sus páginas, se encontraron prontamente los versículos que constituían el precedente para la sentencia de siete días en el Fuerte de los líquenes.

Durante aquella semana, el rostro arrugado y francamente repulsivo de Bergantín, el Señor de los Documentos, se le apareció en la oscuridad de la noche. No menos de cuatro veces soñó que el tullido de ojos llorosos y agria boca lo perseguía con su muleta grasienta, cuyo repiqueteo sonaba como un martillo en las losas, y con los harapos carmesíes de su elevado cargo ondeando tras él mientras ambos corrían por los interminables corredores.

Cuando despertó, se acordó de Pirañavelo, que había permanecido detrás de la silla de Bergantín o se había subido a la escalera para buscar los tomos pertinentes, y que aquel hombre pálido, porque tal era para Titus, le había guiñado un ojo.

Sin que mediara conocimiento o raciocinio, Titus se vio asaltado por una súbita aversión que le hizo retroceder ante aquel guiño como retrocede la carne al contacto con un sapo.

Durante una de sus tardes de cautiverio, fue interrumpido en el enésimo intento de clavar su navaja en la puerta de madera, contra la que lanzaba el arma con lo que imaginaba era un método propio de bandoleros. Aquella mañana había llorado hasta agotarse, porque el sol se colaba por los estrechos ventanucos y él ansiaba ver los bosques salvajes que tan frescos tenía en la memoria, y al señor Excorio y a Fucsia.

Fue interrumpido por un silbido bajo que provenía de uno de los ventanucos; al encaramarse para alcanzarlo, oyó el ronco susurro de Fucsia.

—¡Titus!

—Sí.

—Soy yo.

—¡Oh, estupendo!

—No puedo quedarme.

—¿De verdad que no?

—No.

—¿Ni siquiera un poquito, Fucsia?

—No. Tengo que sustituirte. Uno de esos rollos de la tradición. No sé qué de dragar el foso en busca de las Perlas Perdidas o algo así. Ya tendría que estar allí.

—¡Oh!

—Pero volveré cuando anochezca.

—¡Oh, estupendo!

—¿Puedes tocarme la mano? La estoy estirando todo lo que puedo.

Titus sacó la suya todo lo que pudo por el estrecho ventanuco del muro de metro y medio de grosor pero sólo pudo rozar las puntas de los dedos de su hermana.

—Tengo que irme.

—¡Oh!

—Pronto saldrás de aquí, Titus.

El silencio del Fuerte de los líquenes los rodeaba como aguas profundas y sus dedos tocándose podrían haber sido las proas de navíos hundidos que se rozaran en las profundidades subacuáticas, tan vasto y vivido y sin embargo tan irreal era el contacto que establecían entre sí.

—Fucsia.

—¿Sí?

—Tengo cosas que contarte.

—¿De veras?

—Sí. Secretos.

—¿Secretos?

—Sí, y aventuras.

—¡No se lo contaré a nadie! ¡Nunca! No contaré nada de lo que me digas. Cuéntamelo cuando venga esta noche o, si lo prefieres, cuando estés libre. No falta mucho.

Fucsia separó sus dedos de los de su hermano. Titus quedó solo en el espacio.

—No apartes la mano —dijo ella después de un breve silencio—. ¿Notas algo?

Titus alargó los dedos aún más en la oscuridad y tocó un objeto de papel que atrajo hacia sí con dificultad hasta que pudo cogerlo. Era una bolsa de papel de azúcar cande.

—Fucsia —susurró, pero no hubo respuesta. Se había ido.

III

El penúltimo día recibió una visita oficial. El guardián del Fuerte de los líquenes abrió los pesados cerrojos y los pies planos grotescamente anchos del director, Bellobosque, con la toga zodiacal y el gastado birrete, entraron con paso lento y pesado. Dio cinco o más pasos por el suelo de tierra salpicado de hierbajos antes de reparar en el muchacho, sentado a una mesa en un rincón del fuerte.

—Ah, ahí está. Ahí está, sí señor. ¿Cómo estás, amigo mío?

—Muy bien, gracias, señor.

—Ejem… No hay mucha luz aquí, ¿eh, jovencito? ¿Qué has estado haciendo para pasar el tiempo?

Bellobosque se acercó a la mesa detrás de la cual Titus se había puesto de pie. Sentía la noble cabeza leonina debilitada por la compasión hacia el niño, pero hacía lo posible por representar el papel de director. Tenía que inspirar confianza. Ésa era una de las cosas que se esperaba de los directores. Debía mostrarse Digno y Fuerte. Debía suscitar Respeto. ¿Qué otra cosa debía ser? No era capaz de recordarlo.

—Dame tu silla, jovencito —dijo con voz profunda y solemne—. Tú puedes sentarte en la mesa, ¿verdad? Claro que sí. ¡Me parece recordar que yo podía hacer cosas como ésa cuando era niño!

¿Había logrado ser divertido? Miró a Titus de soslayo con la vaga esperanza de haberlo sido, pero el rostro del niño no mostró el menor asomo de sonrisa mientras colocaba la silla para su director y se sentaba luego en la mesa, con las piernas cruzadas. No obstante, su expresión distaba de ser taciturna. Agarrándose la toga a la altura de los hombros al tiempo que echaba atrás las caderas y adelantaba la cabeza y la inclinaba de manera que el chato extremo de su barbilla descansara sobre el anchuroso hoyo de su cuello como un huevo en su huevera, Bellobosque alzó los ojos al techo.

—Muchacho —dijo—, me sentía obligado, *in loco parentis*, a tener unas palabras contigo.

—Sí, señor.

—Y ver qué tal te iba. Ejem.

—Gracias, señor —dijo Titus.

—Ejem… —dijo Bellobosque.

Siguió un breve silencio, bastante embarazoso, y entonces el director, advirtiendo que la postura que había adoptado exigía un esfuerzo excesivo de los músculos que debían mantenerla, se sentó en la silla e, inconscientemente, empezó a retraer y adelantar su larga y orgullosa quijada, como poniéndola a prueba en busca del dolor de muelas que, extrañamente, llevaba más de cinco horas ausente. Tal vez el desacostumbrado alivio proporcionado por el largo período de buena salud explicara la súbita relajación del cuerpo y la mente de Bellobosque o quizá su innata simplicidad sentía que, en esa situación particular (en la que un muchacho y un director de escuela igualmente incómodos con la Mentalidad Adulta estaban sentados frente a frente rodeados de silencio), existía una realidad, un mundo aparte, un lugar secreto al que sólo ellos tenían acceso. Fuera lo que fuese, la súbita relajación de la tensión que sintiera previamente se manifestó en un prolongado suspiro equino y Bellobosque miró a Titus reflexivamente, sin preocuparse lo más mínimo de si su relajada posición en la silla, más bien repantigada, era la adecuada para un director. Pero, por supuesto, cuando habló tuvo que adecuar sus frases a ese trillado y vacío estilo del que ahora era esclavo. A pesar de lo que se sienta en el corazón o en la boca del estómago, los viejos hábitos perduran. Las palabras y los gestos obedecen unas leyes dictatoriales y poco imaginativas que les son propias, un espantoso ritual que niega el espíritu.

—Por eso tu viejo director ha venido a visitarte, mi buen muchacho…

—Sí, señor —dijo Titus.

—… abandonando sus clases y sus deberes para echar un vistazo a un alumno rebelde. Un alumno muy díscolo, un niño terrible que, por lo que recuerdo de sus progresos escolares, tiene poco motivo para ausentarse del centro de estudios. —Bellobosque se rascó la barbilla con aire pensativo—. Como director

tuyo que soy, Titus, sólo puedo decirte que estás complicando las cosas. ¿Qué voy a hacer contigo? Ejem. ¿Qué voy a hacer? Has sido castigado. Estás recibiendo el castigo, de manera que me alegra decir que no hay necesidad de que nos preocupemos más a ese respecto. Pero ¿qué voy a decirte *in loco parentis*? Pensarás que soy un anciano, ¿no es así, mi pequeño amigo? Pensarás que soy un anciano, ¿no es cierto?

—Supongo que sí, señor.

—Y como anciano, a estas alturas tendría que ser muy sabio y profundo, ¿no es cierto, mi buen muchacho? Después de todo, tengo largos cabellos canos y una larga toga negra, y ése es un buen principio, ¿no te parece?

—No lo sé, señor.

—Bien, muchacho, pues lo es, puedes creerme. Lo primero que debes procurarte si ansias ser sabio y sagaz es una larga toga negra y unos largos cabellos canos y, si es posible, una larga quijada, como la de tu anciano director.

No es que Titus pensara que el director era muy divertido, pero aun así, echó la cabeza atrás y rió con ganas golpeando el borde de la mesa con las manos.

Un chorro de luz iluminó el rostro del anciano y la ansiedad huyó de sus ojos y se ocultó allí donde las profundas arrugas y hoyos que surcan la piel de los ancianos proporcionan cavernas y hondonadas para su retirada.

Hacía mucho tiempo que nadie se reía de verdad, espontánea y sinceramente, de algo que él hubiera dicho. Volvió la gran cabeza leonina para relajar él también su viejo rostro en una amplia y amable sonrisa. Sus labios se separaron en una tierna mueca y pasó un rato antes de que pudiera volver a mirar al niño y devolverle la sonrisa.

Pero al instante el hábito volvió por sus fueros, inconscientemente, y sus décadas de docencia atrajeron sus manos a la espalda, bajo su toga, como si tuviera un imán en la región lumbar, su larga barbilla se acomodó en el hueco del cuello y el iris de sus ojos se elevó hasta el límite de la zona blanca, lo que confirió a su expresión algo de drogadicto a la vez que de caricatura de un obispo santurrón, una combinación peculiar que generaciones de chiquillos habían imitado mientras las estaciones se iban alternando en Gormenghast, de manera que no hubo rincón en dormitorios, aulas, corredores, salones o patios donde en un momento u otro algún niño no se hubiera llevado las manos manchadas de tinta a la espalda, hubiera bajado la barbilla y elevado los ojos al cielo, tal vez con un libro sobre la cabeza a guisa de birrete.

Titus miró a su director. No le tenía miedo, pero tampoco afecto. Eso era lo triste. Bellobosque, eminentemente adorable debido a su incompetencia y debilidad y su fracaso como hombre, erudito, guía e incluso como compañero, estaba, no obstante, completamente solo. Pues los débiles cuentan, por encima de todo, con sus amigos. Pero la amabilidad de Bellobosque, sus pretensiones de autoridad, su palpable humanidad, por alguna razón eran incapaces de imponerse. Pertenecía sin duda a esa clase de profesor venerable y distraído en torno al que todos los niños de pico acerado del mundo se congregaban parloteando como estorninos, amándolo inconscientemente mientras se burlaban y gritaban sus bromas primitivas, mientras arrojaban su verborrea de dulce esencia pero mordaz apariencia de acá para allá, tiraban de la larga toga negra de color de trueno y desabrochaban con dedos hábiles como lenguas de víbora los botones de sus tirantes, rogaban que se les permitiera escuchar el tictac de su enorme reloj de latón y rojizo hierro oxidado con su cadena cubierta de verdín, se peleaban entre aquellas piernas que eran como los zancos con pantalones del padre de todas las cigüeñas, al tiempo que las manazas torpes y atadas con cuerdas del monarca caído se adelantaban para tirar de las orejas de algún niño en exceso aventurero, mientras muy por encima, la larga y pálida cabeza de león volvía sus ojos de un lado a otro con ritmo ceremonioso, como si fuera un faro cuyos rayos, de lento girar, se vieran difuminados y apagados por las brumas marinas. Y todo el tiempo, mientras la borla del birrete oscilaba muy por encima de ellos como la cola de una mula, mientras los pantalones colgaban flojamente de las venerables grupas, rodeado de los silbidos y las mil argucias y ocurrencias que crecen como brillantes abrojos en la tierra de nadie que es el cerebro de los rapazuelos, todo el tiempo ese amor estaría presente como un subsuelo, revelándose en el hecho mismo de que confiaban en la adorable debilidad de su profesor, en que deseaban estar con él porque, al igual que ellos, era irresponsable, magnífico con sus bucles de cabello tan blanco como la primera página de un cuaderno nuevo, con sus dientes descuidados, su mandíbula dolorida, su plenitud, su madurez, falsa nobleza, infantil carácter e infantil paciencia; en una palabra, que él les pertenecía para incordiarlo, adorarlo, lastimarlo y venerarlo por su misma debilidad. Porque ¿hay algo más adorable que el fracaso?

Pero no. Nada de esto sucedía. Nada. Y sin embargo Bellobosque era todo esto. No faltaba nada en la

larga nómina de sus blandos defectos. Parecía hecho expresamente para los estorninos de Gormenghast. Allí estaba, pero nadie se le acercaba. Sus cabellos eran blancos como la nieve, pero podían haber sido grises o castaños o podía haberlos mudado en la humedad de pérfidas estaciones. Parecía haber un punto ciego en la visión global del enjambre de muchachos respecto a él.

Miraban la boca de aquel gran león de peluche, que gruñía en su debilidad porque le dolían las muelas, que recorría los inmemoriales corredores y dormitaba a rachas en su pupitre mientras transcurrían los trimestres de sol y hielo. Ahora era director y estaba más solo que nunca, aunque tenía orgullo. Las garras no estarían afiladas, pero sí prestas. Pero no entonces. Pues, en aquel momento, su vulnerable corazón estaba henchido de amor.

—Mi joven amigo —dijo, con los ojos todavía fijos en el techo del fuerte y la barbilla firmemente encajada en el hueco de su cuello—. Me propongo hablarte de hombre a hombre. Ahora bien, la cuestión es… —se demoró en la última palabra—… la cuestión… es… ¿sobre qué podemos hablar? —Bajó sus ojos apagados y vio que Titus lo miraba con expresión pensativa—. Verás, jovencito, podríamos hablar de hombre a hombre sobre tantas cosas, ¿no es cierto? O incluso de chico a chico. Ejem… En efecto. Pero ¿sobre qué? Ésa es la cuestión fundamental… ¿no te parece?

—Sí, señor. Supongo que sí —dijo Titus.

—Veamos, muchacho, si tú tienes doce años y yo pongamos que ochenta y seis, porque creo que ésa es la edad que me corresponde, restemos doce de ochenta y seis y dividamos por dos el resultado. No, no. No te haré hacerlo a ti porque sería muy injusto. Ah, sí, vaya si lo sería, porque ¿qué tiene de bueno estar prisionero si encima te obligan a hacer los deberes, eh? ¿Eh? Para eso más valdría que no te hubieran castigado; ¿no?… Veamos, ¿dónde estábamos, dónde estábamos? Sí, sí, sí, doce menos ochenta y seis, eso son setenta y cuatro, ¿verdad? Bien, ¿cuál es la mitad de setenta y cuatro? Me pregunto… ejem, sí, tres por dos son seis, me llevo uno, y siete por dos, catorce… treinta y siete, creo. Treinta y siete. Y ¿qué es treinta y siete? Caramba, es exactamente la edad media que nos separa. De manera que si yo intentara ser treinta y siete años más joven y tú intentaras ser treinta y siete años mayor… pero eso sería muy difícil, creo, porque tú nunca has tenido treinta y siete años. Y, bueno, aunque tu anciano director los tuvo, fue hace mucho tiempo y no recuerda nada de aquella época excepto que fue más o menos por entonces cuando compró una bolsa de canicas. Oh, sí, vaya si lo hizo. ¿Y por qué? Porque se cansó de enseñar gramática y ortografía y aritmética. Oh, sí, y porque se dio cuenta de lo mucho más felices que eran las personas que jugaban a las canicas que las que no lo hacían, Esa es una frase mal construida, muchacho. Así que me dedicaba a jugar en la oscuridad cuando los otros jóvenes profesores dormían. Teníamos en la habitación una de las viejas alfombras de tapicería de Gormenghast y yo encendía una vela y colocaba las canicas en las esquinas de los dibujos de la alfombra y en medio de las flores amarillas y carmesíes. Recuerdo la alfombra perfectamente, como si estuviera aquí, en el fuerte, y allí, cada noche, al resplandor de una vela, practiqué hasta que fui capaz de lanzar una canica por el suelo que, al golpear a otra, empezaba a girar sin parar sin moverse del sitio, muchacho, mientras que la que la había golpeado salía disparada como un cohete y aterrizaba en la otra punta de la habitación, si tenía suerte, en el centro de una de las flores carmesíes de la alfombra o si no, lo bastante cerca como para llegar allí con la siguiente tirada. Y el sonido de las canicas al entrechocar en el silencio de la noche era como el sonido de minúsculos jarrones de cristal rompiéndose en suelos de piedra…, pero me estoy poniendo demasiado poético, ¿verdad, muchacho? Y a los chicos no les gusta la poesía, ¿verdad?

Bellobosque se quitó el birrete, lo dejó en el suelo y se enjugó la frente con el pañuelo más grande y cochambroso que Titus hubiera visto salir del bolsillo de un adulto.

—Ah, mi joven amigo, el sonido de aquellas canicas…, el sonido de aquellas estúpidas canicas. Resulta desolador recordar las diminutas notas de cristal, muchacho, desolador como el martilleo de un pájaro carpintero en un bosque de verano.

—Yo tengo unas cuantas canicas, señor —dijo Titus, bajándose de la mesa y rebuscando en el bolsillo de los pantalones.

Bellobosque dejó caer las manos a los lados, donde colgaron como pesos muertos. Era como si la alegría de ver que su pequeño plan maduraba con tanto éxito lo absorbiese de tal modo que no le quedasen facultades para controlar sus miembros. Su boca ancha y desigual estaba entreabierta de gozo. Se levantó y, dándole la espalda a Titus, caminó hasta el otro extremo del pequeño fuerte. Estaba seguro de que llevaba escrita la alegría en la cara y de que no era propio de un director mostrar esa clase de emociones a nadie más que a su esposa, pero él no tenía esposa, ni una sola.

Titus lo observaba. ¡Qué manera tan divertida tenía de plantar sus grandes pies planos en el suelo, como si lo estuviera aplastando lentamente con la suela de sus botas, no tanto para lastimarlo como para

despertarlo!

—Muchacho —dijo al fin Bellobosque cuando volvió junto a Titus después de expulsar la sonrisa de su rostro—, verás, se trata de una extraordinaria coincidencia. No sólo me gustan las canicas, sino que yo… —no dijo más, pero de la mohosa oscuridad de un bolsillo semejante a un barranco de ásperos bordes sacó seis esferas.

—¡Oh, señor! —exclamó Titus—. Nunca hubiera pensado que usted tuviera canicas.

—Muchacho —dijo Bellobosque—, que te sirva de lección. Bien, y ahora ¿dónde jugaremos, eh, eh? Válgame el cielo, qué lejos está el suelo y cómo rechinan mis viejos músculos… —El hombre estaba agachándose poco a poco hasta el suelo polvoriento—. Debemos examinar el terreno en busca de irregularidades, ejem, sí, eso es lo que debemos hacer, ¿no es así, muchacho? Examinar el terreno como generales, ¿eh?, y dar con nuestro campo de batalla.

—Sí, señor —dijo Titus arrodillándose y gateando junto al viejo león pálido—. Pero me parece que es bastante llano, señor, haré aquí uno de los cuadrados y…

En ese momento la puerta del fuerte se abrió de nuevo y el doctor Prunescualo abandonó la luz del sol y se adentró en la penumbra gris del pequeño recinto.

—¡Bueno, bueno, bueno! —gorjeó, escrutando las sombras—. ¡Bueno, bueno, bueno! Vaya un lugar terrible para encarcelar a un conde, por todo lo implacable. ¿Y dónde está él, el fabuloso infractorcillo, ese quebrantador de límites, ese burlador de leyes no escritas, ese muchacho absolutamente travieso? Dios bendiga mi perturbado espíritu si no estoy viendo dos, y uno mucho más grande que el otro, ¿o es que hay alguien contigo, Titus?, y, si es así, ¿de quién puede tratarse y, en nombre del polvo y las cenizas, qué puede haber tan absorbente en el seno de la tierra que tenéis que gatear y arrastrar la barriga por los matojos, como bestias que acechan a la presa?

Bellobosque se puso de rodillas entre crujidos y luego, tras enredarse los pies en los pliegues de la toga, se hizo un buen desgarrón en la raída tela al intentar recuperar la posición erguida. Enderezó la espalda y adoptó la pose de director, pero su anciano rostro se había sonrojado.

—Hola, doctor Prune —dijo Titus—. Estábamos a punto de ponernos a jugar a las canicas.

—Canicas, ¿eh? Por lo que es erudito, y también un gran invento, Dios bendiga mi alma esférica —exclamó el médico—. Pero si tu cómplice no es el profesor Bellobosque, tu director, entonces es que mis ojos se están comportando de un modo muy extraño.

—Mi querido doctor —dijo Bellobosque, agarrándose la toga a la altura de los hombros mientras la porción desgarrada se arrastraba por el suelo como una vela caída—, en efecto soy yo. Dado el mal comportamiento mostrado por mi alumno, el joven conde, he creído mi ineludible deber, *in loco parentis*, proporcionarle cuanta sabiduría esté en mi mano en lo relativo a su difícil trance. Ayudarle, si puedo, porque, ¿quién sabe?, incluso los viejos albergan misericordia en sus huesos, y también reconducirlo al cauce del prudente vivir, porque, ¿quién sabe?, incluso los viejos…

—No me gusta el cauce del prudente vivir, Bellobosque; por cierto, una frase infame para un director, si se me permite mostrarme tan condenadamente osado —dijo Prunescualo—. Pero ya veo lo que quiere decir. Por todo lo que huele a intuición, me parece que lo entiendo. Pero ¡vaya un lugar para encarcelar a un niño! Deja que te eche un vistazo, Titus. ¿Cómo estás, mi pequeño gallito?

—Muy bien, gracias, señor —dijo Titus—. Mañana seré libre.

—¡Oh, Dios, se me rompe el corazón! —exclamó Prunescualo—. ¡Así que «mañana seré libre»! Ven aquí, muchacho.

El doctor habló con voz entrecortada. «Libre mañana —pensó—. Libre mañana». ¿Algún mañana sería libre aquel muchacho?

—Así que tu director ha venido a verte y va a jugar a las canicas contigo —dijo—. ¿Sabes que ése es un gran honor? ¿Le has dado las gracias por venir a visitarte?

—Todavía no, señor —dijo Titus.

—Bien, pues debes hacerlo antes de que se marche.

—Es un buen muchacho —dijo Bellobosque—. Un excelente muchacho. —Y, como si quisiera volver de nuevo al terreno firme de la autoridad, después de una pausa añadió—: Y bastante travieso, hay que decirlo.

—Pero estoy retrasando la partida… ¡por todo lo desconsiderado que lo estoy haciendo! —exclamó el doctor, dándole a Titus una palmada en el cogote.

—¿Por qué no juega usted también, doctor Prune? —preguntó Titus—. Entonces podríamos jugar a tres bandas.

—¿Y cómo se juega a tres bandas? —dijo Prunescualo, arremangándose los elegantes pantalones y

acuclillándose en el suelo con el rostro sonrosado e ingenioso vuelto hacia el desgreñado niño—. ¿Sabe usted jugar a eso, querido amigo? —preguntó volviéndose a Bellobosque.

—Claro que sí, claro que sí —dijo éste, y el rostro se le iluminó—. Es un noble juego —añadió, y volvió a tirarse al suelo.

—Por cierto —dijo el doctor, volviendo la cabeza rápidamente hacia el profesor—, asistirá usted a nuestra fiesta, ¿verdad? Como ya sabe, señor, será usted nuestro principal invitado.

En medio de un gran rechinar y crujir de articulaciones y músculos, Bellobosque volvió a ponerse de pie, se alzó por un instante majestuosa y precariamente erguido y saludó con una inclinación de cabeza al médico acuclillado; al hacerlo, un mechón de cabellos blancos le cayó sobre los vacíos ojos azules.

—Señor —dijo—, acudiré, señor…, y mi personal me acompañará. Nos sentimos profundamente honrados. —Y acto seguido volvió a ponerse de rodillas con extraordinaria rapidez.

Durante la hora siguiente, el viejo guardián de la prisión, que espiaba por el ojo de una cerradura del tamaño de una cuchara de té, observó atónito a las tres figuras arrastrándose de acá para allá por el suelo de la celda, escuchó el agudo gorjeo del doctor elevarse y enredarse hasta convertirse en el aullido de una hiena, la voz profunda y fluctuante del profesor ladrando como un viejo perro feliz a medida que se desvanecían sus inhibiciones y los agudos chillidos del niño reverberando por la habitación, haciéndose añicos como el cristal en las paredes de piedra mientras las canicas chocaban unas contra otras, rodaban hacia su destino, se alojaban temblorosas en sus cuadrados o pasaban rozando el suelo de la prisión como estrellas fugaces.

VEINTIDÓS

No había en todo Gormenghast sonido que infundiera más frío en el corazón que el producido por la pequeña y grasienta muleta con la que Bergantín impulsaba su cuerpo de enano.

El golpe áspero y rápido del férreo tocón en las piedras huecas resonaba, a cada paso, como un trallazo, una blasfemia, una bofetada que cruzara el rostro de la piedad.

No había hierofante que no hubiese oído en alguna ocasión el sonido de aquel palo siniestro creciendo en volumen mientras el Maestro del Ritual se impulsaba hacia delante recorriendo, gracias a la acción conjunta de su pierna agostada y su muleta, los tortuosos pasadizos de piedra a una velocidad difícil de creer.

Pocos eran los que, al oír el chasquido de aquella muleta sobre las losas distantes, no alteraban su itinerario para evitar al diminuto y ardiente símbolo de la ley mientras éste, con sus harapos grana, iba dejando un rastro de azufre por el centro de cada pasadizo sin alterar su curso por nadie.

Tenía este Bergantín algo de avispa y algo de descarnada ave de presa. Tenía también algo del espino retorcido por la galerna y algo de gnomo en su rostro cubierto de protuberancias. Los ojos, horrorosamente líquidos, lanzaban su malicia a través de velos de agua. Aquellos ojos suyos parecían rebosar, como viejos platillos rojizos tan llenos de un té de color topacio que se habían hinchado por el centro.

Aun siendo interminables, entrelazados e innumerables los salones y corredores del castillo, incluso en los más remotos, en las oscuras fortalezas donde, infinitamente alejadas de las arterias principales, el húmedo y mohoso silencio sólo era roto por la caída ocasional de la madera podrida o el grito de una lechuza, incluso en esas regiones el caminante se mostraba cauteloso y aprensivo por temor a aquel ubicuo golpeteo que, por tenue que fuera, tan tenue como el rascar de una uña, suscitaba siempre una sensación de horror. No parecía haber refugio contra aquel sonido. Pues la muleta, antiquísima, mugrienta y dura como el hierro, era el propio hombre. Por las venas de Bergantín corría la misma sangre, buena sangre roja, que la que podía circular por aquel fulcro espantoso. Brotaba de su cuerpo como un miembro enfermo y sin nervio, un miembro adicional que, al golpear las piedras o el hueco entarimado del suelo, expresaba el mal humor con más elocuencia que cualquier palabra, que cualquier lengua.

El fanatismo de su lealtad a la Casa de Groan había dejado atrás hacía mucho tiempo su interés por los miembros vivos del linaje. La condesa, Fucsia y Titus eran para él meros eslabones en la sangre de la cadena imperial, nada más. Era la cadena lo que importaba, no los eslabones; no el metal viviente, sino el hierro inconmensurable con su pátina de polvo sagrado. Era la Idea lo que a él le obsesionaba, no su encarnación. Se movía en un tórrido mar de vindicación, una concupiscencia de lealtad.

Aquella mañana, como era habitual, se había levantado al alba. A través de la ventana de su mugrienta habitación había escrutado las oscuras planicies hasta detenerse en la Montaña de Gormenghast, no porque ésta resplandeciera en un halo ambarino y pareciese translúcida, sino para obtener alguna indicación de la clase de día que cabía esperar. El ritual de las horas venideras se veía hasta cierto punto modificado por la climatología. No porque una ceremonia pudiera cancelarse debido al mal tiempo, sino a causa de las sagradas Alternativas, igualmente válidas, que habían sido prescritas por los guías de la fe en siglos pasados. Si, por ejemplo, había tormenta por la tarde y las aguas del foso aparecían revueltas y salpicadas por la lluvia, no podía celebrarse la ceremonia en la que Titus, ataviado con un collar de hierba trenzada, debía permanecer en el margen cubierto de matojos y, con el reflejo de una torre particular ante él en el agua, lanzar un serpentín dorado que, rozando la superficie y rebotando en el aire al tocar el agua, pasara de un salto sobre el reflejo de una torre concreta para hundirse en la imagen acuosa de una ventana abierta en la que, asimismo reflejada, aguardaba su madre, y durante la cual ni Titus ni los espectadores podían hacer el menor ruido o movimiento hasta que la última de las ondas centelleantes se hubiera desvanecido en el foso y la cabeza subacuática de la condesa hubiese dejado de agitarse contra la hueca oscuridad de la

ventana semejante a una caverna y permaneciera inmóvil en el foso, con pájaros de agua sobre los hombros, como virutas de cristal de colores, y, en torno a ella, las infinitas profundidades colmadas de torreones…

Todo esto requería un día sin viento y un agua de cristal. Si el día era tormentoso, en los Tomos del Ceremonial se encontraría una interpretación alternativa, una manera igualmente honorable de enriquecer la tarde para la gloria de la Casa de Groan y satisfacción de los participantes.

Por eso Bergantín tenía por costumbre abrir su ventana al alba y mirar, por encima de los tejados y las marismas que se extendían más allá, hacia donde la Montaña, borrosa o cortada como a cuchillo, daba noticia de la jornada que les esperaba.

Inclinado de este modo sobre su muleta, bajo la fría luz de un nuevo día, Bergantín se rascó salvajemente los lomos, la barriga, los sobacos, aquí, allá, por todas partes, con la garra de su mano.

No tenía necesidad de vestirse. Dormía con la ropa puesta en un colchón infestado de piojos. Sin cama, sólo con el colchón tirado en las tablas del suelo desnudo, donde cucarachas y escarabajos tenían sus madrigueras y toda clase de insectos vivían, se reproducían y morían, y donde la rata de medianoche se sentaba erguida en el polvo de plata y descubría sus largos dientes a la pálida luz de la luna cuando ésta, en su plenitud, llenaba la ventana como una enmarcada abstracción de sí misma.

Tal era el cuchitril en el que el Maestro del Ritual había dormido durante los últimos setenta años. Girando en redondo sobre la muleta, se alejó de la ventana y casi al instante se encontró ante la basta puerta. Dándole la espalda, se apoyó contra ésta y restregó en ella sus viejos omoplatos de arriba abajo, perturbando en el proceso a una colonia de hormigas que, habiendo recibido noticias de sus exploradoras de que la colonia rival de la zona cercana al techo marchaba contra ellas y en aquel mismo instante tendía puentes para salvar la grieta del enyesado, preparaba afanosamente sus defensas.

Bergantín no tenía la menor idea de que aplacando el picor que sentía entre las paletillas estaba incapacitando a un ejército. Restregó su espalda contra la áspera puerta, que recordaba la de un granero, de abajo arriba, de arriba abajo, de una manera harto horrible para tratarse de un hombre tan viejo y escuchimizado.

Al fin, apoyándose en la muleta, cruzó la habitación a saltos hasta el lugar donde un herrumbroso anillo de hierro sobresalía del suelo. Parecía la boca de una chimenea y, en efecto, una tubería de metal descendía desde esta abertura hasta terminar, varios pisos más abajo, en un idéntico anillo o boquilla metálico, en el techo de un comedor. Inmediatamente debajo de este anillo, a unos seis metros, un caldero vacío que evidentemente no se usaba para nada, aguardaba la pesada piedra que, una mañana tras otra, descendía retumbando por la sinuosa cañería para terminar su viaje con un brutal estruendo metálico en el vientre reverberante del cuenco, que murmuraba para sí quedamente durante minutos con el pedrusco en su buche.

Cada tarde subían el pedrusco y lo dejaban ante la puerta de Bergantín, y cada mañana el viejo lo levantaba sobre el anillo de hierro del suelo de su habitación, escupía en él y lo dejaba caer con gran estruendo por la retorcida cañería. El ronco sonido metálico, que se iba haciendo cada vez más débil conforme se acercaba al comedor, advertía a los sirvientes de que Bergantín se disponía a bajar y de que su desayuno y otros preparativos debían estar listos.

El ruido metálico del pedrusco resonaba en una veintena de corazones. Esa mañana en particular, cuando Bergantín escupió en la pesada piedra, del tamaño de un melón, y la envió hacia abajo en su resonante viaje más allá de no pocos pisos a oscuras cuyos ocupantes dormían aún (los cuales, despertándose al pasar la piedra rebotando tras las huecas paredes detras de sus lechos, maldecían a Bergantín, al alba y a aquel pétreo canto de gallo), en el rostro devastado del anciano brillaba algo más que su habitual avidez de ritual, como si su avaricia por los ritos que habían de celebrarse a la sombra de su égida lo llenara de una pasión apenas soportable para su marchito cuerpo.

Había un cuadro en la pared de su cuchitril infestado de bichos, un grabado amarilleado por el tiempo y cubierto de polvo, pues del vidrio original que en otro tiempo lo protegiera sólo quedaba un pequeño fragmento que colgaba como un carámbano de una esquina. Este grabado, una ambiciosa obra meticulosamente realizada, reproducía la Torre de los Pedernales. El artista debía de haberse situado al sur de la torre para trabajar o mientras estudiaba el edificio ya que, más allá de los irregulares torreones y contrafuertes que la flanqueaban y que se extendían casi hasta el cielo como un paisaje marino de tejados tempestuosos, se veían las laderas inferiores de la Montaña de Gormenghast salpicadas de grupos de arbustos y coníferas.

En lo que Bergantín no había reparado era en que la puerta de la Torre de los Pedernales había sido recortada. Faltaba un trocito de cuadro del tamaño de un sello y, tras este agujero, la pared había sido cuidadosamente horadada, de manera que un pequeño túnel de vacía oscuridad discurría lateralmente

desde la habitación de Bergantín hasta el espacioso cañón de una chimenea vertical cuyo extremo había quedado protegido de la luz por un alud de tejas caídas que el musgo dorado había sellado y tapizado hacía mucho tiempo y cuya base circular, como la de un pozo de aire negro, iba a dar al cuartito semejante a una celda que Pirañavelo prefería hasta el punto de que incluso a aquella hora temprana y gélida estaba allí sentado, al pie del cañón, rodeado de los espejos que él mismo había fabricado perfectamente situados, cada uno en un ángulo particular, mientras sobre él los puntos de luz reflejada por una constelación de espejos situados uno sobre otro punteaban la oscuridad tubular.

De cuando en cuando, el reflejo de Bergantín se veía detrás de la hueca puerta del grabado de la Torre de los Pedernales, allí donde un espejo inclinado en ángulo en el cañón de la chimenea enviaba su imagen a un espejo inferior y, viajando de espejo en espejo, ésta llegaba al fin al pie de la chimenea, donde Pirañavelo, que aguardaba allí reclinado con una lupa en las manos, miraba divertido la imagen en miniatura del enano pedante mientras éste alzaba el pedrusco y lo lanzaba por el anillo.

Si Bergantín se levantaba temprano de su repulsivo lecho, Pirañavelo, en una habitación secreta de su agrado, tan reluciente e inmaculada como un alfiler nuevo, se levantaba aún más temprano. No es que aquél fuera uno de sus hábitos, pues él carecía de hábitos propiamente dichos. Sencillamente, hacía lo que quería. Hacía cualquier cosa que favoreciera sus planes. Si levantarse a las cinco de la madrugada le había de conducir a algo que codiciaba, entonces levantarse a esa hora era para él lo más natural del mundo. Si no había necesidad de actuar, se quedaba en la cama toda la mañana, leyendo, practicando nudos con la cuerda que tenía junto al lecho, construyendo ingenios de papel de complicado diseño que lanzaba a volar por la habitación o puliendo el acero de la afilada hoja de su bastón de estoque.

En aquel momento le convenía impresionar a Bergantín con su eficiencia, indispensabilidad y presteza. Y no es que no hubiera logrado penetrar ya la intratable costra de misántropo del anciano. De hecho, era la única criatura viviente que había conseguido ganarse la confianza y la renuente aprobación de Bergantín.

Sin darse cuenta de ello, durante el cumplimiento diario de su ministerio Bergantín iba vertiendo un tesoro de conocimientos de incalculable valor en el depredador y privilegiado cerebro de un joven que ambicionaba, una vez obtenido conocimiento suficiente de los ritos, hacerse cargo de la vertiente ceremonial del castillo y, convertido en la única autoridad en las minucias de la ley (pues Bergantín tendría que ser liquidado), alterar para sus fines aquellos dogmas que lo separaban del poder absoluto y pergeñar aquellos documentos nuevos, aunque en apariencia antiguos, que mejor pudieran servir a sus malvados propósitos con el correr del tiempo.

Bergantín hablaba poco. En la transmisión de sus conocimientos no se mostraba verbalmente expansivo. Era sobre todo por medio de los actos y del acceso a los Documentos como Pirañavelo aprendía el oficio. El viejo ni siquiera sospechaba que, día tras día, la creciente acumulación de conocimientos de Pirañavelo y la proximidad de su propia muerte seguían un curso convergente en el tiempo. No deseaba instruir al joven más allá de lo que resultara ventajoso para él mismo. La pálida criatura le era útil y ahí terminaba la cosa y, de haber sabido cuántos de los íntimos secretos de Gormenghast habían sido ya divulgados en los intercambios aparentemente casuales y las periódicas investigaciones en la biblioteca, hubiera hecho lo posible para eliminar de la vida del castillo a aquel advenedizo, aquel advenedizo peligroso y sin precedentes cuya dedicación a las doctrinas era impulsada por una ambición de poder personal tan fría como indomable.

A juicio de Pirañavelo, el momento en que el Maestro del Ritual debería ser despachado estaba al caer. Aparte de otros motivos, la eliminación de una criatura tan espantosa como Bergantín le parecía al joven, por simples consideraciones estéticas, un acto que tendría que haberse llevado a cabo hacía tiempo. ¿Por qué permitir que semejante fardo de fealdad deambulase de acá para allá con su muleta un año tras otro? Pirañavelo admiraba la belleza. No le extasiaba ni lo conmovía, pero la admiraba. Él era pulcro, hábil, resbaladizo como su bastón de estoque, acerado como su filo y bruñido como su hoja. La suciedad y el desaliño lo ofendían. Bergantín, viejo, mugriento, con su rostro agrietado y picado como el pan rancio, con su barba enmarañada, sucia y llena de nudos, ponía enfermo al joven. Había llegado la hora de que el sucio corazón del ritual fuera arrancado del cuerpo enorme y ruinoso de la vida del castillo y de que él ocupara su lugar. Desde aquel centro oculto, ¿quién sabía adónde podía llevarle su astuto ingenio?

A Bergantín le parecía prodigioso que Pirañavelo se las arreglara para encontrarse con él cada amanecer con tan sobrenatural precisión y puntualidad. No era que su lugarteniente lo esperara sentado ante su puerta o en algún rellano de las escaleras por las que Bergantín bajaba al pequeño comedor. Oh, no. Con los cabellos pajizos alisados sobre su elevada frente globular, el pálido rostro lustroso y los ojos rojo intenso desconcertantemente activos bajo las cejas de color arena, Pirañavelo emergía prestamente de las sombras y se detenía bruscamente junto al anciano con una leve reverencia.

Esa mañana no hubo variación en la pantomima. Bergantín se preguntó, por enésima vez, cómo podía Pirañavelo coincidir con tal precisión con su llegada a la escalera de nogal y, como de costumbre, encapotó los ojos y miró con sospecha al joven paliducho por entre los velos de desagradable humedad que en ellos ardían.

—Buenos días tenga, señor —dijo Pirañavelo.

Bergantín, cuya cabeza quedaba a la altura del pasamanos, sacó una lengua que recordaba la lengüeta de una bota y se la pasó por los escombros de sus labios secos y agrietados. Luego dio un grotesco salto adelante sobre su pierna agostada y se llevó la muleta al costado con un brusco estampido.

Tanto si su rostro era obra de la edad como si la edad era un material o la abstracción de su rostro, aquel fósil barbudo que se consumía y corrompía sobre sus hombros, no había duda de que el arcaísmo se concentraba allí; como si algo del pasado se hubiera trasladado al momento presente, donde ardía oscuramente, como a través de un cristal ahumado, desafiando tanto a su propio anacronismo como al inexperto. Esa cabeza se volvió hacia Pirañavelo.

—Al infierno con tus buenos días, palo pelado —dijo—. ¡Reluces como una condenada anguila de tierra! ¿Cómo lo consigues, eh, qué haces para que cada purulenta mañana del año salgas de la decente oscuridad como un plumífero desplumado, eh?

—Supongo, señor, que será por la costumbre de lavarme que he adquirido.

—Lavarse —masculló Bergantín, como si hablara de algo pestilente—. ¿Con que te lavas, eh, maldito ciempiés? ¿Qué se cree que es, señor Pirañavelo, una azucena?

—Yo no diría eso, señor —respondió el interpelado.

—Tampoco lo diría yo —ladró el anciano—. ¡Nada más que piel, huesos y cabellos! No eres más que eso. Apaga ese brillo y déjate ya de tanta monserga untuosa cada mañana.

—Ciertamente, señor. Soy visible en exceso.

—¡No cuando se te necesita! —interrumpió bruscamente Bergantín mientras bajaba renqueando la escalera—. Cuando quieres puedes ser muy invisible, ¿verdad? Por las brujas del infierno, muchacho, cuando te conviene puedes perderte sin dejar rastro. ¡Por las tripas del alca gigante, puedo verte por dentro, cachorro mío, puedo verte por dentro!

—¿Cómo, si soy invisible, señor? —preguntó Pirañavelo enarcando las cejas mientras seguía con paso ligero al tullido, que iba levantando ecos con el golpeteo de su muleta en los escalones de madera.

—¡Por los orines de Satanás, perro, tu insolencia es peligrosa! —gritó desabridamente Bergantín, volviéndose precariamente con la pierna seca dos peldaños por encima de la muleta—. ¿Están listos los claustros del ala norte? —preguntó a Pirañavelo en un tono distinto, no menos desabrido y maligno pero más placentero a oídos del joven, pues tenía menos de insulto personal.

—Anoche quedaron dispuestos, señor.

—¿Bajo tu supervisión personal, si sabes lo que te conviene?

—Bajo mi supervisión personal.

Se aproximaban al primer rellano de la escalera de nogal. Mientras caminaba detrás de Bergantín, Pirañavelo se sacó del bolsillo un compás y, utilizándolo a modo de pinzas, levantó una madeja de los cabellos de la nuca del viejo, dejando al descubierto un cuello tan arrugado como el de una tortuga. Divertido por su éxito al haber levantado un mechón tan grueso de los sucios cabellos del tullido sin que éste se diera cuenta, Pirañavelo repitió la hazaña mientras la áspera voz proseguía con su perorata y la muleta bajaba con sonoro martilleo el largo tramo de escalera.

—Los inspeccionaré en cuanto desayune.

—Muy bien, señor —dijo Pirañavelo.

—¿Ha pasado por tu cerebro de mamón que este día se ve santificado incluso por el barro del que está hecho el castillo, eh? ¿Se te ha ocurrido pensar que, sólo una vez al año, muchacho, una vez al año se ve honrado el Poeta? El porqué sólo lo saben los piojos de mi barba, pero así es, por las negras almas de los infieles, así es, una ley de leyes, un rito de primera categoría, querido niño. Dices que los claustros están dispuestos; por las llagas de mi pierna seca que me las pagarás si están pintados del rojo equivocado, ¿estamos? ¿Es el rojo más oscuro? ¿Es el más oscuro de los rojos, eh?

—Ciertamente el más oscuro —repuso Pirañavelo—. Un poco más oscuro y sería negro.

—Por todos los infiernos, más vale que así sea —dijo Bergantín—. ¿Y la tribuna? —prosiguió una vez cruzado el nudoso rellano de nogal negro al que la falta de pasamanos había dejado con los balaustres, cubiertos de polvo como las estacas de una cerca se cubren de nieve en invierno, inclinados en todas direcciones—. ¿Y la tribuna?

—Lista y engalanada —aseguró Pirañavelo—. El trono de la condesa ha sido limpiado y reparado, y

pulidas las sillas altas para los notables. Los bancos largos están en su lugar y llenan el patio.

—¿Y el Poeta? —exclamó Bergantín—. ¿Le has dado instrucciones, tal como te ordené? ¿Sabe lo que se espera de él?

—Su retórica está lista, señor.

—¿Retórica? ¡Por los dientes del gato! ¡Poesía, bastardo, poesía!

—¡Está lista, señor!

Pirañavelo se había vuelto a guardar el compás en el bolsillo y blandía ahora unas tijeras (parecía guardar infinidad de cosas en los bolsillos sin que ello alterara la caída de sus ropas) con las que iba cortando los mechones del cabello del anciano que le asomaban por el cuello de la toga, mientras canturreaba con voz absurdamente baja «Pito, pito, colorito, dónde vas tú tan bonito» al tiempo que los enmarañados mechones iban cayendo a la escalera.

Habían llegado a otro rellano. Bergantín se detuvo un momento para rascarse.

—Puede que haya preparado el poema —dijo, volviendo su decrépito semblante hacia el esbelto joven de altos hombros—, pero ¿le has explicado lo de la urraca, eh?

—Le he dicho que debe levantarse a declamar doce segundos después de que la urraca haya sido soltada de su jaula de alambre. Que mientras declama, su mano izquierda debe aferrar la jarra de agua del foso en la que previamente la condesa habrá depositado el guijarro azul del río de Gormenghast.

—Eso es, muchacho. Y que deberá vestir la Toga del Poeta y sus pies estarán descalzos, ¿le has explicado eso?

—Se lo he explicado —dijo Pirañavelo.

—Y los bancos amarillos para los profesores, ¿los han encontrado?

—Los han encontrado. En los establos del ala sur. Los he mandado repintar.

—Y el septuagésimo séptimo conde, lord Titus, ¿sabe el cachorro que ha de permanecer en pie cuando los demás estén sentados y sentado cuando los demás estén de pie? ¿Sabe eso el niño, eh, ese cabeza de chorlito? ¿Le has dado instrucciones, cirio pelado? ¡Por los retortijones de tripas de mis setenta años que la frente te brilla como un maldito iceberg!

—Ha sido instruido —dijo Pirañavelo.

Bergantín reanudó el descenso hacia el comedor. Una vez superada la escalera de nogal, el Maestro del Ritual echó a andar como un poseso por los llanos corredores, levantando el polvo del suelo con cada golpe de su muleta. Pirañavelo, pegado a la espalda de su superior, se divertía con el invento de una peculiar danza, una especie de contrapunto al espasmódico avance de Bergantín, una silenciosa y elaborada improvisación adornada, por así decir, con gestos ingeniosos y obscenos.

VEINTITRÉS

Los interminables minutos del verano se arrastraban lentamente para Titus, sentado a su pupitre en el aula donde el profesor Florimetre (que en cierta ocasión se había propuesto permanecer como mínimo una hora mental ante su clase en cualquiera de las asignaturas que estuviese impartiendo, pero que hacía mucho había decidido perseguir el conocimiento en pie de igualdad con sus alumnos), con la tapa de su alto pupitre levantada para ocultar sus actividades, le estaba pegando un buen lingotazo a una botella de abominable aspecto que llevaba una etiqueta azul. La mañana parecía infinita…

Sin embargo para Bergantín, con una veintena de preparativos aún por completar y martirizando con su áspera lengua a los trabajadores del patio sur, las horas transcurrían a la velocidad de minutos.

Así pues, tras lo que a Titus le pareció una eternidad pero para Bergantín fue un fugaz revuelo de las faldas del tiempo, la mañana a la vez rauda y lenta fructificó y, como una uva de aire en cuyo cuerpo translúcido quedó suspendida por un instante la tierra, palpitó esa fantasmal madurez llamada mediodía.

Antes de abrir los ojos para morir en el mismo instante de su despertar, una veintena de campanas y relojes vocearon el mediodía y, durante un minuto después de su muerte, los badajos tañeron en sus envoltorios de hierro oxidado por todo Gormenghast. Parecía como si no hubiera en la tierra mecanismo que pudiera encadenar o golpear a aquel espectro del tiempo. Los relojes y campanas tartamudearon, retumbaron y tañeron. Avanzaron dejando su huella de hierro. Golpearon con sus vetustos puños y gritaron con voces arcaicas, pero el fantasma era aún más viejo.

El mediodía, maduro como el trueno y silencioso como el pensamiento, se había marchado incólume.

Cuando los últimos ecos, incluso los de los relojes de los contrafuertes occidentales, cuyo póstumo tañido era proverbial, de manera que la expresión «retrasado como una campana occidental» era de uso habitual en el castillo, callaron, Titus percibió otro sonido.

Después del lánguido canto fúnebre de las campanas, este nuevo sonido, que venía pisando los lánguidos talones de los péndulos, parecía terriblemente rápido, implacable e impaciente.

A pesar de su evidente realidad, poseía la insistencia onírica de un sabueso con patas de piedra o hierro o de una bestia acechante que, avanzando vorazmente sin alterar su rumbo en pos de su presa, cerrara por momentos el espacio entre la malicia y la inocencia.

Titus oía el sonido como si lo que lo originaba estuviese justo al lado, pero el pasillo por el que se desplazaba estaba vacío y el golpeteo de la muleta procedía en realidad de un pasaje paralelo; Bergantín, aunque apenas a unos metros de distancia, se veía separado del muchacho por un sólido muro de piedra.

Titus se detuvo con el corazón alborotado, entornó los ojos y una expresión de odio asomó a sus facciones infantiles, una expresión apenas imaginable en un rostro tan joven. Para él, Bergantín simbolizaba la tiranía, la vejez, todo aquello que le impedía pasar los días de verano en los bosques, bucear en el foso con sus amigos, hacer todo lo que anhelaba.

Titus escuchó atentamente, acalorado pero tembloroso a causa de un súbito arrebato de miedo y aborrecimiento. ¿En qué dirección viajaba, tras el muro de piedra, aquella muleta? En ambos extremos del corredor de Bergantín nacían pasajes subsidiarios que conducían a donde Titus se encontraba. Le pareció que el Maestro del Ritual se desplazaba velozmente en una dirección paralela a la suya así que se volvió sobre sus pasos, pero en ese momento el corredor se vio repentinamente oscurecido por un sólido bloque de profesores que venía hacia él con un aleteo de togas de color negro y una flota de birretes. Su única esperanza era correr en la dirección inicial, cruzar el pasaje de comunicación y alejarse de allí antes de que Bergantín pudiera alcanzar esa bifurcación.

De modo que Titus echó a correr, pero por alguna travesura concreta o algún temor racional. Corría por imperativo, por la necesidad de quitarse del medio. Se rebelaba así contra todo lo viejo, contra todo lo que detentaba poder. Corría poseído por una nebulosa de terror.

En la parte derecha del pasillo se perfilaba una falange de estatuas polvorientas a las que la luz mortecina daba un color ceniciento. Colocadas en su mayoría sobre imponentes pedestales, se elevaban sobre Titus, y sus miembros silenciosos cortaban el aire tenebroso o lo apuñalaban sin piedad con sus brazos partidos. Las cabezas eran casi invisibles, cubiertas como estaban por las telarañas y amortajadas en un perpetuo crepúsculo.

Conocía aquellos monumentos desde la infancia, pero no había reparado en ellos ni los recordaba más de lo que repararía cualquier niño en el monótono dibujo del empapelado de su cuarto de juegos.

A lo lejos, Titus vio la diminuta aunque inconfundible silueta del tullido que doblaba la distante esquina y avanzaba hacia él.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, el niño saltó a un lado, rápido como una ardilla, y al punto se encontró sumido en la casi total oscuridad que se amontonaba tras la talla imponente y musculosa de una figura sin cabeza ni brazos. Sólo el pedestal que sostenía ese gran tronco de piedra sobrepasaba la altura de la cabeza de Titus.

Tembloroso, permaneció allí mientras el sonido de numerosos pies se aproximaba desde el oeste y el de una muleta, desde el este, intentando no pensar en que los profesores por fuerza tenían que haberle visto. Se aferraba a la vana esperanza de que todos llevaban la vista fija en el suelo y no lo habían visto correr delante de ellos, ni escabullirse tras la estatua y, con más fervor todavía, a la ardorosa esperanza de que Bergantín estaba demasiado lejos para haber podido advertir movimiento alguno en el corredor. Pero su temblor le confirmaba que su esperanza nacía del miedo y que era una locura por su parte quedarse donde estaba.

El ruido de los pesados pies, del roce de las togas, del estampido de la muleta lo envolvió.

Y entonces, la voz de Bergantín paralizó la escena.

—¡Deténgase! —gritó—. ¡Quédese donde está, director! ¡Por las llagas del cordero que viene usted acompañado de su grajil personal al completo, el diablo me lleve!

—Mis excelentes colegas vienen detrás de mí —dijo la voz avejentada y pastosa de Bellobosque—. Mis excelentísimos colegas —añadió, como para poner a prueba su valor frente a aquella cosa envuelta en harapos rojos que le miraba con aire furibundo.

Pero Bergantín tenía la cabeza en otra parte.

—¿Cuál era? —ladró, dando un salto en dirección a Bellobosque—. Vamos, vamos, ¿cuál era?

Bellobosque se enderezó y asumió su postura favorita de director, pero su viejo corazón se había desbocado penosamente.

—No tengo ni idea —dijo—, ni la más mínima idea de a qué puede referirse usted. —Sus palabras no podrían haber sonado más graves ni menos sinceras, y él mismo debió percibirlo, pues añadió—: Ni la más remota idea, se lo aseguro.

—¡Ni la más remota idea! ¡Ni la más remota idea! —chilló Bergantín—. ¡Así se ahoguen sus ideas en sangre! —dijo, y con un nuevo salto y un rechinar de la muleta se colocó inmediatamente debajo del director—. Por el humo de sus ojos que había un niño en este corredor. Hace un momento había un niño. ¡Vamos, vamos! Hace un momento había aquí un cachorro escurridizo. ¿Lo niega?

—No he visto ningún niño —dijo Bellobosque—. Ni escurridizo ni de otro tipo —añadió, y las comisuras de la boca se le alzaron en una afectada sonrisa, como para hacer honor a su ingenioso chistecillo.

Bergantín lo miró fijamente y, si la vista de Bellobosque hubiera sido mejor, la malicia de aquella mirada habría dado al traste con su templanza. Pero, tal como estaban las cosas, Bellobosque apretó los puños bajo la toga y, con la imagen de Titus en el pensamiento —Titus, cuyos ojos habían brillado al ver las canicas en el fuerte—, se aferró a las mentiras que estaba contando con el tesón de un santo.

Bergantín se volvió hacia los miembros del claustro, que, como un oscuro coro, se apiñaban detrás de su director, y sus ojos húmedos e implacables escrutaron los rostros uno a uno.

Por un instante le pasó por la mente la idea de que su vista le había engañado, de que había visto una sombra. Volvió la cabeza y recorrió con la mirada la hilera de silenciosos monumentos.

De repente, su bilis y su frustración hallaron una vía de escape y golpeó con su bastón el torso de piedra que tenía al lado. Fue un milagro que no se le rompiera la muleta.

—¡Había un cachorro! —gritó—. Pero ¡basta! El tiempo corre. ¿Está todo preparado? Vamos, vamos, ¿está todo a punto? ¿Sabe a la hora que tiene que llegar? ¿Tiene presentes las órdenes que ha recibido? Por todos los demonios, esta tarde no puede haber deslices.

—Nos han dado los particulares, sí —dijo Bellobosque al punto, con tal alivio en la voz que no fue de extrañar que Bergantín lo mirase con sospecha.

—¿Quiere decirme a qué viene tanta alegría? —siseó—. Por todos los infiernos, ¡aquí hay perfidia!

—Mi alegría —dijo Bellobosque en tono dos veces más lento y grave— brota del conocimiento, que mi personal sin duda compartirá como hombres letrados que son, de que esta tarde nos aguarda un poema notable.

Bergantín hizo un ruido desagradable con la garganta.

—¿Y el niño, Titus? —escupió—. ¿Sabe lo que se espera de él?

—El septuagésimo séptimo conde cumplirá con su deber —dijo Bellobosque.

Esta última respuesta del director no la oyó Titus, que, abatido por un súbito cansancio, se había inclinado hacia atrás para recostarse contra la pared sólo para descubrir que, a sus espaldas, en la oscuridad, no había pared alguna. En medio de un silencio sofocante, Titus se puso a cuatro patas y franqueó a gatas una angosta abertura; al poco se encontró con una húmeda barrera de piedra a la derecha de la cual se abría un túnel que descendía en una serie de peldaños bajos. No se enteró de que, pocos minutos después, Bergantín seguiría su camino por el centro del corredor de estatuas entre los miembros del claustro, que se habían separado para dejarlo pasar, ni que, una vez que el claustro en pleno hubo desaparecido en la dirección que llevaba inicialmente, Bellobosque regresaría solo y susurraría en voz baja:

—Sal, Titus, sal inmediatamente y preséntate ante tu director.

Y que, al no recibir respuesta, se colaría con esfuerzo tras la piedra sólo para encontrarse, confuso y derrotado, con la vacía oscuridad.

VEINTICUATRO

El suelo del patio era de ladrillos de un pálido color amarillo, un color agradable y relajante para la vista. Los ladrillos habían sido dispuestos de lado, de manera que la parte estrecha quedaba en la superficie, método que sin duda requirió el doble de piezas de las que normalmente hubieran sido necesarias. Pero lo que daba al suelo del patio su carácter peculiar era el dibujo de espina de pez que los artífices habían seguido muchos siglos antes.

Por borrosos y desgastados que estuvieran los ladrillos, la superficie del patio reflejaba una notable vitalidad, como si el espíritu que hacía mucho tiempo había llevado a un hombre desconocido a ordenar que los ladrillos se dispusieran de determinada manera siguiera vivo. Los ladrillos tenían vida, y caminar por el patio era caminar sobre una idea.

Alguien había tenido la ocurrencia de pintar las columnas de los claustros, una idea espantosa, pues el gris paloma de la piedra con la que fueron construidas no podía haber armonizado de manera más sutil con el pálido amarillo del enladrillado del que parecían brotar. Así y todo, las habían pintado de un rojo intenso y opresivo.

Cierto es que, al día siguiente, un ejército de niños se entregaría a la tarea de raspar de nuevo el color, pero en el único día en que el patio se convertía en el escenario de la declamación del Poeta, cubrir la agradable piedra gris parecía doblemente ultrajante.

Colocada contra las columnas rojas, la tribuna del poeta resplandecía y se ensombrecía, sólo para brillar de nuevo bajo el sol crepuscular. La rama de un árbol se agitaba ante el rostro del sol y el patio, atestado de bancos, parecía en perpetuo movimiento, pues las sombras vacilantes de las hojas se desplazaban de acá para allá al compás del balanceo de la alta rama en la brisa.

La silenciosa congregación, sentada solemnemente en sus bancos, miraba por encima del hombro en dirección a la puerta por la que en cualquier momento aparecería el Poeta. Había pasado un año desde que los presentes vieran por última vez al alto y desgarbado individuo, y también entonces con ocasión de aquella misma ceremonia, que, en aquella oportunidad, se celebró bajo una deprimente llovizna.

La condesa se sentaba delante de la primera fila y Fucsia ocupaba una silla a la izquierda de su madre. De pie entre ambas, con el sudor de una irritada ansiedad chorreándole por la cara, se encontraba Bergantín, con los ojos fijos (como lo estaban los de la condesa y los de Fucsia), no en la puerta del Poeta, sino en una puertecita en el muro sur del patio por la cual Titus, que llevaba más de veinte minutos de retraso, hacía tiempo que debería haber salido corriendo.

Detrás, en una larga hilera, como si el banco amarillo que ocupaban fuera una percha para pavos negros, estaban sentados los profesores. Bellobosque, en el centro, ataviado con la toga zodiacal, tampoco apartaba los ojos de la puertecita en el muro. Se sacó un sucio pañolón del bolsillo y se enjugó la frente. En ese momento se abrió la puerta y tres niños entraron corriendo y se acercaron jadeantes a Bergantín.

—¿Qué? —siseó el viejo—. ¿Qué? ¿Lo habéis encontrado?

—¡No, señor! —repusieron sin resuello—. No lo encontramos por ninguna parte.

Bergantín afiló la punta de su muleta contra los pálidos ladrillos, como para apaciguar su irritación. De improviso, Pirañavelo apareció a su lado como salido del suelo. Saludó a la condesa con una reverencia mientras una sombra ondulante pasaba sobre el irregular terreno formado por las veintenas de cabezas que llenaban el patio. La condesa no respondió. Pirañavelo se enderezó.

—No he encontrado ni rastro del septuagésimo séptimo conde —dijo, dirigiéndose a Bergantín.

—¡Mala sangre! —La voz del tullido se abrió paso entre sus dientes—. Ésta es la cuarta vez que el…

—¿Que… el… qué? —La condesa pronunció las tres breves palabras como si estuvieran hechas de plomo y cayeron pesadamente en el aire crepuscular.

Bergantín reunió los harapos rojos de su cargo en torno a su cuerpo esmirriado y volvió su irritada

cabeza hacia la condesa, que lo miraba con hielo en los ojos. El anciano se inclinó apretando los dientes.

—*Milady* —dijo—, ésta es la cuarta vez en seis meses que el septuagésimo séptimo conde falta a una sagrada…

—Por el último cabello de la cabeza del niño —dijo la condesa, interrumpiéndolo con voz implacablemente mesurada—, aun si se ausentara cien veces cada hora no consentiré que sus travesuras se aireen en público. No consentiré que enumeréis y proclaméis sus faltas. Guardad vuestras observaciones para vuestro capote. Mi hijo no es, Bergantín, un objeto sobre el que podáis discutir con vuestro pálido lugarteniente. Dejadme. La celebración seguirá adelante. Encontrad un sustituto para el muchacho entre los bancos de los aprendices. Retiraos.

En ese momento, un murmullo brotó del populacho a sus espaldas, pues el Poeta, precedido por un hombre vestido con la piel de un caballo y arrastrando la cola de tal animal por los ladrillos mientras avanzaba lentamente, fue visto franqueando la puerta. El Poeta, ataviado con su toga, con la jarra de agua del foso en la mano izquierda y su manuscrito en la derecha, seguía con largos y torpes pasos a la figura del cuero de caballo. Los ojillos inquietos parpadeaban sin descanso en el rostro cuneiforme, pálido de bochorno y aprensión.

Pirañavelo había encontrado a un muchacho más o menos de la edad y la altura de Titus y le había dado instrucciones respecto a su papel, que era bastante sencillo. Tenía que permanecer en pie mientras los demás estuvieran sentados y sentarse cuando los demás estuvieran de pie, y eso era todo lo que, como sustituto del septuagésimo séptimo conde, tenía que recordar.

Cuando la condesa hubo colocado el guijarro del río de Gormenghast en la jarra de agua del foso, y cuando el populacho se hubo sentado de nuevo y sólo quedaron de pie el Poeta y el sustituto de Titus, un silencio absoluto cayó sobre el patio y el Poeta, sosteniendo el poema en la mano y alzando la cabeza, elevó su hueca voz…

—A su señoría, Gertrude, condesa de Groan, y a sus hijos, Titus, el septuagésimo séptimo señor de la región, y Fucsia, única portadora de la sangre en la rama femenina; a todas las damas y caballeros presentes y todos los funcionarios hereditarios; a todos aquellos con responsabilidades diversas cuya observancia de los dogmas justifica su asistencia a esta ceremonia, dedico este poema que, como dictan las leyes, será dirigido a cuantos aquí están en toda la variedad de su receptividad, rango y perspicacia, por cuanto la poesía es un rito del corazón, la voz de la fe, el núcleo de Gormenghast, la luna cuando aparece roja, la trompeta de los Groan.

El Poeta se detuvo para tomar aliento. Las palabras que acababa de decir tenían que declamarse ineludiblemente antes que el poema y al Poeta sólo le quedaba por abrir la puerta de la jaula de alambre que Bergantín le había entregado y liberar a la urraca como símbolo de algo cuyo significado se había perdido hacía tiempo en los anales.

La urraca, que supuestamente tenía que volar hacia el sol poniente hasta no ser más que un punto en el cielo, no hizo tal cosa, sino que salió a saltitos de la jaula y permaneció por un instante en el borde de la tribuna, antes de volar con ruidoso aleteo hacia la condesa, en cuyo hombro permaneció posada durante el resto de la ceremonia, acicalándose de tanto en tanto el negro plumaje con el pico.

Alzando el manuscrito a la altura de sus ojos, el Poeta hizo una honda y trémula inspiración, abrió su boquita, dio un paso atrás y, perdiendo pie, estuvo a punto de caerse por la empinada escalera que descendía desde la estrecha tribuna hasta el suelo, dos metros más abajo. Un incontrolable aullido de risa procedente de los bancos de los aprendices se clavó en el cálido atardecer como un alfiler en un cojín.

Un funcionario llevó fuera al joven infractor. El amodorrado silencio descendió de nuevo, inundando el patio salpicado de sombras como si fuera un elemento tangible.

El Poeta se adelantó en la tribuna sintiendo en la piel el escozor de la vergüenza. Volvió a elevar el manuscrito para leerlo y, mientras lo hacía, las sombras del patio se fueron alargando. Una nube de estorninos cruzó las alturas como una migraña. Los chavales de los bancos estuvieron imitando al Poeta y dándose codazos hasta que, uno tras otro, se fueron quedando dormidos. La condesa bostezó. La tarde de verano se fundió con el anochecer. Los ojos de Pirañavelo se movían de un lado a otro. Bergantín rechinaba los dientes con irritación.

La voz del Poeta murmuraba sin cesar. Salió una estrella y luego otra. La tierra nadaba en el espacio. La condesa bostezó de nuevo y volvió la vista a la puerta sur.

¿Dónde estará Titus?

VEINTICINCO

El claro del bosque había permanecido en sombras desde el alba. Con el canto del gallo, una hebra de luz casi horizontal se deslizó a través de una multitud de árboles e inflamó por un instante un oscuro rincón del calvero donde un rebaño de helechos gigantes arqueaban sus espinazos y sus largas frondas caían como crines de caballo. Brillaron con una luminosidad fría, gris, irritada. Habían sido descubiertos. El largo rayo se retiró, como si no hubiera encontrado lo que buscaba.

A medida que el sol ascendía, el claro parecía oscurecerse en lugar de absorber la luz cada vez más intensa. El aire estaba cubierto por una cúpula de follaje cuyas voluminosas capas colgaban en bandas oscuras.

Allí permaneció durante todo el día la oscuridad, cubriendo los troncos de los árboles como un terrible crepúsculo diurno, denso como la noche.

Pero, mientras tanto, las ramas más altas de aquellos mismos árboles y las frondas superiores brillaban bajo la desnuda luz del sol.

Cuando llegó la tarde y el sol se cernió sobre el horizonte occidental, el anegado claro comenzó a iluminarse. Los uniformes rayos solares afluyeron desde el oeste, el calvero se estremeció y entonces, silencioso e inmóvil como una pintura de sí mismo, desveló sus secretos.

De los árboles que crecían en este hundido círculo de terreno había uno que reclamaba atención inmediata. Sus dimensiones eran tales que los árboles que lo rodeaban, aunque altos y poderosos, parecían meros plantones. Era el rey. Sin embargo, era el único que estaba muerto.

Y sin embargo, su misma muerte le había dado una cierta vida, una vida que no necesitaba de la savia de abril. La mole semejante a una torre de su tronco ascendía hacia la arbolada penumbra y, cuando la luz del oeste brilló sobre él, relumbró con la cualidad dura y lisa del mármol o del marfil, pues tenía el color de un colmillo.

Brotaba en una traicionera cuenca de césped de color sepia. Los rayos directos del sol salpicaban de oro ese terreno yermo y putrefacto, y los rombos de luz se alargaban a medida que la luz declinaba.

A una altura de sesenta pies sobre el suelo se veían varias oquedades en el tronco del gigante muerto. Parecían entradas o los ojos de buey de un barco, y sus bordes abultados eran suaves como la seda y duros como el hueso.

Y era allí, en aquellas bocas del gran árbol, a sesenta pies del suelo, donde la circunferencia del tronco era todavía tan imponente como la base lamida por el césped, era allí donde se centraba la vida del árbol muerto.

No había caverna de aquel alto y sedoso acantilado que no tuviera ocupante. A excepción de las abejas, cuya abertura rezumaba miel, y los pájaros, pocos eran los habitantes de las moradas que proporcionaba el árbol muerto que pudiesen agarrarse de algún modo a la superficie del tronco. Pero había ramas de los árboles vecinos que se extendían hasta una distancia desde la que el gato montés, la ardilla voladora y la zarigüeya podían saltar, y también aquella criatura, que no siempre era posible encontrar en la oscuridad tapizada de musgo de su guarida de marfil, que, separada por una simple membrana de madera empapada en miel del multitudinario murmullo de un panal, dormía mientras la luz crepuscular penetraba a través de la pequeña abertura redonda, a tanta altura del suelo. Conforme la luz fue intensificándose, la criatura se agitó en sueños. Los ojos se abrieron. Eran claros y verdes como piedras marinas y estaban colocados en un rostro coloreado y pecoso como un huevo de petirrojo.

La criatura abandonó su escondrijo y se detuvo un instante acuclillada en el borde de su elevada cueva, y luego, saltando en el espacio, se columpió de rama en rama como si careciera de peso o sustancia, mientras el follaje del bosque crepuscular se cerraba sobre ella y el distante tañido de una campana sonaba débilmente en el lejano castillo.

VEINTISÉIS

Como un niño perdido en los laberintos abismales de un bosque tenebroso, así estaba Titus perdido en las soledades inexploradas de una región olvidada. Del mismo modo que un niño miraría con asombro y aprensión una alameda de penumbra y silencio, y luego, volviendo la cabeza, otra y otra más, todas igualmente vacías y sofocantes, Titus miraba con aprensión y un corazón agitado los caminos y las avenidas de piedra.

Pero él, a diferencia de un niño perdido en el bosque, estaba rodeado por una solidez insensible. No había crecimiento ni movimiento. Allí no existía la sensación de que, en algún lugar, dormía la savia perezosa, de que aguardaba en los pétreos pasadizos a un abril diamantino. No había allí presencia que compartiese con él el momento, el momento exquisitamente aterrador y prolongado de su aprensión teñida de miedo. ¿Es que nada iba a moverse? ¿No había pulso en aquellas burlonas arterias, nada que respirase, nada, entre las sombreadas vistas y pasajes de piedra, que pugnara por sobrevivir? Vacía y silenciosa, ominosa como un paisaje lunar e igualmente inexplorada, una desconocida región de Gormenghast lo rodeaba por doquier.

No había sonidos, ni canto de pájaro ni chirrido de insecto que rompiera el silencio de piedra. Ningún riachuelo murmuraba entre las losas de los Grandes Salones.

Estaba perdido sin remedio. Todos los sonidos de la vida del castillo —el tañido de las campanas, los pasos en la piedra hueca, las voces y los ecos de las voces—, todos habían desaparecido.

¿En eso consistía ser un explorador, un aventurero? ¿En tragarse aquel silencio dormido? ¿En estar tan indeciblemente solo en su compañía, vadear en él, descubrir que se eleva desde los suelos como una marea, abatiéndose desde las mohosas cavernas de elevadas cúpulas, llenando los corredores como si de algo palpable se tratara?

Sentir que los labios se secan, que, dentro de la boca, la lengua parece de cuero, que las rodillas flojean.

Sentir que el corazón lucha como si buscara su libertad, que golpetea los muros de sus pequeñas costillas, que golpetea para liberarse.

¿Por qué había franqueado a gatas aquella brecha de oscuridad donde sus manos palparon en vano sin encontrar nada y después siguieron sin encontrar nada, y nada volvieron a encontrar al internarse poco a poco en las tinieblas? ¿Por qué bajó aquella escalera de hierro herrumbroso hasta aquel corredor abandonado y vio cómo se extendía hasta perderse en una maraña lóbrega? ¿Por qué no se volvió atrás antes de que fuera demasiado tarde? ¿Por qué no retrocedió y subió de nuevo la escalera de hierro y aguardó tras el torso gigante a que el último eco desapareciera del corredor de las tallas? El director se había puesto de su parte, había mentido por él. ¿Se había mostrado desagradecido al escabullirse? Y ahora se había perdido para siempre, para siempre jamás.

Apretando los puños, gritó en la hueca soledad pidiendo socorro. Inmediatamente, una veintena de ecos le respondieron desde los cuatro puntos cardinales. «Socorro, socorro», gritaron una y otra vez, un clamor de voces que eran la suya, y el final de su grito, frágil, débil, asustado e infinitamente lejano, languideció y murió, y el denso silencio abandonó los rincones y volvió a invadirlo todo y Titus se vio de nuevo ahogado.

No había donde ir y se podía ir a todos los sitios. Su sentido de la orientación, del lugar del que venía, quedó barrido por lo que se antojó un siglo de vacilación.

El silencio llenó sus oídos hasta lastimarlos. Trató de recordar lo que había leído sobre los exploradores, pero no recordó ningún relato sobre héroes perdidos en semejante territorio.

Se llevó el puño a la boca y se mordió los nudillos, y durante un momento pareció que el dolor lo ayudaba. Le proporcionó una cierta sensación de realidad y, cuando el dolor disminuyó, volvió a morder. Con la vana esperanza de que un nuevo escrutinio de las perspectivas y avenidas de mampostería que lo rodeaban le sería de alguna ayuda, pues se encontraba en la encrucijada de muchos caminos, consiguió

contenerse. Sus músculos se tensaron, adelantó la cabeza y escrutó las menguantes perspectivas. Pero nada acudió en su ayuda. Nada de lo que veía sugería un curso de acción, una clave para la libertad. Ningún rayo de luz indicaba que hubiera un mundo exterior. La iluminación que pudiera haber era uniforme, una suerte de crepúsculo que nada tenía que ver con la luz del día. Era una entidad autosuficiente, nacida en galerías y corredores, que rezumaba de muros, techos y suelos.

Titus se pasó la lengua seca por los labios y se sentó en las losas del suelo, pero un súbito terror lo hizo levantarse de un salto. Le había parecido percibir que era absorbido por la piedra. Tenía que permanecer de pie, tenía que seguir en movimiento. Avanzó de puntillas hacia un muro que recordaba el de un muelle. Durante un instante recostó su pequeña mejilla sudorosa contra la piedra sin rebozar. «Tengo que pensar… pensar… pensar…». Formó las palabras con su lengua seca. «Me he perdido. ¿Perdido? ¿Qué significa eso?». Comenzó a susurrar de nuevo las palabras para así poder oírlas a ellas y no al castillo. El diminuto y apagado sonido no levantaba ecos. «Significa que no sé adónde ir. ¿Qué es, pues, lo que sé? Sé que hay norte, sur, este y oeste. Pero no sé cuál es cuál. ¿Es que no hay otras direcciones?».

El corazón le dio un vuelco. «¡Sí!», gritó, y un centenar de gargantas de piedra gritaron también su afirmación. Al oír aquellos gritos fluctuantes se puso rígido y sus ojos se movieron nerviosamente en todas direcciones. Sin duda, semejante clamor haría salir disparados de sus escondrijos a los horribles fantasmas del lugar. El centro de su pequeño pecho estaba dolorido y magullado por los latidos de su corazón.

Pero nada apareció y el silencio volvió a espesarse. ¿Qué había descubierto que no supiera antes? ¿Otra dirección? Algo que no era ni norte ni sur ni este ni oeste. ¿De qué se trataba? Era hacia el cielo, techo arriba. Era la dirección que llevaba hacia el aire.

La esperanza que se le había encendido era apenas una chispa. Volvió a hablar en voz alta. «Tiene que haber escaleras —dijo—. Y de un piso a otro, hasta llegar al techo. Si subo lo suficiente podré llegar al techo y entonces veré dónde estoy».

El alivio que le produjo tener una idea a la que agarrarse lo agitó violentamente y las lágrimas le corrieron por la cara. Echó a andar con toda la determinación que pudo reunir por el más ancho de los canales de piedra gris. Durante una distancia considerable discurrió en línea recta, para luego comenzar a describir amplias curvas. Las paredes de ambos lados carecían de rasgos distintivos, al igual que el techo. Ni siquiera las telarañas mostraban interés por aquellas superficies desnudas. De improviso, tras una curva más cerrada de lo habitual, el pasadizo se dividió en cinco estrechos dedos y los miedos del niño reaparecieron. ¿Iba a tener que regresar a los huecos silencios de los que había venido? No podía volver atrás. No podía.

Desesperado, se recostó en la pared y cerró los ojos y fue entonces cuando oyó el primer sonido que no producía él, el primer sonido desde que se deslizara hacia la oscuridad tras la remota estatua. No se sobresaltó por la sorpresa pero se puso tenso, por lo que el cuervo no advirtió su presencia cuando emergió de la oscuridad de uno de los estrechos pasadizos. Caminó con aire absorto y tranquilo hasta llegar a pocos pasos de Titus, donde bajó la gran cabeza y dejó caer un brazalete de plata que llevaba en el pico. Pero sólo por un instante, pues en cuanto se ahuecó las plumas del pecho cogió el brazalete y avanzó algunos pasos antes de saltar con bastante torpeza a un saliente de la pared y de allí a una repisa mayor. Titus alteró la dirección de su cabeza muy despacio para poder observar a aquel ser vivo pero, pese a su cuidado, al primer movimiento de la cabeza, con un ronco graznido y un batir de alas negras, el pájaro levantó el vuelo al instante y, una fracción de segundo después, había desaparecido por el oscuro pasadizo del que poco antes había salido.

Titus decidió de inmediato seguir al pájaro, no porque deseara volver a ver al cuervo, sino porque para él el pájaro era Una señal del mundo exterior. Existía más de una posibilidad de que, tras aquel túnel inhóspito, el cuervo regresara, indirectamente, al aire libre y los bosques y el ancho cielo.

A medida que avanzaba, la oscuridad se hacía cada vez más densa y Titus comenzó a darse cuenta de que se movía bajo la tierra, porque las raíces de los árboles crecían por entre el techo y el barro de los muros y un olor a podredumbre impregnaba el aire.

De haber sido menos real su horror a las silenciosas galerías de las que hacía tan poco había escapado, habría dado media vuelta en el reducido espacio y regresado a la hueca pesadilla de la que venía. Porque parecía que aquel túnel negro y opresivo no tuviera fin.

Al principio le era posible caminar derecho, pero eso había durado poco. Ahora se veía forzado a arrastrarse durante largos períodos y el intenso olor de la tierra corrompida lo sofocaba. Pero durante períodos igualmente prolongados, el túnel se ensanchaba y le era posible avanzar a trompicones con el cuerpo relativamente erguido hasta que el techo descendía una vez más y a Titus lo invadía el terror a la asfixia.

No había ninguna luz y Titus casi había perdido la esperanza de salir con vida de aquella horrible

experiencia. De no ser porque mantenerse en movimiento le daba menos miedo que quedarse agazapado en la oscuridad, Titus se había sentido tentado de dejar de hacer avanzar su cuerpo agotado hora tras hora, porque apenas le quedaban fuerzas y ánimo para nada.

Pero al fin, cuando ya no podía sentir alegría o alivio, pues estaba mareado de miedo y agotamiento, Titus vio delante, como entre sueños, una borrosa abertura de luz oscuramente bordeada de maleza y arbustos y comprendió sin emoción que no moriría en el oscuro túnel, que las huecas galerías eran una pesadilla pasada y que lo más que debía temer era el castigo que recibiría al regresar al castillo.

Cuando se hubo arrastrado fuera de la boca ahogada de maleza del túnel y trepado por el terraplén en el que desembocaba la abertura, Titus vio a lo lejos, hacia el norte y el oeste, los almenados contornos de su vetusto hogar.

VEINTISIETE

Si el éxito de una anfitriona dependiera de algún modo de la prodigalidad de sus preparativos para la velada que planea, de sus perspectivas, de la atención casi demente a los detalles y de una abundancia de previsión, entonces, al menos en teoría, Irma Prunescualo podía aspirar a algo que se correspondiera con aquellas visiones que la asaltaban en la oscuridad, cuando yacía medio dormida y se veía rodeada por un tumultuoso tropel de hombres que se disputaban su mano, la cual ella, centro de la atención, agitaba con coquetería sobre su pelvis fajada en seda.

Si el minucioso examen al que estaba sometiendo a su persona, su piel, sus cabellos, sus trajes y sus joyas daba pie a creer que tan apasionada dedicación no podía por menos de despertar y rescatar en ella una suerte de belleza de donde durante tanto tiempo hubiera estado aprisionada, despertarla mediante una especie de ataque sorpresa, un bombardeo de su alta y angulosa arcilla, en ese caso, Irma no debía temer nada en lo referente a su atractivo. Causaría furor. Establecería un nuevo modelo de magnetismo. Después de todo, se lo habría ganado a pulso.

Tras probarse diecisiete collares y decidir que no llevaría ninguno para que su blanco cuello, pudiera inclinarse, erguirse y oscilar en toda su extensión, como el de un cisne, con absoluta libertad de movimiento, Irma se acercó a la puerta de su vestidor y, al oír pasos en el piso de abajo, no pudo resistirse a exclamar:

—¡Alfred! ¡Alfred! Sólo faltan tres días, querido. ¡Sólo faltan tres días! ¡Alfred! ¿Estás ahí?

Pero no hubo respuesta.

Los pasos que había oído eran de Pirañavelo, quien, sabiendo que el doctor atendía un caso en las cocinas del ala sur, donde un asador había resbalado en un trozo de manteca y se había astillado el omoplato, había aprovechado la oportunidad que esperaba desde hacía tiempo y, después de colarse por la ventana de la farmacia del doctor, había llenado un frasco con veneno y, después de guardárselo en un bolsillo hondo, había decidido salir por la puerta principal con todo un surtido de explicaciones entre las que escoger en caso de que lo sorprendieran en el vestíbulo. ¿Por qué nadie había respondido a su llamada?, diría. ¿Por qué dejaban la puerta principal abierta? ¿Dónde estaba el doctor Prunescualo?, y cosas por el estilo.

Pero no tropezó con nadie y no prestó atención a la llamada de Irma.

De nuevo en su habitación, vertió el veneno en un hermoso frasquito de cristal tallado y lo colocó frente a la luz de la ventana, donde brilló. Luego se alejó un poco del frasco y lo miró con la cabeza ladeada, se acercó de nuevo para desplazarlo ligeramente hacia la izquierda, en beneficio de la simetría, y, volviendo al centro de la habitación, se pasó la lengua por los labios mientras estudiaba el pequeño frasco lleno de muerte con gran actividad de sus cejas. De improviso, desplegó los brazos a los lados con los dedos extendidos como una estrella de mar, como si su dueño los despertase a una suerte de hipersensibilidad.

A continuación, como si fuera la cosa más natural del mundo, bajó las manos hasta el suelo, alzó las esbeltas piernas y comenzó a rondar por la habitación sobre las palmas de las manos con los andares peculiarmente pomposos, oscilantes y predatorios de un estornino.

VEINTIOCHO

A la tarde siguiente murió la señora Ganga. La encontraron tendida en su cama, hacia el anochecer, como una muñequita desaliñada. Su vestido negro estaba torcido, como si hubiese forcejeado, y se había llevado las manos al pecho encogido. Era difícil imaginarse que en otro tiempo aquel objeto roto hubiera sido nuevo, que aquellas mejillas marchitas y pálidas estuvieran frescas y sonrojadas, que sus ojos chispearan de risa. Y sin embargo hubo un tiempo en que Ganga fue alegre, una criatura graciosa y vivaz, despierta como un pájaro.

Y ahora allí yacía. Era como si hubieran desechado aquel cuerpo del tamaño de una muñeca por ser demasiado viejo y decrépito para resultar útil.

En cuanto se lo dijeron, Fucsia corrió al cuartito que tan bien conocía.

Pero la muñeca tendida en la cama ya no era su aya. Aquel bulto inmóvil no era Tata Ganga, era algo distinto. Fucsia cerró los ojos y la imagen conmovedoramente familiar de su vieja aya, que había sido lo más parecido a una madre que había conocido, inundó su pensamiento con un borbotón de recuerdos.

Quiso acercarse de nuevo a la cama y coger la amada reliquia entre sus brazos, pero no pudo. No pudo. Y tampoco lloró. A pesar de la intensidad de sus recuerdos, algo había muerto en su interior. Volvió a mirar la carcasa de quien la había cuidado, adorado, abofeteado y enloquecido.

En sus oídos la voz irritada seguía exclamando: «Oh, mi débil corazón, ¿cómo pudieron? ¿Cómo pudieron? Cualquiera diría que no sé cuál es mi sitio».

Al volverle la espalda bruscamente a la cama, Fucsia reparó en que no estaba sola. El doctor Prunescualo estaba de pie junto a la puerta. Involuntariamente, se volvió hacia él alzando la mirada a sus peregrinas aunque extrañamente compasivas facciones.

El médico dio un paso hacia ella.

—Fucsia, mi queridísima niña —dijo—. Salgamos juntos.

—Oh, doctor —dijo ella—. No siento nada. ¿Soy mala, doctor Prune? No comprendo.

La puerta se vio repentinamente copada por la figura de la condesa, quien, aunque miró a su hija y al médico, no pareció darse cuenta de su identidad, pues ninguna expresión asomó a su pálido rostro. Llevaba sobre los hombros un chal de exquisito encaje negro. Avanzó pesadamente sobre el desnudo entarimado y, al llegar a la cama, contempló por un instante, como paralizada, la patética imagen que tenía delante y, después de tender el hermoso chal negro sobre el cadáver, se volvió y salió de la habitación.

Tomando la mano de Fucsia, Prunescualo la condujo fuera de la habitación y cerró la puerta tras ellos.

—Fucsia, querida —dijo el médico mientras avanzaban por el pasillo—, ¿has sabido algo de Titus?

Ella se detuvo en seco y soltó la mano del médico.

—No —contestó—, y si nadie lo encuentra, me mataré.

—Vamos, vamos, vamos, mi pequeña chantajista —dijo Prunescualo—. Menuda trivialidad para una chica tan original como tú. Como si Titus no fuera a reaparecer como un muñeco en una caja sorpresa, ¡por todo lo típico que reaparecerá!

—¡Tiene que hacerlo! ¡Tiene que hacerlo! —exclamó Fucsia, y rompió a llorar incontrolablemente; el médico la atrajo hacia sí y le enjugó las mejillas arreboladas con su pañuelo inmaculado.

VEINTINUEVE

El funeral de Tata Ganga fue tan sencillo que casi pareció improvisado, pero este modo aparentemente descuidado de despachar los despojos de la anciana dama no se correspondía con el patetismo de la situación. El número de los congregados ante la tumba era desproporcionado en relación con el número de amigos con los que, en vida, la difunta se habría atrevido a contar. Porque en la vejez, Tata Ganga se había convertido en una leyenda. En los últimos años de su vida la habían abandonado y nadie se molestaba en visitarla, pero, tácitamente, se daba por sentado que nunca moriría, que para ella sería tan difícil desaparecer de la vida del castillo como para la Torre de los Pedernales desaparecer de Gormenghast dejando un hueco en el horizonte que nunca se volvería a llenar.

Y así, en su funeral, la mayoría de los asistentes se había reunido allí para presentar sus respetos a la memoria no tanto de la señora Ganga como de la leyenda que, sin saberlo, la diminuta criatura había permitido que creciera en torno a ella.

Los dos porteadores no habían podido llevar el pequeño ataúd sobre los hombros, pues ello requería que se colocaran uno detrás del otro a tan escasa distancia que les era imposible caminar sin pisarse los talones. Finalmente se decidió que el sepulturero de cabeza llevara la pequeña caja en una mano mientras su colega, caminando a un lado y un poco rezagado, sujetaba la tapa con un dedo para evitar que el ataúd se desplazara.

El portador bien podía estar llevando una jaula de pájaro en su pomposo avance hacia el Cementerio de los Servidores. De tanto en tanto, el hombre dirigía una mirada infantil y perpleja a la caja que transportaba, como para asegurarse de que estaba haciendo lo que se esperaba de él. No podía evitar la sensación de que faltaba algo.

Detrás iban los dolientes, encabezados por Bergantín, seguidos a cierta distancia por la condesa, que no hacía el menor esfuerzo por ajustarse al rápido y convulsivo paso del tullido, al contrario, caminaba pesadamente, con la vista fija en el suelo. Fucsia y Titus la seguían, este último liberado del fuerte con motivo del funeral.

Con el recuerdo de la pesadilla de su reciente aventura fresco en la memoria, Titus caminaba como en trance, del que salía de vez en cuando para asombrarse ante aquella nueva manifestación de la insondable extrañeza de la vida: el pequeño ataúd delante y el sol jugueteando sobre el promontorio de la Montaña de Gormenghast, que se alzaba en el horizonte con increíble solidez, como un desafío.

La Montaña coronaba una región que se había integrado en su imaginación, una región en la que un exiliado semejante a un insecto palo caminaba a través de una masa de árboles y en la que algo más, no sabía si fantasma o humano, flotaba de nuevo, en aquel momento, tal como lo viera flotar una vez, como una hoja con la forma de una niña. Una niña. Salió bruscamente de su trance y se encontró caminando junto a Fucsia.

La palabra y la idea se habían fundido para formar algo ígneo. Inesperadamente, el ligero y flotante enigma del claro había asumido un sexo, se había concretado, había despertado en él una excitación que le era desconocida. Aun estando del todo despierto, Titus se sumergió aún más profundamente en un mundo de símbolos que no podía interpretar. Y ella estaba allí, allí, delante de él. A lo lejos, Titus veía el tejado de árboles que susurraba sobre la muchacha.

Las figuras que se movían delante de él, Bergantín, su madre y los portadores del pequeño ataúd, eran menos reales que el pasmoso desconcierto de su corazón.

Se habían detenido en un valle poblado de montículos. Fucsia le había cogido la mano. La muchedumbre los rodeaba. Una figura encapuchada esparcía polvo rojo sobre una pequeña fosa. Una voz salmodiaba, pero las palabras carecían de sentido para él. Andaba a la deriva.

Esa noche, tendido en la oscuridad, Titus miraba ciegamente las vastas sombras de dos muchachos que

libraban una fingida batalla de grotescas dimensiones en un rectángulo de luz que se proyectaba en la pared del dormitorio. Y mientras él observaba abstraído la lucha de los monstruos de sombra, su hermana Fucsia se dirigía a casa del doctor.

—¿Puedo hablar con usted, doctor? —preguntó la muchacha cuando él le abrió la puerta—. Ya sé que hasta hace bien poco ha tenido que tener mucha paciencia conmigo y… —Pero, llevándose un dedo a los labios, Prunescualo le indicó que callara y la hizo retroceder hasta una sombra del vestíbulo, porque Irma abría en aquel momento la puerta de la sala de estar.

—Alfred —gritó—, ¿qué ha sido eso, Alfred? ¡Digo que qué ha sido eso!

—Sencillamente nada, querida —gorjeó el doctor—. Mañana mismo haré que arranquen esa madeja de hiedra de raíz.

—¿Qué hiedra? ¡He dicho que qué hiedra, so chinchoso! —respondió Irma—. A veces desearía que llamaras al pan pan y a la pala pala, de veras que sí.

—¿Tenemos una, dulce nicotina?

—¿Que si tenemos una qué?

—Una pala, para la hiedra, querida, la hiedra que seguirá llamando a nuestra puerta. ¡Por todo lo simbólico que seguirá llamando!

—¿Se trataba de eso? —Irma se tranquilizó—. No recuerdo ninguna hiedra —añadió—. Pero ¿qué haces escondido en ese rincón? No es propio de ti, Alfred, esconderte en los rincones. De veras, si no te conociera, caramba, estaría bastante…

—Pero no lo estás, ¿no es así, mi dulce terminación nerviosa? Pues claro que no lo estás. Así que, venga, a tu habitación. Por todo lo que se mueve en círculos rápidos que estos últimos días he tenido una hermana sísmica.

—¡Oh, Alfred! ¿Verdad que valdrá la pena? Hay tantas cosas en las que pensar y estoy tan emocionada… Y falta ya tan poco… ¡Nuestra fiesta! ¡Nuestra fiesta!

—Precisamente por eso tienes que irte a la cama y atiborrarte de sueño. Eso es lo que necesita mi hermana, ¿verdad?

Pues claro que sí. Dormir… ¡Oh, ése es el meollo del asunto, Irma! Así que corre arriba, querida. ¡Corre arriba! ¡Corre arriba! ¡C… o… r… r… el —y agitó la mano como si fuera un pañuelo de seda.

—Buenas noches, Alfred.

—Buenas noches, oh, más espesa que el agua.

Irma desapareció en las tinieblas superiores.

—Y ahora —dijo el doctor, poniendo sus manos inmaculadas en sus elegantes y frágiles rodillas al mismo tiempo que se alzaba de puntillas, de manera que Fucsia tuvo la impresión de que el doctor estaba a punto de caer de bruces sobre su rostro especulativo y sonriente—… Y ahora, Fucsia querida, creo que ya hemos visto suficiente el vestíbulo, ¿no te parece? —Y condujo a la joven a su estudio.

—Si tú corres las cortinas y yo acerco ese sillón verde, estaremos cómodos, afables, increíbles y poco menos que insoportables en dos sacudidas de la cola de un cordero, ¿no te parece? —dijo—. ¡Por todo lo incontestable que lo estaremos!

Al tirar de la cortina, Fucsia notó que algo cedía y un pliegue de terciopelo quedó colgando ante el cristal.

—¡Oh, doctor Prune, cuánto lo siento!…, ¡cuánto lo siento! —dijo, casi llorando.

—¡Lo sientes! ¡Lo sientes! —exclamó el doctor—. ¿Cómo te atreves a compadecerme? ¿Cómo te atreves a humillarme? Sabes perfectamente que puedo hacer cosas como ésa mucho mejor que tú. Soy un hombre viejo, lo admito. Casi cincuenta veranos han pasado por mí. Pero todavía me queda vida. Aunque tú no lo crees. ¡No! Por todo lo cruel que no lo crees. Pero te lo demostraré. A ver si me superas. —Y acercándose a otra ventana con zancadas de garza, el doctor arrancó la larga cortina de su guía y, envolviéndose con ella, se plantó delante de Fucsia como una larguirucha crisálida verde con los afilados y ansiosos rasgos de su rostro radiante emergiendo de la parte superior como algo de otra vida.

—*Voilá!* —dijo el doctor.

Un año antes, Fucsia se habría reído hasta dolerle los costados. Incluso en ese momento era extraordinariamente divertido. Pero no podía reír. Sabía que él disfrutaba con esas payasadas. Sabía que él lo pasaba bien haciéndola sentir a sus anchas…, y en efecto la había hecho sentir a sus anchas, porque ya no estaba abochornada, pero también sabía que tendría que estar riendo; el caso era que no podía sentir el humor, sólo podía reconocerlo. Porque durante ese *año*, Fucsia había crecido, pero no de manera natural, sino, por así decir, en zigzag. Las emociones y los retazos de información fragmentarios que la asaltaban chocaban entre sí y se desmentían, de manera que lo que para ella era natural parecía antinatural y la

muchacha vivía minuto a minuto y forcejeaba con cada uno de ellos como un explorador perdido en un sueño que ora está en el ártico, ora en el ecuador, ora franqueando unos rápidos, ora recorriendo en solitario interminables mares de Arena.

—Oh, doctor —dijo la muchacha—, gracias. Eso ha sido muy considerado y muy divertido de su parte.

Fucsia había vuelto la cabeza pero al mirar de nuevo, vio que el médico se había desembarazado de la cortina y le estaba acercando una silla.

—¿Qué te preocupa, Fucsia? —preguntó Prunescualo. Ambos estaban sentados y la negra noche les miraba a través de las ventanas desnudas.

Fucsia se inclinó hacia delante y al hacerlo de pronto pareció mayor. Era como si hubiese conseguido dominar su mente para, en cierto modo, superar la madurez propia de sus diecinueve años.

—Varias cuestiones importantes, doctor Prunescualo —dijo—. Quiero preguntarle sobre ellas… si puedo.

Prunescualo levantó la vista bruscamente. Aquélla era una nueva Fucsia. Su tono había sido perfectamente mesurado, perfectamente adulto.

—Pues claro que puedes, Fucsia. ¿Qué quieres saber?

—Lo primero es saber qué fue de mi padre, doctor Prune.

El médico se reclinó en el sillón y, cuando ella lo miró, se llevo la mano a la frente.

—Fucsia —dijo—, sea lo que sea, trataré de responderte. No eludiré tus preguntas y tú debes creer lo que te diga. Ignoro qué pudo ocurrirle a tu padre. Sólo sé que estaba muy enfermo, y tú recuerdas eso tan bien como yo, del mismo modo que recuerdas su desaparición. No sé de ninguna persona viva que conozca la suerte que corrió, a excepción de Excorio o Vulturno, que desaparecieron por las mismas fechas.

—El señor Excorio vive, doctor Prune.

—¡No! —exclamó el médico—. ¿Por qué dices eso?

—Titus lo ha visto, doctor. Más de una vez.

—¡Titus!

—Sí, doctor, en los bosques. Pero es un secreto. No debe…

—¿Está bien Excorio? ¿Se las arregla para vivir? ¿Qué te dijo Titus sobre él?

—Vive en una cueva y caza para alimentarse. Preguntó por mí. Es un hombre muy leal.

—¡Pobre viejo Excorio! —dijo el médico—. Pobre viejo y leal Excorio. Pero no debes verle, Fucsia. Eso no haría más que causar daños. No puedo permitir que te metas en problemas.

—Pero ¡mi padre! —gritó Fucsia—. ¡Usted dijo que tal vez él supiera algo de mi padre! Puede que todavía viva, doctor Prune. ¡Puede que todavía viva!

—No. No. No creo que viva —dijo el médico—. No lo creo, Fucsia.

—Pero ¡doctor, doctor! Tengo que ver a Excorio. Él me quería. Quisiera llevarle alguna cosa.

—No, Fucsia. No debes ir. Tal vez volverás a verlo, pero si empiezas a escaparte del castillo, eso te alterará, y ya estás bastante alterada. Y también a Titus. Todo esto no es nada bueno. Tu hermano no tiene edad para mostrarse tan indómito reservado. Que Dios me bendiga, ¿qué más ha dicho?

—Todo esto es secreto, doctor.

—Sí, sí, Fucsia. Por supuesto que lo es.

—Titus vio algo.

—¿Que vio algo? ¿Qué clase de cosa?

—Algo que volaba.

El médico se convirtió en una estatua de hielo.

—Algo que volaba —repitió Fucsia—. No sé qué quiere decir con eso. —Se reclinó en el sillón y entrelazó las manos—. Antes de morir —prosiguió, y su voz bajó hasta convertirse en un susurro—, Tata Ganga habló conmigo. Fue unos días antes de su muerte, y parecía menos nerviosa que de costumbre, porque hablaba como solía hacerlo cuando no estaba preocupada. Me habló de cuando nació Titus y Keda vino al castillo para amamantarlo, cosa que yo misma recuerdo, y me explicó que cuando Keda regresó de nuevo a las Moradas de Extramuros, uno de los talladores le hizo el amor y ella tuvo una hija, y que el bebé no era como los otros bebés, porque Keda no estaba casada y, aparte de eso, era diferente y corrían muchos rumores sobre ella. Me explicó que los Moradores de Extramuros no la querían porque era ilegítima y que cuando Keda se suicidó trataron a la pequeña de manera distinta, como si fuera culpa suya, y todos odiaban a la niña por su manera de vivir y porque nunca hablaba con los otros niños, sino que a veces los asustaba y corría por los tejados y bajaba por las chimeneas de barro, hasta que empezó a pasar todo el tiempo en los bosques. Me dijo también que los Moradores de las Chozas de Barro la odiaban y la temían porque era esquiva y veloz y les enseñaba los dientes, y que un día desapareció y durante mucho tiempo no supieron de ella, aunque a veces la oían reírse de ellos en la oscuridad de la noche, y empezaron a llamarla la

«Criatura». Tata Ganga me contó todo esto y me dijo que aún vivía y que era hermana de leche de Titus. Y cuando Titus me habló de la cosa que volaba por los aires, me pregunté, doctor Prune, si no sería…

Fucsia alzó los ojos y descubrió que el médico se había levantado del sillón y, asomado a la ventana, miraba fijamente la estela de una estrella fugaz que cruzaba la oscuridad del cielo.

—Si Titus supiera que se lo he contado, no me lo perdonaría nunca —dijo Fucsia en voz alta, poniéndose de pie—. Pero temo por él. No quiero que le ocurra nada malo. Anda siempre con la mirada perdida y no oye la mitad de lo que le digo. Y lo quiero mucho, doctor Prune. Eso es todo lo que quería decirle.

—Fucsia —dijo el médico—, es muy tarde. Pensaré en todo lo que me has contado, pero poco a poco. Si me lo cuentas todo de golpe, me armaré un lío, ¿verdad? Por eso es mejor ir despacio. Sé que hay otras cosas que quieres contarme, sobre esto y aquello, y también muy importantes, pero tendrás que esperar un par de días, entonces trataré de ayudarte. No tengas miedo. Haré cuanto esté en mi mano. Tengo que pensar seriamente en Excorio, Titus y la Criatura, así que corre a acostarte y ven a verme de nuevo pronto. Que me aspen si no hace horas que tendrías que estar en la cama. ¡Ea, márchate!

—Buenas noches, doctor.

—Buenas noches, mi querida niña.

TREINTA

Unos días después, cuando Pirañavelo vio a Fucsia salir por una puerta del ala oeste y cruzar los rastrojos de lo que en otro tiempo había sido un gran jardín de césped, se apartó con cuidado de las sombras del arco donde había estado al acecho durante más de una hora y, tomando un atajo, echó a correr con el cuerpo medio doblado tras el objeto del paseo vespertino de Fucsia.

Llevaba a la espalda una corona de rosas del jardín de Pentecostés y, puesto que llegó sin ser visto al Cementerio de los Servidores un par de minutos antes que Fucsia, tuvo tiempo de adoptar una actitud de pesar mientras se apoyaba sobre una rodilla con la mano derecha sujetando todavía la corona, que procedió a colocar sobre la pequeña tumba cubierta de maleza.

En esa actitud lo encontró Fucsia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella con voz apenas audible—. Tú nunca la quisiste.

Fucsia volvió los ojos a la gran corona de rosas rojas y amarillas y luego a las pocas flores silvestres que su mano aferraba.

Pirañavelo se puso de pie e hizo una reverencia. La tarde verde les rodeaba.

—No la conocía tanto como vos, señoría —dijo—, pero me pareció una tumba demasiado humilde para una anciana dama. He podido conseguir estas rosas… y… bueno… —Su simulado bochorno era perfecto—. ¡Vuestras flores silvestres! —exclamó, retirando la corona de la cabecera del pequeño montículo y colocándola en el polvoriento extremo inferior—… ellas satisfarán su espíritu más que cualquier otra cosa… dondequiera que esté.

—No sé nada de eso —dijo Fucsia. Se apartó de él y tiró sus flores—. De todos modos, no son más que tonterías. —Se volvió de nuevo y lo miró a la cara—. Pero tú —espetó—, no pensé que fueras un sentimental.

Pirañavelo nunca hubiera esperado aquello. Había imaginado que ella lo vería como un aliado al encontrarlo en el cementerio. Aunque de pronto se le ocurrió algo nuevo. Quizá era él quien había encontrado una aliada. ¿Hasta qué punto la frase «De todos modos, no son más que tonterías» revelaba la naturaleza de la joven?

—Me da de vez en cuando —replicó él y con un solo movimiento arrancó la gran guirnalda de rosas del pie de la tumba y la arrojó lejos. Las espléndidas rosas resplandecieron brevemente mientras cruzaban la tarde de intenso color verde hasta desaparecer en la oscuridad de los montículos circundantes.

Fucsia palideció y permaneció inmóvil durante un momento, luego se abalanzó sobre el joven y le clavó las uñas en los altos pómulos.

Pirañavelo no se movió. La muchacha dejó caer los brazos y, separándose de él con cansancio, lo miró, allí de pie, delante de ella, sereno, con las pálidas mejillas teñidas con el rojo brillante de la sangre, como las de un payaso, y el corazón le latió con fuerza. Tras él, la porosa tarde verde colgaba como el decorado ideal para su cuerpo delgado, su palidez y las febriles heridas de sus mejillas.

Fucsia olvidó el odio repentino e incoherente que el acto de Pirañavelo le había suscitado, olvidó sus altos hombros, su posición como hija de la Casa de Groan…, lo olvidó todo, sólo vio a un ser humano al que había lastimado y una oleada de remordimiento la asaltó por lo que, medio cegada por la confusión, avanzó vacilante hacia él con los brazos tendidos. Pirañavelo se echó en ellos rápido como una víbora pero el suelo irregular les hizo tropezar y cayeron al suelo uno en brazos del otro. El joven sentía el latido del corazón de Fucsia contra sus costillas y su mejilla contra la boca, pero sus labios no se movieron. Su pensamiento corría muy por delante. Durante un momento, yacieron así. Pirañavelo esperó a que los miembros y el cuerpo de la muchacha se relajaran, pero ella seguía tensa como la cuerda de un arco en sus brazos. Ninguno de los dos se movió hasta que, separando su cabeza de la del joven, Fucsia vio, no la sangre de sus mejillas sino el rojo intenso de sus ojos y su frente brillante y prominente. Era irreal, un sueño. Había en la situación una

suerte de horrenda novedad. Su arrebato de ternura había terminado y allí estaba, en los brazos del hombre de altos hombros. Volvió la cabeza y advirtió con espanto que estaban usando como almohada el estrecho montículo mortuorio de su vieja aya.

—¡Oh, horrible! —gritó—. ¡Horrible, horrible! —Y, apartándolo de un empellón, se levantó de un salto y se internó en la oscuridad como una criatura salvaje.

TREINTA Y UNO

Sentada junto a la ventana de su dormitorio, Irma Prunescualo esperaba el alba como si entre ella y el primer rayo de la mañana se hubiese concertado un encuentro clandestino de la naturaleza más secreta y reservada. Y de pronto llegó, un resplandor de luz etérea sobre un borde de mampostería. El día había llegado. El día de la fiesta, o lo que había dado en llamar su sarao.

A pesar del consejo de su hermano, había pasado una pésima noche, pues sus nerviosas especulaciones no dejaron de interrumpir su sueño. Finalmente, había encendido los largos cirios verdes de su mesilla de noche y, mirándolas con reprobación, empezó a limar por enésima vez sus diez largas e impecables uñas con un tenso mohín en la boca. Luego se puso la bata y, acercando una silla a la ventana, se dispuso a esperar la salida del sol.

Bajo su ventana, aún no tocado por la pálida luz de oriente, se extendía el patio semejante a un lago de aguas negras. No se percibían movimientos o sonidos. Irma esperaba inmóvil, sentada muy derecha y con las manos entrelazadas en el regazo. Sus ojos estaban fijos en el sol naciente. Detrás de ella, en la habitación, las llamas de las velas se alzaban elegantemente sobre sus mechas como hojas amarillas sobre diminutos tallos negros. Ni el más leve temblor alteraba sus líneas perfectas. Y entonces, de pronto, un gallo cantó: un sonido bárbaro e imperioso que, primitivo y desvergonzado, rasgó la oscuridad y levantó a Irma de la silla como llevada por la energía de la llamada. El pulso se le aceleró y en pocos instantes el agua siseante y humeante había llenado la bañera e Irma, de pie en una actitud de insoportable timidez, arrojaba puñados de cristales de color esmeralda y lila en las suntuosas profundidades.

Con la cabeza sobre la almohada, Alfred Prunescualo dormitaba. Sus cejas, unidas en un curioso ceño, le daban a su rostro una cualidad inesperada. De haberlo visto allí tendido cualquiera de sus conocidos, se habría preguntado si, después de todo, tenían la menor idea de la verdadera naturaleza de aquel hombre. ¿Era aquél el médico alegre, irrefrenable y ocurrente que conocían?

Había pasado una noche agitada y aciaga. Unos sueños confusos lo habían forzado a revolverse en la cama, sueños que de vez en cuando formaban vividas imágenes de terrible claridad.

Esforzándose por conservar el aliento y las energías, avanzaba con dificultad por las negras aguas del foso para alcanzar a una Fucsia no mayor que una muñeca que se ahogaba. Pero cada vez que la alcanzaba y alargaba la mano, ella se hundía bajo la superficie y en el lugar que ocupara flotaban frascos medio llenos de un colorido veneno. Entonces volvía a verla, pidiendo ayuda a gritos, diminuta, sombría y desesperada, y él luchaba denodadamente por alcanzarla y se despertaba con el corazón desbocado.

En distintos momentos de la noche vio a Pirañavelo corriendo, con el cuerpo inclinado hacia delante y los pies a unos centímetros del suelo pero sin llegar a tocarlo nunca. Y, siguiéndole los pasos inmediatamente debajo, como si fuera su sombra, un enjambre de ratas mostrando los colmillos corría formando un cuerpo compacto, como una sola entidad, girando cuando él giraba, deteniéndose cuando él se detenía, terribles y resueltas, llenando el paisaje de su cerebro dormido.

Vio también a la condesa mar adentro, sobre una gran plataforma de hierro. La luz brillaba como una lámpara azul mientras ella pescaba, usando a Excorio como su congelada caña, increíblemente adelgazado y rígido. El anciano sostenía entre los dientes de la petrificada boca un mechón de la brillante cabellera roja de la condesa que llameaba como un hilo de fuego en la luz azul.

La condesa sostenía a Excorio en alto sin esfuerzo, aferrándolo por los tobillos con su descomunal mano. El leal sirviente llevaba las ropas pegadas al cuerpo y, apuntando tiesamente en toda su longitud a las estrellas, parecía momificado. Con espantosa regularidad, la condesa recogía el sedal e izaba a bordo, uno a uno, a sus gatos blancos ahogados y los iba colocando cuidadosamente en el creciente montón blanco de la plataforma.

Y entonces vio a Bellobosque trotando a cuatro patas como un caballo con Titus montado en la grupa.

Galopaba cruzando el barranco de terrible oscuridad, trepando por las laderas de montañas cubiertas de pinos, con la blanca melena al viento mientras Titus, que sacaba una flecha tras otra de una aljaba inagotable, las disparaba a todo lo que veía. La imagen fue empequeñeciéndose en el cerebro del médico, hasta que finalmente los perdió en las sombras de la noche.

Y vio asimismo a los muertos. A la señora Ganga, con las manos aferradas al pecho mientras correteaba por una cuerda floja; y las lágrimas que le corrían por las mejillas y caían a la tierra lejana sonaban como disparos al dar en el suelo.

Y por un instante Vulturno llenó la oscuridad e, incluso dormido, el médico retrocedió asqueado al ver aquella mole nauseabunda y sin huesos colándose, centímetro a centímetro, por el agujero de una cerradura.

Y Sepulcravo y Agrimoho bailaban encima de una cama y saltaban y giraban en el aire con las manos unidas, y llevaban en la cabeza unas enormes y toscas máscaras de papel, de manera que sobre los marchitos hombros de Agrimoho el rostro oscilante de un garito pintado le sacaba la lengua al girasol de cartón en cuyo gran centro negro los ojos del septuagésimo sexto conde relumbraban como cristal roto.

Las fugitivas imágenes estuvieron sucediéndose durante toda la noche hasta que, cercano ya el amanecer, el médico cayó en un sopor sin sueños a través del cual pudo oír el onírico canto de un gallo y el rugido del agua en la bañera Irma.

TREINTA Y DOS

Durante todo el día, en una veintena de aulas, innumerables chiquillos se preguntaron cuál sería la razón por la que sus maestros se interesaban todavía menos que de costumbre en su existencia. A pesar de que estaban acostumbrados a largos períodos de abandono y al desinterés que se apodera de quienes pasan largas décadas buscándole tres pies al gato, había algo distinto en la inercia que ahora se manifestaba de forma tan evidente en las mesas de todos los profesores.

No había reloj en las diversas aulas de Gormenghast que no hubiera sido consultado al menos sesenta veces por hora, pero no por los desconcertados muchachos, sino por sus profesores.

El secreto había sido muy bien guardado. Ni un solo niño sabía de la fiesta vespertina y cuando, finalmente, después de terminadas las lecciones por aquel día, los profesores regresaron a su patio privado, su modo de moverse tenía algo de furtivo y ufano.

No había ningún motivo por el que la invitación de los Prunescualo hubiera de mantenerse en secreto, pero el tácito acuerdo entre los profesores fue rigurosamente cumplido. Es posible que, en su fuero interno, inarticulada para la mayoría, dominara la sensación de que había algo ridículo en el hecho de que todos hubieran sido invitados, la sensación de que de algún modo el asunto se había simplificado en exceso, de que era demasiado poco selectivo. Individualmente, no veían nada ridículo en ellos, y ¿por qué habría de ser de otro modo? Pero algunos, en particular Percha-Prisma, no conseguían visualizar a sus colegas *en masse*, él incluido, esperando a entrar por la puerta de los Prunescualo sin sentir un escalofrío. Hay algo en la masa que resulta dañino para el orgullo de sus distintos miembros.

Como tenían por costumbre, esa tarde se inclinaron sobre la balaustrada que rodeaba el patio de los maestros. Debajo, la diminuta y distante figura del encargado barría el suelo de un extremo a otro, dejando tras él las finas marcas de la escoba en el polvo.

Todos estaban allí, a la luz del atardecer. Todos excepto Bellobosque quien, reclinado en la silla del director, en su habitación encima de las aulas distantes, reflexionaba sobre las extraordinarias insinuaciones que le habían sido hechas durante la jornada. Esas insinuaciones, expresadas por Percha-Prisma, Opus Chiripa, Jirón, Mustio y otros miembros del claustro, venían a decir que, por un motivo u otro, en esta o aquella ocasión, un amigo de un amigo les había contado o habían alcanzado a oír a través de los tabiques huecos o mientras aguardaban en la oscuridad bajo el hueco de alguna escalera las conversaciones que Irma mantenía consigo misma en voz alta (hábito que, según le aseguraron a Bellobosque, la mujer no lograba dominar) en las que ella (Irma) se refería a la loca pasión que sentía por él, su reverenciado director, y que, aunque no era asunto de ellos, entendían que él no se sentiría ofendido si le hacían afrontar la realidad de la situación, porque ¿podía estar más claro que la fiesta no era más que una maniobra de Irma para tenerlo cerca? Estaba claro que ella no podía invitarlo a él solo. Sería demasiado evidente, demasiado descortés, pero así estaban las cosas… así estaban las cosas. Adaptaron expresiones serias para mostrarle su solidaridad y se marcharon.

Ahora bien, Bellobosque estaba acostumbrado a que le tomaran el pelo. Se lo habían tomado desde que comenzara a crecerle. Por tanto, a pesar de su debilidad e indecisión, no era ningún novato en lo que se refiere a bromas y otras artes similares. Había escuchado todo lo que le habían dicho y en ese momento, en la soledad de su habitación, meditaba el asunto por vigésima vez. Y las conclusiones e hipótesis a las que llegó eran en esencia las siguientes:

1. Todo el asunto era una tontería.
2. El propósito del engaño no era otro que el de que él, sin proponérselo, proporcionara una diversión más a la fiesta. Los bromistas de su personal sin duda esperaban verlo en constante fuga

con Irma pisándole los talones.
3. Puesto que no había cuestionado la historia, no podían saber que les había visto el plumero.
4. Hasta aquí, todo bien.
5. ¿Cómo cambiar las tornas?
6. De todos modos, ¿qué tenía de malo Irma Prunescualo?

Era una mujer elegante y erguida con una nariz larga y afilada. ¿Y qué si la tenía? Alguna forma habían de tener las narices. Le daba carácter. Eso no tenía nada de negativo. Ni ella tampoco. No se podía hablar de su pecho porque no tenía, eso era cierto. Pero él ya no estaba para pechos. Y no había nada comparable al tacto fresco de las blancas almohadas en verano…

—Por Dios bendito —dijo en voz alta—, ¿en qué estoy pensando?

Desde que era director, estaba mucho más solo que antes. Aunque era poco sociable, prefería estar excluido en una multitud a estar totalmente excluido.

Detestaba la sensación de soledad que le invadía cada tarde al separarse del personal. Le gustaba imaginarse como un ermitaño intratable, una persona que encontraba la tranquilidad estando solo con un sesudo volumen en el regazo, en una habitación ascética, la silla dura, la chimenea vacía. Pero lo cierto es que no era así. Lo detestaba y ponía mala cara a la vista del mezquino mobiliario y el sucio revoltijo de sus pertenencias. ¡Aquello no era digno de ser el estudio del director! Pensó en cojines y pantuflas. Pensó en los calcetines de antaño, con talones como Dios manda. Hasta pensó en un jarrón con flores.

Entonces volvió a pensar en Irma. Sí, no se podía negar que era una mujer excelente en la flor de la edad. Bien formada. Vivaracha. Tal vez algo tonta, pero un anciano no puede esperarlo todo.

Se puso de pie y, acercándose a un espejo, limpió con la manga el polvo de su superficie y se miró en él. Una sonrisa Infantil se extendió lentamente por sus facciones, como si le complaciera lo que veía. Ladeó la cabeza y se miró los dientes, y entonces frunció el ceño, porque su estado era deplorable.

—Será mejor que tenga la boca cerrada más de lo que acostumbro —musitó, y trató de hablar sin abrir los labios, pero él mismo no conseguía entender lo que decía. La novedad de la situación y el fantástico proyecto que en esos momentos le ocupaba la mente le aceleraron el corazón y por primera vez comprendió su enorme trascendencia. No menor que el triunfo personal con el que se vería colmado y las innumerables ventajas de orden práctico que sin duda se derivarían de tal unión sería el placer, que saboreaba con antelación, de ver que a su personal le salía el tiro por la culata. Comenzó a imaginarse exhibiéndose ante los desgraciados solteros, con Irma del brazo, como patriarca indiscutible, símbolo del éxito y la estabilidad marital aunque con un cierto aire de hombre despreocupado, de talentos ocultos, de mirlo blanco, de hombre que guarda un as en la manga. Así que creían que podían tomarle el pelo con eso de que Irma estaba loca por él. Empezó a reírse con una risa exagerada y enfermiza, pero se interrumpió bruscamente. ¿Era posible que lo estuviera? No. Se lo habían inventado todo. Pero, de todos modos, ¿era posible que lo estuviera? Digamos que por casualidad. ¡No, no, no! Imposible. ¿Por qué iba a estarlo?

—¡Por todos los santos! —murmuró—. ¡Debo de estar volviéndome loco!

Pero la aventura lo llamaba. De él dependía poner en práctica su plan secreto. Una sensación que imaginaba era de juventud lo invadió. Empezó a saltar trabajosamente arriba y abajo, como si lo hiciera a una comba invisible. Dio un último salto con intención de aterrizar encima de la mesa pero no consiguió alcanzar la altura requerida y se magulló la vieja pierna a la altura de la espinilla.

—¡Condenados infiernos! —murmuró, y volvió a sentarse pesadamente en el sillón.

TREINTA Y TRES

Mientras los profesores se ponían sus togas de etiqueta, arremetían con peines rotos contra sorprendidas madejas de pelo, se ponían verdes los unos a los otros, encontraban en las habitaciones de algún otro toallas perdidas hacía tiempo, gemelos e incluso prendas importantes que habían desaparecido de modo misterioso…, mientras todo esto sucedía con el acompañamiento de abundantes juramentos y refunfuños, y mientras las groseras bromas retumbaban por la galería y Franegato, medio mareado por la emoción, se sentaba en el suelo de su habitación con la cabeza entre las rodillas al tiempo que la peluda manaza de Opus Chiripa franqueaba su puerta para robarle una toalla del colgador…, mientras éstas y mil cosas más sucedían en torno al patio de los profesores, Irma se paseaba por la larga habitación blanca que había sido rehabilitada para la ocasión.

En otro tiempo era el salón original, pero los Prunescualo nunca lo utilizaron, pues excedía con mucho sus necesidades. Llevaba años cerrado, pero ahora, después de muchos días de limpiar y repintar, de quitar el polvo y sacar brillo, relucía con un aspecto terriblemente nuevo. Bajo la atenta mirada de Irma, un grupo de hombres avezados en esos menesteres se habían ocupado de ello. Irma tenía un gusto exquisito. No soportaba los colores vulgares ni el mobiliario basto. De lo que carecía, sin embargo, era de la capacidad de combinar armoniosamente las distintas partes que, aunque exquisitas en sí mismas, no guardaban relación entre sí ni en estilo ni en período, textura, color o tejido.

Cada cosa era considerada aisladamente. Las paredes debían tener el matiz más suave del coral desvaído y la alfombra tenía que ser de ese verde que es casi gris, las flores estaban dispuestas cuenco por cuenco, jarrón por jarrón, y aunque cada uno por separado era encantador, el conjunto de la habitación no tenía ninguna belleza.

Sin saberlo Irma, la fragmentariedad resultante daba al salón una cierta informalidad que distaba mucho de lo que ella pretendía. Esto habría de resultar estimulante, pues de haber creado Irma el reino de fría perfección que tenía en mente, los profesores probablemente se habrían sentido como un rebaño de tiesos fantasmas con las bocas selladas a cal y canto. Examinando cada cosa una a una, Irma recorría la sala como alguien que se ha pasado la vida buscando la manera de contrarrestar la forma puntiaguda de su nariz con un ostentoso derroche de sedas y joyas, polvos y perfumes que provocaban la misma dentera que el azúcar garrapiñado.

A unas tres cuartas partes de la longitud de la pared sur del salón, una soberbia ventana doble se abría a un jardín amurallado que las piedras ornamentales, las caprichosas losas del suelo, los relojes de sol, una pequeña fuente (que funcionaba después de dos días de lucha con un jardinero), el emparrado, el cenador, las estatuillas y un estanque de peces convertían en un lugar tan terrorífico para la sensible mirada del médico, que nunca lo cruzaba con los ojos abiertos. La mucha práctica le había dado confianza y podía desplazarse por él a ciegas a gran velocidad. Era territorio de Irma, un rincón de helechos y musgos y florecillas que se abrían a insólitas horas de la noche en el interior de las grutas en miniatura que se habían dispuesto para acomodarlas.

Sólo en el extremo más alejado del jardín tenía uno la sensación de encontrarse en la naturaleza, que allí estaba representada por no más de una docena de árboles cuyas ramas habían crecido más o menos en la dirección que les había parecido más natural, aunque el césped que rodeaba sus troncos había sido cuidadosamente segado y bajo sus ramas habían sido colocadas un par de sencillas sillas rústicas.

Esa noche había luna llena. No era de extrañar. Irma se había encargado de ello.

La escena que mostraban los ventanales abiertos le pareció deliciosa: el jardín con las figurillas de los duendes, argentino y misterioso, los rayos de la luna centelleando en la fuente, el reloj de sol, el emparrado y la luna misma reflejada en el estanque. Lo veía todo un poco borroso y era una pena, pero no lo podía tener todo. O llevaba las gafas oscuras y reducía su atractivo o se conformaba con verlo todo desenfocado.

Tampoco es que importara demasiado lo desenfocado que pudiera estar un jardín a la luz de la luna; en realidad, con el añadido de esta sobrecarga de misterio se transformó en una especie de neblina emocional, algo de lo que Irma, como solterona que era, nunca se cansaba. Pero ¿cómo se las arreglaría para distinguir a un profesor de otro? ¿Seria capaz de apreciar sus sutiles insinuaciones, si las hacían, esos pequeños mohines, unos ojos entrecerrados o abiertos de par en par por el asombro, esas arrugas especulativas en las sienes, ese enarcamiento de una ceja juguetona? ¿Le pasaría inadvertido todo esto?

Cuando comunicó a su hermano su intención de prescindir de las gafas, él le aconsejó que, en tal caso, se las quitara una hora antes de que llegaran los invitados. Y tenía razón, sin duda que la tenía. Porque el dolor de su frente había desaparecido y ahora sus piernas fajadas se desplazaban con una celeridad que al principio no se habría atrevido a emplear. Pero aun así, todo era un poco confuso y, aunque el corazón le latió con fuerza al ver el borroso claro de luna del jardín, cerró los puños, ligeramente contrariada por haber nacido con mala vista.

Hizo sonar la campanilla. Una cabeza asomó por la puerta.

—¿Es Molondro?

—Sí, señora.

—¿Llevas las zapatillas puestas?

—Sí, señora.

—Puedes entrar.

Molondro entró.

—Echa un vistazo por el salón, Molondro… Digo que eches un vistazo por el salón. ¡No, no! Coge el plumero. No, no. Espera un momento… Digo que esperes un momento. —Molondro no había hecho el menor movimiento—. Haré sonar la campanilla. —Irma hizo sonar la campanilla y otra cabeza asomó por la puerta—. ¿Eres Lienzo?

—Sí, señora, soy Lienzo.

—«Sí, señora» es más que suficiente, Lienzo. Más que suficiente. Tu nombre no es tan importante. ¿No es así? ¿No es así? Ve a la despensa y tráele un plumero a Molondro. Hale, fuera. ¿Dónde estás, Molondro?

—A su lado, señora.

—Ah, sí. ¿Te has afeitado?

—Ciertamente, señora.

—Naturalmente, Molondro. Deben de ser mis ojos. Tienes la cara tan oscurecida… Veamos, no debes dejar ni una piedra sin mover, ni una, ¿estamos? Recorre la sala de una punta a otra, de arriba abajo, sin descanso, ¿estamos?, con Lienzo a tu lado, en busca de esas motas de polvo que hayan podido escapárseme… ¿Dijiste que llevabas las zapatillas?

—Sí, señora.

—Bien. Muy bien. ¿Es Lienzo el que acaba de entrar? ¿Lo es? Bien. Muy bien. Hará el recorrido contigo. Cuatro ojos ven mejor que dos. Pero tú usarás el plumero, sea quien sea el que encuentre la mota. No quiero que nada se estropee o acabe en el suelo, y Lienzo puede ser muy torpe, ¿no es cierto, Lienzo?

El anciano Lienzo, que llevaba desde el alba corriendo de un lado a otro de la casa y que no sentía que se apreciara mucho su condición de antiguo sirviente, dijo que «no sabía nada de eso». Era su única defensa, una actitud repetitiva y obstinada de la que nadie podía sacarle.

—Pues claro que lo eres —repitió Irma—. Bastante torpe. Ahora date prisa. Eres lento, Lienzo, pero que muy lento.

De nuevo el anciano dijo que «no sabía nada de eso» y luego de decirlo le volvió la espalda a su señora presa de una insignificante rabieta y, tropezando con sus propios pies al volverse, se agarró a una mesilla para no caer. Un alto jarrón de alabastro osciló como un péndulo sobre su base mientras Molondro y Lienzo lo miraban con las bocas abiertas y los miembros paralizados.

Pero Irma había levado anclas y, en ese momento, a una cierta distancia de ellos, practicaba un lento y lánguido modo de marcha que imaginaba sería eficaz. Recorría una y otra vez una pequeña franja de la mullida alfombra gris con un marcado balanceo, y se detenía de cuando en cuando para alzar una lánguida mano ante ella, presumiblemente con el objeto de ser rozada por los labios de alguno de los profesores.

En esos momentos de protocolaria intimidad, ladeaba la cabeza y, para recompensar al imaginario galán que le besuqueaba los nudillos, sólo dejaba un estrecho segmento de su mirada de soslayo que pasaba rozándole las mejillas.

Sabiendo que Irma era corta de vista y no podía verlos teniendo toda la extensión de la sala de por medio, Lienzo y Molondro la miraban desde debajo de sus ceños unidos mientras marcaban el paso como soldados para simular sonidos de actividad.

Sin embargo, de poco tiempo dispusieron para mirar a su ama, pues la puerta se abrió y el doctor entró por ella. Iba vestido de rigurosa etiqueta y parecía más elegante que nunca. En la pechera inmaculada llevaba prendidas las más preciadas de las pocas condecoraciones con las que Gormenghast le había distinguido. La Orden Carmesí de la Peste Vencida y la Trigésimo Quinta Orden de la Costilla Flotante descansaban lado a lado en la angosta pechera de su camisa blanca, suspendidas de anchas cintas, junto a una orquídea en el ojal.

—Oh, Alfred —exclamó Irma—. ¿Qué tal estoy? ¿Qué tal estoy?

El médico miró por encima del hombro y, con un leve gesto de la mano, indicó a los criados que salieran de la sala.

Había pasado toda la tarde escondido, y una buena dosis de descanso sin sueños le había permitido recuperarse en buena medida de las pesadillas de la noche pasada. De pie delante de su hermana, parecía fresco como una rosa, aunque bastante menos bucólico.

—Pues te lo voy a decir —exclamó, dando vueltas alrededor de ella y mirándola con la cabeza ladeada —, te lo voy a decir, Irma. Has hecho de ti algo que, si no es una obra de arte, se acerca tanto que la diferencia es superflua. Por todo lo que emana que lo has conseguido. ¡Dios de los cielos! Casi no te reconozco. ¡Date la vuelta, querida, sobre un tacón! ¡Eso es! ¡Eso es! ¡Una forma significativa, eso es lo que eres! ¡Y pensar que por nuestras venas corre la misma sangre! Es bastante bochornoso.

—¿Qué quieres decir, Alfred? Creí que me estabas alabando —dijo Irma con voz entrecortada.

—¡Y eso hacía, y eso hacía!, pero, dime, hermana, ¿qué es, aparte de tus luminosos ojos descubiertos y tu aire coqueto, qué es lo que te ha alterado tanto?, por así decir, ajá… ajá… Ejem… ya lo tengo… Válgame el cielo… pues claro, por todo lo neumático, qué tonto he sido… has conseguido un busto, amorcito, ¿me equivoco?

—¡Alfred! No es cosa tuya verificarlo.

—Dios no lo quiera, amorcito.

—Pero, si quieres saberlo…

—¡No, no, Irma, no! Me conformo con dejar el asunto a tu criterio.

—Así que no quieres escucharme… —Irma estaba a punto de llorar.

—Oh, pues claro. Cuéntamelo todo.

—Alfred, querido… te gustaba mi aspecto. Dijiste que te gustaba.

—Y lo mantengo. Me gusta con locura. Es sólo que, bueno, te conozco desde hace mucho tiempo y…

—Dicen —interrumpió Irma— que los bustos son… bueno…

—¿… que los bustos son lo que uno hace de ellos? —inquirió su hermano poniéndose en puntillas.

—¡Exactamente! ¡Exactamente! —gritó Irma—. Y yo me he hecho uno, Alfred, y me enorgullezco de llevarlo. Es una bolsa de agua caliente, Alfred, una de las caras.

Se produjo un tenso y prolongado silencio. Cuando al fin logró recomponer los pedazos de su desbaratado aplomo, Prunescualo abrió los ojos.

—¿A qué hora los esperas, amorcito?

—Lo sabes tan bien como yo. A las nueve en punto, Alfred. ¿Convocamos al chef?

—¿Con qué objeto?

—Para darle las últimas instrucciones, naturalmente.

—¿Cómo? ¿Otra vez?

—Nunca se insiste lo suficiente, querido.

—Irma —dijo el médico—, es posible que hayas dado con una verdad clara como el agua. Y, hablando de agua, ¿funciona la fuente?

—¡Querido! —respondió Irma tocando el brazo de su hermano—. Funciona a todo trapo —añadió, y le dio un pellizco.

El médico notó que el sonrojo se le extendía por todo el cuerpo en pequeñas oleadas, como pieles rojas emboscados saltando de un escondrijo a otro, aquí y acullá.

—Y ahora, Alfred, puesto que casi son las nueve en punto, voy a darte una sorpresa. Todavía no has visto nada. Este suntuoso vestido, estas joyas en mis orejas, estas piedras rutilantes alrededor de mi blanco cuello… —Su hermano se estremeció—… y el elegante trenzado de mi peinado de plata… todo esto no es sino un decorado, Alfred, un mero decorado. ¿Podrás soportar la espera o te lo digo ya? O, aún mejor… ¡Oh, sí! Aún mejor, querido, voy a enseñártelo AHORA…

Y salió de la habitación. El médico nunca había sospechado que pudiera moverse con tal celeridad. Un susurro de «pesadilla azul» e Irma se esfumó dejando tras ella un tenue olor a almendras garrapiñadas.

—Me pregunto si no me estaré haciendo viejo —dijo para sí el médico y, llevándose la mano a la frente,

cerró los ojos. Cuando los abrió, allí estaba Irma de nuevo… pero, ¡oh, demonios del infierno!, ¿qué había hecho?

Lo que tenía delante era algo más que la imagen fantásticamente emperifollada de su hermana, a cuyo temperamento y hábitos el doctor era inmune hacía mucho tiempo, algo distinto que había transformado a la solterona vanidosa, irritable, frustrada, estrafalaria, excitable y quisquillosa, aunque bastante soportable, en una pieza de museo. Las vulgares elucubraciones de la mente de Irma habían quedado expuestas en toda su desnudez ante su hermano a causa del largo velo con flores bordadas que ahora le cubría el rostro. Por encima del tupido tul negro sólo se le veían los ojos, débiles y bastante pequeños, que ella dirigía a derecha e izquierda para mostrar a su hermano el propósito de la cosa. Su nariz quedaba oculta, y eso en sí era estupendo, aunque de ningún modo compensaba el descaro, el terrible y revelador descaro de la idea subyacente.

Por segunda vez en la tarde Prunescualo se sonrojó. Jamás había visto nada tan abierta y ridículamente predatorio en su vida. El cielo sabía que ella diría lo menos oportuno en el momento más inoportuno, pero era imperativo no dejar que expusiera sus intenciones de un modo tan ostensible.

Sin embargo lo que él dijo fue:

—¡Ajá! Ejem. ¡Qué estilo tienes, Irma, qué consumado estilo! ¿A qué otra persona se le habría ocurrido?

—Oh, Alfred, sabía que te gustaría… —Hizo girar los ojos de nuevo, pero su intento de parecer picara fue patético.

—Aunque ahora, mientras te admiro, estoy intentando recordar —gorjeó su hermano tamborileándose la frente con un dedo—… vamos, vamos, ¿qué era?… algo que leí en una de tus revistas, creo… ah, sí, lo tengo en la punta de la lengua… vaya, se me ha vuelto a escapar, qué fastidio… Espera, espera un poco… aquí viene, como un pez atraído por el cebo de mi pobre y vieja memoria… Ah, casi lo tenía… Lo tengo, oh, sí… pero, ¡cielos!, no estaría bien… no te puedo decir eso…

—¿De qué se trata, Alfred? ¿Por qué frunces el ceño? ¡Qué irritante eres, precisamente cuando estabas examinándome! He dicho que eres muy irritante.

—No te gustaría si te lo dijera. Es algo que te concierne estrechamente.

—¡Que me concierne! ¿Qué quieres decir?

—Era un articulito que leí por casualidad, Irma, y lo he recordado porque versaba sobre los velos y la mujer moderna, Pues bien, yo, como hombre, siempre he respondido a lo misterioso y provocativo en cualquiera de las formas que adopten. Y si hay algo evocativo en el mundo, eso es un velo femenino. Pero, ¡válgame el cielo!, ¿sabes lo que escribía esa criatura de la columna femenina?

—¿Qué escribía? —dijo Irma.

—Escribía que «aunque puede haber quienes sigan llevando velo, del mismo modo que todavía hay quienes se arrastran a cuatro patas por la selva porque nadie les ha explicado que en nuestros días la costumbre es caminar derecho, ella (la autora) sabría perfectamente en qué escalafón social colocar a la mujer que, pasado el día veintidós del mes, siguiera llevando velo». «Después de todo», proseguía la autora, «hay cosas que se hacen y otras que no se hacen y, por lo que a la aristocracia del vestir se refiere, el velo muy bien podría no haberse inventado nunca».

»Pero ¡qué tontería! —exclamó el médico—. Como si las mujeres fueran tan débiles que hubieran de seguir todo lo que se les dice hasta ese extremo —dijo, y soltó una risa aguda, como queriendo decir con ello que hasta un hombre se daba cuenta de que todo eso eran patrañas.

—¿Dijiste el veintidós del mes? —dijo Irma después de unos momentos de tenso silencio.

—En efecto —dijo su hermano.

—Y hoy estamos a…

—Treinta —dijo su hermano—, pero sin duda, sin duda… ¿no irás a prestar…?

—Alfred —dijo Irma—. Cállate, por favor. Hay cosas que no entiendes y una de ellas es la mentalidad femenina —añadió y, con un diestro movimiento de la mano, liberó su rostro del velo y su nariz lució tan puntiaguda como siempre.

—Y ahora me preguntaba si harías algo por mí, querido.

—¿De qué se trata, Irma, corazón mío?

—Me preguntaba si llevarías… Oh, no, tendré que hacerlo yo misma, a ti podría azorarte… Aunque si cerrases los ojos, Alfred, yo podría…

—En nombre de la oscuridad, ¿qué tratas de insinuar?

—Querido, me preguntaba si serías tan amable de llevar mi busto a mi habitación y llenarlo de agua caliente. Se ha enfriado terriblemente, Alfred, y no quiero coger un resfriado… O, si prefieres no hacerlo, podrías bajar el escalfador a mi gabinete y lo haría yo misma. ¿Lo harás, querido, lo harás?

—Irma —respondió su hermano—, no haré nada de eso. He hecho y continuaré haciendo muchas cosas por ti, agradables y desagradables, pero no pienso corretear de acá para allá llenando bolsas de agua caliente para el seno de mi hermana. Ni siquiera te bajaré el escalfador. ¿Es que no te queda ni una pizca de recato, querida mía? Sé que estás muy nerviosa y que no sabes lo que dices ni lo que haces, pero quiero dejar bien claro desde el principio que, en lo que a tu busto de goma se refiere, no puedo ayudarte. Si pescas un resfriado, te medicaré, pero, hasta entonces, te agradecería que no volvieras a mencionar el tema. Y ¡no se hable más del asunto! ¡No se hable más! Se aproxima la hora mágica. ¡Vamos, vamos, lirio mío!

—A veces me pareces despreciable, Alfred —dijo Irma—. ¿Quién iba a pensar que fueras así de gazmoño?

—¡Ah, no, querida, no seas tan dura conmigo! Ten piedad. ¿Crees que es fácil soportar tu desdén cuando tienes un aspecto tan radiante?

—¿De veras lo tengo, Alfred? ¿De veras?

TREINTA Y CUATRO

Se acordó que el personal docente se reuniría en el patio frente a la casa del doctor unos pocos minutos después de las nueve y allí esperaría a Bellobosque, quien, en calidad de director, había hecho oídos sordos a la sugerencia de que era él quien debía llegar el primero y esperarlos a ellos. El argumento de Percha-Prisma de que resultaba bastante más ridículo que una horda de hombres se dedicara a merodear por allí como si estuvieran fraguando alguna conjura que el que Bellobosque hiciera lo propio, aunque fuera el director, no hizo mella en el viejo león.

En su presente estado de ánimo, Bellobosque se mostró particularmente inflexible. Les había echado una mirada furibunda por encima del hombro, como si estuviera acorralado.

—Que en años venideros nadie pueda decir —concluyó— que en una ocasión, por la noche, en el patio Sur, un director de Gormenghast tuvo que esperar que su personal tuviera a bien hacer acto de presencia. Que nadie pueda decir que cargo de tanta responsabilidad fue objeto de tamaña irreverencia.

Y fue así como, pasados unos minutos de las nueve, se formó un gran borrón en la oscuridad del patio, como si una porción del crepúsculo se hubiese coagulado. Bellobosque, oculto tras una columna del claustro, había decidido hacer esperar a su personal al menos cinco minutos, pero fue incapaz de contener su impaciencia. No habían pasado ni tres minutos desde que llegaran cuando su nerviosismo le impulsó a mostrarse a oscuridad abierta. Cuando estaba a mitad del patio y podía escuchar con toda claridad el murmullo de sus voces, la luna salió de detrás de una nube. En la fría luz que iluminó el punto de encuentro, las rojas togas de los profesores despedían un resplandor del color del vino. No así la de Bellobosque. Su toga de etiqueta era de la más fina seda blanca y llevaba una gran G bordada en la espalda. Aquella toga era magnífica y voluminosa aunque, a la luz de la luna, el efecto era un tanto sobrecogedor y más de uno se sobresaltó al ver lo que parecía ser un fantasma cayendo sobre ellos.

Los profesores habían olvidado el atuendo ceremonial del director. Bostezoyerto nunca lo vistió. Para los miembros más mezquinos del personal, había algo irritante en aquella discrepancia indumentaria de sus togas que confería al anciano tan singular ventaja, tanto decorativa como socialmente. Todos se habían sentido secretamente satisfechos de contar con la oportunidad de lucir en público sus togas rojas, aunque el público consistiera únicamente en el doctor y su hermana (porque los demás profesores no contaban), y ahora Bellobosque, ni más ni menos que Bellobosque, su decrépito jefe, les había robado, con un único campanazo, la suntuosidad de su rojo atronador.

Bellobosque percibió el descontento de su personal, aunque fuera pasajero, y lo alentó todavía más. Sacudió su blanca melena a la luz de la luna y se recogió la toga ártica en un gran pliegue escultural.

—Caballeros —dijo—. Silencio, por favor. Se lo agradezco.

Agachó la cabeza de manera que, con el rostro oculto entre las sombras, pudo relajar sus facciones en una sonrisa de deleite al verse obedecido. Cuando alzó el rostro de nuevo, su expresión era tan solemne y noble como antes.

—¿Están presentes todos los reunidos?

—¿Qué diablos significa eso? —dijo una bronca voz que surgió de la penumbra roja de las togas y, superponiéndose a la voz de Mulfuego, la risa en *staccato* de Florimetre estalló en sonoros chacoloteos.

—¡Oh, caramba, caramba, si eso no es madurez! «¿Están presentes todos los reunidos?». Pero ¡qué bromista es el viejo, el Señor guarde mis pulmones!

—¡En efecto, en efecto! —intervino una voz más tajante—. Lo que presumiblemente trataba de preguntar —era Mustio quien hablaba— era si todos los que están aquí están de verdad aquí o si había quien se creía aquí cuando en realidad no lo estaba. Caramba, es bastante sencillo, una vez dominada la sintaxis.

En algún punto muy cercano a espaldas del director se oyó una risa horrenda y sofocada y luego el

sonido de un cubo de aliento al ser extraído de las profundidades de un pozo…, a continuación la voz gutural de Opus Chiripa.

—Pobre viejo Bellobosque —dijo—. ¡Pobre viejo y maldito Bellobosque! —Y luego volvió a escucharse el rumor de tripas y un coro de risa siniestra y estúpida.

Bellobosque no estaba de humor para aquello. Su viejo semblante se sonrojó y las piernas le temblaron. La voz de Chiripa había sonado muy cerca, justo detrás de su hombro izquierdo. Bellobosque dio un paso atrás y, volviéndose bruscamente con un remolineo de su toga blanca, extendió su largo brazo y se sorprendió ante lo que al principio le pareció un triunfo total. Su viejo y nudoso puño había golpeado una mandíbula humana. Una amarga y desaforada sensación de dominio lo poseyó junto a la embriagadora sensación de que llevaba más de setenta años infravalorándose y de que, sin proponérselo, había descubierto en su interior un «hombre de acción». Pero su entusiasmo duró poco porque la figura que yacía gimiendo a sus pies no era Opus Chiripa, sino el canijo y dispéptico Franegato, el único miembro de su personal que le tenía un cierto respeto.

Pero la pronta acción de Bellobosque tuvo un efecto moderador.

—¡Franegato! —dijo—, dejemos que esto les sirva de advertencia. Levántate, amigo. Has actuado noblemente, noblemente.

En ese momento, algo surcó el aire y golpeó en la muñeca a un oscuro miembro del claustro. Ante su grito, pues el impacto fue doloroso, Franegato quedó olvidado en el acto. Encontraron una pequeña piedra redonda a los pies del oscuro profesor y todas las cabezas se volvieron a la vez hacia el patio en sombras, aunque no pudieron ver nada.

Muy arriba, en lo alto de uno de los muros septentrionales, donde las ventanas no parecían mayores que ojos de cerradura, Pirañavelo, sentado en uno de los alféizares con las piernas colgando, enarcó las cejas al oír el lejano grito y, cerrando los ojos piadosamente, besó su tirachinas.

—Fuera lo que fuese o viniera de donde viniese, al menos ha servido para recordarnos que llegamos tarde, amigo mío —dijo Mustio.

—Muy cierto —musitó Jirón, que casi siempre iba pisándole los talones a los comentarios de su amigo —. Muy cierto.

—Bellobosque —dijo Percha-Prisma—, espabílate, viejo amigo, y abre la marcha. Veo todas las luces encendidas en el hogar de los Prune. ¡Señor, menuda pandilla somos! —Sus ojillos de cerdo recorrieron uno a uno los rostros de sus colegas—. Menuda pandilla de espantajos estamos hechos… pero qué le vamos a hacer, qué le vamos a hacer.

—Tampoco es que tú seas una rosa —dijo una voz.

—¡Entremos de una vez, venga, entremos! —exclamó Florimetre—. ¡Mostrémonos terriblemente alegres! ¡Terriblemente alegres! ¡Tenemos que estar todos terriblemente alegres!

Percha-Prisma se acercó disimuladamente a la espalda de Bellobosque.

—Viejo amigo —dijo—. ¿No habrás olvidado lo que te dije de Irma? Puede resultarte una situación incómoda. Tengo información más reciente todavía. Está loquita por ti, viejo. Loquita. Ándate con cuidado, jefe. Ándate con mucho cuidado.

—Me… andaré… con… cuidado, Percha-Prisma, no temas —dijo Bellobosque con una mirada maliciosa que sus colegas no tuvieron modo de interpretar.

Cañizo, Chirlomirlo y Sobrecaña iban cogidos de la mano. Su maestro espiritual había muerto y estaban inmensamente alegres por ello. Intercambiaron guiños y codazos en las costillas y volvieron a unir sus manos en la oscuridad.

Se inició una migración en masa hacia el portón de los Prunescualo, que no daba paso a nada que pudiera llamarse un jardín propiamente dicho, sino a una zona cubierta de grava roja que había sido rastrillada por el jardinero. Las líneas paralelas trazadas por el rastrillo eran perfectamente visibles a la luz de la luna, pero podía haberse ahorrado el esfuerzo porque, en cuestión de un instante, las nítidas estrías fueron cosa del pasado. Ni un palmo cuadrado de la roja superficie escapó al roce y el pisoteo de los pies de los profesores. Centenares de huellas de todas las formas y tamaños se entrecruzaban; puntas y tacones superpuestos de forma tan caprichosa que parecía que entre los profesores había quienes podían jactarse de tener pies tan largos como brazos y otros que sin duda debían de tener dificultades para mantener el equilibrio sobre unos zapatos que hasta un mono habría encontrado demasiado pequeños.

Una vez franqueado el cuello de botella del portón del jardín y la horda de color rojo vino, con Bellobosque a la vanguardia como una oriflama, ante la puerta principal, el director se volvió con la mano suspendida a la altura del llamador y, alzando su testa leonina, se disponía a recordarle a su personal que, como invitados de Irma Prunescualo, esperaba encontrar en su porte y comportamiento general ese sentido

del decoro que, hasta la fecha, nada le hacía sospechar que poseyeran o ni tan siquiera fueran capaces de fingir, cuando un mayordomo, ataviado como un árbol de Navidad, abrió la puerta de par en par con una floritura que sin duda era fruto de muchos años de experiencia. La velocidad de la puerta al girar sobre sus goznes fue extraordinaria, pero igual de impresionante resultó el silencio, un silencio tan absoluto que a Bellobosque, con la cabeza vuelta hacia su personal y la mano todavía tanteando el aire en busca del llamador, le resultó imposible dilucidar ni imaginar el motivo del extraño comportamiento de sus colegas. Cuando un hombre se dispone a pronunciar un discurso, por modesto que éste sea, le alegra contar con la atención del público. Encontrar en cada uno de los rostros que miraban fijamente en su dirección una expresión del más vivo interés, pero un interés que evidentemente no tenía nada que ver con él, resultaba más que inquietante. ¿Qué les ocurría? ¿Por qué estaban todos aquellos ojos tan desenfocados o, si estaban enfocados, por qué eludían los suyos como si hubiese algo irresistible en la madera de la alta puerta verde que tenía a su espalda? ¿Y por qué Chirlomirlo estaba de puntillas para poder ver más allá de él?

Bellobosque estaba a punto de volverse, no porque pensara que hubiera nada que ver, sino porque empezaba a experimentar esa sensación que hace que un hombre mire atrás en un camino desierto para asegurarse de que en efecto: está solo; pero antes de que pudiera hacerlo por voluntad propia, recibió dos fuertes aunque deferentes golpes de nudillo en el omoplato izquierdo y, volviéndose de un salto, como si le hubiera tocado un fantasma, se encontró cara a cara con el alto mayordomo-árbol.

—Estoy seguro de que el señor disculpará que me haya tomado libertades con mis nudillos —dijo la lustrosa figura del vestíbulo—. Pero se les espera con impaciencia, señor, y no me extraña, si me permite decirlo.

—Si insiste —dijo Bellobosque—. Que así sea.

Su comentario no tenía ningún sentido pero era lo único que se le había ocurrido.

—Y ahora, señores —continuó el mayordomo elevando la voz hasta un registro más alto, lo que le dio a su rostro una expresión muy distinta—, si tienen la bondad de seguirme, les llevaré ante la señora.

Se hizo a un lado y gritó en la oscuridad:

—¡Adelante, caballeros, si son tan amables! —Y, girando bruscamente sobre sus talones, precedió a Bellobosque a través del vestíbulo y por una serie de cortos corredores hasta que, al llegar a un espacio más amplio al pie de un tramo de escalera, se detuvo y con él los que le seguían.

—No dudo, señor —dijo el mayordomo inclinándose con reverencia mientras hablaba, y para el gusto de Bellobosque, el hombre hablaba demasiado—, no dudo que está usted al corriente del procedimiento habitual.

—Pues claro, buen hombre. Pues claro —dijo Bellobosque—. ¿De qué se trata?

—¡Oh, señor! Tiene usted mucho sentido del humor —dijo el mayordomo, y empezó a reírse entre dientes, un sonido nada agradable para provenir de un árbol.

—Existen muchos procedimientos, buen hombre. ¿A cuál de ellos se refiere?

—A aquel que tiene que ver con el orden en que se anuncia a los invitados, señor…, por el nombre, naturalmente, mientras van entrando uno a uno por la puerta del salón. Está todo previsto, señor.

—¿En qué orden va a ser, mi buen muchacho, sino en el de antigüedad?

—Y así es, señor, a todos los efectos, salvo que es costumbre que el director, que en este caso es usted, señor, cubra la retaguardia.

—¿La retaguardia?

—En efecto, señor. Imagino, señor, que como el pastor al que protege a su rebaño, por así decir.

Siguió un breve silencio durante el cual Bellobosque empezó a darse cuenta de que, siendo el último en presentarse ante su anfitriona, sería el primero en entablar conversación con ella.

—Muy bien —dijo—. Por supuesto, no hay que violar las tradiciones. Por ridículo que parezca, cubriré la retaguardia, por usar sus palabras. A todo esto, se hace tarde. No hay tiempo para dividir al personal por edades y todo eso. Ya no son pollos ninguno de ellos. Vamos, caballeros, vamos, y si fueras tan amable de dejar de peinarte antes de que se abra la puerta, Florimetre, como responsable de este claustro te estaría muy agradecido. Gracias.

En ese momento, la puerta que daba a la escalera se abrió y un largo rectángulo de luz dorada cayó sobre una sección de los profesores formados en orden de batalla. Las togas llamearon. Los rostros brillaron, espectrales. Volviéndose casi simultáneamente, tras unos minutos de encandilada ceguera se refugiaron en las sombras circundantes. Una cara enorme asomó por el borde de la puerta abierta a través de la cual se derramaba la luz y los miró.

—¿Nombre? —susurró con voz pastosa, y un brazo emergió por la puerta y arrastró a la figura más cercana hacia la luz asiéndola por un puñado de tela roja.

—¿Nombre? —susurró de nuevo.

—¡El nombre es Florimetre, caramba! —siseó el caballero—, pero ¡quítame de encima tu puño de zoquete, imbécil! —A Florimetre, cuyos arrebatos de mal genio eran infrecuentes y efímeros, lo había puesto furioso que lo agarraran de la toga con tan poca delicadeza y se la dejaran hecha un higo—. ¡Suéltame! —repitió con rabia—. ¡Por todos los diablos que haré que te azoten!

El tosco lacayo se inclinó y acercó sus labios al oído de Florimetre.

—Te… mataré… —susurró, como quien no quiere la cosa, y Florimetre se llevó un buen susto. Era como si aquel sujeto le estuviera pasando disimuladamente alguna información confidencial, como un espía. Antes de que tuviera tiempo de recobrarse, Florimetre se vio empujado hacia delante y de pronto se encontró solo en el gran salón. Solo si exceptuamos la hilera de criados alineados junto a la pared de la derecha y delante, en el otro extremo del salón, a sus anfitriones, muy tiesos y quietos a la luz de un sinfín de velas.

De haber dispuesto Bellobosque de antemano el orden en el que había de anunciarse al personal, es poco probable que hubiera dado con la feliz idea de escoger de su baraja a Florimetre para abrir la partida, por así decir, con una carta de tan poca sustancia.

Pero el azar se había encargado de que, de todas las togas fuera la de Florimetre la que estuviera al alcance de la mano que buscaba a tientas. Y mientras éste, el inconstante y fatuo Florimetre, avanzaba grácil como un pájaro lavandera blanca por los metros de color verde grisáceo de la alfombra y a pesar del sobresalto del que había sido víctima, iba insuflando en la atmósfera fría y expectante de la sala algo que ningún otro profesor poseía, a saber, una especie de calidez o jovialidad no humana, sino vítrea, un atributo vivaz y centelleante.

Era como si Florimetre se alegrase tanto de vivir que nunca hubiese vivido. Cada momento era algo intenso y colorido, un gorjeo o un restallido de palabras en el aire. Estando Florimetre cerca, ¿quién sospecharía que monstruos tan vulgares como la muerte, el nacimiento, el amor, el arte y el dolor acechaban a la vuelta de la esquina? Era un espectáculo demasiado embarazoso. Si Florimetre conocía a esos fantasmas, lo guardaba en secreto. A bordo de su canoa privada, navegaba sobre las profundidades sepulcrales cambiando de rumbo.

Con un golpe de remo cuando los cuerpos de la negra ballena de la muerte o el rojo calamar de la pasión emergían por un instante del piélago.

No había recorrido aún más de un tercio de la distancia que le separaba de sus anfitriones y el eco de la voz estentórea que había lanzado su nombre al otro extremo de la sala aún retumbaba y, sin embargo, con sus andares de lavandera blanca, su elegancia, sus móviles y descaradas facciones, tan dispuestas a entretener y a ser entretenidas siempre y cuando uno no se tomara demasiado en serio la vida, ya había roto el hielo para los Prunescualo. Había una cierta calidez en su fatuidad, en su descaro. Las puntas de sus zapatos brillaban como espejos y sus pies avanzaban con un claqueteo muy personal.

Estirando los cuellos para poder ver el avance de Florimetre, los profesores respiraron con más libertad. Sabían que jamás podrían recorrer la larga alfombra con nada parecido al aire de Florimetre, pero, con cada paso, con cada inclinación de cabeza, él les recordaba que la finalidad de la vida es ser feliz.

¡Y, oh, qué encanto, qué cándido encanto, cuando Florimetre salvó los pocos metros que le quedaban por recorrer con una vivaz carrerilla y, extendiendo ambas manos, tomó entre los suyos los flácidos dedos blancos que Irma le tendía!

—¡Caramba, caramba! —exclamó, y su voz resonó por todo el salón—. Ésta es, mi querida señorita Prunescualo, ésta es sin ninguna duda… —Y, volviéndose al doctor, añadió—: ¿No lo cree usted así? —Mientras estrechaba la mano tendida, sacando pecho y sacudiendo la cabeza alegremente.

—¡Bien, espero que llegue a serlo, mi buen amigo! —exclamó Prunescualo—. ¡Es un placer tenerte aquí! Y, por cierto, Florimetre, me das ánimos, de verdad… Por todo lo que vivifica que te lo agradezco de todo corazón. Y ahora, no desaparezcas en toda la noche, ¿me harás el favor?

Irma inclinó la cabeza hacia su hermano y separó los labios en una amplia sonrisa, mortecina y calculada, que pretendía expresar muchas cosas, entre ellas lo incondicionalmente que se adhería al sentir de su hermano. Trataba asimismo de dar a entender que, a pesar de sus atributos de *femme fatale*, en el fondo no era más que una niñita impresionable y terriblemente vulnerable. Pero la noche era joven y sabía que tendría que cometer muchos errores antes de que las sonrisas le salieran como era debido.

Afortunadamente, Florimetre, que miraba todavía al doctor, no fue testigo de aquella coquetería de Irma. Estaba a punto de decir algo cuando la potente y vulgar voz de la entrada de la sala rebuznó: «El profesor Mulfuego». Florimetre volvió la cabeza alegremente y se cubrió los ojos con la mano a modo de visera en imitación del vigía que escruta algún horizonte lejano. Con una rápida sonrisa de placer y una

contorsión de su agraciado cuerpo, se dirigió a las mesas laterales, donde, con los codos bien levantados, entrelazó los diez dedos de sus manos en un apretado nudo mientras paseaba la vista por los vinos y manjares, balanceándose distraídamente sobre los costados de sus zapatos.

¡Qué diferente era Mulfuego, con sus torpes e irritadas zancadas! Y, de hecho, qué dispares eran entre sí todos los que desfilaron aquella noche; el color de sus togas el único elemento común.

Franegato, que parecía un alma en pena recorriendo la alfombra como quien recorre un camino interminable; el pesado y sucio Chiripa, que, a pesar de su vigor y el empuje de la hogaza que tenía por mandíbula, parecía a punto de caer de rodillas en cualquier momento y echarse a dormir en la alfombra; Percha-Prisma, horriblemente alerta, cuyos blancos rasgos porcinos brillaban a la luz de las velas, y cuyos ojos negros como botones se movían nerviosamente de un lado a otro mientras avanzaba a pasos cortos y agresivos.

Con esta o aquella figura, con tales o cuales andares, todos emergieron del vestíbulo a la rebuznante voz de alarma de sus nombres, hasta que Bellobosque se encontró solo en la penumbra.

A medida que cada uno de los profesores invitados iba hacia ella por la alfombra, Irma tuvo la mar de tiempo para calibrar la vulnerabilidad de cada cual a los encantos que ella no tardaría en desplegar. Algunos, por supuesto, eran casos perdidos, pero aun descartándolos, se descubrió barajando favorablemente frases como «diamante en bruto», «corazón de oro», «aguas mansas»…

Mientras los laterales de la sala iban llenándose con los que ya habían sido presentados y la conversación elevaba el tono a medida que su número aumentaba, Irma, que, tiesa junto a su hermano, elucubraba sobre los pros y los contras de quienes le habían sido presentados, fue arrancada de una especulación más optimista que las otras por la voz de su hermano.

—¿Y cómo está Irma, esa hermana mía, ese dulce estremecimiento? ¿Está arrullando? ¿Está cansada de la carne o no? ¡Por las puntas de lanza, Irma! ¡Qué aspecto tan resuelto, tan marcial tienes! Relájate un poco, derrítete. Piensa en leche y miel. Piensa en las medusas.

—Cállate —siseó ella desde un extremo de la sonrisa que estaba perpetrando, una sonrisa más ambiciosa que ninguna de las que hasta ese momento se había atrevido a crear. Todos los músculos de su cara estaban en juego. No todos sabían hacia dónde tirar, pero su entusiasmo era formidable. Era como si todas sus contorsiones anteriores no hubieran sido más que ensayos. Algo ataviado de blanco se aproximaba.

El algo ataviado de blanco avanzaba despacio, pero con más determinación que la mostrada durante más de cuarenta años. Mientras aguardaba, sentado solo y en silencio en el primer peldaño de la escalera de los Prunescualo, Bellobosque se había repetido, y sus labios se habían movido al lento ritmo de sus pensamientos, las conclusiones a las que había llegado.

Intelectualmente, había resuelto que Irma Prunescualo, empequeñecida por la falta de una válvula de escape para sus Instintos femeninos, se sentiría realizada en una vida consagrada a su bienestar. Que no sólo él, sino también ella, bendecirían en años venideros el día en que él, Bellobosque, tuvo la suficiente hombría, la suficiente sabiduría, para sacarla de su estancamiento y orientarla, mediante el matrimonio, hacia la paz de espíritu que sólo les es dado conocer a las mujeres casadas. Existían centenares de razones por las que ella no querría dejar escapar la oportunidad a pesar de la avanzada edad de Bellobosque. Pero ¿qué peso tenían todos esos argumentos para una dama elegante y altiva, sensible como un caballo pura sangre y ataviada como una reina si, al mismo tiempo, no había amor? Bellobosque recordó que, una hora antes, mientras cruzaba el patio, esa cuestión le había irritado. Pero, sin embargo, no era lo acertado de su razonamiento lo que en aquel momento hacía temblar sus viejas rodillas, sino algo distinto. Pues veía bajo una nueva luz la concepción inicialmente práctica y sensata del proyecto. Repentinamente, sus ideas se cubrieron de estrellas. Lo que antes era necesario era ahora inmenso, etéreo, diáfano, porque la había visto. Y aquella noche, no era meramente la hermana del doctor quien le aguardaba, sino una hija de Eva, un foco viviente, un cosmos, un latido de la gran abstracción, la Mujer. ¿Se llamaba Irma? Se llamaba Irma. Pero ¿qué era el nombre de Irma sino cuatro letritas absurdas puestas en determinado orden? «¡Al cuerno con los símbolos! —gritó Bellobosque para sí—. ¡Ella está ahí, por Dios, de pies a cabeza y sin parangón!».

Cierto es que sólo la había visto de lejos y es posible que la distancia le confiriera un encanto del que carecía. No cabía duda, su vista ya no era la de antes y el hecho de que no pudiera recordar haber visto a otra mujer en muchos años también proporcionaba a Irma un ventajoso punto de partida. Pero había podido hacerse una idea aproximada mirando a través de una grieta de luz que brillaba entre los cuerpos de Chirlomirlo y Cañizo.

Y había visto lo orgullosamente que se erguía. ¡Firme como un soldado y, sin embargo, tan femenina! Ésa era la compañía que le gustaría disfrutar durante la velada. Una mujer majestuosa. Podía imaginarla sentada muy erguida a su lado, con algún pequeño mohín propio de su alcurnia, zurciéndole los calcetines

con sus blancas manos mientras él elucubraba sobre esto o aquello, volviendo los ojos cada tanto para comprobar si de verdad era cierto, si de verdad ella estaba allí, su esposa, su esposa, en el sofá de color chocolate.

Y de pronto, quedaba ya sólo él. La carota del mayordomo le miraba desde la puerta.

—¿Nombre? —susurró roncamente, porque se había quedado casi sin voz.

—Soy el director, idiota —ladró Bellobosque, que no estaba de humor para tonterías. Algo le corría por las venas. Si era o no era amor, no tardaría en descubrirlo. Sentía una cierta impaciencia y no era momento para aguantar a aquel sujeto de buen grado.

Viendo que Bellobosque era el último que había que anunciar, la criatura de la cara grande tomó aliento y, para descargar la irritación que llevaba rato conteniendo (pues ya llegaba con una hora de retraso a su cita con la esposa de un herrero), hizo acopio de toda la fuerza de su garganta y aulló:

—¡El din…! —Pero su voz se quebró tras la primera sílaba y sólo Bellobosque oyó el apagado sonido que pretendía ser «rector».

Pero había algo elegante, impresionante en aquella primera sílaba, menos formal, es cierto, pero más directo.

El mazazo del monosílabo reverberó por la sala como un desafío. Golpeó las membranas auditivas de Irma como un palillo de tambor y Bellobosque, que miraba adelante mientras daba los primeros pasos por la sala, tuvo la impresión de que su anfitriona se encabritaba sobre las caderas y sacudía la cabeza antes de quedar inmóvil como una estatua.

El corazón de Bellobosque, ya desbocado, dio un vuelco al verla. La atención de Irma se concentraba en él, de eso no había duda. Y no sólo su atención, sino la de todos los presentes. Advirtió el silencio mortal. A pesar de lo mullido de la alfombra, se oía perfectamente el sonido de sus pies al hundirse en el pelo de color verde grisáceo.

Mientras avanzaba con la fantástica solemnidad que los chiquillos de Gormenghast tanto gustaban de imitar, recorrió al personal con la mirada. Allí estaban, en fila de a tres, formando una sólida falange de color rojo vino que ocultaba por completo las mesas laterales. Sí, pudo ver a Percha-Prisma, con las cejas enarcadas, y a Opus Chiripa con su boca de caballo medio abierta en una sonrisa tan bobalicona que por un momento Bellobosque tuvo dificultades para recuperar la compostura necesaria para la buena marcha de sus intereses inmediatos. ¿Así que estaban esperando para ver de qué modo intentaría eludir a la «predatoria». Irma? ¿Así que esperaban que huyera de ella como un conejo en cuanto fuera formalmente presentado, no? ¿Así que esperaban una velada de juego del escondite entre su anfitriona y su director, los muy canallas? ¡Por la luz de un cielo beligerante que ya verían los muy perros! Ya verían. Y por las fuerzas celestiales que también les daría una buena sorpresa.

Para entonces llevaba recorrida la mitad de la alfombra, a aquellas alturas con una carretera bien marcada de un color verde más intenso que en el resto y con el pelo aplastado por el pisoteo de un centenar de pies.

Los ojos de Irma, debilitados de tanto mirar, alcanzaban apenas a distinguir a Bellobosque. A medida que se acercaba y los borrosos contornos de su toga del blanco del cisne y los contornos de su cabeza leonina se perfilaban mejor, Irma se maravilló de sus atributos divinos. Había recibido a tantos medio hombres que estaba agotada, no por la cantidad, sino de esperar a la clase de hombre digno de su veneración. Habían pasado los descarados y los impasibles, los agudos y los obtusos, pero, aunque había tomado nota de algunos para someterlos a ulterior consideración, lo cierto es que se sentía terriblemente decepcionada. Todos tenían ese insufrible atributo del soltero, ese tufillo de autosuficiencia, imperdonable en un hombre, que, como cualquier mujer sabe, es un mero retal hasta que la rama femenina le cose las costuras.

Pero hete aquí algo distinto. Algo viejo, es cierto, pero noble. Irma maniobró con la boca. A aquellas alturas ya tenía mucha práctica y la sonrisa que preparó para Bellobosque reflejaba en gran medida lo que pretendía expresar. Por encima de todo debía ser encantadora, devastadoramente encantadora. Para una cara bonita es muy normal ser encantadora, y puede serlo mucho, pero, en el caso de Irma, el encanto que podía obtener de sus facciones era más bien insulso y hasta negativo. En ella era tan chocante como un símbolo colocado ante un trasfondo incongruente. Los ojos miopes y ansiosos de Irma, la puntiaguda nariz de Irma, la cara alargada y empolvada de Irma; aquél era el trasfondo incongruente sobre el que la sonrisa desplegaba su artera existencia. Irma jugó con ella unos instantes, como un pescador con un pez, y luego la dejó fija como el hormigón.

Simultáneamente, su cuerpo adoptó una postura a la vez escultórica y serpentina. El tórax, amplificado por el busto-bolsa de agua caliente, quedó suspendido en el aire a la izquierda, tan lejos de la pelvis que

quedó privado de puntos visibles de apoyo, mientras, por otra parte, las níveas manos de Irma eran llevadas hacia su cuello enjoyado.

Bellobosque casi había llegado junto a ella. «Éste —se dijo, respirando hondo— es uno de esos momentos en la vida de un hombre en que su valor se pone a prueba».

Los años venideros dependían de sus movimientos. Los miembros del claustro habían estrechado la mano de Irma como si una mujer fuera simplemente otra clase de hombre. ¡Necios! Las semillas de Eva estaban en aquella radiante criatura. En su garganta vibraban las nanas de medio millón de años. ¿Es que no tenían capacidad de asombro ni reverencia ni orgullo? Él, un viejo (aunque no privado de atractivo), les enseñaría a esos perros cómo se hacían las cosas. Y allí estaba ella, delante de él, el aroma enloquecedoramente femenino de su perfume de piña le nublaba la cabeza. Tomó aire, se estremeció, como un león se apartó la venerable melena de los ojos y, alzando los hombros al tiempo que tomaba las manos de ella en las suyas, inclinó la cabeza sobre la lechosa flacidez de las sudorosas palmas y estampó en ellas los dos primeros besos que daba en más de cincuenta años.

Decir que el silencio helado se contrajo en una esfera de hielo aún más congelada sería subestimar la exquisita tensión amortajándola en palabras. La atmósfera se había transformado en una sensación física. Del mismo modo que, ante una obra maestra, la ácida garganta se contrae y las palabras son como ruedas de molino, así también, cuando sucede lo sobrenaturalmente insólito y una obra maestra se manifiesta a través de un gesto, la voluntad humana se marchita de raíz y el corazón de la actividad se detiene.

Aquél era uno de esos momentos. Irma, estalagmita de piedra carmesí, supo, por el tumulto de sus venas, que se había pasado una página. ¿En el capítulo cuarenta? ¡Oh, no! En el capítulo primero, pues antes sólo había vivido en un monótono prefacio.

¿Cuánto tiempo permanecieron así? ¿Cuántas veces giró la tierra en torno al sol? ¿Cuántas veces emergieron las grandes ballenas azules de los mares del norte para lanzar al cielo sus surtidores? ¿Cuántos antílopes sucumbieron bajo las garras de cuántos leopardos mientras la sublime unidad de la doble escultura permanecía inmóvil? Es inútil preguntárselo. Los relojes del mundo se detuvieron, o deberían haberlo hecho.

Pero al fin el ártico silencio se quebró. Desde las mesas laterales, un profesor dejó escapar un agudo chillido. Si fue la risa o fueron los nervios, nunca se supo.

El doctor examinó la hilera de togas rojas con las cejas enarcadas y los dientes centelleando. Unas gotas de sudor le perlaban la frente. Estaba sufriendo lo suyo.

Irma no fue consciente de haber oído la aguda explosión de risa ni supo qué la había sacado del trance, pero se encontró inclinando la cabeza graciosamente sobre los blancos mechones de la reverente cabeza del director.

Eso era. En su interior algo reía desaforadamente, con la voz de un cencerro.

Era una pena que el director no pudiese apreciar la magnitud de su gracia al inclinarse sobre él, pero, qué se le iba a hacer, no podía tenerlo todo… No obstante, un momento… ¿Qué era aquello?

¡Oh, dulce misericordia y la punzada de sus espinas! ¿Qué estaba haciendo aquel magnífico, amable, augusto y brillante león? La estaba mirando con los labios todavía sobre sus dedos. Era como si hubiese adivinado sus más secretos pensamientos.

Irma entornó los párpados y descubrió que los ojos mortecinos y llorosos del director seguían fijos en los suyos. Mirando hacia arriba y a través de la blanca maraña de las cejas, parecían enjaulados.

Sabía que el momento era tremendo, tremendo por sus repercusiones futuras, pero como mujer, también sabía que debía retirar la mano. En cuanto el primer indicio de movimiento se insinuó en sus dedos flácidos, Bellobosque alzó la cabeza, retiró sus grandes manos de las de ella y, en ese momento, el busto de Irma empezó a deslizarse. En la compleja maraña de cordeles, imperdibles y esparadrapo que sujetaba la bolsa de agua caliente en su sitio, el Tiempo había encontrado un punto débil.

Pero Irma, estremecida de excitación, se encontraba en tan elevado estado de ánimo y cuerpo que, excediendo al parecer sus facultades, su cerebro discurría por anticipado lo que tenía que hacer y decir, tanto en circunstancias críticas como normales. Y aquél fue uno de esos momentos en que las neuronas de Irma cerraron filas y se apresteron al rescate.

Su busto se deslizaba, sí, pero Irma se llevó las manos entrelazadas al cuello de manera que los antebrazos retuvieran la bolsa de agua caliente en su lugar y a continuación, con todas las miradas fijas en ella, irguió la cabeza y echó a andar hacia la puerta, en el otro extremo del salón. Sin mirar siquiera a su hermano, salió con altanera seguridad, con los pliegues de su traje de noche flotando al viento.

La bolsa se le había enfriado terriblemente sobre el pecho, pero ella se deleitó en su cruel temperatura. ¿Por qué habría de preocuparse de tales menudencias? Algo de una magnitud mucho mayor la arrastraba.

El dardo había dado en el blanco. Ella estaba desnuda, orgullosa. De no haber sido metafórica la flecha del amor, Irma la habría levantado en alto para que todos la vieran. Y todo esto se evidenciaba en cada movimiento de su cuerpo mientras caminaba y en el sonrojo volcánico que había transformado su cabeza marmórea en algo que podría haberse descubierto en las ruinas de color sangre de una remota civilización.

Sus joyas cobraron una nueva coloración. Su rubor brillaba a través de ellas.

Pero su expresión no guardaba ninguna relación con el sonrojo. Era extrañamente elocuente y por ello aterradoramente simple.

No hacían falta palabras. Su rostro decía: «Estoy en su poder, él me ha despertado. Yo, una simple mujer, he sido arrojada de golpe al mundo de los sentidos. Sea lo que fuere lo que nos depare el futuro, no será por mi causa que el amor desfallezca. En este momento cumbre soy consciente, no sólo de que se está haciendo historia, sino de mi deber, y por eso abandono la sala, para recomponerme, para serenarme y regresar al salón como la clase de mujer capaz de despertar la admiración del director… ¡No como una temblorosa damisela enamorada, sino como una dama en la sensual plenitud de su sexo, una dama, serena y gloriosa!».

En cuanto alcanzó la puerta y salió al vestíbulo, Irma, solterona cubierta de seda, voló escaleras arriba a su habitación. Cerrando la puerta de un portazo, dio rienda suelta a la jungla primigenia que le corría por las venas, chilló como un macaco y luego, cuando se dirigía haciendo cabriolas a su cama, tropezó con un pequeño escabel bordado y cayó despatarrada sobre la alfombra.

¿Qué más daba? ¿Qué más daba cualquier cosa ridícula o bochornosa si él no estaba allí para verla?

TREINTA Y CINCO

Hay ocasiones en las que las emociones son tan tumultuosas y el funcionamiento racional de la mente tan superficial que no hay modo de saber dónde termina lo real y dónde empiezan las imágenes de la fantasía.

En su habitación, Irma veía a Bellobosque a su lado como si de verdad estuviera allí, pero también veía perfectamente a través de él, de manera que el cuerpo de su pretendiente aparecía decorado con el dibujo del papel pintado que tenía detrás. Veía una gran hueste de profesores, miles de ellos, y todos del tamaño de alfileres de sombrero. Estaban sobre su cama, como una nutrida y solemne congregación, y le hacían reverencias, pero también veía que tenía que cambiar la funda de la almohada. Miró por la ventana con la mirada desorbitada y perdida. La luz de la luna cubría con una especie de neblina la alta copa de un olmo y el olmo se convirtió de nuevo en el señor Bellobosque con su distinguida y señorial melena. Vio una figura, sin duda una quimera, saltar el muro de su jardín y correr como una sombra hasta detenerse bajo la ventana de la farmacia. En el fondo de su cerebro, algo le decía que había visto ese movimiento antes, ese movimiento furtivo y veloz, pero, en el estado de éxtasis en el que se encontraba, no tenía la menor idea de qué era real y qué fantasía.

Y por eso, cuando vio una figura cruzando subrepticiamente el jardín ni siquiera sospechó que se trataba de una criatura real, de carne y hueso, y mucho menos que se trataba de Pirañavelo. El joven, que había forzado la ventana de la habitación situada bajo aquella en la que Irma seguía arrobada, no había tardado en encontrar la droga que buscaba a la luz de una vela. La pequeña llama arrancó destellos azules, carmesíes y de un verde mortífero de las botellas que se abarrotaban en los estantes. En pocos instantes, Pirañavelo había vertido un par de dedos de un líquido viscoso en el frasco que llevaba y devuelto la botella del doctor a su estante. Tapó su frasco y en un abrir y cerrar de ojos se encontró descolgándose por la ventana.

Por encima de los muros del jardín, las moles superiores del castillo de Gormenghast brillaban a la ominosa luz de la luna. Deteniéndose un momento antes de dejarse caer del alféizar al suelo, Pirañavelo se estremeció. La noche era cálida y no había motivo para estremecerse, si no es que un arrebato de alegría, de una oscura alegría, estremece el cuerpo de un hombre que está solo, bajo la luna, en una misión secreta, con hambre en el corazón y hielo en el cerebro.

TREINTA Y SEIS

Cuando regresaba con sus invitados, Irma se detuvo antes de abrir las puertas del salón, pues del interior llegaba un fuerte y confuso bullicio. Nunca antes había oído un sonido como aquél, tan multitudinario, tan entregado, el sonido de voces que juegan. En su modesta experiencia había oído, de vez en cuanto, en reuniones, el juego de muchas voces. Pero lo que en ese momento se oía no era un juego de voces, sino voces que jugaban y, como tal, era un sonido nuevo y extraño a sus oídos, del mismo modo que unas sombras jugando (en contraste con un juego de sombras) lo habrían sido para sus ojos. En contadas ocasiones había disfrutado de los juegos mentales de su hermano, pero en su salón estaba ocurriendo algo muy distinto y, a juzgar por los comentarios que alcanzaba a oír a través de la puerta, era evidente que allí no había juegos lingüísticos ni mentales, sino el lenguaje jugando por su cuenta, ideas emancipadas que jugaban solas después de hacer novillos del cerebro.

Recogiéndose los largos volantes del vestido, se agachó un momento para espiar por el ojo de la cerradura, pero sólo pudo ver la medianoche de las togas entre el humo.

¿Qué había ocurrido mientras estaba arriba?, se preguntó. Cuando Irma salió, en medio del aire inmóvil, como una reina, la sala había vibrado con su personalidad y el silencio, el halagador y significativo silencio, había sido su decorado, como el vasto cielo es el decorado para el blanco vuelo de una gaviota. Pero ahora, el tenso parche de tambor de la atmósfera se había rasgado y los profesores, exultantes porque así hubiera ocurrido, habían erigido, cada uno a su manera, la imagen romántica de lo que inocentemente creían ser. Porque los gloriosos recuerdos de días pasados (que, en realidad, nunca existieron salvo en sus cerebros fantasiosos), estaban siendo rememorados tan vívidamente como la misma verdad, si no más. Los falsos recuerdos florecían en su memoria, recuerdos de los días gloriosos en que sus lanzas brillaban, en que saltaban sobre las sillas de montar doradas ágiles como el pensamiento y galopaban bajo los blancos rayos del amanecer, cuando corrían como venados, nadaban como peces y, riendo como el trueno, despertaban las dormidas torres. Ah, señor, los días de juventud, los días de descaro, los días de vigor y las noches de desenfreno, la oscuridad como cómplice en sus conspiraciones, encubriendo sus chispeantes desatinos.

El hecho de que pocos profesores hubieran probado de verdad la embriagadora hidromiel de la juventud de ningún modo difuminaba los contornos de los autorretratos que estaban pintando de sí mismos. Y aquel resurgimiento, aquel retorno al pasado había sido tan rápido… Era como si una campana hubiera sonado, una campana desaforada a la que sus entrañas habían respondido. Llevaban tanto tiempo recorriendo el camino hacia su sagrado patio viciado que estar durante toda una velada en una nueva atmósfera era como un amanecer. Por su parte Irma, la única representante del sexo femenino, se había erigido en símbolo de la femineidad: ella era Eva, Medusa, era terrible y sin parangón, era terrible y a la vez el lirio de los campos, ella era ese alienígena de otro mundo… esa cosa llamada Mujer.

En cuanto había salido de la sala, un millar de recuerdos imaginarios los habían rodeado de mujeres que nunca conocieron. Sus lenguas se habían soltado, y también sus miembros, y el médico descubrió que no había necesidad de inaugurar la velada. Porque la llama estaba encendida y el sopor de los profesores había ardido y se había disipado, y de pronto habían regresado a un tiempo en el que eran brillantes, omniscientes y devastadores, y tan deslumbrantemente atractivos como el mismo diablo.

Con el cerebro iluminado por aquellas imágenes espurias y halagadoras, el enjambre de togados caminaba por el aire, refrenaba sus calenturientas y monstruosas cabezas, descubría sus dientes en brillantes sonrisas o, si carecían de dientes, sonreían oscuramente con las bocas colgando de sus rostros como hamacas.

Inspirando tan hondo que por poco no desbarata de nuevo su busto, Irma empuñó el picaporte y se enderezó, y durante un momento permaneció inmóvil pero vibrante. Cuando abrió la puerta y el alegre trueno de las voces redobló su volumen, Irma enarcó una ceja. ¿Por qué semejante felicidad tenía que

coincidir con su ausencia?, se preguntó. Era casi como si la hubieran olvidado o, aún peor, como si su salida de la habitación hubiera sido bienvenida.

Abrió la puerta un poco más y se asomó pero, al hacerlo, su empolvada cabeza creó involuntariamente una representación tan gráfica de algo separado del cuerpo que un profesor que por casualidad miraba en dirección a la puerta dejó caer la mandíbula inferior con un sonido metálico y la bandeja de manjares que llevaba acabó en el suelo.

—¡Ah, no, no! —susurró el hombre perdiendo el color de la cara—, ahora no, terrible Muerte, ahora no… no estoy preparado… yo…

—¿Preparado para qué, dulce trucha? —dijo una voz junto a él—. Por todos los demonios, estos corazones de pavo real son excelentes. ¡Un poco de pimienta, por favor!

Irma entró. El hombre a quien se le había descolgado la mandíbula tragó saliva y una sonrisa enfermiza le asomó a la cara. Había burlado a la muerte.

Cuando Irma dio los primeros pasos por la sala, el temor de que la graciosa autoridad de su presencia hubiera quedado minada durante su breve ausencia se disipó, pues una veintena de profesores interrumpieron su charla, se quitaron presurosos los birretes y se los llevaron al corazón.

Oscilando ligeramente mientras avanzaba hacia el centro de la sala, Irma, a su vez, se inclinaba con una grandeza espléndida y glacial, ora a la derecha, ora a la izquierda, al tiempo que las oscuras togas festoneadas de la jungla de profesores abrían a su paso mohosas avenidas.

Virando hacia el este y hacia el oeste en curvas graduales, como un barco que no sabe con precisión a qué puerto se dirige, encontraba, allá donde iba, un silencio de lo más gratificante. Pero las avenidas se cerraban a su espalda y las conversaciones se reanudaban con entusiasmo.

Y entonces, de pronto, ahí estaba Bellobosque, a menos de una docena de pasos. Su mano sostenía una alta copa de vino. Estaba de perfil, ¡y qué perfil!

—¡Grandeza! —siseó Irma con entusiasmo—. Eso es lo que veo… grandeza.

Y entonces, cuando iba a dar la tercera y espasmódica zancada hacia el director, sucedió algo no sólo embarazoso sino también conmovedor en su simplicidad, porque, imponiéndose a la cacofonía imperante, un ronco grito acalló la sala y obligó a Irma a detenerse.

No era la clase de grito que uno espera escuchar en una fiesta. Había en él pasión… y apremio. Ya el timbre y el tono mismos eran una bofetada a las buenas maneras y quebrantó al instante todas las leyes tácitas de la etiqueta que son el resultado, la flor y nata de muchos siglos.

Mientras todas las cabezas se volvían en dirección al sonido, se advirtió movimiento en el mismo sector en el que, saliendo de entre un grupo de profesores, algo parecía abrirse paso hacia su rígida anfitriona. El rostro de la cosa estaba enrojecido y sus gestos eran tan espasmódicos que no fue fácil darse cuenta de que se trataba del profesor Chirlomirlo.

Al ver a Irma, había dejado plantados a sus compañeros Sobrecaña y Cañizo y, al obtener una mejor vista de su anfitriona, experimentó una sensación en exceso violenta, en exceso fundamental y eléctrica para las reducidas dimensiones de su cuerpo y su cerebro. Un millón de voltios lo sacudieron, un millón de voltios de absoluto enamoramiento.

No veía a una mujer desde hacía treinta y siete años. Y a aquélla se la bebió con los ojos como un nómada sediento bebe del pozo en un verde oasis. Incapaz de recordar un rostro femenino, tomó las extrañas proporciones y las facciones de Irma por rasgos característicos de la femineidad. Y así, con el entendimiento oscurecido por la intensidad de su reacción, cometió el crimen imperdonable. Manifestó públicamente sus sentimientos. Perdió el control. La sangre se precipitó a su cabeza, gritó groseramente y entonces, sin darse cuenta de lo que hacía, avanzó con torpeza, apartando a codazos a sus colegas, hasta llegar a la dama, ante quien cayó de rodillas; por último, como presa de un paroxismo, se desplomó de bruces con los brazos y las piernas extendidos como una estrella de mar.

La temperatura de la sala descendió por debajo de cero para, a continuación, de modo igualmente repentino, convertirse en un tórrido bochorno ecuatorial. Transcurrieron cinco largos segundos. No habría sido extraño, en aquella intensa temperatura, encontrarse una serpiente pitón colgando del techo… ni tampoco descubrir la alfombra cubierta de blancos zorros árticos cuando, transcurrido el tercer segundo, el frío glacial se impuso de nuevo.

¿Es que nadie iba a hacer ningún movimiento para quebrar el cristal, el gran velo transparente que se extendía ininterrumpidamente de extremo a extremo de la larga estancia?

Y de pronto, se dio un paso, un paso que llevó el macilento cuerpo de Bellobosque a menos de un metro de Irma. Con el siguiente paso, redujo a la mitad la distancia que los separaba y, de pronto, se alzaba junto a ella y se encontraba mirando unos ojos implorantes. Se sentía como si le hubiesen inyectado sangre de

león. El vigor inundó sus venas como si hubieran abierto un grifo.

—Estimadísima señora —dijo—, no tema, se lo ruego. Que un miembro de mi personal se haya arrojado a sus pies es vergonzoso, sí, vergonzoso, señora, pero ¿acaso no simboliza lo que todos sentimos? Lo vergonzoso del asunto radica en la debilidad de este hombre, señora, no en su pasión. Algunos, señora mía, borrarían su nombre de los registros, pero no. No. ¡Pues este hombre posee ardor, señora, ardor por encima de todo! ¡Un ardor que, en este caso, maldita sea —Bellobosque recayó en su habla habitual—, ha creado una situación enojosa! Por eso, estimada anfitriona, permítame, como director, que ordene sea retirado de su presencia. Le imploro, sin embargo, que le perdone, porque reconoció la calidad al verla y su único pecado es que, reconociéndola con excesiva violencia, no tuvo la fortaleza de encadenar su pasión.

Bellobosque hizo una pausa, se enjugó la frente con el antebrazo y se echó para atrás la blanca melena. Había hablado con los ojos cerrados. Una sensación de onírico poderío le invadía. En la oscuridad que se había impuesto, sabía que los ojos de Irma estaban fijos en él; podía sentir la intensidad de su presencia. Mientras pronunciaba este discurso, había podido oír los pies de su personal alejándose en discretas parejas e incluso se había escuchado a sí mismo hablando como por boca de otro.

Vaya órgano resonante y profundo tiene ese sujeto, pensó para sí, fingiendo por un instante que la voz que oía no era la suya, pues había en su naturaleza una vena de humildad que, de cuando en cuando, encontraba expresión.

Pero tales pensamientos no fueron sino momentáneos. Lo fundamental para él era la constatación de que de nuevo se encontraba a unos centímetros de la dama a la que tenía intención de cortejar con toda la astucia de la vejez y el ímpetu trepa-campanarios, salta-torrentes y asalta-establos de su recobrada juventud.

«¡Vive Dios! —exclamó quedamente y para sí, aunque en su cerebro resonó alto y claro—, ¡vive Dios que les voy a enseñar cómo se hacen las cosas! Dos brazos, dos piernas, dos ojos, una boca, orejas, tronco y posaderas, barriga y esqueleto, pulmones, tripas y espinazo, pies y manos, cerebro, ojos y testículos. Lo tengo todo, y bien puesto».

Sus ojos habían permanecido cerrados, pero en ese momento levantó los pesados párpados y, mirando por entre las pálidas pestañas, encontró en los ojos de su anfitriona un súcubo de amor tan ardoroso y húmedo que amenazaba con socavar su templo de mármol y derribar la estructura.

Bellobosque miró en derredor. Su personal, discreto hasta la indiscreción, se había reunido en grupos dispersos y conversaban entre sí como esos caballeros que, en un escenario, en un esfuerzo por parecer normales pero de hecho sin nada que decirse, repiten con languidez o animación simuladas «uno… dos… tres… cuatro» y así sucesivamente, aunque en el caso de los profesores, proferían sus fatuidades con el exceso de énfasis de lo no ensayado. En el otro extremo del salón, una masa de togados empezaba a mostrarse inquieta.

—¡Que me aspen si no estamos viendo una jirafa de cera! —masculló Mulfuego entre dientes.

—Pues claro que no, pedazo de carne impía —dijo Percha-Prisma—. ¡Me avergüenzo de ti!

—¡Y yo también, caramba! ¿Acaso soy una remolacha? ¡Ah, he conocido mejores días y mejores modos, que Dios bendiga mi alma! ¿Acaso soy una remolacha? —Quien esto decía era el alegre Florimetre, pero había una nota de irritación en su voz.

—Como dice Theoretícus en su diatriba contra el uso de la lengua vernácula… —susurró Franegato, que había esperado un buen rato a que se diera la coincidencia de tener el valor de decir algo y de tener algo que decir.

—¿Qué?, ¿qué dijo el viejo puñetero? —soltó Opus Chiripa.

Pero a nadie le interesaba y Franegato supo que su oportunidad había pasado, porque varias voces interrumpieron y cortaron su nerviosa réplica.

—Dime, Florimetre, si el director sigue mirándola y por qué no me pasas el vino, por el barro del que estamos hechos, esto me está dando una sed de cactus —dijo Percha-Prisma con la chata nariz apuntando al techo—. Si no fuera por mi buena educación, me volvería y lo comprobaría por mí mismo.

—No han movido ni una pestaña —dijo Florimetre—. ¡Parecen estatuas! Es de lo más extraño.

—En otro tiempo —intervino la voz lastimera de Franegato—, coleccionaba mariposas. Fue hace mucho, en una región de golondrinas cruzada de cauces secos. Pues bien, una tarde lluviosa, cuando…

—En otra ocasión, Franegato —dijo Florimetre—. Será mejor que te sientes.

Entristecido, Franegato se alejó del grupo en busca de una Milla.

Entre tanto, Bellobosque había estado paladeando ese raro aperitivo del amor, el imperecedero lenguaje de los ojos.

Comportándose con el aire de quien es dueño de cualquier situación, se echó la toga al hombro, como si

fuera una túnica y, dando un paso atrás, examinó la despatarrada figura tirada a sus pies.

Al retroceder ese paso, sin embargo, a punto estuvo de pisar los pies del doctor Prunescualo, y lo habría hecho de no ser por el ágil salto evasivo de su anfitrión.

El médico se había ausentado de la sala unos minutos y le acababan de informar de la presencia de la figura inmóvil en el suelo. Se disponía a examinar el cuerpo cuando Bellobosque dio el paso atrás y ahora se vio nuevamente demorado por el sonido de la voz del director.

—Estimada señora —dijo el viejo de testa leonina, que empezaba a repetirse—, el ardor lo es todo. O no… no todo… pero sí una buena parte. Que se haya visto usted abochornada por un miembro de mi personal, digamos que por uno de mis colegas, sí, pues en verdad lo es, será siempre para mí como ascuas ardientes. ¿Y por qué? Porque, mi querida señora, era mi deber prepararlo, instruirlo en materia de sutilezas o, sencillamente, maldición, no haberle permitido asistir. Y eso es lo que debo hacer ahora, dar instrucciones para que se lo lleven de aquí —dijo y, alzando la voz, añadió—: Caballeros, me sentiría honrado si dos de ustedes retiraran a su colega y lo llevaran de vuelta a sus aposentos. Tal vez los profesores… Franegato…

—¡De ninguna manera! ¡De ninguna manera! ¡No lo permitiré!

Era la voz de Irma, que dio un paso adelante y se llevó las manos a la larga barbilla, donde entrelazó los dedos.

—Señor director —musitó—, he escuchado cuanto tenía que decirme. Y ha sido espléndido, digo que ha sido espléndido. Cuando habló de ardor, yo, una mera mujer, digo que una mera mujer, comprendí. —Echó una mirada furibunda alrededor, con aire amenazador y nervioso, como si hubiera hablado de más—. Pero cuando constaté que, a pesar de su opinión, usted, señor director, estaba determinado a hacer que sacaran de aquí a este caballero —miró brevemente a la figura despatarrada a sus pies—, supe que me correspondía a mí, como su anfitriona, pedirle a usted, como mi invitado, que lo reconsiderara. No quisiera, señor, que se dijera que un miembro de su personal fue avergonzado en mi salón, que lo echaron sin contemplaciones. Acomodémosle en una silla, en un rincón oscuro. Que le sirvan vino y pastelillos, lo que él prefiera, y cuando se haya recobrado, dejemos que se una a sus amigos. Me ha honrado, digo que me ha honrado…

Fue entonces cuando vio a su hermano. Al instante se encontraba junto a él.

—Oh, Alfred, tengo razón, ¿no es cierto? El ardor lo es todo, ¿no crees?

Prunescualo contempló el rostro crispado de su hermana. Mostraba desnudamente la ansiedad, la emoción y también, dándole una expresión demasiado sutil para creerla, la luminosidad del despuntar del amor. «Ruego a Dios que no sea una vana esperanza —pensó Prunescualo—. Eso la mataría». Por un momento, la idea de lo sencilla que sería su vida sin ella se le pasó por la cabeza, pero apartó el feo pensamiento y, poniéndose de puntillas, entrelazó las manos a la espalda con tanta fuerza que su angosto e inmaculado pecho se hinchó como el de un pichón.

—Tanto si el ardor lo es todo como si no, mi querida hermana, lo cierto es que es una posesión reconfortante y cálida aunque, no lo olvides, puede llegar a ser muy sofocante, por todo lo oxidado, vaya que sí, pero Irma, terroncito de azúcar, que sea lo que haya de ser, porque, como médico, se me ocurre que ya va siendo hora de que hagamos algo por el guerrero que yace a tus pies. Tenemos que atenderle. ¿No le parece, señor Bellobosque, que tenemos que atenderle? Por todo lo que es sagrado para mi extraña profesión, no cabe duda de que debemos hacerlo…

—Pero no saldrá de esta habitación, Alfred…, no saldrá de esta habitación. Recuerda, Alfred, que es nuestro invitado.

Bellobosque intervino antes de que el médico pudiera replicar.

—Me ha humillado usted, señora —se limitó a decir, e inclinó su cabeza de león.

—Y usted me ha enaltecido —musitó Irma mientras un llamativo sonrojo le teñía el cuello.

—No, señora…, ¡eso sí que no! —murmuró Bellobosque—. Es usted demasiado amable —y, armándose de valor, se aventuró a decir—: ¿Quién podría aspirar a enaltecer un corazón que ya danza en la Vía Láctea?

—¿Por qué láctea? —dijo Irma, quien, sin ánimo de rebajar el nivel de la conversación, tenía la costumbre de interrumpir con preguntas directas. Por inmersa que estuviera en los grandes misterios, su cerebro, separado por así decir de los asuntos del alma, realizaba pequeños vuelos por cuenta propia, como un mosquito: hacía preguntas tontas, gastaba pequeñas bromas, hasta que salían en su busca y lo devolvían a rastras al lugar que le correspondía y las voces de su ser más profundo tomaban las riendas.

Por fortuna para Bellobosque, no hubo necesidad de que respondiera, porque el médico hizo señas a un par de togados y el postrado suplicante fue levantado de la alfombra y llevado, como una efigie de madera, a un rincón iluminado por las velas donde se había dispuesto un cómodo sillón con mullidos cojines verdes.

—Siéntenlo en el sillón, caballeros, si son tan amables, y le echaré una ojeada.

Los dos togados depositaron el rígido cuerpo que, tieso como un tablón, quedó apoyado únicamente por la cabeza en el respaldo del sillón y por los talones en el suelo. Entre estos dos extremos remetieron los mullidos cojines verdes para, por así decir, afianzar la tabla, para soportar el peso del hombrecillo, pero ningún peso descendió sobre ellos y los cojines permanecieron tan mullidos como de costumbre.

Había en la escena algo aterrador, un terror que la radiante sonrisa que había quedado congelada en el rostro del sujeto no contribuía a mitigar.

Con un gesto de magnificencia, el médico se despojó de su elegante chaqueta de terciopelo y la arrojó a un lado, como si ya no hubiese de necesitarla más.

Acto seguido, empezó a subirse las mangas de la camisa de seda, como un ilusionista.

Irma y Bellobosque estaban a poca distancia detrás de él. A esas alturas, las reservas de discreción de las que los profesores habían estado bebiendo estaban prácticamente agotadas y una horda contemplaba la escena en absoluto silencio.

El médico era plenamente consciente de eso, pero ni un pestañeo evidenció dicha conciencia y mucho menos el placer que obtenía de ser observado.

El incidente había cambiado por completo la atmósfera de la fiesta. La jocosidad y la sensación de libertad que con tanta espontaneidad habían surgido sufrieron un golpe poco menos que mortal. Aunque durante un rato se hicieron algunas bromas y se llenaron y vaciaron copas, una especie de oscuridad empañaba el espíritu de la estancia, y las bromas sonaron forzadas y el vino se bebió mecánicamente.

Pero ahora que el primer rubor de vergüenza colectiva había desaparecido de los rostros del personal docente, ahora que el bochorno era meramente cerebral y ahora que había algo capaz de mantenerlos absortos (pues la oportunidad que les ofrecía Prunescualo allí derecho, en mangas de camisa, esbelto como una cigüeña, con la piel sonrosada como la de una muchacha y las gafas centelleando a la luz de las velas, era irresistible), ahora que las cosas estaban así, empezaban a recuperar el equilibrio y con él, un sentimiento de esperanza, la esperanza de que la velada no estaba del todo perdida, de que les deparaba, una vez que el médico se hubiera encargado de su pasmado colega, como mínimo una fracción de ese raro abandono que había empezado a encenderles las lenguas y alegrarles la sangre, porque sólo una vez cada veinte años, se decían, les era posible alterar el ritmo imperecedero de Gormenghast, el ritmo que cada atardecer orientaba sus pasos en dirección oeste, en dirección a su patio.

Contemplaron en absoluto silencio cada uno de los movimientos del médico.

Prunescualo habló, al parecer para sí mismo, aunque, al alcanzar a los togados que estaban en la parte de atrás del público, su voz ciertamente sonó más chillona de lo que uno habría considerado necesario. Dio un paso adelante y al mismo tiempo levantó las manos ante sí a la altura de los hombros y ejercitó los dedos en el aire con la rapidez de un pianista profesional.

Luego juntó las manos y empezó a frotarse las palmas con los ojos cerrados.

—¡Más rara que la enfermedad de Bluggs o la espina espiral! —murmuró—. No hay duda de ello… por todo lo convulsivo… no cabe ninguna duda. Hubo un caso, realmente fascinante… Caramba, no recuerdo dónde ocurrió ni cuándo… muy parecido… si no recuerdo mal, el hombre había visto un fantasma… sí, sí… y la impresión por poco lo fulmina…

Irma desplazó los pies…

—Pues bien, impresión es la palabra operativa —continuó el médico, balanceándose suavemente sobre los talones con los ojos todavía cerrados—, y una impresión debe contrarrestarse con otra. Pero cómo y cuándo… cómo y cuándo… Veamos… veamos…

Irma no pudo esperar más.

—¡Alfred! —exclamó—. ¡Haz algo! ¡Haz algo!

El médico, sumido en sus cavilaciones, pareció no oírla.

—Ahora bien, tal vez si conociéramos la naturaleza de la impresión, su escala, el área del cerebro que la recibió… la clase de sobresalto…

—¡Sobresalto! —chilló la voz de Irma de nuevo—. ¡Sobresalto! ¿Cómo te atreves, Alfred? Sabes que fui yo quien le trastornó, pobre criatura, que fue por mí que perdió la cabeza, que es por mi causa por la que se encuentra rígido y en ese terrible estado.

—¡Ajá! —exclamó el médico. Era evidente que no había oído una palabra de lo que su hermana había dicho—. ¡Ajá! —Si antes mostraba un aspecto animado y vital, ahora lo parecía triplemente. Sus gestos eran tan rápidos y fluidos como el mercurio. Dio un animado paso hacia su paciente—. Por todo lo pragmático, es esto o nada. —Se llevó la mano a uno de los bolsillos del chaleco, sacó un pequeño martillo de plata y, enarcando las cejas, lo hizo girar unos instantes entre el pulgar y el índice.

Entre tanto, Bellobosque comenzaba a impacientarse. La situación había dado un extraño giro. No había previsto presentarse ante Irma en semejantes circunstancias ni era aquélla la atmósfera más propicia para el florecimiento del cariño. Para empezar, él había dejado de ser el centro de atención. Su deseo más inmediato era quedarse a solas con ella. La misma expresión «quedarse a solas con ella» le hizo sonrojarse y su blanca cabellera relumbró más que nunca contra el intenso rojo de su ceño. Miró a Irma e inmediatamente supo lo que tenía que hacer. Estaba más claro que el agua que la mujer estaba incómoda. La figura del sillón no ofrecía un espectáculo agradable para nadie, y mucho menos para una dama distinguida de gustos delicados.

Sacudió el desgreñado esplendor de su melena.

—Señora —dijo—. Este no es lugar para vos. —Se irguió en toda su altura, echó atrás los hombros y replegó el largo mentón en la garganta—. No es lugar para vos, señora. —Y entonces, temiendo que Irma lo interpretara mal y viera en su comentario algún reproche a su fiesta, le echó una rápida mirada a través de las pestañas. Pero la mujer no había encontrado nada impropio. Por el contrario, había gratitud en sus débiles ojillos, gratitud en la reluciente inclinación de su pecho y en el nervioso juego de sus manos.

Ya no oía la voz de su hermano. Ya no sentía la presencia de los hombres togados. Alguien se había mostrado considerado. Alguien se había dado cuenta de que ella era una mujer y de que no era apropiado que estuviera allí de pie con los demás como si no hubiera diferencia entre ella y sus invitados. Y ese alguien, ese ser noble y solícito, no era otro que el director… ¡Oh, era maravilloso que todavía quedase un caballero sobre la faz de la tierra! La juventud lo había abandonado, era cierto, pero no el romanticismo.

—Señor director —dijo, apretando los labios y alzando los ojos al escarpado rostro masculino con una coquetería inimaginable en ella—, a usted le corresponde decidirlo. A mí, obedecer. Hable. Le escucho…, digo que le escucho.

Bellobosque volvió la cabeza. La amplia y blanda sonrisa que se le había extendido por la cara no era la clase de cosa que quería que Irma viera. Hacía cosa de un año, sin previo aviso, la visión de su imagen en el espejo con una sonrisa (un antecedente de la incontrolable expresión que en aquel momento minaba la espuria grandeza de su rostro) le había conmocionado desagradablemente. Era meritorio que hubiese reconocido el peligro de permitir que algo así se hiciese público, pues Bellobosque se enorgullecía, no sin motivo, de sus facciones. Y por eso volvió la cara. ¿Cómo no dar rienda suelta a alguna manifestación de lo que sentía? Pues al oír las palabras de Irma «a usted le corresponde decidirlo», el amplio y espléndido panorama de la vida marital se abrió de pronto ante él, extendiendo a lo que parecía hasta el horizonte sus vistas de oro pálido, sus suaves praderas. Se vio a sí mismo como un roble inmemorial cuyas ramas divinas se extendían sobre Irma, un joven álamo cuyas hojas relumbraban como latidos bajo su sombra. Se vio como el águila orgullosa que se posa con un rumor de alas en un peñasco solitario. Vio a Irma esperándole sentada en el nido, pero, curiosamente, iba vestida con camisón. Y entonces, de improviso, se vio como un hombre muy viejo con dolor de muelas y su memoria atisbo un rostro envejecido en los espejos de un millar de cuartos de aseo.

Bellobosque aplastó aquella inoportuna imagen bajo el talón de sus sensaciones más inmediatas.

Se volvió hacia Irma.

—Le ofrezco mi brazo, estimada señora… tal cual es.

—Le acompañaré, señor director.

Irma entornó los diminutos párpados y echó una mirada de soslayo al señor Bellobosque quien, habiendo doblado el codo de un modo algo extravagante, y no depositando ella su mano en él, se detuvo un momento antes de dejarlo caer con una embriagadora sensación de derrota.

«¡Por todos los diablos! —murmuró apasionadamente para sí—. No soy tan viejo como para no captar las sutilezas».

—Perdone mi precipitación, estimada señora —dijo ahora en voz alta, inclinando la cabeza—, pero quizá… quizá comprenda…

Entrelazando las manos sobre su pecho, Irma volvió la espalda a la muchedumbre y, con un extraño contoneo, empezó a caminar hacia las regiones vacías de la sala. Iluminada por un centenar de velas, la alfombra había perdido parte de su fulgor y calidez, pues los gélidos rayos de la luna entraban a raudales por las ventanas abiertas.

Bellobosque echó una rápida mirada alrededor mientras se volvía para seguirla. Nadie parecía interesado en la partida de la pareja. Todos los ojos estaban fijos en el médico. Por un momento, Bellobosque lamentó no poder quedarse, porque el dramatismo se mascaba en el aire. Evidentemente, el médico estaba realizando un examen minucioso de la rígida figura, que estaba siendo despojada de sus ropas, una a una, tarea nada fácil, pues las articulaciones se mantenían inflexibles. No obstante, Molondro y

Lienzo, criados de los Prunescualo, se habían hecho cada uno con unas tijeras y, cuando era necesario y bajo la supervisión del médico, hacían uso de ellas para aligerar al paciente.

Prunescualo tenía todavía el martillito de plata en una mano y con la otra palpaba al rígido caballero con sus dedos de pianista como si fuera un teclado, con las cejas enarcadas y la cabeza inclinada, como un afinador.

De un vistazo, Bellobosque comprendió que, al seguir a Irma, se perdía el clímax de un importante drama, pero, dando media vuelta y viéndola de nuevo, supo que un drama aún más importante le estaba esperando.

Con la hermosa toga blanca ondeando tras él, salió en pos de Irma con paso majestuoso y, a la décima zancada, entró en la órbita de su perfume.

Sin detener el movimiento oscilante de su paso, Irma volvió la cabeza sobre su blanco cuello de cisne. Su pendiente de esmeralda centelleó. Su larga y afilada nariz, inmaculadamente empolvada, hubiera hecho desistir a no pocos pretendientes, pero para Bellobosque tenía las proporciones de un pico en la orgullosa cabeza de un pájaro, exquisitamente peligrosa y afilada, algo más digno de admiración que de amor. Era casi un arma, pero un arma que, estaba seguro de ello, nunca se volvería contra él. Comoquiera que fuese, la nariz era de Irma y ese sencillo hecho la justificaba.

Mientras se aproximaban al ventanal que se abría a la noche, Bellobosque inclinó la cabeza hacia ella.

—Éste es nuestro primer paseo juntos —dijo.

La mujer se detuvo al mismo tiempo que llegaban a la cristalera abierta. Era evidente que lo que él había dicho la había conmovido.

—Señor Bellobosque —susurró—, no debería decir esas cosas. Apenas nos conocemos.

—Muy cierto, señora mía, muy cierto —convino Bellobosque. Sacó un gran pañuelo de color gris y se sonó las narices. Esto va para largo, pensó… a menos que tomara algún atajo, algún sendero secreto de los que cruzan los claros encantados del bosque del amor.

Ante ellos, brillando tétricamente a la luz de la luna, se extendía el jardín cerrado. Las copas de los árboles brillaban con la blancura de la espuma y las frondas inferiores se veían negras como las aguas de un pozo. El jardín entero era una litografía en los negros más intensos y los blancos más chillones. Rodeado de esculturas, el estanque de los peces resplandecía con una especie de lunar vulgaridad. Una fuente proyectaba sus blancos chorros a la noche. Bajo las lívidas pérgolas, bajo las arcadas de piedra, bajo las jardineras, bajo el gran jardín de rocas, bajo los árboles frutales, bajo cada objeto blanco de luna se extendían las sombras negras como focas bañadas por el mar. No había grises. No había transición. Era un cuadro aterradoramente simple.

Juntos lo contemplaron.

—Decía hace un momento, señorita Prunescualo, que apenas nos conocemos. Y qué cierto es… si medimos nuestro mutuo conocimiento por las manecillas del reloj. Pero ¿es posible, señora mía, es posible que lo midamos de ese modo? ¿No hay algo en nosotros que contradice tan vulgar medida? ¿O acaso me estoy envaneciendo? ¿Acaso me estoy exponiendo a vuestro escarnio? ¿Estoy abriendo mi corazón demasiado pronto?

—¿Su corazón, señor?

—Mi corazón.

Irma se debatió consigo misma.

—¿Qué estaba diciendo sobre él, señor director?

Bellobosque no consiguió recordarlo, así que unió sus grandes manos a la altura del órgano en cuestión y esperó unos momentos a que llegara la inspiración. Por lo visto había ido más de prisa de lo que pretendía y se le ocurrió que su silencio, lejos de debilitar su posición, la reforzaba. Parecía dar una profundidad añadida a sus acciones y a su persona. La haría esperar. ¡Oh, la magia del silencio, su poder! Sintió que la garganta se le contraía como si estuviera mordiendo un limón.

Esta vez, al doblar el brazo, supo que ella lo tomaría. Y así fue. Los dedos de Irma en su antebrazo aceleraron su viejo corazón y entonces, sin decir palabra, avanzaron juntos hacia el jardín iluminado por la luna.

No fue fácil para Bellobosque decidir en qué dirección escoltar a su anfitriona. Poco imaginaba que era él el dirigido. Y era la cosa más natural, pues Irma conocía cada pulgada de aquel espantoso lugar.

Durante un rato permanecieron junto al estanque, donde el reflejo de la luna brillaba con fatua vacuidad. Lo contemplaron y luego alzaron la vista hacia el original. No tenía mayor interés que su acuoso

fantasma, pero ambos sabían que no hacer caso de la luna en una noche así sería de una insensibilidad rayana en la barbarie.

Que Irma supiera que en el jardín había un cenador no era culpa suya, ni tampoco lo era que Bellobosque lo ignorara. Sin embargo, en su fuero interno se sonrojó mientras, como quien no quiere la cosa, doblando a derecha e izquierda en las encrucijadas de los caminos o bajo emparrados cargados de flores, iba conduciendo al director, indirecta pero decididamente, en esa dirección.

Bellobosque, en cuya imaginación aparecía un lugar idéntico al que, sin saberlo, se dirigía, había resuelto que era mejor que pasearan en silencio para que, cuando tuviera ocasión de sentarse y descansar los pies, su voz grave, al salir de las profundidades de su pecho, sonara en todo su esplendor.

Al rodear un gran arbusto de lilas coronado por la luz de la luna y encontrarse repentinamente ante el cenador, Irma se sobresaltó y dio un paso atrás. Bellobosque se detuvo junto a ella. Aprovechando que Irma había vuelto la cara hacia el otro lado, contempló distraídamente el apretado moño de color gris metálico que, sin un solo cabello fuera de sitio, brillaba bajo la luna. No era, sin embargo, nada en lo que un hombre debiera holgarse y, volviéndose a mirar el cenador que tanto la había turbado a ella, se enderezó y, colocando el pie en un ángulo bastante más agresivo, adoptó una postura teatral de la que nada sabía, pues era el equivalente inconsciente de lo que en aquel momento pasaba por su mente.

Se veía como la clase de hombre que nunca se aprovecharía de una mujer indefensa, un hombre generoso y comprensivo, alguien en quien cualquier damisela podría confiar en un bosque solitario. Pero también se veía como un macho. Su juventud había quedado tan atrás que no recordaba nada de ella, aunque daba por supuesto, erróneamente, que había saboreado la fruta purpúrea, roto corazones e hímenes, arrojado flores a damas asomadas a los balcones, bebido champán en sus zapatos y, en general, que había sido irresistible.

Dejó que los dedos de Irma le soltaran el brazo. Era en momentos como aquél cuando tenía que proporcionarle una sensación de libertad, sólo para atraerla aún más al otro lado del denso velo de su benevolencia.

Se echó mano a las hombreras de su blanca toga.

—¿Huele usted las lilas, señora? —dijo—, ¿las lilas iluminadas por la luna?

Irma se volvió.

—Tengo que ser sincera con usted, señor Bellobosque —dijo—. Si le dijera que las huelo cuando no es así, le estaría mintiendo y me estaría mintiendo a mí también. No comencemos así. No, señor Bellobosque, no las huelo. Estoy un poco resfriada.

Bellobosque tuvo la sensación de que tenía que partir de cero una vez más.

—Ustedes las mujeres son criaturas delicadas —dijo después de un largo silencio—. Deben cuidarse.

—¿Por qué habla usted en plural, señor Bellobosque?

—Estimada señora —repuso él lentamente y, tras una pausa—: Estimada… señora —repitió. Al oír su voz repitiendo las dos palabras por segunda vez, se le ocurrió que dejarlas tal como estaban, incoherentes, sin timón, sin prefacio o paréntesis, era con mucho lo mejor que podía hacer. No dijo una palabra más y el silencio resultó excitante, un silencio que, quebrado con una respuesta a la pregunta de ella, transformaría lo mágico en trivial.

No le respondería. Haciendo uso de su venerable cerebro, jugaría con ella. Irma tenía que darse cuenta desde el principio de que no siempre debía esperar respuesta a sus preguntas, de que los pensamientos de él podían encontrarse en otro lugar, en regiones en las que a ella le resultaría imposible seguirle… o de que sus preguntas (por mucho que él la amara y ella lo amara a él) no valía la pena contestarlas.

La noche se derramaba sobre ellos desde todos los lados: un millón de millones de kilómetros cúbicos de noche. ¡Oh, la alegría de encontrarse junto a la persona amada desnudo, por así decir, sobre una canica que gira mientras las esferas cruzan llameantes el universo!

Sin darse cuenta, ambos entraron en el cenador y se sentaron en un banco que encontraron atisbando en la profunda oscuridad aterciopelada. Era como si estuvieran en una caverna, aunque aquí y allá ésta estaba realzada por unos brillantes charquitos de luz de luna. Concentrados en su mayoría en la parte del fondo del cenador, estos charcos lívidos resultaron al principio un tanto perturbadores, pues iluminaban con descarado énfasis distintas partes de sus cuerpos. No obstante, había que aceptar esta arbitraria iluminación, pues, después de alzar la vista hacia donde las aberturas del tejado dejaban pasar la luz de la luna, a Bellobosque no se le ocurrió cómo sellarlas.

Desde el punto de vista de Irma, el aspecto moteado del cavernoso cenador resultaba al mismo tiempo relajante e irritante.

Relajante porque internarse en una caverna cuajada de noche sin un miserable parpadeo de luz para

calibrar la distancia que la separaba de su compañero habría sido aterrador aun conociendo y confiando en el cortés e irreprochable caballero que la acompañaba. Aquel cenador moteado no era pues tan siniestro. Las luces que lo engalanaban, cierto es que más lívidas que alegres, se las arreglaban para disipar esa sensación de terror sólo conocida por los fugitivos o por quienes se han visto sorprendidos por la noche en un condado de espectros.

Sin embargo, aunque su satisfacción por el hecho de que la oscuridad no fuera total era grande, un sentimiento de irritación tan intenso como su alivio luchaba en su pecho plano por la supremacía. Esta irritación, difícilmente comprensible para nadie que no tuviera la figura de Irma ni una vivida imagen del cenador en cuestión, se debía al modo exasperante en que los rombos de luz caían sobre su cuerpo.

Más por nerviosismo que por otra cosa, Irma había sacado un espejo de mano al abrigo de la oscuridad y, sosteniéndolo en alto, no vio en el aire oscuro ante ella más que un largo y afilado segmento de luz. El espejo era del todo invisible, al igual que la mano y el brazo que lo sostenían, pero el reflejo independiente y luminoso de su nariz revoloteaba ante ella en la oscuridad. Al principio no supo de qué se trataba. Movió ligeramente la cabeza y vio ante ella uno de sus débiles ojillos reluciendo como el azogue, una visión capaz de anonadar en cualquier circunstancia, pero infinitamente más cuando el órgano en cuestión le pertenece a uno.

El resto de su cuerpo era medianoche indistinguible a excepción de un par de pies enormes y espectrales. Irma los arrastró, pero aquella mancha de luz era la más grande del cenador y sustraerse a ella requería una tensión muscular insoportable.

La cabeza de Bellobosque, iluminada, hacía que éste pareciera, más que nunca, un profeta mayor. No cabía duda de que sus níveos cabellos florecían.

Sabiendo que aquella luz maravillosa y penetrante que transfiguraba aquella cabeza era algo que no había que perderse, algo, de hecho, en lo que fijarse detenidamente, hizo un gran esfuerzo para olvidarse de sí misma, como haría cualquier enamorada de verdad, pero algo en ella se rebelaba contra una concentración tan exclusiva en su admirador, pues no ignoraba que debería ser ella la contemplada, ella la observada con detenimiento.

¿Acaso había pasado casi todo el día emperifollándose para sentarse en la oscuridad sin que se le viera otra cosa que los pies y la nariz?

Era intolerable. La relación visual andaba mal, pero que muy mal.

Bellobosque se había llevado un susto cuando, durante un momento, vio ante sí, en rápida sucesión, una nariz iluminada por la luna y luego un ojo iluminado por la luna. Evidentemente pertenecían a Irma. No había en todo Gormenghast nariz tan semejante a un cuchillo ni ojo tan débil y preocupado, a excepción de su compañero. Ver ante sí aquellos rasgos mientras la dama a la que pertenecían estaba sentada a su derecha, oculta pero muy palpable, desconcertó al anciano, y no fue hasta un rato después de vislumbrar el centelleo del espejo al guardarlo Irma en su bolsito cuando comprendió lo que había sucedido.

La oscuridad era tan profunda y oscura como el agua.

—Señor Bellobosque —dijo Irma—, ¿me oye usted, señor Bellobosque?

—Perfectamente, estimada señora. Su voz es alta y clara.

—Quisiera que se sentara usted a mi derecha, señor director… quisiera que intercambiásemos nuestros asientos.

—Cualquier cosa que usted quiera, aquí estoy yo para que dada le sea —dijo Bellobosque y, durante un momento, esbozó una mueca de dolor pues el caos gramatical de su respuesta había herido lo que de erudito quedaba en él.

—¿Nos levantamos a la vez, señor director?

—Estimada señora —replicó él—, que así sea.

—Apenas puedo verle, señor director.

—Aun así, estoy a su lado. ¿Le serviría mi brazo de ayuda en nuestro intercambio? Es un brazo que, en años pasados…

—Soy perfectamente capaz de ponerme de pie por mis propios medios. Señor Bellobosque, soy perfectamente capaz, gracias.

Bellobosque se levantó, pero al hacerlo, la toga se le enganchó en alguna rústica contorsión del banco de jardín y se encontró sentado en el aire.

—¡Demonios! —masculló ferozmente y, tirando de la toga, le hizo un gran desgarrón. Una desagradable vaharada de mal genio lo invadió y el rostro se le congestionó.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó Irma—. He dicho que qué ha dicho usted.

Por un momento, en la confusión de su enfado, sin darse cuenta se había proyectado de vuelta a la sala

de profesores o a su aula o a la vida que había llevado durante decenas de años…

Sus viejos labios se contrajeron y dejaron al descubierto su descuidada dentadura.

—¡Silencio! —dijo—. ¡No en vano soy su director! En cuanto hubo hablado y se dio cuenta de lo que había dicho, el cuello y la frente le ardieron.

Paralizada por la emoción, Irma no pudo moverse. De haber poseído Bellobosque alguna clase de instinto telepático, habría sabido que tenía a su lado un fruto que, al menor contacto, le caería en las manos de tan maduro que estaba. Ignoraba todo esto pero, por suerte para él, el bochorno le impidió articular palabra. Y el silencio estaba de su parte. Irma fue la primera en hablar.

—Me ha dominado usted —dijo. Y sus palabras, sencillas y sinceras, tenían más orgullo que humildad. Tenían el orgullo de la rendición.

El cerebro de Bellobosque no era muy rápido, pero de ningún modo estaba moribundo. En aquel momento, su estado de ánimo temblaba en el polo opuesto de su temperamento. Eso en modo alguno contribuía a aclararle el pensamiento. Pero sí percibía la necesidad de andarse con extremada cautela. Percibía que su posición, aunque delicada, era ventajosa. Descubrir que su grosería al exigir silencio de su anfitriona lo había encumbrado a los ojos de ella en lugar de degradarlo suscitó en él una especie de regocijo que, aunque vergonzoso, era sin embargo inocente. Era el regocijo del niño cuya travesura no ha sido descubierta.

Ambos estaban de pie. Esta vez no le ofreció el brazo a Irma. Buscó a tientas en la oscuridad y encontró el de ella a la altura del codo. Los codos no son románticos, pero la mano de Bellobosque tembló al agarrar la articulación y la articulación tembló al contacto con su mano. Permanecieron un momento así. El perfume de piña de Irma era abrumador.

—Siéntese —dijo Bellobosque.

Habló con un tono un poco más alto, como alguien que goza de autoridad. No tenía por qué mostrarse severo, magnético o masculino. La bendita oscuridad hacía innecesario cualquier esfuerzo en esa dirección. Al amparo de la noche, Bellobosque se dedicó a hacer muecas: sacó la lengua, hinchó los carrillos… Estaba tan lleno de alegría…

Respiró hondo y eso le serenó.

—¿Se ha sentado usted, señorita Prunescualo?

—Oh, sí… Pues claro que sí —respondió ella en un susurro.

—¿Cómodamente, señora?

—Cómodamente, señor director, y en paz.

—¿En paz, estimada señora? ¿Qué clase de paz?

—La paz, señor director, de quien nada teme, de quien tiene fe en el brazo firme de la persona amada. La paz de corazón, mente y espíritu que son el atributo de quienes han descubierto lo que significa entregarse sin reservas a algo augusto y tierno.

La voz se le quebró y entonces, como para probar lo dicho, Irma gritó en la noche.

—¡Tierno!, eso es lo que he dicho. ¡Tierno y sin compromiso!

Bellobosque se desplazó ligeramente; casi se tocaban.

—Dígame, mi querida señora, si es de mí de quien hablaba. Si no es así, humílleme…, no tenga piedad y rómpale el corazón a un anciano con una sola sílaba. Si dice «no», sin una palabra la dejaré a usted y a este fecundo cenador, me internaré en la noche, saldré de su vida y quizá, quién sabe, también de la mía…

Estuviera o no engañándose, lo cierto es que estaba viviendo la esencia de lo que decía. Quizá el simple uso de las palabras le estimulaba tanto como la presencia de Irma y sus propios designios, pero eso no significa que el efecto global no fuera sincero. Estaba imbuido de todo lo relacionado con el amor y vadeaba sumergido hasta el pecho entre macizos de espinosas rosas. Aspiraba los aromas de una isla mágica. Su cerebro nadaba en un mar de especias. Pero no por ello había perdido de vista sus propósitos.

—Era de usted de quien hablaba —dijo Irma—. De usted, señor Bellobosque. No me toque. No me tiente. No haga nada. Sólo quédese a mi lado. No permitiré que profanemos este momento.

—De ningún modo, de ningún modo. —La voz de Bellobosque era grave y subterránea y la escuchó con placer. Pero era lo bastante sensible para saber que, a pesar de su sepulcral belleza, la frase que acababa de pronunciar era patéticamente inadecuada, y por eso añadió—: De ninguna de las maneras… —como si iniciara una frase—. De ninguna de las maneras, ah, definitivamente no, porque ¿quién puede prever cuándo, de improviso, la daga del amor…? —Pero se interrumpió. Aquello no iba a ninguna parte. Tenía que empezar de nuevo.

Tenía que decir cosas que borraran de la mente de Irma sus anteriores comentarios. Tenía que arrebatarla.

—Estimada mía —dijo, zambulléndose en las frondosas y febriles lindes del bosque del amor—. ¡Estimada mía!

—Señor Bellobosque… ¡Oh, señor Bellobosque! —respondió ella con voz apenas audible.

—Es el director de Gormenghast, su pretendiente, quien le habla, querida. Es un hombre maduro y amable y, sin embargo, disciplinario, temido por los malvados, el que se sienta a su lado en la oscuridad. Quisiera que se concentrara en eso. Cuando le digo que voy a llamarla Irma, no estoy pidiendo permiso a mi lucero amado… le estoy informando de lo que voy a hacer.

—¡Dígalo, hombre de mi vida! —exclamó Irma, desmandándose. Su voz estridente, que desentonaba con la secreta y callada atmósfera de galanteo en un cenador, desgarró la oscuridad.

Bellobosque se estremeció. La voz de Irma lo había conmocionado. En otro momento más apropiado le enseñaría a no hacer esas cosas.

Al recostarse de nuevo en el rústico respaldo del banco, se dio cuenta de que sus hombros se rozaban.

—Lo diré. A fe mía que lo diré, querida. No como una vulgar declaración sin pies ni cabeza, no como una mera reiteración del nombre más encantador y estimulante de Gormenghast, sino entretejido en mi oratoria, como parte integral de nuestra conversación, Irma, pues, como ve, ya ha salido de mi boca.

—Señor Bellobosque, me resulta imposible separar mi hombro del suyo.

—Y yo no tengo ningún deseo de hacerlo, paloma mía —dijo él y alzando su manaza, le palmeó el hombro aludido.

Llevaban tanto rato en la oscuridad que había olvidado que Irma llevaba un traje de noche. Al tocar su hombro desnudo, experimentó una sensación que le aceleró el corazón. Durante un momento se sintió aterrado. ¿Qué criatura era aquella que tenía al lado?, e invocó a un Dios desconocido para que lo librara de lo Desconocido, de los Serpentino, de todo lo vergonzoso, del demonio y la carne.

La enorme sima entre los sexos se abrió… así como un abismo, al mismo tiempo terrible y excitante, negro y escarpado como el cenador en el que estaban sentados; una vasta oscuridad, peligrosa e imponderable y sembrada con los restos de puentes caídos.

No obstante su mano se quedó donde estaba. Los músculos del hombro de Irma estaban tensos como una cuerda de arco, pero la piel era como satén. Y, de pronto, el terror de Bellobosque desapareció y una poderosa sensación, hasta podríamos decir que fogosa, empezó a poseerlo.

—Irma —susurró roncamente—, ¿es esto un sacrilegio? ¿Estamos manchando la reputación del amor más puro? A usted le corresponde decidirlo. Por lo que a mí respecta, camino entre arco iris…, por lo que a mí respecta… —Pero tuvo que interrumpirse pues, por encima de todo, deseaba tirarse al suelo de espaldas y patalear con sus viejas piernas a diestra y siniestra como un gallo de corral. Dado que eso no podía hacerlo, no le quedó más remedio que sacar la lengua en la oscuridad, bizquear y hacer muecas extravagantes de todo tipo. Unos atroces escalofríos le recorrían el espinazo.

En cuanto a Irma, no pudo responder. Lloraba de alegría. Su única respuesta fue poner su mano en la del director. Involuntariamente se acercaron más. Durante unos momentos reinó entre ellos ese silencio que todos los enamorados conocen, ese silencio que es un pecado romper hasta que, por propia voluntad, llega el momento y los brazos se relajan y los miembros agarrotados pueden estirarse de nuevo y ya no parece una falta de sensibilidad inquirir por la hora o hablar de otras cuestiones que no tienen cabida en el Paraíso.

Finalmente Irma rompió el silencio.

—Qué feliz soy —dijo en voz queda—. Qué feliz, señor Bellobosque.

—Ah…, querida…, ah —dijo el director hablando despacio y con gran serenidad—… Así debe ser…, así debe ser.

—Mis sueños más disparatados se han hecho realidad, se han convertido en algo que puedo tocar —dijo ella, y le oprimió la mano—. Mis pequeñas fantasías, mis pequeñas visiones, ya no lo son, querido maestro, ahora tienen sustancia, se han encarnado en usted… se han encarnado en usted.

Bellobosque no estaba seguro de que le gustara ser una de las pequeñas fantasías o visiones de Irma, pero su sentido de lo indecoroso estaba empantanado por la excitación.

—¡Irma! —exclamó, y la atrajo hacia sí. El cuerpo de ella cedía menos que una bandeja de pasteles, pero podía oír su respiración agitada.

—No es usted la única cuyos sueños se han hecho realidad, querida. Cada uno tiene en los brazos los sueños del otro.

—¿Lo dice en serio, señor Bellobosque?

—Naturalmente, ah, naturalmente —dijo él. A pesar de la oscuridad, Irma se lo representaba a su lado, lo veía con todo detalle, pues tenía una memoria excelente. Y lo que veía le gustaba. De pronto su

imaginación se había convertido en un órgano poderoso, en realidad más perceptivo, claro y saludable que sus ojos reales, que tantos problemas le daban.

Y así, mientras conversaba con él, no tenía la sensación de estar comunicándose con una presencia invisible. La oscuridad se había olvidado.

—¿Señor Bellobosque?

—¿Señora mía?

—De algún modo, yo sabía…

—También yo…, también yo.

—Este hecho extraño y hermoso…, no me atrevo a abundar en ello…, que las palabras puedan ser tan innecesarias…, que cuando empiezo una frase, no haya necesidad de terminarla…, todo esto y tan de repente. Repito, tan de repente… —Lo que para los jóvenes sería repentino, para nosotros es reposado. Lo que en ellos sería temerario es un juego de niños para usted, querida, y para mí. Somos personas maduras, querida, juiciosas. El brillo dorado, la pátina del tiempo nos cubren. Por tanto, estamos seguros y no experimentamos angustias de jovenzuelos. Admitamos nuestros años, señora. El tiempo, es cierto, ha aplanado nuestros pies, oh, sí, pero ¿con qué propósito? Con el de afianzarnos, con el de darnos equilibrio, con el de llevarnos sanos y salvos por los senderos montañosos. Dios me bendiga… ah, Dios me bendiga. ¿Cree usted que podría haberla cortejado victoriosamente en mi juventud? ¡Ni en un millón de años! ¿Y por qué, eh? ¿Y por qué? Inexperiencia, ésa es la respuesta. Pero ahora, en el espacio de media hora o menos, la he tomado al asalto, al asalto. ¿Y acaso estoy sin aliento? No. He traído mis cañones para asediarla y, sin embargo, todavía me queda abundante munición… Ah, sí, sí, Irma, madura mía… ¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted? Maldita sea, somos personas equilibradas y de eso se trata.

La imagen mental de Irma era aterradoramente clara. La voz de Bellobosque había realzado los contornos de su imagen.

—Pero yo no soy vieja, señor Bellobosque, ¿no es cierto? —dijo Irma después de un silencio. A decir verdad, se sentía joven como un pichón.

—¿Qué es la edad? ¿Qué es el tiempo? —dijo Bellobosque, y a continuación, respondiéndose a sí mismo con voz sombría, dijo—: ¡El infierno! Y los odio.

—No, no, no lo permitiré —dijo Irma—. No lo permitiré, señor Bellobosque. La edad y el tiempo son lo que uno hace de ellos. No volvamos a mencionarlos.

Bellobosque se acomodó en sus viejas posaderas.

—¡Señora! —exclamó de pronto—. ¡Señora! Se me ha ocurrido algo que estoy seguro que le parecerá de lo más cómico.

—¿De veras, señor Bellobosque?

—Relacionado con lo que ha dicho sobre la edad y el tiempo. ¿Me escucha, querida?

—Sí, señor Bellobosque… ¡ávidamente!… ¡Ávidamente!

—Me parece que sería de lo más divertido decir, en una reunión, cuando se presentara el momento oportuno, tal vez en el curso de una conversación sobre relojes que uno mismo podría sacar a colación, podría decirse con toda la frivolidad del mundo: «El tiempo es lo que uno hace de él». Volvió la cabeza hacia ella en la oscuridad y esperó. No hubo respuesta de Irma. La mujer pensaba frenéticamente y empezaba a sentirse presa del pánico. El rostro crispado de ansiedad le ardía y no podía emitir ningún sonido. Y de pronto tuvo una idea. Se pegó un poco más contra él.

—¡Qué delicioso! —consiguió decir al fin, pero su voz sonó muy forzada.

El silencio que siguió no duró más que unos segundos, pero para Irma fue tan largo como esa escalofriante quietud que aguarda a los pecadores cuando, ante el trono del juicio, esperan a recibir el veredicto. El cuerpo le temblaba, porque había mucho en juego. ¿Había dicho algo tan estúpido que ningún director de escuela que se preciara se dignaría siquiera aceptarla? ¿Había levantado sin querer alguna trampilla de su cerebro y revelado a su brillante pretendiente lo fría, negra, aburrida y estéril que era la región que había dentro?

No. ¡Ah, no! Porque su voz, que volvía a surgir de la penumbra, tenía, si cabe, una ternura aún mayor de la que nunca hubiera osado esperar en un hombre.

—Tienes frío, mi amor. Estás helada. La noche no es para pieles delicadas. Por todos los demonios que no lo es. ¿Y yo? ¿Qué hay de mí, de tu pretendiente? ¿También tiene frío tu viejo galán, querida? Lo tiene, en efecto. Y lo que es más, se está hartando de tanta oscuridad. De la oscuridad que todo lo cubre, que enmascara las facciones vivas de la belleza, que te envuelve, Irma. Por todos los demonios, es una situación exasperante y baldía… —Bellobosque empezó a levantarse—… Te digo, querida, que este cenador es detestable. Sintió la presión de unos dedos en el antebrazo. —Ah, no, no… No te permitiré que blasfemes.

No consentiré que uses lenguaje obsceno en nuestro sagrado cenador.

Por un momento, Bellobosque se sintió tentado de hacerse el travieso. Su estado de ánimo oscilaba rápidamente movido por la excitación básica del cortejo. ¡Era tan delicioso ser reprendido por una mujer! Se preguntó si valdría la pena sobresaltarla con la excusa de su desbordante amor, paladear de nuevo el dulce vino de la reprimenda, los efluvios nunca antes experimentados del remordimiento fingido… ¿Compensaría eso la degradación de su estatus moral? ¡No! No bajaría de su pináculo.

—Este cenador será para siempre el nuestro —dijo—. Es la oscuridad que retiene cautiva, esta materia oscura como boca de lobo que me oculta tu rostro…, es esta oscuridad lo que yo llamé detestable, y lo es. Es tu rostro, Irma, tu rostro altivo, lo que yo ansío ver. ¿Es que no lo comprendes? ¡Por el gran claro de luna, amor mío, por el vasto claro de luna! ¿Acaso no es natural que un hombre desee deleitarse en el semblante de su amada?

La palabra «amada» afectó a Irma como lo habría hecho una herida de bala. Se llevó las manos al pecho y, al presionar sobre éste, el agua tibia de su falso seno gorgoteó en la oscuridad.

Pensando que Irma se estaba riendo de lo que él había dicho, Bellobosque se puso tieso. Pero el terrible sonrojo de humillación que estaba a punto de asomar a su rostro fue sofocado por la voz de Irma. El gorgoteo debía de ser sin duda una manifestación de amor, de un extraño y acuoso amor insondable para él, porque la mujer dijo:

—Oh, profesor, llévame donde la luna te muestre a mí.

—¿Mostrarte a mí? —repitió Bellobosque que, durante un buen rato, fue incapaz de descifrar lo que para él sonó como un idioma extranjero. Pero no se quedó quieto, como habrían hecho hombres de menor talla mientras meditaban, sino que, respondiendo a la primera parte de la orden de Irma, la llevó fuera del cenador. Al instante la luz los inundó… y al mismo tiempo, la sintaxis de Irma quedó clara en la mente del director.

Avanzaron juntos, como espectros, como estatuas móviles que proyectaban sus largas sombras negras cruzando los senderos, bajando las pendientes de roca, trepando por los enrejados.

Por fin se detuvieron brevemente en el lugar donde un querubín de piedra se agazapaba al borde de una pila de granito para los pájaros. A la izquierda veían las ventanas iluminadas de la larga sala de recepciones. Pero lo que no pudieron ver es que en medio de un público extasiado, el médico empuñaba el martillito de plata como quien está a punto de jugarse el todo por el todo. No podían saber tampoco que, mediante un sobrenatural esfuerzo de voluntad, el control pleno de todas sus facultades deductivas y la liberación de un talento irracional, el médico había llegado a la clase de conclusión más comúnmente asociada a los compositores que a los científicos y se hallaba en aquel momento al borde del éxito o del fracaso.

Para ayudar al médico en su exhaustiva búsqueda de la causa de la parálisis, el «cuerpo» había sido despojado de todas sus ropas, a excepción del birrete.

Lo que sucedió después fue algo que, a pesar de las muchas divergencias entre los relatos que se hicieron posteriormente, porque parecía que cada uno de los profesores presentes percibió algún detalle menor oculto para los demás, coincidía en lo esencial. La velocidad a la que sucedió fue fenomenal y debe comprenderse que las microscópicas elaboraciones del incidente que durante tanto tiempo fue el principal tema de conversación no fueron más que invenciones que tenían el propósito más o menos encubierto de redundar en beneficio del narrador, posiblemente mediante la aureola de gloría indirecta que todos creían poseer por el mero hecho de haber estado allí. Sea como fuere, todos coincidían en que el médico, con las mangas de la camisa bien arremangadas, de repente se irguió de puntillas y, alzando el martillo de plata en el aire, donde relumbró a la luz de las velas, lo dejó caer, al parecer con una especie de impulso descendente controlado, sobre las regiones inferiores de la espina dorsal. Tras el impacto del martillo, el médico retrocedió de un salto y contempló, con los brazos extendidos a los lados y los dedos rígidos, la instantánea convulsión de su paciente. Retorciéndose como una anguila agonizante, ese caballero saltó de pronto en el aire y, aterrizando sobre sus pies, fue visto atravesar la habitación y los ventanales como una centella y correr por el césped iluminado por la luna a una velocidad que desafiaba la credulidad de todos los presentes.

Y aquellos que, agrupados en torno al médico, habían sido testigos de la transformación y el notable atletismo que tan rápidamente le siguió no fueron los únicos sorprendidos por el espectáculo.

En el jardín, entre las lívidas manchas y los fríos pozos de sombra, una voz decía:

—No sería apropiado, Irma querida, que esta noche, esta primera noche, agotásemos nuestros corazones… no, no, no sería apropiado, dulce prometida.

—¿Prometida? —exclamó Irma, mostrando los dientes en un relampagueo y meneando la cabeza—. Oh,

profesor, ¡no es posible! ¡Todavía no!

Bellobosque frunció el ceño como Dios considerando el estado del mundo en el Tercer Día. Una sagaz sonrisa jugueteó por su vieja boca, pero al parecer se perdió entre las arrugas.

—Naturalmente, mi delicioso timón. Una vez más fijas mi rumbo, y por eso te adoro, Irma…, todavía no prometida, es cierto, pero…

El anciano se sacudió como un arma con retroceso e Irma con él, porque en ese momento estaba entre sus brazos entogados. Apartando sus atónitos ojos de los del director, Irma siguió su mirada y al instante se aferró a él en un desesperado abrazo, porque de pronto vieron ante ellos, desnuda bajo los deslumbrantes rayos de la luna, una figura fugitiva que, pese a lo corto de sus piernas, cubría las distancias con la velocidad de una liebre. La borla del negro birrete, única apelación a la decencia, se sacudía detrás como la cola de un burro.

En cuanto Irma y el director vieron la aparición, ésta alcanzó el alto muro del jardín. Nunca se descubrió cómo pudo trepar por él. Sencillamente lo subió, acompañado de su sombra, y lo último que se vio del señor Chirlomirlo, en otro tiempo miembro del personal del señor Bellobosque, fue un lunar relampagueo de nalgas donde el alto muro apuntalaba el cielo.

TREINTA Y SIETE

Quedaban al menos tres horas por consumir. Era insólito para Pirañavelo tener que pensar en tales términos, pues siempre andaba tramando algo. Siempre existía, en el siniestro y vasto esquema de sus planes futuros, alguna pieza irregular que encontrar y colocar en el gran rompecabezas de su existencia depredadora y en Gormenghast, de cuyo cuerpo se nutría.

Pero ese día en particular, cuando los relojes dieron las dos, mientras devolvía a su vaina la hoja de su bastón de estoque, que había estado afilando hasta dejarlo aguzado como una navaja y punzante como una aguja, frunció el alto y reluciente ceño. Al final de las tres horas que tenía por delante tenía algo muy importante que hacer.

Sería algo muy sencillo y absorbente, pero también de suma importancia. Tanto que, por primera vez en su vida, durante unos instantes no supo en qué ocupar las horas de que disponía antes de abordar el asunto que le esperaba, pues sabía que antes no podría concentrarse en nada demasiado serio. Mientras reflexionaba, se acercó a la ventana de su habitación y contempló el panorama de tejados y torres quebradas.

El día era sofocante y una frágil neblina mitigaba el calor. Las pocas banderas que se veían sobre los torreones colgaban flácidas de sus mástiles.

Ese panorama invariablemente satisfacía al pálido joven. Su mirada lo recorría con astucia.

Al momento le dio la espalda a la escena porque había tenido una idea. Saltando hacia el suelo con los brazos extendidos, se puso a andar por la habitación cabeza abajo sobre las palmas de las manos con una ceja enarcada. Su idea era hacer una visita relámpago a las gemelas. Hacía ya tiempo que no las veía. A través del paisaje de tejados, había vislumbrado el confín de aquellas regiones desiertas en uno de cuyos corredores olvidados una arcada conducía a un mundo gris de estancias vacías en una de las cuales sus señorías Cora y Clarisa vivían emparedadas. La presencia de las dos mujeres y de sus escasas pertenencias no parecía causar ningún efecto en la sensación de vacío. Por el contrario, parecía reforzar aún más la vacuidad de aquellas soledades.

Caminando a buen paso, tardaría casi una hora en alcanzar aquella región olvidada, pero estaba inquieto y la idea le atraía. Flexionando los codos, porque todavía andaba recorriendo la habitación cabeza abajo, se dio impulso y saltó al aire y, como un acróbata, al instante estaba de nuevo sobre sus pies.

No tardó en ponerse en camino, después de cerrar con llave su habitación. Caminaba velozmente, con los hombros erguidos y ligeramente adelantados, de esa manera que daba a todos sus movimientos un aire de determinación y malicia.

Los atajos que tomó a través del laberíntico entramado del castillo lo llevaron a extrañas regiones. Había momentos en que las paredes se cernían sobre él, escarpadas y sin ventanas, y otros en que desnudas extensiones pavimentadas en piedra o ladrillo se perdían en la lejanía, vastos yermos polvorientos donde malezas de todo tipo brotaban con esfuerzo entre los intersticios de las losas del suelo.

Mientras avanzaba velozmente de dominio en dominio, de un mundo de callejones sombríos a las ruinas panorámicas donde las ratas eran las indiscutibles propietarias, por las ruinas de aquel singular distrito donde los pasajes estaban casi obstruidos por la maleza y la hiedra de color verde mar cubría las frías fachadas de piedra labrada, Pirañavelo se sentía exultante, exultante por todo: por el hecho de que él fuera el único que había tenido la iniciativa de explorar aquellas soledades, por su inquietud, su inteligencia, su pasión por coger en sus manos las riendas, despóticas o como fueran, de la suprema autoridad.

Muy arriba y hacia el este, el sol brillaba sobre una alargada ventana oval de vidrio azul que resplandecía como el lapislázuli, como una gema colgada en lo alto de los lóbregos muros. Sin alterar la velocidad de su marcha, se sacó del bolsillo un pequeño tirachinas de hermosa factura que cargó con un proyectil y, acto seguido, casi con un único gesto, tensó la goma, la soltó y se volvió a guardar el tirachinas.

Siguió caminando pero con la cara vuelta hacia aquellos altos muros grises en los que resplandecía la ventana azul.

Vio el pequeño orificio en el cristal y la momentánea impresión de un polvo azul cayendo antes de escuchar el lejano sonido que recordaba un distante disparo.

Una cabeza apareció por el hueco de la ventana destrozada.

Estaba muy pálida. El cuerpo que la sostenía estaba envuelto en arpillera. En su hombro se aposentaba un loro de color rojo sangre. Pero Pirañavelo nada supo de esto pues penetraba ya en otro distrito y durante mucho tiempo avanzó entre sombras, bajo una continua techumbre de tejas cubiertas de líquenes.

Cuando al fin se aproximó a la arcada que conducía a los aposentos de las gemelas, se detuvo y se volvió a mirar las grises perspectivas. El aire, gélido y malsano, le llenaba los pulmones con el olor de la madera podrida, de la húmeda mampostería. Se había internado en un clima de podredumbre, una podredumbre a la altura de su malévola autoridad, con una cualidad más rica e inexorable que la humedad que sofocaba y agotaba toda vibración, toda esperanza.

Donde cualquier otro se hubiera estremecido, el joven se limitó a pasarse la lengua por los labios.

—Esto sí que es un sitio —dijo para sí—. No cabe duda de que éste no es un sitio cualquiera.

Pero las manecillas del reloj avanzaban y no tenía mucho tiempo para especulaciones, así que le volvió la espalda a las frías perspectivas donde los altos muros se pandeaban, el enlucido se desprendía y sudaba a causa de unas fiebres frías e inanimadas, a causa de enfermedades de ocre y dolencias de verde oliva.

Cuando se encontró frente a la puerta tras la cual vivían encarceladas las gemelas, se sacó un manojo de llaves del bolsillo y, eligiendo una que él mismo había tallado, abrió la cerradura.

La puerta se abrió a su presión con un sonido seco y chirriante.

A pesar de la rigidez de los goznes, Pirañavelo necesitó apenas un segundo para abrirla de par en par. De haberse visto obligado a pelearse con la madera hinchada, forcejear con la cerradura o empujar los húmedos paneles con el hombro para entrar, o incluso de haber sido anunciada su veloz entrada por el sonido de sus pasos, el extraño espectáculo que le aguardaba no hubiera suscitado en él aquel horror sobrenatural y onírico que en aquel momento se apoderó de él.

No había hecho ningún ruido. No había dado la menor advertencia de su visita, pero allí delante estaban las gemelas, de pie, tomadas de la mano, con las caras blancas como la manteca. Estaban situadas inmediatamente delante de la puerta, que debían de haber estado mirando. Eran como figuras de cera o alabastro, o como bestias inmóviles erguidas sobre sus cuartos traseros, con la mirada fija, o al menos eso parecía, en el rostro de su amo, con las bocas entreabiertas, como si esperasen una golosina, una señal familiar.

Ninguna expresión asomó a los ojos de las dos mujeres, ni hubiera quedado espacio para ninguna, pues cada uno de ellos estaba ocupado, por separado, por un cuerpo extraño, porque en cada una de las cuatro pupilas vidriosas se reflejaba exquisitamente la imagen del joven. Que quienes alguna vez han tratado de pasar cartas de amor por el ojo de una aguja o escribir poemas de amor en la cabeza de un alfiler cobren ánimo. Por toscos y torpes que se consideraran, nunca apreciarán hasta dónde llegaba su torpeza porque nunca sabrán cómo la cabeza y los hombros de Pirañavelo se inclinaban hacia delante enmarcados por círculos del tamaño de una cuenta de collar cuya equidistancia (pues las gemelas estaban mejilla contra mejilla) parecía a propósito para demostrar, mediante la horrenda repetición, la pesadilla del conjunto. Diminutos y exquisitos en el microcosmos de las pupilas, esos cuatro mundos, idénticos y terribles, centelleaban entre los párpados. Diríase que aquellas imágenes de Pirañavelo habían sido pintadas con un único cabello o con la probóscide de una abeja, pues hasta el blanco de los ojos era cristalino. Y cuando Pirañavelo, aún en la puerta, echó la cabeza hacia atrás en un súbito impulso, las cuatro cabezas, no mayores que semillas, retrocedieron en el mismo instante y, desde los cuatro espejos microscópicos, los ocho ojos entrecerrados con sospecha devolvieron la mirada a su origen, el joven que se alzaba como una montaña en el umbral, el joven de quien sus vidas tensas y apagadas dependían…, el joven de los ojos entrecerrados con sospecha y cuyo menor movimiento les pertenecía.

Nada más natural que los ojos de las gemelas nada supieran de aquello que reflejaban, pero en cambio no había nada de natural en el hecho de que, al transmitir la imagen de Pirañavelo a sus cerebros idénticos, se advirtiera, apenas como una sombra, un indicio de la exaltación de sus pechos. Pues parecía que no sentían nada, que no veían nada, que estaban muertas y que seguían en pie merced a un milagro.

Pirañavelo supo al instante que se había cerrado un capítulo más en su relación con Cora y Clarisa. Habían llegado a ser como arcilla en sus manos, pero eso había cambiado, a menos que hubiese en la arcilla algo no sólo imponderable, sino también siniestro y hasta, podría decirse, inexorable. Sabía que en adelante ya no serían dúctiles: se habían transformado en otro elemento, un elemento afín pero más duro. Eran

piedra.

Todo esto lo comprendió a simple vista. Pero, de pronto, advirtió también que había algo que escapaba a su vigilancia. Era eso. El reflejo de Pirañavelo ya no ocupaba sus ojos. Involuntariamente, sus señorías lo habían expulsado. Algo más había sucedido y, del mismo modo que no era consciente de haber sido reflejado, tampoco fue consciente de que había dejado de serlo y de que en las lentes de los ojos de las gemelas había sido sustituido por la cabeza de un hacha.

Pero lo que Pirañavelo sí vio fue que las mujeres habían dejado de mirarlo, que tenían la vista fija en algo por encima de él. No echaron las cabezas atrás aunque hubiera sido lo más normal, pues, fuera lo que fuese lo que miraban, distaba mucho de estar en su línea de visión. El blanco de sus ojos vueltos hacia arriba relucía, pero salvo aquel movimiento de sus globos oculares, ni siquiera habían pestañeado.

Reprimiendo su temor de que si apartaba sus ojos de ellas, aunque fuera un segundo, caería en alguna clase de trampa, Pirañavelo se volvió en redondo y en un instante había descubierto la gran hacha suspendida a unos cuatro metros sobre su cabeza y la compleja red de cuerdas y cordones que, como una tela de araña en la oscuridad de las alturas, mantenía en posición el frío y grisáceo peso de la cabeza de acero.

El joven franqueó el umbral de un salto hacia atrás y, sin pausa, cerró la puerta de golpe. Antes de que hubiera terminado de cerrarla con llave, oyó el sordo golpe de la cabeza del hacha al hundirse en aquella porción del suelo que él ocupara.

TREINTA Y OCHO

Pirañavelo regresó al corazón del castillo rápido y decidido. Un sol pálido como polen colgaba en medio del cielo vacío y descolorido y, mientras el joven corría, su sombra corría debajo de él, ondeando sobre los adoquines de los vastos patios o marchando tiesa a su lado, allí donde los muros débilmente iluminados reflejaban la pálida luz. Aunque dentro de sus límites esta sombra no contuviera más que la negrura uniforme de su tono, parecía, sin embargo, tan predatoria y determinada como el cuerpo que la proyectaba, el cuerpo que, con tantas ayudas a la expresividad en el marco de la móvil silueta, desde la palidez del joven y el intenso color rojo de sus ojos al gesto indefinible de su boca se acercaba con cada paso a una cita por él concertada.

El sol desapareció y, durante unos minutos, las sombras se disiparon como el mal sueño de un durmiente que, al despertar, encontrara junto a su cama la sustancia de su pesadilla. Pues Pirañavelo estaba allí, doblando las esquinas, recorriendo los laberintos, bajando como una exhalación pendientes de piedra o escaleras de madera podrida. Y sin embargo, era curioso que, a pesar de la vitalidad que bullía en el cuerpo del joven, su sombra, al reaparecer, con su autosuficiencia y matices, se reafirmara como un envoltorio de la malignidad. ¿Por qué, pese a ciertas proporciones esbeltas y ciertas ilusiones ópticas creadas por el movimiento, se tenía esa sensación de oscuridad? Sombras más terribles y grotescas que la de Pirañavelo no provocaban tal efecto. Éstas se desplazaban por las paredes, hinchadas o escuálidas, con una relativa inocencia. Era como si las sombras tuviesen corazón propio, un corazón que obtenía su sangre de los límites de un mundo de menor entidad que el éter, un mundo de tinieblas cuya existencia dependía de su enemigo, la luz.

Y allí estaba, por allí se deslizaba aquella sombra concreta, de pared a pared, de suelo a suelo, con los hombros un poco altos, pero no demasiado, y la cabeza inclinada, no a un lado ni a otro, sino hacia delante. Al llegar a un espacio abierto, palideció sobre la tierra seca, pues el sol se había debilitado, y cuando los bordes de una nube que tapaba medio cielo ocultaron el sol, la sombra desapareció por completo.

Casi al instante la lluvia empezó a caer y el aire se oscureció aún más. Pero no quedó ahí el oscurecimiento, pues bajo la extensión de la nube, que avanzaba inexorable hacia el norte arrastrando tras de sí kilómetros y kilómetros de lo que parecían sábanas sucias, otra nubosidad distinta igualmente inmensa pero más veloz empezó a adelantarla por debajo y, cuando este continente inferior de nubes empezó a pasar sobre la porción de cielo donde el sol había brillado, algo muy extraño se manifestó de inmediato.

Una oscuridad casi sin precedentes se había cerrado sobre Gormenghast. Mirando a derecha e izquierda, Pirañavelo vio que las luces empezaban a brillar en decenas de ventanas. Estaba demasiado oscuro para ver lo que sucedía en el cielo pero, a juzgar por la creciente densidad del palio, otras nubes, gruesas y cargadas de lluvia, debían de haberse deslizado asimismo por el cielo para formar el más bajo de tres vastos e invisibles estratos.

Pero la lluvia repiqueteaba ya en los tejados, llenando los canalones, gorgoteando en las grietas y desbordando un centenar de huecos irregulares que los siglos habían formado entre las piedras carcomidas. El avance de esos nubarrones fue tan rápido que Pirañavelo no escapó por completo del chaparrón, aunque la lluvia sólo le cayó sobre los hombros y la cabeza durante un momento, pues, corriendo en aquella oscuridad antinatural hasta la ventana iluminada más cercana, se encontró en una parte del castillo que recordaba, y pudo hacer el resto del viaje a cubierto.

La prematura oscuridad era singularmente opresiva. Mientras avanzaba por los corredores iluminados, Pirañavelo vio que los habitantes del castillo se habían congregado en grupos ante las principales ventanas y que los rostros que escrutaban la falsa noche parecían perplejos y aprensivos. Que el mundo hubiese sido separado del sol poniente como por medio de vendajes, capa sobre capa, hasta que el aire quedó sofocado en ellos, era una monstruosidad de la naturaleza, pero nada más. Sin embargo, la sensación de opresión que

la oscuridad había traído consigo parecía tener una explicación más allá de lo material.

Para rechazar la oscuridad circundante, los hierofantes encendieron todas las linternas, velas, lámparas y quemadores disponibles y hasta improvisaron una extraordinaria variedad de reflectores con lata y espejos y con bandejas de oro y platos de cobre bruñido. Mucho antes de que pudiera enviarse ningún mensaje a través del cuerpo de Gormenghast, no había miembro o dedo que no hubiera respondido a la universal sensación de ahogo ni la más ínfima articulación de piedra que no se hubiera iluminado.

La cera goteaba de innumerables velas y sus llamas ondeaban como banderolas agitadas por invisibles corrientes de aire. Miles de lámparas, desnudas o protegidas por cristales de colores, emitían resplandores de color púrpura, ámbar, verde hierba, azul, rojo sangre e incluso gris. Los muros de Gormenghast eran como los muros del paraíso o como los muros de un infierno. Los colores eran diabólicos o angélicos según el color de la mente que los mirase. Aquellas paredes estaban cubiertas con las tonalidades del infierno, con los tintes de Sión, el pecho del emplumado serafín, las escamas de *Satán*.

Y Pirañavelo, que se desplazaba velozmente a través de estos variados resplandores, oyó que la lluvia arreciaba. Había llegado a algo semejante a un istmo, un corredor flanqueado a ambos lados por unas ventanas circulares que daban a la oscuridad exterior. Esta arcada o paso cubierto, de considerable extensión, este istmo que unía una gran masa de desordenadas construcciones de ladrillo con otra, estaba iluminado en tres intervalos más o menos regulares. En primer lugar, mediante una gran lámpara de aceite enmohecida por los años, con una mecha enorme, tan ancha como una lengua de cordero. El globo que la protegía era espantosamente feo, un objeto estriado al que le faltaba un trozo del borde inferior. Pero su color era cosa aparte o, mejor dicho, el color del cristal cuando estaba iluminado por detrás, como en ese momento. Decir que era índigo no da idea de su hondura e intensidad ni del resplandor acuático o cavernoso que llenaba esa parte de la arcada con su aura.

Cada una a su manera, las otras dos lámparas, con sus globos de mortecino carmesí y verde, creaban en la órbita de su influencia escenarios no menos teatrales. Las ventanas acristaladas y circulares, oscuras como el azabache, distaban asimismo de ser vulgares. Del otro lado de la ciega negrura de aquellos ojos laterales, más allá del cristal, los hilos de lluvia, que parecían no moverse sino colgar ante las negras aberturas como las cuerdas de un arpa; estos hilos de agua brillaban con tonos azules, con tonos carmesíes, con tonos verdes, pues la luz de las lámparas los tintaba. Y había en esa tintura algo de serpentino, algo ponzoñoso, exótico, febril y despiadado: los colores eran los de la serpiente marina y lo que se escuchaba del otro lado de las ventanas era el interminable silbido de la reptil lluvia.

Y mientras Pirañavelo corría por este paso cubierto, el oscuro color de su sombra oscilaba. A veces lo precedía, como ansiosa por llegar a una cita antes que el cuerpo que la proyectaba, y a veces lo perseguía, pegada a sus talones.

Cuando el istmo quedó atrás y se vio de nuevo rodeado por un continente de piedra en cuya tierra firme se adentraba más y más con cada paso y cada aliento, Pirañavelo desterró de su mente todo pensamiento sobre las gemelas y su conducta. Hasta entonces había estado conjeturando sobre la causa de su insurrección y barajando posibles planes para eliminarlas.

Pero ahora tenía otros asuntos más urgentes, en particular uno. Con envidiable facilidad, Pirañavelo vació su mente de sus señorías y la llenó con Bergantín.

Su sombra, de perfiles a veces ondulantes, se movía a su derecha. Subió una escalera. Cruzó un rellano. Bajó tres escalones. Durante un rato siguió a su creador pegada a sus talones y luego lo adelantó. Se había puesto de nuevo a su lado cuando, de pronto, su tono se intensificó; creció y empezó a trepar por el muro hasta que la cabeza-sombra, tres metros por encima del suelo, se vio forzada a atravesar las lóbregas telarañas que asfixiaban la unión entre el muro y el techo.

Y entonces, la sombra gigantesca empezó a encogerse y en su descenso una vez más se adelantó ligeramente a su creador para, al fin, convertirse en algo denso y atrofiado, una malformación intangible y pavorosa que abrió la marcha hacia las estancias donde su viaje inmediato concluiría, por breve tiempo.

TREINTA Y NUEVE

En su habitación, Bergantín estaba sentado con la pierna seca encogida bajo la barbilla. Sus cabellos, sucios como una telaraña infecta, le caían por la cara, secos y sin vida. Su piel, igualmente inmunda con sus fisuras legamosas, sus grietas como de queso y sus manchas, también estaba seca: era un terreno árido y en apariencia muerto, tan yermo como la luna y, sin embargo, en su centro brillaban unos lagos malévolos, sus ojos acuosos y repulsivos.

Del otro lado de la ventana rota que había en el otro extremo de la habitación se extendían las aguas estancadas del foso.

Llevaba más de una hora sentado allí, con su única pierna encogida bajo la cara, la muleta apoyada en el respaldo de la silla, las manos entrelazadas en torno a la rodilla y un mechón de su barba entre los dientes. Ante él, desparramados sobre la mesa, había al menos una docena de libros: libros de ritual y precedentes, libros de concordancias, claves y documentos secretos. Pero sus ojos no los miraban. No menos implacables por estar desenfocados y centellear, húmedos, en sus cuencas secas, no pudieron ver que una sombra había entrado en la habitación; que, intangible como el aire aunque perfilada en extremo, se había erguido contra las altas hileras de libros, libros de todas las formas y en todos los estadios de deterioro, que brillaban a la escasa luz excepto allí donde esta sombra se proyectaba sobre ellos, negra como si viniera del infierno.

Y mientras estaba allí sentado, ¿en qué pensaba aquel enano arrugado e inmundo?

Pensaba en el cambio que se había producido en los mecanismos de Gormenghast, en los mecanismos de su corazón y en el carácter de su pensamiento. Algo tan sutil que le resultaba imposible determinar qué era. Algo que no alcanzaba a localizar utilizando su raciocinio y que sin embargo le llenaba las narices con su olor. Sabía que era malévolo, pues cualquier cosa que oliera a insurrección, que desafiase o conspirase para contravenir los antiguos procedimientos, era malévola a los ojos de Bergantín.

Gormenghast ya no era como antes, lo sentía. Algo diabólico se escondía entre las frías piedras. Y sin embargo, Bergantín no podía concretarlo, no podía precisar qué era lo que tanto había cambiado. No era porque fuese un anciano. No se mostraba sentimental con respecto a los días de su juventud. Habían sido oscuros y sin amor, pero no se compadecía. Él sólo sentía amor, uno ciego, apasionado y cruel, hacia la letra muerta de la ley del castillo. La amaba con una pasión tan ardiente como su odio. Por los miembros del linaje de Groan sentía menos respeto que por el más vulgar y aburrido de los rituales que estaban destinados a ejecutar. Sólo en la medida en que eran símbolos inclinaba ante ellos su andrajosa cabeza. No sentía ningún afecto por Titus, sólo por lo que significaba como el último eslabón de la gran cadena. Había algo en la forma de moverse del muchacho, una inquietud, una independencia que le irritaba. Era casi como si aquel heredero de un mundo de torreones hubiera conocido otros climas, tierras cálidas y clandestinas, y los movimientos febriles y erráticos de los miembros del niño fueran el reflejo de lo que habitaba y se hacía fuerte en su imaginación. Era como si su cerebro, en regiones remotas y seductoras, enviara sus mensajes perturbadores a los pequeños huesos, a los tejidos del muchacho, de manera que había en sus movimientos algo distante y ominoso.

Pero, sabiendo que el septuagésimo séptimo conde nunca se había alejado a más de una jornada de viaje de su lugar de nacimiento, Bergantín escupió, por así decir, estas reflexiones de su perplejo pensamiento. Sin embargo, le quedó un cierto regusto, el regusto de algo ácido, algo rebelde. El joven conde era demasiado autosuficiente, como si el niño imaginara que tenía una vida propia ajena a la vida de Gormenghast.

Y no era el único. Estaba también el joven Pirañavelo, un discípulo ciertamente avispado y útil, pero, por esa misma razón, peligroso. ¿Qué hacer con él? Había aprendido demasiado. Había abierto libros que no le correspondía abrir y medrado demasiado de prisa. Había algo en él que lo apartaba de la vida del castillo, algo sutilmente ajeno, algo oculto.

Bergantín cambió de posición en la silla gruñendo de irritación tanto por la punzada de dolor que el cambio de postura provocó en su pierna seca como por la frustración de no poder hacer otra cosa que roer los filos de sus sospechas. Como maestro de la ley de los Groan, ansiaba pasar a la acción, acabar, si era necesario, con una veintena de descontentos, pero no había nada claro, no existía un objetivo tangible, nada definido a lo que dirigir su fuego. Lo único que sabía era que, si descubría que Pirañavelo había abusado, por poco que fuera, de la confianza que, a regañadientes, había depositado en él, ejercería toda su autoridad y haría despeñar a ese pollo pálido desde la Torre de los Pedernales; lo golpearía con el veneno implacable del fanático para quien no existen en el mundo términos medios, sólo los ciegos extremos de lo negro y lo blanco. Pecar era pecar contra Gormenghast. El mal y la duda eran una misma cosa. Dudar de las piedras sagradas era profanar la divinidad. Y esa maldad rondaba por algún lugar, cercana pero invisible. Sus sentidos la percibían, pero en cuanto volvía el cerebro, por así decir, para mirar sobre el hombro de su pensamiento, desaparecía y ya no quedaba nada palpable, a excepción de los hierofantes, que iban de acá para allá absortos en sus ocupaciones.

¿Es que no había forma de tenderle una trampa a esa maldad esquiva y descubrir su rostro a la luz o bien de acallar sus sospechas? Porque eran dañinas y lo mantenían despierto durante las largas horas de la noche, acosándolo, como si la enfermedad del castillo fuese también la suya.

—Por la sangre del infierno —susurró, y el susurro rechinó como la grava—, lo descubriré aunque se esconda como un murciélago en las criptas o como una rata en las buhardillas meridionales.

Se rascó la entrepierna y el trasero de un modo repugnante y volvió a cambiar de postura en la alta silla.

En ese momento, la sombra que cubría los anaqueles se desplazó ligeramente. La silueta entera se alejó de la puerta y los hombros parecieron elevarse mientras el cuerpo impalpable de la cosa ondeaba sobre un centenar de lomos de cuero.

Los ojos de Bergantín se concentraron durante unos instantes mientras recorrían los documentos que había sobre la mesa e, inoportunamente, le asaltó el recuerdo de haber estado casado. No recordaba qué había sido de su esposa y supuso que había muerto.

No se acordaba de su cara, pero sí —y quizá la visión de los papeles que tenía delante había evocado el imprevisto recuerdo— de que, mientras lloraba, casi sin conciencia de ello, la mujer construía barcos de papel que, humedecidos por sus lágrimas y ennegrecidos por sus manos agrietadas, hacía navegar por el puerto de su regazo o dejaba varados por el suelo o sobre la estera de cuerda de su cama, amontonados, como hojas caídas, húmedos, ennegrecidos y frágiles, en dispersos escuadrones, una armada de pesar y locura.

Y entonces, con un sobresalto, recordó que ella le había dado un hijo. ¿O era una hija? Habían pasado más de cuarenta años desde que hablara con su hijo. Sería difícil encontrarlo ahora, pero tenía que ser hallado. Lo único que recordaba es que tenía una marca de nacimiento que le cubría la mayor parte de la cara y que era bizco.

Con la vista vuelta a los días pasados, una serie de imágenes flotaron vacilantes ante sus ojos y, en todas ellas, se vio como alguien con la cabeza perpetuamente alzada, como alguien que llegaba a la altura de las rodillas de los demás, como blanco de burlas y desprecio. En su imaginación vio el desarrollo del odio, sintió de nuevo que le derribaban la muleta de una patada y los abucheos de los chiquillos detrás: «¡Pierna podrida, espinazo podrido! ¡Ja, ja! ¡Bergantín!».

Todo eso era cosa del pasado. Ahora era temido, temido y odiado.

De espaldas a la puerta y a los anaqueles, no pudo ver que la sombra se movía de nuevo. Alzó la cabeza y escupió.

Cogiendo un trozo de papel, comenzó a construir un barco sin ser consciente de lo que hacía.

«Ya ha durado demasiado —se dijo—, demasiado, por la sangre de las brujas. Tiene que marcharse. Está acabado. Muerto. Ultimado. Finiquitado. He de volver a estar solo o, por la polla del gran mono, pondré en peligro los Secretos Ocultos. Con su condenada eficacia, me arrebatará las llaves».

Y mientras murmuraba para sí, la sombra del joven del que hablaba se fue deslizando inexorablemente sobre los lomos de los libros y se detuvo a una docena de pies de Bergantín, mientras, al mismo tiempo, el cuerpo de Pirañavelo se situaba inmediatamente detrás de la silla del tullido.

No había sido fácil para el joven decidir de qué manera mataría a su amo. Tenía muchos medios a su disposición. Sus incursiones nocturnas al dispensario del doctor le habían proporcionado una siniestra gama de venenos. Su bastón de estoque era de una eficacia casi excesivamente obvia. Su tirachinas no era ningún juguete, sino un instrumento letal como una pistola y silencioso como una espada. Conocía el modo de partir el cuello con el canto de la mano y sabía lanzar una navaja con extraordinaria precisión. No en vano había dedicado un determinado número de minutos cada mañana durante varios años a lanzar su cuchillo

contra el maniquí que tenía en su cuarto.

Pero no le interesaba solamente despachar al viejo. Tenía que matarlo de un modo que no dejara rastro, deshacerse del cadáver y, al mismo tiempo, mezclar placer y negocios en una proporción en la que ninguno de los componentes quedara en inferioridad. Tenía viejas cuentas que saldar. Había soportado el escarnio y los escupitajos del marchito tullido. Limitarse a quitarle la vida de la manera más rápida sería un climax vacío, vergonzoso.

Sin embargo, lo que realmente sucedió y el modo en que Bergantín terminó muriendo en presencia de Pirañavelo no tuvo nada que ver con el plan que el joven se había trazado. Porque, cuando él se situó detrás de la silla de su víctima, el anciano se inclinó hacia delante sobre sus libros y papeles y acercó un herrumbroso candelabro de tres brazos; después de no poco rebuscar entre sus harapos, finalmente encendió las velas. Esto produjo el doble efecto de hacer que la sombra de Pirañavelo se deslizara furtivamente por la pared cubierta de libros y de privarla de su fuerza.

Desde donde estaba, Pirañavelo podía ver, por encima del hombro de Bergantín, las llamas de color miel de las tres velas. Parecían hojas de bambú, delicadas y esbeltas, y temblaban en la oscuridad. La silueta de Bergantín se recortaba contra el resplandor de las velas y, de pronto, cuando el anciano cambió de posición y Pirañavelo tuvo una imagen más clara de las llamitas, al joven se le ocurrió una idea que hizo que todos sus planes anteriores, cuidadosamente preparados para despachar al viejo y deshacerse de su cuerpo, le parecieran propios de un aficionado por carecer de aquella engañosa simplicidad que es el sello de todo gran arte; de aficionado a pesar de todo su ingenio y precisamente a causa de éste.

Pero allí, ante él, tenía dispuesto un candelabro con tres llamas de oro que lamían la lóbrega atmósfera. Y allí, al alcance de su mano, estaba el viejo al que deseaba matar, pero no demasiado de prisa, un viejo cuya piel y barba y cuyos harapos estaban tan secos e inflamables que satisfarían al incendiario más exigente. ¿Qué podía ser más fácil para un hombre tan anciano como Bergantín que inclinarse sin querer sobre su trabajo y que su barba se prendiera con las velas? ¿Qué podía ser más entretenido que contemplar al irritable y mugriento tirano presa de las llamas, con los harapos ardiendo, la piel humeando y la barba saltando como un pez carmesí? Sólo quedaría pendiente que, después de un tiempo prudencial, Pirañavelo descubriera el cadáver calcinado y alertara al castillo.

El joven miró alrededor. La puerta por la que había entrado estaba cerrada. A esa hora era poco probable que nadie los molestara. La áspera respiración de Bergantín no hacía sino acentuar el silencio de la habitación.

En cuanto Pirañavelo se dio cuenta de las ventajas de pegarle fuego a la deforme silueta, encogida como la de un gnomo negro, que tenía delante, sacó la hoja del estoque y la levantó hasta que la punta de acero estuvo a unos centímetros del cuello de Bergantín, debajo de su oreja izquierda.

A punto de cometer la tremenda y sangrienta acción, una especie de rabia fría y ponzoñosa invadió a Pirañavelo. Tal vez la raíz seca de una conciencia largo tiempo acallada se agitó por un momento en su pecho. Tal vez, durante aquel segundo crucial, recordó sin quererlo que matar a un hombre conlleva un sentimiento de culpa; y tal vez por aquel momentáneo desvío de su propósito el odio le cruzó por la cara, como si un mar helado se transformara de pronto en un turbulento tumulto de aguas indómitas. Pero las olas se apaciguaron tan de prisa como se habían levantado. Una vez más, su blanco rostro recobró su terrible equilibrio. La punta del estoque había temblado bajo la oreja carcomida por los años, pero volvió a quedar inmóvil.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. La vieja cabeza se volvió al oírlo, aunque en dirección contraria al estoque, de manera que Pirañavelo y su arma continuaron siendo invisibles.

—¡Al infierno contigo, seas quien seas! ¡Hoy no pienso ver a ningún hijo de perra!

—Muy bien, señor —dijo una voz amortiguada por la puerta, y luego se oyó el tenue sonido de unos pasos que se alejaban y volvió a hacerse el silencio.

La cabeza de Bergantín recobró su posición anterior y el viejo se rascó la barriga.

—Cuerno de toro impertinente —masculló en voz alta—. Le arrancaré la cara. ¡Le arrancaré su blanca cara! ¡Le quitaré el brillo! Por la hiel de la gran mula que brilla demasiado. «Muy bien, señor», dice. ¿Y qué es lo que está bien? ¿Qué es lo que está bien? ¡Gusano de mierda advenedizo!

De nuevo Bergantín empezó a rascarse entrepierna, trasero, barriga y costillar.

—¡Oh, fuego servil! —exclamó—, ¡me parte el corazón! Un mocoso en lugar de conde. La condesa, loca por los gatos. Y yo, sin más aprendiz que ese bastardo advenedizo de Pirañavelo.

Con la fría y afilada punta del estoque elegantemente suspendida en el aire, el joven frunció los delgados labios y chasqueó la lengua. Esta vez Bergantín volvió la cabeza hacia la izquierda, de manera que un centímetro de acero penetró bajo su oreja. Se puso terriblemente rígido al tiempo que su garganta se

hinchaba como si fuera a gritar, pero ningún grito escapó de ella. Cuando Pirañavelo retiró la hoja y mientras un hilo de sangre oscura se deslizaba por el arrugado terreno del cuello de tortuga, el cuerpo del viejo manifestó una repentina y espasmódica actividad: cada parte pareció contorsionarse por su cuenta, sin relación con lo que le sucedía al resto del cuerpo. Fue un milagro que conservara el equilibrio en lo alto de la silla. Pero las convulsiones cesaron de pronto y, retrocediendo con la barbilla entre las manos y a pesar de la sonrisa que se insinuaba en su rostro, Pirañavelo sintió que se le helaba la sangre al ver la más espantosa expresión de odio mortal que jamás hubiera transformado el rostro de un anciano en un nido de serpientes. De pronto, los ojos de Bergantín se congestionaron y sus aguas repugnantes adquirieron el arrebol de un amanecer peligroso. La boca y las arrugas que la rodeaban parecieron hervir. El ceño y el sucio cuello rezumaban veneno.

Pero había un cerebro detrás de todo aquello, un cerebro que, mientras Pirañavelo se quedaba allí, sonriendo como un pasmarote, y a pesar de la ventaja inicial del aprendiz, iba un paso por delante del joven. Pues la única cosa sin la cual se hubiera encontrado indefenso seguía todavía a su alcance. Pirañavelo había cometido un error de partida. Y Bergantín lo cogió totalmente por sorpresa cuando se dejó caer de la silla como un fardo. El anciano aterrizó sobre el objeto que era su única esperanza. La muleta había caído al suelo al ponerse él rígido tras el pinchazo del estoque… y, en ese momento, en un abrir y cerrar de ojos, la cogió, se puso en pie valiéndose de ella y fue a refugiarse tras el respaldo de la silla, a través de cuyos barrotes dirigió su mirada enrojecida al rostro de su ágil y armado enemigo.

Pero el espíritu del viejo tirano era tan intenso que, a pesar de sus dos piernas, su juventud y sus armas, Pirañavelo se quedó estupefacto ante el descubrimiento de que un cuerpo tan seco y atrofiado pudiera albergar tanta furia. Y también le desconcertó que le hubieran burlado. Si bien era cierto que incluso entonces el duelo era grotescamente desproporcionado —un viejo tullido con una muleta, un atleta armado con una espada—, de haber empezado por apartar la muleta, Pirañavelo hubiera dejado al anciano tan indefenso como una tortuga panza arriba.

Durante unos instantes se miraron cara a cara, Bergantín expresándolo todo en su rostro, Pirañavelo, nada. El joven empezó a retroceder lentamente hacia la puerta sin apartar los ojos de su presa. No quería correr riesgos. Bergantín le había demostrado lo rápido que podía ser.

Cuando alcanzó la puerta, la abrió y echó un rápido vistazo al lóbrego corredor que bastó para mostrarle que no había un alma en las cercanías. Tras cerrar la puerta empezó a avanzar de nuevo hacia la silla, a través de cuyos barrotes el enano lo miraba todo.

Mientras avanzaba con el delgado acero en la mano, Pirañavelo tenía los ojos fijos en su presa, pero sus pensamientos se concentraban en el candelabro.

Su enemigo ni siquiera sospechaba lo cerca que estaba de aquello que lo abrasaría. Las tres pequeñas llamas temblaban sobre la cera fundida. El anciano había dado vida a aquellos tres inertes cabos de vela y contra él habían de volverse. Pero no todavía.

Pirañavelo continuó su letal avance. ¿Qué podía hacer el tullido? Por el momento estaba parcialmente escudado tras el respaldo de la silla. Y de pronto, con un tono extrañamente discordante con la demoníaca expresión de su rostro, el anciano pronunció una palabra: «Traidor».

Bergantín no estaba luchando solamente por su vida. Aquella única palabra, que había helado el aire, puso en evidencia lo que Pirañavelo había olvidado: que, a través de su adversario, se estaba midiendo con Gormenghast. Ante él tenía el pulso viviente del castillo inmemorial.

Pero ¿qué más daba? Eso sólo significaba que Pirañavelo debía andarse con cuidado, que debía mantener la distancia hasta que llegara el momento de atacar. Siguió avanzando y, cuando un paso más le hubiera puesto al alcance de la muleta de Bergantín, fintó a la derecha y corrió hasta el otro extremo de la mesa, donde dejó la espada sobre el desorden de libros y, sacándose la navaja del bolsillo y abriéndola en un solo movimiento, lanzó el afilado objeto silbando a través del candelabro en el mismo momento en que Bergantín se volvía para encararse con su atacante. Como Pirañavelo pretendía, la navaja clavó la mano derecha del anciano a la caña de su muleta. Aprovechando la momentánea sorpresa y el dolor de Bergantín, Pirañavelo saltó sobre la mesa y corrió hacia el otro lado. Justo debajo de él, ciego de ira, el enano intentaba arrancarse la navaja. Entre tanto, como una exhalación, Pirañavelo asió el candelabro y, abalanzándose sobre Bergantín, pasó las diminutas llamas por el viejo rostro alzado. En un momento, la hirsuta barba prendió con una chisporroteante llama y no pasó mucho tiempo antes de que los harapos podridos que cubrían los hombros del viejo ardieran también.

Pero de nuevo, y esta vez presa de una mortal agonía, el cerebro de Bergantín respondió al instante a la llamada. No había tiempo que perder. El cuchillo seguía clavado en su mano, aunque la muleta había caído al suelo. Pero todo eso ahora no importaba pues, con un esfuerzo sobrehumano y a pesar de no contar más

que con una pierna, el anciano flexionó la rodilla y, de un salto, agarró un trozo de la vestimenta de Pirañavelo. En cuanto hubo hecho esta primera presa, tensando los brazos hasta casi rompérselos y con el viejo corazón latiendo desaforadamente, Bergantín aseguró su objetivo y empezó a trepar por el cuerpo del joven como un mono en llamas. Logró aferrarse a la cintura de Pirañavelo y las llamas empezaron a prender también las ropas de su enemigo. El insoportable dolor que sentía en la cara y el pecho sólo le impulsaron a aferrarse con más fuerza. Sabía que iba a morir, pero el traidor moriría con él y, en medio de su agonía, sintió una especie de alegría por la justicia de su venganza.

Entre tanto, Pirañavelo trataba de soltarse arañando a la sanguijuela en llamas y dándole rodillazos, con una letal expresión mezcla de rabia, asombro y desesperación en el rostro.

Aunque menos inflamables que la raída arpillera de Bergantín, a esas alturas sus ropas ardían también y las llamas le habían abrasado ya la piel de la mejilla y el cuello dándole un vivo color carmesí. Pero cuanto más se debatía para desembarazarse, más feroces parecían los brazos que aferraban su cintura.

Si alguien hubiese abierto la puerta en aquel momento, habría visto a un joven en llamas, recortado contra la oscuridad, tropezando y pisoteando los libros sagrados que un momento antes cubrían la mesa y cuyo cuerpo se retorcía y contorsionaba como enloquecido; y habría visto que sus nerviosas manos se cerraban sobre el cuello de tortuga de un enano asimismo ardiendo, y el paroxismo que hizo caer a los contendientes del borde de la mesa al suelo como un solo fardo humeante.

Incluso en medio del dolor y el peligro quedó en Pirañavelo espacio para la amarga vergüenza por su fracaso. Él, el archimaquinador, el organizador frío y perfecto, había hecho una chapuza. Había sido aventajado por un septuagenario agusanado. Y su vergüenza fue adquiriendo la forma de una cólera desesperada que lo fustigó hasta el paroxismo.

Con una suerte de espasmo, de ataque diabólico por su ferocidad y propósito, Pirañavelo consiguió ponerse de rodillas y luego, con una sacudida, de pie. Había soltado la garganta del anciano y durante un momento se tambaleó, con las manos a los costados. El dolor de las quemaduras era tan intenso que, aunque él no lo sabía, gemía como un condenado. Estos gemidos no tenían relación con su naturaleza implacable. Eran totalmente físicos. Era su cuerpo el que aullaba, su cerebro era ajeno a ello.

El Maestro del Ritual seguía aferrado a su pecho como un vampiro. Los viejos brazos lo atenazaban. En el rostro atormentado el dolor se mezclaba con un impío regocijo. Estaba quemando al traidor con su propia llama. Estaba quemando al infiel.

Pero, a pesar del feroz abrazo de su amo, el infiel no estaba ni mucho menos dispuesto al sacrificio, por justa y merecida que fuera su muerte. Se había parado a recobrar fuerzas. Había dejado caer los brazos gracias a un anormal dominio de sí. Sabía que no podría librarse del abrazo del fanático y por eso, durante un momento, se quedó donde estaba, derecho, con el abrigo medio quemado y la cabeza echada hacia atrás para mantener la mayor distancia posible entre su rostro y las llamas que se elevaban de la criatura ennegrecida que se le aterraba como un tumor. Ser capaz de tenerse en pie durante un momento de trance tan horroroso, ser capaz de tenerse en pie, respirar hondo y relajar los músculos de los brazos exigía un control casi inhumano de la voluntad y las emociones.

Habiéndosele escapado el asunto de tal modo de las manos, ya no era cuestión de elegir. Ahora no se trataba de matar a Bergantín, sino de salvarse él mismo. Sus planes se habían torcido de tal manera que no había modo de enderezar el asunto. Se estaba quemando.

Sólo podía hacer una cosa. Aunque lastrado por el peso del viejo, sus miembros estaban libres. Sabía que disponía de muy poco tiempo para actuar. La cabeza le daba vueltas y la oscuridad lo llenaba, pero empezó a correr, con las manos abrasadas abiertas a los lados como estrellas de mar, empezó a correr en una vertiginosa curva de debilidad hacia el otro extremo de la habitación, donde la noche era un cuadrado negro. Durante un momento permanecieron ambos allí, recortándose contra el cielo sin estrellas, inflamados como demonios con su propio fuego, y, de pronto, desaparecieron. Pirañavelo había saltado desde el alféizar de la ventana y se había precipitado con su virulenta carga a las oscuras aguas del foso. No había estrellas, pero una luna delgada como un corte de uña, insustancial, flotaba a poca altura sobre el horizonte septentrional sin arrojar ninguna luz sobre la tierra.

Hundidos en las horribles aguas del foso, los protagonistas, inconscientes, seguían moviéndose juntos como una sola carne semejante a una inmunda bestia alegórica submarina. Sobre ellos, la superficie a través de la que habían caído siseaba y el vapor se elevaba invisible en la noche.

Cuando, después de lo que sólo pudo recordar como su muerte, Pirañavelo, cuya cabeza había emergido al fin en la superficie, descubrió que no estaba solo, sino que algo se aferraba a él debajo del agua, vomitó y soltó un repentino alarido. Pero la pesadilla continuaba y su alarido no obtuvo respuesta. No se despertó. Y entonces, los terribles dolores de sus quemaduras lo sacudieron y supo que no era un sueño.

De pronto comprendió lo que tenía que hacer. Debía mantener aquella cabeza chamuscada y pelada que no dejaba de agitarse contra su pecho bajo el agua. Pero no le resultó fácil aferrar la arrugada garganta. En su caída habían levantado el cieno del fondo y el peso que cargaba, igual que sus propias manos, estaba cubierto de fango. Los repugnantes brazos seguían rodeándolo con la tenacidad de tentáculos. Era un milagro que no se hubiera hundido como una piedra; quizá fuera la densidad de las aguas o el violento pataleo de sus pies en las profundidades estancadas lo que le ayudó a mantenerse a flote el tiempo suficiente.

Poco a poco, inexorablemente, sus brutales manos lograron echar hacia atrás la vieja cabeza, la sumergieron bajo las aguas negras mientras las burbujas se elevaban a su alrededor y el sonido de las aguas agitadas llenaba el vacío de la noche expectante.

No hay modo de saber durante cuánto tiempo permaneció bajo el agua el rostro del anciano antes de que Pirañavelo notara que se aflojaba ligeramente la tenaza en su cintura. Para el asesino, el acto de la muerte fue interminable. Pero gradualmente, los pulmones del viejo se fueron llenando de agua y su corazón dejó de latir; el Guardian Hereditario de la tradición de los Groan y Maestro del Ritual se deslizó finalmente hacia las cenagosas profundidades del antiguo foso.

La luna había subido en el cielo y la rodeaba una miríada de estrellas. No podía decirse que iluminaran los muros y torreones que flanqueaban el foso, pero una especie de penumbra parecía incrustarse en la negra oscuridad, una penumbra que tenía la forma de muros y torreones.

Exhausto y en medio de terribles dolores, a Pirañavelo le quedaba todavía nadar entre la espuma y las plantas acuáticas hasta donde las paredes legamosas del foso daban paso a una cenagosa ribera, en la orilla norte. Los muros que se elevaban a ambos lados parecían no tener fin. El agua fétida le entraba en la garganta y las pútridas hierbas se le pegaban a la cara. Era difícil ver lo que había a unos metros de distancia, pero de pronto Pirañavelo advirtió que el muro a su derecha había dado paso al fin a una empinada y fangosa ribera.

El agua le había arrebatado las ropas que el fuego respetara, y ahora estaba desnudo, lleno de quemaduras, medio ahogado; el cuerpo le temblaba con un frío gélido mientras la frente le ardía con febril calor.

Arrastrándose por la ribera, sin saber lo que hacía, sólo que debía encontrar un lugar sin fuego ni agua, llegó por fin a un fangal llano donde crecían no pocos helechos y plantas y allí, como si pudiera permitirse caer desmayado (ahora que sus asuntos estaban arreglados), se desplomó en la oscuridad.

En aquel lugar yació inmóvil, pequeño y desnudo sobre el lodo, como un objeto inanimado que ha sido desechado o como un pez arrojado a la playa por el mar y sobre cuyo diminuto cuerpo varado se ciernen los altos acantilados, porque las murallas de Gormenghast se elevaban muy por encima del foso, perdiéndose como los mismos acantilados en las oscuridades superiores.

CUARENTA

El polvo que cubría el lúgubre lomo del castillo se calentaba al sol y los pájaros dormitaban a la sombra de las torres. Sólo se escuchaba el zumbido de las abejas que sobrevolaban los macizos de hiedra y, en la verde quietud del mediodía, el espíritu del bosque de Gormenghast contenía el aliento como un buceador. No se oía nada. Las horas se sucedían y todas las cosas dormían o estaban sumidas en un estado de trance. Unas sombras de color miel moteaban los troncos de los grandes robles y las prodigiosas ramas se extendían como los brazos de reyes de antaño y parecían doblarse bajo el peso de sus ajorcas de oro, los brazaletes de sol. La tarde dorada parecía no tener fin y, de pronto, algo cayó desde una rama alta y el débil siseo de las hojas por entre las que pasó despertó la región. Durante un momento la quietud había sido traspasada, pero la herida se cerró casi al instante.

¿Qué era lo que había caído a través del silencio? Hasta un gato montés hubiera vacilado antes de dejarse caer desde tanta altura a través de la penumbra verde. Pero no había sido un gato, sino algo humano, lo que se había puesto en pie, salpicado de sombras en forma de hoja, una niña con el espeso cabello cortado a ras de cabeza y el rostro pecoso como un huevo de pájaro. Cuando la niña empezó a moverse, se hubiera dicho que su cuerpo, esbelto y sin duda delgado, carecía de peso.

Los rasgos de su rostro eran indescriptibles, a decir verdad, vacíos. Era como si la niña llevara una especie de máscara, ni agradable ni desagradable, algo que ocultaba sus pensamientos antes que revelarlos. Y sin embargo, al mismo tiempo, aunque no había en su cara nada que mereciera recordarse, nada llamativo, la cabeza estaba colocada de tal modo sobre el cuello, el cuello, tan perfectamente ajustado sobre los esbeltos hombros y los movimientos de estos tres elementos tan expresivos en su relación que se habría dicho no sólo que no faltaba nada, sino que, de haber tenido el rostro vida propia, ello hubiera estropeado el aire distante y sobrenatural que la niña poseía.

Permaneció allí unos instantes, totalmente sola en el robledal soñoliento, y, con movimientos extrañamente rápidos de sus dedos, empezó a desplumar un tordo que, durante su larga caída a través del follaje, había arrancado de una rama y estrangulado con su feroz manita.

CUARENTA Y UNO

Circundando las murallas exteriores del castillo de Gormenghast, la ciudad de barro de los Moradores de Extramuros se extendía desordenadamente bajo el sol y las miles de chozas que la formaban salpicaban la tierra como los montículos de las toperas. Estos Moradores o Tallistas Brillantes, como a veces se los llamaba, poseían rituales propios tan sacrosantos como los del castillo.

Amargados por la pobreza y propensos a esas enfermedades que medran en la miseria, eran sin embargo un pueblo orgulloso y fanático. Orgulloso de sus tradiciones, de su habilidad para tallar, orgullosos, parecía, de su miseria. Que uno de sus miembros los abandonara y se hiciese rico hubiera sido para ellos causa de vergüenza y humillación. Pero semejante posibilidad era impensable. Su orgullo radicaba justamente en su oscuridad, en su anonimato. Todo lo demás era inferior, a excepción de la familia de los Groan, a quienes rendían vasallaje y bajo cuya protección se les permitía aferrarse a las Murallas Exteriores. Cuando los grandes sacos de mendrugos eran descolgados mediante cuerdas desde lo alto de aquellas murallas, cerca de mil por vez descendiendo simultáneamente, los recibían (se recibía este gesto del castillo honrado por el tiempo) con una especie de desdén. Eran ellos, los Tallistas Brillantes, quienes honraban al castillo; eran ellos quienes condescendían a desenganchar las cuerdas cada mañana del año para que los sacos vacíos pudieran ser izados de nuevo. Y a cada bocado de aquellos mendrugos secos (que, junto con las raíces que encontraban en el bosque vecino, constituían toda su dieta), sabían que estaban honrando los hornos del castillo.

Se trataba, quizá, del orgullo de los sojuzgados, una suerte de compensación, pero para ellos era muy real. Y no es que careciera de base, pues en sus tallas mostraban un genio para el color y la ornamentación que no tenía parangón en la vida del castillo.

Taciturnos y amargados a causa de sus ancestrales antipatías, su enemistad más enconada se dirigía, no obstante, no contra quienes vivían dentro de las murallas, sino contra aquellos de su propia clase que de alguna manera menospreciaban sus costumbres. En el corazón de su vida azarosa e insólita se escondía una ortodoxia dura como el acero. Sus convenciones estaban como atrapadas por el hielo. Moverse entre ellos durante un día sin conocer sus innumerables reglas sería cortejar el desastre. La falta más flagrante del habitual decoro físico coexistía con una innata mojigatería violenta e implacablemente cruel.

Para un niño, ser ilegítimo significaba ser odiado como algo enfermo. Y no sólo eso. Un bebé bastardo era temido. Existía la arraigada creencia de que, de alguna manera, el fruto de amores prohibidos era malévolo. Invariablemente, la madre era condenada al ostracismo, pero sólo al niño había que temer; era, de hecho, un embrión de bruja.

Sin embargo, nunca lo mataban, porque matarlo sería matar sólo el cuerpo y su fantasma acosaría al ejecutor.

En una callejuela llena de moscas que serpenteaba bajo una curva de las Murallas Exteriores, el crepúsculo empezó a depositarse como el polen, y fue ganando intensidad hasta que la callejuela y los irregulares tejados de juncos y barro quedaron anegados en él.

Una hilera de mendigos, sentados a lo largo de la pared de ese callejón o callejuela, parecían brotar del polvo. Éste les cubría tobillos y muslos como un mar gris y muerto, como si hubiera subido la marea, una suave marea de polvo voluptuosamente delicada y liviana.

Y entre este vulgar polvo de color paloma permanecían, con la espalda recostada contra las paredes de barro de alguna choza calentada por el sol. Aquéllos eran sus lujos, el suave polvo y el aire cálido lleno de moscas.

Sentados allí, quietos, en silencio, mientras caía la noche, observaban fijamente unas pocas figuras que al otro lado del callejón, una vez concluida su jornada de talla, recogían sus cinceles, espátulas y mazos y regresaban con ellos a sus respectivas chozas.

Hasta hacía un año, los Tallistas Brillantes no tenían necesidad de guardar las esculturas en la seguridad de sus hogares. Éstas permanecían toda la noche al raso, pues nadie las tocaba. Ni el más ruin de sus vándalos se habría atrevido a tocar o mover siquiera un centímetro el trabajo de otro.

Pero las cosas habían cambiado. Las tallas ya no estaban seguras. Algo terrible había sucedido. Y así, los mendigos sentados junto al muro miraban la retirada de las esculturas de madera. Hacía ya doce meses que sucedía de ese modo, un atardecer tras otro, pero aún no se habían acostumbrado. No lograban hacerse a la idea. Durante toda su vida habían visto la luz de la luna sobre los desiertos callejones y, flanqueando estos callejones, las tallas de madera como centinelas junto a cada puerta. Pero ahora, cuando oscurecía, el corazón de las calles desaparecía; una resonancia, una belleza abandonaba los callejones.

Y por eso, al atardecer, observaban con una especie de asombro impotente cómo los jóvenes se afanaban por guardar los a menudo voluminosos y pesados caballos, con sus crines como manojos de espuma marina, o los moteados dioses del bosque de Gormenghast, con sus cabezas extrañamente ladeadas. Contemplaban todo esto y sabían que una plaga se había abatido sobre la única actividad para la que vivían los Moradores.

Nada decían aquellos mendigos pero, sentados en el blando polvo, en lo más recóndito de sus pensamientos todos tenían la imagen de una niña, una niña ilegítima, una paria, una criatura que aún no tendría doce años pero era un cuervo, una serpiente, una bruja, en suma, una amenaza para ellos y para sus tallas.

Aquel primer ataque a medianoche, secreto, silencioso y de una terrible maldad, se había producido hacía cosa de un año.

Al alba, habían hallado una gran escultura de bruces en el polvo y con el cuerpo marcado por las largas heridas de un cuchillo de sierra, y habían desaparecido algunas tallas más pequeñas. Desde aquel malvado y silencioso asalto, una veintena de obras habían sido mutiladas y robadas un centenar de ellas, tallas no mayores que una mano pero de un virtuosismo, ritmo y color poco corrientes. No había duda acerca de la autoría de tales fechorías. Era la Criatura. Desterrada por bastarda desde el día del suicidio de su madre, aquella niña había sido una espina clavada en la carne de los Moradores. Vivía como un animal salvaje y era igualmente indomable. Ladrona por naturaleza, se había convertido, incluso antes de escapar, en una leyenda, una criatura del mal.

Iba siempre sola, pues parecía inconcebible que pudiera ir acompañada. Su autosuficiencia no tenía puntos débiles. Robaba para comer, desplazándose en la noche como una sombra, con el rostro absolutamente inexpresivo y los miembros ligeros y rápidos como una vara de avellano. O bien desaparecía durante meses para, de pronto, reaparecer saltando de terrado en terrado y desgarrar el aire de la tarde con agudos gritos de escarnio.

Los Moradores maldecían el día en que nació; la Criatura que no podía hablar pero sí trepar rauda por el tronco de un árbol sin ramas, según se rumoreaba; y que podía flotar en el aire una veintena de kilómetros en alas de un viento potente.

Maldecían a la madre que la trajo al mundo, Keda, la muchacha oscura, que había sido requerida en el castillo y había amamantado al pequeño Titus. La maldecían a ella y maldecían a la niña, pero tenían miedo, miedo de lo sobrenatural. Y les oprimía una sensación de pavor por el hecho de que la indómita Criatura fuera hermana de leche del conde, lord Groan de Gormenghast, Titus, el septuagésimo séptimo.

CUARENTA Y DOS

Cuando Pirañavelo se repuso de su desvanecimiento y recobró la conciencia de los horrores por los que había pasado con un trallazo de dolor, pues estaba en carne viva por las heridas del fuego, se puso de pie como un tullido y caminó tambaleante en medio de la noche hasta que se encontró por fin ante la casa del médico. Allí, tras golpear la puerta con la frente enfebrecida, pues tenía las manos quemadas, volvió a desmayarse y ya no supo nada más hasta tres días después, cuando se encontró mirando el techo de un cuartito de paredes verdes.

Durante un tiempo no pudo recordar nada pero, poco a poco, los fragmentos de aquella violenta noche fueron encajándose hasta proporcionarle el cuadro completo.

Volvió la cabeza con dificultad y vio una puerta a su izquierda. A su derecha había una chimenea y delante, cerca del techo, una ventana de considerables dimensiones con las cortinas parcialmente corridas. Por el aspecto sombrío del cielo dedujo que debía de ser el alba o el anochecer. A través de la abertura de las cortinas se veía parte de un torreón, pero no pudo reconocerlo. Ignoraba en qué zona del castillo se encontraba.

Bajó la mirada y descubrió que estaba vendado de pies a cabeza y, como fruto de aquel recordatorio, el dolor de sus quemaduras se agudizó. Cerró los ojos y procuró respirar con regularidad.

Bergantín estaba muerto. Él lo había matado. Pero ahora, en el momento en que él, Pirañavelo, debería haber sido indispensable, pues era el único confidente del viejo custodio de la ley, yacía allí, desvalido e inútil. Aquel trastorno de sus planes tendría que ser contrarrestado mediante la acción rápida y enérgica. Poco podía hacer su cuerpo, pero su cerebro lleno de recursos estaba activo.

Sin embargo, algo había cambiado. Si bien era cierto que su intelecto era tan agudo como siempre, sin que él hubiera sido consciente de ello, algo se había añadido a su temperamento, o quizá algo lo había abandonado.

Su aplomo se había hecho añicos hasta el punto de que había sobrevenido un cambio, un cambio del que nada sabía, pues su mente lógica le aseguraba que, fuere cual fuese la magnitud de su pifia en la habitación de Bergantín, la vergüenza era sólo suya, la mortificación era privada, había perdido crédito únicamente ante sí mismo, pues nadie había sido testigo de la celeridad del viejo.

Haber sufrido tales quemaduras era un precio excesivo a cambio de la gloria. Pero la gloria sería sin duda suya. Cuanto más grave fuera su estado, más excepcional parecería su valor al intentar salvar de las llamas la vida del anciano. Su prestigio estaba intacto, pues la boca de Bergantín estaba llena del barro del foso y nada podía atestiguar.

Pero, de todos modos, se había producido un cambio y, cuando una hora más tarde, al despertarse por un ruido en la habitación y abrir los ojos vio una llama en la chimenea, se incorporó con un grito, con el rostro empapado de sudor y las manos vendadas temblándole.

Durante un buen rato yació tembloroso. Una sensación que nunca había experimentado, una especie de miedo, le acosaba, si es que no se había apoderado de él por completo. Luchó por rechazarla con todas sus reservas de incuestionable valor y al fin cayó de nuevo en un sueño inquieto. Cuando, algo más tarde, despertó supo, antes de abrir los ojos, que no estaba solo.

El doctor Prunescualo estaba a los pies de la cama, de espaldas a Pirañavelo, con la cara alzada, y miraba por la ventana el torreón que, en ese momento, aparecía moteado por el sol y las sombras de unas nubes pasajeras. La mañana había llegado.

Pirañavelo abrió los ojos y, al ver al médico, los volvió a cerrar. En unos instantes había decidido lo que haría y, volviendo la cabeza de un lado a otro lentamente sobre la almohada, simuló un sueño agitado.

—Intenté salvaros —susurró—. Oh, maestro, intenté salvaros —repitió, y gimió.

Prunescualo se dio media vuelta. Su rostro extraño y cincelado no mostraba aquella expresión divertida

tan característica en él y tenía los labios apretados en un mohín severo.

—¿A quién intentaste salvar? —dijo Prunescualo con severidad, como si quisiera obtener una respuesta involuntaria del durmiente.

Pero Pirañavelo emitió un sonido confuso y ahogado y luego, en voz más alta…

—Lo intenté… Lo intenté.

Se debatió de nuevo en la almohada y después, como si eso lo hubiese despertado, abrió los ojos.

Durante un momento miró inexpresivamente, y entonces…

—Doctor —dijo—, no pude retenerle.

Prunescualo no respondió de inmediato, sino que le tomó el pulso a la vendada criatura y le auscultó el corazón.

—Mañana ya me lo contarás todo —dijo un rato después.

—Doctor —dijo Pirañavelo—, preferiría contárselo ahora. Estoy débil y sólo puedo susurrar, pero sé dónde está Bergantín. Yace muerto en el cieno, bajo la ventana de su habitación.

—¿Y cómo fue a parar allí, maese Pirañavelo?

—Se lo diré. —Pirañavelo levantó la mirada, detestando al afable médico, detestándolo con una intensidad irracional. Era como si su capacidad para odiar hubiese extraído nuevo combustible de la muerte de Bergantín, aunque su voz sonó perfectamente dócil—. Se lo diré, doctor —susurró—. Le contaré cuanto sé. —Su cabeza reposó de nuevo en la almohada y cerró los ojos—. Ayer o la semana pasada o hace un mes, pues ignoro cuánto tiempo llevo tendido aquí, inconsciente, entré en la habitación de Bergantín hacia las ocho en punto, tal como acostumbraba a hacer cada noche. Era a esa hora cuando me daba las instrucciones para el día siguiente. Estaba sentado en su silla alta y cuando yo entré, encendía un candelabro. No sé por qué, mi entrada le sobresaltó, como si lo hubiera sorprendido, pero cuando, tras maldecirme, aunque, a pesar de su irascibilidad, no me deseaba ningún mal, volvió la cabeza de nuevo, calculó mal la distancia que lo separaba de la llama, su barba la rozó y un instante después era presa del fuego. Corrí a socorrerlo, pero su cabello y sus ropas ya habían prendido. En la habitación no había ni alfombras ni cortinas con las que sofocar el fuego. No había agua, de modo que intenté apagar las llamas con las manos. Pero el fuego se intensificó y, presa del dolor y del pánico, Bergantín se agarró a mí y empecé a arder. —Las pupilas de los oscuros ojos del joven se dilataron mientras narraba aquella mentira a medias, pues la presa de Bergantín no había sido un sueño, el sudor le cubrió el ceño de nuevo y una terrible autenticidad pareció dar peso a sus palabras—. No pude escapar, doctor. Estaba atrapado y pegado a su cuerpo en llamas. El fuego era cada vez más intenso… y más terribles mis quemaduras. Sólo podía hacer una cosa. Sabía que tenía que alcanzar el agua que había bajo su ventana. Y corrí, corrí con sus brazos aferrados a mi cuerpo. Corrí hacia la ventana y salté al foso… Y allí, en las frías aguas negras, sus manos cedieron. No pude mantenerlo a flote. Lo único que pude hacer fue alcanzar la orilla y allí, creo, me desmayé. Cuando volví en mí, descubrí que estaba desnudo y llegué como pude hasta su puerta… Pero hay que dragar el foso y encontrar al anciano…, en nombre de la decencia, debemos encontrarle y darle una verdadera sepultura. A mí me corresponde proseguir su labor. Yo… Yo… no puedo… decirle… más… no… estoy…

Volvió la cabeza sobre la almohada y, a pesar de sus dolores, se durmió. Había jugado su carta y podía permitirse descansar.

CUARENTA Y TRES

—Querida —dijo Bellobosque—, sin duda no es serio que hagas esperar a tu prometido tanto tiempo, aunque sólo sea el director de Gormenghast. ¿Por qué demonios te retrasas siempre tanto? Cielo santo, Irma, no soy precisamente un jovenzuelo que encuentra romántico verse regado por los hediondos cielos. ¿Dónde has estado, por el amor de Dios?

—¡Me siento tentada de no contestar! —exclamó Irma—. ¡Qué humillación! ¿Es que no significa nada para ti que quiera enorgullecerme de mi aspecto, que me ponga guapa para ti? Para ti, hombre, para ti. Me rompe el corazón.

—No me quejo a la ligera, amor mío —replicó Bellobosque—. Como he dicho, no puedo soportar las inclemencias del tiempo igual que un jovencito. Citarnos aquí fue idea tuya y no podías haber elegido peor, pues no hay ni un mísero arbusto bajo el que cobijarse. El reumatismo me aqueja, tengo los pies empapados. Y ¿por qué? Porque mi prometida, Irma Prunescualo, una dama de extraordinarias virtudes en otros aspectos (siempre lo son en otros aspectos), quien dispone de todo el día para depilarse las cejas, cosechar los manojos de largos cabellos grises y cosas por el estilo, no puede organizarse… O bien podríamos decir que se ha vuelto informal en lo que atañe a su pretendiente. ¿Podríamos hablar de informalidad, querida?

—¡Eso nunca! —exclamó Irma—. ¡Eso nunca, querido! Es únicamente mi deseo de que me consideres digna lo que alarga mi aseo. Queridísimo, debes perdonarme. Debes perdonarme.

Bellobosque se recogió la toga sobre los hombros en grandes bandas. Mientras hablaba, había estado mirando el cielo encapotado, pero al fin volvió su noble rostro hacia ella. El paisaje que les rodeaba estaba neblinoso a causa de la lluvia y el árbol más próximo era un borrón gris dos campos más allá.

—Me pides que te perdone —dijo Bellobosque, y cerró los ojos—. Y así lo hago, así lo hago. Pero recuerda, Irma, que una esposa puntual me complacería. Quizá podrías practicar un poco para que cuando llegue el momento no tenga motivo de queja. Y ahora ¿verdad que no hablaremos más del asunto?

Volvió la cabeza hacia el otro lado, porque aún no había aprendido a reprenderla sin esbozar una blanda sonrisa de gozo. Y por eso, con la cara vuelta, descubrió sus dientes cariados mirando hacia un seto lejano.

Irma se cogió de su brazo y empezaron a caminar.

—Querido —dijo ella.

—¿Sí, mi amor? —respondió Bellobosque.

—¿Verdad que es mi turno para quejarme?

—¡Tu turno es, mi amor! —Alzó la testa leonina y se sacudió con felicidad la lluvia de la melena.

—No te enfadarás conmigo, ¿verdad, querido?

Él enarcó las cejas y cerró los ojos.

—No me enfadaré, Irma. ¿Qué es lo que deseas decirme?

—Se trata de tu cuello, querido.

—¿Mi cuello? ¿Qué le pasa a mi cuello?

—Está muy sucio, querido. Lo está desde hace semanas… ¿No crees que…?

Pero Bellobosque se había puesto tieso como un palo junto a ella y descubrió sus dientes en una mueca de impotencia.

—Oh, apestosos infiernos —murmuró—. ¡Oh, apestosos y condenados infiernos!

CUARENTA Y CUATRO

El señor Excorio llevaba más de una hora sentado a la entrada de su cueva. El aire estaba inmóvil y las tres nubecillas que flotaban en el claro cielo gris llevaban allí todo el día.

La barba le había crecido mucho y los cabellos, que en otro tiempo llevara muy cortos, le caían ahora sobre los hombros. El sol le había tostado la piel y las penalidades de los últimos años habían añadido nuevas arrugas a su rostro.

Ahora formaba parte de los bosques: su vista era penetrante como la de un pájaro y su oído igual de agudo. Sus pasos se habían vuelto silenciosos y el crujido de sus rodillas había desaparecido. Tal vez el calor del verano había calentado la afección hasta hacerla desaparecer, porque, como sus ropas estaban desgarradas como follaje, sus rodillas quedaban en su mayor parte expuestas al sol.

Con tal coherencia se había fundido en un mundo de ramas, helechos y arroyos que no cabía duda de que había nacido para los bosques. Y sin embargo, a pesar de su dominio de los mismos, a pesar de que había sido incorporado a la soledad de los árboles innumerables como si fuera una rama más, a pesar de todo esto, sus pensamientos nunca se alejaban de aquel sombrío montón de mampostería que, aunque imponente y ruinoso, era, sin embargo, el único hogar que había conocido.

Pero a pesar de su anhelo de regresar a su lugar de nacimiento, Excorio no era un exiliado que se dejara llevar por el sentimentalismo. Sus pensamientos, cuando se volvían al castillo, no tenían en absoluto la naturaleza de los sueños. Eran pensamientos severos, turbulentos y especulativos que, lejos de volver a sus primeros recuerdos del lugar, se concentraban en el actual estado de cosas. En no menor medida que Bergantín, era tradicionalista hasta la médula y el corazón le decía que las cosas no marchaban como debieran.

¿Qué oportunidad había tenido de tomar el pulso de salones y torres? Aparte del fuego fatuo de su intuición y la innata taciturnidad de su temperamento, ¿en qué más basaba sus sospechas? ¿Se trataba simplemente de su arraigado pesimismo y del temor que, comprensiblemente, había ido creciendo desde su destierro de que, con él lejos, el castillo quedara debilitado?

Había poco más. Y, no obstante, de haber sido sus sospechas meras especulaciones, nunca habría emprendido, durante los veinte días anteriores, sus tres viajes ilícitos. Porque se había desplazado por los corredores en tinieblas del lugar y, aunque todavía no había descubierto nada tangible, casi de inmediato había percibido un cambio. Algo había sucedido o estaba sucediendo y era malévolo y subversivo.

Sabía perfectamente que los riesgos a que se exponía si lo encontraban en el castillo tras su destierro eran grandes y que sus posibilidades de descubrir en la oscuridad de los salones y corredores soñolientos la causa de su aprensión eran remotas. No obstante, se había atrevido a burlar la letra de la ley de los Groan con el propósito de descubrir, a su manera solitaria, si, como temía, su espíritu estaba enfermo.

Y mientras, sentado medio oculto entre los helechos que crecían a la puerta de su cueva, iba repasando mentalmente los incidentes de los últimos años que, de un modo u otro, habían hecho fructificar sus sospechas de juego sucio, de pronto tomó conciencia de que lo observaban.

No había oído nada, pero el sexto sentido que había desarrollado en los bosques le advirtió. Era como si algo le hubiese golpeado levemente entre los omoplatos.

Al instante sus ojos recorrieron el escenario que tenía delante y los vio de inmediato, inmóviles en la linde de un bosque a cierta distancia a su derecha. Los reconoció al momento, aunque la muchacha había crecido hasta el punto de resultarle casi una desconocida. ¿Era posible que no lo reconocieran a él? No cabía duda de que lo estaban mirando. No había tenido en cuenta lo distinto que debía de parecerles, sobre todo a Fucsia, con los cabellos largos, la barba y los harapos que vestía.

Pero cuando los jóvenes empezaron a correr en su dirección, él se puso de pie y salió a su encuentro sobre las rocas.

Fue Fucsia la primera en reconocer al demacrado exiliado. Allí estaba ante él, con poco más de veinte años, una muchacha morena y extrañamente melancólica, llena de amor y odio, de valor, rabia y ternura. Estas cosas existían tan puras en su pecho que parecía injusto que alguien llevara una carga tan ardiente.

Para Excorio, Fucsia fue una revelación. Siempre que había pensado en ella la había seguido imaginando como una niña y de pronto tenía delante a una mujer sonrojada, emocionada, con la mirada fija en su rostro y los brazos en jarras mientras recobraba el aliento.

El señor Excorio inclinó la cabeza en deferencia a su visitante.

—Señoría —dijo, pero antes de que Fucsia pudiese responder, Titus se acercó con los cabellos sobre la cara.

—¡Te lo dije! —dijo jadeante—. ¡Te dije que lo encontraría! Te dije que llevaba barba y que había hecho un embalse, y allí está su cueva, que es donde dormí y donde cocinamos y… —se interrumpió para recobrar aliento y luego añadió—: Hola, señor Excorio. ¡Tiene usted un aspecto extraordinario y salvaje!

—¡Ah! —dijo Excorio—. Probablemente, señoría, la vida precaria, no cabe duda. Más días que cenas, señoría.

—¡Oh, señor Excorio! —exclamó Fucsia—. ¡Me alegro tanto de volverlo a ver! Fue usted siempre tan amable conmigo… ¿Está usted bien aquí, viviendo solo?

—Pues ¡claro que está bien! —terció Titus—. Es una especie de salvaje. ¿Verdad que sí, señor Excorio?

—Muy parecido, señoría —dijo Excorio.

—Oh, tú eras muy pequeño y no puedes acordarte, Titus —dijo Fucsia—. Yo lo recuerdo todo. El señor Excorio era el principal sirviente de padre…, estaba por encima de todos los demás, ¿verdad, señor Excorio?… hasta que desapareció…

—Lo sé —repuso Titus—. Lo he oído todo en la clase de Bellobosque, me lo contaron todo.

—Ellos no saben nada —dijo Excorio—. Ellos no saben nada, señoría. —Se había vuelto hacia Fucsia e, inclinando la cabeza de nuevo, añadió—: La invito humildemente a entrar en mi cueva para reposar, resguardarse del sol y beber agua fresca.

El señor Excorio abrió la marcha hacia la cueva y cuando hubieron franqueado la entrada y mostrado a Fucsia la doble chimenea y bebido abundantemente del manantial, pues estaban sedientos y acalorados, Titus se tendió bajo la pared cubierta de helechos del fondo de la cueva y su harapiento anfitrión se sentó a cierta distancia. Con los brazos en torno a las espinillas y el peludo mentón apoyado en las rodillas, miraba fijamente a Fucsia.

Al advertir el infantil escrutinio de Excorio, ella, por su parte, no le dio motivo para sentirse avergonzado, pues sonreía cuando sus ojos se encontraban, aunque su mirada se paseaba por las paredes y el techo o, volviéndose a Titus, le preguntaba si en su anterior visita había reparado en tal o cual cosa.

Pero llegó un momento en que se hizo el silencio en la cueva, uno de esos silencios difíciles de romper que, por extraño que parezca, fue finalmente roto por el señor Excorio, el más reservado de los tres.

—Señorías… —dijo.

—¿Sí, señor Excorio? —dijo Fucsia.

—Yo estado lejos, desterrado muchos años, señoría. —Abrió los severos labios como para continuar, pero tuvo que cerrarlos por falta de una expresión adecuada. Pero al poco comenzó de nuevo—. Perdido contacto, *lady* Fucsia, pero perdonadme… debo haceros preguntas.

—Por supuesto, señor Excorio. ¿Qué clase de preguntas?

—Yo sé de qué clase —dijo Titus—. Sobre lo que ha ocurrido desde la última vez que estuve aquí y sobre lo que se ha descubierto, ¿no es verdad, señor Excorio? Y sobre la muerte de Bergantín y…

—¿Bergantín muerto? —La voz de Excorio sonó brusca y áspera.

—Oh, sí —dijo Titus—. Se quemó vivo, ¿verdad que sí, Fucsia?

—Sí, señor Excorio. Pirañavelo trató de salvarle.

—¿Pirañavelo? —murmuró la alta y harapienta figura inmóvil.

—Sí —dijo Fucsia—. Está muy enfermo. He ido a visitarlo.

—¡No puede ser! —exclamó Titus.

—Desde luego que sí, y pienso volver. Sus quemaduras son terribles.

—No quiero que lo veas —dijo Titus.

—¿Por qué no? —replicó Fucsia; la sangre empezaba a subírsele a las mejillas.

—Porque es un…

Pero Fucsia le interrumpió.

—¿Qué… sabes… tú… de… él? —dijo serenamente, aunque le temblaba la voz—. ¿Es un crimen que sea más brillante de lo que nunca llegaremos a ser? ¿Es culpa suya que esté desfigurado? —Y, en un arrebato,

añadió—: ¿O que sea tan valiente?

Volvió la mirada a su hermano y vio en sus rasgos algo infinitamente cercano a ella, algo que parecía un reflejo de su propio corazón, y se sintió como si estuviese mirándose a los ojos.

—Lo siento —dijo—, pero no hablemos más de él.

Pero eso era justamente lo que Excorio quería hacer.

—Señoría —dijo—. El hijo de Bergantín… ¿entiende…? ha sido formado como… Guardián de los Documentos… Custodio de la ley de los Groan… ¿va todo bien?

—Nadie ha podido encontrar a su hijo, si es que llegó a tenerlo —dijo Fucsia—. Pero todo va bien. Bergantín llevaba varios años instruyendo a Pirañavelo.

Excorio se puso de pie bruscamente, como si una cuerda invisible hubiera tirado de él desde lo alto, y volvió la cabeza para ocultar su cólera.

—¡No! ¡No! —exclamó para sí, y luego, con voz audible, añadió—: Pero ¿Pirañavelo no estaba enfermo, señoría?

Fucsia lo miraba sorprendida. Ni Titus ni ella comprendían por qué repentinamente se había puesto de pie.

—Sí —respondió—. Se quemó al intentar salvar a Bergantín de las llamas y guarda cama desde hace meses.

—¿Cuánto tiempo más, señoría?

—El doctor dice que podrá levantarse dentro de una semana.

—¡Pero el Ritual! ¡Las instrucciones…! ¿Quién las ha dado? ¿Quién ha dirigido los Procedimientos, día tras día, interpretado los Documentos…? ¡Oh, Dios! —exclamó Excorio, incapaz de seguir controlándose—. ¿Quién ha dado vida a los símbolos? ¿Quién ha hecho girar los engranajes de Gormenghast?

—Todo va bien, señor Excorio. Todo va bien. Pirañavelo no se concede reposo. No fue instruido en vano. Está cubierto de vendajes pero lo dirige todo desde su lecho de enfermo. Cada mañana, treinta o cuarenta hombres acuden allí a la vez y los entrevista a todos. Tiene junto a él centenares de libros y las paredes están cubiertas de mapas y diagramas. No hay nadie más que pueda hacerlo. Trabaja sin descanso allí tendido. Trabaja con su cerebro.

Pero Excorio golpeó la pared con la mano, como para descargar su ira.

—¡No! ¡No! —dijo—. No es Maestro del Ritual, señoría, no para siempre. No tiene amor, señoría, no tiene amor por Gormenghast.

—Quisiera que no existiese ningún Maestro del Ritual —dijo Titus.

—Señoría —dijo Excorio tras un silencio—, no sois más que un muchacho. No tenéis conocimiento. Pero aprenderéis de Gormenghast. Agrimoho y Bergantín, ambos quemados —continuó, casi sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—. Padre e hijo… padre e hijo…

—Puede que no sea más que un muchacho —dijo Titus con vehemencia—, pero si supiera que hemos llegado hasta aquí por el pasadizo secreto debajo de la tierra que yo descubrí, ¿verdad, Fucsia?, entonces… —pero tuvo que callar, porque la frase era demasiado complicada para él—. Pero ¿sabe? —continuó, empezando de nuevo—, para salir del castillo hemos avanzado en la oscuridad iluminándonos con velas, a veces gateando, pero la mayor parte del camino andando derechos, excepto la última milla, donde el túnel desemboca, aunque usted no lo descubriría nunca, al pie de una loma, como la boca de una madriguera de tejón, no lejos de aquí, al otro lado del bosque donde usted nos vio. Por eso nos ha costado encontrar su cueva, señor Excorio, porque la última vez que vine hice casi todo el camino a caballo y luego por el robledal… y, oh, señor Excorio, ¿fue un sueño o vi de verdad una cosa voladora y le hablé a usted de ella? A veces pienso que fue un sueño.

—En efecto, lo fue —dijo Excorio—. Pesadilla, sin duda —comentó y, reacio a hablarle a Titus de la «cosa voladora», preguntó—: ¿Túnel hasta el castillo, señoría?

—Sí —respondió Titus—, negro y secreto, y huele a tierra y a veces hay vigas de madera para sostener el techo y hormigas por todas partes.

Excorio volvió la vista a Fucsia como en busca de confirmación.

—Es cierto —dijo ella.

—Y ¿está cerca, señoría?

—Sí —contestó Fucsia—. En el bosque que hay del otro lado del valle cercano. Allí es donde acaba el túnel.

Excorio los miró, primero al uno y luego a la otra. La noticia de la existencia del pasaje subterráneo parecía haber tenido en él un efecto considerable, aunque no se les ocurría por qué, pues, aunque para ellos había sido una aventura fantástica y muy real, sabían por amarga experiencia que lo que para ellos era

maravilloso por lo común tenía poco interés para el mundo adulto.

Pero el señor Excorio estaba hambriento de detalles: ¿De qué punto del castillo partía el pasadizo? ¿Les había visto alguien en el corredor de las estatuas? ¿Podían encontrar el camino de regreso a ese corredor cuando el túnel se abría en aquel mundo muerto de salones y pasillos silenciosos? ¿Podían conducirle hasta la loma donde concluía el túnel?

Por supuesto que podían. Emocionados por el hecho de que una persona mayor, pues Fucsia no se consideraba adulta, estuviese tan entusiasmada por su descubrimiento como ellos mismos, no tardaron en echar a andar hacia el bosque.

Excorio había visto de inmediato mucho más en el descubrimiento de los jóvenes de lo que éstos podían imaginar. Si era cierto que a pocos minutos de su cueva existía para Excorio, por así, decir, una puerta abierta que conducía al corazón de su venerable hogar, un camino que podía recorrer si lo deseaba cuando la luz del día brillaba sobre los campos y bosques casi dos metros por encima de su cabeza, sin duda sus posibilidades de arrancar de raíz cualquier mal que acechara Gormenghast, de seguirle el rastro hasta su origen, se verían enormemente incrementadas. Pues no había sido fácil entrar en el castillo sin ser visto y hacer, a veces a la luz de la luna, aquellos largos viajes al descubierto desde su cueva hasta las Murallas Exteriores y de allí, a través de los patios y espacios abiertos, hasta los edificios interiores y las habitaciones y pasadizos que tenía en mente.

Pero si lo que ellos decían era cierto, podría salir de detrás de aquella estatua en el corredor de las tallas en cualquier momento del día o de la noche y encontrar la lúgubre anatomía del lugar a su entera disposición.

CUARENTA Y CINCO

Pasaban los días y los muros de Gormenghast se volvieron fríos al tacto cuando el verano dio paso al otoño y el otoño, a un invierno oscuro y glacial. Durante largos períodos, el viento soplaba noche y día, haciendo añicos el cristal de las ventanas, descolocando la mampostería, silbando y rugiendo entre las torres y chimeneas y sobre el lomo del castillo.

Y entonces, no menos pavoroso, el viento se detenía de pronto y el silencio se apoderaba del lugar. Un silencio inquebrantable, pues el ladrido de un perro, el súbito estrépito de un balde o el llanto lejano de un niño sólo parecían reales en la medida en que acentuaban la quietud general en la cual estos sonidos se alzaban por un instante, como cabezas de peces asomando en el agua helada, sólo para hundirse de nuevo sin dejar rastro.

En enero la nieve cayó de tal manera que quienes la contemplaban desde detrás de innumerables ventanas empezaron a dudar de la existencia de las formas angulosas que yacían bajo el borroso manto o de los colores sumidos en la oscuridad de aquella blancura. El aire parecía sofocado por copos del tamaño de un puño infantil y el terreno se hinchaba sobre los accidentes sumergidos de un paisaje apenas recordado.

En los extensos campos blancos que circundaban el castillo, los pájaros yacían muertos o se inclinaban próximos a la rigidez de la muerte. Aquí y allá se veía el movimiento de alguno de ellos avanzando a duras penas o la postrera y frenética agitación de un ala cubierta de hielo.

Desde las ventanas del castillo, la nieve cegadora parecía sembrada de carboncillos y los campos, picados por la viruela de las huestes aniquiladas por el invierno. No había extensión despejada de nieve que no hubiera sido tocada por la ubicua muerte ni ventisquero que no tuviera su cementerio.

Contra aquel trasfondo cegador, todos los pájaros, fuere cual fuese su plumaje natural, parecían negros como el azabache y sólo diferían las siluetas, cuyos contornos, exquisitamente cincelados, mostraban sus picos semejantes a espinas, las ahuecadas plumas y las delicadas garras y cabezas.

Era como si, sobre la vasta mortaja del paisaje nevado, cada una de las aves de aquellas huestes hubiese firmado, con exquisita y trágica destreza, la prueba de su muerte en un lenguaje a la vez indescifrable y elocuente, un jeroglífico de fantástica belleza.

Luego, la nieve que los había matado los cubría, con una ternura que la haría aún más terrible. Pero pese a las infinitas capas que se iban amontonando una sobre otra, siempre había pájaros al borde de la muerte, una dispersa multitud de color azabache. Y por todas partes se veía a algunos que cojeaban aún o que, inmóviles, tiritaban o que, hundidos hasta el pecho en aquel manto voluminoso y letal, persistían en su agónico avance dejando tras de sí las pequeñas trincheras que mostraban el lugar que habían ocupado.

Y también, a pesar de tanta mortandad, el castillo estaba lleno de pájaros. Dolida en el alma por la noticia de tanta aflicción, la condesa no desaprovechó ninguna oportunidad para alentar a las aves salvajes a refugiarse en su castillo. El hielo que se formaba en los centenares de bañeras y palanganas colocadas por todo el castillo era quebrado inmediatamente. Se dispuso carne, migas de pan y grano formando caminos para animar a los pájaros a acercarse y disfrutar del aire más cálido del interior del castillo. No obstante, a pesar de aquellas tentaciones (y de que, envalentonadas por el hambre, miles de aves, entre ellas búhos, garzas e incluso aves de presa, se habían refugiado en el recinto de las murallas), el castillo seguía rodeado de muertos y moribundos. Los rigores de la estación habían convertido Gormenghast en punto de atracción, no sólo para los plumíferos de las regiones cercanas, sino también para los de los bosques y páramos más lejanos. Pero aunque Gormenghast fuese un santuario abierto, el número de estas aves migratorias, que descendían incesantemente sobre el castillo desde el cielo cargado de nieve, cegadas por la nieve, hambrientas y exhaustas, bastaba para alimentar aquella elevada mortandad.

Para gran inconveniente de los afectados, la condesa decretó que el gran comedor sería su hospital. Allí, su solitaria figura, descomunal y pelirroja, se movía entre las aves, que cuidaba hasta que recobraban las

fuerzas. Se trajeron ramas de árboles y se apoyaron contra las paredes, y se voltearon las mesas para que las aves pudieran posarse sobre las patas. Al poco tiempo, el estrépito del canto de los pájaros llenaba el lugar, mezclándose con los gritos estridentes de cuervos y cornejas y un centenar de voces distintas, débiles o melodiosas.

Se salvó de las nieves a los pájaros que se pudo, pero el manto de ésta era demasiado profundo y poco consistente para permitir cualquier rescate que no fuera el que podía llevarse acabo extendiendo la mano desde una ventana baja.

Durante más de un mes el castillo estuvo aprisionado por las nieves. Algunas de las puertas que se abrían al mundo exterior cedieron al peso de la nieve acumulada. De las que soportaron la presión, ninguna era practicable. Las luces ardían por doquier en el interior de Gormenghast, pues no había ventana que no estuviese cegada con tablones o bien cubierta con recias colgaduras.

Es difícil decir qué habría hecho el señor Excorio si el túnel subterráneo no hubiera sido descubierto o si Titus nunca le hubiera hablado de él. Los ventisqueros que rodeaban su cueva eran de tan peligrosas y voluminosas dimensiones que es poco probable que no se hubiera visto obligado a abandonar su refugio tarde o temprano. Por otra parte, sus posibilidades de sobrevivir al cruel frío y de no morirse de hambre hubiesen sido escasas a pesar de sus muchos recursos.

Pero la existencia del túnel resolvió todos esos problemas. Recorrer, con una vela en la mano, el largo trecho con olor a tierra se convirtió en la cosa más natural del mundo para él. Del techo colgaban miles de raíces y el suelo estaba cubierto por los cráneos y huesos de pequeños animales, pues muchas partes del túnel habían sido guarida de zorros, roedores y toda clase de alimañas que lo habían utilizado para refugiarse tanto de inclemencias del tiempo como las que en ese momento sufrían, como de sus enemigos. Su vela, que sostenía ante él con el brazo extendido, alumbraba formaciones de raíces que le eran familiares y le descubrían la existencia de un bosquecillo en la superficie o revelaban las ciudades secretas de las hormigas.

Aunque libre de nieve e inestimable como medio para acceder al castillo, la oscuridad estaba saturada de muerte y putrefacción y no había motivo para que Excorio se demorase en aquellos largos y solitarios viajes bajo tierra.

La primera vez que, tras recorrer el pasadizo, llegó a las cercanías de aquella región de salones y corredores sin vida del castillo y, como Titus hiciera, se adentró aún más en el silencio, sintió algo del pavor que tanto había aterrorizado al muchacho, lo que le hizo alzar los huesudos hombros hasta las orejas y adelantar la mandíbula mientras sus ojos se volvían a un lado y a otro como si lo amenazara un enemigo invisible.

Pero cuando, tras una docena de viajes diurnos, hubo explorado una sección del abandonado territorio a su satisfacción, no le quedó ningún vestigio de la aprensión que al principio experimentara. Por el contrario, empezó a hacer suyos los silenciosos salones de la misma manera en que, inconscientemente, se había identificado con el humor cambiante del bosque de Gormenghast.

No estaba en su naturaleza lanzarse precipitadamente a la búsqueda del mal que se escondía en el castillo. Tales empresas no pueden emprenderse a la ligera. Primero debía establecer el curso a seguir sobre la marcha.

Y por eso, después de dar con los escasos escalones que llevaban a la parte trasera del monumento del corredor de las estatuas, durante las primeras semanas dedicó sus expediciones nocturnas a descubrir qué cambios se habían producido en los hábitos nocturnos del populacho desde que él faltaba de Gormenghast. Su vida en los bosques le había enseñado a ser paciente y había acentuado aún más aquella habilidad que siempre había tenido de confundirse con su entorno. Salvo a plena luz del día, no tenía necesidad de esconderse; le bastaba con permanecer quieto para quedar asimilado a una pared, una sombra o el podrido enmaderado. Cuando bajaba la cabeza, sus cabellos y su barba se convertían en una telaraña más en la penumbra y sus harapos, en las sombrías frondas de moho que crecían en los grises y húmedos corredores.

Para él era una experiencia extraña observar, desde un escondrijo u otro, los rostros familiares que en otro tiempo había conocido tan bien. A veces pasaban a poca distancia de él, algunos un poco más viejos, otros un poco más jóvenes y aún otros ligeramente distintos de como los recordaba. Los que eran niños o jóvenes en el momento del exilio de Excorio, a duras penas los reconocía.

Pero, a pesar de su habilidad para ocultarse, no corría riesgos y pasó mucho tiempo antes de que se aventurase en sus largas expediciones nocturnas de reconocimiento y comenzase a descubrir dónde podían ser localizadas a distintas horas del día o de la noche casi todas las personas que le interesaban. La habitación de su difunto señor no se había abierto desde su muerte. Excorio se percató de este hecho con lúgubre aprobación. Contempló el lugar del suelo, ante la puerta de Sepulcravo, donde, durante más de

veinte años, se había tendido para dormir. Recorrió el pasillo con la mirada y el recuerdo de la pavorosa noche volvió a su memoria: la noche en que el conde se levantó, sonámbulo, y se entregó a los búhos y la noche en que él, Excorio, se batió con el chef de Gormenghast y lo pasó a espada. Excorio se vio forzado a convertirse en ladrón y acaparador. No es que ello fuera de su gusto, pero era necesario si quería seguir con vida. En poco tiempo descubrió cómo entrar en el Cuarto de los Gatos por la puerta de una buhardilla y llegar a la Gran Cocina por los Pasadizos de Piedra.

Hacer cada mañana el viaje de regreso por el túnel para pasar el día en su cueva se había convertido en algo absurdo. Poco podía hacer en la cueva, rodeada como estaba de profundos ventisqueros. No podía cazar para alimentarse ni recoger leña suficiente para calentarse, mientras que en los Salones Vacíos tenía cuanto necesitaba.

Había encontrado una pequeña habitación totalmente cubierta de polvo, un lugar cuadrado y recoleto con una chimenea tallada y un hogar abierto. Había allí varias sillas, una librería y una mesa de nogal sobre la cual había dispuestos, bajo el polvo, cubiertos y vajilla para dos.

Fue allí donde se instaló Excorio. Su despensa consistía en poco más que pan y carne, de los que nunca faltaban suministros abundantes en la Gran Cocina.

Sin embargo, no se aprovechó de las múltiples oportunidades que tenía para variar su dieta. En cuanto al agua que bebía, no tenía más que salir a cualquier hora pasada la medianoche y llenar su lata con el agua de lluvia de una cisterna cercana.

Calculando la distancia que cubría durante sus idas y venidas por las salas vacías y teniendo en cuenta sobre todo la que había entre la habitación de la chimenea y la abertura en el corredor de las estatuas (la única entrada que había hallado al mundo que en otro tiempo conociera), sabía que encender fuego en su habitación no comportaba ningún riesgo. Aun en el caso de que alguien hubiese visto humo elevándose en el aire sobre un sector olvidado del castillo y que ello le hubiese llamado la atención, al hipotético observador le habría sido tan difícil encontrar la chimenea y luego el modo de dar con el distante aposento como a una rana tocar el violín.

Allí, en las rigurosas tardes de invierno, el señor Excorio disfrutaba de una comodidad desconocida para él. De no ser porque su exilio en los bosques lo había habituado a la soledad, aquellas largas jornadas le habrían resultado insoportables, pero el aislamiento se había convertido en parte de él.

El silencio de los Salones Sin Vida, al igual que el del nevado mundo exterior, no tenía límites. Era una especie de muerte. La misma extensión de aquellos territorios huecos, el laberinto inexplorado que, por así decir, hacía visible el silencio, bastaba para erizar los cabellos de la nuca de cualquiera que no estuviese muy habituado a la falta de compañía. Pero, a pesar de sus numerosas expediciones a través de aquel mundo muerto, el señor Excorio fue incapaz de dar con los límites de aquel olvidado dominio de Gormenghast. Es cierto que, tras una larga búsqueda y guiado hasta cierto punto por las instrucciones de Titus, había encontrado los escalones que llevaban al corredor de las estatuas, pero, aparte de eso y de las pocas puertas cerradas a través de las que había oído voces, no había encontrado más zonas fronterizas entre su mundo y el de los habitantes del castillo.

Sin embargo una madrugada, cuando regresaba a su cuartito después de una incursión en la cocina, sucedió algo que convirtió el resto del invierno en un poco menos solitario pero más terrible. Había dejado el corredor de las estatuas más o menos un kilómetro atrás y avanzaba por el corazón de sus dominios cuando decidió que, en lugar de tomar el camino habitual por el largo y angosto pasadizo que corría hacia el este, exploraría un corredor alternativo que, imaginaba, a su debido tiempo le llevaría de vuelta a su distrito.

Según su costumbre, a medida que avanzaba iba trazando en la pared las toscas marcas de tiza blanca que en más de una ocasión lo habían ayudado a encontrar el camino de vuelta a terreno conocido.

Tras una hora de dar vueltas, de pasar por confluencias de pasadizos radiales, de hacer un centenar de elecciones arbitrarias entre esta entrada o aquélla, esta sinuosa pendiente y aquel frío declive que llevaba a un corredor más ancho, empezó a sudar de miedo sólo de pensar en cuál sería su situación si no hubiese tomado precauciones para su regreso. Sabía que nunca habría encontrado el camino de vuelta sin las marcas de tiza. De pronto comenzó a sentir hambre. Al mismo tiempo, viendo que su vela estaba casi consumida, sacó otra de la media docena o más que siempre llevaba en el cinturón y, sentándose en el suelo, colocó cuidadosamente la vela recién encendida ante él y, abriendo un largo cuchillo de hoja estrecha, se cortó una rebanada de pan.

La oscuridad, densa como la tinta, lo rodeaba a derecha e izquierda y, a su espalda, su sombra flotaba pesadamente sobre la pared. Iluminado por el aura de la llama de la vela, con el rostro, los harapos, las manos y los cabellos dramáticamente alumbrados, había extendido las piernas y se disponía a hincar el

diente en el pan por segunda vez cuando oyó una carcajada.

De no haber sido por su terrible vigor y por el hecho de que procedía de detrás de él, del otro lado de la pared contra la que se apoyaba, no habría tenido más remedio que reconocerla como un grito de locura de su cerebro, algo que había escuchado con los oídos de su mente.

Pero no era nada de eso. No tenía nada que ver con él ni con su imaginación. Él no estaba loco, pero sí supo que se hallaba en presencia de la locura, porque aquel grito o aullido demoníaco hizo que Excorio se pusiera de pie como si tirasen de él con un anzuelo y que, sin que supiera siquiera que se había movido, lo llevó a pegarse a la pared del lado opuesto del pasadizo, como acorralado, y a mirar, con la cabeza gacha, los fríos ladrillos contra los que había estado apoyado como si la pared estuviese afectada por la locura que ocultaba y sus trastornados ladrillos lo observaran.

El señor Excorio oía su sudor gotear sobre las piedras a sus pies. Tenía la boca seca como el cuero y el corazón le martilleaba como un tambor, pero lo único que se veía era la luz de la vela brillando serena al pie de la pared opuesta.

Y entonces volvió a oírse el sonido con una especie de nota doble, como si la garganta que daba rienda suelta a aquella pavorosa risa estuviera curiosamente formada y pudiese emitir dos voces a un tiempo.

No podía tratarse de un eco, porque no hubo repetición ni superposición, sino una especie de horror doble.

Esta vez, la nota aguda de la carcajada se fue apagando hasta convertirse en una especie de gimoteo, pero incluso esa espectral conclusión transmitía esa cualidad dual, la terrible y paralizante sensación de una doble locura.

Después de que volviera a hacerse el silencio, pasó un rato antes de que el señor Excorio pudiera moverse. Estaba anonadado. Su sensación de intimidad se había hecho añicos y su incapacidad para racionalizar y dar sentido a lo sucedido en la madrugada era como un insulto lanzado contra su mentalidad estrecha de miras pero orgullosa. Y era su miedo, puro miedo a algo que no podía ver pero que estaba a pocos metros de distancia, lo que paralizaba sus miembros.

Pero el silencio no se vio alterado de nuevo y no hubo repetición y, al fin, recogió la vela del suelo y, volviendo la vista atrás no pocas veces, deshizo rápidamente el camino por el que había avanzado siguiendo las marcas de tiza hasta que al fin llegó a la fatídica bifurcación. A partir de ahí, estaba en su terreno y caminó sin vacilación hasta llegar a su aposento.

Por supuesto, era imposible olvidarse del asunto. El enigmático horror de aquella risa le acompañaba en todo momento y aquella mañana, en cuanto salió el sol, el tétrico lugar lo atrajo de nuevo. No es que deseara recrearse en la rastrera emoción de volver a escuchar aquella risa, sino más bien que el misterio debía ser expuesto a la luz racional del día y que fuera lo que fuese, animal o humano, debía revelarse, pues los intereses de Excorio seguían siendo los del antaño primer sirviente de Gormenghast, los de un hombre leal que no podía soportar la idea de que en el vetusto castillo operasen fuerzas o elementos y sucesos apartados de la vida ceremonial; secretos y prácticas que, por lo que sabía, eran un veneno mortal en el cuerpo del castillo.

Se proponía explorar más a fondo el aterrador pasadizo y, si era posible, volver sobre sus pasos por alguna arteria paralela cuando tuviese oportunidad y así descubrir, si podía, alguna pista sobre lo que había al otro lado del muro.

Y eso hizo, pero sin éxito. Día tras día recorrió los fríos callejones de ladrillo, volviendo sobre sus pasos una y otra vez, extraviándose una veintena de veces durante la jornada, regresando repetidamente al corredor original como punto de referencia, incapaz de asimilar el carácter tortuoso de la arquitectura. De cuando en cuando, al regresar al lugar donde había escuchado la risa extraviada se paraba a escuchar, pero no se oía otra cosa que el latido de su corazón.

No parecía quedarle otra opción que regresar a aquel lugar espantoso, no a la luz del día, sino a la misma hora que la primera vez, cuando la madrugada chupa el valor del corazón y los miembros. Si oía de nuevo aquella risa enloquecida y si se repetía una y otra vez, con ese sonido como guía tal vez descubriría por fin, en la oscuridad, lo que se le escapaba de día.

Y así, reprimiendo su terror, emprendió el camino en la gélida oscuridad de la madrugada. Llegó a las proximidades del pasadizo de ladrillo y, mientras estaba aún a cierta distancia, oyó un sonido de llantos y gritos y, al acercarse más, una chillona llamada que parecía reverberar, como si algo se llamara a sí mismo, pues la voz que respondía parecía la misma.

Pero había miedo en la voz, o las voces, y, mientras escuchaba con la oreja pegada a la pared, lo que más llamó la atención del señor Excorio es que los gritos eran más débiles que la otra vez. Fuera lo que fuese lo que gritaba, había perdido mucha fuerza. En vano trató de seguir los sonidos hasta su origen. Su

búsqueda por los laberintos de mampostería que había recorrido de día también de noche resultó infructuosa. En cuanto salió del corredor, el silencio descendió como un peso impalpable y de nada le sirvió su agudo oído.

Una y otra vez trató de localizar a la sufriente criatura, pues Excorio había empezado a comprender que era alguien que estaba al límite de sus fuerzas. Más que terror, lo que ahora sentía era una compasión ciega, una compasión que lo llevó al lugar noche tras noche, como si aquella tragedia innominada le pesara en la conciencia, como si estar allí para escuchar la voz cada vez más débil sirviera de algo. Sabía que no era así, pero no podía mantenerse al margen.

Llegó una noche en que, a pesar de sus esfuerzos, ya no pudo escuchar nada y, a partir de ese momento, nada volvió a quebrar el silencio.

Supo que, de alguna manera, le había llegado el fin a alguna criatura desquiciada. Nunca supo qué se había reído con aquella doble nota y qué había llamado y se había respondido con la misma voz terrible y apagada. Nunca supo que fue el último en oír las voces de sus señorías Cora y Clarisa ni que había estado tan sólo a unos metros de los aposentos a los que habían sido atraídas con engaños. Nunca supo que las gemelas habían languidecido tras las puertas cerradas de aquella prisión, que habían ido perdiendo la escasa cordura que les quedaba y su locura había ido aumentando hasta que, cuando las provisiones empezaron a faltarles y Pirañavelo dejó de visitarlas, supieron que la muerte estaba en camino. Cuando la debilidad las dominó, se tendieron una junto a la otra y, mirando el techo, murieron al mismo tiempo, al otro lado del muro.

CUARENTA Y SEIS

Mientras Excorio, en su desierto de salones vacíos, cavilaba sobre la conmoción que había sufrido y se atormentaba a causa de su naturaleza insoluble, Pirañavelo, de nuevo en pie y activo, no perdía tiempo en consolidar su posición como Maestro del Ritual. No se hacía ilusiones sobre cuál sería la reacción del castillo cuando quedara claro que la suya no era una gestión interina. No ser viejo ni hijo de Bergantín ni miembro de la reconocida escuela de hierofantes ni, por supuesto, esgrimir más argumento para reclamar el título que el de ser el único discípulo del ahogado tullido y poseer la inteligencia necesaria para desempeñar el oneroso cargo era un comienzo de todo menos prometedor.

Y además, había dejado de ser físicamente presentable. Sus hombros encorvados, su palidez y sus ojos de intenso color rojo nunca alentaron a intimar con él, suponiendo que nadie lo hubiese pretendido. Pero ahora, ahora había todavía más motivo para que le evitaran, incluso en una sociedad que tenía la belleza en tan poca estima.

Las quemaduras de rostro, cuello y manos serían permanentes. Sólo los gusanos acabarían con ellas. El efecto en su cara recordaba el pelaje de un caballo pío: el tenso tejido carmesí formaba terribles dibujos contra la palidez de cera de su piel. Sus manos eran ahora de un color rojo sangre y tenían un tacto sedoso, y sus líneas y arrugas recordaban las de la mano de un mono.

Y, sin embargo, sabía que, aunque provocaba un natural rechazo entre quienes lo rodeaban, la causa de su desfiguración contaba a su favor. Era él quien, por lo que el castillo sabía, había arriesgado su vida para salvar al maestro hereditario. Era él quien había sufrido el delirio y un insoportable dolor porque había tenido el valor de intentar arrebatar de las garras de la muerte a la piedra angular de la tradición de Gormenghast. Siendo así, ¿cómo podía nadie echarle en cara su diabólica apariencia?

Y, lo que es más, sabía que, por muy predispuestos en su contra que estuvieran sus oponentes, no les quedaba más remedio que aceptarlo a pesar de sus quemaduras, su origen y los rumores infundados que él sabía que no dejaban de circular; tendrían que aceptarlo por la sencilla razón de que no había nadie más que dominara los conocimientos necesarios. Bergantín no había transmitido sus secretos a nadie más. Sólo comprender los tomos de concordancias quedaba fuera del alcance incluso de los hombres más inteligentes, a menos que antes hubieran sido instruidos en los símbolos pertinentes. Incluso bajo la irascible guía de Bergantín, Pirañavelo había tardado un año en desentrañar el principio que regía el orden de la biblioteca.

Pero continuó con su tarea y poco a poco y con astucia comenzó a ganarse una reticente aceptación e incluso una suerte de amarga admiración. No se desvió ni un ápice del millar de letras de la ley de los Groan que, día a día, en una u otra forma de ritual, se hacían manifiestas. Cada nuevo anochecer, Pirañavelo se sabía más profundamente atrincherado.

Su error de cálculo en lo referente al asesinato de Bergantín había sido imperdonable y no se lo perdonó. Le mortificaba menos lo que le había sucedido a su cuerpo que el haber metido la pata. Su inteligencia, siempre implacable, era ahora un carámbano: afilada, translúcida y gélida. De allí en adelante no tendría más objetivo que apretar el castillo en la palma quemada de su mano con aún más fuerza que antes. Sabía que debía ser extremadamente cauto antes de dar cualquier paso, que, aunque a simple vista la vida de Gormenghast fuese, pese a su rígida tradición, oscura y confusa, bajo la superficie estaban aquellos que observaban y aquellos que escuchaban. Sabía que si deseaba ver realizados sus sueños debía dedicar, si era necesario, los siguientes diez años a consolidar su posición, sin correr riesgos, sin dejar de aprender y creándose una reputación no sólo como una autoridad en todo lo concerniente a las tradiciones del lugar, sino también como alguien que, aunque infatigable en su celo, era sin embargo inaccesible. Esto le permitiría dedicar el tiempo libre de que dispusiera a la persecución de sus propósitos y contribuiría a crear la leyenda de un santo, alguien distante, incuestionable, que, en los días de su juventud, no vaciló en arrostrar las pruebas del agua y el fuego cuando el alma de Gormenghast estuvo en peligro.

Los años se extendían ante él. Para las generaciones más jóvenes sería una especie de dios. Pero era en el presente, mediante la diligencia y la precisión con que desempeñara sus funciones, cuando debía tallarse el trono que un día ocuparía.

A pesar de las maldades de su juventud, sabía que, aunque en ocasiones había sido sospechoso de insurrección e incluso de cosas peores, ahora que hollaba el sendero dorado del éxito con pie firme, estaba (con sus acciones más atroces cometidas apenas hacía una semana o dos) más libre que nunca de la posibilidad de ser desenmascarado.

Estaba a punto de cumplir veinticinco años. El fuego que le había mordido el rostro no había mermado sus fuerzas de manera permanente. Era tan enjuto e incansable como antes de la catástrofe. De pie junto a la ventana de su habitación, silbaba entre dientes una melodía discordante mientras contemplaba la nieve.

Era mediodía. Los contornos escarpados de la Montaña de Gormenghast se recortaban contra el cielo encapotado cubiertos con un manto blanco como la lana. Pero Pirañavelo la miraba sin verla. Un cuarto de hora después iría de camino a los establos, donde los caballos estarían alineados para que él los inspeccionase. Puesto que era el aniversario de la muerte de un sobrino de la quincuagésimo tercera condesa de Groan, en su día un arrojado jinete, comprobaría que los caballerizos fueran de luto y que las tradicionales máscaras equinas se llevaran inclinadas en el ángulo correcto para mostrar aflicción.

Levantó las manos y las apoyó contra el cristal de la ventana. Luego las abrió como si fueran estrellas de mar y examinó sus uñas. Entre los dedos escarlata y alrededor de ellos se veía la palidez de la nieve lejana. Era como si hubiera puesto la mano sobre un papel blanco. Se volvió y fue a recoger su capa, doblada sobre el respaldo de una silla. Cuando hubo salido de la habitación y cerrado con llave y mientras bajaba por la escalera, su pensamiento se concentró durante un momento en las gemelas. Había sido un sucio asunto en muchos aspectos, pero quizá no era mala cosa que circunstancias ajenas a su voluntad hubiesen forzado la solución. Ya en el momento en que sufrió las quemaduras, el reabastecimiento de la despensa de las gemelas llevaba mucho retraso. A esas alturas, no podían seguir vivas.

Pirañavelo había examinado sus papeles y refrescado su memoria sobre la cantidad exacta de provisiones que debía de quedarles el día de la muerte de Bergantín, y de sus no demasiado sencillos cálculos dedujo que debían de haber muerto de inanición en torno al día en que, vendado como una cañería para protegerla del hielo, se levantó por primera vez de su lecho de enfermo. De hecho, habían muerto dos días más tarde.

CUARENTA Y SIETE

I

Con el paso de los días, Titus se iba haciendo más y más incontrolable. En los vastos dormitorios en los que, después de anochecer, los muchachos de su misma edad encendían sus velas a escondidas, se sentaban en grupitos, llevaban a cabo extraños ritos o se comían los pastelillos que habían hurtado, Titus no se limitaba a mirar la escena. No era un mero observador desde la seguridad de su cama cuando, en feroz y secreto abrazo, se ajustaban viejas cuentas en medio de un silencio mortal aprovechando que, en su cubículo junto a la puerta del dormitorio, el formidable bedel dormía boca arriba como un cocodrilo. La errática respiración del hombre, sus vueltas en la cama, sus jadeos y murmullos eran un libro abierto para Titus y sus compinches, pues sugerían una cierta profundidad de sueño que, en el mejor de los casos, era bastante ligero. Era el silencio lo que temían, pues el silencio significaba que los ojos del bedel estaban abiertos en la oscuridad.

Tan sagrada como el hecho de que siempre había habido un conde de Gormenghast y siempre lo habría y de que, cuando llegara el momento, sería prácticamente inabordable, un hombre inalcanzable tanto por motivos sociales como por su diferencia intrínseca, era la tradición por la cual, durante su niñez, el conde de Gormenghast no debía recibir un tratamiento distinto a los demás. Los Groan se enorgullecían de que su infancia no hubiera sido un lecho de rosas.

Por lo que a los muchachos se refiere, no tenían dificultad para llevar eso a la práctica. Sabían que no había ninguna diferencia entre Titus y ellos. Sólo más tarde pensarían de otro modo y, en cualquier caso, lo que un niño pueda llegar a ser en años posteriores interesa poco a sus amigos o enemigos de infancia. Lo que importa es el mundo del aquí y ahora. Por eso Titus peleaba con los demás en el sofocante dormitorio y en alguna ocasión lo sorprendían fuera de la cama y era azotado por el bedel.

Asumía los riesgos y también el castigo. Pero lo odiaba. Odiaba tanta ambigüedad. ¿Qué era, un señor o un pillastre? Se rebelaba contra aquel mundo en el que no era ni una cosa ni otra. Que sus tempranas dificultades lo preparasen para sus futuras responsabilidades le importaba bien poco. No le interesaba su vida posterior ni tampoco tener responsabilidades. Se mirara como se mirase, era una injusticia.

Y por eso se decía: «¡Muy bien! Así que soy como todos los demás, ¿no? Entonces ¿por qué tengo que presentarme ante Pirañavelo cada tarde, como si fuera a desaparecer? ¿Por qué tengo que hacer cosas después de las clases que nadie más tiene que hacer? Meter llaves en viejos candados oxidados. Derramar vino sobre los torreones… ¡Ir de acá para allá hasta quedar rendido! ¿Por qué tengo que hacer todo ese trabajo adicional si soy como los otros? ¡Es una podrida tomadura de pelo!».

Los profesores lo consideraban díscolo, difícil y, en ocasiones, insolente. Todos menos Bellobosque, por quien Titus sentía un afecto y un respeto inexplicables.

II

—¿Piensa trabajar algo esta tarde, querido muchacho, o planea pasársela masticando el extremo de su pluma? —preguntó Bellobosque inclinándose sobre su escritorio y dirigiéndose a Titus.

—¡Sí, señor! —dijo Titus dando un respingo. Estaba muy lejos, perdido en una ensoñación.

—¿Quiere decir «Sí, señor, voy a trabajar» o «Sí, señor, voy a masticar mi pluma», querido muchacho?

—Oh, a trabajar, señor.

Con el extremo de su regla, Bellobosque devolvió un mechón de su melena sobre su hombro.

—Me complace tanto oírlo… —dijo—. ¿Sabe, mi joven amigo, que un día, cuando tenía más o menos su edad, se me ocurrió la repentina idea de concentrarme en los deberes que me había asignado mi viejo maestro? No sé de dónde salió la idea. Nunca se me había ocurrido hacer nada parecido. Había oído de gente que lo había intentado, caramba, que había intentado lo de prestar atención, centrarse en la tarea que tenía entre manos, pero nunca pensé en hacerlo yo. Pero, y debe escuchar muy bien esto, muchacho, ¿qué sucedió? Se lo diré. Descubrí que los deberes que me había puesto mi querido maestro eran verdaderamente sencillos. Eran casi un insulto. Me concentré más que nunca. Cuando terminé, pedí más y luego más. Todas mis respuestas eran perfectas. ¿Y qué sucedió? Que me fascinó tanto descubrir que era tan listo que trabajé demasiado y enfermé. Por eso le advierto y advierto a toda la clase. Cuidad vuestra salud. No os excedáis. Id despacio o sufriréis una crisis como la que tuve yo hace mucho, cuando era chico, mis queridos muchachos, y feo, como lo sois vosotros, e igual de sucio, pero, si a las cuatro en punto no ha terminado el trabajo, maese Groan, muchacho, me veré obligado a retenerle hasta las cinco.

—Sí, señor —dijo Titus y, en ese momento, sintió un codazo en la espalda. Al volverse vio que el chico de detrás quería pasarle una nota. No podía haber elegido peor momento para hacerlo, pero Bellobosque había cerrado los ojos con señorial resignación. Cuando Titus desdobló el trozo de papel, descubrió que no contenía ningún mensaje sino una burda caricatura de Bellobosque persiguiendo a Irma Prunescualo con un largo lazo en las manos. Estaba muy mal dibujado y no era especialmente divertido, y Titus, que no estaba de humor para aquello, se sintió de pronto furioso y, arrugando el papel, lo tiró hacia atrás por encima de su hombro. Esta vez el proyectil llamó la atención de Bellobosque.

—¿Qué era eso, muchacho?

—Sólo un trozo de papel arrugado, señor.

—Tráigalo aquí, a su viejo maestro. Le dará algo en qué ocuparse —dijo Bellobosque—. Sus viejos dedos pueden trabajar en él, ¿sabe? Después de todo, no tiene mucho que hacer hasta que la clase termine. —Y entonces empezó a murmurar en voz alta—: Oh, bebés y lactantes… bebés y lactantes… hay que ver lo harto que está de vosotros vuestro viejo maestro.

La bola de papel fue recuperada y entregada a Titus, que se levantó de su pupitre. Y entonces, de pronto, cuando estaba a pocos pasos de la mesa del director, se metió el dibujo arrugado en la boca y se lo tragó.

—Me lo he tragado, señor.

Bellobosque frunció el ceño y una expresión de dolor cruzó su noble rostro.

—Permanecerá de pie sobre su pupitre —dijo—. Estoy avergonzado de vos, Titus Groan. Recibirá su castigo.

Cuando Titus llevaba apenas unos minutos sobre el pupitre, volvieron a darle un golpecito en la espalda. Ya se había metido en problemas por culpa de la estupidez del chico de detrás y, en un arrebato de furia, gritó: «¡Cállate!» pero, al volverse se encontró cara a cara con Pirañavelo.

El joven Maestro del Ritual había entrado en silencio en el aula. Era su deber hacer inspecciones periódicas por las clases y se daba por supuesto que, en el ejercicio de esta actividad oficial, no tenía por qué llamar a la puerta antes de entrar. Sólo algunos chicos habían advertido la llegada de Pirañavelo, pero la clase en pleno se volvió al oír la voz de Titus.

Gradualmente todos comprendieron la razón de la postura rígida y envarada en la que se había quedado Titus —la cabeza vuelta sobre el hombro, el cuerpo girado sobre el estrecho pivote de sus caderas, los puños apretados, la cabeza agachada con furia—, que la causa de su rigidez era que su «cállate» había sido dirigido nada más y nada menos que al hombre de la cara bicolor, Pirañavelo en persona.

De pie sobre la tapa de su pupitre, Titus se encontraba en la insólita posición de mirar desde arriba la cara de la autoridad que se había presentado de pronto, como surgida del suelo, como una aparición. La cara lo miraba desde abajo con una burlona sonrisa en los labios, las cejas ligeramente enarcadas y una cierta expectación en los rasgos que parecía indicar que, aunque Pirañavelo se hacía cargo de que era imposible que el muchacho supiera quién le había dado en espalda y, por tanto, no era culpable de insolencia, se imponía, sin embargo, una disculpa. Era impensable que alguien se dirigiese en esos términos al Maestro del Ritual, y menos aún un chiquillo, cualquiera que fuese su linaje.

Pero la disculpa no llegó. Pues, en cuanto Titus comprendió lo que había pasado —que había gritado «cállate» al archisímbolo de la autoridad y la represión que tanto detestaba—, supo instintivamente que aquél era el momento de desafiar al más negro de los infiernos.

Disculparse equivaldría a someterse.

La oscuridad de la sangre de su corazón le dijo que no debía bajar del pupitre. Frente al peligro, en presencia de la oficialidad, decrépita y ruin, con sus manos color escarlata y sus hombros encorvados, no debía bajar. Tenía que aferrarse a su vertiginoso peñasco hasta que, tembloroso pero triunfante en el descomunal conocimiento de su victoria, volviera a pisar terreno firme, seguro porque sabría que, como criatura hecha de un barro diferente, no se había doblegado llevado por el terror.

Pero no podía moverse. Su rostro se puso blanco como el papel y el sudor le cubrió la frente. Un terrible cansancio lo dominaba. Aferrarse a su peñasco era más que suficiente. Le faltaba valor para mirar aquellos intensos ojos rojos que, con los párpados entornados, estaban fijos en su cara. Le faltaba valor para hacerlo. Miró por encima del hombro de Pirañavelo y entonces cerró los ojos. Negarse a decir que lo sentía era todo lo que su valor daba de sí.

Y, de pronto, sintió que se encontraba en un ángulo extraño y, al abrir los ojos, vio que las hileras de pupitres empezaban a girar en el aire y luego una voz lejana gritó, como a muchas millas de distancia, mientras él caía pesadamente al suelo, desmayado.

CUARENTA Y OCHO

—Estoy viviendo momentos emocionantes, Alfred. He dicho que estoy viviendo momentos emocionantes… ¿Me escuchas o no? ¡Oh, es demasiado mortificante que una mujer esté siendo cortejada tan espléndida, tan noblemente por su amante y que a su propio hermano esto parezca interesarle tanto como una mosca en la pared, Alfred, he dicho una mosca en la pared!

—Carne de mi carne —dijo el médico tras un silencio, pues se encontraba perdido en cavilaciones—, ¿qué es lo que quieres saber?

—¿Saber? —respondió Irma con supremo desdén—. ¿Por qué querría yo saber nada?

Los largos dedos de Irma alisaron sus cabellos de color gris metálico y luego se abalanzaron súbitamente sobre su moño bajo, donde juguetearon con tan extraña pericia que podría haberse pensado que sus nerviosos dedos estaban provistos de ojos, pues revoloteaban sin esfuerzo por los contornos del hirsuto moño.

—No te he preguntado nada, Alfred. A veces pienso por mi cuenta. A veces hago afirmaciones. Sé que menosprecias mi intelecto, pero no todo el mundo es como tú, eso puedo asegurártelo. No puedes ni imaginar lo que me está sucediendo, Alfred. Estoy floreciendo, estoy descubriendo tesoros dentro de mí. Soy como una mina rica y productiva, Alfred, lo sé, lo sé. Y tengo capacidades mentales que todavía no he usado.

—Irma, conversar contigo es especialmente difícil —dijo su hermano—. Querida, no dejas cabos sueltos al final de tus frases, nada que ayude a tu amante hermano, nada para su brillante anzuelo, siempre dispuesto, siempre ansioso. Siempre tengo que empezar desde cero, querida trucha. Tengo que abrirme camino. Pero lo intentaré de nuevo. Veamos, ¿decías?

—Oh, Alfred, aunque sólo sea por un momento, haz algo para complacerme. Habla de un modo normal. Estoy harta de que digas las cosas con tanta figura pletórica.

—¡Figura retórica!, ¡retórica!, ¡retórica! —exclamó el médico poniéndose de pie y retorciéndose las manos—. ¿Por qué siempre dices «figura pletórica»? Bendita sea mi alma, ¿qué les pasa a mis nervios? Sí, pues claro que haré algo para complacerte. ¿De qué se trata?

Pero Irma había hundido la cara en un mullido cojín gris y lloraba. Por fin levantó la cara y, quitándose las gafas, dijo entre sollozos:

—¡Esto es demasiado! ¡Que tu propio hermano te abandone! ¡Confiaba en ti! —exclamó—. Y ahora tú también me abandonas. Sólo quería tu consejo.

—¿Quién te ha abandonado? —dijo el médico bruscamente—. ¿No se tratará del director?

Irma se enjugó las lágrimas con un pañuelo bordado del tamaño de un naipe.

—Es porque le dije que tenía el cuello sucio, mi querido y dulce señor…

—¡Señor! —exclamó Prunescualo—. No lo llamarás así, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Alfred…, sólo en mi pensamiento… Después de todo, él es mi señor, ¿no es así?

—Si tú lo dices —respondió su hermano pasándose la mano por la frente—. Supongo que puede ser cualquier cosa.

—Oh, lo es. Es cualquier cosa… o, mejor dicho, lo es todo.

—Pero lo has avergonzado y se siente herido, orgulloso y herido, ¿no es así, mi querida Irma?

—Sí, oh, sí. De eso se trata exactamente. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?

El doctor juntó las yemas de los dedos.

—Querida Irma, ya estás saboreando las mieles del matrimonio —dijo—. Y también él. Sé paciente, dulce flor. Aprende cuanto puedas. Utiliza el tacto que Dios te ha dado y recuerda tus errores y qué te llevó a cometerlos. No menciones más su cuello, sólo empeorarías las cosas. Su resentimiento se debilitará. Su herida sanará con el tiempo. Si le quieres, limítate a quererlo y no le des más vueltas al pasado. Después de

todo, le quieres a pesar de tus defectos, no de los suyos. Los defectos de los demás pueden ser fascinantes. Los propios son terribles. Cállate un poquito. No hables demasiado y ¿no podrías dejar de caminar como una boya en plena marejada?

Irma se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—Gracias, Alfred —dijo, y desapareció.

El doctor Prunescualo volvió a apoltronarse en el sofá que había junto a la ventana y, con una sorprendente facilidad, expulsó de su pensamiento el problema de su hermana y volvió a sumirse en la ensoñación reflexiva que ella había interrumpido.

Había estado pensando en la ascensión de Pirañavelo a la posición clave que en ese momento ocupaba. También había reflexionado sobre su comportamiento como paciente. Su fortaleza había sido inigualable y su voluntad de vivir, feroz. Pero sobre todo, el médico le daba vueltas a algo muy distinto. Se trataba de una frase que, en medio del delirio, había surgido entre el caos de los desvaríos de Pirañavelo. «¡Y con las gemelas serán cinco! —había gritado el joven—, ¡y con las gemelas serán cinco!».

CUARENTA Y NUEVE

I

Una sombría mañana de invierno, Titus y su hermana estaban sentados en el ancho banco de la ventana de uno de los tres aposentos de Fucsia que daban a los Bosques del Sur. Poco después de la muerte de Tata Ganga, Fucsia se había trasladado, no sin mucho discutir y con una penosa sensación de desarraigo, a un sector más hermoso y a un conjunto de habitaciones que, a diferencia del viejo y desordenado dormitorio lleno de recuerdos, eran amplias y luminosas.

Fuera, la campiña aparecía salpicada aún por manchas de las últimas nieves. Con la barbilla apoyada en las manos y los codos en el alféizar, Fucsia observaba las oscilaciones de un delgado hilo de agua del color del acero que se precipitaba desde más de treinta metros por el canalón de un edificio cercano. Una brisa inquieta soplaba erráticamente y hacía que, unas veces el chorro de nieve fundida cayera en una perfecta línea recta hasta un depósito situado en el patio y, otras, se desviara hacia el norte cuando una violenta ráfaga lo arrastraba en esa dirección; en otras ocasiones, la cascada se abría en un abanico de innumerables gotas de color plomizo. De repente, el viento cesaba, y el continuo chorro tubular volvía a caer en vertical, como un cable tendido, y el agua chorreaba de nuevo con un ruido sordo en el tanque.

Titus, que había estado hojeando un libro, se puso de pie.

—Me alegro de que hoy no haya escuela, Fus —dijo (así era como había empezado a llamarla)—. Hubiera tenido a Percha-Prisma con su química apestosa y a Florimetre por la tarde.

—¿Por qué tenéis fiesta? —preguntó Fucsia sin dejar de mirar el agua que, en ese momento, oscilaba de un lado a otro del tanque.

—No estoy seguro —dijo Titus—. Algo relacionado con nuestra madre. Su cumpleaños o algo así.

—Oh —dijo Fucsia y, tras una pausa, añadió—: Tiene gracia que nos lo tengan que decir todo. No recuerdo que haya celebrado nunca su cumpleaños. Es todo tan inhumano.

—No te entiendo —dijo Titus.

—No —dijo ella—. Supongo que no puedes. No es culpa tuya y, en cierto modo, eres afortunado. Pero yo he leído mucho y sé que la mayoría de los niños ven mucho a sus padres… por lo menos, más que nosotros.

—Pues yo no recuerdo a nuestro padre —dijo Titus.

—Yo sí —dijo Fucsia—. Pero él también era difícil. Apenas hablé con él. Creo que hubiera preferido que yo fuera un chico.

—¿De veras?

—Sí.

—Oh… no entiendo por qué.

—Para ser el siguiente conde, naturalmente.

—Oh…, pero si lo soy yo…, así que el asunto está solucionado, supongo.

—Ya, pero cuando yo era niña, él no sabía que tú nacerías. No podía saberlo. Cuando tú naciste yo tenía catorce años.

—¿De verdad tenías…?

—Pues claro. Y supongo que durante todo ese tiempo él deseó que yo fuese tú.

—Tiene gracia, ¿no? —dijo Titus.

—No, no tenía ninguna gracia…, y tampoco la tiene ahora. No era culpa tuya…

En ese momento llamaron a la puerta y entró un mensajero.

—¿Qué quieres? —dijo Fucsia.

—Traigo un mensaje, *milady*.

—¿De qué se trata?

—Su señoría la condesa, vuestra madre, desea que lord Titus venga conmigo a su habitación. Quiere

salir con él de paseo.

Titus y Fucsia miraron al mensajero y luego se miraron. Abrieron varias veces la boca para hablar, pero la cerraron sin decir nada. Finalmente Fucsia volvió a concentrarse en la nieve fundida y Titus franqueó la puerta entreabierta seguido de cerca por el mensajero.

II

La condesa esperaba en el descansillo de la escalera y despachó al mensajero con un cansino gesto de la cabeza.

Miró a Titus con una curiosa falta de expresión, como si lo que viera le interesara, pero del mismo modo en que una piedra interesaría a un geólogo o una planta a un botánico. Su expresión no era ni amable ni desagradable, simplemente carecía de ella. Ni siquiera parecía ser consciente de que tenía una cara, pues sus rasgos no hacían el menor esfuerzo por comunicar nada.

—Los llevo a dar un paseo —dijo la mujer con su grave y distraída voz de piedra de molino.

—Sí, madre —dijo Titus, dando por supuesto que hablaba de sus gatos.

Una fugaz sombra pasó por el ancho ceño de la condesa. La palabra madre la había dejado perpleja, pero el muchacho tenía razón.

Su mole imponente siempre había impresionado a Titus. Las telas colgantes y las sombras festoneadas, las franjas de mohosa oscuridad…, todo eso le parecía extraordinario.

Su madre le fascinaba, pero Titus no tenía con ella puntos de contacto. Cuando la condesa hablaba era para afirmar algo. Carecía de conversación.

La condesa volvió la cabeza y, frunciendo los labios, emitió un peculiar silbido. Titus miró la mole de pesados ropajes que se cernía sobre él, preguntándose por qué habría querido que la acompañara. ¿Es que quería que le dijera algo? ¿Es que ella tenía algo que decirle? ¿Se trataba sólo de un capricho?

Pero su madre había empezado a bajar ya la escalera y Titus la siguió.

Desde un centenar de oscuros recovecos, desde cornisas favoritas, desde estantes y rincones resguardados de las corrientes, de las entrañas de viejos sofás destripados, de la felpa desgarrada de las sillas, del interior de los pies de los relojes, desde tragaluces inmemoriales y desde nidos de papel desgarrado…, desde el interior de sombreros perdidos, de entre las vigas, del interior de marmitas herrumbrosas y desde cajones entreabiertos, los gatos fueron saliendo, convergieron, se desparramaron como la espuma y llenaron los pasillos con el rápido patear de sus patitas blancas como la leche. Unos momentos después habían alcanzado el rellano y, siguiendo los pasos de su ama, bajaban la escalera, que cubrían por completo.

Una vez fuera y cuando, después de franquear una de las arcadas de la muralla exterior, se abrió ante ellos una clara vista de la Montaña de Gormenghast, con las crueles cumbres cubiertas de nieve gris, la condesa extendió el brazo como quien esparce grano y, al instante, los gatos se desplegaron en abanico y corrieron en todas direcciones; dieron volteretas en el aire y retozaron, alegres por aquella única salida del castillo desde que cayeran las primeras nieves. Y aunque algunos jugueteaban juntos, rodando uno sobre otro o, erguidos sobre los cuartos traseros y con las cabezas echadas atrás, se golpeaban como boxeadores sólo para de pronto perder interés y ensimismarse de nuevo, la mayor parte de aquellas blancas criaturas se comportó como si estuviesen totalmente solas, totalmente felices de estar solas, cada una consciente sólo de su conducta, de su salto en el aire, de su agilidad, absortas, solitarias, envidiables y legendarias por su belleza a la vez heráldica y fluida como el agua.

Titus caminaba junto a su madre. A pesar del innegable interés de la escena que se abría ante sus ojos, no podía apartar la vista del rostro de su progenitora. Empezaba a sospechar que su naturaleza indefinida, casi de máscara, no era índice de su estado de ánimo. En más de una ocasión, le había aferrado el hombro con su gran mano para apartarlo del sendero y, sin una palabra, le había mostrado un negro cojín de musgo estrellado casi cubierto por la hiedra en el tronco de un árbol. Había enfilado un sendero escabroso y le había señalado una pequeña hondonada cubierta de nieve en la que había descansado un zorro. De cuando en cuando se detenía y examinaba el suelo o las ramas de algún árbol pero, por más que miraba, Titus no alcanzaba a ver nada destacable.

Pese a que las aves habían muerto a millares, cuando Titus y su madre se acercaron a una franja de bosque donde la nieve de las ramas se había fundido y unos arroyuelos discurrían sobre las piedras y la hierba aplastada por la nieve, descubrieron que los árboles distaban mucho de estar vacíos.

La condesa se detuvo, agarró a Titus del codo y ambos se quedaron quietos. Un pájaro cantó, y luego otro, y de pronto, como una leyenda azul, el martín pescador sobrevoló como un rayo un arroyo.

Los gatos estaban a leguas de distancia, llenándose los pulmones de aire fresco. Vagaban en todas direcciones. Empolvaban los horizontes.

La condesa silbó una nota aguda y melodiosa y, primero uno y luego otro, dos pájaros volaron hacia ella, que los examinó sosteniéndolos en el hueco de sus manos. Estaban enflaquecidos y débiles. Silbó distintas llamadas y los pájaros fueron respondiendo mientras daban saltitos a su alrededor o descansaban posados en sus hombros. De pronto, una voz nueva surgida de los bosques silenció a los pájaros. Cada silbido de la condesa era seguido por esa nueva respuesta, rápida como un eco.

El efecto de esto en la condesa pareció desproporcionado.

Volvió la cabeza y silbó de nuevo, y su silbido fue respondido una vez más con la rapidez del eco. Emitió las llamadas de una docena de pájaros y una docena de voces las repitieron con insolente precisión. Los pájaros, a sus pies o sobre sus hombros, se habían puesto rígidos.

Su mano atenazaba el hombro de Titus y el niño trató de no gritar. Volvió la cabeza con dificultad y miró el rostro de su madre: el rostro que se había mostrado sereno como la nieve estaba ahora ensombrecido.

No era un pájaro lo que contestaba, de eso estaba segura. Aunque hábil, la imitación no podía engañarla ni parecía que quienquiera que emitiese los distintos reclamos pretendiera hacerlo. Había algo burlón en la rapidez con que cada silbido de la condesa había sido devuelto desde el bosque.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué le atenazaban el hombro? Titus, que se había sentido fascinado por el ascendiente de su madre sobre los pájaros, no comprendía por qué las llamadas que venían del bosque la habían encolerizado tanto. Porque mientras lo sujetaba, la condesa temblaba. Era como si lo estuviese reteniendo, como si el bosque escondiera algo que pudiera lastimarlo… o alejarlo de ella.

Y entonces levantó los ojos a los árboles con una mirada furibunda.

—¡Cuidado! —gritó.

—¡Cuidado! —le respondió una voz extraña, y volvió a hacerse el silencio.

Desde la vertiginosa altura de una rama de pino, espiando entre las frías agujas, la Criatura observó el regreso de la voluminosa mujer y del niño al distante castillo.

CINCUENTA

I

Sólo cuando el día estaba muy próximo supo Titus que se estaba preparando algo muy especial para su décimo aniversario. A esas alturas, estaba ya tan acostumbrado a ceremonias de una u otra clase que la idea de tener que pasar el día de su cumpleaños ejecutando o viendo como otros ejecutaban algún antiguo ritual no estimulaba demasiado su imaginación. Pero Fucsia le había contado que cuando un niño del Linaje cumplía los diez años, sucedía algo muy distinto. Ella lo sabía porque lo había vivido, aunque en su caso la lluvia deslució mucho los festejos.

—No te contaré nada, Titus —le había dicho—, pues si lo hago estropearé la sorpresa. ¡Oh, es tan bonito!

—¿Qué quieres decir con bonito? —preguntó Titus con suspicacia.

—Espera y verás —respondió Fucsia—. Cuando llegue el momento te alegrarás de que no te lo haya contado. Ojalá las cosas fueran siempre así.

Cuando llegó el día, Titus se enteró, para su sorpresa, de que pasaría doce horas confinado en una gran sala de juegos que le era desconocida.

El guardián de las Llaves Exteriores, un hosco anciano con el ojo izquierdo ligeramente estrábico, abrió la estancia en cuanto el alba asomó sobre las torres. Exceptuando la celebración del décimo aniversario de Fucsia, la puerta había permanecido cerrada desde que su padre, lord Sepulcravo, era un niño. Pero ahora, una vez más, la llave había girado con un chirrido de herrumbre y hierro y los goznes rechinaron y la gran sala de juegos mostró de nuevo sus polvorientas glorias.

Aquella era una extraña manera de agasajar a un niño en el día de su décimo aniversario: emparedarlo durante todo el día en una tierra extraña, por muchas maravillas que ésta guardara. Cierto es que había juguetes con ingeniosos y raros mecanismos, cuerdas con las que podía balancearse de pared a pared y escalas que conducían a vertiginosos balcones, pero ¿de qué valía todo aquello si la puerta estaba cerrada y la única ventana de la habitación estaba a una altura inalcanzable?

Y sin embargo, aunque la jornada prometía ser larga, a Titus le alentó saber que no estaba allí únicamente a causa de alguna tradición obsoleta sino por el excelente motivo de que no debía ver lo que se preparaba fuera. Si hubiese estado por el castillo, no habría dejado de descubrir alguna cosa, si no sobre lo que le esperaba aquella tarde, sí al menos sobre la magnitud de los preparativos.

La actividad en la fortaleza era fabulosa. De haber visto Titus una décima parte de lo que se estaba haciendo, ello hubiese reducido, no sólo su asombro o sus especulaciones, sino la impresión de la sorpresa que finalmente recibiría al caer la noche. Ignoraba por completo la naturaleza de las actividades que se estaban desarrollando. Fucsia no se había dejado sonsacar. Recordaba con demasiada intensidad el placer que había experimentado ella como para sabotearle a su hermano una centésima parte del suyo.

Así, Titus pasó el día solo y, a excepción de cuando le trajeron las comidas en las bandejas doradas especiales para la ocasión, no vio a nadie hasta una hora antes del atardecer. En ese momento entraron cuatro hombres. Uno llevaba una caja que, al ser abierta, reveló unas prendas que Titus fue invitado a ponerse. Otro cargaba un ligero palanquín o litera de mimbre que descansaba en dos largas varas. De los dos restantes, uno llevaba un largo pañuelo verde y el otro una bandeja con un vaso de agua y unos pastelillos.

Se retiraron para que Titus se pusiera las ropas ceremoniales, que eran bastante sencillas: un pequeño gorro rojo y una túnica sin costuras de un tejido de color gris que le llegaba hasta los tobillos. Una hermosa cadena de eslabones de oro le ceñía la túnica a la cintura. Un par de sandalias completaban el atuendo y, mientras se abrochaba las sandalias, llamó a los hombres para que volvieran a entrar.

Lo hicieron al momento y uno de ellos se acercó a Titus con el pañuelo en la mano.

—Señoría —dijo.

—¿Para qué es eso? —preguntó Titus señalando el pañuelo.

—Forma parte de la ceremonia, señoría. Hay que vendarle los ojos.

—¡No! —gritó Titus—. ¿Por qué?

—No es cosa mía —puntualizó el hombre—. Es la ley.

—¡La ley!, ¡la ley!, ¡la ley!… ¡cuánto detesto la ley! —exclamó el muchacho—. ¿Por qué exige que me venden los ojos, después de tenerme todo el día en prisión? ¿Adónde me lleváis? ¿Qué es todo esto? ¿Es que no podéis hablar? ¿Es que no podéis hablar?

—No es cosa mía —dijo el hombre; aquélla era su frase favorita—. Veréis —añadió—, es que, si no os vendamos los ojos, la sorpresa no sería tan grande como lo será cuando su señoría llegue allí y le quitemos el pañuelo. Además —continuó, como si de pronto le interesara lo que decía—, veréis, con los ojos vendados no sabréis adónde vais y la muchedumbre guardará un silencio sepulcral y…

—¡Silencio! —dijo otra voz; era el hombre que cargaba con la litera—. ¡Te has extralimitado! Básteme con decir, señoría —continuó, volviéndose hacia el muchacho—, que todo esto será para vuestro disfrute y vuestro bien.

—Mejor que así sea —dijo Titus—, ¡después de todo esto!

Su deseo de salir de la sala de juegos mitigó su desagrado ante la perspectiva de que le vendaran los ojos y, después de tomar un sorbo de agua y de meterse un pastelillo en la boca, dio un paso adelante.

—De acuerdo —dijo y, colocándose delante del hombre del pañuelo, consintió en que lo vendaran. La segunda vuelta de la tela lo sumió en una total oscuridad. Después de la cuarta, sintió que le anudaban la prenda en la nuca.

—Os vamos a llevar en el palanquín, señoría.

—Muy bien —dijo Titus.

En cuanto se hubo sentado en el palanquín de mimbre, Titus notó que lo levantaban del suelo y luego, a una orden de uno de ellos, sintió que avanzaba a través del negro espacio y el ligero balanceo de los hombres que lo cargaban. Sin una palabra o pausa, cada uno de los que llevaban los extremos de las largas varas de bambú descansando sobre su hombro empezó a moverse aún más de prisa.

Titus no había notado el momento en que salieron de la habitación, aunque sabía que para entonces debían de haberla dejado muy atrás. Estaba claro que continuaban en el recinto de las murallas del castillo, porque percibía los frecuentes cambios de dirección que los tortuosos corredores hacían necesarios y oía también el hueco eco de los pies de los porteadores, un eco que a Titus le parecía tan sonoro en su ceguera que no pudo evitar sentir que el castillo estaba vacío. En todo el laberíntico lugar no había sonido ni murmullo que compitiera con las huecas pisadas de los hombres, con el sonido de su respiración o con el regular crujido de las varas de bambú.

Parecía que aquella oscuridad y aquellos sonidos no fueran a terminar nunca pero, de pronto, una bocanada de aire fresco en el rostro le indicó que había salido al exterior. Al mismo tiempo notó que lo bajaban por un tramo de escalera y, cuando llegaron a terreno llano y los cuatro hombres empezaron a trotar, experimentó por primera vez la sensación de que corrían por un espacio vacío.

Y, en efecto, el paisaje estaba tan desierto como el castillo. La actividad febril del día había terminado. Los gentilhombres, los dignatarios, los funcionarios, los trabajadores, los actores, el populacho, hombre, mujer y niño…; no había nadie que no ocupara ya el lugar que le había sido asignado.

Los porteadores seguían corriendo sobre el terreno en penumbra. Arriba en el cielo, una gran lengua de luz amarilla se alargaba ya hacia el oeste.

Con cada nuevo movimiento el brillo iba apagándose y la luna comenzó entonces su ascensión en la oscuridad del este; la luz que caía sobre el rostro de Titus, vuelto hacia arriba, fue haciéndose cada vez más desapacible y fría.

Mientras, los porteadores seguían corriendo sobre la tierra en sombras.

Ya no se oían ecos, sólo los sonidos aislados de la noche: la huida de algún animalillo entre el sotobosque o la voz lejana de un zorro. De cuando en cuando, Titus sentía las frescas y agradables ráfagas de la brisa nocturna alborotándole los cabellos.

—¿Cuánto queda? —preguntó en voz alta. Tenía la sensación de que llevaba una eternidad en aquella silla de mimbre flotante—. ¿Cuánto queda? ¿Cuánto queda? —volvió a preguntar, pero no hubo respuesta.

Era imposible transportar una carga tan valiosa como el septuagésimo séptimo conde por los senderos del bosque, a través de vados precarios y sobre las laderas de piedra de las montañas y, al mismo tiempo, tener cabida en la mente para cualquier otra cosa. Toda la atención de los porteadores se concentraba en la seguridad del muchacho y en la mesurada fluidez de su rítmica carrera. Ni gritándoles con una voz diez veces más alta lo habrían oído.

Pero Titus se acercaba al final de su viaje a ciegas. Él lo ignoraba pero los cuatro hombres, que más o menos durante el último kilómetro habían estado corriendo entre pinares, habían alcanzado de pronto una estribación despejada. El terreno descendía suavemente a sus pies en franjas de helechos iluminados por la fría luz de la luna y en la base de esta pendiente se abría lo que parecía un anfiteatro natural, pues la tierra se elevaba a su alrededor. A primera vista, el suelo de esta cuenca gigantesca parecía enteramente cubierto de vegetación y, sin embargo, los ojos de los porteadores ya habían vislumbrado los innumerables y microscópicos puntos de luz, no mayores que cabezas de alfiler, que destellaban aquí y allá entre las ramas de la lejana arboleda. Y vieron aún más: el cambio de tonalidad del aire sobre la cuenca arbolada. En la oscuridad que se cernía sobre las ramas se advertía una sutil calidez, los rescoldos de un crepúsculo que, en contraste con la fría luna o con los destellos de luz entre los árboles, parecía casi rosado.

Pero Titus nada sabía de esa luz. Ni sabía tampoco que lo estaban bajando por un empinado sendero bordeado de helechos hacia un territorio en el que los grandes castaños, lejos de formar un bosque compacto, como falsamente parecía desde las laderas circundantes, flanqueaban ordenadamente la orilla de una amplia superficie de agua en hileras de unos ciento cincuenta metros de profundidad. Los puntos de luz que habían llamado la atención de los porteadores eran cuanto habían podido ver del lago iluminado por la luna cuando se detuvieron un instante sobre la elevada estribación.

Pero ¿y el resplandor? Titus no tardaría en saber cuanto a éste concernía. En ese momento se encontraban ya entre los oscuros grupitos de castaños moteados por la luz lunar. Los exhaustos porteadores, cubiertos de un sudor que les cegaba, enfilaron un sendero flanqueado de vetustos árboles que conducía al centro de la ribera meridional.

Si Titus hubiera llevado los ojos descubiertos, habría visto a su izquierda, atados a las ramas bajas de los árboles cercanos, algo más de un centenar de caballos cuyos arneses, bridas, frenos y sillas colgaban de las ramas más altas. Aquí y allá la luz de la luna que se colaba entre las copas hacía brillar un estribo en la oscuridad o se recreaba en el cuero de los largos arreos. Y en el mismo sendero, algo más adelante, donde los árboles no eran tan numerosos, dispuestos en hileras, como para pasar revista, había estacionados una gran variedad de carruajes, carretas y cabriolés. Allí, donde había menos árboles, la luz de la luna brillaba casi sin impedimento y en ese instante estaba tan alta y arrojaba una luz tan potente que hasta se podían distinguir los distintos colores de los carruajes. Las ruedas de todos ellos se veían decoradas por las hojas de los árboles cuyas ramas nuevas se habían ido enredando en los radios y también por girasoles; durante la larga cabalgata que unas horas antes había llevado los vehículos hasta los castañares, no hubo rueda de los muchos centenares de ellas que no atrapara follaje y cabezas de girasol en su giro.

Todo esto se lo perdió el muchacho, todo esto y muchas otras fantasías que, a lo largo de las horas del día, fueron representadas o puestas en marcha siguiendo viejas costumbres cuyos orígenes o significado se habían olvidado hacía tiempo.

Pero, por primera vez, los porteadores aminoraron la marcha. Una vez más, Titus se inclinó hacia delante con las manos aferradas al borde de su silla de mimbre.

—¿Dónde estamos? —gritó—. ¿Cuánto falta todavía? ¿Es que nadie va a responderme?

Aunque de una naturaleza distinta, el silencio que lo rodeaba le zumbaba en los tímpanos. No era el silencio de la monotonía, del vacío o la negación, sino algo positivo, un silencio consciente de sí mismo, cargado de sentido, alerta.

De repente, los porteadores se detuvieron y, casi al instante, Titus oyó, en medio del silencio, el sonido de unos pasos que se acercaban, y entonces…

—Mi señor Titus —dijo una voz—, estoy aquí para daros la bienvenida y para ofreceros, en nombre de vuestra madre, vuestra hermana y de todos los aquí reunidos nuestras felicitaciones por vuestro décimo aniversario. Esperamos que disfrutéis de cuanto hemos preparado para vuestra diversión y juzguéis que ha merecido la pena sufrir el tedio de la larga y solitaria jornada que dejáis atrás. En resumen, milord Titus, vuestra madre, la condesa Gertrude de Gormenghast, *lady* Fucsia y todos vuestros súbditos os desean mucha felicidad en lo que os queda de cumpleaños.

—Gracias —dijo Titus—. Me gustaría bajar.

—Inmediatamente, señoría —dijo la misma voz.

—Y me gustaría que me quitaran el pañuelo de los ojos.

—En un instante. Vuestra hermana viene a reunirse con vos. Ella os lo quitará cuando os haya llevado a la plataforma sur.

—¡Fucsia! —La voz de Titus sonó aguda y forzada—. ¡Fucsia! ¿Dónde estás?

—Ya voy —gritó ella—. ¡Eh, buen hombre, agárrelo del brazo! ¿Cómo cree que va a poder caminar estando a oscuras? Déjemelo a mí, déjemelo a mí. ¡Oh, Titus! —dijo sin aliento, abrazando estrechamente a

su vendado hermano—, ¡ya no falta mucho!… Y, ¡oh, es maravilloso!, ¡maravilloso! Tan maravilloso como cuando todo era para mí, hace años, y hace mejor noche que entonces, absolutamente serena y con una gran luna blanca brillando en lo alto.

Fucsia iba guiando a su hermano mientras hablaba y pronto los árboles de la linde quedaron atrás. Cada paso que daban y cada movimiento que hacían era observado por una multitud.

Mientras, Titus, que iba avanzando a trompicones junto a su hermana, trataba de imaginar en qué clase de lugar se encontraba. No había logrado formarse una imagen a partir de los comentarios inconexos de Fucsia. Lo único que había conseguido colegir era que lo llevaban a algún tipo de tarima, que había luna llena y que todo el castillo parecía resuelto a compensar la larga jornada preliminar que había pasado solo.

—Hay que subir doce escalones —dijo Fucsia, y Titus notó que su hermana le colocaba el pie en el primero de los toscos peldaños.

Subieron juntos, cogidos de la mano, y, cuando alcanzaron la tarima, ella lo condujo hasta una gran silla de crin de caballo moteada por la luz de la luna, un objeto feo donde los haya, un pesado asiento cubierto con una piel de color púrpura que había reventado a los dos caballos de tiro que lo transportaban cuando apenas llevaban cubierta la mitad del trayecto.

—Siéntate —dijo Fucsia, y, a ciegas, Titus se acomodó cautelosamente en el borde del feo sillón.

Fucsia se apartó de su hermano y alzó los brazos por encima de la cabeza. En respuesta a su señal, una voz exclamó en la oscuridad:

—¡Ha llegado el momento! ¡Que el pañuelo le sea retirado de los ojos!

Y otra voz, veloz como un eco, exclamó:

—¡Ha llegado el momento! ¡Que dé inicio su cumpleaños!

Y otra:

—¡Porque su señoría ha cumplido diez años!

Titus sintió los dedos de su hermana deshaciendo el nudo y después cómo la prenda se aflojaba sobre sus ojos. Durante un momento permaneció con los párpados cerrados, luego los fue abriendo despacio y, al hacerlo, se puso de pie involuntariamente con un grito de asombro.

Ante él, que estaba de pie, con una mano en la boca y los ojos redondos como monedas, se extendía un lienzo, por así decir, mudo y sobrenatural, un lienzo de gran profundidad, de una anchura que iba de este a oeste y de una altura que se perdía más allá de la luna. Estaba pintado con fuego y luz de luna sobre una oscura superficie impalpable. Los ritmos lunares iban surgiendo y desplazándose en la oscuridad. Un contrapunto de hogueras ardía como anclas que sujetaran el bosque movedizo.

¡Y el resplandor! ¡El resplandor sobrenatural de aquel lago nocturno! Y la multitud del otro lado del agua, inmóvil a la sombra de los castaños esculpidos. ¡Y las hogueras encendidas!

Y entonces, una voz brotó del cuadro y gritó: «¡Fuego!», y un cañón rugió, retrocedió y humeó en la orilla. «¡Fuego!», volvió a gritar de nuevo la voz, y así una y otra vez, hasta que el cañón hubo bramado diez veces.

Era la señal para que, de pronto, como tocado por la vara de un mago, el cuadro cobrara vida. El lienzo se estremeció y unos fragmentos se disgregaron y otros se recompusieron. Desde las alturas a las profundidades, esto fue lo que vio Titus.

Primero la luna, situada en el centro del cielo, tan grande como un plato e igual de blanca excepto allí donde se proyectaban las sombras de sus montañas. La luna, cuyo brillo lo cubría todo como un manto de nieve.

Rodeando la luna, el cielo nocturno, que caía como un telón, expansivo como Némesis, y bajo el cielo, las cimas de las colinas que, envueltas en una maraña de helechos cuyas frondas se superponían unas a otras, descendían en sucesivos pliegues hasta el frondoso bosque de castaños cuyas copas relumbraban en la noche y que se abrían ante Titus en un gran semicírculo. Y bajo estos árboles, bordeando la orilla del lago, apretados sobre el terreno como las ortigas en un campo baldío, se aglutinaba la vida del castillo, el bullicioso populacho. La sombra de un solo árbol contenía un centenar de ellos y un centenar más era iluminado por cada rombo de luz de luna. Allí estaban los enjambres de rostros, bullendo como abejas en un panal, alternativamente alumbrados y sofocados por la luz rojiza de las hogueras encendidas junto al lago. En cuanto el cañón hubo lanzado su saludo, esa larga franja del lienzo empezó a hormiguear. La otra orilla del lago estaba demasiado alejada para que Titus distinguiera una sola criatura, pero sí veía el movimiento ondulante de la muchedumbre como un campo de cizaña mecido por el viento. Pero eso no era todo. Porque esas ondas, esos trémulos parches de sombra y luz de luna, esos impulsos junto a la orilla se repetían a su vez en los lagos. Al menor movimiento de una cabeza bajo los árboles, su fantasma se movía sobre las aguas, y a la danza de las hogueras tampoco le faltaba su reflejo en el agua.

Y ese espejo nocturno en cuyas profundidades brillaba el follaje de los castaños bañados por la luna absorbía toda atención. Porque era la nada, una sábana de muerte, y lo era todo, Ninguna de las cosas que contenía le pertenecía aunque hasta la hoja más insignificante se reflejaba en él con microscópico detalle. Y, como para iluminar aquellas formas acuosas con una luz propia, una luna fantasmal reposaba sobre las aguas, tan grande como un plato e igual de blanca, excepto allí donde se proyectaban las sombras de sus montañas.

II

Y, sin embargo, esta exuberancia visual provocaba un sentimiento más de expectación que de satisfacción. Si alguna vez había existido un escenario, allí estaba, pero ¿un escenario para qué? La escenografía estaba dispuesta, el público reunido… y ahora ¿qué? Por primera vez, Titus volvió la mirada hacia el lugar que ocupara su hermana, pero ya no estaba allí. Se había quedado solo en la tarima, con la silla de crin de caballo.

Y entonces la vio, sentada en un tronco junto a su madre. A sus pies, el terreno descendía gradualmente hasta el agua y en aquel declive estaba reunido lo que se complacía en considerarse el estrato superior de la sociedad de Gormenghast. A derecha e izquierda el terreno hormigueaba de oficiales de todo tipo y sobre Titus y sobre todos ellos se cernían las anchas terrazas arboladas.

Al verse solo, Titus se sentó en el sillón púrpura y luego, para estar más cómodo, recogió las piernas bajo el cuerpo y dejó reposar su brazo en el del sillón, que parecía un travesaño. Contempló el lago, con la imagen invertida de todo lo que se extendía sobre él.

Sentada junto a su madre, Fucsia temblaba. Recordaba cómo, hacía años, los bosques de castaños habían guardado su secreto hasta aquel momento y que ahora descubrirían sus asombrosos personajes. Volvió la cabeza para intentar llamar la atención de su hermano, pero él miraba al frente y, mientras ella lo observaba, Titus se llevó la mano a la boca y se inclinó hacia delante en el sillón, tan rígido como si se hubiese convertido en piedra.

Porque ante sus ojos, en la orilla opuesta del lago inmaculado, unas figuras tan altas como los castaños habían salido de las sombras y avanzaban a grandes zancadas hacia la orilla, donde se detuvieron. Ante ellas se extendía el escenario líquido en el que tenían que actuar. El reflejo de sus cuerpos fantásticamente alargados se había hundido ya en el lago.

Eran cuatro y habían ido surgiendo uno detrás de otro desde distintos puntos del bosque. Aunque volvían las cabezas a derecha e izquierda, no parecían reparar en la presencia de los demás. Los movimientos de sus cuerpos eran rígidos y exagerados, pero de extraordinaria elocuencia.

Desde las altas máscaras que los coronaban a la hierba sobre la que oscilaban, no podía haber menos de diez metros.

Eran criaturas de otro mundo y las muchedumbres que los miraban desde abajo no sólo habían quedado reducidas a miniaturas, sino que, a su lado, parecían además grises y prosaicas. Porque aquellos cuatro gigantes eran en todos los sentidos extraordinarios y hermosos. El bosque que habían dejado atrás parecía ahora aún más oscuro pues, bajo los rayos de la luna, los colores que teñían a aquellos altos espectros lucían tan bárbaros y llamativos como el plumaje de las aves tropicales.

Titus volvía la mirada a uno y a otro, incapaz de controlar el movimiento de sus ojos aunque deseaba recrearse en cada uno de ellos por separado.

Los altos hombros de las criaturas sostenían sus cabezas regias, abstraídas e inescrutables, y la dignidad impregnaba hasta el menor de sus gestos. Cuando alzaban un brazo, el movimiento rígido y mesurado parecía arrancar el humus del suelo. Cuando levantaban la cara a lo alto, el cielo parecía quedar desnudo y la luna avergonzarse.

El grupo había salido de la parte del bosque que quedaba justo frente a Titus, al otro lado del lago. Las cuatro cabezas eran muy distintas. La que quedaba más al norte estaba coronada por un alto sombrero cónico, como el de un payaso, bajo el cual una gran cabeza blanca que imitaba la de un león se volvía lentamente a derecha e izquierda sobre los hombros que la sostenían. Los ojos, círculos perfectos, estaban pintados en el más puro color esmeralda y, cuando la cabeza se alzaba, brillaban a la luz de la luna.

Pero su melena era su gloria. Desde encima de los ojos y desde los lados y detrás de la cabeza, se desplegaba, exuberante, y le caía hasta la cintura en ondas de púrpura imperial. De la cintura hasta la base

de los zancos, una altura de siete metros, una enorme falda descendía en forma de cascada lastrada por el peso de los metros de tela. Era increíblemente negra, como las de los otros tres. Esta compartida oscuridad de los dos tercios inferiores de sus cuerpos daba al tercio superior un curioso efecto ilusorio: se veían las faldas y también sus reflejos, pero no con la misma claridad que los torsos. A veces casi parecía que sus coloreadas partes superiores estuvieron flotando. Los brazos le salían a la altura de la mitad de la melena y en cada mano, el León sostenía un puñal.

Junto a esta figura de purpúrea melena había otra tan distinta del natural como el León, pero más siniestra, pues la naturaleza lupina de la cabeza no quedaba redimida por unas nobles facciones ni tampoco mitigada por el carácter festivo del alto sombrero blanco de payaso.

Este monstruo vulpino era innegablemente malvado, pero ¡tan decorativamente malvado! La cabeza era carmesí y las orejas, aguzadas y puntiagudas, eran del azul más intenso, color que se repetía en los círculos repartidos por el pellejo gris de la parte superior del cuerpo. En cada mano llevaba un enorme frasco de veneno hecho de cartón. Al igual que la del León, la negra falda caía como un muro de oscuridad.

Incluso estando todavía en lo que podría considerarse como los «bastidores», pues aún no habían puesto pie en el acuoso escenario, los movimientos de aquellas criaturas eran sobrecogedores. Porque cuando el Lobo alzaba su frasco de veneno, un escalofrío recorría el nutrido populacho, y cuando el León sacudía su melena, una oleada de piel de gallina circundaba el lago.

Detrás del Lobo, y separado por media hectárea de cabezas alzadas, venía el Caballo, un caballo que nada tenía que ver con cualquier otra parodia de ese noble animal que se hubiera pergeñado y, sin embargo, era más un caballo que otra cosa. A su modo, era monstruoso y mostraba una expresión de tan fatua melancolía que Titus no sabía si reír o llorar, pues ninguna de las dos expresiones se adecuaba a sus sentimientos.

Ese gigante llevaba sobre la cabeza un enorme sombrero de paja cuyas alas proyectaban una sombra circular sobre las lejanas aguas iluminadas. Unas largas cintas de color azul pálido colgaban ridículamente de la copa del mismo y se apiñaban sobre el hombro peludo, tres metros más abajo. La base de la copa estaba adornada con una guirnalda de hierba y pálidas azucenas.

Bajo todo este esplendor, la hocicuda cabeza del Caballo sobresalía con siniestra idiotez. Su larga y lastimosa cabeza era blanca, como la del León, pero había, pintados en ella, unos círculos rojos entre los ojos y la curva de las mandíbulas. El cuello era largo e increíblemente flexible y lucía un corto fleco de pelo de color naranja a lo largo del espinazo.

Vestía una bata corta de color verde manzana por debajo de la cual caía la larga falda que ocultaba los altos y peligrosos zancos que asomaban apenas seis pulgadas por debajo del negro ruedo. En una mano el Caballo llevaba una sombrilla y en la otra, un libro de poemas. De vez en cuando, el Caballo volvía lentamente la cabeza hacia el Cordero, a su izquierda, y, con una especie de melancólica y afectada deferencia, la inclinaba a modo de saludo.

Este Cordero, un poco más bajo que sus compañeros a pesar de su estatura descomunal, era una masa de pálidos bucles dorados. La suya era una expresión de inefable santidad. Sin importar cómo moviese la cabeza, cualquiera que fuese el ángulo, tanto si escrutaba los cielos en busca de alguna visión beatífica como si la inclinaba sobre su pecho inmaculado en actitud meditabunda, conservaba siempre su pureza. Entre las orejas, y colocada sobre los bucles dorados, llevaba una corona de plata. Las ondas de un mantón gris le cubrían recatadamente los hombros y el pecho dorado, y caían en escultóricos pliegues de considerable longitud, de manera que la inevitable falda quedaba más cubierta. No llevaba nada en las manos, pues las apretaba contra su corazón.

Aquellas cuatro figuras, de cabezas grandes como puertas aunque, al compararlas con la sobrecogedora altura de sus cuerpos parecieran casi pequeñas, llevaban apenas un minuto junto a la orilla del lago-espejo cuando, con una sorprendente unanimidad de propósito, echaron a andar sobre las aguas.

Gritando de entusiasmo, Titus se aferró a la podrida tapicería de los laterales del sillón y sus dedos se hundieron en la vieja crin de la que estaba hecho.

Ante él, las cuatro figuras parecían avanzar por la superficie del lago. Sus extrañas zancadas de araña los fueron llevando lejos de la orilla; sin embargo, ¡el ruedo de sus faldas seguía seco! Titus no lograba comprenderlo hasta que, de pronto se dio cuenta de que, a pesar de los nítidos reflejos que parecían hundirse en abismos insondables, el gran lago sólo tenía en realidad unos pocos centímetros de profundidad. Era tan sólo una película de agua.

Por un instante, se sintió defraudado. Las aguas profundas entrañan peligros y el peligro es más real que la belleza en la imaginación de un niño. Pero esta decepción quedó de inmediato olvidada, pues nada de aquello hubiera sido posible de no haber sido el lago más que una simple capa de agua.

La mascarada de las cuatro figuras había sido ideada, muchos siglos antes, para aquel escenario nocturno entre los castaños. Los gestos del León, grandilocuentes y absurdos pero aun así impresionantes, como cuando sacudía su melena púrpura, asombrosa operación ante la cual los otros invariablemente retrocedían; el terrible avance del Lobo con el frasco de veneno mientras se acercaba disimuladamente al Cordero dorado; los extravagantes andares del Caballo con su ornado sombrero cruzando el lago de una orilla a otra leyendo su libro de poemas al tiempo que marcaba el ritmo de los versos en el aire a golpe de paraguas…, todo aquello era una fórmula tan antigua como los muros del castillo.

Y mientras este drama de máscaras se representaba, ejecutado sobre zancos altos como árboles y sobre un lago que no sólo reflejaba las evoluciones de los actores, sino también la luna sobre cuya imagen líquida invariablemente tropezaba el monstruoso Caballo, como si le hubiesen puesto una zancadilla… el silencio era inquebrantable. Porque, aunque el espectáculo transmitía una intensa sensación de ridículo, no era aquélla la impresión predominante. Cuando el Caballo tropezaba o agitaba su paraguas, cuando los planes del Lobo eran frustrados y su mandíbula inferior se abría como un puente levadizo, cuando el Cordero alzaba sus ojos a la luna sólo para verse distraído de sus ansias de santidad por el León sacudiendo su melena, cuando estas cosas sucedían, no había risas sino una especie de alivio, porque la grandeza del espectáculo y los ritmos divinos de cada escena eran de tal naturaleza que pocos entre los presentes escapaban de verse afectados como si de un doloroso recuerdo de infancia se tratara.

Por fin el venerable ritual llegó a su fin y las altas criaturas salieron de las aguas poco profundas del lago. Pero antes de desaparecer en el bosque, se volvieron y saludaron con una reverencia a Titus, como podrían haberse saludado los dioses de la Poesía y la Batalla, como iguales a través de aguas encantadas.

Con su partida, los cuatro se llevaron el silencio. El resto de la velada se consagraba a liberarse de la perfección entregándose a todo tipo de actividades.

Se encendieron nuevos fuegos entre las hogueras que rodeaban el lago y calentaban la atmósfera del castañar, y bajo las ramas próximas al lago se abrían cestas y canastas de provisiones.

La condesa de Groan, que durante la representación había permanecido imperturbable como el tronco que le servía de asiento, volvió ahora la cabeza.

Pero Titus ya no estaba en la tarima ni Fucsia continuaba a su lado.

Se levantó pues del tronco, el tradicional lugar de honor, y bajó hasta la orilla del lago pasando con aire distraído entre las hileras de funcionarios que, al verla alejarse, supieron que disponían del resto de la noche para entretenerse como les pareciera.

La voluminosa figura de la condesa se recortaba oscuramente contra el lago centelleante y sólo sus hombros y sus cabellos rojos brillaban a la luz de la luna.

Miró a su alrededor, pero no pareció reparar en el gentío que atestaba la orilla del agua.

Se estaba organizando un *picnic* gigantesco y, bajo los árboles se disponía el pescado y la fruta, y las hogazas de pan y las tartas, y no pasó mucho tiempo antes de que el lago estuviera rodeado por una fiesta continua.

Mientras se desarrollaban todos estos preparativos, las ruidosas pandillas de chicuelos correteaban entre los árboles, se colgaban de las ramas o, saliendo en tropel de los bosques, se dirigían hacia el centro del lago dando saltos y volteretas, con sus reflejos flotando debajo y el agua salpicándoles los pies. Y cuando una pandilla tropezaba con una banda rival, un centenar de combates cuerpo a cuerpo agitaba las aguas mientras, dispersos por aquella arena acuática, los niños se peleaban y la luna se deslizaba sobre sus resbaladizos miembros.

Viendo esto, Titus deseó con toda su alma ser alguien anónimo, perderse entre los niños de aquella casta, poder vivir, correr y pelear, reír y, si era necesario, llorar en soledad. Porque ser uno de esos niños salvajes habría significado estar solo entre compañeros. Como conde de Gormenghast, nunca lo estaría. Sólo podría sentirse solo. Incluso si decidía perderse, aquel otro niño lo acompañaba, aquel símbolo, aquel fantasma, el septuagésimo séptimo conde de Gormenghast, siempre pegado a su sombra.

Fucsia le había indicado por señas que saltara de la tarima y juntos corrieron hacia los castañares que tenían detrás; durante un momento, se abrazaron en la profunda oscuridad de los árboles y escucharon el latido de sus corazones.

—He hecho mal —dijo Fucsia finalmente—. Y es peligroso. Se supone que tenemos que cenar en la gran mesa, con nuestra madre, a medianoche. Tenemos que regresar pronto.

—Hazlo tú, si quieres —dijo Titus, que temblaba de odio por el rango que ostentaba—. Pero yo me marcho.

—¿Que te marchas?

—Me marcho para siempre —dijo Titus—. Para siempre jamás. Me voy a vivir a los bosques, como…

Excorio… y como…

Pero no supo cómo describir a la diminuta criatura que había visto volando en un bosque de robles de oro.

—No puedes hacer eso —dijo Fucsia—. Morirías y yo no lo permitiría.

—¡No podrás detenerme! —gritó Titus—. ¡Nadie me detendrá! —Y comenzó a desgarrar su larga túnica gris como si ésta fuera un obstáculo en su camino.

Pero Fucsia, con los labios temblorosos, le sujetó los brazos a los lados.

—¡No!, ¡no! —susurró con vehemencia—. Ahora no, Titus. No puedes…

Con un tirón, Titus se soltó pero, al volverse, tropezó en la oscuridad y cayó de bruces. Cuando se incorporó y vio a su hermana inclinada sobre él, tiró de ella hasta que ésta se arrodilló a su lado. A lo lejos se oían los gritos de los niños que jugaban junto al lago y, de pronto, el áspero tañido de una campana.

—Es el aviso para la cena —susurró Fucsia finalmente, tras esperar en vano que Titus dijera algo—. Después de la cena pasearemos juntos por la orilla del lago y veremos el cañón.

Titus lloraba. La larga jornada que había pasado solo, lo avanzado de la hora, la percepción de su esencial aislamiento…, todo se había conjugado para debilitarle. Pero asintió. Si Fucsia vio la silenciosa respuesta a su pregunta o no, no hizo ningún comentario, sin embargo, ayudando a su hermano a levantarse, le secó los ojos con la amplia manga de su vestido.

Juntos echaron a andar hacia la linde del bosque. Allí estaban de nuevo las hogueras, el gentío y el lago rodeado de castaños, y allí estaba la tarima donde Titus había permanecido solo, y allí estaba su madre, sentada a la larga mesa con los codos sobre el mantel iluminado por la luna y la barbilla apoyada en las manos mientras ante ella, sin que aparentemente se diera cuenta, pues tenía la vista fija en las lejanas colinas, el tradicional banquete se desplegaba en todo su esplendor, una opulenta y recargada obra maestra en la que la vajilla de los Groan relumbraba con un fuego dorado y las copas color carmesí brillaban como brasas a la luz de la luna.

CINCUENTA Y UNO

I

Entre tanto, el paso de las estaciones, esas grandes mareas, envolvía y teñía con sus colores pasajeros, helaba o calentaba con sus distintas exhalaciones, las regiones de Gormenghast. Y así, mientras Fucsia deambula por su habitación buscando un libro perdido, una indecisa bruma verde va cubriendo los bosques meridionales que se extienden bajo su ventana y, pocos días después, las afiladas llamas verdes han brotado en las férreas ramas.

II

Opus Chiripa y Franegato están inclinados sobre la balaustrada de la terraza que domina el patio de los profesores. Diez metros más abajo, el viejo encargado barre el polvo acumulado, blanco por el calor, pues hace tiempo que terminó la primavera.

—¡Caliente faena para un anciano! —le grita Chiripa al hombre.

El viejo levanta la cabeza y se seca la frente.

—¡Ah! —responde con una voz que probablemente no ha utilizado durante semanas—. Ah, señor, un trabajo seco.

Chiripa se retira y en pocos minutos está de vuelta con una botella que ha birlado de los aposentos de Mulfuego; con ayuda de un trozo de cuerda, se la baja al anciano, abajo entre el polvo.

III

En su estudio, y apartado del mundo, Prunescualo, tumbado más que sentado en su elegante sillón de orejeras, lee con los pies cruzados apoyados en la repisa de la chimenea.

El pequeño fuego que arde en el hogar ilumina su rostro anguloso y absurdamente refinado, aunque delicado, a pesar de sus extrañas proporciones. Las lentes de aumento de sus gafas, que producen un efecto tan grotesco en sus ojos, centellean a la luz de las llamas.

No es un libro de medicina lo que lee con tal abstracción. Sobre su regazo hay un viejo cuaderno de ejercicios lleno de poemas. La caligrafía es errática pero legible. A veces los poemas están escritos con una letra laboriosa e infantil, otras, en una caligrafía rápida y nerviosa, plagada de tachaduras y faltas de ortografía.

Que Fucsia le hubiera pedido que los leyera era la cosa más emocionante que le había sucedido en la vida. Quería a la muchacha como si fuera su propia hija, pero nunca se había esforzado por conocerla. Poco a poco, con el paso del tiempo, ella lo había ido haciendo su confidente.

Pero mientras lee y mientras el viento otoñal silba entre las ramas de los árboles del jardín, frunce el ceño y su mirada vuelve a los cuatro curiosos versos que Fucsia había tachado con un grueso lápiz:

> *¡Qué blanca y escarlata es esa cara! Quién sabe si, en alguna región rara, el blanco y el rojo adornan los semblantes de héroes de colores brillantes.*

IV

El invierno es frió y desapacible. Una vez más, Excorio, que se siente ya tan a gusto en los Salones Silenciosos como se sintiera en los bosques, está sentado a la mesa en su habitación secreta. Tiene las manos metidas hasta el fondo de sus raídos bolsillos. Ante él hay desplegada una gran hoja de papel que no sólo cubre la mesa, sino que cae hasta el suelo por ambos lados en toscos pliegues arrugados. Una porción próxima al centro está cubierta de marcas, palabras laboriosamente escritas, flechitas, líneas de puntos y signos incomprensibles. Es un mapa, un mapa en el que el señor Excorio lleva trabajando más de un año. Es un mapa del distrito que le rodea, ese mundo vacío que, poco a poco, está componiendo, extendiendo, corrigiendo, clasificando. Por lo que parece, se encuentra en una ciudad que ha sido olvidada y que está haciendo suya dando nombre a sus calles y callejones, sus avenidas de granito, sus tortuosas escaleras y sus ennegrecidas terrazas, llevando siempre más lejos la exploración de sus huecas entrañas bajo las extensas bóvedas y el techo ininterrumpido que lo cubren todo como una suerte de cielo.

Una pluma descansa torpemente en su mano. Excorio no es un maestro en el asunto, pero tanto cuando se embarca en alguna expedición como cuando amplía su mapa con penosa lentitud, su vida en los bosques inexplorados le está siendo de gran utilidad durante los largos días.

Sin estrellas que le ayuden, su sentido de la orientación se ha vuelto casi sobrenatural.

Esa noche montará guardia a la puerta de Pirañavelo, como acostumbra a hacer de madrugada, y, si se presenta la ocasión, lo seguirá, cualquiera que sea el asunto que se lleve entre manos. Hasta entonces, dispone de siete horas durante las que proseguir con esa labor de reconocimiento que ha llegado a apasionarle.

Saca las manos de los bolsillos y, con un índice huesudo y lleno de cicatrices, resigue la ruta que se propone explorar. Va en dirección norte, atraviesa varios arcos antes de zigzaguear a través de una verdadera cuadrícula de cortos callejones y reaparece como un pasadizo de quince metros con una desgastada calzada a cada lado. Este pasadizo conduce hacia el norte sin desviarse y termina en una línea discontinua e imprecisa en esa parte de la hoja de papel del señor Excorio que está a punto de salirse de la mesa. Llega a los límites de sus conocimientos de la zona norte.

Se acerca el mapa y el papel que cuelga del otro lado de la mesa se desliza hacia arriba desde el suelo; arrastrándose por la mesa hasta quedar bajo la cabeza inclinada del hombre, muestra con un bostezo ártico sus yermos de inmaculada blancura.

V

Pasan los días, cambia el nombre de los meses, las cuatro estaciones se entierran la una a la otra y vuelve a ser primavera. Los pequeños torrentes que discurren por las escarpadas laderas de la Montaña de Gormenghast están crecidos por la lluvia y los días empiezan a alargar; el verano despliega por la campiña todas sus variedades de verde, su dorada y bochornosa corona, su modorra y el arrullo de las palomas; las mariposas y las lagartijas y los girasoles, una y otra vez, las palomas, las lagartijas, los girasoles; cada uno un eco del anterior, mientras la fruta madura y los oblicuos rayos del sol motean los troncos retorcidos de los viejos manzanos y el aire huele a esa dulce podredumbre que da hambre al corazón y lo convierte en un lecho marino. Y una lágrima, el fruto de la sal y el agua, madura alimentada por un dolor de verano, madura y cae…, cae lentamente por las mejillas y vaga por los yermos, abatida, como hermoso emblema del estado del alma.

Pasan los días, cambia el nombre de los meses, las cuatro estaciones se entierran la una a la otra, y el campesino recurre a su despensa. El aire está ensombrecido y el sol parece una herida abierta en la sucia carne de un mendigo; los harapos de las nubes están manchados de su sangre coagulada. Han apuñalado al cielo y lo han dejado morir sobre el mundo, sucio, vasto y ensangrentado. Y entonces soplan los grandes vientos y el cielo queda desnudo y un pájaro salvaje grazna desde la tierra centelleante. La condesa está de pie junto a la ventana de su habitación, con los blancos felinos a sus pies, y contempla el paisaje helado que se extiende ante ella. Un año más tarde vuelve a estar allí de nuevo y un cuervo descansa sobre su hombro imponente, pero los gatos están fuera, en los valles.

Y cada día, una miríada de sucesos. Una piedra suelta cae desde lo alto de una torre. Una mosca cae muerta desde una ventana rota. Un gorrión gorjea en una caverna de hiedra.

Los días agotan los meses y los meses agotan los años y, como una marea inquieta, un flujo de momentos erosiona la negra costa del futuro.

Y Titus Groan vadea su niñez.

CINCUENTA Y DOS

Una especie de calma había caído sobre el castillo. No es que faltaran acontecimientos, pero hasta los de gran importancia transmitían una sensación de irrealidad. Era como si alguna extraña vuelta del destino hubiese instaurado en la tierra el vacío predeterminado para ella.

Bellobosque era ahora un marido. Irma no había perdido un segundo para empezar a erigir esos baluartes capaces de aislar del universo a la unidad familiar.

Siempre sabía qué era lo mejor para Bellobosque. Siempre sabía lo que éste necesitaba. Sabía cómo debía comportarse el director de Gormenghast y también cómo debían comportarse sus subordinados en presencia de éste. Tenía aterrorizado al personal. A juicio de Irma, no había diferencia entre ellos y sus alumnos. Se trataba pues de murmurar en secreto, pasar de puntillas ante la puerta de los aposentos de Bellobosque, cuidar la higiene de las uñas y, lo peor de todo, acudir a las clases en el horario estipulado.

Irma había cambiado hasta el punto de llegar a ser irreconocible. El matrimonio había dado impulso y rumbo a su vanidad. No tardó en descubrir la inherente debilidad del carácter de su marido y, aunque no por ello le amaba menos, su amor se hizo militante. Él era su niño, noble pero, ah, ya no sabio. Era ella la sabia, y por causa de su afectuosa sabiduría, a ella le correspondía guiarle.

Desde el punto de vista de Bellobosque, el asunto era una triste historia. Después de haberla tenido a su merced, aquel cambio de tornas le resultaba muy amargo. Había sido incapaz de mantenerse a la altura. Poco a poco, su falta de voluntad, su innata debilidad, se fueron haciendo patentes. Cierto día, ella lo había pillado ensayando una serie de nobles expresiones ante el espejo. Lo vio sacudir sus hermosos mechones blancos y lo oyó reñirla por alguna falta imaginaria. «No, Irma —decía—, no lo toleraré. Te estaría muy agradecido si recordases cuál es tu posición», y después de eso sonrió con afectación, como abochornado, y, al volver a mirar el espejo, la vio detrás de él.

Sin embargo, se sabía superior a ella. Sabía que había en él una especie de depósito de oro, una reserva de fuerza, pero, al mismo tiempo, sabía también que esa fuerza era inútil, pues nunca había recurrido a ella. No sabía cómo hacerlo. Ni siquiera sabía de qué clase de fuerza se trataba exactamente. Pero allí estaba y para él era real, del mismo modo en que una inocencia elemental espera en el pecho de los pecadores, como un huevo en el nido, el momento de manifestarse.

No obstante, a pesar de su sometimiento, era para él un alivio poder volver a ser débil. Con el tiempo, dejó de resistirse, aunque sin olvidar nunca su secreta superioridad, como hombre y como ídolo caído. Era mejor, razonaba, haber albergado música y misterio y haber caído que no haber sido nunca un ídolo y estar constituido por un material prosaico, si bien irrompible, con tanta música y misterio en sus venas como amor hay en la mirada de un cóndor.

Por supuesto, todos estos pensamientos los guardaba estrictamente para sí. A los ojos de Irma, él era su señor amarrado. Para los miembros del claustro, sencillamente lo llevaban amarrado. Según él lo veía, amarrado o suelto, empezaba a desarrollar una filosofía, la filosofía de la revolución invisible.

Miró a su mujer, no sin afecto, a través de sus pestañas blancas. Se alegraba de que estuviera allí, remendando su toga ceremonial. Era mejor que sufrir las burlas del personal, como en los viejos tiempos. Después de todo, ella no podía adivinar sus pensamientos. Observó su nariz puntiaguda. ¿Cómo había podido admirarla?

Pero, ¡oh!, la alegría de tener pensamientos privados, de soñar con huidas imposibles o con invertir el *statu quo* de manera que, una vez más, la tuviera en su poder, como en aquella noche mágica en el cenador moteado de luz. Pero… el esfuerzo, se precisaba tanto esfuerzo. La fuerza de voluntad no tenía nada de divertida.

Recostándose en el sillón, se recreó en su debilidad. La vieja boca se torció en un leve mohín y los ojos se entornaron cuando relajó los rasgos leoninos de su cabeza venerable y magnífica.

La sensación de irrealidad que se había extendido por el castillo como una extraña epidemia había hecho pasar inadvertido el matrimonio de Bellobosque, de manera que, aunque no faltaron incidentes y nadie cuestionaba la importancia de éstos, se echaba en falta una cierta animación, una cierta conciencia, y lo cierto es que nadie creía en lo que estaba sucediendo. Era como si el castillo estuviera recuperándose de una enfermedad o bien a punto de contraerla. Estaba como perdido en una bruma de recuerdos borrosos o en la irrealidad de una inquietante premonición. A la vida del castillo le faltaba inmediatez. No había aristas ni sonidos estridentes. Un velo cubría todas las cosas, un velo que nadie lograba rasgar.

Imposible decir cuánto duró pues, aunque esa opresión general pesaba sobre cada acción, poco menos que aniquilando su significado real, convirtiendo, por ejemplo, el matrimonio de Bellobosque en una ceremonia onírica, la sensación de irrealidad afectaba de modo distinto a cada persona: variaba en intensidad, en cualidad y en duración, según el temperamento de quienes estaban sumidos en ella.

Los hubo que apenas notaron que algo había cambiado. Los sujetos duros de mollera, con bocas equinas, apenas si se daban cuenta. Advertían que ya nada importaba tanto como antes, pero eso era todo.

Otros en cambio estaban sumidos en ello y caminaban como fantasmas. Cuando hablaban, su propia voz parecía llegarles desde muy lejos.

Era cosa de Gormenghast, ¿de qué si no? Era como si el laberíntico lugar hubiese despertado de su sueño de hierro y piedra y, al tomar aliento, hubiese dejado un vacío. El vacío en el que se movían sus marionetas.

Hasta un atardecer de finales de primavera, en que el castillo exhaló al fin y de golpe, se acortaron las distancias, las voces distantes se hicieron altas y claras, las manos tomaron conciencia de lo que agarraban, y Gormenghast volvió a convertirse en piedra y retornó a su sueño.

Pero antes de que el peso del vacío se levantara, ocurrieron varias cosas que, aunque en retrospectiva parecían sombras difusas, habían tenido lugar. Y por nebulosas que parecieran cuando sucedieron, sus repercusiones fueron harto concretas.

Titus ya no era un niño y el final de sus días escolares se acercaba. Con el paso de los años, se había vuelto más solitario. A todos menos a Fucsia, el médico, Excorio y Bellobosque ofrecía una apariencia adusta. Bajo esta armadura huraña y desagradable, su apasionado anhelo de verse libre de sus responsabilidades hereditarias le impulsaba a la rebeldía. Sentía odio, no hacia Gormenghast, pues el polvo del castillo le corría por las venas y no conocía otro lugar, sino hacia el hado funesto que lo había elegido para ser la persona sobre cuyos hombros inquietos descansaría, en el futuro, la pesada responsabilidad de un antiguo legado.

Odiaba la falta de alternativa, la presunción por parte de quienes lo rodeaban de que no había más que un modo de pensar, de que su deseo de labrarse un futuro propio obedecía a la ignorancia o a una deliberada traición de su rango.

Pero, sobre todo, odiaba el caos de su corazón. Pues era orgulloso, irracionalmente orgulloso. Había perdido el descaro de la infancia, siendo un niño entre niños. Ahora era lord Titus y tenía conciencia de ello. Y, aunque ansiaba el anonimato de la libertad, caminaba erguido, con un porte altivo, huraño e imponente.

Y esta contradicción interna era la principal causa de sus modales rudos e intransigentes. Se había ido volviendo cada vez más impopular entre los jóvenes de su edad, pues sus compañeros de escuela no encontraban justificación para la violencia de sus reacciones. Había arrancado la tapa de su pupitre por una tontería. Podía llegar a ser peligroso y, con el paso del tiempo, su aislamiento llegó a ser completo. ¡El chico que antes estaba siempre dispuesto a participar en cualquier travesura o cualquier aventura nocturna en los amplios dormitorios se había convertido en un ser distinto!

La maraña de sus pensamientos y emociones, la confusa búsqueda de una salida para su espíritu porfiado y su ingenua ansia de rebeldía no dejaban lugar en él para aquellas cosas que en otro tiempo le hubieran entusiasmado. Había descubierto que la soledad era más excitante. Había cambiado.

Y, sin embargo, pese a los largos años transcurridos desde que el doctor Prunescualo, el profesor Bellobosque y él jugaran a las canicas en el pequeño fuerte, todavía era capaz de disfrutar de las diversiones más infantiles. A menudo pasaba horas sentado junto al foso, botando los barquitos de madera que él mismo construía, pero más abstraído que en los viejos tiempos, como si, a pesar de su aparente concentración mientras tallaba con su navaja la afilada proa o la chata popa de algún monarca de las olas, su pensamiento estuviera en realidad muy lejos.

Sin embargo, seguía tallando sus pequeños bajeles y les daba nombre al botarlos rumbo a peligrosas misiones en islas de sangre y especias. Visitaba al doctor y le miraba hacer aquellos extraños dibujos que Irma nunca había apreciado, aquellos dibujos de hombrecillos arácnidos, centenares por página, ora entablando batalla o en cónclave, ora en escenas de caza o adorando a un dios arácnido. Y durante ese rato

era muy feliz. Y visitaba a Fucsia y conversaban hasta quedar afónicos…, hablaban sobre todo lo que había en Gormenghast, porque no conocían otro lugar. Pero ni a su hermana ni a Bellobosque, que, a veces, cuando Irma andaba ocupada en otra parte, se las arreglaba para bajar al foso y botar también un par de barcos, ni a él ni al doctor Prunescualo les confió nunca su secreto temor de que su vida acabara reduciéndose a una sucesión de rituales predeterminados. Porque no había nadie, ni siquiera Fucsia, por mucho que le comprendiera, que pudiera ayudarle. No había nadie que se atreviera a alentarle en su deseo de liberarse de su yugo para escapar y descubrir lo que había más allá de los confines de su reino.

CINCUENTA Y TRES

La calma sobrenatural que se había abatido sobre Gormenghast no dejó de afectar a una naturaleza tan imaginativa y nerviosa como la de Fucsia. Pirañavelo, quien, aunque sensible en alto grado a la atmósfera, se hallaba menos inmerso y se desplazaba, por así decir, manteniendo su artera cabeza por encima de las extrañas aguas, había observado que Fucsia caminaba por un mundo transparente, muy lejos de la superficie. Consciente de esta sonámbula omnipresencia y dejándose llevar por su naturaleza, Pirañavelo se preocupó de inmediato por encontrar el mejor modo de utilizar esa droga para favorecer sus fines, y no tardó en tomar una decisión.

Debía cortejar a la hija de la Casa, debía cortejarla con todo el arte y la astucia que poseía. Debía vencer su reserva con un acercamiento sencillo y sincero, con simulada amabilidad y concentrándose en aquellas cosas que fingiría tener en común con ella. Y todo ello con una encantadora aunque viril deferencia hacia su rango. Al mismo tiempo, mostraría pequeños indicios de los fuegos que indudablemente ardían en su interior. Aunque por razones muy distintas, y por medios deshonestos, amañaría sus citas y encuentros casuales de modo que ella tropezara con él a menudo en situaciones difíciles, pues sabía lo mucho que ella admiraba su valor.

Pero también debía mantener el rostro oculto tanto como fuera posible. No se engañaba sobre su capacidad para suscitar el horror. Que ella estuviera impregnada de la pesada aunque ausente atmósfera del lugar no era motivo para suponer que fuera indiferente al espanto de su rostro desfigurado. Se encontrarían después de anochecer, cuando, sin distracciones visuales, ella se iría dando cuenta poco a poco de que sólo en él podía encontrar esa completa camaradería, esa armonía de mente y espíritu, ese sentimiento de confianza del que se había visto tan privada. Y no era aquella su única privación. Sabía que la de Fucsia había sido una vida sin amor y conocía su naturaleza vehemente y cálida. Él siempre se había mantenido a la espera y ahora por fin había llegado el momento.

Trazó sus planes. Llevó a cabo los primeros avances en la penumbra del anochecer. Como Maestro del Ritual, no le resultaba difícil saber qué zonas del castillo estarían libres de potenciales intrusos a distintas horas del anochecer.

Profundamente afectada por la atmósfera sobrenatural que había hecho de su venerable hogar un lugar en cuya existencia apenas podía creer, Fucsia fue, poco a poco, durante un período de varias semanas, sutilmente inducida a un estado de ánimo en el que le parecía natural que le pidieran consejo en cuanto a esto o aquello y que Pirañavelo le explicase lo que le había sucedido durante la jornada. La voz del joven era reposada y apacible, su vocabulario, rico y flexible. A Fucsia le atraía el dominio que el joven mostraba de cualquier tema sobre el que conversasen. Estaba tan lejos de sus propias capacidades… La admiración que sentía por su vitalidad intelectual pronto se convirtió en un entusiasta interés por la persona, por Pirañavelo, aquel ágil y osado confidente de sus encuentros nocturnos. No había nadie como él. Estaba vivo y despierto de la cabeza a los pies. Su antigua repulsión ante el recuerdo de su rostro quemado y sus manos rojas fue quedando enterrada bajo esta creciente afinidad.

Fucsia sabía que el hecho de que ella, la hija del Linaje, frecuentara con tanta asiduidad la compañía de un funcionario del castillo por motivos extraoficiales era un crimen contra su posición. Pero llevaba demasiado tiempo sola. La idea de que podía interesar a alguien hasta el punto de que quisiera verla cada noche era tan nueva para ella que resultó ser un atajo hacia los límites de ese terreno traicionero que no tardaría en pisar.

Pero a ella no le preocupaba el futuro. A diferencia de su nuevo compañero, el hombre de la penumbra, en quien cada una de sus frases, pensamientos y acciones tenía una finalidad ulterior, Fucsia vivía el momento con entusiasmo y saboreaba una experiencia que bastaba en sí misma. Carecía de instinto de conservación. Carecía de recelos. Pirañavelo se había acercado a ella con astucia, gradualmente, y llegó la

noche en que sus manos se encontraron involuntariamente en la oscuridad y ninguno de los dos la retiró y, desde ese momento, Pirañavelo vio el camino al poder claramente abierto ante él.

Durante mucho tiempo, las cosas se desarrollaron como él había previsto y la intimidad de sus encuentros secretos fue profundizando su mutua confianza, o al menos así lo creía Fucsia.

Malévolamente consciente del poder que ahora poseía y regodeándose por anticipado en la conquista final, Pirañavelo no hizo sin embargo ningún intento precipitado de seducir a Fucsia. Sabía que, privándola de su virginidad, la tendría en la palma de la mano, aunque no por otra razón que la del chantaje. Pero todavía no había llegado el momento. Había aún muchas cosas que considerar.

Por lo que a Fucsia se refiere, todo era tan nuevo y extraordinario para ella que sus emociones tenían donde nutrirse. Era más feliz entonces de lo que lo había sido en toda su vida.

CINCUENTA Y CUATRO

La desaparición del conde Sepulcravo, el padre de Titus, y de sus hermanas, las gemelas, y su terrible y secreto final; la muerte de Agrimoho, quemado, y la de su hijo Bergantín, por fuego y agua… ¿Qué pensaba el castillo de tanto misterio, de tanta violencia? Aquellos horrores se habían extendido durante un período de doce años o más y, aunque las mentes de la condesa, del doctor y de Excorio, activas cada una a su modo, habían realizado, desde distintos ángulos, periódicos esfuerzos por descubrir en las tragedias algún elemento común, no habían podido encontrar pruebas de juego sucio que apoyaran sus sospechas.

Sólo Excorio conocía la terrible verdad sobre la secreta muerte de su señor, lord Sepulcravo, y de su enemigo, el obeso Vulturno, a quien él mismo había matado, y fue una información que nunca divulgó.

Su destierro había sido consecuencia del desleal gesto de Pirañavelo hacia su enloquecido señor cuando el hombre del rostro bicolor era un joven de diecisiete o dieciocho años, y esa deslealtad había seguido presente en la memoria de Excorio. Pero nada sabía del cautiverio y la muerte de las gemelas aunque, ignorando su origen y su significado, había oído su terrible risa mientras morían en los vacíos salones.

Al igual que el doctor y la condesa, se había estrujado el cerebro y la memoria para llegar a alguna conclusión significativa sobre la muerte por fuego compartida por padre e hijo —Agrimoho y Bergantín— y sobre el hecho de que Pirañavelo hubiera sido el héroe en ambas ocasiones. Pero, por más que lo intentaban, eran incapaces de racionalizar sus sospechas.

Y, sin embargo, en el curso de los años hubo motivos concretos aunque inconexos para la aprensión. No parecían seguir un patrón, pero allí estaban, y no cayeron en el olvido.

El doctor siempre había querido descubrir el motivo por el que Pirañavelo había abandonado su servicio para convertirse en confidente y servidor de las bobas gemelas. La suya no era una inteligencia que pudiera deleitarse con semejante compañía. El único motivo tenía que haber sido el deseo de ascender socialmente o alguna razón más oscura. Las gemelas idénticas habían desaparecido. La nota que Pirañavelo encontró sobre la mesa de las mujeres comunicaba su intención de quitarse la vida. Prunescualo se hizo con esa nota y comparó la caligrafía con la de la carta que Irma había recibido de ellas en una ocasión. Las comparó en espejos, dedicó toda una tarde a su escrutinio. Parecían escritas por la misma mano, una vacilante caligrafía infantil con letras grandes y redondeadas.

Sin embargo, hacía muchos años que el doctor conocía a aquellas mujeres retrasadas y, a pesar de la extravagancia de su naturaleza truncada, no creía que se sintiesen tentadas a quitarse la vida.

Tampoco la condesa las creía capaces de precipitar su fin. Su pueril ambición y vanidad y su demasiado evidente deseo de asumir un día el papel en el que siempre se veían, el de grandes damas, espléndidamente engalanadas y enjoyadas, excluía la posibilidad del suicidio. Pero tampoco tenía manera de probarlo.

El doctor le habló a la condesa de la delirante exclamación de Pirañavelo: «¡Y con las gemelas serán cinco!». Ella miró por la ventana de su habitación.

—¿Cinco qué? —dijo.

—Exactamente —repuso el doctor—. ¿Cinco qué?

—Cinco enigmas —respondió ella gravemente, sin alterar su expresión.

—¿Y cuáles son, señoría? ¿Queréis decir cinco…?

—El conde, mi marido —le interrumpió ella con voz cansina—. Desaparecido. Uno. Sus hermanas, desaparecidas; dos. Vulturno, desaparecido; tres. Agrimoho y Bergantín, quemados; cinco…

—Pero no se puede decir que las muertes de Agrimoho y Bergantín fueran enigmáticas…

—Una no lo sería, pero dos, sí —dijo la condesa—. Y el joven en las dos.

—¿El joven? —preguntó el doctor.

—Pirañavelo —respondió la condesa.

—Ah —dijo el doctor—, compartimos los mismos temores.

—Los compartimos, en efecto —dijo la condesa—. Estoy a la espera.

El doctor recordó el poema de Fucsia:

¡Qué blanca y escarlata es esa cara! Quién sabe si, en alguna región rara, el blanco y el rojo adornan los semblantes de héroes de colores brillantes.

—Pero, señoría —dijo el doctor (ella seguía mirando por la ventana)—, las palabras: «¡Y con las gemelas serán cinco!» me sugieren que sus señorías Cora y Clarisa serían dos de las integrantes del grupo que rondaba por su delirante cerebro. Apostaría mi último penique a que, en medio del deliro de la fiebre, estaba haciendo una lista de individuos.

—¿Y pues?

—Pues que las muertes y desapariciones serían seis y no cinco, señoría.

—¿Quién sabe? —dijo la condesa—. Es demasiado pronto. Dadle cuerda. No tenemos pruebas, pero, por las negras raíces del castillo que, si mis temores son fundados, las torres enfermarán al presenciar su muerte y las viejas piedras vomitarán.

Su rostro voluminoso se sonrojó. Bajó la mano y la metió en un ancho bolsillo, sacó de allí un poco de grano y extendió el brazo. Un pajarillo moteado salió de la nada y, correteando por el brazo extendido, se aferró con sus diminutas garras al dedo índice de la condesa y, con un movimiento oblicuo, empezó a picotear en la palma de su mano.

CINCUENTA Y CINCO

—Pero no puede evitar asignarte el ritual para cada día, ¿no es cierto? —dijo Fucsia—. Ni darte instrucciones. No es culpa suya, es la Ley. Nuestro padre tuvo que hacerlo cuando vivía, y su padre también, y todos han tenido que hacerlo. Él no puede actuar de otro modo. Está obligado a decirte lo que hay en los libros, por molesto que sea para ti.

—Lo odio —dijo Titus.

—¿Por qué? ¿Por qué? —exclamó Fucsia—. ¿Qué sentido tiene que le odies por cumplir con su obligación? ¿No esperarás que haga una excepción contigo después de miles de años? Imagino que preferirías a Bergantín. ¿Es que no te das cuenta de lo intolerante que eres? A mí me parece que hace su trabajo maravillosamente.

—¡Lo odio! —exclamó Titus.

—¡Te estás poniendo pesadísimo! —dijo Fucsia con vehemencia—. ¿Es que no sabes decir otra cosa que «¡Lo odio!»? ¿Qué tienes contra él? ¿Es que le echas en cara su apariencia? Si es así, eres mezquino y detestable. —Fucsia se apartó la espesa melena negra de los ojos. La barbilla le temblaba—. ¡Oh, Dios, Dios! ¿Crees que me gusta discutir contigo, Titus, cariño? Sabes lo mucho que te quiero. Pero eres injusto, injusto. No sabes nada de él.

—Lo odio —repitió Titus—. Odio sus tripas baratas y malolientes.

CINCUENTA Y SEIS

Con el paso de los meses, la tensión fue aumentando. Titus y Pirañavelo estaban a matar aunque este último, paradigma de imperturbable circunspección, guardaba sus sentimientos para sí sin dar ningún indicio, ni a Titus ni al mundo exterior, del odio que sentía hacia aquel muchacho espabilado que, sin saberlo, se interponía entre él y el cenit de su ambición.

Titus, quien desde el día en que, siendo apenas un niño, desafiara a Pirañavelo en el silencio del aula para después caer desmayado desde lo alto de su pupitre, se había aferrado con obstinación a la ventaja adquirida con aquella curiosa y pueril victoria.

Cada día, en la Biblioteca, le leían a Titus en voz alta los detalles de sus obligaciones extraescolares. Pirañavelo recorría velozmente las páginas de concordancias explicándole los pasajes más oscuros con claridad y precisión. Hasta ese momento, el Maestro del Ritual se había ceñido estrictamente a la letra de la Ley, pero ahora, en la casi intocable posición de ser el único que tenía acceso a los tomos de referencia y procedimiento, estaba elaborando una lista de obligaciones que insertaría en los antiguos documentos. Había logrado encontrar algunos pliegos del papel original y sólo le quedaba falsificar la caligrafía y ortografía arcaicas e inventar una serie de deberes para Titus que serían mortificantes y, en ocasiones, lo suficientemente arriesgados para que existiera siempre la posibilidad de que al joven conde le sucediera una desgracia. Había, por ejemplo, escaleras que ya no eran seguras, vigas podridas y mampostería a punto de desmoronarse. Además, siempre se podía debilitar y minar deliberadamente ciertas pasarelas que flanqueaban las murallas superiores del castillo o asegurarse de que, de un modo u otro, en el desempeño de los falsos procedimientos, tarde o temprano Titus acabara precipitándose accidentalmente hacia su muerte.

Y, con la muerte de Titus y con Fucsia en su poder, sólo la condesa se interpondría ya entre él y una virtual dictadura.

Aún quedarían enemigos, claro. Quedaría el doctor, cuya inteligencia era bastante más aguda de lo que Pirañavelo hubiera deseado, y también la condesa, el único personaje por el que sentía un perplejo y renuente respeto; no por su inteligencia, sino debido al hecho de que escapaba a su análisis. ¿Qué era ella? ¿Qué pensaba y mediante qué procesos? Su pensamiento y el de aquella mujer no tenían puntos de contacto y, en su presencia, se mostraba doblemente cauto. Eran animales de especies distintas y se observaban con la mutua suspicacia de quienes no hablan el mismo idioma.

Por lo que a Fucsia se refería, estaba a un paso de dominarla. Se había superado a sí mismo. El corazón de la joven estaba tan tierno como las proposiciones que le había hecho Pirañavelo, con delicadas gradaciones, sutiles cadencias, magnífica contención.

Ya no era cuestión de encontrarse aquí y allá al anochecer en distintos lugares acordados. Desde hacía tiempo, Pirañavelo se había estado acondicionando otra habitación para su disfrute. Ya contaba con nueve, repartidas por todo Gormenghast, de las cuales sólo una, un amplio dormitorio-estudio, era conocida por el castillo. De las restantes, cinco se encontraban en oscuras regiones de Gormenghast y las otras tres, aunque situadas en zonas más concurridas, estaban curiosamente ocultas, como el nido de un reyezuelo en las hierbas y matojos de una ribera. Sus puertas, que lindaban con las arterias principales del castillo, nunca se habían visto abiertas. Estaban a la vista de todo el mundo, pero nadie las veía.

En una de esas habitaciones, de la que no hacía mucho se había apropiado y que sólo visitaba de noche, cuando un profundo silencio caía sobre el corredor, había reunido algunos cuadros, varios libros, una cómoda con pequeños cajones en los que guardaba su colección de joyas robadas y viejas monedas, distintos venenos y varios documentos secretos. Una gruesa alfombra de color carmesí cubría el suelo. La mesita y las dos sillas eran de elegante diseño y Pirañavelo había reparado hábilmente los estragos que el tiempo había obrado en ellas. ¡Qué distinto era el interior de aquella habitación del tosco corredor de

piedra que había fuera, con sus columnas de piedra flanqueando cada puerta y las pesadas losas de piedra que sobresalían como repisas por encima de los dinteles!

Era a aquella habitación adonde Fucsia se dirigía en sus viajes nocturnos, con el corazón desbocado y las pupilas dilatadas en la oscuridad. Y era allí donde tan galantemente era recibida. Una lámpara con pantalla emitía un suave resplandor dorado, y un par de libros, cuidadosamente elegidos, reposaban como por casualidad aquí y allá. A Pirañavelo siempre le resultaba fastidioso hacer aquellos últimos cambios en la disposición de los objetos, calculados para dar un aire de informalidad a la habitación. Detestaba el desorden tanto como detestaba el amor, pero sabía que a Fucsia le incomodaría el orden formal y perfecto que a él le complacía.

Y sin embargo, la joven parecía extrañamente fuera de lugar en aquella trampa ordenada y elegante, pues Pirañavelo no podía destruir del todo el reflejo de su propia frialdad. Allí ella parecía demasiado viva, viva en un sentido muy distinto al de la brillante y gélida vitalidad de su compañero, demasiado viva del mismo modo en que el amor, al igual que un terremoto o una inocente fuerza de la naturaleza, es incompatible con un mundo pulcro y formal. Por reposada que pareciera sentada en su silla, con la negra cabellera cayéndole sobre los hombros, ella era potencialmente desestabilizadora.

Pero Fucsia admiraba lo que veía. Admiraba todo lo que ella no era. Allí todo era tan distinto de Gormenghast. Cuando recordaba su antigua buhardilla desordenada y las habitaciones que ahora ocupaba, con el suelo cubierto de poemas y las paredes de dibujos, daba por supuesto que algo en ella no funcionaba bien.

Al recordar a su madre se sintió, por primera vez, abochornada.

Una noche, cuando llamó a la puerta con las yemas de los dedos, no hubo respuesta. Volvió a llamar, mirando aprensivamente a ambos lados del corredor. El silencio era absoluto.

Nunca antes había tenido que esperar más de una fracción de segundo. Y, entonces, una voz dijo: «Tened cuidado, *milady*». El sonido sobresaltó a Fucsia como si hubiera tocado un hierro al rojo. La voz había surgido de la nada. No se oían pasos. Temblando de miedo, encendió la vela que llevaba en la mano, un acto temerario y arriesgado, pero no vio a nadie. Y entonces, a los lejos, algo empezó a avanzar hacia ella rápidamente. Mucho antes de que pudiese verlo, supo que era Pirañavelo. En unos instantes, su veloz figura de hombros encorvados y estrechos estuvo sobre ella, le arrancó la vela de la mano y aplastó la llama. Un momento más y la llave había girado en la cerradura; Fucsia franqueó la puerta de un empellón. A oscuras, Pirañavelo cerró la puerta por dentro, pero no sin antes susurrar ferozmente:

—¡Estúpida!

Ante esa palabra, el mundo dio un vuelco. Todo cambió. El delicado equilibrio de su relación experimentó una violenta agitación y un terrible peso se abatió sobre el corazón de Fucsia.

De haber sido la cristalina y deslumbrante estructura que Pirañavelo había ido erigiendo poco a poco como signo externo de la estima que le profesaba, añadiendo un ornamento tras otro hasta que, equilibrada y hermosa ante la joven, la había encandilado, de haber sido esa estructura menos exquisita, menos cristalina, menos perfecta, su caída sobre las lejanas y frías piedras del suelo no hubiera sido tan definitiva. La materia que la constituía, quebradiza como el cristal, se había hecho ahora añicos.

La palabra, seca y brutal, y el empujón que él le diera habían convertido a la muchacha morena y ansiosa en algo más sombrío. Se sentía consternada y resentida, aunque, durante aquellos primeros momentos, más herida que resentida. Sin saberlo, se había transformado además de nuevo en *lady* Fucsia. La sangre le hervía, la sangre de su linaje. La había olvidado mientras el amor fue tierno, pero ahora, en la amargura, volvía a ser la hija de un conde.

Naturalmente, sabía que encender una vela ante la puerta contravenía las más estrictas normas de la precaución y el secreto. Pero se había asustado. Por exasperante que pudiera ser que se hubiesen descubierto sus citas, no había en ellas más pecado que el de haberlas llevado en secreto y permitirse entablar una amistad tan estrecha con un plebeyo.

Pero sin embargo la cólera había afeado el rostro de Pirañavelo. Jamás sospechó que el joven pudiera perder la perfecta y cincelada serenidad de sus rasgos y su compostura. Jamás sospechó que su voz clara y persuasiva pudiese adoptar un tono tan cruel y feroz.

¡Y haber recibido un empellón, que la hubiesen empujado en la oscuridad! Sus manos, que, como las de un músico, en otro tiempo la habían conmovido por su delicada fuerza, se habían mostrado tan brutales como las garras de un animal. Tanto como el cambio de su voz, tanto como la palabra «estúpida», aquel empujón en la oscuridad la había despertado a una realidad amarga y mortificante.

Sin embargo, con todo y con eso, el fantasmal y turbador recuerdo de aquella voz surgida de la nada no dejaba de mezclarse con su temblorosa mortificación. La voz había salido de la oscuridad, muy cerca de

donde ella estaba, pero allí no había nadie. Sabía tan poco de su origen como de la intención o el significado de la advertencia, pero lo que sí sabía con certeza es que no buscaría la ayuda de Pirañavelo. No confiaría el temor que le había inspirado aquella voz inexplicable a quien la había degradado. Todos los señores de Gormenghast estaban de su parte.

Se volvió en redondo en la habitación a oscuras y antes de que él tuviera tiempo de encender la lámpara dijo:

—Déjame salir de aquí.

Pero casi al instante la luz dorada de la lámpara llenó la conocida habitación y Fucsia vio sentado sobre la mesa un mono tapándose la cara con sus manos arrugadas. Vestía un pequeño traje de lentejuelas rojas y amarillas y un gorrito de terciopelo parecido al de un pirata, con una pluma de color violeta que salía desde la coronilla, le cubría la cabeza.

Pirañavelo se había tapado la cara con las manos, pero espiaba a Fucsia por las rendijas entre los dedos. Había perdido el control. La visión de una llama donde no tenía razón de ser había sido como un trallazo para él. No en vano había ardido, y ahora el fuego era su único miedo. Había vuelto a fracasar. Sólo que no sabía hasta qué punto. La siguió observando por entre los dedos.

Fucsia miraba al mono con una expresión indefinible. Si se había sorprendido, no lo había demostrado. El torbellino y la conmoción de haber sido tratada con tanta rudeza eran todavía demasiado intensos para que cualquier otra emoción los suplantase, por extraño que fuera el estímulo. Pero durante un instante, cuando el vivaz animalillo se puso de pie y se quitó el sombrero y cuando, después de rascarse la cabeza y bostezar, se lo volvió a poner, algo menos triste inundó su rostro de una fugaz animación.

Pero su estado de ánimo no podía oscilar tan rápidamente de un extremo al otro. Una parte de su pensamiento estaba fascinada por lo insólito de la situación, pero nada conmovía su corazón. Sólo era un mono disfrazado. Lo que en otro tiempo la hubiera inflamado de entusiasmo la dejaba bastante fría en aquel momento suspendido.

Pirañavelo había ganado unos instantes, pero ¿de qué podían servirle? Ella le había ordenado que la dejase salir de la habitación cuando, de pronto, el mono captó su atención.

Una vez más, Fucsia lo miró. Sus ojos negros parecían como muertos, pues habían perdido el brillo, y apretaba los labios.

Lo vio con las manos sobre la cara igual que el mono, entonces oyó su voz.

—Fucsia —dijo—. Concédeme un momento, sólo uno, para confiarte el peligro del que acabamos de escapar. No había tiempo que perder y, aunque siempre será inexcusable y aunque jamás podré pedir que me perdones, por lo menos debes concederme un momento para que pueda explicar la causa de mi violencia.

»¡Fucsia, lo hice por ti! Mi violencia fue por tu bien. Mi rudeza fue la rudeza del amor. Apenas tenía tiempo para salvarte. ¿No oíste los pasos? Acaba de pasar de largo. Un momento más y tu vela la habría atraído a esta puerta. Y tú conoces el castigo. Por supuesto que conoces el castigo que, de acuerdo con la Ley, se aplica a las hijas del Linaje que intiman con simples plebeyos. Es terrible sólo de pensarlo. Y por eso hemos mantenido nuestros planes tan en secreto y nuestras normas han sido tan estrictas. Tú sabes todo esto y lo has cumplido meticulosamente. Pero esta noche has calculado mal el tiempo, ¿no es cierto? Has llegado cuatro minutos antes. Eso ya era bastante arriesgado, pero añadir a semejante peligro la luz de una vela… Y además, como suele suceder, a tu madre se le ocurre seguirme precisamente hoy, cuando se han dado todas esas circunstancias.

—¿Mi madre? —La voz de Fucsia se había reducido a un susurro.

—Tu madre. He tratado de despistarla porque sabía que andaba cerca. He dado un rodeo, he vuelto sobre mis pasos, he dado un nuevo rodeo y allí estaba ella, andando despacito, no comprendo cómo lo ha hecho. Pero finalmente he alcanzado la puerta, como pretendía, con la longitud de este corredor entre nosotros, la longitud del corredor y los veintitantos pasos que me permitirían escabullirme hasta nuestra habitación a tiempo…, pero no, no era eso lo que pensaba hacer, no. Porque de ese modo, lo más probable es que te hubieras encontrado de cara con ella… y entonces… —Pirañavelo se descubrió el rostro, pues había estado hablando con las manos ocultándoselo. Había hablado sin parar con un cierto encanto, pues se las había arreglado para alterar su voz con una especie de tartamudeo cuyo efecto resultaba no tanto nervioso como ansioso y cándido—. ¿Qué ha pasado entonces, Fucsia? Bueno, lo sabes tan bien como yo. He doblado la esquina norte con tu madre a un corredor de distancia y ¡allí estabas tú, como una hoguera, delante de mí al final del corredor! Ponte en mi lugar. No es posible sentir todas las emociones nobles a un tiempo. No es posible mezclar desesperación y perfecta caballerosidad. Al menos, yo no puedo. Quizá debería haber aprendido. Lo único que podía hacer era salvar la situación, esconderte, salvarte. Habías

llegado demasiado pronto y, Fucsia, eso me ha enfurecido. Como sabes, nunca me he enfadado contigo, es algo que no puedo ni imaginar. Y quizá ni siquiera en esta ocasión haya sido contigo con quien me haya enfadado, sino con el hado o el destino o lo que sea que ha estado a punto de dar al traste con nuestros planes. Y como nuestros planes siempre habían estado tan cuidadosamente dispuestos para que no se corrieran riesgos y nada malo te ocurriera, la cólera me ha dominado. En ese momento, has dejado de ser Fucsia para mí. Eras el objeto que debía salvar. Cuando estuvieras tras la puerta, volverías a ser Fucsia. Si hubiera tardado un momento en apagar la vela o en obligarte a franquear la puerta, habría significado la ruina para nuestras vidas. Porque te quiero, Fucsia. Tú eres lo que siempre he anhelado. ¿Es que no te das cuenta de que por esa causa no tenía tiempo para cortesías? Era un momento álgido, un torbellino. Te he llamado estúpida, sí, estúpida, por amor a ti… y entonces… entonces… de nuevo en esta habitación, todo ha parecido increíble, y aún me lo parece, y casi me avergüenzo del regalo que te he traído y de lo que he escrito para ti… ¡Oh, Fucsia, ni siquiera sé si enseñártelo…! —Le dio la espalda bruscamente con la mano crispada sobre la frente y entonces, como queriendo decir que no se dejaría llevar por la desesperación, susurró—: Ven, *Satán*. ¡Ven, chico malo! —Y el mono le saltó al hombro.

—¿Qué escrito? —dijo Fucsia.

—Te había escrito un poema. —Pirañavelo hablaba con voz queda, estrategia que nunca le había fallado, pero se había precipitado en su avance—. Aunque quizá ahora no querrás verlo, Fucsia —añadió.

—No —dijo ella tras un silencio—. Ahora no.

La inflexión de su voz fue tan extraña que era imposible determinar si quería decir «ahora no» en el sentido de que ya no era posible para ella hacer algo tan íntimo como leer un poema de amor o «ahora no», pero sí en otro momento.

Pirañavelo sólo pudo exclamar: «Entiendo», y depositó al mono en la mesa, donde éste anduvo velozmente de acá para allá a cuatro patas y finalmente saltó a una de las vitrinas de su dueño.

—Y comprenderé que no te apetezca quedarte con *Satán*.

—¿*Satán*? —preguntó ella con voz inexpresiva.

—Tu mono —dijo él—. Tal vez prefieras que no te moleste. Pensé que te gustaría. Yo mismo le hice la ropa.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —gritó Fucsia súbitamente—. ¡Ya te he dicho que no lo sé!

—¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

—No, iré yo sola.

—Como prefieras —dijo Pirañavelo—. Pero te ruego que pienses en lo que he dicho. Trata de entender, porque yo te quiero como las sombras quieren al castillo.

Fucsia volvió a mirarlo y, por un instante, una luz le asomó en los ojos, pero al momento volvieron a estar vacíos, vacíos y muertos.

—Nunca lo entenderé —dijo—. Por mucho que lo justifiques, no está bien. Puede que me equivocara, no lo sé. En cualquier caso, todo ha cambiado. Mis sentimientos han cambiado. Y ahora, quisiera irme.

—Sí, por supuesto. Pero ¿me concederás dos pequeños favores?

—Supongo que sí —dijo Fucsia—. ¿De qué se trata? Estoy cansada.

—El primero es pedirte de todo corazón que trates de entender la presión a la que me he visto sometido y pedirte que nos encontremos una vez más, aunque sea la última, como venimos haciendo desde hace tanto; que nos encontremos para hablar un rato, no de nosotros, no de nuestro problema, no de mis errores, no de este terrible abismo que nos separa, sino de las cosas felices. ¿Te encontrarás conmigo mañana por la noche, con estas condiciones?

—¡No lo sé! —contestó Fucsia—. ¡No lo sé! Pero supongo que sí. Oh, Dios, supongo que sí.

—Gracias —dijo Pirañavelo—. Gracias, Fucsia. Y mi otra petición es ésta: saber si, puesto que no quieres a *Satán*, dejarás que me lo quede…, porque es tuyo… y… —Pirañavelo volvió la cabeza sin mirarla y se alejó unos pasos—. ¿Verdad que te gustaría saber a quién perteneces, *Satán*? —exclamó en un tono que pretendía ser galante.

De súbito, Fucsia se encaró con él. Parecía haber tomado conciencia de la agudeza natural de su propio intelecto. Miró al hombre de rostro bicolor con el mono al hombro y habló, y sus palabras hirieron al pálido joven como puñales.

—Pirañavelo —dijo—, me parece que te estás ablandando.

En ese momento, Pirañavelo supo que cuando ella volviera la noche siguiente, la seduciría. Obligada a ocultar tan siniestro secreto, la hija de la condesa quedaría a su merced. Ya había esperado suficiente. Después de su error, aquél era el único modo que le quedaba para atacar. Había percibido el primer indicio de que el suelo se deslizaba bajo sus pies. Si el engaño y la coacción le fallaban, no quedaría otra opción.

No era momento para la piedad y, aunque ella se resistiera como una tigresa, la poseería…, el chantaje vendría después, con la suavidad de una nube de tormenta.

CINCUENTA Y SIETE

I

Cuando Excorio oyó que la puerta se abría quedamente debajo de él, contuvo el aliento. Durante unos segundos no apareció nadie, pero luego una forma aún más oscura que la oscuridad salió al corredor y comenzó a alejarse rápidamente hacia el sur. Cuando oyó que la puerta se cerraba de nuevo, bajó de la gran repisa de piedra que cubría la puerta de Pirañavelo y, alargando al máximo sus brazos largos y huesudos, se descolgó para salvar los pocos centímetros que lo separaban del suelo.

Su frustración por no haber sido capaz de obtener ningún indicio de lo sucedido en la habitación sólo era igualada por su horror al descubrir que la visitante clandestina era Fucsia.

Había percibido el peligro que ésta corría. Se lo decían sus huesos. Pero le hubiera sido imposible convencerla, de pronto, en mitad de la noche, de que las cosas eran así. No hubiera podido decirle de qué tipo de peligro se trataba, pues él mismo lo desconocía. Pero había actuado impulsivamente y, al susurrarle en la oscuridad, confiaba en haberla puesto en guardia, aunque sólo fuera a causa del miedo a lo sobrenatural.

Siguió a Fucsia sólo hasta asegurarse de que se dirigía sin contratiempos hacia sus aposentos. Tuvo que refrenarse para no llamarla o alcanzarla, porque estaba profundamente perplejo y asustado. El amor que sentía por ella era un fenómeno singular en su amarga existencia. A pesar del afecto que le profesaba a Titus, era el recuerdo de Fucsia, más que el del muchacho o el de cualquier otra alma viviente, lo que proporcionaba a la pétrea oscuridad de su pensamiento aquellos toques de calidez que, junto con su veneración hacia Gormenghast, esa abstracción de piedra desperdigada, parecían tan ajenos a su naturaleza.

Pero sabía que no debía abordarla aquella noche. El aire distraído con que se movía, unas veces corriendo y otras caminando, le proporcionaron suficiente evidencia del cansancio de la muchacha y, se temía, de su desdicha.

Ignoraba lo que Pirañavelo había dicho o hecho, pero Excorio supo que la había herido y, de no ser porque se sabía a punto de obtener algún tipo de prueba acusatoria, hubiese vuelto a la habitación de la que Fucsia había salido y, al reaparecer Pirañavelo en la puerta, le hubiera arrancado el rostro de caballo pío con las manos desnudas.

II

Mientras regresaba al malhadado corredor, un fuerte dolor le oprimía la frente y sus pensamientos se sucedían en una confusión de ira y especulación. No podía saber que, con cada paso que daba, no se acercaba a su habitación sino que se alejaba de ella en el tiempo y en el espacio, ni que las aventuras de la noche, lejos de terminar, estaban a punto de empezar en serio.

La noche estaba ya muy avanzada. Había regresado con paso lento y cansino, deteniéndose aquí y allá para apoyar la cabeza contra los fríos muros mientras la jaqueca le martilleaba detrás de los ojos y en el ceño anguloso. En una ocasión, estuvo una hora sentado en el peldaño más bajo de una escalinata desgastada por el tiempo. La luenga barba le caía sobre las rodillas, salvaba su brusca curva y caía de nuevo en una maraña de cabellos que terminaba a pocos centímetros del suelo.

¿Fucsia y Pirañavelo? ¿Qué podía significar eso? ¡Era blasfemo! ¡Era nefando! Rechinó los dientes en la oscuridad.

El castillo estaba silencioso como un monstruo aturdido: inerte, exánime, despatarrado. Era una noche que, con la consolidación de su negrura y su silencio, parecía probar la imposibilidad de otra aurora. No existía la aurora. Era una invención de la noche o de las comadres de la noche, una fábula inmemorial, narrada a lo largo de los siglos en la eterna oscuridad, repetida una y otra vez a los niños gnómicos en los túneles y las cavernas de Gormenghast, un cuento de otro mundo en el que esas cosas sucedían, en el que piedras, ladrillos, matas de hiedra y hierro podían verse además de tocarse y olerse, podían iluminarse y revelar colores, y en el que a ciertas horas un resplandor de color de miel brillaba en el este y la noche se desvanecía y eso que llamaban alba se levantaba sobre los bosques como si la fábula se hubiera materializado, como si la leyenda hubiera cobrado vida.

Pero aquélla era una noche como boca de lobo, aunque la boca estaba amordazada. Era una noche de ojos enormes, aunque éstos estaban tapados.

El único sonido que Excorio podía oír era el latido de su corazón.

III

Más tarde, a una hora imprecisa de la misma noche o negra mañana, mucho después de haber dejado atrás la puerta del pasadizo, el señor Excorio se detuvo involuntariamente cuando se disponía a cruzar un pequeño patio rodeado de soportales.

No había ninguna razón para que la única franja de lívido color amarillo del cielo lo sobresaltase. Por otra parte, debía de haber sabido que no faltaba mucho para el amanecer. Desde luego, no había sido su belleza lo que lo había detenido. Él no daba importancia a esas cosas.

En el centro del patio crecía un espino y sus ojos se volvieron hacia su oscura silueta, que se recortaba contra el amarillo del amanecer. Su familiaridad con la forma del viejo árbol le hizo mirar con más atención el áspero tronco bifurcado. Parecía más grueso que de costumbre, aunque sólo veía con claridad la parte del mismo que atravesaba el amanecer. Parecía que su contorno hubiera cambiado, como si ahora algo se apoyara contra él y contribuyera a aumentar su grosor. La parte superior estaba medio tapada por las ramas, pero se agachó y una porción mayor de la forma extraña se hizo visible. Ante la imagen más clara que la nueva posición le proporcionó sus músculos se tensaron, pues le pareció que, contra la lívida franja de cielo, que sumergía todo lo demás en una oscuridad aún más densa, el extraño perfil izquierdo del tronco se estrechaba hasta convertirse en algo semejante a un cuello. Se arrodilló sin hacer ruido y, bajando la cabeza y alzando la vista, obtuvo una imagen ininterrumpida del perfil de Pirañavelo. Su cuerpo y la parte posterior de su cabeza parecían pegados al árbol como si hubiesen brotado del suelo como una sola criatura.

Y eso era todo. Por encima y por debajo de él la oscuridad era completa. La franja horizontal de color azafrán y, a modo de tosco puente negro que unía la negrura superior con la inferior, la irregular silueta del tronco del espino con el perfil de un rostro entre las ramas.

¿Qué hacía allí Pirañavelo, solo e inmóvil en la oscuridad?

Excorio se puso de pie y se apoyó contra la columna más cercana. El rostro recortado de su enemigo quedó de inmediato tapado por las ramas, pero comprobó que lo que antes le había llamado la atención, la extraña silueta del tronco, era el ángulo formado por el codo del joven y la línea de su cadera y muslo.

Sin perder un instante en tratar de racionalizar su convicción instintiva de que se estaba tramando una nueva maldad, el señor Excorio se preparó para, si era necesario, prolongar la vigilia. No había nada de malo en recostarse en el tronco de un espino mientras las primeras luces rompían en una franja amarilla, aunque la figura reclinada fuese la de Pirañavelo. No había nada que hiciese pensar que no regresaría a su habitación a echar un sueñecito o entretenerse con alguna otra actividad igualmente inocente.

Pero Excorio sabía que estaba atrapado en uno de esos lapsos durante los cuales sería anormal que algo normal sucediese. El alba estaba demasiado tensa y cargada para que nada corriente sobreviviera.

Recostado contra el árbol, con la rigidez fría y flexible del acero de sus conspiraciones, Pirañavelo miraba la luz amarilla. Ahora sabía que cualquier paso que hubiera que dar en pro de su ascenso debía darse ya. Aunque hubiese preferido posponer sus designios, no podía negar la sensación de apremio que sentía, la sensación de que, a pesar de la lógica de su razonamiento, el tiempo no estaba de su parte.

Cierto es que todavía no había pruebas de su culpabilidad. Pero había algo casi peor, la indescriptible sensación de que, de algún modo, su poder empezaba a desmoronarse, de que pisaba terreno resbaladizo, de que, a pesar de la formidable posición que ocupaba, existía algo en Gormenghast que podía apagarlo de un soplido y sumirlo en las tinieblas. Por más que se dijera que no había incurrido en ningún error de importancia, que los escasos errores cometidos habían sido de poca monta, por exasperantes que le parecieran, no lograba zafarse de aquella sensación. Lo había asaltado en cuanto la puerta se cerró y Fucsia lo dejó solo en su habitación, y era nueva para él. Nunca había creído en nada que no pudiera ser probado de un modo u otro por las células de su ágil cerebro. Aparte de los inconvenientes que su negligencia

pudiera causarle por poco tiempo, ¿qué otro motivo tenía para devanarse los sesos en relación con el incidente ocurrido unas horas antes? ¿De qué podía acusarlo Fucsia o incluso qué podía alegar, más que él, el Maestro del Ritual, había sido grosero con ella?

Y sin embargo, nada de esto tenía relación con el origen de sus aprensiones. Pero no cabría duda de que el resentimiento de Fucsia, involuntariamente, había descubierto aquella oscura sima que ahora se abría a sus pies. ¿Qué era aquella sima, cuál era su profundidad y por qué era oscura?

Era la primera vez que, aunque ansiaba dormir, sabía que el sueño le estaba vedado. Pero su hábito de aprovechar cada momento estaba profundamente arraigado, sobre todo cuando el tiempo disponible era aquel en que el castillo dormía.

Y Excorio lo sabía. Sabía que no formaba parte de la naturaleza de Pirañavelo recostarse contra un árbol sólo para ver la salida del sol ni era propio de él cavilar. No era un romántico. Vivía demasiado al filo del momento para detenerse en la introspección. No, estaba allí apostado por alguna razón, esperando el momento oportuno… ¿Para qué?

El señor Excorio se arrodilló de nuevo y, con la barbilla casi tocando el suelo y los pequeños ojos vueltos hacia arriba, estudió por enésima vez la nítida silueta cuyo contorno se recortaba contra la franja amarilla. Y allí de rodillas, de pronto se le ocurrieron dos cosas casi simultáneamente. La primera, que era más que probable que Pirañavelo estuviera esperando a que hubiera suficiente luz para internarse en terreno desconocido. Y que deseaba hacerlo en secreto pero sin perderse, pues la oscuridad era todavía densa y la franja de luz que se extendía sobre el oriente en sombras como una pálida línea no alcanzaba a iluminar la tierra o el cielo sobre ella. Reservaba su brillo para sí, azafrán engarzado en ébano. Y ésta era la hipótesis de Excorio: que la silueta aguardaba a la primera difusión de la luz, que entonces el perfil del codo y la cadera se alteraría, que una sombra se separaría del espino y una figura ágil como un lince se internaría en la oscuridad. Pero no lo haría sola. Excorio la estaría siguiendo. Y cuando Excorio, todavía sobre sus huesudas rodillas, con la cabeza cerca del suelo y la barba desplegada, estaba pensando esto, se le ocurrió también que necesitaba un aliado; no por razones de compañía o seguridad, sino para tener un testigo. Sin importar lo que encontrara, sin importar lo que lo aguardase, inocente o sanguinario, sería su palabra contra la del joven pálido, sería la palabra de un exiliado contra la del Maestro del Ritual. Sólo por estar en el recinto del castillo estaba incurriendo en un grave delito. La condesa lo había desterrado y poco bien le haría acusar a un funcionario a menos que su acusación estuviese respaldada por pruebas.

En cuanto esto se le ocurrió, se puso de pie. Calculó que disponía, como mucho, de un cuarto de hora para despertar a… ¿a quién? No tenía elección. Sólo Titus y Fucsia sabían que había regresado al castillo y que vivía en secreto en los Salones Vacíos.

Naturalmente, quedaba descartado molestar a Fucsia o permitir que se acercara a Pirañavelo. En cuanto a Titus, ya casi había alcanzado su estatura definitiva, pero era de naturaleza nerviosa y sensible, hosco e impresionable según el momento. Aunque con la fuerza que correspondía a su edad, era más que probable que por otra parte sus energías se vieran mermadas, por los excesos de su imaginación más que por los de su cuerpo. Excorio no entendía al muchacho, pero confiaba en él y sabía que la aversión de Titus hacia Pirañavelo lo había distanciado mucho de Fucsia. No dudaba de que el muchacho se le uniría, pero por un momento sí dudó de su propio valor para hacer algo tan peligroso como arrastrar al heredero de Gormenghast a correr un riesgo previsible. No obstante, sabía que su deber era, por encima de todo, desenmascarar si era posible a su enemigo, pues de ello dependía la seguridad del joven conde y de cuanto él simbolizaba. Y lo que es más, juró por el acero de sus largos músculos y por los fuertes dientes de su huesuda cabeza que, sin importar el peligro que amenazara a su persona, no permitiría que el muchacho sufriera ningún daño.

Sin perder un instante, se volvió y franqueó de nuevo la puerta que se abría a los soportales y partió hacia lo que en momentos de más cordura no hubiera dudado en calificar de inconcebible misión. Porque ¿qué podía ser más inicuo que arriesgar la seguridad de su señoría? Pero en aquel momento sólo veía que, despertando a Titus y embarcándolo al alba en un juego tan tenebroso como el de seguir los pasos de un sospechoso, tal vez contribuía a acercar el día en que el corazón de Gormenghast, saneado y leal, latiría de nuevo libre de amenazas.

La franja amarilla del cielo se hacía más brillante por momentos. Corrió con la torpe velocidad de la araña depredadora, devorando los pasadizos con sus largas piernas, un metro y medio por cada paso, y salvando los tramos de escalera como si andara sobre zancos. Pero cuando llegó al dormitorio, adoptó la circunspección de movimientos de un ladrón.

Abrió la puerta despacio. A la derecha estaba el cubículo del bedel. En cuanto oyó el sonido rasposo de papel de lija detrás de la madera reconoció al anciano que había desempeñado el oficio de perro guardián

desde los viejos tiempos y supo que por ese lado estaba a salvo.

Pero ¿cómo reconocer al conde? No llevaba ninguna luz. Aparte de la respiración del bedel, en el dormitorio reinaba un silencio absoluto. No había tiempo más que para poner en práctica su primera idea. Había dos hileras de camas que se extendían hacia el sudoeste. Sin saber por qué, eligió la de la derecha sin vacilar. Tanteando la barandilla de los pies de la primera cama, se inclinó sobre ella.

—¡Señoría! ¡Señoría! —susurró.

No hubo respuesta. Pasó a la segunda cama y repitió la operación. Le pareció oír que una cabeza se volvía en una almohada, pero eso fue todo. Repitió el apresurado y ronco susurro a los pies de cada cama, pero sin resultado, y el tiempo corría. Sin embargo en la decimocuarta repitió el susurro una segunda vez, pues sintió más que oyó un desasosiego en las sombras que tenía debajo.

—¡Señoría! —susurró de nuevo—. ¡Lord Titus!

Algo se incorporó en la oscuridad y Excorio oyó la respiración entrecortada del muchacho.

—No temáis —susurró con vehemencia, y la mano que aferraba la baranda tembló—. No temáis. ¿Sois vos Titus, el conde?

La respuesta fue inmediata.

—¿Señor Excorio? ¿Qué hace usted aquí?

—¿Tenéis un abrigo y calcetines?

—Sí.

—Ponéoslos. Seguidme. Explicaré más tarde, señoría.

Titus no hizo ningún comentario, sino que se bajó de la cama y, tras coger a tientas su ropa y sus zapatos, los cargó entre los brazos como un fardo. Caminaron de puntillas hacia la puerta del dormitorio y, una vez franqueada ésta, el hombre barbudo cogió al muchacho por el codo y echaron a andar rápidamente en la oscuridad.

En la cabecera de una escalera, Titus se detuvo a ponerse la ropa con el corazón alborotado. Excorio esperó a su lado y, cuando estuvo listo, bajaron la escalera en silencio.

Mientras se dirigían al patio y mediante frases breves y quebradas, Excorio le proporcionó a Titus una explicación inconexa de por qué lo había despertado y lo había hecho salir en plena noche. Por mucho que Titus compartiera las sospechas de Excorio y su odio por Pirañavelo, empezaba a temer qué Excorio se hubiera vuelto loco. Reconocía que era muy extraño que Pirañavelo se pasara la noche recostado contra un espino, pero también era cierto que no había en ello nada criminal. Y, ya que estaban en ello, ¿qué hacía Excorio allí y por qué la andrajosa criatura de los bosques parecía tan ansiosa porque la acompañara? No podía negar que el asunto era excitante y muy halagador que lo hubiesen requerido, pero Titus tenía una idea vaga de lo que Excorio quería decir con eso de que necesitaba un testigo. ¿Un testigo de qué y para probar qué? Aunque Titus siempre había sospechado que Pirañavelo era intrínsecamente malvado, nunca se le había ocurrido pensar que hiciera otra cosa que cumplir con su deber en el castillo. Nunca lo había odiado por una razón comprensible. Sencillamente lo odiaba por existir.

Llegaron a los soportales y se tendieron en el frío suelo. Titus miró en la dirección que le señalaba el brazo extendido de Excorio y, tras un prolongado e infructuoso escrutinio del espino, descubrió de pronto el nítido perfil, anguloso como un cristal roto a excepción de la frente abombada. Supo entonces que el hombre macilento tendido a su lado no estaba más loco que él mismo y que, por primera vez en su vida, saboreaba la acidez de un miedo embriagador, de un temeroso júbilo.

También comprendió que dejar a Pirañavelo donde estaba y volverse a la cama sería volver la espalda deliberadamente a una atmósfera de frío y peligroso aliento.

Pegó los labios a la oreja de su compañero.

—Es el patio del doctor —susurró.

Excorio tardó unos momentos en contestar, porque el comentario no significaba nada para él.

—¿Y qué? —replicó con voz casi inaudible.

—Muy cerca… en nuestro lado —susurró Titus—, al otro del patio.

Esa vez hubo un silencio más prolongado. Excorio comprendió de inmediato las ventajas de contar con otro testigo y de paso con otro protector para el muchacho. Pero ¿qué pensaría el doctor de su reaparición después de tantos años? ¿Aprobaría aquel regreso clandestino, aun sabiendo que era por el bien del castillo? ¿Estaría dispuesto a negar, en el futuro, todo conocimiento de su regreso?

Titus susurró de nuevo.

—Está de nuestra parte.

Al señor Excorio le pareció que, a esas alturas, estaba ya tan implicado en el asunto que no valía la pena discutir cada problema que se presentaba, planificar cada movimiento. Si se hubiese comportado de un

modo racional, jamás habría abandonado los bosques y no estaría tumbado panza abajo vigilando a un hombre inocentemente apoyado en un árbol. Que el contorno de la figura contra el amanecer de color azafrán fuese nítido y cruel no probaba nada.

No. Debía obedecer su impulso y tener el valor de arriesgar el futuro. Aquel momento sólo admitía la acción.

Aunque más encendido en el este, el amanecer todavía se contenía. No había luz en el aire, sólo una franja de intenso color. Pero en cualquier momento se iniciaría la difusión del alba y el sol se elevaría sobre las quebradas torres.

No había tiempo que perder. Dentro de pocos minutos tal vez fuera ya imposible cruzar el patio sin llamar la atención de Pirañavelo o éste, considerando que tenía suficiente luz para el viaje que tenía previsto, podía escabullirse de pronto en la oscuridad y perderse irremediablemente entre un millar de caminos.

La casa del doctor estaba al otro lado del patio. Para llegar a ella sería necesario rodear el perímetro de éste, pues el espino estaba en el centro.

Siguiendo las instrucciones de Excorio, Titus se quitó los zapatos e, igual que el anciano hizo con sus botas, los anudó por los cordones y se los colgó al cuello. La idea original de Excorio era que fuesen juntos, pero en cuanto sigilosamente dieron los primeros pasos, la súbita desaparición de Pirañavelo le recordó que sólo desde donde habían estado tendidos podían controlar sus movimientos. Desde el lado de la casa del doctor sería imposible saber si seguía o no bajo el árbol.

Pasó todo un minuto antes de que Excorio supiera qué hacer y la solución sólo se le ocurrió porque su mano, metida hasta el fondo en el raído bolsillo, tropezó con un trozo de tiza. Porque un trozo de tiza sólo significaba para él una cosa. Significaba un rastro. Pero ¿quién lo dejaría? Sólo había una respuesta, y por dos razones.

En primer lugar, si uno de los dos tenía que quedarse donde estaba y mantener a Pirañavelo bajo observación y, en caso de que se alejara del espino, seguirlo e ir dejando marcas de tiza en el suelo o en las paredes, sería mejor que Excorio desempeñara esta nada sencilla función, debido a su experiencia como acechador en los bosques y al riesgo de ser descubierto. Y, en segundo lugar, al saber lo que estaba ocurriendo, el doctor estaría más dispuesto a acompañar en seguida al joven conde que al señor Excorio, el exiliado largo tiempo desaparecido, para cuya presencia sería necesario perder un cierto tiempo dando algunas explicaciones preliminares.

Así pues, Excorio le explicó a Titus lo que debía hacer. Debía despertar al doctor sin armar alboroto. Cómo había de llevarse a cabo esa misión, lo ignoraba. Lo confiaría a la ingenuidad del muchacho, que tendría que convencer al doctor de que no había tiempo que perder. No era momento de advertirle que toda la empresa se basaba en meras conjeturas, que, en realidad, no había motivo para sacar al doctor de su cama. Que en el aire no hubiera hoja que no hablara en susurros de traición ni piedra que no murmurase su advertencia no era la clase de argumento capaz de convencer a alguien arrancado de repente de su sueño. Además debía convencer al doctor de la urgencia del asunto. El doctor y Titus cruzarían entonces el patio para regresar adonde en ese momento se agazapaban, pues sólo desde esa posición podían ver si Pirañavelo seguía bajo el árbol, a no ser, como podía suceder, que el sol saliera de repente. Si no era así, y si Pirañavelo seguía bajo el árbol, encontrarían al señor Excorio donde Titus lo había dejado. Pero si Pirañavelo se había marchado, también el señor Excorio lo habría hecho y entonces les tocaba dirigirse rápidamente al espino y, si había suficiente luz, seguir el rastro de tiza que Excorio habría empezado a dejar. Si todavía estaba demasiado oscuro para ver las marcas, lo seguirían en cuanto hubiese suficiente luz. Debían moverse con la rapidez suficiente para alcanzar al señor Excorio, pero era esencial guardar un silencio absoluto, pues la distancia entre Excorio y Pirañavelo podía ser, a causa de la oscuridad, peligrosamente corta.

Tanteando el camino de columna en columna, Titus empezó a rodear el patio. Sus pies enfundados en los calcetines no hacían el menor ruido. Una vez, un botón de la manga de su abrigo golpeó un saliente de mampostería y sonó como el chasquido de una ramita; el muchacho se detuvo en seco y durante unos instantes escuchó ansiosamente el silencio, pero eso fue todo y poco después se encontraba al pie del muro de la casa del doctor.

Entre tanto, al otro lado del patio, Excorio seguía tendido bajo una columna, con la barbuda barbilla apoyada en sus nudosas manos.

Sus ojos no se apartaron ni un momento de la silueta de la cabeza que se recortaba contra el amanecer. La franja amarilla se había ensanchado y su color se había intensificado hasta el punto de que, más que un objeto pintado, era ahora una luminosidad fuera del alcance de los pigmentos.

Entonces Excorio advirtió el primer movimiento. La cabeza se alzó y, mientras el rostro miraba las ramas, la boca se abrió en un bostezo semejante al de un lagarto, las mandíbulas afiladas, silenciosas, implacables. Era como si hubiera dado por concluido el tiempo dedicado a pensar y, como reminiscencia de alguna pasada existencia de reptil, el bostezo se abriera como un reflejo. Y así era, pues allí recostado, en lugar de compadecerse y cavilar sobre sus errores, Pirañavelo había estado tabulando y reagrupando en su ordenado cerebro los distintos aspectos de su posición, de sus planes, de su relación, no sólo con Fucsia, sino con todo aquel con quien tenía tratos y, a partir de aquel laberinto de relaciones y proyectos, había elaborado una estrategia de trabajo, una obra maestra de la más despiadada sistematización. Pero, aunque condensado y cristalizado, y a pesar del ingenio que revelaba, el plan de acción era menos minuciosamente cuidadoso en los detalles de lo habitual. Por primera vez, estaba dispuesto a correr riesgos. Había llegado el momento de unir los mil y un hilos que durante tanto tiempo había estado tendiendo de un extremo a otro del castillo, y eso requería acción. Por el momento podía descansar. Ese amanecer sería suyo, y esa noche, deslumbraría a Fucsia, la encandilaría, la despertaría; y, si todo fallaba, la seduciría, de manera que, seriamente comprometida, la tendría a su merced. En su presente estado de ánimo, la muchacha era demasiado peligrosa.

Pero ¿y el día entre el amanecer y la noche? Volvió a bostezar. La parte cerebral del asunto estaba pensada y sus planes, completados. Y, sin embargo, quedaba un cabo suelto, no en la lógica de su cerebro, sino a pesar de ella; un cabo suelto que deseaba dejar atado. Sus ojos no habían sido testigos de lo que su intelecto había demostrado. Sus ojos necesitaban confirmación.

Se pasó la lengua por los finos y secos labios y volvió la vista al este. Su rostro brilló bajo la luz amarilla, resplandeció como un carbúnculo cuando, brotando de pronto de la oscuridad, el primer rayo directo del sol naciente iluminó su abultado ceño. Sus ojos de intenso color rojo miraron directamente al corazón del rayo horizontal. Maldijo al sol y se apartó del haz de luz.

CINCUENTA Y OCHO

Fue una suerte para Titus que, al despertarse, el médico reconociera de inmediato la figura del joven contra el cristal.

Titus había trepado por la densa enredadera que crecía bajo la ventana de guillotina del médico y levantado con dificultad la hoja inferior. No había otra manera de entrar, pues llamar o tocar el timbre habría significado perder a Pirañavelo.

El doctor Prunescualo alargó la mano para coger la vela que tenía junto a la cama, pero Titus se adelantó en la oscuridad.

—No, doctor Prune, no la encienda…, soy Titus… y necesitamos su ayuda… con urgencia… siento que sea tan temprano… ¿Puede venir? Excorio está conmigo…

—¿Excorio?

—Sí, ha vuelto del exilio… pero porque le preocupábamos Fucsia y yo, y las leyes… pero de prisa, doctor, ¿viene usted? Estamos siguiendo a Pirañavelo…, está ahí fuera.

En un instante el médico se había puesto su elegante batín encontrado y se había colocado sus anteojos, un par de calcetines y sus pantuflas.

—Me siento halagado —dijo con su voz vivaz y pomposa, aunque agradable—. Me siento más que halagado. Abre la marcha, muchacho, abre la marcha.

Bajaron la oscura escalera y, al llegar al vestíbulo, el médico se esfumó pero reapareció casi al momento con dos atizadores, uno un objeto largo y pesado en forma de mortífero garrote y el otro un objeto corto y pesado de hierro con una empuñadura perfecta.

El médico los escondió tras la espalda.

—¿Qué mano? —preguntó.

Titus eligió la izquierda y recibió el objeto de hierro. Aun con un arma tan tosca en la mano, la confianza del muchacho aumentó de inmediato. No es que su corazón latiera a menor velocidad ni que fuera menos consciente del peligro, pero la acusada sensación de vulnerabilidad desapareció.

El médico no hizo preguntas. Sabía que aquel extraño asunto se iría aclarando a medida que pasaran los minutos y, de todos modos, en ese momento Titus no estaba en condiciones de dar ninguna explicación. Jadeante, había empezado a contarle al doctor que Excorio dejaría un rastro de tiza, pero se interrumpió pues no había tiempo para explicar y actuar a la vez. Antes de abrir la puerta principal, el doctor Prunescualo descorrió la cortina de la ventana del vestíbulo. Aunque todavía estaba muy oscuro, el patio ya no era una masa informe y negra. Los edificios del lado opuesto comenzaban a perfilarse y una mancha de color ébano que parecía flotar en el aire gris plomizo indicaba el lugar donde crecía el espino.

Titus estaba junto al médico y miraba por el cristal.

—¿Puede verle, doctor?

—¿Dónde se supone que debe estar, muchacho?

—Bajo el espino.

—Es difícil decirlo… difícil decirlo…

—Sería más fácil desde el otro lado, doctor. Podemos rodear el patio bajo los soportales… Si se ha marchado, no tenemos tiempo que perder, ¿verdad?

—A juzgar por lo que dices, seguro que no, Titus, aunque, ¡en el nombre de la culpa, la lechuza sabrá qué estamos haciendo! Sea como sea, ¡en marcha!

Se puso de puntillas y, alzando los brazos, los estiró hacia delante. El atizador de bronce que sostenía entre sus dedos extendidos parecía una maza o un cetro simbólico. Llevaba el batín estrechamente ceñido a la delgada cintura y sus delicadas facciones mostraban una curiosa y formidable expresión de expectante determinación.

Abrió la puerta y enfilaron el sendero del jardín. El doctor en pantuflas y Titus en calcetines y con los zapatos colgados del cuello, avanzaron rápida y silenciosamente bajo los soportales que bordeaban el patio hasta que Titus agarró al médico del brazo y lo retuvo. Allí estaba el espino, un negro grabado contra el sol naciente, pero faltaba la silueta de Pirañavelo.

No le sorprendió, pues Excorio también había desaparecido. Sin pérdida de tiempo, cruzaron el patio a la carrera y, con las primeras luces del alba, vieron de inmediato en el suelo una débil marca de tiza. Titus se arrodilló. Estaba claro que se trataba de una tosca flecha que apuntaba hacia el norte, pero debajo había unas palabras garabateadas que no eran tan fáciles de descifrar, aunque, finalmente, Titus consiguió desentrañar la frase «cada veinte pasos».

—Me parece que pone «cada veinte pasos» —susurró Titus.

Juntos contaron los pasos mientras avanzaban cautelosamente hacia el norte, con los atizadores en mano, escrutando la oscuridad que se abría ante ellos en busca de una señal de Excorio o de peligro.

Más o menos al vigésimo paso encontraron otra flecha que les indicaba el camino y que confirmó la interpretación dada por Titus a la tosca caligrafía de Excorio. A partir de entonces, avanzaron con más seguridad. Parecía claro que primero encontrarían al señor Excorio y que, mientras no armaran ruido, no corrían ningún peligro desplazándose con rapidez de una flecha a la siguiente. Había ocasiones en que, por necesidad, las flechas estaban muy juntas, cuando los caminos se bifurcaban o había que tomar una nueva dirección. Otras veces, cuando los altos muros se levantaban a ambos lados o tenían por delante una milla de pasadizos sin puertas y no había una dirección alternativa que pudiese confundir a quienes le seguían, Excorio no se había molestado en dejar marcas durante largos trechos. Había ocasiones en las que la longitud de esas arterias de piedra era tal que, sin saberlo, más de una vez el médico y Titus habían entrado en un nuevo corredor antes de que Pirañavelo, en el otro extremo, lo hubiera abandonado. Sólo Excorio podía aventurar que, delante y detrás de él, sus amigos y su enemigo caminaban bajo el mismo techo interminable.

Aunque Titus se había dado mucha prisa en llamar al médico, había una considerable distancia entre ellos y el señor Excorio, pues en cuanto Titus se alejó de Excorio, Pirañavelo había bostezado y se había perdido como una exhalación en la noche.

La luz aumentó y Titus y el doctor pudieron acelerar el paso y ver en qué parte del castillo se encontraban. Las flechas de tiza se habían convertido en breves y bruscas marcas sobre el suelo. De pronto, al doblar una esquina, tropezaron con el segundo de los mensajes del hombre de la barba. Lo había garabateado al pie de una escalera de piedra. «Más rápido —decía—. Lleva prisa. Alcanzadme pero en silencio».

Para entonces, la luz era lo bastante intensa para que ambos comprendieran que no sabían dónde estaban. Ninguno de los dos reconocía las construcciones que se alzaban alrededor, los sinuosos pasadizos, los cortos tramos de escalera y las largas pendientes no transitadas; corrían por un mundo nuevo, un mundo cuyos detalles les eran extraños, nuevo para ellos aunque, incuestionablemente, hecho de la materia de sus recuerdos y reconocible de un modo general y casi abstracto. Nunca habían estado en aquel lugar, pero no les era ajeno: todo era Gormenghast.

Eso no significaba sin embargo que no hubiera peligro. Era evidente que se encontraban en una provincia abandonada. La temprana hora no explicaba aquel silencio. Reinaba una atmósfera de abandono, hueca y vacía de voces, que nada tenía que ver con el alba o con multitud de durmientes.

Si había camas, estarían rotas y vacías. Si había multitudes, serían las de la hormiga y el gorgojo.

Y entonces iniciaron una serie de viajes a través de la penumbra de los patios abiertos mientras el cielo en lo alto iba tornándose rojo. El doctor, absolutamente fuera de lugar en tan tenebroso escenario, avanzaba con sorprendente rapidez, con el atizador de bronce asido con ambas manos a la altura del pecho, la cabeza erguida y los faldones del batín ondeando al viento.

En contraste, Titus a su lado parecía un mendigo. El cabello le caía por la cara, llevaba la chaqueta encima del pijama, los pantalones, medio desabrochados y los zapatos, colgados alrededor del cuello. Los calcetines se le habían desgastado y, aunque el puño seguía rodeando sus tobillos, la planta había desaparecido y tenía los pies llenos de cortes y magulladuras. Pero el chico apenas lo notaba.

Habían aumentado la velocidad hasta el punto de correr cuando parecía seguro hacerlo. Pero, siempre que llegaban a una esquina, invariablemente se detenían y espiaban con cautela antes de continuar. Las marcas de tiza nunca les faltaron, aunque del hecho de que las gruesas flechas blancas se hubieran convertido en breves rayas colegían, no sólo que el avance de Excorio se había acelerado, sino también que la barra de tiza se le estaba acabando.

La visibilidad había dejado de ser un problema, pues avanzaban bajo la luz desnuda. Sin duda era ya

imposible que el señor Excorio se acercara demasiado a su presa. Y, sin embargo, a pesar de la prisa que se daban, todavía no lo habían alcanzado. El sudor relucía en la frente del doctor y tanto él como Titus estaban cada vez más cansados. Los desconocidos edificios iban quedando atrás, uno tras otro, patio tras patio, salón tras salón, pasadizo tras pasadizo, dando vueltas y revueltas en un laberinto de piedra iluminado por el alba.

El médico se detuvo mecánicamente una vez más en la esquina de un alto muro y asomó la cabeza para obtener una perspectiva de la siguiente extensión o arteria que tenían por delante. Pero, en lugar de doblar la esquina, su cuerpo retrocedió un poco y su brazo se echó hacia atrás.

Cuando su mano hubo encontrado a Titus y agarrado su codo, atrajo al muchacho a su lado. Juntos vieron la enjuta y barbuda figura. Se encontraba al otro extremo de un estrecho callejón cuyo suelo estaba cubierto por una capa de polvo y yeso de un palmo de espesor, en una postura casi idéntica a la de ellos, porque también él se había detenido en una esquina desde la cual espiaba y, como ellos, tenía los ojos fijos en algún objeto de vivido e inmediato interés, pues incluso a aquella considerable distancia, el médico pudo apreciar la tensión de su cuerpo de espantapájaros.

De haber llegado unos segundos más tarde no lo habrían encontrado pues, mientras lo miraban, dobló la base de la alta y afilada esquina y lo perdieron de vista. Titus y el médico salieron apresuradamente tras él y, cuando alcanzaron el ángulo de piedra que Excorio acababa de abandonar, asomaron la cabeza con cautela hasta obtener una buena vista de otro extenso corredor con el suelo cubierto de yeso caído de color ceniciento. Y allí, al final del mismo, una réplica de la imagen que habían visto un minuto antes, pues Excorio estaba junto a otra esquina de piedra. Era como si estuvieran reviviendo el incidente, porque, visualmente, no difería en ningún detalle. Esta vez sin embargo no esperaron a que el señor Excorio desapareciera. A una señal del médico, echaron a correr hacia él. Era evidente que Pirañavelo estaba todavía a la vista, porque el señor Excorio, absorto e inmóvil como un insecto palo, no hizo ningún movimiento hasta que Titus y el doctor estuvieron a poca distancia. Entonces, al oír el débil sonido del yeso quebrándose bajo los pies de Titus, volvió su rostro accidentado sobre el hombro y los vio.

Se tocó la frente con la mano y echó una mirada inquisitiva al médico, y luego se llevó un dedo a los labios mientras descubría sus dientes irregulares en una sonrisa. El médico inclinó el cuerpo, espléndidamente envuelto en su batín, en dirección a la macilenta figura. Entre tanto, Titus se desplazó hasta la esquina y, asomándose, vio, a una distancia de unos veinte metros, algo que le alborotó el corazón. Era el Maestro del Ritual, Pirañavelo, el hombre de la cara roja y blanca. Era su enemigo, a quien había desafiado hacía mucho tiempo en el aula, el pálido y ágil funcionario del reino, la persona que había frustrado su felicidad y había apartado de él a su hermana.

Allí estaba, sentado en el borde de una pileta baja de piedra parecida a un abrevadero empotrada en el muro, junto al corredor sembrado de yeso. Más allá se abría una arcada de la que colgaba un desgastado pedazo de arpillera que no dejaba ver lo que había del otro lado.

Mientras Titus miraba, la figura sentada encogió las rodillas, de manera que sus pies quedaron sobre el borde del abrevadero. Había vuelto los hombros y el rostro ligeramente hacia el lado opuesto y Titus no pudo distinguir qué se había sacado del bolsillo. Pirañavelo se había llevado las manos a la boca y, de pronto, cuando la estridente primera nota de una flauta de bambú resonó por el corredor, todo quedó claro. Durante un rato, imposible saber cuánto, los tres observadores escucharon a la solitaria figura, el hábil juego de sus dedos sobre los agujeros y sus estridentes y lastimeras improvisaciones. Sólo el médico pudo apreciar la habilidad y frialdad de su ejecución, su carácter brillante y vacío.

«¿Es que no hay nada que no sepa hacer? —musitó Prunescualo para sí—. Por todo lo versátil, me da escalofríos».

La música terminó y Pirañavelo estiró brazos y piernas y, guardándose la flauta en el bolsillo, se puso de pie. En ese momento, Titus ahogó una exclamación y los dos hombres lo arrancaron al instante de la esquina. Durante unos instantes no se atrevieron ni a respirar. Pero no se oyó ningún sonido de pasos acercándose a ellos desde el corredor contiguo. ¿Qué había visto Titus? Ni el médico ni Excorio se atrevieron a preguntarle pero, al poco, este último se asomó furtivamente por la esquina y vio lo que había sobresaltado al muchacho. El mono de Pirañavelo lo había desconcertado también a él. Durante un buen rato había sido incapaz de distinguir qué era lo que se sentaba sobre el hombro de su presa o saltaba a su lado y en otros momentos desaparecía de la vista. No había sumado su figura a la silueta que aguardaba bajo el espino y a Excorio sólo se le ocurrió que el animal debía de estar aferrado al costado de su amo y durante largos períodos se perdía bajo los pliegues de su capa.

Pero en ese momento saltaba junto a su amo o se erguía sobre dos patas, y los largos brazos delgados le caían hasta el suelo mientras sus manos arrugadas hurgaban entre los fragmentos de yeso.

Por tanto, el silencio era doblemente necesario. Lo que pudiera pasar inadvertido para Pirañavelo podía ser oído por su mono sin dificultad.

Pero el descubrimiento de lo que había sobresaltado a Titus fue de escasa importancia comparado con el hecho de que Excorio mirase a tiempo de ver al hombre y su mono pasando a través de la arpillera y bajo la arcada. Un momento más tarde y no habrían tenido manera de saber si había torcido a derecha o a izquierda. Tal como fueron las cosas, habría sido difícil de determinar de no ser por la reveladora oscilación de la desgastada arpillera.

¿Qué había del otro lado? No había motivo para suponer que se produciría otra repetición de aquella persecución de esquina en esquina. A excepción de lo fatigoso del viaje y la constante necesidad de silencio, hasta aquel momento no habían tropezado con dificultades o peligros, pero mientras miraban los colgajos de tela, que todavía oscilaban un poco en el aire estancado, supieron que la persecución entraba en una nueva fase.

Titus aferró el corto atizador de hierro como si quisiera exprimirle la vida. El médico sacudió la cabeza, dilató las narices y caminó en puntillas hasta el lugar por el que había desaparecido Pirañavelo. Excorio, que insistió en ir delante, ya había apartado apenas un centímetro un pliegue de la cortina y miraba hacia su izquierda. Lo que vio hizo que la sangre se le agolpara en la cabeza y que la mano le temblara con violencia.

Vio un corto pasadizo en el que desembocaba otro corredor más ancho envuelto en las sombras. Las paredes y también el suelo de este otro corredor estaban revestidas de ladrillo y eso era todo lo que tenía de especial, pero sin embargo la visión del mismo hizo que el sudor corriera por la frente y las palmas de las manos de Excorio. ¿Por qué razón, pues, al fin y al cabo sólo estaba viendo algo semejante a lo que había visto cien veces aquella misma mañana? Pero lo cierto era que *existía* una diferencia. Había visto aquellos ladrillos antes. Se encontraba en los límites de sus dominios. Sin darse cuenta, desplazándose a través de las ignotas regiones interiores del castillo, había llegado a las afueras de los Salones Vacíos, el mundo que había hecho suyo. Ahora ya no estaba perdido. Por un itinerario propio, Pirañavelo los había conducido a un territorio que el señor Excorio creía impenetrable.

¿Qué estaba haciendo allí, allí donde hacía mucho tiempo el señor Excorio había oído aquella risa lastimera que le había helado la sangre, allí donde noche tras noche y día tras día en vano había buscado el origen de los gemidos, allí donde, desde entonces, la quietud había descendido como un peso muerto, de manera que no se había atrevido a regresar, pues el silencio se había vuelto más terrible que la demoníaca risa?

Sólo él sabía estas cosas. Se pasó el dorso de la mano sobre los ojos.

Sin detenerse a hacer siquiera una señal a los dos que venían detrás, se acercó grotescamente a la bifurcación caminando en puntillas y volvió a ver al joven a su izquierda. De haber doblado a la derecha, Pirañavelo se habría adentrado en los distritos que el señor Excorio conocía tan bien. Sin embargo, al doblar a la izquierda, lo introduciría en el laberinto en el que tantas veces se había extraviado buscando la habitación embrujada.

El señor Excorio sabía muy bien que mantener a la vista a Pirañavelo no sería tarea fácil. Existía la doble dificultad de seguirlo a la suficiente distancia para no perderlo y, además, sin ser vistos ni oídos.

Nada resultaría más embarazoso para ellos que ser descubiertos, porque Pirañavelo no estaba incurriendo en ningún delito desplazándose velozmente por aquel lugar abandonado. Si alguien estaba cometiendo un acto infame, ésos eran ellos al seguirle los pasos al Maestro del Ritual.

Pero no fue necesario que Excorio advirtiera al médico y al muchacho de la necesidad aún mayor de guardar un silencio absoluto pues, en cuanto empezaron a deslizarse por el corredor de ladrillo, todos sintieron que el mundo se cerraba sobre ellos.

Iniciaron así la travesía de un dédalo tan enrevesado que hacía pensar que a los albañiles de aquellos muros sombríos se les había ordenado que construyeran un laberinto con el único propósito de torturar la mente y paralizar la memoria. No era de extrañar que Excorio no hubiera hecho otra cosa que dar palos de ciego por aquella tortuosa región. Y, sin embargo, a pesar de la confusión y de la necesidad de concentrarse en no perder de vista a Pirañavelo, sus instintos habían empezado a trabajar por su cuenta y le decían que, por caminos tortuosos y contradictorios, estaban regresando a las proximidades del frío corredor de ladrillo del que habían partido. Pirañavelo había aminorado la marcha. La cabeza se le hundía en el pecho, pero no con aire de abatimiento sino de abstracción. Sus pies se movieron aún más despacio, hasta que dio la sensación de callejear sin rumbo. Cuando tropezaba con cortos tramos de escalera, los bajaba con una especie de descoyuntado movimiento de las piernas, como si su cuerpo hubiera olvidado su propia existencia. Doblaba las esquinas moviéndose como en sueños, con el cuerpo relajado en ángulos tan

extraños que resultaban casi peligrosos.

Pero cuando al fin llegó ante una determinada puerta, se enderezó con un respingo, estiró los dedos y al instante volvió a vérselo alerta. Emitió un sonido entre dientes y el mono salió de entre los pliegues de su capa y se le sentó sobre el hombro. Durante un momento, cuando el mono volvió la cabeza y sus negros ojos miraron con atención desde su carita arrugada, el camino por el que habían llegado, el médico pensó que lo había visto. Pero no retiró atrás la cabeza ni hizo ningún movimiento y la criatura, con su rostro desnudo, su disfraz de lentejuelas y su gorrito adornado con una pluma que oscilaba de un lado a otro, finalmente se rascó y se dio la vuelta. Sólo entonces el médico y sus compañeros retrocedieron hasta internarse más en las sombras.

Mientras, Pirañavelo escogió una llave del manojo que llevaba en el bolsillo y, tras una breve pausa, la hizo girar con dificultad en la cerradura, pero no llegó a tocar el pomo de la puerta. Dio la espalda a ésta y estudió el corredor por el que había venido golpeándose ligeramente los dientes con la uña del pulgar.

Era evidente que, por alguna razón que sólo él conocía, recelaba de entrar. El mono cambió de posición sobre su hombro y, al hacerlo, su larga cola rozó el rostro de Pirañavelo. Por lo visto eso bastó para irritar a su amo, porque la bestezuela acabó en el suelo, donde se acurrucó gimoteando.

Cuando Pirañavelo apartó la vista de su lastimada mascota, su atención se fijó en los montones de basura, piedras y maderas rotas que cubrían el suelo del pasadizo lateral a poca distancia de allí. Mientras los miraba, la ira fue abandonando su rostro, sus rasgos se serenaron y las comisuras de su boca se elevaron hasta formar una línea fija.

Por un instante, los tres observadores temieron haber perdido a Pirañavelo, porque de pronto éste desapareció de su campo de visión. Afortunadamente para ellos, el mono se quedó donde estaba, ante la puerta, acariciándose el brazo lastimado. De haber seguido a Pirañavelo, se lo hubieran encontrado de frente, porque en menos de un minuto éste regresó trayendo una larga pértiga rota.

Y entonces comenzó una actividad que desconcertó por completo a los ocultos espectadores. Con sumo cuidado, Pirañavelo hizo girar el pomo y soltó el pestillo. La puerta estaba libre pero apenas la abrió unos milímetros. Se apartó entonces de ella y, blandiendo la pértiga rota como si fuera un ariete, empujó suavemente el negro panel de madera de la misteriosa puerta, que giró sobre sus goznes sin dificultad abriendo una rendija que permitió a Pirañavelo ver una parte del interior de la habitación. Sin mover la pértiga, los ojos del joven la recorrieron en toda su longitud y luego espiaron por la estrecha abertura. Era evidente que lo que veía le interesaba sobremanera. Se puso de puntillas, inclinó la cabeza a un lado y luego retiró la pértiga y la dejó a sus pies. Sólo en ese momento, al verlo sacarse un pañuelo del bolsillo y atárselo alrededor de la cara de manera que sólo se le veían los ojos, el médico, Excorio y Titus advirtieron un olor pútrido y nauseabundo. Pero la extraña representación que se desarrollaba ante sus ojos atraía de tal modo su atención que al principio apenas lo notaron. De nuevo Pirañavelo empuñó la pértiga y, empujando la puerta con la mayor cautela, fue viendo cada vez más del interior de la habitación que, a todas luces, estaba deseando inspeccionar. Cuando la hoja estuvo lo suficientemente abierta como para permitir la entrada de una persona, se detuvo.

En ese momento, el mono, cuyo gorrito emplumado había caído entre el polvo, empezó a acercarse inquisitivamente a su amo. Era evidente que el brazo le dolía. A pesar de su impaciencia por explorar la habitación, una o dos veces volvió la vista con aprensión hacia Pirañavelo, mostrando los dientes en una mueca nerviosa. Pero su naturaleza inquieta se impuso y, brincando sobre las patas traseras, se colgó del pomo de la puerta con sus manitas. Pirañavelo empujó entonces de nuevo con la larga pértiga, esta vez con más fuerza, y mientras la puerta oscilaba hasta quedar medio abierta, el mono, oscilando con ella, se soltó del pomo y cayó sobre la gran alfombra putrefacta que había dentro. Pero no cayó solo porque, en cuanto sus cuatro patas tocaron el suelo, un hacha cayó desde encima de la puerta con un desagradable golpe sordo y cercenó la larga cola del mono al clavar su mortífero filo en el suelo. El agudo alarido de la pequeña criatura, consternadoramente humano, resonó en el hueco distrito, repitiéndose una y otra vez mientras, fuera de sí por el dolor, la sorpresa y la rabia, el animal corría como un loco por la habitación, saltando de silla en silla, del banco de la ventana a la repisa de la chimenea, de armario en armario, derribando jarrones, lámparas y adminículos de todo tipo a diestra y siniestra en sus frenéticos circuitos.

Pirañavelo entró de inmediato en la habitación, ahora salpicada con la sangre del mono. Ya no había cautela en su actitud. A la sufriente criatura no le dedicó ni una mirada pero, de haberlo hecho, habría advertido que, al verlo, el mono había interrumpido sus carreras y se había acuclillado, tembloroso, en el respaldo de una silla. Tenía los ojos fijos en Pirañavelo y en ellos había un odio húmedo y letal, como si toda la maldad y la hiel de los viles trópicos flotara bajo aquellos pequeños párpados grises. Culpaba de su dolor y humillación al hombre que lo había echado de su hombro, y mientras observaba a su dueño,

enseñaba los dientes y se frotaba las manos. La sangre manaba abundantemente del muñón de su cola. Por supuesto, Titus, el médico y el señor Excorio desconocían lo que le había sucedido al mono, lo que había provocado su estremecedor alarido, pero la urgencia de aquel grito humano los sacó de sus escondrijos y los llevó ante la puerta. Al instante vieron que Pirañavelo había abandonado aquella primera habitación y presumiblemente había bajado los tres o cuatro peldaños que conducían a un segundo aposento. En cuanto el mono los vio, corrió hacia ellos. Cuando estuvo junto a Titus se irguió sobre las patas traseras y empezó a hacer una serie de muecas que, en otras circunstancias, habrían sido divertidas pero que, en ese momento, rompían el corazón. Sin embargo, no tenían tiempo para aquello, había demasiado en juego. Tenían los nervios a flor de piel. Estaban casi exhaustos y, sobre todo, continuaban en la odiosa situación de estar siguiendo a un hombre sin ninguna autorización ni excusa razonable. No obstante, la última media hora había intensificado en gran medida sus sospechas. En el fondo de sus corazones, sabían que habían hecho bien, y ahora estaban preparados para cualquier cosa que pudiera presentarse.

Tan sombríos eran sus temores, tan fantásticas sus especulaciones, que, cuando se acercaron cautelosamente a la segunda puerta y echaron un vistazo al aposento inferior, y vieron allí, en el centro de la gran alfombra que ocupaba toda la habitación, los dos cadáveres tendidos uno junto al otro, ataviados con sus casi descompuestos trajes de púrpura imperial, el pulso no se les alteró. Los excesos vividos en las últimas horas habían agotado sus emociones, pero sus cerebros discurrían velozmente.

El doctor, que se tapaba la cara con su pañuelo de seda, sabía desde hacía un rato que la muerte flotaba en el aire. Fue también el primero en saber que estaban viendo los restos de Cora y Clarisa Groan. Titus no sospechaba que estaba contemplando a sus tías. Simplemente miraba los esqueletos. Nunca antes había visto esqueletos.

El señor Excorio tardó unos momentos en recordar el invariable púrpura de las gemelas. De inmediato quedó claro para todos que allí había habido juego sucio.

Se lo indicaba la remota ubicación de esas estancias, la doble muerte, las paredes sin ventanas, el hecho de que Pirañavelo poseyera una llave y su familiaridad con los corredores de acceso, pero, sobre todo, su conducta presente. Pues mientras lo miraban, el joven, seguro de estar solo, empezó a comportarse de un modo que quienes le observaban sólo pudieron interpretar como una forma de locura o, si no de locura, de algo tan extravagante como para rozar sus arbitrarias fronteras.

En cuanto entró en la terrible habitación, el propio Pirañavelo se dio cuenta de que se estaba comportando de manera extraña. Podría haberse detenido en cualquier momento, pero ello hubiese significado cerrar una válvula, reprimir lo que pedía a gritos ser liberado, y él distaba mucho de ser inhibido. Su control, raramente perdido, nunca le había impedido expresarse. En la medida en que aquella nueva expresión necesitaba desahogarse, se entregaría a aquello que le dictara su instinto. Se observaba, pero sólo para no perderse nada. Él era el vehículo a través del cual actuaban los dioses, los oscuros dioses primordiales del poder y la sangre.

Allí, a sus pies, reposaban los despojos de las gemelas en descomposición: el púrpura de las ropas les cubría las costillas en putrefactos pliegues, sus calaveras sobresalían de manera terrible, las cuencas estaban fijas en el techo. En no menor grado que sus rostros ahora desvanecidos, aquellas calaveras eran idénticas, excepción hecha de una de las cuencas vacías en la que una araña había tejido con meticuloso arte una delicada tela en cuyo centro se debatía una mosca, de manera que, en cierto modo, Cora o Clarisa había recuperado una cierta animación.

Si bien no comprendía lo que estaba sucediendo, cuando el homicida de rostro de caballo pío comenzó a pavonearse como un gallo alrededor de los cadáveres de las mujeres a las que había recluido, humillado y matado de hambre, el doctor se hizo una idea de lo que en ese momento pasaba por el cerebro de Pirañavelo. Se dio cuenta de que éste no estaba en modo alguno loco en ninguno de los sentidos comúnmente aceptados del término pues, de cuando en cuando, repetía una serie de pasos como si quisiera perfeccionarlos. Era como si se identificara con algún guerrero o demonio arquetípico, un demonio que, aunque carecía de sentido del humor, poseía un macabro regocijo, una suerte de mortífera frivolidad que apuntaba al corazón mismo de la naturaleza humana, que lo hería, lo aguijoneaba, jugaba con él hurgando aquí y allá como si estuviese armado con una brizna de hierba.

Cuando, cada uno a su modo, Excorio y el doctor se dieron cuenta de lo que sucedía en la habitación, fueron conscientes de que Titus no debería estar allí. Ya no era un niño, pero aquél no era espectáculo para un muchacho. No obstante, no podían hacer nada al respecto. Separarse sería de una imprudencia suprema. De todos modos, jamás podría encontrar solo el camino de regreso. Afortunadamente, aún no habían hecho ningún movimiento para interrumpir al criminal, pero aquel silencio ominoso en el que sólo se oían los pasos de Pirañavelo no duraría para siempre.

El doctor estaba consternado pero, a la vez, como hombre inteligente y curioso que era, fascinado por lo que veía. No así Excorio. Aunque él mismo un excéntrico, despreciaba y aborrecía cualquier forma de excentricidad en los demás y lo que en ese momento presenciaba tuvo el efecto de cegarlo con una suerte de furia burguesa. Sólo una cosa le alegraba, que el advenedizo se había desenmascarado y que, de ahora en adelante, la batalla quedaba formalmente declarada.

Sus ojillos estaban fijos en el enemigo, su cuello, estirado como el de una tortuga, y la luenga barba cayéndole inmóvil sobre el pecho. El cuchillo de monte temblaba en su mano.

No era la única arma que temblaba. El corto y pesado atizador que Titus aferraba distaba de mantenerse firme. El joven conde estaba francamente aterrorizado por lo que veía. Una porción de suelo había cedido bajo sus pies y él había caído en un mundo subterráneo del que nada sabía, un lugar donde un hombre podía pasearse como un gallo sobre las costillas y calaveras de sus víctimas. Un lugar en el que la corrupción de sus cuerpos viciaba el aire. El doctor se había agarrado el brazo para controlarse.

De pronto, la tensión se intensificó. Pirañavelo se había detenido un momento para anudarse el cordón del zapato. Una vez hecho esto, se irguió de nuevo y se puso de puntillas con la cabeza echada hacia atrás. Luego bajó los talones y flexionó las rodillas y, dirigiendo las puntas de los pies hacia fuera, levantó los brazos con los codos en ángulo recto y los puños apretados a la altura de los hombros; después empezó a caminar así con pasos lentos y pesados. Sus pisadas sonaban fuertes y cercanas.

Había adoptado la postura de algún bailarín primitivo, pero pronto se cansó de aquella extraña exhibición, de aquella regresión a algún rito salvaje de la infancia del mundo. Se había entregado a él durante aquellos instantes del mismo modo que un artista puede convertirse en el ignorante agente de algo mucho más grande y profundo que lo que su mente consciente puede comprender. Sin embargo, mientras se pavoneaba de esta guisa, con las rodillas dobladas, los pies vueltos hacia fuera, el cuerpo y la cabeza erguidos, los brazos en jarras y los puños cerrados, había disfrutado de la novedad de lo que hacía. Lo había divertido aquella peculiar necesidad de su cuerpo; que quisiera zapatear, pavonearse, ponerse de puntillas, clavar los talones, y todo porque era un asesino. Todo esto lo desconcertaba y excitaba su intelecto, así que, cuando al fin paró de zapatear y se dejó caer en un sillón polvoriento, los músculos de su garganta efectuaron las contracciones que dan lugar a la risa, aunque ningún sonido salió de ella.

Cerró los ojos y, en la oscuridad, le pareció presentir un peligro; volvió a abrirlos con sobresalto, se irguió en el sillón y miró alrededor. Esa vez, cuando su mirada se posó de nuevo en los esqueletos, sintió repugnancia, no por lo que él había hecho para llevar a las gemelas a ese estado, sino porque sus cuerpos hubieran contaminado aquella habitación, porque le mostraran sus feas calaveras y sus huecas osamentas.

Se levantó, indignado, aunque en el fondo sabía que no estaba enfadado con ellas. Estaba furioso consigo mismo. Porque lo que le había parecido divertido unos momentos antes, era ahora fuente casi de miedo para él. Al mirar atrás y verse pavoneándose como un gallo alrededor de sus cadáveres, se dio cuenta de que había estado muy cerca de la locura. Era la primera vez que tal pensamiento se le pasaba por la cabeza y, para rechazarlo, cantó en efecto como un gallo. No le asustaba pavonearse, sabía perfectamente lo que hacía y, para demostrarlo, cacarearía cuanto le placiera. No porque le apeteciera hacerlo, sino para demostrar que podía parar cuando quisiera y empezar cuando le viniera en gana, y a la vez tener pleno control de sí mismo, porque él no tenía nada de loco.

De lo que no se había dado cuenta aún era de que la muerte de Bergantín y la pesadilla del fuego y las fétidas aguas del foso y la prolongada fiebre que siguió, lo habían cambiado. Todo lo que en ese momento pensaba de sí mismo se basaba en la presunción de que era el mismo Pirañavelo de unos años antes. Pero ya no era aquel joven. El fuego había consumido una parte de él. Algo de sí mismo se había ahogado para siempre en las aguas del foso. Su osadía ya no ardía esplendorosamente sino que se había contraído en un puño de azufre.

Se había vuelto más ruin, más irritable, más impaciente por hacerse con el poder total que sólo sería suyo tras la eliminación de todos sus rivales; y, si alguna vez había tenido algún escrúpulo, sentido algún amor, siquiera por un mono, un libro o la empuñadura de una espada, hasta eso había sido ahora cauterizado y ahogado.

Al entrar en el segundo aposento, había dejado la pértiga rota apoyada en la pared de la izquierda. En ese momento sintió que gravitaba hacia ella. Ya no zapateaba ni se pavoneaba; volvía a ser él o, quizá, había dejado de serlo. De cualquier modo, los tres observadores reconocieron de nuevo su peculiar manera de andar, con los hombros encorvados y el paso felino. Cuando Pirañavelo alcanzó la pértiga, la recorrió con la mano. El pañuelo todavía le tapaba la cara. Sus intensos ojos rojos parecían diminutos agujeros circulares.

Mientras su mano pasaba sobre la superficie de la pértiga casi como un pianista acaricia el teclado, sus

dedos tropezaron con una fisura en la madera y, mientras jugueteaban con ella, se dio cuenta de lo fácil que sería arrancar del palo una astilla larga y fina. Con aire distraído, casi sin saber lo que hacía, pues una veintena de impresiones inquietantes habían reemplazado su seguridad, arrancó la astilla, para lo cual, en el momento final, tuvo que recurrir a toda la fuerza de su brazo para separarla, arqueada y tensa, de la pértiga. Ni siquiera la miró y estaba ya a punto de tirarla cuando, tras dirigir de nuevo la vista a los esqueletos, se acercó a ellos y, pasando la larga y flexible astilla por sus costillares, igual que un niño pasaría un palo por una verja, oyó las notas óseas de un instrumento.

Se entretuvo un rato de este modo, creando una serie de ritmos irregulares y sincopados a tono con su estado de ánimo.

Pero el lugar empezaba a cansarle. Había regresado para comprobar con sus propios ojos que las gemelas estaban de verdad muertas y se había quedado ya más de lo previsto. Tiró la astilla y, arrodillándose, desabrochó los collares de perlas que colgaban de las vértebras. Poniéndose en pie, se guardó las perlas en el bolsillo y luego se dirigió de inmediato a los tres escalones que llevaban a la habitación superior. En ese preciso momento, el señor Excorio salió de su escondite.

El efecto de esto en Pirañavelo fue electrizante. Retrocedió con un salto de bailarín, con la capa revoloteándole alrededor y una mortífera mueca de sorpresa en los labios.

Se habían acabado los simbolismos. El pavoneo y el zapateo no eran nada comparados con la feroz realidad de aquel salto que lo había lanzado hacia atrás por los aires, como impulsado por un trampolín.

Aún en el punto más alto de su ascensión, Pirañavelo buscó su cuchillo con la rapidez de un reflejo. Antes de tocar el suelo, sabía que lo habían desenmascarado, que, en adelante, a menos que acabara al instante con la barbuda figura, habría de darse a la fuga. En un segundo vio extenderse ante sí la vida de un fugitivo.

Sólo al aterrizar supo a quién estaba mirando. Hacía muchos años que no veía a Excorio y lo suponía muerto. La barba le daba un aire distinto, pero aun así lo reconoció, y saber esto no contribuyó a dar estabilidad a su mano. De todos los hombres, Excorio menos que nadie tendría compasión con un rebelde.

Encontró su cuchillo, lo sopesó en la palma de la mano y echaba ya el brazo derecho hacia atrás cuando vio a Titus y al doctor.

El muchacho estaba blanco. El atizador le temblaba en la mano pero él apretaba los dientes. Una náusea terrible lo dominaba. Se sentía dentro de una pesadilla. Los últimos sesenta minutos habían añadido a su edad algo más que una hora.

El doctor también había palidecido. En su cara no quedaba ni rastro de su habitual jocosidad. Era un rostro tallado en mármol, de proporciones extrañas pero refinado y decidido.

La imagen de aquellos tres bloqueando la escalera detuvo el brazo de Pirañavelo cuando estaba ya a punto de lanzar el cuchillo.

Y entonces, en un tono peculiarmente sereno y claro, un tono que no dejaba traslucir el martilleo de su corazón, el doctor dijo:

—Deja el cuchillo en el suelo. Acércate con los brazos en alto. Quedas arrestado.

Pero Pirañavelo apenas lo oía. Su futuro se había truncado. Sus años de promoción e intrincados planes habían quedado borrados. Una nube roja le llenó la cabeza. Su cuerpo se estremeció con una especie de ansia, el ansia de un mal desbocado, el orgullo de saberse enfrentado abiertamente contra los grandes batallones. Solo, sin amor, vital, diabólico; una criatura para quien el compromiso ya no era necesario y la intriga era letra muerta. Si bien ya no le sería posible ceñir, algún día, la legítima corona de Gormenghast, le quedaba todavía el reino oscuro y terrible, el laberinto subterráneo, las guaridas y escondrijos donde, monarca tan incontestable de las tinieblas como el mismo *Satán*, ceñiría una corona no menos imperial. Tenso como un acróbata y atento al menor movimiento de las tres figuras que tenía delante, oyó de nuevo la voz del doctor, que parecía llegarle desde muy lejos pese a la agudeza de sus sentidos.

—Te doy una última oportunidad —dijo su antiguo patrón—. ¡Si antes de cinco segundos no has dejado caer el cuchillo, avanzaremos hacia ti!

Pero no fue el cuchillo lo que cayó, sino Excorio. El fiel senescal, con un grito estremecedor, cayó hacia atrás en los brazos de Titus y del doctor y, en ese momento, mientras la hoja del puñal de Pirañavelo temblaba en su corazón y las cuatro manos de sus amigos sujetaban el peso del cuerpo larguirucho y escuálido, el joven, siguiendo el mismo camino recorrido por su cuchillo, como si estuviera atado a éste, pasó como una centella sobre el grupo y se plantó en la habitación superior antes de que pudieran recuperarse.

Con el temor de una muerte merecida acuciándolo y la astucia redoblada que desarrolla el hombre perseguido, Pirañavelo no perdió un segundo en salir de la habitación. Pero no fue el único que franqueó la

puerta pues, al cerrarla de un portazo y echar la llave, algo le mordió salvajemente en la nuca. Con un grito, giró sobre sus talones y se aferró al aire.

El pánico se adueñó de él y corrió como no lo había hecho en su vida, doblando a derecha e izquierda como una criatura salvaje mientras se adentraba en el corazón de su imperio.

Ante la puerta del que fuera aposento de las gemelas, el mono, aupado en una viga, parloteaba y se retorcía las manos.

CINCUENTA Y NUEVE

Pocos días después del asesinato del señor Excorio y de que el doctor y Titus derribasen la puerta y escaparan de aquellos pavorosos aposentos, los restos de las mellizas fueron amontonados en un solo ataúd y sepultados, por orden de la condesa, con toda la pompa y ceremonia que correspondía a las hermanas de un conde.

Ese mismo día, el señor Excorio fue sepultado en el Cementerio de los Servidores Escogidos, una pequeña parcela de terreno cubierto de ortigas. Al atardecer, la larga sombra de la Torre de los Pedernales caía sobre este sencillo osario en el que unos montones cónicos de piedras señalaban el lugar donde no más de una docena de sirvientes de excepcional lealtad reposaban en silencio bajo las altas malezas.

De haber podido ver su funeral, Excorio hubiese apreciado el honor de unirse a tan reducida y leal compañía de difuntos. Y de haber sabido que la condesa en persona, con ropajes de un negro tan intenso como el plumaje de sus cuervos, estaría al pie de la tumba, sin duda sus heridas habrían sanado.

El Poeta asumió las funciones de Maestro del Ritual, tarea nada fácil. Noche tras noche, su alargada cabeza en forma de cuña se inclinaba sobre los manuscritos.

Cuando Prunescualo comunicó a la condesa el hallazgo de las mellizas, las circunstancias de la muerte de Excorio y la huida de Pirañavelo, ésta se levantó de la recta silla en la que estaba sentada y, sin alterar lo más mínimo la expresión de su descomunal semblante, levantó la silla del suelo y le fue rompiendo las patas curvas una a una, metódicamente, luego, como distraída, las arrojó una tras otra a través de los cristales de la ventana más próxima.

Después de esto, se acercó a la ventana rota y se asomó por el irregular agujero. Una neblina blanca llenaba el aire y las cimas de los torreones parecían flotar.

Desde donde estaba, el doctor vio, por primera vez, el esbozo de un posible cuadro, y no es que lo pretendiera. Los cuadros que había conseguido pintar eran delicados y amables. Pero aquél en cambio era muy distinto. Veía, en el contraste de los bordes afilados y angulosos del cristal roto y la suave curva de los hombros de la condesa recortada en primer plano contra la abertura mellada, una imagen dinámica y extraordinaria. Y también en el intenso color cobrizo de su cabello, que destacaba sobre el gris perla de las cimas de los torreones que flotaban a lo lejos, y en la negrura de su traje y el mármol de su cuello y el brillo del cristal y el pálido amarillo del cielo y los torreones tan irregularmente circunscritos. La condesa era un monumento contra la ventana rota y, más allá de ésta, se extendía su reino, trémulo e impalpable en medio de la bruma blanca.

Pero el doctor Prunescualo sólo tuvo unos instantes para lamentarse de no haber aprendido nunca a pintar, pues de repente el monumento se dio la vuelta.

—Siéntese —dijo la condesa.

Prunescualo miró alrededor. El desorden del aposento le hacía difícil ver algo que pudiera servirle de asiento, aunque finalmente encontró un hueco en el rincón del antepecho de una ventana salpicado de alpiste.

La condesa se acercó y su mole se cernió sobre él. Mientras hablaba, no bajó la vista, sino que estuvo mirando por una pequeña ventana que quedaba sobre la cabeza del doctor. Al darse cuenta de que no volvía nunca los ojos hacia él y de que mirarla mientras hablaba o escuchaba no era ni advertido ni necesario y, lo que es más, que le producía dolor de cogote, el doctor optó por fijar la vista en los festones del traje que tenía delante, a pocas pulgadas de su nariz, o sencillamente por cerrar los ojos mientras conversaban.

Pronto fue evidente para el doctor que conversaba con alguien cuyos pensamientos se concentraban en la captura de Pirañavelo no sólo hasta el punto de excluir todo lo demás, sino con amenazador poderío y una simplicidad implacable.

Su voz grave era más pausada que nunca.

—Se suspenderá toda actividad cotidiana. Todo hombre, mujer y niño recibirá instrucciones para la búsqueda. Toda fuente o pozo conocido, toda cisterna, embalse o depósito tendrá centinela. Sin duda, la bestia tendrá que beber.

El doctor sugirió una reunión de funcionarios, la elaboración de un plan de campaña y de un horario de turnos para los centinelas y grupos de búsqueda, y la formación de bandas temibles reclutadas entre la sangre joven de los estratos inferiores de la vida del castillo, donde no faltaba el mal humor y donde el precio que se pondría a la cabeza de Pirañavelo alentaría su intrepidez.

Coincidieron en que no había tiempo que perder pues, con cada hora que pasaba, el fugitivo podía estar replegándose a algún distrito abandonado o urdiendo alguna emboscada o construyendo un refugio incluso en el mismo corazón de la actividad del castillo. No había en la tierra lugar más terrible o apropiado para jugar al escondite que aquella tenebrosa madriguera.

Había que designar jefes y repartir armas. El castillo tenía que ponerse en pie de guerra. Se impondría el toque de queda y, dondequiera que se ocultara, desde las criptas a las aguileras, el sonido de los pasos y el resplandor de las antorchas no debían conceder un momento de respiro al asesino. Tarde o temprano cometería el primer error. Tarde o temprano el rabillo de algún ojo vería la punta de su sombra. Tarde o temprano, si no se cejaba en la búsqueda, lo encontrarían en algún pozo, bebiendo como un animal, o huyendo con su botín de algún almacén.

Por primera vez, la condesa estaba utilizando su poderoso cerebro. El doctor nunca la había visto así. Si en ese momento hubiesen entrado sus gatos en la habitación o un pájaro se hubiera posado revoloteando en su hombro, es dudoso que reparara en su presencia. Sus pensamientos estaban tan concentrados en la captura de Pirañavelo, que no había movido un músculo desde que ella y el doctor comenzaran a hablar. Sólo sus labios se movían. Había hablado despacio y con serenidad, pero su voz sonaba opaca.

—Seré más lista que él —dijo la condesa—. Las ceremonias proseguirán.

—¿El Día de las Tallas Brillantes? —inquirió el médico—. ¿Se celebrará como es habitual?

—Como es habitual.

—¿Y se permitirá entrar a los Moradores de Extramuros?

—Naturalmente —dijo ella—. ¿Qué podría impedírselo?

¿Qué podría impedírselo? Era Gormenghast quien hablaba. Un demonio podía rondar por el castillo con las manos ensangrentadas, pero las ceremonias tradicionales lo dominaban todo, colosales, inmemoriales, sacrosantas. Dos semanas más tarde se celebraría su día, el de los Moradores del Barro, y las tallas policromas serían expuestas en la blanca repisa de piedra que el muro del largo patio formaba en su base. Y por la noche, cuando rugieran las hogueras y todas las estatuas, a excepción de las tres elegidas, quedaran reducidas a cenizas en las llamas, Titus, de pie en el balcón, con los Moradores de Extramuros abajo, en la oscuridad iluminada por el fuego, mostraría las obras maestras una por una. Y cuando levantara cada talla por encima de su cabeza, sonaría un gong. Y cuando los ecos de la tercera reverberación se acallaran, ordenaría que fuesen llevadas a la Galería de las Tallas Brillantes, donde Rottcodd dormía y el polvo se acumulaba y las moscas se paseaban por las altas ventanas de tablillas.

Prunescualo se puso en pie.

—Tenéis razón —dijo—. No debe haber ninguna alteración, señoría, a excepción de la eterna vigilancia y una persecución infatigable.

—Nunca hay alteraciones —replicó la mujer—. Nunca hay alteraciones. —Volvió la cabeza por primera vez y miró al médico—. Lo atraparemos —dijo.

Su voz, suave y densa como el terciopelo, contrastaba de un modo tan ominoso e incongruente con el implacable punto de luz que centelleaba en sus ojos entrecerrados, que el doctor se dirigió a la puerta. Necesitaba una atmósfera menos cargada. Mientras aferraba el pomo, vio la ventana destrozada y, a través de la dentada abertura en forma de estrella, las torres flotantes. La bruma blanca parecía más hermosa que nunca, y más fabulosos los torreones.

SESENTA

Bellobosque y su esposa estaban sentados uno frente al otro en su salita, Irma, muy erguida, como tenía por costumbre, con la espalda tan tiesa como el palo de una escoba. Había algo irritante en aquella innecesaria rigidez. Puede que fuese apropiada para una dama, pero desde luego no era nada femenina. Irritaba a Bellobosque porque le hacía sentir que había algo malo en el modo en que él había usado siempre las sillas. A su modo de ver, un sillón estaba hecho para arrellanarse en él o para tenderse de lado. Estaba hecho para el disfrute humano, no para el envaramiento.

Y por eso había encorvado su viejo espinazo y dejado colgar sus viejas piernas y recostado la vieja cabeza mientras su esposa, sentada en silencio, lo miraba.

—… ¿Y por qué diantres se te ha ocurrido que vaya a arriesgar su vida para venir a atacarte a ti? —decía en ese momento—. Te engañas, Irma. Por extravagante que sea su persona, no hay motivo para que lleve sus halagos al extremo de matarte. Trepar hasta la ventana de tu dormitorio sería sumamente arriesgado. Todo el castillo le busca. ¿Crees de verdad que a él le importa si estás viva o muerta más de lo que puede importarle que lo esté yo o esa mosca del techo? Por todos los santos, Irma, sé razonable si puedes, aunque sólo sea por el amor que en otro tiempo te profesé.

—No hay necesidad de que hables de ese modo —replico Irma con un tono tan seco como el repicar de unas castañuelas—. Nuestro amor no tiene nada que ver con el asunto del que estamos hablando. Ni tampoco es cosa que pueda tomarse a broma. Ha cambiado, eso es todo. Ha perdido la lozanía.

—Y yo también —murmuró Bellobosque.

—¡Qué comentario tan obvio! —dijo Irma con forzada vivacidad—. Y qué banal… ¡He dicho qué banal!

—Te he oído, querida.

—Y éste no es momento para charlas superficiales. He acudido a ti como a una esposa le corresponde acudir a su marido. En busca de guía, sí, de guía. Eres viejo, lo sé, pero…

—¿Qué demonios tiene que ver mi edad con todo esto? —gruñó Bellobosque levantando del cojín su soberbia cabeza. Los bucles blancos como la leche se congregaron sobre sus hombros—. Nunca fuiste de las que piden consejo. Lo que quieres decir es que estás aterrada.

—Así es —dijo Irma.

Lo dijo con tanta serenidad y sencillez que ni siquiera reconoció su propia voz. Había hablado involuntariamente. Bellobosque volvió la cabeza bruscamente para mirarla. Apenas podía creer que fuera ella quien había hablado. Se levantó del sillón y cruzó la fea alfombra hasta donde Irma estaba sentada tiesa como un palo. Se acuclilló ante ella y tomó sus largas manos entre las suyas. Un sentimiento de compasión se agitaba en su interior.

Al principio Irma trató de retirarlas, pero él las retuvo. Trató entonces de decir «No seas ridículo», pero las palabras no le salieron.

—Irma —dijo Bellobosque por fin—. Intentémoslo de nuevo. Los dos hemos cambiado…, pero tal vez así debía ser. Me has mostrado facetas de tu naturaleza que jamás sospeché que existieran. Jamás. ¿Cómo hubiera podido adivinar, querida, que creías que la mitad de mi personal estaba enamorado de ti o que te irritaría tanto mi inocente costumbre de quedarme dormido? Tenemos espíritus distintos, necesidades distintas, vidas distintas. Nos hemos fundido en uno, Irma, es cierto; estamos integrados, pero no hasta tal extremo. Relaja tu espalda, querida. Relaja tu espinazo. Me hace más fácil hablar. Te lo he pedido tan a menudo, y con tanta humildad, pues sé que tu columna vertebral es tuya y sólo tuya…

—Mi querido esposo —dijo Irma—, estás hablando demasiado. Si fueras capaz de decir una sola frase, sonaría con mucha más fuerza. —Inclinó la cabeza hacia él—. Pero te diré una cosa —prosiguió—, me hace feliz verte ahí, agachado a mis pies. Hace que me sienta joven otra vez… o lo haría, lo haría si le pudieran echar el guante y terminaran ya con este suspense. Es demasiado, demasiado… noche tras noche… noche

tras noche… ¡Oh!, ¿es que no te das cuenta de cómo atormenta eso a una mujer? ¿Es que no lo ves? ¿Es que no lo ves?

—Mi valiente esposa —repuso Bellobosque—. Dama de mis amores, repórtate. Aunque el asunto es siniestro, no hay necesidad de que te lo tomes como algo personal. Como te dije antes, Irma, eres irrelevante para él. Tú no eres su enemiga, ¿no es cierto? Ni tampoco su cómplice. O ¿es que lo eres?

—No seas ridículo.

—Muy bien. Estoy siendo ridículo. Tu marido, director de la escuela de Gormenghast, está siendo ridículo. ¿Y por qué? Porque he pillado el germen. Me lo ha contagiado mi esposa.

—Pero es que en la oscuridad… en la oscuridad… me parece verlo.

—Comprendo —dijo Bellobosque—. Pero si lo hubieras visto de verdad, te sentirías aún peor. ¡Aunque, en ese caso, podríamos reclamar la recompensa! —Bellobosque se dio cuenta de que le dolían las piernas y se puso de pie—. Mi consejo, Irma, es que tengas un poco más de confianza en tu marido. Puede que no sea perfecto. Puede que haya maridos con mejores cualidades, con perfiles más nobles, por ejemplo. O con cabellos como la flor del almendro. No soy yo quien debe decirlo. Y, naturalmente, puede haber maridos que hayan llegado a directores o cuyo intelecto sea más abierto o cuya juventud deslumbre con galantería. No soy yo quien debe decirlo. Pero yo te pertenezco tal como soy. Y tú me perteneces tal como eres. Y nos pertenecemos mutuamente tal como somos. Y ¿adónde nos lleva todo esto? A lo siguiente. Si todo esto es así y, sin embargo, te echas a temblar ante el menor ruido nocturno, asumo entonces que tu confianza en mí ha menguado desde aquellos primeros días en los que te tenía a mis pies. ¡Oh, has conspirado… conspirado…!

—¿Cómo te atreves? —exclamó Irma—. ¿Cómo te atreves? Bellobosque se había despistado. Había olvidado lo que trataba de probar con su argumentación. Un pequeño arrebato de mal genio surgido de algún pensamiento no formulado lo había cogido desprevenido. Trató de recobrarse.

—Conspirado —prosiguió— en pro de mi felicidad. Y en buena medida has tenido éxito. Me gusta que estés ahí sentada, aunque te preferiría menos tiesa. ¿No podrías relajarte, querida… sólo un poquito? Uno se cansa de tanta línea recta. Por lo que a Pirañavelo se refiere, sigue mi consejo: recurre a mí cuando estés asustada. Corre a mí. Vuela a mis brazos. Apriétate contra mi pecho, acaricia mis bucles con tus dedos. Encuentra consuelo. Si llegara a presentarse ante mí, sabes muy bien cómo le trataría.

Irma miró a su venerable marido.

—Desde luego que no lo sé —dijo—. ¿Cómo lo tratarías?

Bellobosque, que lo sabía menos aún que Irma, se acarició la larga barbilla y una sonrisa enfermiza le asomó a los labios.

—Lo que haría —dijo— no es cosa que un caballero pueda divulgar. Fe, eso es lo que necesitas. Fe en mí, querida.

—No podrías hacer nada —dijo Irma haciendo caso omiso de la sugerencia de su marido de que tuviera fe en él—. Nada de nada. Eres demasiado viejo.

Bellobosque, a punto de regresar a su sillón, se detuvo de espaldas a su mujer. Un dolor sordo empezó a oprimirle el pecho. El sentimiento de la negra injusticia que era la decadencia física lo invadió, pero una voz rebelde gritaba en su corazón «¡Soy joven, soy joven!», al tiempo que los testigos carnales de sus tres veintenas y media de años caían de rodillas al suelo.

Al momento Irma estaba a su lado.

—¡Oh, querido! ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

Le levantó la cabeza y le puso un cojín debajo. Bellobosque estaba perfectamente consciente. El sobresalto de encontrarse de pronto en el suelo lo había irritado un momento y lo había dejado sin aliento, pero eso era todo.

—Me cedieron las piernas —dijo, mirando el rostro ansioso que se inclinaba sobre él con su nariz extraordinariamente afilada—. Pero ya estoy bien.

En cuanto hubo dicho esto, se arrepintió, pues le hubiera venido bien una hora de atenciones.

—En ese caso, querido, será mejor que te levantes —dijo Irma—. El suelo no es lugar para un director.

—Ah, pero me siento muy…

—¡Vamos, vamos! —le interrumpió Irma—. No me vengas con bobadas. Voy a ver si las puertas están cerradas. Cuando vuelva, espero encontrarte sentado en el sillón —dijo, y salió de la habitación.

Después de patalear con irritación en la alfombra, el director se puso en pie con gran esfuerzo y, de nuevo en su sillón, le sacó la lengua a la puerta por la que había salido Irma, pero apenas lo hubo hecho se sonrojó de vergüenza y, desde la gastada palma de su mano, lanzó un beso en la misma dirección.

SESENTA Y UNO

Había un sector de la muralla exterior oculto bajo un dosel tan grueso de enredaderas que, desde hacía más de cien años, nadie más que los de insectos, ratones y pájaros había visto las piedras del muro. Aquellos ondulantes metros de follaje colgante daban a cierto callejón tan próximo a la Muralla Exterior de Gormenghast que, de haber sido capaces los ratones o los pájaros ocultos de arrojar una ramita desde la frondosa oscuridad, ésta habría caído en ese callejón.

Se trataba de un paso estrecho que permanecía sumido en la sombra durante la mayor parte del día. Sólo al caer la tarde, cuando el sol se hundía tras el bosque de Gormenghast, una aljaba de rayos de color miel caían oblicuamente sobre el callejón y, allá donde durante todo el día habían morado las frías y desapacibles sombras, aparecían charcos ambarinos.

Y cuando esos charcos ambarinos aparecían, los perros callejeros del distrito se congregaban allí como salidos de la nada y se sentaban bajo los rayos dorados a lamerse las llagas.

Pero no era para ver a aquellos perros asilvestrados ni para deleitarse con los rayos de sol para lo que la Criatura se abría paso por entre las densas enredaderas que tapizaban el muro, deslizándose bajo el follaje vertical con la silenciosa facilidad de una serpiente hasta que, a seis metros del suelo, se separaba del muro para ver ciertas secciones del callejón. Era por una razón más codiciosa y ésta era que el solitario tallista que compartía aquella hora con los perros y los rayos de sol siempre estaba en su lugar acostumbrado a la puesta del sol. Era entonces cuando trabajaba el bloque de madera de raíz. Era entonces cuando la imagen crecía bajo su cincel. Era entonces cuando la Criatura observaba la evolución del cuervo de madera con ojos agrandados como los de un niño.

Y era por aquella talla por lo que suspiraba, irritada, impaciente. Para arrancársela a su creador y escapar con ella, como una exhalación, a las colinas, era por lo que, tarde tras tarde, esperaba allí, agazapada, espiando con avaricia desde la hiedra, a que aquel bonito juguete quedara terminado.

SESENTA Y DOS

Cuando Fucsia supo de la traición de Pirañavelo y comprendió que su primer y único asunto sentimental había tenido lugar con un asesino, su semblante se vio oscurecido por tal expresión de repugnancia y horror que, a partir de ese momento, su aspecto nunca se vio del todo libre de aquella mancha corrosiva.

Pasó mucho tiempo sin hablar con nadie, encerrada en su habitación, donde, incapaz de llorar, las emociones que pugnaban en su interior por encontrar una salida natural la dejaban exhausta. Al principio era sólo la sensación de haber recibido un golpe físico y el dolor de la herida. Sus brazos se sacudían y crispaban involuntariamente. Una negrísima depresión la ahogó. No tenía ningún deseo de vivir. El pecho le dolía. Era como si un gran miedo le colmara la caja torácica, una esfera de dolor que crecía y crecía. Durante la primera semana después de las devastadoras noticias, no pudo dormir. Pero luego la invadió una especie de insensibilidad, un sentimiento que nunca antes había abrigado. Surgió como una protección. La necesitaba, y la ayudaba a amargarse cada vez más. Empezó a cortar de raíz los pensamientos de amor que tan naturales le eran. Caminando de un lado a otro en su solitaria habitación, cambió y envejeció. Y llegó a convencerse de que no había razón por la que los demás no fueran tan hipócritas y despiadados como Pirañavelo. Odiaba el mundo.

Cuando Titus fue a verla, le sorprendió el cambio que se había operado en su voz y la desolada expresión de sus ojos. Por primera vez, comprendió que, además de su hermana, era también una mujer.

Por su parte, Fucsia advirtió también un cambio en él. El desasosiego de su hermano era tan real como su propia desilusión, su ansia de libertad tan apremiante como el ansia de amor de ella misma.

Pero ¿qué podía hacer él, y qué podía hacer ella? El castillo se cerraba sobre ellos, inconmensurable y desconocido como un día oscuro.

—Gracias por venir —dijo Fucsia—, pero ¡no hay nada de qué hablar!

Titus no dijo nada y se recostó contra la pared. ¡Su hermana parecía tan mayor! Titus empezó a dar con el talón a un trozo de yeso suelto que quedaba por encima del rodapié hasta que éste se desprendió.

—No puedo creer que esté muerto —dijo el muchacho al cabo.

—¿Quién?

—Excorio, por supuesto. Y todas las cosas que hizo. ¿Qué pasará con su cueva? Estará vacía para siempre, imagino. ¿Te gustaría…?

—No —dijo Fucsia, anticipándose a su pregunta—. Ahora no. Ya no. La verdad es que no quiero ir a ninguna parte. ¿Has visto al doctor Prune?

—Una o dos veces. Me pidió que te dijera que le gustaría verte, cuando puedas. No está demasiado bien.

—Ninguno de nosotros lo está —dijo Fucsia—. ¿Qué vas a hacer? Te veo muy cambiado. ¿Fue espantoso ver lo que ocurrió? No, no me lo digas. ¡No quiero hacer hincapié en ello!

—Hay centinelas por todas partes —dijo Titus.

—Lo sé.

—Y toque de queda. Tengo que estar en mi habitación antes de las ocho. ¿Quién es el hombre que está ahí afuera?

—No sé cómo se llama. Se pasa ahí la mayor parte del día y toda la noche. También hay un hombre en el patio, bajo ventana.

Titus se acercó a la ventana y miró abajo.

—¿De qué sirve que esté ahí? —dijo y, volviéndose, añadió—: Nunca lo cogerán. Esa condenada bestia es demasiado astuta. ¿Por qué no queman el castillo entero con él dentro y a nosotros con él, y al mundo, y acaban con este sucio asunto y con el podrido ritual y todo lo demás, y le dan una oportunidad a la hierba verde?

—Titus —dijo ella—, ven aquí.

Él se acercó con las manos temblorosas.

—Te quiero, Titus, pero no puedo sentir nada. Estoy como muerta. Incluso tú has muerto en mi interior. Sé que te quiero, eres la única persona a la que quiero, pero no puedo sentir nada, ni quiero. He sentido ya demasiado. Estoy asqueada de los sentimientos… Me asustan…

Titus dio otro paso hacia su hermana y ella lo miró. Un año antes se hubieran besado. Cada uno necesitaba el amor del otro. Ahora, lo necesitaban todavía más, pero algo se había torcido. Se había abierto una brecha entre ellos y carecían de puente.

Sin embargo le apretó el brazo un instante antes de dirigirse apresuradamente a la puerta y desaparecer de su vista.

SESENTA Y TRES

El Día de las Tallas Brillantes estaba al caer. Los Tallistas habían dado los toques finales a sus creaciones. La expectación en el castillo era todo lo intensa que podía esperarse pues, al mismo tiempo, la terrible conciencia de que Pirañavelo podía volver a atacar en cualquier momento ocupaba la mayor parte de los pensamientos. Porque el hombre de rostro bicolor había atacado con precisión cuatro veces en los últimos ocho días y, en cada uno de los casos, se había encontrado un pequeño guijarro junto a los cráneos fracturados de las nuevas víctimas, o alojados en el hueso, sobre los ojos. Estas muertes, tan malignas por su falta de propósito, se produjeron en distritos tan distantes uno de otro que no proporcionaron ninguna pista sobre el posible paradero del escondrijo del homicida. Su mortífero tirachinas había sembrado un frío terror por todo Gormenghast.

Pero, a pesar del miedo predominante, la inminencia del tradicional Día de las Tallas había aportado a los corazones de los habitantes una suerte de animación de carácter menos terrible. Se volvieron con alivio hacia aquella ancestral ceremonia como si se tratara de algo en lo que podían confiar, pues se había celebrado cada año desde que tenían memoria. Se volvieron hacia la tradición como un niño se vuelve a su madre.

El largo patio donde tendría lugar la celebración había sido fregado y vuelto a fregar. El tintineo metálico de los baldes, el siseo y chapoteo del agua, el sonido de los cepillos habían resonado en el angosto patio, un amanecer tras otro, durante la última semana. La alta muralla meridional estaba especialmente inmaculada. El andamiaje al que los fregones se habían encaramado como monos mientras hurgaban entre las toscas piedras, raspando los intersticios y eliminando con agua hasta el último vestigio del polvo acumulado en grietas y nichos, ya había sido retirado. La piedra centelleante de esta muralla ofrecía una majestuosa perspectiva y, flanqueándola en toda su longitud a metro y medio del suelo, sobresalía la repisa de los Tallistas. La sólida repisa o estribo era de tan espléndida anchura que hasta la más grande de las tallas polícromas cabía holgadamente en ella. Ya la habían encalado en preparación del gran día, al igual que la porción de muro sobre ella, hasta una altura de cuatro metros. Las plantas y enredaderas que, en el curso del pasado año, habían conseguido colarse entre las piedras, fueron cortadas, como era habitual, a ras de la piedra.

Era allí, en aquel patio tan artificialmente lustroso, donde los Tallistas de las Moradas de Extramuros se derramarían como una marea oscura y harapienta, cargando sobre los hombros o en los brazos sus pesadas tallas de madera o, si la obra pesaba demasiado para un solo hombre, ayudados por sus familias. Los niños corretearían alrededor, descalzos, con los negros cabellos sobre los ojos, y sus voces agudas y excitadas cortarían el aire como estiletes.

Porque el aire estaba cargado de un peso opresivo. La brisa que pudiera haber se desplazaba, tórrida, como abanicada por las alas apolilladas de algún pájaro enorme y enfermizo.

Aquella atmósfera sofocante intensificó aún más el terror a Pirañavelo y, por esa razón, la ceremonia de las Tallas Brillantes se esperaba con más impaciencia, pues era un alivio para mente y espíritu enfrascarse en algo cuyo único fin era la belleza.

Sin embargo, a pesar de la consumada factura y la fluida delicadeza de las tallas, no había amor entre sus celosos autores. Las rivalidades entre familias, los viejos agravios, un centenar de amargas disputas, se recordaban sin excepción en aquella ceremonia anual. Las viejas heridas volvían a abrirse o se enconaban. Belleza y amargura coexistían una junto a otra. Unas manos envejecidas semejantes a garras y agrietadas por largos años de ingrato trabajo sostenían en alto un delicado pájaro de madera con las alas, delgadas como el papel, extendidas para el vuelo y una mancha carmesí flameándole en el pecho.

La penúltima tarde todo quedó listo. El Poeta, ya Maestro del Ritual en plenas funciones, había llevado a cabo su último recorrido de inspección acompañado por la condesa. En la mañana del siguiente día se

abrieron las puertas de la Muralla Exterior y los Tallistas Brillantes enfilaron el sendero de cinco kilómetros que llevaba al Patio de los Tallistas.

A partir de ese momento, el día floreció como un rosal, con sus cien capullos y sus mil espinas. El gris Gormenghast se inyectó en sangre, se inundó de oro, tomó el frío de azules tan diversos como el azul de las flores y las aguas se tiñeron con toda clase de verdes, desde el oliva al verdemar, y de suntuosos ocres; los tonos de la tierra y el aire llamearon y refulgieron, temblaron en las aguas.

Y ahí venían los oscuros e irritables mendigos, cargando en los brazos aquellas sólidas figuras. Al caer la tarde, la larga repisa de piedra estaba cargada de sus formas coloreadas, sus pájaros, sus bestias, sus fantasías, sus saltamontes gigantes, sus reptiles y sus ritmos de hoja y flor, sus cien cabezas que se volvían sobre sus cuellos, que se inclinaban o se erguían sobre los hombros con más orgullo que cualquier cabeza de carne y hueso.

Allí estaban, formando una larga fila expectante cuyas sombras se proyectaban en el muro meridional, detrás de ellos. De entre todas aquellas tallas, tres serían escogidas como las más originales y perfectas y se sumarían a las que se exhibían en la poco frecuentada Galería de las Tallas Brillantes. El resto serían quemadas esa misma noche.

La elección era un asunto prolongado y meticuloso. Los Tallistas veían a los jueces desde lejos mientras esperaban sentados en el patio con sus familias o recostados contra el muro opuesto. Hora tras hora, la decisiva operación proseguía y lo único que se oía eran los gritos y llantos de las decenas de chiquillos. Alrededor de las seis, los sirvientes del castillo sacaron las largas mesas y, uniendo extremo con extremo, las dispusieron en tres largas hileras que luego fueron bien pertrechadas de hogazas de pan y cuencos de espesa sopa.

Cuando empezó a caer la noche, la elección estaba casi concluida. El cielo se había tapado y una insólita oscuridad se cernía sobre la escena. El aire se había vuelto intolerablemente denso. Los niños dejaron de corretear por el patio, aunque otros años habían jugado incansablemente hasta la medianoche. En esta ocasión, se sentaron junto a sus madres en medio de un formidable silencio. Levantar un brazo significaba cansarse y sudar profusamente. Muchos rostros se volvieron al cielo, donde un mundo de nubes congregaba sus sombríos continentes, hilera tras hilera, como el follaje de algún cedro fabuloso.

Como menor de edad, Titus no participaba directamente en la elección de las Tres propiamente dicha, pero había que contar con su aprobación técnica una vez que se tomara la decisión final. Recorría inquieto la hilera de tallas, abriéndose paso entre la multitud, que se apartaba con deferencia cuando él se acercaba. El peso de la cadena de hierro que le colgaba del cuello y de la piedra que llevaba atada a la frente era casi insoportable. Había visto a Fucsia, pero la había vuelto a perder entre la multitud.

—Va a caer una tormenta de padre y muy señor mío, muchacho —dijo una voz a su espalda—. ¡Por todo lo torrencial, vaya si lo será!

Era Prunescualo.

—Eso parece, doctor Prune —dijo Titus.

—¡Tiene todo el aspecto, mi joven acechador de villanos!

Titus volvió la vista al cielo, que parecía haber enloquecido. Se hinchaba y desplazaba, pero no como movido por la brisa o alguna corriente de aire, sino por sus propios impulsos inmundos.

Era eso, un cielo inmundo, y cada vez crecía más. Acumulaba porquería de los tórridos tugurios del infierno. Titus apartó los ojos de su amenaza indescriptible y volvió a mirar al doctor. El rostro le relucía de sudor.

—¿Has visto a Fucsia? —preguntó.

—La vi antes —dijo Titus—, pero la he vuelto a perder. Anda por aquí cerca.

El médico irguió la cabeza y miró alrededor; la nuez se le marcaba, angulosa, y los dientes le relampaguearon en una sonrisa que Titus advirtió forzada.

—Quisiera que la viese, doctor Prune…, tiene un aspecto terrible.

—Desde luego que la veré, Titus, lo antes posible.

En ese momento se acercó un mensajero. Titus era requerido por los jueces.

—¡Anda, ve! —exclamó el médico, con esa nueva voz que había perdido su timbre—. ¡Anda, ve, jovencito!

—Adiós, doctor.

SESENTA Y CUATRO

Aquella noche en el balcón, su madre se sentó a su derecha, como una enorme desconocida, y el Poeta, figura extraña, a su izquierda. Debajo se extendía un vasto campo de rostros alzados. Delante, a lo lejos y fuera del alcance del resplandor de la gran hoguera, la Montaña apenas era visible contra el cielo oscurecido.

Se acercaba el momento en que debía invitar a los tres Tallistas triunfantes a adelantarse y en que él izaría las tallas con una cuerda y las colocaría donde la multitud pudiera verlas bien.

Las llamas de la hoguera en torno a la cual se congregaba la multitud se elevaban hacia el cielo. Su insaciable calor ya había reducido a cenizas un centenar de sueños.

Mientras miraba, uno de los doce vándalos hereditarios arrojó al aire un glorioso tigre con la rugiente cabeza echada hacia atrás y las cuatro patas recogidas bajo el vientre. Las llamas extendieron sus brazos para recibirlo y luego se enroscaron en torno a él y comenzaron a devorarlo.

Su deseo de escapar asaltó a Titus con una fuerza súbita y elemental. Detestaba el descomunal derroche que se estaba desarrollando a sus pies. El calor de la noche le mareaba. La proximidad de su madre y del distraído Poeta lo intranquilizaba. Sus ojos se volvieron a la Montaña de Gormenghast. ¿Qué había más allá de ella? ¿Había otra tierra…? ¿Otro mundo? ¿Otra forma de vida?

¡Si abandonara el castillo! La idea de hacerlo lo hizo temblar con una mezcla de miedo y excitación. Su pensamiento era tan revolucionario que miró de soslayo a su madre para ver si había oído las elucubraciones de su mente.

¡Si abandonara Gormenghast! Era incapaz de aventurar las implicaciones que tal cosa conllevaría. No conocía ningún otro lugar. Había pensado antes en escapar. Escapar como idea abstracta. Pero nunca había considerado seriamente adónde escaparía o cómo viviría en algún lugar donde nadie le conociera.

Y entonces lo invadió un miedo sedicioso a no ser en realidad una persona de importancia, el miedo a que Gormenghast no fuera de importancia y que ser conde e hijo de Sepulcravo, descendiente directo del Linaje, fuera algo sólo de interés local. La idea era sobrecogedora.

Alzó la cabeza y miró más allá de los miles de rostros de debajo. Asintió con una inclinación de la cabeza en una suerte de pomposa aprobación mientras una nueva talla era arrojada a la gran hoguera. Contó una veintena de torreones a su izquierda. «Todos míos», se dijo, aunque las palabras resonaron huecamente en su cabeza, pero, de pronto, sucedió algo que impulsó su terror y su esperanza hacia las alturas, que lo llenó de una alegría tan grande que no la podía contener, que lo zarandeó y lo libró de indecisiones arrojándolo a una tierra iluminada por un resplandor turbulento y cruel, de negros calveros y de una magia insoportable.

Pues, mientras miraba, algo sucedió con gran rapidez. Un cuervo negro como el carbón, de plumas exquisitamente cinceladas y cabeza ladeada y cuyas garras aferraban una nudosa rama, estaba a punto de ser arrojado a las llamas cuando, mientras él miraba como en sueños, una ondulación en la silenciosa y sofocada multitud mostró el lugar donde una solitaria figura se abría paso con insólita celeridad. El vándalo hereditario había agarrado el cuervo de madera por la cabeza y echado el brazo hacia atrás. Las llamas saltaban y crepitaban y le iluminaban la cara. El brazo se adelantó, los dedos aflojaron la presa y el cuervo surcó el aire girando sin cesar en dirección al fuego cuando, tan rápido e impredecible como el curso de un sueño, algo saltó de entre el cuerpo de la multitud iluminada por el fuego y, con una mezcla indescriptible de gracia y ferocidad, sujetó el cuervo en el aire en el cenit de su salto y, levantándolo por encima de su cabeza, continuó sin pausa o lapso en su soberbio ritmo de vuelo y, aparentemente flotando sobre el muro cubierto de hiedra, desapareció en la noche. Durante más de un minuto, nada se movió. Un terrible desconcierto atenazaba a los testigos. La conmoción individual que todos sufrían se veía intensificada por el estado de aturdimiento de la masa. Había sucedido algo impensable, algo tan flagrante que la cólera que no

tardaría en manifestarse quedaba contenida, por así decir, por un muro de desconcierto.

Semejante profanación de una ceremonia sagrada no tenía precedente.

La condesa fue una de las primeras en reaccionar. Por primera vez desde la huida de Pirañavelo, la movía una ira descomunal que nada tenía que ver con el rebelde de rostro rojiblanco. Se puso de pie y, aferrando la balaustrada con mano de hierro, escrutó la noche. La aglomeración de nubes colgaba del cielo con una terrible cercanía y peso cada vez mayor. El aire sudaba. La multitud empezó a murmurar y a moverse como abejas en una colmena. Bajo el balcón sonaron algunos gritos airados, próximos, brutales, terribles.

¿Qué era la muerte de unos pocos hierofantes a manos de Pirañavelo comparada con aquella puñalada en el corazón del castillo? El corazón de Gormenghast no era su guarnición ni sus pasajeros moradores, sino ese algo invisible que ahora había sido herido ante sus ojos. Los gritos se alzaban y las hinchadas nubes empujaban hacia abajo y Titus, el último en moverse, volvió la mirada hacia su madre en una pasada de soslayo. Mareado por la tensión, se levantó despacio.

Sólo él de cuantos se habían visto fundamentalmente afectados por el profano insulto a la tradición lo estaba por motivos personales. La conmoción que había sufrido era única. Titus no había sido arrastrado al torbellino de la conmoción general. Estaba solo en su singular excitación. Nada más ver a aquella vivaz criatura, se sintió transportado en un instante a un día pasado, un día en el que ya había dejado de creer y que había relegado al mundo de los sueños: el día en que, entre los espectrales robledos, había visto, o creyó ver, una criatura llevada en alas del aire, con la pequeña cabeza vuelta hacia un lado. Hacía tanto tiempo… Se había convertido en poco más que una neblina de su mente, un vapor.

Pero era ella. No había duda de que todo había sido real. La había visto antes, cuando, perdido en el robledal, había pasado junto a él flotando como una hoja. ¡Y ahí estaba de nuevo! Más alta, por supuesto, del mismo modo que él lo era también, pero no menos ligera, no menos sobrenatural.

Recordó cómo la efímera contemplación de la criatura había despertado en él la conciencia de la libertad. Pero ¡cuánto más ahora! A pesar de que el calor del aire era terrible, tenía el espinazo helado por la excitación.

Volvió a mirar alrededor con una astucia que no era propia de su carácter. Todo seguía como antes. Su madre estaba todavía a su lado, con las grandes manos sobre la balaustrada. La hoguera rugía y escupía rojas ascuas al aire oscuro y sofocante. Alguien entre la multitud gritaba: «¡La Criatura! ¡La Criatura!», y otra voz repetía con espantosa regularidad: «¡Lapidadla! ¡Lapidadla!». Pero Titus no oía nada de esto. Retrocediendo despacio, al fin se dio la vuelta y, en unos pocos pasos, se plantó en la habitación que había tras el balcón.

Entonces echó a correr, cada zancada un crimen. Corrió por oscuros pasadizos en cualquiera de los cuales muy bien podía acechar Pirañavelo con su rostro de caballo pío. Le dolía la mandíbula de excitación y miedo. La ropa se le pegaba a la espalda y los muslos. Doblando incontables esquinas, a veces extraviándose y chocando otras con las toscas paredes, encontró por fin un tramo de anchos peldaños que llevaba al exterior. A su derecha, a kilómetro y medio de distancia, la luz de la hoguera se reflejaba en las nubes abultadas que pendían sobre ella como las espectrales colgaduras del lecho de una bruja.

Ante él, la noche ocultaba la Montaña de Gormenghast y las amplias pendientes del bosque, pero corrió hacia ellas como un ave migratoria vuela ciegamente a través de la oscuridad hacia el país que necesita.

SESENTA Y CINCO

Antes que retrasar su avance a través de la noche, su sentido de suprema desobediencia le daba ímpetu. Mientras avanzaba a trompicones, sentía en la nuca el colérico aliento del castigo. Todavía estaba a tiempo de regresar pero, a pesar de su corazón desbocado, ni se le ocurrió hacerlo. Su imaginación lo impelía hacia delante, agitada hasta lo más hondo por la imagen de la Criatura. No le había visto la cara. No la había oído hablar. Pero lo que con el paso de los años se había convertido en una fantasía, una fantasía de árboles y musgo soñolientos, de bellotas doradas y una ligera rama en vuelo, había dejado de serlo. Ella estaba allí, en el presente. Y hacia ella corría entre la noche y el calor, hacia la verdad de su existencia.

Pero su cuerpo estaba exhausto. La lucha contra el calor asfixiante era continua y, finalmente, a un par de kilómetros de las estribaciones de la Montaña, cayó de rodillas y se tendió de lado, empapado de sudor y con el rostro acalorado entre los brazos.

Pero su mente no descansaba. Seguía corriendo y tropezando. Allí tendido, con los ojos cerrados, mil veces la vio alcanzar el muro cubierto de hiedra con aquel vuelo de exasperante belleza: sin esfuerzo, con arrogancia, con la altanera cabecita vuelta exquisitamente sobre el cuello. Todo ello flotaba en su pensamiento con una especie de etérea facilidad.

Cien veces la vio y cien veces se revolvió inquieto mientras el duende continuaba su vuelo y sus piernas como juncos seguían la estela de su cuerpo como si no fueran la causa de su sobrenatural velocidad.

Y entonces oyó la ronca voz de un cañón y, antes de que el estruendo de los ecos se desvaneciera, estaba de nuevo en pie y corriendo peligrosamente en la oscuridad hacia el punto en que la alta mole de la Montaña de Gormenghast se alzaba en la noche cerrada. Era la detonación que tradicionalmente advertía de un peligro. Sabía que eso significaba que su desaparición no sólo había sido descubierta, sino que su madre sospechaba de su desafío a Gormenghast.

Cuando llegó el momento de izar al balcón las tres tallas elegidas para exhibirlas ante la multitud, Titus no estaba allí. Al calor sofocante y el terror que suscitaba el cielo hinchado, al miedo a la bestia de Gormenghast y su certero tirachinas, al acto sin precedentes de arrebatarle una talla a las llamas y la presencia de la Criatura entre ellos, se añadía ahora aquella inimaginable ofensa al honor del castillo, para mortificación no sólo de los hierofantes, sino también de los Tallistas.

Al principio imaginaron que el joven conde se había desmayado a causa del calor. Fue la explicación que sugirió el Poeta, quien, con el permiso de la condesa, fue a mirar en la habitación que daba al balcón. Pero no encontró ni rastro del muchacho. Con el paso de los minutos, la rabia fue aumentando y sólo la pesadez asfixiante de la noche y la consiguiente fatiga de la multitud evitó la violencia indiscriminada que muy bien podía haberse desatado.

El ácido de aquella noche espantosa caló hondo. Algo fundamental en la vida de Gormenghast había quedado tocado y debilitado.

Y en un momento en que un demonio andaba suelto y toda la energía del lugar se concentraba en su captura, causaba estupor descubrir que el corazón del castillo había sido apuñalado por la perfidia de su símbolo más brillante, el heredero de la sagrada mampostería, el septuagésimo séptimo conde.

Este muchacho predestinado avanzaba en la oscuridad, tropezando con las raíces de los árboles, abriéndose paso entre los matorrales, forzando frenéticamente su avance.

No sabía cómo la encontraría cuando el sol se levantara sobre el laberinto del bosque y su luz jugueteara por las laderas sin senderos de la Montaña de Gormenghast. Simplemente creía que la fuerza que lo impulsaba no dejaría de manifestarse.

Pero llegó un momento en que la oscuridad de la noche le impidió seguir avanzando. Se había alejado lo suficiente del castillo, se había perdido lo suficiente como para evitar una captura inmediata. Sabía que se estarían organizando partidas de búsqueda y que la vanguardia de aquellas levas probablemente ya habría

salido. También sabía que el envío de siquiera un solo expedicionario redundaba en beneficio de Pirañavelo, y que eso no se lo perdonarían.

Imposible determinar si asociarían su ausencia con la súbita aparición de la Criatura. Quizá la coincidencia era demasiado evidente. Lo que sí sabía era que el pecado que superaba todo pecado era que cualquier miembro del castillo, más aún si se trataba de su legítimo soberano, tuviese la más remota relación con un Morador de Extramuros, que el conde de Gormenghast fuese en busca de una hija de aquel miserable campamento que además era bastarda. Sabía que para todos, desde su madre hasta el más oscuro de los lacayos, la perspectiva de tal suceso sería igualmente repulsiva. Sería peor que una flagrante traición. Y sería además mancillar el Linaje.

Era consciente de todo esto, pero no podía hacer nada. Si lo capturaban, sólo podría fingir que la inminente tormenta le había afectado el cerebro. Pero nada podía cambiar. Estaba en poder de algo más esencial que la tradición. Si lo capturaban, capturado estaría. Si lo encarcelaban o lo exponían al escarnio público, le estaría bien empleado. Si lo desheredaban, sólo él sería responsable. Había abofeteado el rostro venerable de un dios. Así era…, así era… Pero mientras el calor de la noche lo envolvía en el sueño, no pensaba en la mortificación de su madre, en el peligro del castillo, en su traición o en la angustia de su hermana, sino en una criatura insolente y feroz, una rebelde como él mismo que se vanagloriaba de serlo, una rebelde que era un verde poema en vuelo.

SESENTA Y SEIS

Le despertó el retumbar del primer trueno. Había en el ambiente oscurecido una luz sombría que sólo podía proceder de un amanecer lejano asfixiado por las nubes. Y, a la voz del trueno, empezaron a caer las grandes lluvias.

El peligro de la situación se hizo evidente de inmediato. Aquél no era un chaparrón cualquiera. Incluso los primeros frutos del cielo azotaban y levantaban el polvo del suelo con brutal deliberación.

El aire parecía salir de un horno. Titus se levantó de un salto, como si lo hubiesen pinchado con un palo. El cielo bullía y retumbaba. Las nubes bostezaban como hipopótamos; unos profundos agujeros o embudos se abrían y cerraban como bocas aquí y allí.

Reanudó la carrera en medio de una especie de penumbra. Las formas de árboles y rocas aparecían de pronto ante él y lo obligaban a doblar bruscamente a derecha e izquierda, pues no eran visibles hasta que los tenía encima.

Su objetivo inmediato era alcanzar los apretados árboles de la linde del bosque de Gormenghast, porque sólo bajo sus ramas podía resguardarse de la lluvia. Esta siseaba sobre el ralo follaje que le rodeaba, que no ofrecía ninguna protección, ni siquiera de aquel primer chaparrón de la tormenta.

A pesar de su violencia inicial, la lluvia no sugería ninguna sensación de apremio. Transmitía la impresión de que en el vasto cielo existía una reserva inagotable de energía.

Y mientras avanzaba a trompicones bajo la lluvia que se derramaba desde el dosel de hojas, un rayo se adelantó como un batidor a caballo e iluminó el terreno y, durante un momento, el mundo fue de acero mojado.

En ese instante, sus ojos recorrieron el paisaje centelleante y, antes de que la vasta oscuridad se impusiera de nuevo, alcanzó a ver un par de pinos solitarios sobre una colina rocosa. Reconoció el lugar de inmediato, pues el viento había partido uno de los pinos, que había sido recogido por las ramas superiores de su hermano.

Nunca había trepado a aquellos pinos ni se había cobijado bajo su sombra ni había escuchado el murmullo de sus agujas, pero le eran más que familiares porque, hacía años, los miraba cada vez que salía del largo túnel, el túnel que discurría desde los Salones Vacíos hasta apenas un kilómetro y medio de la cueva del señor Excorio.

Al ver los pinos a la luz de los relámpagos, el corazón le dio un vuelco. Pero la oscuridad cayó de nuevo y al momento quedó patente lo difícil que sería no sólo llegar a los pinos, sino desviarse en ese punto hacia la boca del túnel. Cuando los alcanzara, se encontraría en un lugar donde nunca había estado, pues, en el instante en que reconoció aquellos árboles, advirtió también que el resto del deslumbrante panorama le era desconocido. En la oscuridad, había seguido un camino extraño.

Pero aunque, a pesar de que la luz aumentaba por momentos, seguramente sería difícil saber hacia dónde avanzar cuando al fin llegara a los pinos (pues, naturalmente, sería imposible ver la boca del túnel que miraba hacia la cueva), era inútil demorarse en aquellas dificultades y, cambiando de dirección, Titus echó a andar por el terreno cubierto de ásperos hierbajos, ya anegados por el agua. El agitado «lago» le llegaba a los tobillos y el agua le salpicaba todo. Lo que antes fueran hilos de lluvia ya no eran hilos, ni siquiera cuerdas. El agua caía a borbotones, como si hubieran abierto un grifo al máximo o la estuviesen bombeando. Y sin embargo, persistía el terrible bochorno del aire, aunque el agua tibia que le chorreaba por el cuerpo mitigaba el calor.

Más allá de las empapadas praderas y de los bosquecillos de alisos, más allá de las pedregosas colinas peladas, donde empezaban a formarse grandes estanques, más allá de las viejas minas de plata y las canteras de grava, más allá de todo esto, en una zona de terreno más áspero que el que había encontrado hasta entonces, Titus tropezó por fin con un grupo de rocas gigantescas.

Para entonces la luz había conseguido filtrarse a través de las negras nubes cargadas de agua y, cuando trepó al lomo de la roca más grande, pudo ver los dos pinos, no a su derecha, donde esperaba encontrarlos, sino justo delante de él.

Pero no necesitaba acercarse más a ellos. No podría haber descubierto mejor observatorio que la roca sobre la que se hallaba. Ni le hacía falta forzar la vista para localizar accidentes del paisaje que le permitiesen determinar la posición de la boca del túnel. Porque allí, al este, a poco más de un kilómetro de distancia, se alzaba la alta hilera de árboles que dominaba las pendientes de grava verde que, cubiertas de toda clase de vida vegetal, descendían escalonadamente hacia donde, entre las rocas del valle, canturreaba el arroyuelo que Excorio había represado y que discurría a menos de un tiro de piedra de la que había sido la cueva del exiliado.

La sombría luz de la mañana ganaba fuerza y la lluvia, a través de cuyas sólidas cortinas había resultado imposible reconocer ningún objeto, empezó a remitir. Quedaba descartado que la lluvia quisiera darse un respiro y mucho más que el cielo se estuviese quedando sin agua. No, era sólo que las nubes retraían sus garras en las negras almohadillas de la tormenta como una bestia salvaje retrae sus zarpas sin más motivo que el de saborear la contracción.

No obstante, la lluvia seguía cayendo. Una masa de agua había quedado retenida, pero era imposible detener el desbordamiento. Titus ya no la notaba. Era como si siempre hubiese vivido en el agua.

Se sentó en la roca, prisionero de la mañana como una mosca atrapada en ámbar. A su alrededor, la lluvia que rebotaba en la chata superficie de la roca lanzaba al aire sus furiosas fuentes y borboteaba en las escarpadas pendientes. ¿Qué hacía allí, calado hasta los huesos, lejos de su hogar? ¿Por qué no estaba asustado? ¿Por qué no estaba arrepentido y avergonzado?

Estaba allí sentado, solo, con los brazos alrededor de las piernas encogidas y la barbilla sobre las rodillas, una cosa diminuta bajo aquellos continentes de nubes desbordadas.

Sabía que no era un sueño, pero era incapaz de librarse de la naturaleza onírica de todo aquello. La realidad estaba en él, en su anhelo de experimentar el terror de lo que ya consideraba amor.

Había oído hablar del amor, había intentado averiguar lo que era. No sabía nada del amor, y en cambio lo sabía todo. ¿Cuál, si no el amor, era la causa de su situación?

La cabeza vuelta, los miembros flotantes… pero no era la belleza. Era el pecado contra el mundo de sus padres. ¡Era su arrogancia! ¡Era su malicioso descaro! ¡Era la afrenta! ¡Era que Gormenghast no significaba nada para aquella muchacha flexible como un junco!

Sin embargo, no era tanto que ella fuera la expresión externa de todo lo que para él significaba la palabra «libertad» o que su yo físico y lo que ella simbolizaba se hubiesen fundido en una sola cosa; no era sólo eso lo que embriagaba a Titus; era algo más que una excitación abstracta lo que hacía temblar su cuerpo cuando pensaba en ella. Deseaba tocar aquellos miembros ligeros. Ella representaba para Titus la fantasía, la libertad. Pero era algo más que estas cosas. Era una criatura que respiraba el mismo aire que él y pisaba el mismo suelo, aunque hubiera podido ser fauno, tigresa, polilla, pez, halcón o vencejo. De haber sido cualquiera de esos seres no sería más distinta de él de lo que ya lo era. Se estremeció al pensar en esa disparidad. No era cercanía o semejanza ni afinidad o expectativa de ella lo que atraía a Titus. Era la diferencia lo que importaba, una diferencia que clamaba al cielo.

Y la lluvia seguía cayendo, rápida y entibiada por la tórrida atmósfera que atravesaba. Titus miraba los árboles que coronaban la prolongada colina bajo cuya sombra estaba la cueva. Unas cuantas millas al oeste, un enorme borrón mostraba el lugar donde se alzaba la Montaña de Gormenghast. Se veía marcada por las barras verticales de lluvia, como si fuera un animal enjaulado.

Titus se puso de pie, bajó de la roca y, al punto, sintió miedo. Le habían sucedido demasiadas cosas en poco tiempo. El recuerdo de la cueva le trajo el recuerdo de Excorio, y del recuerdo de Excorio tal como lo había visto por primera vez en su cueva brotó la imagen de aquel fiel servidor con un cuchíllo clavado en el corazón y la infame habitación donde sus tías yacían una al lado de la otra. Y el rostro de Pirañavelo flotó entre las líneas de lluvia, con su terrible dibujo en blanco y rojo como una máscara de alguna danza macabra expandiéndose y contrayéndose, los hombros, enjutos y muy altos, y por espacio de unos treinta y cinco metros Titus corrió, mareado, y más de una vez volvió la cabeza atrás y escrutó la lluvia a diestro y siniestro.

El trayecto hasta la cueva era largo, pero lo hubiera recorrido aunque no hubiera estado diluviando. Pensaba en ella como en un punto central desde el que aventurarse por los bosques y al que regresar.

Pero cuando la alcanzó, dudó en entrar. La vieja boca de piedra bostezaba, vacía. Ya no era como la recordaba. Era un lugar abandonado.

Por encima de la cueva, la colina ascendía en quebradas gradas de roca empapada, cubiertas de una

apretada masa de helechos y arbustos e incluso de árboles que se inclinaban fantásticamente hacia el vacío.

Titus elevó la vista hacia donde las alturas superiores se perdían entre las nubes, pero sus ojos se vieron atraídos de nuevo a la boca de la cueva.

Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, en una posición característica que indicaba que estaba dispuesto a embestir a cualquier enemigo que pudiera presentarse. Sus indescriptibles cabellos parecían negros por la lluvia y se le pegaban al rostro.

Por un momento, el aire melancólico de la entrada apagó su deseo de volver a ver el lugar. Se había detenido a unos cuatro metros de la boca y divisaba entre la lluvia el oscuro y seco túnel que conducía al espacioso interior.

Mientras permanecía allí, vacilante, con la cabeza adelantada y las ropas chorreantes que se le pegaban al cuerpo como algas, se hizo patente lo mucho que lo habían cambiado los últimos meses. Sus ojos eran todavía tan claros como el agua de manantial y había en ellos una chispa de obstinación, pero su habitual gesto ceñudo había creado un surco permanente entre ellos. Allí se le había formado un nido de arrugas casi imperceptibles. Las infantiles proporciones de su rostro evidenciaban claramente que no tenía más de diecisiete años, pero la sombría expresión que había devenido tan típica de él era más propia de alguien que le doblara la edad.

Esta oscuridad de su rostro no era en modo alguno resultado de experiencias trágicas o tristes. Había vivido sus momentos de soledad, de miedo, de frustración y, recientemente, de horror, pero, como cualquier otro niño, había gozado de dorados días de despreocupación, de risas y emociones. No era un acobardado y pesaroso hijo del infortunio. Si acaso, era demasiado vital, demasiado consciente. Era eso lo que, finalmente, lo había obligado a llevar una máscara, a mirar ceñudo a sus condiscípulos mientras, en el mismo momento, su corazón latía con violencia y su imaginación corría desbordada. Fruncía el ceño porque así conseguía que lo dejaran solo. Y cuando estaba solo podía dedicarse a cavilar durante horas sobre su suerte, entregarse a nocivos y desenfrenados arrebatos de rebelión contra su herencia y contra el ritual que tanto le molestaba; y, a la inversa, podía sentarse en su pupitre tranquilamente mientras sus pensamientos volaban sobre los dominios de Gormenghast y maravillarse de todo lo que Gormenghast era y de que se tratara de su mastodóntico legado.

Su vitalidad física había encontrado una vía de escape en la solitaria exploración del castillo y la campiña circundante, pero eran las expediciones de su imaginación, de sus ensoñaciones, las que lo alejaban cada vez más de la compañía de los otros.

Era prácticamente huérfano. Que, en el fondo, demasiado profundamente para que ni ella misma lo reconociera, su madre albergara una extraña necesidad de él como hijo del Linaje no le servía de nada, pues no tenía conocimiento de ello.

La soledad no era nueva para él. Pero desafiar a su madre y a sus súbditos como lo había hecho ese día sí era una novedad y la conciencia de su traición provocó que, por primera vez desde que escapó del balcón de los Tallistas, sintiera una terrible soledad. Soledad no sólo porque estaba lejos de su hogar, sino por la conciencia de su aislamiento interior.

Dio un paso hacia la cueva. La apretada lluvia que le caía sobre la cabeza le había aplastado los cabellos y su cráneo mostraba su forma como si fuera un peñasco. Sus mejillas algo rollizas, su nariz chata y su ancha boca distaban mucho de ser hermosas pero, contenidas en el óvalo de la cara, revelaban una especie de sencilla armonía original y agradable a la vista.

Sin embargo, su hábito de encapotar y fruncir el ceño para ocultar sus sentimientos hacía que pareciera mayor de sus diecisiete años, y se hubiera dicho que era un hombre joven y no un muchacho quien se acercaba a la cueva. Apenas decidió no esperar más y franqueó el tosco arco natural, le sorprendió verse libre del golpeteo de la lluvia. Hasta tal punto se había acostumbrado a él que, allí de pie en el polvo seco bajo el techo abovedado del túnel, sintió un repentino bienestar, como si le hubieran quitado un peso de encima.

Y entonces otra oleada de fatiga se abatió sobre él y no pudo pensar en nada que no fuera dormir en un lugar seco. Dentro de la cueva, la atmósfera era cálida, pues, a pesar de su violencia, la lluvia no había logrado aliviar el calor. Ansiaba tumbarse, con su recién estimada ligereza en el cuerpo, y sin que nada le cayera encima desde las alturas, dormir eternamente.

Ahora que estaba en el interior de la cueva, el melancólico ambiente de abandono había perdido intensidad. Quizá estaba demasiado cansado, y sus emociones, demasiado embotadas para tener conciencia de tales sutilezas.

Cuando llegó a la gran cámara interior, espaciosa, con sus repisas naturales y sus frondosos helechos, apenas podía mantener los ojos abiertos. Apenas notó que varios animalillos del bosque se habían refugiado

allí y, sentados en los salientes de piedra o acurrucados en el suelo cubierto de helechos, lo observaban con ojos brillantes.

Se arrancó del cuerpo las ropas pegadas como un autómata y, tambaleándose hasta un oscuro rincón de la cueva, se tendió bajo los brazos arqueados de un gran helecho y cayó en un sueño incontenible.

SESENTA Y SIETE

Mientras Titus dormía, un zorro empapado y algunos pájaros que se posaron en los salientes de roca cercanos al techo abovedado se sumaron a los pequeños animales del bosque. Tendido bajo la cortina de helechos, el muchacho resultaba casi invisible. Su sueño era tan profundo que los rayos que habían empezado a juguetear en el cielo e iluminaban la boca de la cueva no le afectaban. El trueno, cuando sonaba, era igualmente incapaz de despertarlo, aunque era cada vez más potente. Pero se acercaba sin pausa, y el último de aquellos bramidos de toro le hizo revolverse en sueños. Había caído la tarde, pero la atmósfera se había ensombrecido de tal modo que había menos luz en ese momento que cuando Titus se sentó sobre la «atalaya» de piedra.

El volumen del bramido y del siseo de la lluvia aumentaban sin cesar y el ruido del agua golpeando las piedras y la tierra fuera de la boca de la cueva sólo permitía oír los truenos más potentes. Sentada sin moverse, una liebre con las orejas replegadas sobre el lomo no le quitaba la vista de encima al zorro. La cueva estaba llena del estruendo de los elementos y, sin embargo, reinaba en ella una suerte de silencio, un silencio dentro del ruido: el silencio de la quietud, porque nada se movía.

Cuando el siguiente relámpago desolló el paisaje, arrancándole el negro pellejo de manera que toda su anatomía se viera expuesta al aluvión de luz, los reflejos de aquella luz cegadora bailotearon sobre los muros de la cueva y pájaros y bestias relumbraron como tallas radiantes entre los radiantes helechos y sus sombras se extendieron sobre los muros y se contrajeron de nuevo como si estuviesen hechas de goma elástica. Y Titus se removió bajo la arcada de gigantescas hojas lanceoladas que lo protegían del pasajero resplandor, por lo que no se despertó y no pudo ver que la Criatura estaba en la boca de la cueva.

SESENTA Y OCHO

I

Fue el hambre lo que finalmente le despertó. Durante un rato, se quedó tendido con los ojos todavía cerrados, creyéndose en su habitación del castillo, y tampoco cuando los abrió y descubrió a su derecha la áspera pared de roca y a la izquierda una tupida cortina de helechos pudo recordar dónde se encontraba. Y entonces advirtió un sonido rugiente y al instante recordó que había escapado del castillo y caminado bajo una eternidad de lluvia hasta que llegó a una cueva…, a la cueva de Excorio…, a la cueva en la que en ese momento descansaba.

Fue entonces cuando oyó que algo se movía. No era un sonido alto y sólo su cercanía lo hacía audible por encima del atronador rugido de la tormenta.

Primero pensó que sería alguno de los animales, quizá una liebre, y su hambre le hizo incorporarse cautelosamente sobre un codo y entreabrir la larga lengua de helechos.

Pero lo que vio le hizo olvidar el hambre como si jamás hubiese existido, le hizo retroceder hasta el muro de roca con un sobresalto mientras la sangre se le agolpaba en la cabeza. ¡Porque era ella! Aunque no como la recordaba. ¡Era ella! Pero ¡qué distinta!

¿Qué le había hecho su memoria a la muchacha para que el ser que estaba viendo fuese tan radicalmente distinto de la imagen que guardaba de ella?

Allí estaba, la Criatura, acuclillada y balanceándose sobre los talones, increíblemente pequeña. La temblorosa luz de un fuego recién encendido le iluminaba el cuerpo mientras ella hacía girar sobre las llamas un pájaro espetado y, diseminadas por el suelo, se veían las plumas de una urraca. ¿Era aquélla la poética golondrina, la acróbata de miembros ligeros?

¿Era aquella diminuta criatura agachada en el polvo como una rana, que se rascaba el muslo con una sucia mano del tamaño de una hoja de haya, era ella quien había flotado por su imaginación con ritmos arrogantes que abarcaban el universo?

Sí, era ella. La visión se había contraído hasta alcanzar las diminutas y tangibles proporciones de la inflexible chicuela; lo etéreo se había convertido en arcilla.

En ese instante, ella volvió la cabeza y el rostro que Titus vio le conmocionó y exaltó. Todo cuanto en él había de Gormenghast se estremeció, se estremeció y enardeció con una suerte de ira. Todo cuanto en él había de rebelde gritó de alegría, la alegría de contemplar la esencia del desafío. La confusión que le inflamaba el pecho era absoluta. El recuerdo que tenía de ella como una criatura grácil y orgullosa se hizo añicos. Ya no era cierto. Se había convertido en algo trivial, superficial y empalagoso. Orgullosa y vital, con plena conciencia de ello, era grácil tal vez mientras volaba, pero no en ese momento. No había nada grácil en el modo en que su cuerpo se acuclillaba sobre el fuego con animal desinhibición. Aquello era nuevo y terreno.

En ese momento Titus, que se había enamorado de una arrogancia y de unos miembros con la belleza estilizada de una golondrina y por ello había deseado violenta y temerosamente estrecharla entre sus brazos, tomó conciencia de la existencia de aquellas nuevas dimensiones, de aquella oscura realidad de pájaros muertos, plumas desparramadas, posturas animales y, por encima de todo, de la inconsciente originalidad que impregnaba todos sus gestos.

Ella había vuelto la cabeza y Titus había visto su rostro, absolutamente original. No es que poseyera alguna peculiaridad destacable en sus rasgos y proporciones, sino que constituía un evidente indicador de todo lo que ella era.

Y sin embargo, no era una especial movilidad de sus rasgos lo que expresaba la independencia de su vida. La línea de la boca raramente se alteraba, excepto cuando, al devorar el pájaro asado, mordía con innecesaria ferocidad. No, antes que expresivo, el rostro era más bien una máscara. Simbolizaba su manera de vivir, no sus pensamientos inmediatos. Tenía el color de un huevo de petirrojo y lo cubría la misma

profusión de pecas. Llevaba los cabellos, negros y espesos, recortados un poco por encima de los hombros. Su cuello torneado se erguía sobre los hombros y era tan flexible que la líquida facilidad con que lo volvía recordaba a una serpiente.

Eran esos movimientos y los de los menudos hombros y la velocidad de los dedos lo que comunicaba a Titus con más intensidad que cualquier expresión facial la calidad de su fanática independencia.

Mientras la observaba, la Criatura arrojó los huesos de la urraca por encima del hombro y, hundiendo la mano en las sombras, sacó de la oscuridad que ella misma proyectaba la talla del cuervo. Dándole vueltas y más vueltas, la miró con atención, pero ni un vestigio de expresión asomó a su cara. Dejó el cuervo a su lado en el suelo, pero la tierra era irregular y la talla cayó de bruces. Sin un segundo de vacilación, lo golpeó con el puño cerrado, como un niño golpearía un juguete en un momento de enfado, y, entonces, poniéndose de pie en un solo movimiento fluido, lo apartó de su camino con un puntapié y el cuervo quedó tirado de lado contra la pared.

De pie, la muchacha se convirtió en algo distinto. Era difícil reconciliarla con la criatura que había estado acuclillada junto al fuego. Se había transformado en un arbolillo. Tenía la cabeza vuelta hacia donde la lluvia caía a raudales, a la entrada de la cueva. Durante un momento, miró la anegada abertura sin mostrar ninguna expresión y luego se dirigió hacia ella, pero al tercer paso se detuvo con el cuerpo tenso y su cabeza giró sobre su cuello. Sus hombros no se habían movido pero, mientras volvía la cabeza, sus ojos escrutaron veloces las paredes de la cueva. Algo la había inquietado.

Su cuerpo esbelto estaba preparado para una acción inmediata. De nuevo sus ojos volaron sobre las paredes atravesando las sombras y, durante un momento, detuvieron su vuelo y, desde su oscuro nicho, Titus vio que la muchacha había descubierto su camisa, empapada y rota, tirada en el suelo.

La muchacha se dio la vuelta y, con un paso a la vez ligero y aprensivo, se acercó a la prenda, que yacía en medio del charco que ella misma había creado. Se acuclilló junto a la camisa y volvió a ser una rana, una criatura casi repulsiva. Sus ojos no dejaban de recorrer la cueva con sospecha y, durante unos instantes, se demoraron en los helechos gigantes que, arqueándose sobre Titus, lo ocultaban entre sus sombras.

Girando la cabeza, miró hacia la boca de la cueva, pero sólo durante un segundo, pues con el siguiente movimiento recogió la camisa y la sostuvo ante sus ojos. El agua chorreaba de los pliegues de la prenda y ella empezó a retorcerla con una fuerza sorprendente y luego la extendió sobre el suelo y la miró con la inexpresiva cabeza ladeada como la de un pájaro.

Medio entumecido por su incómoda postura, Titus se vio forzado a tumbarse para descansar los brazos y estirar la pierna. Cuando volvió a incorporarse sobre un codo, la muchacha ya no estaba junto a la camisa, sino de pie a la entrada de la cueva. Sabía que no podía quedarse donde estaba para siempre. Antes o después tendría que revelar su presencia… y estaba a punto de ponerse de pie sin importarle las consecuencias cuando el resplandor del relámpago le mostró la silueta de la Criatura recortada contra la luz, con la espalda ligeramente arqueada y la cabeza echada hacia atrás para recibir el chorro de lluvia translúcida que, dorada como el relámpago, le caía directamente en la boca vuelta hacia arriba. Durante esa fracción de segundo fue una criatura recortada en papel negro, con el contorno de la cabeza meticulosamente trazado y la boca abierta de par en par, como si quisiera beberse el cielo.

Y entonces se hizo la oscuridad y Titus la vio salir de las sombras y volverse cada vez más visible a medida que se aproximaba a los rescoldos del fuego. Era evidente que la camisa la fascinaba, porque, al llegar junto a ella, se detuvo y la miró, ora desde un ángulo, ora desde otro. Finalmente, la cogió del suelo y, pasándosela por la cabeza y metiendo los brazos en las mangas, se la puso y se quedó allí de pie como si vistiera un camisón.

Titus, cuya concepción de la Criatura había ido de un extremo a otro de su mente, de manera que ya no sabía si era rana, serpiente o gacela, fue incapaz de asimilar la extraña transfiguración que se alzaba a pocos pasos de él.

Todo lo que sabía era que aquello que había buscado tan ávidamente estaba con él en la cueva; que, como él, se había refugiado allí de la tormenta y ahora, como una niña, miraba la camisa que le caía en húmedos pliegues casi hasta los tobillos.

Y olvidó lo que en ella había de salvaje, olvidó su ignorancia, la sangre impura y la velocidad. Sólo veía la inmovilidad. Sólo veía la gracia engañosa de su cabeza inclinada hacia delante. Y, viendo sólo esto, apartó los helechos y se puso de pie.

II

El efecto que su repentina aparición causó en la Criatura fue tan violento que Titus dio un paso atrás. Entorpecida por el nuevo atuendo, saltó a un lado de la cueva donde el suelo estaba sembrado de piedras y, como un relámpago, cogió una y se la tiró a Titus con brutal velocidad. Éste apartó la cabeza, pero la áspera piedra le rozó la mejilla y le lastimó y la sangre empezó a correrle por el cuello.

El dolor y la sorpresa que le inflamaron el semblante contrastaban con las inescrutables facciones de la Criatura. Pero era el cuerpo de Titus el que estaba quieto y el de ella el que se movía.

La muchacha había trepado por la pared de roca en su lado de la cueva y saltaba de cornisa en cornisa en un intento de rodear el tosco círculo de pared bajo la cúpula. Titus se interponía entre ella y la entrada del túnel y en ese momento la muchacha saltó a una posición desde la que podría balancearse por encima de Titus y dejarse caer del lado de la tormenta y, por consiguiente, huir.

Pero, percatándose justo a tiempo de lo que ella pretendía, Titus retrocedió un poco más en el túnel y le bloqueó así la vía de escape. Desde esa posición todavía podía verla. Frustrado su plan, la muchacha saltó de nuevo a una de las cornisas más altas que ya había usado y allí, cuatro metros por encima de Titus, con la cabeza perdida entre los helechos que colgaban del techo, posó la mirada en él sin que su pecoso rostro dejara traslucir ninguna expresión, aunque movía la cabeza continuamente de un lado a otro, como una víbora.

El efecto del golpe en la mejilla despertó a Titus de su éxtasis. Afloró su mal genio y su miedo hacia ella disminuyó, no porque la Criatura no fuera peligrosa, sino porque había recurrido a un método de combate tan vulgar como tirar una piedra. Eso era algo que no podía entender.

Si ella hubiese podido arrancar piedras del techo ahogado de helechos las habría arrancado y se las estaría tirando. Pero incluso mientras la miraba con irritado estupor, Titus sentía por ella un anhelo irracional porque ¿qué hacía sino desafiar, a través de él, al corazón de Gormenghast? Era justamente esa solitaria insurrección lo que primero le llenó de asombro y emoción. Y, aunque el escozor de su mejilla le enfurecía y le hacía desear zarandearla, golpearla y someterla, la gracia con la que volaba de una peligrosa repisa a otra con la larga prenda mojada golpeteando las rocas le había hecho desear sus pequeños pechos y sus esbeltos miembros. Deseaba aplastarlos y dominarlos. Y sin embargo, estaba furioso.

No alcanzaba a comprender cómo la muchacha había sido capaz de desplazarse por la pared de roca con la camisa entorpeciéndole los movimientos, y menos aún a tal velocidad. Las largas mangas aleteaban alrededor de sus manos, pero de algún modo se las arreglaba para asomar los dedos entre los pliegues, una y otra vez, para agarrarse a los salientes.

La muchacha se había detenido y aguardaba acuclillada en las sombras cercanas al techo. La tela mojada se le pegaba al cuerpo adoptando las formas de sus esbeltos miembros como si los hubiesen esculpido. Titus, que la miraba desde abajo, gritó de pronto con una voz que no parecía la suya:

—¡Soy tu amigo! ¡Tu amigo! ¿Es que no me entiendes? ¡Soy lord Titus! ¿Me oyes?

La cara semejante a un huevo de petirrojo lo miró por entre los helechos, pero no hubo más respuesta que lo que sonó como un lejano siseo.

—¡Escúchame! —gritó de nuevo Titus más fuerte que antes, aunque el corazón le latía con tanta violencia que apenas podía articular las palabras—. Te he seguido. ¿No me entiendes…?, te he seguido… ¡Oh!, ¿es que no me entiendes? Me he escapado… —Se acercó un paso más a la pared, de manera que la tuvo casi encima—… ¡Y te he encontrado! ¡Así que háblame, por lo que más quieras! ¿Por qué no dices nada?

Titus vio que la muchacha abría la boca y, en ese momento, podría haber sido un gigantesco fantasma, algo demasiado ajeno a este mundo para ser contenido en las dimensiones terrenas de aquella cueva, algo inconmensurable. Y su boca abierta le dio la respuesta a su pregunta.

—¡Pues habla! —gritó Titus—. ¿Por qué no hablas?

Y eso precisamente era lo que ella no podía hacer, porque el primer sonido que Titus le oyó proferir no guardaba ninguna relación con el habla humana. Ni tampoco su tono daba a entender que le estuviera contestando siquiera en un lenguaje propio. Fue un sonido solitario y aislado que no pretendía comunicar nada. Era interior y tenía una curiosa entonación.

Tan divorciado estaba aquel sonido innominado de los sonidos reconocidos de la garganta humana que a Titus no le cupo duda, no sólo de que ella era incapaz de emplear una lengua civilizada, sino además de que la muchacha no había comprendido una palabra de lo que le había dicho.

¿Qué podía hacer para demostrarle que no era su enemigo, que no tenía ningún deseo de vengar la sangre de su mejilla? Pensar en la herida le dio una idea y de inmediato se arrodilló, sin quitarle la vista de encima, y tanteó el suelo en busca de una piedra mientras los ojos de la muchacha seguían sus movimientos con la concentración de un gato. Titus percibía la tensión de su cuerpo, que vibraba bajo la camisa. Cuando sus dedos se cerraron sobre una piedra, se puso de pie y tendió la mano mostrando el proyectil en la palma abierta. Por fuerza debía darse cuenta de que estaba en disposición de lanzar la piedra contra ella. Mostró la piedra durante unos instantes y luego la tiró hacia atrás por encima del hombro. Al caer, el pedrusco resonó en la sólida roca de la pared que tenía detrás. Sin embargo, ninguna expresión cruzó el pecoso semblante. Lo había visto todo, pero Titus dudaba que hubiera tenido algún sentido para ella. Pero mientras la miraba, se dio cuenta de que la muchacha se aprestaba para cambiar de posición o realizar algún intento de huida. Durante una centésima de segundo, sus ojos se habían apartado fugazmente como para recordarse los puntos de apoyo cercanos y los salientes peligrosos, y de nuevo apartó los ojos del rostro del muchacho, pero esta vez se fijaron en algo que estaba detrás de Titus, al otro lado de la cueva. Rápido como el pensamiento, éste volvió la cabeza y vio algo de lo que se había olvidado por completo, esto es, las dos amplias chimeneas naturales que perforaban la roca y, a cuatro metros sobre la entrada, conducían al exterior.

Así que era aquello lo que intentaría hacer. Sabía que la muchacha no podría alcanzar aquellos respiraderos circulares desde donde estaba, pero si lograba rodear la cueva podría saltar desde el lado opuesto al cañón de la chimenea superior y de allí salir a espacio abierto donde, sin duda, se escabulliría por las paredes tapizadas de musgo gris y chorreantes de lluvia.

Porque la lluvia seguía cayendo con fuerza. Era el trasfondo inevitable de todo lo que hacían. Ya no eran conscientes del continuo bramido, de la voz del trueno o de los relámpagos intermitentes. Se habían convertido en algo normal.

Entonces, la Criatura saltó desde el lugar donde estaba acuclillada y en un instante se encontró en una ancha cornisa un par de metros a su derecha. No parecía haber realizado ningún esfuerzo muscular. Era puro vuelo. Pero, una vez allí, tiró de la camisa de Titus para sacársela por la cabeza, como si se desembarazara de una vela; sin embargo, durante el salto se le había enredado en el cuerpo y, momentáneamente cegada por los pliegues que le cubrían la cara, perdió pie en un instante de pánico y, calibrando mal la superficie de la cornisa, perdió el equilibrio y, con un grito ahogado, cayó al suelo.

Sin darse cuenta, cuando ella saltó a la cornisa más ancha, Titus la había seguido, como atraído por la magia de su movilidad, de manera que, cuando perdió el equilibrio, él estaba a pocos metros de donde la muchacha habría dado con sus huesos en el suelo. Antes de que hubiese caído una distancia mayor que su estatura, Titus ya se había colocado debajo con las rodillas flexionadas, los brazos alzados, las manos abiertas y la cabeza echada hacia atrás.

Pero lo que cogió era tan insustancial que, debido a la conmoción de su ligereza, cayó al suelo con ella en brazos. Las piernas se le doblaron por la sorpresa, como si les hubieran estafado el peso, por ligero que fuera, que estaban dispuestas a sustentar. Había cogido una pluma y ésta le había derribado. Aun así sus brazos se cerraron sobre el duende que se debatía entre la tela fría y húmeda y Titus la sujetó con furiosa energía con el peso de su cuerpo pues, al caer, habían rodado por el suelo y él la había forzado a quedar debajo.

No podía verle la cara, pues la envolvía estrechamente la camisa mojada, pero su forma estaba allí mientras la muchacha sacudía la cabeza de un lado a otro. Era como la cabeza de una estatua de mármol desgastada por el mar, sumergida durante siglos bajo innumerables mareas, excepto donde una franja del tejido tensa sobre la frente adoptaba la forma de las sienes. Titus, cuyo cuerpo se había fundido con su imaginación en una palpitante lujuria, la sujetó aún más brutalmente con el brazo derecho y tiró de la camisa con el izquierdo hasta que el rostro de la muchacha quedó libre.

Y era tan pequeño que Titus empezó a llorar. Era el huevo de un petirrojo y su cuerpo se debilitó cuando el primer beso virgen que temblaba en sus labios pidiendo ser liberado se desvaneció. Apoyó la mejilla en la

de ella. La muchacha había dejado de moverse. Las lágrimas corrían por el rostro de Titus y sentía cómo humedecían la mejilla de ella. Levantó la cabeza. Había llegado muy lejos y sabía que no habría culminación. Sentía el vértigo de una especie de gloria.

La muchacha había vuelto la cabeza a un lado sobre el suelo y miraba fijamente algo. Su cuerpo se había puesto rígido. Durante un momento se había fundido y había sido como un arroyo en sus manos, pero se había vuelto de nuevo como el hielo.

Lentamente, Titus volvió la cabeza y allí estaba Fucsia, chorreando lluvia, con los cabellos empapados colgándole como serpientes por la cara y con las manos en ésta.

III

De pronto Titus supo que estaba solo en el suelo. La manga de la camisa continuaba apretada en su puño, pero la Criatura se había ido.

Había olvidado que existiera otro mundo, un mundo en el que tenía una hermana y una madre, en el que era conde. Se había olvidado de Gormenghast.

Y entonces oyó el agudo grito de escarnio que nunca olvidaría. Se levantó de un salto y corrió tambaleándose hacia la entrada de la cueva. Allí la vio, de pie bajo el aguacero, con el agua hasta las rodillas, desnuda como la lluvia. El rayo caía continuamente, ora iluminándola como si ella misma fuese una criatura de fuego, ora parpadeando sobre su cuerpo con una fosforescencia amarilla.

Mientras la miraba, una especie de éxtasis le arrebató. No sentía que la hubiese perdido, sino sólo el ciego y jactancioso orgullo de haber tenido entre sus brazos a aquella criatura desnuda que en ese momento volvía a chillar desdeñosamente en un lenguaje propio.

Era el fin. En el fondo, Titus sabía que no podía esperar nada más. Sus dientes se habían clavado en el oscuro corazón de la vida. La miró casi con indiferencia, porque todo formaba ya parte del pasado, y hasta el presente era insignificante frente a su orgulloso recuerdo.

Pero cuando, desde el corazón de la tormenta, se desató aquella ardiente llamarada y, abriéndose camino entre el deslumbrado diluvio, consumió a la Criatura como si fuera una hoja seca, y cuando Titus supo que el mundo la había perdido para siempre, algo en su interior se desvaneció, algo escapó o se consumió del mismo modo que ella se había consumido. Algo había muerto y desaparecido sin dejar rastro.

A los diecisiete años entró en un nuevo país. Era su juventud lo que había muerto. Su mocedad ya era cosa del recuerdo. Se había convertido en un hombre.

Se volvió sobre sus pasos y regresó junto a Fucsia, que se había recostado contra la pared. No pudieron decir palabra.

¡Qué penosamente humana era! Cuando separó los largos mechones que le cubrían el rostro y vio su indefensión y cuando ella le apartó la mano con la cansada desilusión de una mujer que le doblaba la edad, por primera vez fue consciente de su propia fuerza.

En un momento en el que debería estar destrozado por la escena que acababa de presenciar, por la muerte de su imaginación, descubrió que no sentía ningún pesar. Era él mismo. Era libre por primera vez. Había aprendido que existían estilos de vida distintos del de su gran hogar. Había completado una experiencia. Había vaciado la brillante copa de la aventura de un solo trago. El cristal de esa copa yacía hecho añicos en el suelo. Pero con la belleza y la fealdad, el hielo y el fuego de ella en la lengua y en la sangre podía empezar de nuevo.

La Criatura estaba muerta… muerta… el rayo la había matado pero, de no haber estado Fucsia presente, habría gritado de felicidad porque había crecido.

IV

Exhaustos, permanecieron sentados uno al lado del otro y pasó mucho tiempo antes de que intercambiaran palabra. Titus había convencido a Fucsia para que se quitara el largo vestido rojo, lo había escurrido y lo había tendido ante el fuego que había vuelto a encender. Deseaba marcharse de la cueva. Ahora sólo era roca muerta. Era asunto acabado. Pero Fucsia, mareada por el cansancio, no estaría en condiciones de emprender el viaje de regreso hasta al menos una hora después.

Mientras se paseaba por la cueva, Titus reparó en algunos pájaros muertos sobre un saliente de roca, pero no había vuelto a sentir hambre.

Entonces oyó la voz de Fucsia, muy baja y grave.

—Pensé que estarías aquí. Ya me encuentro mejor. Deberíamos volver. El agua está subiendo.

Titus fue rápidamente hasta la boca de la cueva. Era cierto. Corrían peligro. Lejos de remitir, la lluvia era más intensa que nunca y se acumulaba en unas formidables masas de nubes.

Volvió de prisa junto a su hermana.

—Les dije que habías perdido la memoria —dijo—. Les expliqué que ya te había pasado antes. Has de decir lo mismo. Nos separaremos cerca del castillo. Vamos.

Se puso de pie y se pasó el húmedo vestido rojo por la cabeza. Tenía el corazón desgarrado por la decepción. Había temido por la seguridad de Titus y arriesgado el pellejo por él, pero esperaba que se sentiría orgulloso de ella. Con lo que le había costado llegar, y todo para encontrarlo con… ¡la Criatura!

Aferrándose feroz y dolorosamente a su orgullo, se juró que nunca le preguntaría, nunca hablaría de ella. Siempre había creído que no había nadie tan próximo a Titus como ella o que, de haberlo, él se lo diría. Sabía que sólo era su hermana, pero tenía una fe ciega en que, aunque le hubiera desafiado con lo de Pirañavelo, él la necesitaba más de lo que ella había necesitado a Pirañavelo.

Titus la miró mientras se metía la andrajosa y fatídica camisa por los pantalones.

—Está muerta, Fucsia.

Ella alzó la cabeza.

—¿Quién? —murmuró.

—La muchacha salvaje.

—¿La… muchacha… salvaje…? ¿Tan de repente?

—El rayo.

Fucsia se volvió hacia la boca de la cueva y empezó a avanzar hacia la tormenta.

—Oh, Dios —susurró como si hablara para sí—. ¿Es que no hay más que muerte y brutalidad? —Y, sin volverse, pero alzando la voz, añadió—: No me cuentes nada, Titus, no me lo cuentes. Prefiero no saber nada. Vive tu vida y yo viviré la mía.

Titus se reunió con ella en la boca de la cueva. Ante ellos se abría un panorama aterrador. El paisaje estaba saturándose de agua. No había tiempo que perder.

—Sólo tenemos una posibilidad —dijo Titus.

—Lo sé —dijo Fucsia—. El túnel.

Salieron juntos y recibieron el peso de la cascada que manaba del cielo. A partir de ahí, su viaje fue una pesadilla de agua. Una vez tras otra se salvaron mutuamente del traicionero aguacero mientras avanzaban vadeando las aguas hacia la entrada del largo pasadizo subterráneo. Sufrieron un centenar de incidentes. Sus pies se engancharon en hiedras submarinas, tropezaron con arbustos sumergidos, junto a ellos cayeron al agua las ramas de los árboles y por poco no les golpearon o los hundieron. En varias ocasiones se vieron obligados a volver sobre sus pasos y a dar grandes rodeos allí donde las aguas eran demasiado profundas o pantanosas. Cuando al fin llegaron a la alta pendiente de la colina estaban casi ahogados. Pero el túnel seguía allí y, aunque el agua había empezado a filtrarse por su negra garganta, su alivio al verlo fue tal que,

sin pensarlo, se abrazaron. Durante un fugaz instante, el tiempo retrocedió y volvieron a ser hermana y hermano en un mundo sin amarguras.

Habían olvidado que el túnel fuera tan largo, tan sumamente oscuro, tan saturado de barbarie vegetal, de raíces traicioneras y de inmunda podredumbre. A medida que se acercaban al castillo, el agua era más y más profunda, pues el paisaje que rodeaba Gormenghast formaba un declive gradual y los inmensos laberintos de desordenadas edificaciones se hallaban en el centro de una inconmensurable depresión.

Cuando al fin pudieron ponerse derechos y salieron del túnel y empezaron a vadear los corredores que llevaban a los Salones Vacíos, el agua les llegaba a la cintura.

Su avance era exasperantemente lento. Se abrían paso dificultosamente por el pesado elemento, con las aguas negras arremolinándose en torno a ellos. A veces subían escaleras y podían descansar un poco en el escalón más alto, pero no podían quedarse mucho, porque el agua no dejaba de subir. Fue una suerte que Titus estuviera familiarizado con la ruta que les condujo gradualmente hasta aquel lugar detrás de la gigantesca escultura por donde, hacía mucho tiempo, había escapado de Bergantín para perderse en aquellos húmedos pasadizos que en ese momento transitaban.

Al fin llegó, el alto detrás de la estatua. Titus iba delante y rodeó la base de la escultura y, asomándose con cautela, miró a derecha e izquierda del oscuro corredor. Estaba desierto, lo que no era de extrañar. Allí, como en todas partes, el agua se extendía como una enorme alfombra en lento movimiento. Resultaba evidente que el aguacero había penetrado por todas partes y que se había evacuado el piso inferior de Gormenghast. Su habitación estaba en la planta de arriba y la de Fucsia quedaba también por encima del nivel de las aguas. Fucsia se había reunido con él, y se disponían a internarse en el agua y emprender los caminos separados que les llevarían a sus respectivas habitaciones, cuando oyeron un chapoteo y Titus arrastró a su hermana hacia atrás. El sonido se repetía con regularidad y, cuando se hizo más fuerte, vieron en el agua el reflejo de una tenue luz roja que se acercaba desde el oeste.

Esperaron conteniendo el aliento y, al poco, vieron la chata proa de una batea o balsa estrecha que se deslizaba ante sus ojos. Un hombre más bien mayor iba sentado en un banco bajo en el centro. Sostenía en cada mano una corta pértiga que hundía simultáneamente a cada lado de la embarcación. No tenían que hundirse mucho antes de golpear la piedra del fondo e impulsar la batea con suavidad y sin prisas. En la proa había una linterna roja, y atravesada en la popa había un arma de fuego amartillada.

Tanto Titus como Fucsia habían visto a ese hombre antes. Era uno de los muchos centinelas o vigilantes que habían sido destacados para patrullar los pasadizos inferiores. Estaba claro que ni la tormenta ni la desaparición de Titus habían provocado una relajación de la búsqueda, día y noche, de la bestia de rostro bicolor.

En cuanto la luz de la linterna y su rojo reflejo se perdieron en la distancia, los hermanos vadearon el corredor hasta la escalinata más próxima.

Mientras la subían se dieron cuenta, incluso antes de alcanzar el primero de los extensos pisos, de que se había operado un gran cambio. Pues al alzar la mirada vieron, sobresaliendo por encima de la baranda de piedra, altas pilas de libros y muebles, tapices y vajillas, pilas de canastas con objetos más pequeños, alfombras y espadas, de tal modo que el rellano parecía un gran almacén o bazar.

Y tumbados en las mesas o repantigados en las sillas en todas las posturas de la fatiga posibles había un buen número de hombres exhaustos. Todavía se veían algunas linternas encendidas, pero nadie parecía despierto y nada se movía.

Pasando de puntillas junto a los durmientes y dejando sendos regueros de agua a su paso, Titus y Fucsia llegaron al fin a la bifurcación de dos corredores. No tenían tiempo para entretenerse o hablar, pero se detuvieron un momento y se miraron.

—Aquí nos separamos —dijo Fucsia—. No olvides lo que te he dicho. Perdiste la memoria y te descubriste en los bosques. Yo no te he encontrado. En ningún momento nos hemos visto.

—No lo olvidaré —dijo Titus.

Se dieron la espalda y, siguiendo caminos divergentes, desaparecieron en la oscuridad.

SESENTA Y NUEVE

No había alma viviente en Gormenghast que recordara una tormenta comparable a aquel negro e interminable diluvio que, después de anegar la campiña circundante, siguió subiendo minuto a minuto y lamía ya los rellanos del primer piso.

Los truenos eran continuos. Los rayos se encendían y apagaban como si un niño jugara con un interruptor. Sobre la vasta extensión de agua, las pesadas ramas de los árboles arrancados flotaban y se sacudían como monstruos. Los peces del río de Gormenghast nadaban por todas partes y se los podía ver entrando por las ventanas inferiores del castillo.

Allí donde el terreno era elevado, donde una roca aislada o una atalaya quebraban la superficie, se congregaban animalillos de todo tipo que se apiñaban en masas heterogéneas sin preocuparse los unos de los otros. El más vasto de estos santuarios naturales era, por supuesto, la Montaña de Gormenghast, que se había convertido en una isla de trágica belleza con el denso bosque emergiendo de las aguas en su base y el cráneo chorreante parpadeando tétricamente con el reflejo de los vibrantes relámpagos.

El grueso de los animales todavía vivos se congregaba, naturalmente, en sus laderas, y sobre ella el cielo, aun siendo violento e inhóspito, nunca se veía libre de pájaros que volaban en círculo y gritaban.

El otro gran santuario era el propio castillo, hacia cuyas murallas nadaban los zorros exhaustos, acompañados por liebres, ratas, tejones, vencejos, nutrias y otras criaturas del bosque y del río.

Convergían desde todos los puntos cardinales, y sólo sus cabezas emergían de las aguas. Llegaban jadeantes y con los brillantes ojos clavados en los muros del castillo.

Aquel sombrío asilo, al igual que la Montaña (que se erguía enfrente, del otro lado de los lagos azotados por la lluvia que no tardarían en formar un mar interior), se había convertido en una isla. Gormenghast había quedado incomunicado.

Apenas los habitantes de Gormenghast se convencieron de que la que se había desatado sobre ellos no era una tormenta corriente y de que las ramificaciones exteriores del castillo se hallaban ya amenazadas y eran susceptibles de quedar aisladas de la mole principal y de que los edificios anexos, en particular los establos y las construcciones de madera, corrían el peligro de ser barridos por el agua, se ordenó la evacuación de los distritos más remotos, se convocó de inmediato a los Tallistas Brillantes y se trasladó al ganado de los establos al interior del castillo. Se destacaron grupos de hombres y muchachos con la misión de rescatar y guardar carros, arados y toda clase de aperos de labranza. Todo esto, junto con los carruajes y los arreos de los caballos, se almacenó temporalmente en la armería situada al este de uno de los patios interiores. El ganado y los caballos fueron concentrados en el gran refectorio de piedra, y se separó los animales mediante improvisadas barreras elaboradas principalmente con las ramas arrancadas por la tormenta que no dejaban de amontonarse bajo las ventanas meridionales.

Los Moradores de Extramuros, ya dolidos por el insulto de la interrumpida ceremonia, no estaban de humor para regresar al castillo, pero cuando la lluvia empezó a debilitar los cimientos de sus campamentos, se vieron forzados a acatar la orden que habían recibido y realizaron un malhumorado éxodo desde sus antiquísimos hogares.

Lejos de ser apreciada, la magnanimidad mostrada hacia ellos en momentos de peligro los resintió todavía más. En un momento en que no tenían más ocupación que recluirse y cavilar sobre la ruin ofensa sufrida a manos de la Casa de Groan, se veían obligados a aceptar la hospitalidad de su mascarón de proa. Echándose al hombro sus criaturas y sus escasas posesiones, una horda de embrutecidos descontentos entró en el castillo con el agua gorgoteando a la altura de sus rodillas.

Una extensa península del castillo, una construcción de tosca mampostería de un kilómetro y medio o más de longitud y varios pisos de altura fue asignada a los Tallistas. Allí, sobre el mohoso entarimado del suelo, marcaron sus territorios o emplazamientos mediante gruesas líneas trazadas con pedazos de yeso.

En esa atmósfera saturada floreció su amargura e, incapaces de desfogar su bilis contra Gormenghast, la gran abstracción, se volvieron unos contra otros. Se recordaron viejas cuentas pendientes y una especie de maldad inundó el alargado y sombrío promontorio. El rencor llenaba todos los pisos. Sus hogares de barro estaban destruidos. Se habían convertido en algo que jamás hubieran admitido en los días en que vivían en abierta miseria fuera de los muros del castillo: se habían convertido en seres dependientes.

Desde las ventanas veían el oscuro aguacero. Cada día que pasaba, el hinchado horror del negro vientre preñado de las nubes confería al cielo un aire más denso y turbio. Desde las galerías superiores del distante límite del promontorio, los prisioneros, pues eso eran a todos los efectos a pesar de su nombre, podían vislumbrar la Montaña de Gormenghast. Con las primeras luces del alba o a la luz de los relámpagos durante la noche, veían cómo las aguas iban trepando por su falda. Se tomaba como referencia la rama horizontal de un árbol lejano o alguna peculiaridad de la roca cercana al límite del agua, y calcular a qué velocidad subía la riada se convirtió en el morboso objeto de su interés.

Y entonces encontraron una especie de desahogo, no procedente de fuentes externas, sino gracias a la previsión de un viejo tallista, y este desahogo de su frustración se materializó en la construcción de barcos. No se trataba de un trabajo de talla en el sentido creativo en el que destacaban, pero al menos era talla. En cuanto se lanzó la idea, ésta originó ondas que se difundieron de extremo a extremo de la península.

El hecho de no poder tallar había sido tan mortificante como el insulto que habían tenido que tragar. Sus limas y cinceles, sus sierras y martillos habían sido lo primero que reunieron cuando se disipó toda esperanza de permanecer en sus chozas. Pero no habían podido llevar con ellos la pesada madera o las raíces que siempre habían usado. De todos modos, en la presente situación, su antiguo material resultaría inútil. Se requería algo de naturaleza muy distinta para la construcción de barcas, balsas o piraguas y no pasó mucho antes de que las inútiles vigas que recorrían los techos, los paneles de las paredes interiores, las mismas puertas y, cuando era posible, los marcos y el entarimado del suelo empezaron a desaparecer. La competencia entre las familias para acumular, dentro de los límites marcados con tiza, pilas de tablas y maderas era implacable y sombría, sólo comparable con la subsiguiente rivalidad para construir no sólo la embarcación más estanca y marinera, sino la más bella y original.

No pidieron permiso; actuaron de manera espontánea, arrancando o desgajando paneles y entarimados. Pasaron horas encaramados a los techos entre vigas mugrientas y serraron buen pino y troncos de roble negro. Robaban de noche y de día negaban sus robos. Organizaron guardias y emprendieron expediciones; discutieron sobre la seguridad de los suelos, sobre qué maderas resultaba peligroso quitar y cuáles eran ornamentales. Aparecieron grandes agujeros en los suelos a través de los cuales los harapientos niños arrojaban polvo y basura sobre las cabezas de los Tallistas del piso inferior. La vida de los Moradores de Extramuros casi había vuelto a la normalidad. La amargura era su pan, y la rivalidad, su vino. Y las barcas empezaron a tomar forma y el aire se llenó del sonido de los martillos mientras en la penumbra, con la lluvia azotando las ventanas y los truenos retumbando, embarcaciones de mil formas crecían en belleza.

Entre tanto, en la planta principal del castillo queda poco tiempo para otra actividad que no fuera trasladar arriba, siempre hacia arriba, los incontables objetos de Gormenghast.

El segundo piso era, a esas alturas, inhabitable. Las aguas, que se habían nivelado llenando el interior de panal del castillo, se habían convertido en algo más que una amenaza para la propiedad. Un número creciente de los menos ágiles o inteligentes había perecido ya, atrapados o ahogados. Muchas puertas eran impracticables debido a la presión del agua o se perdía el rumbo entre los desconocidos canales.

Pocos eran los que no se dedicaban a la deslomante actividad de carretear un mundo de pertenencias decenas de escaleras arriba.

El ganado, tan necesario para la supervivencia de la población aislada, había cambiado de ubicación una y otra vez. Mientras se lo conducía por las escaleras más anchas, no era nada fácil controlar su pánico. Las robustas balaustradas cedían como si fueran cerillas, y la presión de los rebaños en ascenso había doblado las barandas de hierro. Se habían desprendido pedazos de la mampostería y un enorme león de piedra que coronaba una escalinata había caído por el hueco de la escalera arrastrando a la muerte en las frías aguas inferiores a cuatro novillas.

Los caballos subieron uno a uno: sus cascos piafaban en los peldaños y los ollares dilatados y el blanco de los ojos brillando en la oscuridad delataban su miedo.

Una docena de hombres pasaba el día subiendo montones de heno a las salas superiores. Habían tenido que abandonar los carros y los arados, al igual que una larga lista de irreemplazable maquinaria e impedimenta pesada de todo tipo.

En cada piso se abandonaba a merced de las aguas ascendentes un batiburrillo de cosas. La armería era un rojo estanque de herrumbre. Una docena de bibliotecas se habían convertido en pantanos de pulpa.

Había cuadros flotando por los largos corredores o que poco a poco eran descolgados de sus alcayatas. Las grietas en la madera y el ladrillo y las pequeñas cuevas entre las piedras quedaron limpias de la compleja vida insectil. Donde generaciones de lagartos habían llevado su secreta existencia ahora sólo había agua. El agua se elevaba como el terror, de viscoso centímetro en viscoso centímetro.

Las cocinas fueron trasladadas a la más alta de las zonas disponibles. Recoger y transportar las mil y una cosas necesarias para alimentar al castillo había sido en sí misma una epopeya, como también lo había sido el frenético embalado y evacuación de la Biblioteca Central de los manuscritos tradicionales, las leyes sagradas del Ritual y los millares de volúmenes de referencia sin los cuales la compleja maquinaria de la vida del castillo jamás podría reinstaurarse. Los pesados arcones cargados de los sacrosantos y amarillentos documentos fueron trasladados de inmediato a las buhardillas más altas, y se pusieron dos centinelas de guardia.

A medida que los rellanos se llenaban de los objetos rescatados, los hombres, exhaustos, con las camisas pegadas a la espalda y las frentes reluciendo como la cera a causa del sudor que acababa entrándoles en los ojos, maldecían la tormenta, maldecían el agua, maldecían el día en que nacieron. Parecía que aquella magna labor de acarrear al hombro cajas gigantescas por escaleras tortuosas, de tirar de cuerdas sólo para oír cómo se rompían con un chasquido y la carga se precipitaba de cabeza por los pisos que tanto les había costado salvar, el dolor de sus cuerpos y muslos, aquella terrible fatiga, se desarrollaba desde siempre. La mecánica de cuerdas e instrumentos, de un centenar de improvisados inventos, de palancas y manivelas, el chirrido de poleas caseras, el gradual traslado escaleras arriba de materias primas y metales, de combustible, grano y tesoros, de vinos y acopios de maderas diversas, todo esto no tenía fin. Procedentes de almacenes, depósitos, bodegas y naves, procedentes de polvorines, trasteros y arcas, de graneros y arsenales, procedentes de las espléndidas alcobas de días pasados donde las grandes piezas enmohecían, procedentes de las habitaciones privadas de incontables funcionarios, procedentes de los refectorios y dormitorios de los hierofantes… procedentes de todos estos lugares, todas las cosas ascendían: mobiliario, bienes muebles, las obras de la vanidad y las obras de arte, desde las enormes mesas de roble tallado al más ínfimo de los brazaletes de plata.

Pero toda esta actividad no carecía de organización. Tras ella había un cerebro activo. Un cerebro que había estado dormitando desde la juventud, que llevaba tanto tiempo privado de un objetivo que había hecho falta nada menos que la rebelión de Pirañavelo para obligarlo a bostezar y desperezarse. Ahora estaba plenamente despierto. Pertenecía a la condesa.

Era ella quien había dado las primeras órdenes, quien había convocado a los Tallistas Brillantes, y quien, con un gran mapa del distrito central de Gormenghast desplegado ante sí, permanecía sentada a una mesa en uno de los rellanos principales y, coordinando las múltiples actividades de salvamento y reubicación, no había dado tiempo a sus súbditos para que pensaran en el peligro que corrían, sino únicamente en sus deberes inmediatos.

Desde donde estaba sentada, podía ver los últimos objetos rescatados del rellano inferior. El agua casi había alcanzado el quinto peldaño de aquella escalera. Miró a los cuatro hombres que se afanaban sobre un largo arcón negro. Mientras lo movían, iba chorreando el agua que lo llenaba. Paso a paso fue izado al ancho rellano. Una infinidad de objetos flotaban en el agua. Cada piso había entregado a la crecida su cuota de cosas perdidas, olvidadas o sin valor. Las regiones inferiores alzaban sus bienes flotantes centímetro a centímetro hasta las zonas superiores, donde, reforzadas por nuevas flotillas recién botadas, la heterogénea resaca crecía sin cesar.

Durante unos instantes, la condesa observó las negras aguas que anegaban el hueco de la escalera antes de volverse a un grupo de mensajeros que aguardaban ante ella.

En el momento en que se daba la vuelta, un nuevo mensajero apareció jadeando. Había ido a verificar los rumores que habían llegado al centro del castillo de que los Tallistas Brillantes se habían entregado a la construcción de barcos y habían poco menos que desguarnecido el promontorio.

—¿Y bien? —dijo la condesa mirando al mensajero.

—Es cierto, señoría. Están construyendo embarcaciones.

—Ah —dijo la condesa—. ¿Y qué más?

—Piden toldos, señoría.

—Toldos. ¿Por qué?

—Al igual que aquí, los pisos inferiores se han inundado. Se han visto obligados a botar sus barcas, sin terminar, por las ventanas. Carecen de protección contra la lluvia. Los pisos superiores les han negado la entrada, pues ya están abarrotados.

—¿Qué clase de barcos?

—De todas las formas, señoría. De una factura excelente.

La mujer apoyó la barbilla en su gran mano.

—Preséntate al Maestro de las Colgaduras Rústicas. Que envíe todo el lienzo que se haya salvado. Informe a los Tallistas de que sus embarcaciones serán requisadas en caso de emergencia. Han de construir todos los navíos que puedan. Que venga el Custodio de las Barcas Fluviales. Disponemos de algunas embarcaciones propias, ¿no?

—Creo que sí, señoría. Pero no muchas.

—¡El siguiente mensajero! —exclamó la condesa.

Un anciano se adelantó.

—¿Y bien? —dijo ella.

—No veo señal de que la tormenta vaya a escampar —dijo—. Por el contrario…

—Bien —terció la condesa.

Ante esta afirmación, todos los ojos se volvieron hacia ella. Al principio no daban crédito a sus oídos. Pero al mirarse los unos a los otros los cerca de veinte funcionarios y mensajeros que la rodeaban comprobaron que no habían entendido mal. Todos estaban igual de atónitos. La mujer había hablado con voz queda y grave, casi en un susurro. «Bien», había dicho. Era como si hubiesen oído un pensamiento privado.

—¿Está aquí el Jefe de Rescate Pesado?

—Sí, señoría. —Una fatigada y barbuda figura se adelantó.

—Deje descansar a sus hombres.

—Sí, señoría, lo necesitan.

—Todos lo necesitamos. ¿Y qué? Las aguas suben. ¿Tiene la lista de prioridades?

—Sí.

—¿Tienen los jefes de cada sección su copia de trabajo?

—La tienen.

—Dentro de seis horas, las aguas estarán a nuestros pies. Dentro de dos horas hay que convocar a todas las manos. No será posible pasar la noche en este nivel. La Escalera Ajedrezada es la más ancha. Tiene mi orden de prioridades: ganado, carne, maíz, y así sucesivamente, ¿lo tiene?

—Naturalmente, señoría.

—¿Están cómodos los gatos?

—Disfrutan de las doce buhardillas azules.

—Ah… y entonces… —perdió el hilo.

—¿Señoría?

—… y entonces, caballeros, empezaremos. Las aguas crecidas nos unen, ¿no es así, caballeros?

Los otros se inclinaron en un perplejo asentimiento.

—Cada hora que pasa disminuyen las habitaciones utilizables. Nos estamos viendo forzados a subir, pero todo tiene un límite. Díganme, caballeros, ¿pueden los traidores vivir del aire? ¿Pueden masticar las nubes o tragar el trueno o llenarse la panza de relámpagos?

Los caballeros negaron con la cabeza y se miraron.

—¿O pueden vivir bajo la superficie del agua como la piraña que veo a mis pies en la oscuridad? No. Él es como nosotros, caballeros. ¿Están apostados los centinelas, como de costumbre? ¿Está vigilada la cocina?

—Lo está, señoría.

—¡Ya es suficiente! Estamos perdiendo el tiempo. Dé la orden de que se conceden dos horas de descanso. Retírense.

Se levantó mientras la audiencia se retiraba a propagar sus instrucciones y se inclinó sobre la pesada balaustrada que circundaba la escalinata. El agua había subido medio escalón desde que le empezaran a hablar de las barcas de los Tallistas. Se apoyó allí, como algo de un tamaño sobrenatural, con los pesados brazos cruzados sobre la balaustrada y un mechón de sus rojos cabellos colgando sobre la ancha frente pálida, mientras su mirada se concentraba en el punto donde las negras aguas giraban en el hueco de la escalera.

SETENTA

Cuando la condesa supo del regreso de Titus al castillo, lo mandó llamar de inmediato y escuchó de su boca el relato de cómo el calor lo había abrumado y cómo había perdido la memoria y que, transcurrido no sabía cuánto tiempo, se encontró solo en la linde del bosque de Gormenghast.

Mientras Titus le contaba aquellas mentiras, ella se limitó a mirarlo sin hacer comentarios, a excepción de preguntarle, tras un prolongado silencio, si, a su regreso, había visto a Fucsia.

—Digo a tu regreso —había añadido—, puesto que al marcharte no estabas en condiciones de reconocer a nadie. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, madre.

—Y ¿la viste en el camino de regreso o después de llegar al castillo?

—No.

—Haré correr tu historia por el castillo. Antes de una hora, se informará a los Tallistas de tu pérdida de memoria. Tu amnesia fue muy inoportuna. Puedes retirarte.

SETENTA Y UNO

La lluvia siguió sin remitir durante poco menos de dos semanas. Una proporción tan grande del castillo se encontraba ya bajo las aguas que, a pesar de la lluvia, fue necesario instalar campamentos en las azoteas adecuadas, a las que se accedía a través de trampillas en los desvanes. La aglomeración en las zonas altas era espantosa.

La primera de las flotillas requisadas fue conducida a través de las aguas desde el promontorio de los Tallistas. En el viaje de regreso por las azoteas y los pisos superiores, se les permitió llevarse toda la madera suelta que encontraran.

La condesa disponía de una amplia y hermosa embarcación. Estaba diseñada para remeros y tenía un gran espacio en la popa para que se sentara y manejara el timón con comodidad.

Se proporcionó a los Tallistas pez y grandes bidones de pintura, y aquella sólida nave fue decorada con motivos en rojo, negro y dorado. Su proa se alzaba sobre el agua con una gracia imponente y tranquila, culminada con la cabeza tallada de un ave de presa, de un oscuro color escarlata, las plumas talladas del pescuezo y la calva frente, los ojos amarillos y circundados de pétalos, como las flores del girasol, y el pico curvo negro y siniestro. La idea del mascaron de proa había sido casi universalmente adoptada por los Tallistas, y se volcaba en ellos tanto esmero como en la estructura y seguridad de los navíos.

Un día, Titus fue informado de que habían creado una embarcación especialmente para él y que le aguardaba en un corredor meridional. Al punto fue solo al lugar donde estaba anclada. En cualquier otro momento, Titus habría gritado de alegría al recibir aquella esbelta y plateada criatura de los canales, tan exquisitamente equilibrada sobre las aguas, al permitírsele saltar de la mesa empapada e inamovible que asomaba a medias entre las aguas en el séptimo piso del castillo a aquella canoa que, a diferencia de las que había visto en los dibujos de sus libros de infancia, parecía ansiosa de hacerse a la mar a golpe de remo.

Lo cierto es que le gustaba, pero con cierta amargura. Parecía recordarle todo aquello que vagamente deseaba. Le recordaba los días en que casi no sabía que era conde, cuando no tener padre ni gozar del afecto de su madre parecía normal, cuando aún no había visto violencia ni muerte ni corrupción. Días en que no había un Pirañavelo suelto como una sombra maligna que lo oscurecía todo y le ponía los nervios a flor de piel. Y, aún más, la liviana canoa le recordaba los días en que nada sabía de la terrible antítesis que abrigaba en su interior, aquel tira y afloja de su cabeza y su corazón en direcciones opuestas, las lealtades divididas, el creciente y febril anhelo de escapar de todo lo que significaba Gormenghast, y el indeleble e irracional orgullo de su linaje, y el amor que sentía, tan profundo como el odio, hacia la más insignificante de las frías piedras de su hogar sin amor.

¿Qué otra cosa podría haber hecho aflorar las lágrimas a sus ojos cuando empuñó el remo que le tendían y hundió la pala azul en las sombrías aguas? Era el recuerdo de algo que había volado con la misma seguridad que había volado su infancia, algo tan liviano, rápido e indomable como sin duda lo sería aquella embarcación. Era el recuerdo de la Criatura.

Hundió el remo. Aquella artesanal obra maestra inclinó, por así decirlo, su amable y angosta cabeza, susurró una curva de plata hacia el norte y, deslizándose a través de una oscura galería, saltó adelante ante la aceleración de sus golpes de remo. Delante, en el límite de la perspectiva marcada por la oscilación del agua, un punto de luz se acercaba a gran velocidad mientras él se deslizaba sobre las aguas de un negro corredor inundado casi sin tocarlas y, con cada golpe de remo, se acercaba más y más al frío piélago revuelto por la lluvia.

Y entre tanto, su corazón lloraba y la belleza y la alegría de todo aquello eran los agentes de su dolor. Por rápido que cruzara, no podía dejar atrás su cuerpo o su mente. El remo se hundía y la embarcación volaba pero no podía dejar atrás su atormentado corazón. Volaba junto a él sobre las aguas sepulcrales.

Entonces, al aproximarse a una ventana casi superada por las aguas, se dio cuenta de lo peligrosamente

cerca de la superficie que estaba el dintel. La luz exterior había ganado una considerable intensidad durante la última hora, y el reflejo del cuadrado luminoso era tan potente que Titus había tenido la falsa impresión de que toda la superficie iluminada era una abertura por la que podía pasar. Pero en ese momento veía que sólo disponía de la mitad superior para pasar. Avanzando raudo hacia la ventana, se echó atrás de repente y, con la cabeza por debajo del nivel de la borda y con los ojos cerrados, oyó un leve rasgado cuando, enfilando la ventana, la delicada proa de la nave rozó el dintel.

De pronto tenía el ancho cielo encima. Un mar interior se extendía ante él. Llovía copiosamente pero, comparado con el prolongado diluvio que habían acabado aceptando como normal, aquello era navegar con buen tiempo. Dejó que aminorase la velocidad de la canoa y, cuando se detuvo con un bamboleo, la hizo girar con un golpe de remo y allí, ante él, las moles superiores de su reino aparecieron quebrando la superficie: grandes islas de roca pelada en la que las inclemencias del tiempo habían salpicado con incontables ventanas semejantes a cuevas o los nidos del águila marina. Archipiélagos de torres, formaciones de puños macilentos coronadas por nudillos de roca y otras torres con cabezas tan quebradas que parecían altos y siniestros púlpitos, negras tribunas para la tutela del mal.

En ese momento, una náusea de frío vacío resonó en su interior como si sacudieran un badajo en la hueca campana de sus entrañas. Una exquisita sensación de soledad creció en su pecho como una burbuja de vidrio en expansión.

La lluvia había dejado de caer. Las aguas revueltas habían quedado silenciosas e inmóviles y habían adquirido una negra tanslucidez. A flote sobre un elemento abismal, miró abajo, donde, muy lejos, crecían los árboles, serpenteaban los senderos conocidos, hacia donde los peces nadaban entre los castaños y, lo más extraño de todo, hacia el sinuoso cauce del río de Gormenghast, tan lleno de agua que ninguna era suya.

¿Qué había en todo aquello que le llenaba los ojos de admiración y placer, qué relación tenía todo aquello con la expoliadora inundación, la destrucción de tesoros, la muerte de muchos, la cacería de Pirañavelo, quien, llevado lentamente hacia arriba, seguía escondido? ¿Era allí donde vivía Fucsia? ¿Y el doctor y la condesa, su propia madre, quien, por lo visto, después de intentar acercarse a él, había vuelto a alejarse?

En un estado de sobreexcitada melancolía, empezó a avanzar sobre las quietas aguas, hundiendo el remo de cuando en cuando. Una luz mortecina jugueteaba sobre las aguas que caían en finas cascadas de los tejados sin canalones.

Al aproximarse a las islas de Gormenghast, divisó hacia el norte la armada de los Tallistas como joyas dispersas en las aguas grises. Justo delante de él estaba el muro a través de una de cuyas ventanas se había deslizado tan peligrosamente. Lo que quedaba de la ventana y de las que había a ambos lados estaba ahora sumergido, y Titus supo que se había evacuado otro piso del castillo central.

Este muro, que formaba la roma nariz de un largo promontorio de roca, tenía su réplica un kilómetro y medio hacia el este. Entre ambos se extendía una vasta y sombría ensenada cuya superficie no se veía alterada por nada. Al igual que su gemelo, aquel promontorio no tenía ventanas abiertas sobre el nivel de las aguas. El agua tenía que subir todavía unos cuatro metros para poder colarse o afectar a la siguiente hilera de ventanas. Pero al volver la vista hacia la base o curva de la gran bahía, donde, de haber sido una verdadera bahía, probablemente se extenderían las arenas de una playa, Titus vio que las ventanas más alejadas de aquella hilera de riscos, desde allí no mayores que un grano de arroz, distaban, a diferencia de las de los promontorios, de ser regulares.

Aquellos muros cubiertos de hiedra eran peculiares desde muchos puntos de vista. Unas escaleras de piedra trepaban por las fachadas y llevaban a algunas aberturas en el muro. Como ya había observado, las ventanas parecían salpicar las verdes fachadas del acantilado con una indiscriminada y caprichosa profusión que no permitía adivinar cómo se sostenían las estructuras interiores.

Hacia esa base de la bahía comenzó Titus a remar sobre las aguas límpidas, frías como la muerte, con todas sus maravillas anegadas por la lluvia.

SETENTA Y DOS

A Titus le pareció un lugar desolado, una fortaleza sin vida, de mudas bocas desdentadas y ciegos ojos sin párpados.

Se acercó a la base de los muros abandonados, donde un tramo de escaleras subía en perpendicular desde las profundidades de las aguas y, trepando por la pared verde y húmeda de hiedra, ascendía hasta un balcón a doce metros de altura, un balcón de piedra con una barandilla de hierro forjado de formas decorativas, pero tan corroído por la herrumbre que hubiera bastado el toquecito de un palo para que cayera a las aguas.

Cuando Titus saltó de su embarcación a los escalones de piedra y, arrodillándose, la alzó chorreando agua y la colocó cuidadosamente sobre un escalón, pues no tenía amarra, intuyó una nítida malevolencia. Era como si los inmensos muros espiaran cada uno de sus movimientos.

Se apartó los cabellos castaños de la frente y alzó la cabeza hacia la imponente mole de piedra. Sus cejas estaban juntas, los ojos entrecerrados, el mentón tembloroso adelantado en un gesto agresivo. No se oía nada, salvo el agua que chorreaba de los acres de hiedra.

A pesar de la desagradable sensación de ser observado, Titus reprimió el pánico que fácilmente hubiera podido sentir y, más por demostrarse a sí mismo que no tenía miedo de los muros y la hiedra que porque quisiera subir aquellas escaleras y descubrir qué se ocultaba detrás de los melancólicos muros, empezó a ascender por los peldaños resbaladizos que llevaban al balcón. Cuando Titus inició el ascenso, el rostro que había estado observándolo desapareció de una pequeña ventana próxima a la parte más alta del muro. Pero sólo por un instante, ya que reapareció por otra abertura con tal rapidez que era difícil creer que era el mismo rostro el que miraba el punto donde los escalones se perdían en el agua, donde la canoa de Titus estaba «varada». Pero no cabía duda. No era posible que dos rostros tuvieran tan idéntica imperfección, ni fueran tan cruelmente similares. Los ojos rojos y oscuros estaban clavados en la pequeña embarcación. La habían visto acercarse por la «bahía». Y repararon en lo veloz, ligera y maniobrable que era, pues respondía al más mínimo antojo de quien la llevaba.

Apartó los ojos de la canoa para concentrarse en Titus, que había subido ya una docena de escalones. Un par más y estaría justo debajo del pesado bloque de piedra que Pirañavelo había soltado y que estaba casi decidido a dejar caer sobre el joven.

Pero sabía que la muerte del conde, por muy gratificante que fuera, no aumentaría de forma concreta sus posibilidades de huida. De haber tenido la seguridad de que la piedra mataría a su señoría, no hubiera dudado en satisfacer lo que se había convertido en un ansia de matar. En cambio, si la piedra fallaba y se hacía añicos contra los escalones, Titus no sólo tendría el derecho a imaginar que había sido víctima de una emboscada —¿y quién sino él hubiera podido tender una emboscada al conde?—, sino que desbarataría sus planes más inmediatos. Porque no hay duda de que, una vez se recuperara de la impresión, Titus no se atrevería a seguir subiendo y volvería de inmediato a su embarcación. Y era el bote lo que Pirañavelo quería. Poder desplazarse de prisa por los tortuosos canales del castillo.

Obligado a ir de una madriguera a otra, de un escondite a otro por las aguas cada vez más crecidas, limitado siempre por la necesidad de estar cerca de almacenes y despensas, con un margen de maniobra cada vez más estrecho, se había hecho imprescindible que pudiera desplazarse con rapidez y silencio tanto por tierra como por agua. Había pasado hambre durante días, cuando las cocinas ambulantes se instalaron en un recodo de la espaciosa ala oeste y estaban tan bien vigiladas que era imposible robar nada.

Pero desde entonces habían cambiado de sitio al menos tres veces y, ahora que parecía que la lluvia había cesado por fin, tenía la insensata esperanza de que quedarían definitivamente instaladas en aquel alto subático, sobre el cual, en un altillo casi a oscuras, había establecido su cuartel general. En el techo de este lóbrego refugio una trampilla se abría a un tejado inclinado de tejas y quedaba oculta por unos tramos de

hiedra. Pero era la trampilla del suelo la que, al abrirla con una ternura y un sigilo más propios de quien maneja a un lactante, le permitía satisfacer una de sus necesidades más apremiantes, pues allá abajo estaban los almacenes. De madrugada, cuando era necesario, descendía silenciosamente centímetro a centímetro por una larga cuerda y llenaba el saco que llevaba consigo con las provisiones menos perecederas. Siempre había una docena o más de miembros del personal durmiendo en el suelo pero, como era de esperar, los centinelas estaban apostados en el exterior, y no suponían ningún peligro.

Sin embargo, ése no era su único escondrijo. Sabía que tarde o temprano las aguas bajarían. Las cocinas recuperarían su carácter nómada. Era imposible predecir en qué dirección oscilaría la vida del castillo en su lento viaje de bajada, pisando los talones a las aguas menguantes.

Las extensas azoteas le proporcionaban siete baluartes secretos. Y en los áticos y los tres pisos secos de debajo tenía por lo menos otros cuatro refugios tan seguros, cada uno a su manera, como su altillo sobre la cocina. Las aguas habían permanecido a un mismo nivel durante tres días, unos palmos por encima de la mayoría de rellanos del noveno piso, y eso le permitió preparar con antelación algunos santuarios acuáticos.

Pero cuánto más sencillo y seguro sería poder explorar los canales con una embarcación como la que veía allá abajo.

No. No podía permitirse hacer caer aquella piedra. Había muchas posibilidades de que fallara. La poderosa tentación de aplastar con un solo golpe la vida del heredero de Gormenghast —y no dejar tras él más que piedra y ladrillo—, la embriagadora tentación de arriesgarse e intentarlo era difícil de resistir.

Pero ante todo estaba su supervivencia y, si se desviaba lo más mínimo de la ventaja que tenía, entonces sin duda llegaría el fin, si no ahora, muy pronto. Porque sabía que estaba caminando sobre el filo de una navaja. Y se vanagloriaba de ello. Se había metido en la piel de un Satanás solitario, como si jamás hubiera disfrutado de las florituras del lenguaje, de las delicias del poder civil. Aquello era la guerra. Pura y dura. La simplicidad de la situación le atraía. El mundo se cerraba sobre él, con sus armas preparadas, deseando su muerte. Y él debía burlar al mundo. El juego más sencillo y elemental.

Pero su rostro no era el de alguien que juega. Ni siquiera era el rostro del Pirañavelo de hacía unos años… cuando jugaba. Ni el del pecado en acción, porque algo nuevo le había sucedido. Las terribles marcas que lo convertían en un mapa, el blanco del mar, el rojo, los continentes y las islas dispersas, apenas se veían. Pues eran los ojos lo que acaparaba toda la atención.

A pesar de la astucia y la agilidad de su mente, ya no vivía en el mismo mundo en el que lo hacía cuando asesinó a Excorio. Algo había cambiado. Y era su mente. Su cerebro era el mismo, pero la mente había cambiado. Ya no era un criminal porque él lo hubiera elegido. Ya no podía elegir. Ahora vivía entre abstracciones. Su cerebro consideraba dónde ocultarse, qué hacer si se producían ciertas contingencias, pero su mente flotaba por encima de todo esto en un éter rojo. Y el reflejo de su mente llameaba en sus ojos, llenando sus pupilas de una luz sangrienta y pardusca.

Mientras miraba hacia abajo como un ave de presa desde el risco de su ventana, muy abajo, su cerebro veía una canoa, divisaba a Titus de pie en el balcón de piedra. Vio a Titus volverse y, tras un momento de vacilación, penetrar en los pasadizos putrefactos y desaparecer de la vista.

Pero su mente no veía nada de esto. Su mente estaba enzarzada en una guerra de dioses. Su mente avanzaba sobre una tierra de nadie, por campos cubiertos de cadáveres, al ritmo de las cornetas teñidas de sangre. ¡Ser solitario y perverso! ¡Ser un dios acosado! ¿Qué podía haber más absoluto?

Habían pasado tres minutos desde que el conde desapareció en las fauces del edificio. Antes de entrar en acción, Pirañavelo había dado tiempo para que se adentrara en la fortaleza. Cabía la posibilidad de que volviera a salir, pues los salones de abajo eran oscuros y siniestros. Pero no lo hizo y llegó el momento de que Pirañavelo saltara. El descenso se hizo desesperadamente largo. La sangre golpeaba en las sienes del asesino. Se le revolvió el estómago y, por un momento, perdió la conciencia. Cuando su reflejo, que volaba a su encuentro desde las profundidades, quedó roto en la superficie y la espuma del agua saltó como en una fuente, el cuerpo de Pirañavelo siguió cayendo en el agua hasta que, al fin, cuando sus pies rozaron ligeramente la cabeza de una veleta sumergida, empezó a subir de nuevo hacia la superficie.

Las aguas perturbadas habían recobrado la quietud. Pirañavelo estaba mareado por el esfuerzo de la larga caída, tenía náuseas por el agua que había tragado y le dolían los pulmones, y sin embargo, cuando se lanzó hacia la escalinata de piedra, no habrían transcurrido más que un par de segundos.

La alcanzó y trepó los escasos peldaños que le separaban de la canoa, que yacía tranquilamente sobre el costado, y la echó al agua sin perder un instante. Subió ágilmente y aferró el remo que había en el interior. Sus primeras paletadas lo dirigieron a toda velocidad hacia una de las pocas ventanas que quedaban al nivel del agua, siguiendo los muros cubiertos de hiedra.

Por supuesto, Pirañavelo debía ocultarse de inmediato. La gran bahía que tenía ante él era una trampa

mortal. ¡Incluso un pez que asomara la cabeza hubiera sido visto al instante! El joven conde podía regresar en cualquier momento. Debía desaparecer por la primera de las ventanas sin dejar rastro. Mientras remaba velozmente sobre las aguas, mantuvo en la medida de lo posible la cabeza vuelta hacia atrás por si reaparecía el conde. Si le descubrían, debía dirigirse inmediatamente a uno de sus escondites. No había ninguna posibilidad de que le atraparan, pero por muchas razones, que le vieran sería muy inconveniente. No albergaba ningún deseo de que el castillo supiera que podía desplazarse por agua ni que deambulaba por zonas tan alejadas como aquellos ceñudos montículos; bien podía ser que reforzaran la vigilancia y aumentaran el número de centinelas.

Hasta el momento había tenido suerte. Había sobrevivido al salto. Su enemigo no le había oído cuando cayó al agua; había divisado una ventana por la que podría deslizarse sin dificultad y tras cuyas oscuras mandíbulas podría ocultarse hasta que cayera la noche.

De vez en cuando, mientras se deslizaba pegado a los oscuros muros, durante unos minutos se veía obligado a volver la cabeza para corregir el rumbo de la canoa, pero la mayor parte del tiempo sus ojos estaban clavados en el balcón vacío al que su enemigo podía regresar en cualquier momento.

Fue cuando apenas le quedaban tres o cuatro largos por salvar, cuando, antes de penetrar con la canoa en el castillo, se concentró en hacer una entrada impecable y no pudo ver que Titus había salido al balcón.

No pudo ver que, en cuanto reparó en la ausencia de su barca, Titus se había inclinado hacia delante y había escudriñado la bahía, hasta que sus ojos se posaron en el único objeto que se movía: la canoa, que estaba virando para entrar por la ventana. Sin pensarlo un instante, Titus se ocultó tras el marco de la puerta y desde allí siguió observando, con el cuerpo tembloroso por la excitación. Incluso a aquella distancia los hombros encorvados del saqueador eran inconfundibles. Hizo bien en ocultarse tan de prisa pues, cuando la canoa hubo virado y se deslizaba ya al interior del castillo, como si quisiera estrellar su delicada proa contra su flanco, Pirañavelo, sabiendo que había hecho un trabajo perfecto, volvió de nuevo su atención al balcón lejano y, cuando vio que estaba vacío, desapareció en el interior del muro como una serpiente bajo una roca.

SETENTA Y TRES

El doctor estaba exhausto. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño y su rostro parecía cansado y consumido. Sus servicios eran requeridos sin descanso. La inundación había dejado a su paso un centenar de desastres menores.

En una larga sala que pasó a llamarse hospital, en las camas improvisadas no sólo había casos de fracturas y accidentes de todo tipo, sino también las víctimas del cansancio y de las diversas enfermedades provocadas por la humedad y las condiciones insalubres.

En ese momento, el doctor se dirigía a atender un accidente típico. Un nuevo caso de huesos rotos. Un hombre se había caído, al parecer, cuando intentaba subir una pesada caja por unas escaleras resbaladizas cuyos peldaños estaban cubiertos por el agua. Al llegar al lugar, comprobó que se trataba de una limpia fractura de fémur. Acomodaron al hombre en el centro de la espaciosa balsa, donde el doctor podía aplicar sus entablillados o llevar a cabo cualquier arreglo provisional que fuera necesario mientras su asistente, en la popa, les impulsaba hacia el hospital.

Hundiendo la larga pértiga con encomiable regularidad, el asistente impulsaba la balsa a velocidad constante por los pasillos. En esta particular ocasión, cuando se encontraban a medio camino de su objetivo, se deslizó con cautela bajo un arco de madera algo estrecho y complicado y asomó a lo que en otro tiempo debía de ser una sala de baile (pues en una de sus esquinas hexagonales emergían los niveles superiores de una adornada plataforma que sugería que, en el pasado, una orquesta llenó de música el lugar), cuando la balsa salió del estrecho pasadizo y se internó en aquella plétora de espacio, el doctor Prunescualo se dejó caer en el colchón enrollado que guardaba cerca de la popa de la balsa. A sus pies yacía el hombre al que había estado atendiendo, con la pernera del pantalón cortada hasta la cadera y el muslo entablillado. Los blancos vendajes, atados con firme y elegante resolución, se reflejaban en las aguas del salón de baile.

El doctor cerró los ojos. Apenas era consciente de lo que ocurría a su alrededor. La cabeza le daba vueltas pero, cuando oyó que su balsa era saludada por una especie de piragua que, impulsada a remo, venía hacia ellos desde el otro extremo de la sala, el doctor levantó un párpado.

Y en efecto, lo que se acercaba era una piragua, una cosa larga y absurda obviamente pergeñada por los hombres que la manejaban, pues los Tallistas jamás habrían permitido que semejante objeto saliese de sus talleres. A popa, con la mano en el timón, iba Percha-Prisma, quien, a todas luces, estaba al mando. Utilizando los birretes a modo de remos, los miembros de su tripulación, togada de negro, iban sentados uno detrás del otro y mostraban distintos grados de desaliento. Les desagradaba no poder mirar en la dirección en que circulaban y se resentían de la capitanía de Percha-Prisma y el consiguiente control que ejercía sobre su avance sobre las aguas. De todos modos, Bellobosque había designado a Percha-Prisma para el cargo y ordenado (sin llegar a imaginar que le obedecerían) que su personal ayudara a patrullar los canales. Impartir las clases, como es natural, era imposible y, ahora que la lluvia había cesado, los alumnos pasaban la mayor parte del tiempo saltando desde las almenas, torres, contrafuertes y cualquier punto elevado a las claras y profundas aguas, donde se dedicaban a nadar y bucear como una plaga de ranas, entrando y saliendo por las ventanas y sobre el extenso seno de la inundación y con sus agudos gritos resonando cerca y lejos.

Por eso el personal docente estaba libre de sus deberes. Tenían poco que hacer, como no fuera añorar los viejos tiempos e incordiarse mutuamente hasta que las pullas se volvieron cáusticas y malhumoradas y un tácito silencio se impuso sobre ellos y a ninguno le quedó nada interesante que decir sobre la inundación.

Opus Chiripa, el remero de popa, cavilaba sombríamente sobre el sillón que se habían tragado las aguas, el sillón que había ocupado durante más de cuarenta años, el mugriento, mohoso, espantoso y más necesario apoyo de su existencia, la famosa Cuna de Chiripa de la sala de profesores, que había desaparecido para siempre.

Sentado tras él en la piragua iba Franegato, mal remero donde los haya. Que Franegato se mostrara triste y taciturno no era nada nuevo. Si Chiripa rumiaba sobre la muerte de un sillón, Franegato lo hacía sobre la muerte de todas las cosas, y llevaba haciéndolo desde que se tenía memoria. Siempre había sido un inútil y un desastre para él y para los demás y, por eso, después de tanto tiempo sondeando las profundidades, aquella inundación era para él insignificante.

Mulfuego, el tripulante más difícil de controlar para Percha-Prisma, estaba sentado como una mole de estúpida y tozuda exasperación detrás del desdichado Franegato, quien parecía en continuo peligro de ver mordida su nuca por los lapidarios dientes de Mulfuego y de salir catapultado del asiento y acabar en la otra punta del salón de baile. Tras Mulfuego se sentaba Florimetre, el último en admitir que el silencio era lo mejor que podía sucederles. La cháchara era para él como la vida, y el que en ese momento se sentaba mirando la musculosa espalda de Mulfuego no era sino una sombra del en otro tiempo insulso aunque exaltado bromista.

Esta tripulación tenía sólo dos miembros más, Jirón y Mustio. Sin duda el resto del personal docente había conseguido embarcaciones en alguna parte o, como aquellos caballeros, habían improvisado algo ellos mismos o a lo mejor hasta habían desatendido la orden de Bellobosque y se habían quedado en los pisos superiores.

Naturalmente, Jirón y Mustio, que hundían los birretes en las aguas cristalinas, eran los que más cerca estaban de la balsa que se aproximaba. Mustio, el remo de proa, volvió la avejentada cara para ver a quién saludaba Percha-Prisma y alteró durante unos instantes el equilibrio de la piragua, que se inclinó peligrosamente del lado de babor.

—Pero ¡hombre! Pero ¡hombre! —gritó Percha-Prisma desde popa—. ¿Es que pretende usted hacernos zozobrar, caballero?

—Tonterías —gritó Mustio ruborizándose, pues aborrecía que le amonestaran por encima de las cabezas de sus siete colegas. Sabía que su comportamiento había sido absolutamente abominable para un remero de proa, pero volvió a gritar—: ¡Tonterías!

—¡Por favor, caballero! ¡No discutamos ahora ese asunto! —dijo Percha-Prisma, entornando los párpados sobre sus ojillos negros y elocuentes y volviendo a medias la cabeza de manera que la parte inferior de su porcina nariz captó la poca luz que reflejaban las aguas—. Pensé que le bastaría con haber puesto en peligro a sus colegas, pero no. Desea justificarse, como todos los hombres de ciencia. Mañana usted y Florimetre intercambiarán sus puestos.

—¡Oh, señor! ¡Aquí estoy la mar de cómodo! —dijo Florimetre irritado.

Percha-Prisma se disponía a comunicarle al maleducado de Florimetre un par de confidencias sobre la naturaleza del motín, cuando el doctor pasó a su lado.

—Buenos días, doctor —dijo Percha-Prisma.

Despertándose de un sueño intranquilo, pues incluso después de haber oído el grito de Percha-Prisma sobre las aguas había sido incapaz de mantener los ojos abiertos, el doctor se obligó a incorporarse y volvió los fatigados ojos hacia la piragua.

—¿Alguien me ha dicho algo? —gritó con un valiente esfuerzo por mostrarse jocoso, aunque se sentía como si sus miembros fueran de plomo y le ardía la coronilla—. ¿He oído una voz sobre las olas? Vaya, vaya, ¡pero si eres tú, Percha-Prisma, por todo lo irregular! ¿Cómo está, almirante?

Pero aun mientras el doctor lanzaba una de sus espléndidas sonrisas a todo lo largo de la piragua, como un anuncio de dentífrico, cayó hacia atrás en el colchón y, sin prestar atención a Percha-Prisma y los otros, el asistente que empuñaba la larga pértiga dio un gran impulso a la balsa que la impelió hacia delante alejándola de los profesores en dirección al hospital, donde esperaba convencer al doctor para que se echara un par de horas a pesar de los tullidos y los sufrientes, de los muertos y los moribundos.

SETENTA Y CUATRO

Irma no había escatimado esfuerzos para amueblar su casa. Había volcado en ella mucho trabajo, mucha reflexión y, en su opinión, mucho gusto. La paleta de colores había sido meticulosamente estudiada. No había ni una sola nota discordante en todo el lugar. De hecho, era tan exquisito que Bellobosque nunca se sintió a gusto en ella. Suscitaba en él un sentimiento de inferioridad, y detestaba las cortinas de color azul celeste y las alfombras de color gris paloma, como si fuera culpa de ellas que Irma las hubiese elegido. Pero todo eso le importaba bien poco a Irma. Sabía que él, como hombre que era, lo ignoraba todo sobre cuestiones «artísticas». Como cualquier mujer, ella se había expresado con un ostentoso despliegue de tonos pastel. Nada desentonaba porque nada tenía la fuerza suficiente para hacerlo. Entre los colores, todo susurraba seguridad, todo era refinamiento.

Pero llegaron las vandálicas aguas y el trabajo y la reflexión y el gusto y el refinamiento, oh, ¿adónde habían ido a parar? ¡Era demasiado, demasiado! ¡Que todo el amor que había volcado se hundiera bajo aquella lluvia brutal y malvada, innecesaria y estúpida, que esa cosa, esa cosa, ese elemento inútil e irracional llamado lluvia hubiera reducido su arte a barro y pulpa!

—¡Detesto la naturaleza! —exclamó—. ¡Detesto a esa bestia inmunda…!

—¡Vaya, vaya! —musitó Bellobosque mientras se mecía en una hamaca y miraba una de las vigas del techo. Les habían asignado una pequeña buhardilla en la que podían ser desgraciados en medio de una relativa comodidad—. No puedes hablar de la naturaleza en esos términos, mi ignorante criatura. ¡Válgame Dios, no! Caramba, ya lo creo que no.

—¡Naturaleza! —exclamó Irma desdeñosamente—. ¿Crees que me asusta? ¡Que haga lo que le dé la gana!

—Tú misma eres parte de la naturaleza —dijo Bellobosque tras una pausa.

—¡Oh, no seas estúpido!, tú… tú… —Irma no pudo continuar.

—Muy bien, ¿qué soy yo, entonces? —murmuró Bellobosque—. ¿Por qué no dices lo que piensa tu vacía cabecita femenina? ¿Por qué no me llamas viejo como haces siempre que te enfadas por algo? Si no eres naturaleza o parte de ella, ¿qué demonios eres?

—¡Soy una mujer! —gritó su esposa con los ojos llenos de lágrimas—. Y mi hogar está bajo… bajo… la lluvia… infame…

Haciendo un gran esfuerzo, el señor Bellobosque descolgó sus enflaquecidas piernas por un lado de la hamaca y, cuando tocaron el suelo, se levantó y avanzó en dirección a su esposa arrastrando los pies temblorosamente. Era muy consciente de que realizaba una noble acción. Estaba muy cómodo en la hamaca, y sabía que había muy pocas posibilidades de que se agradeciera su caballerosidad, pero así era la vida. Uno tenía que hacer ciertas cosas para mantener su estatus espiritual pero, dejando eso aparte, el terrible berrinche de Irma le había sacado de quicio. Debía hacer algo. ¿Por qué tenía ella que armar tanto alboroto por el asunto? La voz de su esposa le había traspasado la cabeza como un puñal.

Pero, oh, también resultaba patética. ¡Mira que despotricar de la naturaleza! ¡Qué exasperantemente ignorante era! ¡Como si la naturaleza tuviera que haberse detenido al llegar a su tocador! ¡Como si a una riada se le pudiera susurrar: «Chist, chist, menos ruido… menos… ruido! Ésta es la habitación de Irma… lavanda y marfil, ¿sabes?… lavanda y marfil». ¡Mira que tener que cargar con una mujer así!… Y, sin embargo… sin embargo… ¿era sólo la compasión lo que le llevaba a ella? Lo ignoraba.

Se sentó junto a Irma bajo una pequeña claraboya y la rodeó con un brazo largo y flácido. Ella se estremeció por un momento pero en seguida recuperó su habitual rigidez, aunque no le pidió que retirara el brazo.

Sentados uno al lado del otro en la pequeña buhardilla, con el gran castillo debajo, semejante a un cuerpo gigantesco con las arterias llenas de agua, se quedaron mirando el punto donde un pedazo de yeso

se había desprendido de la pared opuesta y había dejado un pequeño dibujo en gris en forma de corazón.

SETENTA Y CINCO

No es que Fucsia no luchara contra su creciente melancolía. Pero los negros humores que la acosaban con cada vez más frecuencia empezaban a ser demasiado para ella.

La niña emotiva, afectuosa y taciturna había tenido pocas posibilidades de convertirse en una mujer feliz. Aunque de pequeña hubiera sido de naturaleza alegre, todo lo que le había sucedido sin duda había espantado uno tras otro los luminosos pájaros de su pecho. Tal como eran las cosas, hecha de una arcilla más sombría, capaz de experimentar una profunda felicidad pero más fácilmente atraída hacia la oscuridad que hacia la luz, Fucsia era todavía más vulnerable a los crueles vientos de unas circunstancias que parecían haberla distinguido para un castigo especial.

Su necesidad de amor nunca se había visto satisfecha; su amor por los demás jamás fue sospechado o deseado. Exuberante como una oscura huerta, nunca la descubrieron. Había tendido sus verdes ramas, pero ningún viajero se detuvo a descansar bajo su sombra o probar su dulce fruto.

Con el pensamiento irremediablemente vuelto hacia el pasado, Fucsia no veía sino el malhadado progreso de una niña que, a pesar de su título y cuanto éste implicaba, era insignificante a los ojos del castillo, una niña inadaptada e indecisa, desgraciada y solitaria. Su afecto más profundo lo había dirigido a su vieja niñera, Tata Ganga, a su hermano, al doctor y, de un modo extraño, a Excorio. Tata Ganga y Excorio habían muerto. Titus había cambiado. Aún se querían, pero un muro de nubes se interponía entre ellos y ninguno de los dos era capaz de disiparlo.

Quedaba todavía el doctor Prune. Pero tenía tal exceso de trabajo que, desde el inicio del diluvio, no lo había visto. El deseo de ver al último de sus verdaderos amigos se había debilitado con cada negra depresión. Justo cuando más necesitaba el consejo y el amor del doctor, que hubiera dejado desangrarse el mundo para ir a ayudarla, Fucsia se heló por dentro y, encerrándose en sí misma, el fracaso de su vida y su feminidad frustrada la enfermaron y, revolviéndose en su improvisado dormitorio, cuatro metros por encima de las aguas, por primera vez concibió la idea del suicidio.

Es difícil decir cuál fue la más sombría de las causas que la llevaron a tan terrible pensamiento. ¿La falta de amor? ¿La ausencia de un padre o una verdadera madre? Su soledad. La espantosa decepción cuando Pirañavelo fue desenmascarado y el horror de haber sido mimada por un homicida. El creciente sentimiento de su inferioridad en todo menos en el rango. Muchas eran las causas, y cualquiera de ellas hubiera bastado para minar la voluntad de naturalezas más fuertes que la de Fucsia.

Cuando el primer atisbo de inconsciencia pasó por la mente, Fucsia alzó la cabeza postrada entre los brazos. Estaba sorprendida y asustada, pero también excitada.

Se acercó con paso vacilante a la ventana. La idea la había conducido a un reino de posibilidades tan vastas, pavorosas, definitivas y silenciosas que se le aflojaron las rodillas y miró fugazmente por encima del hombro, como si se supiera sola en su habitación con la puerta cerrada contra el mundo.

Ya ante la ventana, recorrió las aguas con la mirada perdida sin que nada alterase su pensamiento o le causara impresión.

Lo único que sabía era que se sentía débil, que no estaba leyendo todo aquello en ninguna obra trágica, sino que era cierto. Era cierto que estaba de pie ante la ventana y que había pensado en quitarse la vida. Se llevó las manos al pecho y el recuerdo del joven que muchos años antes había aparecido de pronto en otra ventana y al marcharse había dejado una rosa en su tocador cruzó fugazmente por su memoria y desapareció.

Todo era cierto, no era ninguna novela. Pero aún podía fingir. Fingiría que era la clase de persona que no sólo pensaba en quitarse la vida para que el dolor que sentía en el corazón desapareciera para siempre, sino el tipo de persona que sabría cómo hacerlo y tendría el valor necesario.

Y mientras cavilaba, se hundía cada vez más en un mundo de ensueños, como si de nuevo fuera la niña

fantasiosa de hacía muchos años, aislada en su existencia secreta. Se había convertido en otra persona, joven y hermosa, valiente como una leona. ¿Qué haría una persona así? Caramba, una persona así se subiría al alféizar de aquella ventana que miraba sobre las aguas. Y… haría… y mientras la niña que llevaba dentro se entregaba al juego más antiguo del mundo, su cuerpo, siguiendo el curso de su imaginación, subió al alféizar de la ventana, donde permaneció de espaldas a la habitación.

No se sabrá nunca cuánto tiempo se hubiera quedado allí de no haber sido bruscamente devuelta a una repentina conciencia del mundo por el sonido de alguien llamando a la puerta pero, sobresaltada por el ruido y en precario equilibrio sobre el estrecho alféizar, tembló incontrolablemente y, al tratar de volverse sin el suficiente cuidado, resbaló y, echando mano a la jamba de la ventana, no encontró donde agarrarse y cayó, golpeándose la morena cabeza en la caída, y ya estaba inconsciente antes de que las aguas la acogiesen y la ahogaran a placer.

SETENTA Y SEIS

Ahora que las aguas habían alcanzado su punto más alto, era de vital importancia peinar sin tardanza los lugares donde podía ocultarse Pirañavelo, rodearlos con cordones de hombres escogidos que, al ir cerrándose sobre cada zona, por tierra y agua, tarde o temprano acabarían por dar con la bestia. Ahora, más que nunca, debía contar con cada hombre. Con un grueso lápiz azul, la condesa había rodeado con un círculo diferentes zonas en el mapa de Gormenghast. Los capitanes de la búsqueda habían recibido instrucciones. Ni una hendidura debía quedar sin explorar, ni un desagüe sin comprobar. Con las aguas en su actual nivel, sería difícil levantar tan astuta presa, pero con cada día que pasara las posibilidades de capturar a Pirañavelo descenderían, igual que descendía la riada, pues cada nuevo piso que abría sus laberínticos pasadizos multiplicaba las guaridas para el fugitivo y le permitía adentrarse más en la oscuridad.

Por supuesto, el descenso de las aguas sería lento y gradual, pero la condesa era terriblemente consciente de la importancia del factor tiempo, ya que jamás volvería a tener a Pirañavelo en una red tan tupida. Que las aguas retrocedieran un único nivel significaba un centenar de nuevos horizontes a cada lado, con sus incontables pasadizos de piedra húmeda. No había tiempo que perder.

El campo de maniobras lo formaban los tres pisos más altos, secos, y el «piso de los barcos», húmedo, donde las coloridas obras de los Tallistas se desplazaban veloces de un lado a otro, o yacían ladeadas bajo gruesas repisas esperando a que las repararan, o atadas a la baranda de escalinatas olvidadas, proyectando sus exuberantes sombras sobre las negras aguas. Pero este campo de maniobras, los tres niveles secos y el húmedo, no eran las únicas zonas a tener en cuenta a la hora de trazar el plan maestro. La condesa no debía olvidar los afloramientos aislados del castillo. Afortunadamente, la mayor parte de las ramificaciones dispersas y casi interminables de la estructura principal de Gormenghast estaban bajo el agua y no le eran de ninguna utilidad al fugitivo. Pero había cierto número de torreones hacia los cuales el joven muy bien podía haber ido a nado. Y estaba también la Montaña de Gormenghast.

Por lo que se refería a esta última, la condesa no temía que hubiera escapado allí, no sólo porque comprobaba los barcos cada tarde y se había asegurado de que no hubiera ningún ladrón, sino porque una sarta de embarcaciones, cual abalorios de colores, se hallaba por orden suya en continua rotación en torno a las cumbres del castillo y le hubiera cerrado el paso de día o de noche.

Su estrategia se basaba en el hecho de que el joven debía comer. En cuanto a la bebida, tenía un mundo entero de agua al alcance de su boca.

Habían descartado la posibilidad de que hubiera podido morir por accidente o de hambre a causa del cadáver que ese mismo día habían encontrado flotando boca abajo junto a un pequeño bote. El hombre no llevaría muerto más de unas pocas horas. Y tenía un guijarro alojado en la frente.

El cuartel general de la condesa estaba ahora en una estancia larga y estrecha situada justo encima del «piso de los barcos».

Allí recibía los mensajes; daba órdenes; preparaba los planes; estudiaba los diferentes mapas y daba instrucciones para que se confeccionaran rápidamente otros de las zonas sin explorar, para poseer un conocimiento tan sólido hasta de los más mínimos detalles como tenía de su plan maestro.

Una vez terminó con los preparativos, se levantó de la mesa a la que había estado sentada y, tras mirar con los labios fruncidos al jilguero que tenía al hombro, se disponía a moverse con esa pesada e implacable deliberación que la caracterizaba cuando un mensajero llegó jadeante.

—¿Y bien? —dijo ella—. ¿Qué pasa?

—Lord Titus, *milady*… está…

—¿Está qué? —Y volvió la cabeza bruscamente.

—Está aquí.

—¿Dónde?

—Fuera, señora. Dice que trae noticias importantes.

La condesa fue inmediatamente hacia la puerta y, al abrir, encontró a Titus sentado en el suelo, con la cabeza entre las rodillas, las ropas empapadas hechas jirones, las piernas y los brazos magullados y llenos de arañazos, los cabellos grises de tan sucios.

Titus no levantó la vista. No tenía fuerzas. Se había derrumbado. De un modo algo confuso, sabía dónde estaba, pues había forzado sus músculos en largas y difíciles escaladas, había avanzado por pasadizos inundados con el agua hasta los hombros, había gateado por tejados inclinados, concentrado en una única cosa: llegar a aquella puerta ante la que se había desplomado. La puerta de la habitación de su madre.

Al cabo abrió los ojos. Su madre estaba pesadamente arrodillada a su lado. ¿Qué hacía ella allí? Cerró los ojos. Tal vez estaba soñando. Con una voz distante, alguien decía: «¿Dónde está ese *brandy*?», y entonces notó que lo incorporaban, y el frío borde de un vaso en los labios.

Cuando volvió a abrir los ojos, sabía exactamente dónde estaba y por qué.

—¡Madre! —dijo.

—¿Qué tienes? —Su voz sonaba apagada.

—Le he visto.

—¿A quién?

—A Pirañavelo.

La condesa se puso rígida. Era como si a su lado Titus tuviera un ser hecho más de hielo que de carne.

—¡No! —exclamó ella por fin—. ¿Por qué habría de creerte?

—Es la verdad.

La condesa se inclinó sobre él y, aferrando sus hombros con sus poderosas manos, lo sacudió con una engañosa ternura, como si quisiera apaciguar el torbellino que se agitaba en su propio corazón. A través de la suave presión de sus dedos, Titus sintió la fuerza asesina de sus brazos.

Al cabo, ella dijo:

—¿Dónde? ¿Dónde le has visto?

—Puedo llevaros hasta allí…, hacia el norte.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Horas… horas… entró por una ventana… en mi bote… lo robó.

—¿Te vio él a ti?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Al norte, dices. ¿Más allá del barrio de la Piedra Negra?

—Mucho más allá. Cerca de la Piedra Canina y del Puntal del Ángel.

—¡No! —exclamó la condesa con una voz tan fuerte y ronca que Titus reculó apoyándose en el codo. Se volvió hacia él.

—Entonces ya lo tenemos. —Entrecerró los ojos—. ¿Y no tuviste que avanzar a rastras por el Tajo… con su borde afilado? ¿Por dónde si no podías volver?

—Lo hice, sí. Así es como volví.

—¿Desde los Pedestales del Norte?

—¿Es así como se llaman, madre?

—Así es. Has estado en los Pedestales del Norte, más allá de la Roca Sangrienta y las Minas de Plata. Sé dónde has estado. Has estado en los Dedos Gemelos, donde empieza la Pequeña Sark y se estrecha el farallón. Entre los Gemelos debe de haber agua. ¿Me equivoco?

—Hay lo que parece una bahía —dijo Titus—, si es a eso a lo que te refieres.

—¡El distrito será rodeado de inmediato! ¡A todos los niveles!

Se levantó con aire imponente y, dirigiéndose a uno de los hombres, dijo:

—Que avisen inmediatamente a los capitanes de la búsqueda. Llévate al muchacho. Acuéstalo. Dale de comer. Proporciónale ropa seca. Y que duerma un poco. No tendrá mucho tiempo para descansar. Que todas las embarcaciones patrullen en los Pedernales día y noche. Quiero que se reúna a todas las partidas de búsqueda y se las concentre en la vertiente sur. Envía a todos los mensajeros. Partiremos dentro de una hora.

Se volvió para mirar a Titus, que se había incorporado sobre una rodilla y se puso en pie, y la miró.

Ella le dijo:

—Ve a dormir un poco. Has hecho bien. Gormenghast será vengado. El corazón del castillo es sólido. Me

has sorprendido.

—No lo hice por Gormenghast —dijo Titus.

—¿No?

—No, madre.

—Y entonces ¿por qué o por quién lo has hecho?

—Ha sido un accidente —dijo Titus, y su corazón latía violentamente—. Estaba allí por casualidad. —Sabía que debía detener su lengua. Sabía que estaba hablando un lenguaje prohibido. La emoción de contar la peligrosa verdad le hacía temblar. No podía contenerse—. Me alegra que lo hayáis localizado gracias a mí —dijo—, pero no es por la seguridad o el honor de Gormenghast que he venido a vos. No, aunque podáis cercarlo gracias a mí. No puedo seguir pensando en mí deber. No de esa forma. Yo le odio por otros motivos.

El silencio era espeso y terrible… y entonces, por fin, llegaron las palabras de la condesa, como piedras de molino.

—¿Qué… motivos?

Había algo tan frío e implacable en su voz que Titus palideció. Había hablado como nunca se había atrevido a hacerlo. Había ido más allá de las fronteras establecidas. Había respirado el aire de un mundo innombrable.

De nuevo, la voz fría e inhumana.

—¿Qué motivos?

Titus estaba agotado pero, de pronto, de su debilidad física brotó una nueva oleada de fuerza moral. No había planeado descubrirse, ni dejar que su madre viera el menor atisbo de su secreta rebelión, y sabía que, de haberlo planeado, jamás hubiera sido capaz de dar voz a sus pensamientos. Y sin embargo, ahora que se había exhibido con los colores del traidor, se ruborizó y, alzando la cabeza, exclamó:

—¡Te los diré!

Los mugrientos cabellos le caían sobre los ojos. Éstos centelleaban desafiantes, como si una docena de años de represión hubieran encontrado por fin una vía de escape. Había ido demasiado lejos y ya no podía volver atrás. Su madre se alzaba ante él como un monumento. A través de una bruma de debilidad y apasionamiento, Titus veía sus contornos. No hizo ningún movimiento.

—¡Te los diré! Mis razones eran éstas. ¡Ríete si quieres! Me robó el bote. Le hizo daño a Fucsia. Mató a Excorio. Me asustó. No me importa si eso es una rebelión contra las Piedras…, ante todo es un robo, crueldad y asesinato. ¿Qué me importa el simbolismo que pueda tener? ¿Qué me importa si el corazón del castillo es sólido o no? ¡Yo no quiero ser sólido! Cualquiera puede ser sólido si hace siempre lo que le dicen. ¡Yo quiero vivir! ¿Es que no lo ves? ¿No lo ves? Quiero ser yo mismo, y llegar a ser lo que yo haga de mí mismo, una persona, una persona real y no un símbolo. ¡Ésos son mis motivos! Hay que atraparlo y acabar con él. Mató a Excorio. Hizo daño a mi hermana. Me robó el bote. ¿No es eso suficiente? Al infierno con Gormenghast.

En medio de un silencio insoportable, la condesa y el resto de los presentes oyeron que alguien se acercaba con rapidez.

Pero pasó una eternidad antes de que los pasos se detuvieran y una figura pesarosa se plantara ante la condesa y aguardara con la cabeza gacha y las manos temblorosas el permiso para comunicar su mensaje. Apartando la mirada del rostro de su hijo, la condesa se volvió por fin al mensajero.

—Bien —susurró—, ¿de qué se trata?

El hombre levantó la cabeza. Por unos momentos fue incapaz de decir nada. Sus labios se separaron pero no emitieron sonido alguno, y sus mandíbulas temblaban. En sus ojos había una luz que hizo que Titus se acercara con un temor repentino.

—¡Fucsia no! ¡Fucsia no! —exclamó, pues incluso al pronunciar las palabras tenía la mortífera certeza de que algo le había ocurrido.

El hombre, aún de cara a la condesa, dijo:

—*Lady* Fucsia se ha ahogado.

Al oír estas palabras, algo le sucedió a Titus. Algo imprevisible. Ahora sabía lo que debía hacer. Sabía lo que era. Ya no tenía miedo. La muerte de su hermana fue como el último clavo de un engranaje, lo había completado, como una estructura se completa y queda lista para su uso cuando el último martillazo aún resuena en sus oídos.

La muerte de la Criatura había sido el fin de su adolescencia.

Cuando el rayo la mató, se convirtió en hombre. La elasticidad de la niñez desapareció. Su cerebro y su cuerpo se habían retorcido como un muelle. Pero la muerte de Fucsia había tocado el muelle. Y ahora ya no

era sólo un hombre. Era ese algo más extraño aún, un hombre en movimiento. El muelle retorcido de su ser se distendió. Se había puesto en marcha.

Y lo que lo impulsaba en su propósito era la ira. Una ira ciega que le había transformado. Su estallido egoísta, por bien que dramático y muy peligroso en sí mismo, no era nada comparado con la feroz soltura de su lengua, que como una válvula de escape de su furia y su pesar asombró a su madre, al mensajero y a los funcionarios, que siempre lo habían conocido como un pelele reservado y taciturno.

¡Fucsia muerta! Fucsia, su oscura hermana, su querida hermana.

—Oh, Dios santo, ¿dónde? —exclamó—. ¿Dónde la han encontrado? ¿Dónde está ahora? ¿Dónde? Debo ir a su lado. —Se volvió hacia su madre—. Es la bestia rojiblanca —dijo—. Él la ha matado. Él ha matado a vuestra hija. ¿Quién sino podría matarla? O tocar uno solo de sus cabellos. Oh, era más valiente de lo que nunca pensasteis, vos que jamás la quisisteis. Oh, Dios, madre, preparad a vuestros capitanes. A cada hombre armado. Mi fatiga ha desaparecido. Iré en seguida. Conozco la ventana. Y aún no ha oscurecido. Podemos rodearle. Pero con botes, madre. Es la forma más rápida. No es necesario llegar a los Pedestales del Norte. Enviad los barcos. Todos. Yo lo vi, madre, vi al asesino de mi hermana.

Titus se volvió de nuevo al portador de aquellas aciagas noticias.

—¿Dónde está ella?

—El doctor ha habilitado una habitación especial cerca del hospital. Está con ella.

Y entonces se oyó la voz de la condesa, baja y grave. Se dirigía al principal de los funcionarios presentes.

—Quiero que se avise a los Tallistas de que se requiere su presencia. Necesitaremos todas las embarcaciones que haya, acabadas o no. Las que ya estén en el castillo se dispondrán a lo largo del muro oeste. Y se repartirán las armas inmediatamente. —Y entonces, volviéndose al mensajero que había dicho dónde estaba Fucsia, dijo—: Guíanos.

La condesa y Titus siguieron al hombre. Ninguno de ellos dijo palabra hasta que estuvieron casi en el hospital, y entonces la condesa, sin volverse a su hijo, dijo:

—De no ser porque estás enfermo…

—No estoy enfermo —la interrumpió Titus.

—Muy bien, entonces —repuso la condesa—. Lo tendrás sobre tu conciencia.

—Con mucho gusto.

Aunque no podía sentir miedo, Titus se maravilló de su propia audacia. Pero era una emoción insignificante comparada con el dolor hueco que le había producido la noticia de la muerte de su hermana. Demostrar valor entre los vivos, ¿qué era eso comparado con la ira que sentía hacia Pirañavelo, a quien responsabilizaba de la muerte de Fucsia? Y las mareas de soledad que se habían abatido sobre él lo ahogaron en unos mares que no conocían el temor de los vivos, ni siquiera de una madre como la suya.

Cuando la puerta se abrió, vieron la figura alta y delgada del doctor Prunescualo de pie junto a una ventana abierta, con las manos a la espalda, muy quieto y extrañamente tieso. Era un cuartito con vigas bajas y tablas desnudas en el suelo, pero estaba meticulosamente limpio. Saltaba a la vista que acababan de fregarlo, tablas, paredes y techo.

Apoyada en la pared izquierda había una camilla sostenida en cada extremo por cajas de madera. Sobre la camilla yacía Fucsia, con una sábana hasta los hombros, con los ojos cerrados. No parecía ella.

El doctor se volvió. No pareció reconocer a la condesa ni a Titus. Los miró sin verlos, y tan sólo rozó levemente el brazo de Titus al pasar, pues apenas vio a la madre y el hermano de su niña favorita, camino de la puerta.

Tenía las mejillas húmedas, y sus gafas estaban tan empañadas que tropezó al llegar a la puerta y no fue capaz de encontrar el pomo. Titus le abrió, y por un instante se quedó mirando a su amigo, que se quitó las gafas en el pasillo y se puso a limpiarlas con un pañuelo de seda, con la cabeza gacha, la mirada fija en sus manos, con esa especie de concentración tan intensa del pesar.

En la habitación, madre e hijo se quedaron solos, y permanecieron codo con codo cada uno en su propio mundo. De no haberse sentido tan hondamente conmovidos, la situación hubiera podido resultar embarazosa. Ninguno de los dos sabía ni le importaba lo que sucedía en el pecho del otro.

El rostro de la condesa no expresaba nada, pero hubo un momento en que levantó un poco un extremo de la sábana sobre los hombros de Fucsia, con una ternura infinita, como si temiera que su niña pudiera tener frío y corriera el riesgo de despertarla.

SETENTA Y SIETE

Sabiendo que aún tendría que esperar varias horas antes de que hubiera la suficiente oscuridad para aventurarse a salir, Pirañavelo se había echado a dormir en la canoa. Mientras dormía, la canoa empezó a mecerse suavemente sobre las negras aguas, a unos palmos de donde la corriente penetraba a través de la ventana. Vista desde el interior de la «caverna», esta entrada era como un cuadrado de luz. Y sin embargo, a cada momento que pasaba, el seno de la bahía gris, que desde el oscuro refugio de Pirañavelo parecía luminoso, en realidad cubría su desnudez con un manto de sombras tras otro.

Por supuesto, siete horas antes, cuando Pirañavelo se escabulló del mundo exterior y cruzó la reluciente ventana, pudo ver exactamente en qué clase de habitación se metía. La luz que penetraba por ella se reflejaba en las aguas e iluminaba el interior.

Su primera reacción fue de intensa irritación, porque no había corredores que salieran de la estancia ni escaleras que llevaran al piso de arriba. Las puertas estaban cerradas cuando la inundación llegó allí, de manera que el peso del agua las hacía inamovibles. De haber estado abiertas las puertas interiores, hubiera podido escabullirse por los respiraderos superiores hasta un alojamiento más amplio. Pero no. Aquel lugar era prácticamente una cueva, una cueva con unas pocas pinturas mohosas que colgaban precariamente a unos centímetros del agua.

Y como tal receló de ella desde el principio. Era una trampa. Aunque remar y salir por aquella boca a las aguas abiertas parecía mucho más peligroso que permanecer donde estaba hasta que cayera la noche.

Una brisa procedente de la Montaña erizaba la extensa superficie de la bahía de agua dulce y extendió sobre ella una especie de piel de gallina. Estas ondas empezaron a desplazarse hacia el interior de la cueva, una tras otra, haciendo que la canoa se balanceara suavemente.

A ambos lados de la «bahía», la silueta de los dos promontorios idénticos, con sus largas hileras de ventanas, se recortaba contra el crepúsculo.

Entre ellos, las aguas rizadas miraban al cielo con una agitación inusual, en un ir y venir que, aunque en sí mismo no hubiera sido peligroso ni para la más pequeña embarcación o aun para un nadador, resultaba peculiar y amenazador.

En el lapso de un minuto, la callada quietud del atardecer se convirtió en algo muy distinto. La paz del crepúsculo, el hechizo de aquella luz gris como la piedra se rompió. No se rompió el silencio, pero la luz, el agua, el castillo y la oscuridad se reunieron en cónclave.

Deslizándose sobre las aguas encrespadas, una fría vaharada de los pulmones de esta conspiración debió de entrar en la habitación donde dormía Pirañavelo pues, de pronto, se incorporó en la canoa y volvió la vista hacia la ventana, y el vello se le erizó en el espinazo y la boca se convirtió en las fauces de un lobo, ya que, mientras la sangre brillaba detrás de las lentes de sus ojos, sus finos y pálidos labios se separaron en una mueca que se extendió como una cuchillada en una máscara de cera.

Mientras su cerebro pensaba con rapidez, Pirañavelo tomó un remo y acercó el bote a unos palmos de la ventana, desde donde obtuvo una panorámica de la bahía, parapetado por la oscuridad absoluta.

Lo que había visto antes no eran más que los reflejos de lo que ahora divisaba en su totalidad pues, desde el lugar que antes ocupaba la canoa, la parte superior de la ventana quedaba oculta tras un velo de papel desprendido de la pared. Lo que había visto eran los reflejos de una hilera de luces. Lo que ahora veía eran las linternas, que ardían en la proa de un centenar de embarcaciones. Y estas embarcaciones se extendían en un semicírculo que avanzaba en su dirección tan denso como un ejército de luciérnagas.

Sin embargo, lo peor de todo era una especie de luz que bailaba sobre las aguas, al otro lado de la ventana. No era una luz potente, pero era más de lo que podía atribuir a los últimos resplandores del día. Y su color no era natural. Había algo verdoso en aquel tenue destello, y Pirañavelo apartó la vista. Porque, a cada segundo que pasaba, los botes acortaban la distancia que los separaba de los muros del castillo.

Si había o no otras interpretaciones para el espectáculo desplegado ante sus ojos, en aquel momento tan crítico no podía dedicarles ni un pensamiento. Debía suponer lo peor y más sangriento.

Debía suponer que no sólo estaban repartidos por la bahía buscándole a él y sabían que estaba escondido muy cerca, en algún lugar entre los dos promontorios gemelos, sino más aún, que sabían exactamente por qué ventana había pasado. Debía suponer que le habían visto cuando entró en aquella trampa y que sus perseguidores no sólo escudriñaban las aguas sedientos de su sangre, sino que el frío resplandor que veía sobre las aguas justo delante procedía de linternas o antorchas que arrojaban su luz desde la ventana de arriba.

Tanto si su única esperanza era escabullirse fuera de la cueva y, arriesgándose a recibir una descarga desde arriba, recorrer velozmente las aguas de la bahía antes de que las embarcaciones cerraran filas y la concentración de sus luces sobre la boca de la cueva le dieran un tono plomizo… tanto si hacía eso y ganaba velozmente la oscuridad en el crepúsculo deslizándose como una golondrina sobre la superficie de las aguas virando como sólo su canoa podía… y atravesaba el círculo de linternas y después, tras seguir con el bote, el lado de uno de los promontorios cubiertos de enredaderas, trepaba por el áspero follaje de los muros… tanto si debía hacer esto como si no, en cualquier caso era demasiado tarde, pues una brillante luz amarilla bailaba sobre las aguas revueltas del otro lado de la ventana.

Un par de pesadas embarcaciones semejantes a barcazas que se acercaban sigilosamente bordeando los muros que flanqueaban la ventana de Pirañavelo eran la fuente de la luz amarilla que el asesino había visto, para su horror, bailando sobre las aguas, porque aquellas embarcaciones venían cargadas de antorchas; las chispas caían al agua y se extinguían siseando. El decorado en torno a la abertura de la cueva había dejado de ser un escondite anónimo y oscuro para devenir en un escenario de aguas iluminadas por el fuego en el que se concentraban todas las miradas. Las vetustas jambas de piedra de la ventana, visiblemente marcadas por los elementos, se habían convertido en objetos del oro más puro, y sus reflejos se hundían en las aguas negras como si quisieran inflamarlas. Alrededor de la ventana, la piedra estaba iluminada con igual intensidad. Sólo la boca de la habitación, donde las aguas llameantes se aventuraban para ser engullidas por su negra garganta, interrumpía el resplandor. Porque había algo más que simple negro en la intensidad de aquel tosco cuadrado de oscuridad.

La misión de las barcazas no era otra que permanecer con sus chatas proas a ambos lados de la ventana, iluminar aquel lugar como si fuera de día. La del arco de embarcaciones era cerrarse y formar el más denso de los auditorios, armado e impenetrable.

Pero quienes manejaban las barcazas y sostenían en alto las antorchas, y quienes remaban e impulsaban los cientos de embarcaciones que estaban ahora a un tiro de piedra de la «cueva» no eran los únicos espectadores.

Muy por encima de la entrada al refugio de Pirañavelo, las decenas de ventanas dispuestas de forma irregular ya no boqueaban vacías como cuando Titus las había mirado desde la canoa y sintió un escalofrío ante aquel lugar olvidado. En cada ventana había una cara, y cada cara miraba hacia abajo, donde las olas iluminadas subían y bajaban hasta el punto de que las sombras de los hombres de las barcazas saltaban sobre las paredes y debajo de éstas se oía el chapoteo de las olas encrespadas al romper contra los muros del castillo.

Se había levantado viento, y a algunas de las embarcaciones que formaban el círculo les costaba mantener la posición. Sólo los que miraban desde arriba no se veían afectados por este empeoramiento del tiempo. Un formidable contingente se había desplazado por tierra. Pocos había que hubieran hecho antes aquel camino, y ninguno que hubiera llegado hasta el Tajo y los Pedestales de Pequeña Sark en los últimos cinco años.

La condesa había viajado por agua, pero Titus tuvo que ir por tierra, a la cabeza de la falange principal, pues no era un itinerario sencillo, en pleno crepúsculo y con las innumerables decisiones que había que tomar en las encrucijadas de pasadizos y azoteas. Con el viaje de regreso tan fresco en la memoria, a Titus no le quedó más remedio que poner sus conocimientos a disposición de los centenares de individuos cuyo deber era peinar los Pedestales. Pero no estaba en condiciones de volver a recorrer sin ayuda aquel trayecto tan largo en un mismo día. Mientras los funcionarios trataban de encontrar un vehículo apropiado, Titus recordó el palanquín en el que lo habían llevado, con los ojos vendados, el día de su décimo aniversario. Mandaron un mensajero en su busca, y poco después el «ejército de tierra» partió en dirección norte con Titus recostado en su «silla de montaña», con una jarra de agua en el receptáculo de madera que tenía a sus pies, una petaca de *brandy* en la mano y una hogaza de pan y una bolsa de pasas junto a él en el asiento. En distintos momentos, cuando pasaban de una azotea a otra o cuando se encontraban ante un tramo complicado de escaleras, Titus bajó de la silla y siguió a pie… Aun así, durante la mayor parte del camino

pudo ir recostado en su silla, con los músculos relajados, limitándose a dar agrias instrucciones al capitán de los exploradores de tierra cuando surgía la ocasión. Una negra ira empezaba a dominarle.

¿Qué pasó por su cabeza mientras se desplazaba en medio del crepúsculo? Un centenar de pensamientos y la sombra de un centenar más. Pero entre todos ellos, estaban esos temas gigantes que eclipsaban todo lo demás y acechaban en el umbral de su conciencia, y cada vez que los retomaba, el corazón le estallaba en un doloroso martilleo. En un corto período de tiempo —en las últimas horas— se había visto arrojado en tres ocasiones a un torbellino emocional para el que no estaba en absoluto preparado.

De pronto, como salido de la nada, el primer avistamiento del esquivo Pirañavelo. Salida de la nada, la noticia de la muerte de Fucsia. Salido de la nada, de repente, el arrebato de su rebelión, el peligro, la conmoción de todos los que le rodeaban, la exaltación y la emoción de verse libre de duplicidades… como traidor si querían, sí, pero también como un hombre que había arrancado las zarzas de sus ropas, la hiedra de sus miembros, la enredadera de su cerebro.

Pero ¿lo había hecho? ¿Era posible liberarse con un simple tirón de su responsabilidad para con la Casa de sus padres?

Mientras los porteadores avanzaban por los pisos superiores, Titus estaba seguro de ser libre. Cuando Pirañavelo fuera sacado a rastras de su guarida como una rata de agua y ejecutado, ¿qué le retendría entonces en aquel mundo, el único que conocía? No, prefería morir más allá de sus confines, dondequiera que estuviesen, a pudrirse entre ritos. Fucsia estaba muerta. Todo estaba muerto. La Criatura estaba muerta y el mundo había muerto. Su reino se le había quedado pequeño.

Pero detrás de todo esto, detrás de sus pensamientos tambaleantes, había una ira cada vez mayor, una ira como jamás la había sentido. A primera vista, podía parecer que la ira que le consumía era absurda. Y la parte racional de Titus seguramente hubiera admitido que así era. Porque esa ira no se debía a que Fucsia hubiera muerto a manos de Pirañavelo como él pensaba, ni a que el rayo arbitrario hubiera frustrado su amor por la Criatura… en su mente consciente, no era ninguna de estas cosas la que le hacía temblar por el deseo de batirse con el hombre de cara roja y blanca y, si podía, matarle.

No, era porque Pirañavelo le había robado la canoa, su canoa… tan ligera, tan rauda; tan veloz sobre las aguas.

Lo que Titus no imaginaba es que la canoa no era ni más ni menos que la Criatura: en el profundo caos de su corazón y su imaginación —en el corazón de su mundo de ensueño—, la canoa se había convertido, y quizá ya lo era la primera vez que la impulsó bajo su cuerpo a la libertad de un mundo exterior, en el centro mismo del bosque de Gormenghast, la Criatura en persona.

Pero había algo más que eso. Había otra razón, una razón sin simbolismo, sin un origen oscuro, una razón tan clara y definida como la daga que llevaba al cinto.

En la canoa, perdida ahora a manos del asesino, veía el vehículo perfecto para un ataque silencioso y por sorpresa; en otras palabras, para vengar a su hermana. Había perdido su arma.

De haber pensado Titus lo suficiente, se habría dado cuenta de que Pirañavelo no podía haberla matado. Pues era imposible que, después de la caída de Fucsia, llegara en tan poco tiempo a una zona situada tan al norte como los Pedestales. Pero no era así su razonamiento. Pirañavelo había matado a su hermana y le había robado la canoa.

Cuando por fin el ejército de la azotea alcanzó las últimas almenas y vieron allá abajo las aguas negras de la «bahía», se apostaron vigías y se dio orden de que informaran a sus capitanes en cuanto las primeras luces aparecieran detrás del promontorio sur. Entre tanto, las hordas que cubrían las azoteas próximas empezaron a filtrarse poco a poco por tragaluces, respiraderos y escotillas, hasta que quedaron absorbidas por la extensión desierta y melancólica de una habitación tras otra, un salón tras otro, una extensión que había bostezado vacía durante muchos años, hasta que Pirañavelo inició sus exploraciones.

Encendieron antorchas. Al parecer, la ventaja de saber en seguida si una habitación estaba vacía o no compensaba el riesgo de que la luz alertara al fugitivo. Y sin embargo, fue una labor lenta. Finalmente, cuando se hubo comprobado que los cuatro pisos estaban tan vacíos como campanas sin badajo, llegó noticia de que se habían visto luces al otro lado de la bahía.

En un momento, todas las ventanas del lado oeste se llenaron de cabezas y, efectivamente, el collar de chispas que Pirañavelo había visto desde la entrada de la habitación inundada se tendió en tomo a la oscuridad.

Que no se hubiera encontrado ni rastro de Pirañavelo en las decenas de habitaciones de los pisos superiores hacía más que sugerir que aún debía de estar en su guarida, al nivel del agua. Titus había descendido de inmediato al más bajo de los pisos sin inundar y, asomándose a una ventana situada más o menos en el centro de la fachada, se aferró a una rama de hiedra y, sacando el cuerpo peligrosamente, pudo

reconocer exactamente la ventana por donde Pirañavelo había entrado velozmente en el castillo.

Ahora que la luz había aparecido en la bahía, no había tiempo que perder, pues era posible que, si Pirañavelo estaba debajo y los veía, saliera a toda prisa. Entre tanto, Titus y los tres capitanes que le acompañaban abandonaron la habitación y corrieron por el pasadizo unos veinte metros, hasta una de las estancias del lado oeste donde, tras llegar a la ventana y asomarse, comprobaron que estaban prácticamente encima de la ventana de la habitación inundada.

No había ni rastro de él en la bahía. Hasta donde les era posible conjeturar, suponían que debía de estar bajo la habitación que tenían a la derecha y que veían a través de una puerta comunicante, una habitación más bien grande y cuadrada, cubierta por una capa de polvo suave como el terciopelo.

—Si está ahí abajo y fuera necesario, milord, podríamos llegar hasta él desde arriba… —E hizo ademán de ir a la habitación en cuestión.

—¡No! ¡No! —susurró Titus con furia—. Podría oír tus pasos. Vuelve aquí.

—Los botes no están lo bastante cerca —dijo otro—. Dudo mucho que pueda acceder a ningún otro lugar del castillo. El agua sólo está a poco más de un metro del dintel de la ventana. Tarde o temprano todas las puertas quedarán bloqueadas por el agua. Tenéis razón, milord. Debemos permanecer en silencio.

—Pues permanece en silencio —dijo Titus y, a pesar de la ira, el embriagador vino de la autocracia le supo dulce en la boca, dulce y peligroso, pues sólo ahora empezaba a comprender que tenía poder sobre otros, no sólo merced a la influencia de su alta cuna, sino por una autoridad innata que ejercía por primera vez; y sabía que era peligroso, pues iría en aumento y su sabor sería cada vez más dulce y más feroz, y el grito desnudo de libertad se iría apagando y la Criatura que le había enseñado lo que es la libertad no sería más que un recuerdo.

Fue mientras las embarcaciones se acercaban y convergían, antes de que las barcazas del castillo se hubieran apostado a ambos lados de la ventana con su resplandor, y mientras aún reinaba una relativa oscuridad sobre las aguas fuera de la boca de su guarida, cuando Pirañavelo decidió que se quedaría donde estaba y se enfrentaría al mundo entero si era necesario, con la seguridad de que no podían atacarle desde la retaguardia, en lugar de salir de su escondite y arriesgarse a quedar rodeado en la «bahía». No fue una decisión fácil, y es posible que no llegara a tomarla realmente, porque entonces las luces de las barcazas destellaron… En cualquier caso, permaneció donde estaba y, haciendo girar la canoa, dio otra vuelta a la oscura habitación. Y fue en ese momento cuando la súbita luz amarilla destelló cruelmente en el exterior y allí se quedó, como si hubieran subido un telón y hubiera empezado la función. Pero, incluso entonces, cuando le sorprendió la luz, Pirañavelo era consciente de que sus enemigos no podían saber con certeza que estaba en aquella habitación acuosa. No podían saber, por ejemplo, que las puertas del interior estaban cerradas y resultaban infranqueables. No podían estar seguros de que, aunque le hubieran visto entrar por la ventana, no había vuelto a salir. Pero cómo y cuándo sacar ventaja de esa incertidumbre era algo que de momento ignoraba.

No había nada en la habitación, salvo los cuadros colgados de las paredes vacías; nada que pudiera ayudarle. Y entonces, por primera vez, pensó en el techo. Alzó la vista y vio que había una única capa de tablas dispuestas sobre las podridas viguetas. Se maldijo por haber perdido tanto tiempo y al punto se incorporó haciendo equilibrios sobre la canoa bajo un tramo desprendido de techumbre. Cuando estiró el brazo para aferrarse a las viguetas, preparándose para golpear, oyó el terrible sonido de pasos arriba, y las maderas temblaron a unos pocos centímetros de su cabeza.

Volvió a agacharse de inmediato en la canoa, que ahora se balanceaba apreciablemente. El viento cada vez más frío empujaba películas de agua contra la ventana, hacia la superficie relativamente uniforme de agua aprisionada en el interior.

Tenía el paso vedado por arriba y por todos los lados. Sus ojos no se apartaban del brillante cuadrado de luz del otro lado de la ventana. De pronto, una ola mucho más poderosa que las anteriores lamió con su espuma el dintel de la ventana y golpeó con despecho el soporte de piedra. La oscura habitación se había llenado del chapoteo del agua aprisionada. No era un sonido muy fuerte, pero sí frío y cruel. Y entonces, de pronto, Pirañavelo oyó otra cosa… la lluvia que volvía. Su sonido sibilante trajo consigo una especie de esperanza.

No es que hubiera perdido la esperanza. Nunca la tuvo. No había pensado en esos términos. Se había concentrado de tal manera en lo que tenía que hacer, segundo a segundo, que no había contemplado la posibilidad de que llegara un momento en que todo estaría perdido. Es más, sentía un orgullo triunfal, porque veía aquella concentración de fuerzas del castillo como un tributo a su persona. Aquello no formaba parte del ritual de Gormenghast. Era algo original.

El espectáculo involuntario que ofrecían las embarcaciones iluminadas era único. No había sido

planificado ni dictado. No hubo ensayos. Era necesario. Era necesario por el temor que le profesaban. Pero, mezclado con esta vanidad y este orgullo, estaba su propio miedo. No miedo a los hombres que estaban cerrando el cerco a su alrededor, sino al fuego. La visión de las antorchas distendió su rostro en una mueca vulpina y aguzó su astucia y su maldad. El recuerdo de su casi muerte cuando él y Bergantín se vieron envueltos por una única llama había calado tan hondo en él que la proximidad de una llama casi le hizo enloquecer.

En cualquier momento, del otro lado de la ventana, vería el oro de las olas salpicadas por la lluvia hendido por la proa de una embarcación, o tal vez varias, sin apenas separación entre ellas. O quizá una voz lo llamaría y le ordenaría que saliera.

Las embarcaciones de las linternas estaban ahora lo bastante cerca para que pudiera reconocer a sus tripulaciones a la luz de las llamas multicolores que ardían sobre las aguas.

De nuevo oyó pasos que venían de arriba y de nuevo volvió sus rojos ojos a las maderas podridas. Y cuando lo hizo le costó mantener el equilibrio, pues ahora no era sencillo cabalgar sobre las olas.

Cuando su mirada descendía del techo, reparó en algo que no había visto. Era un repecho formado fortuitamente por el dintel saliente de la ventana.

Al instante supo que aquél sería su escondite. Tenía la esperanza de que volviera la tempestad y dispersara la flotilla que subía y bajaba sobre las olas cada vez más altas.

No obstante, si se estaba preparando la tormenta, no disponía apenas de tiempo antes de que sus enemigos hicieran su primer movimiento. El tiempo no estaba del lado de nadie, ni del de ellos ni del suyo. Entrarían en cualquier momento.

Pero no era tarea fácil alcanzar ese repecho, donde las sombras eran más densas que en ningún otro lugar. Pirañavelo se puso en pie sobre la proa de la ligera embarcación y, al hacerlo, la popa se levantó muy por encima del agua. Con una mano se aferró a una vigueta del techo, por encima de su cabeza, y con la otra palpó la superficie del dintel buscando donde agarrarse. Y en todo momento, tuvo que mantener la canoa pegada a la pared, mientras las agitadas aguas de la cueva la sacudían arriba y abajo.

Era de vital importancia que ninguna ola empujara la canoa por el cuadrado de la ventana y dejara la proa a la vista de los que estaban fuera. Tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario, estirado como estaba en diagonal, con las manos sobre el repecho de piedra y el techo, los pies juntos en la volátil proa de la canoa, el agua moviéndose aquí y allá, subiendo y bajando, y aquella fina espuma por todas partes.

Por suerte para él, había logrado asirse firmemente con la mano derecha, pues sus dedos habían encontrado una profunda grieta en el saliente. No era la altura de este repecho lo que le hizo preguntarse si lograría auparse hasta allí, ya que, de pie en la canoa, quedaba sólo a unos treinta centímetros de su cabeza. Lo que resultaba desesperantemente difícil era sincronizar las diferentes cosas que tenía que hacer antes de estar finalmente agazapado sobre la ventana, con la canoa a su lado.

Pero era tenaz como un hurón y lentamente, en grados infinitesimales, levantó su pierna derecha de la canoa y encajó la rodilla contra el borde interior del montante de piedra. La canoa seguía prácticamente vertical por la presión de su pie izquierdo sobre la proa. Tan vertical que, en una especie de genialidad febril, Pirañavelo se soltó de la vigueta que tenía sobre la cabeza y, con esa mano, alzó la canoa por encima del agua. Tenía los dos brazos ocupados… el uno sosteniéndolo y el otro sosteniendo la canoa para apartarla de la luz. La rodilla derecha, pegada contra el montante de piedra, le dolía. La otra pierna colgaba como un peso muerto.

Durante un breve lapso permaneció donde estaba, con el sudor chorreándole por el rostro rojiblanco y los músculos pidiendo a gritos que los liberara de tanta tensión. Y durante este lapso no tuvo la menor duda de que para aquello sólo había un fin posible, y era caer como una mosca muerta de la pared… caer al agua, donde, cabeceando a la luz de las antorchas bajo el dintel, sería recogido por el más próximo de sus enemigos.

Con todo, en el momento álgido de su dolor, empezó a tirar del peso de su cuerpo, tiró de él con la mano cuyo dedo encogido temblaba sujeto a la grieta del dintel. Centímetro a centímetro, gimiendo para sus adentros como un bebé o un perro enfermo, logró levantar el peso muerto de su cuerpo, hasta que, con una ligera contorsión a un lado, fue capaz de poner en juego la otra pierna. Pero no había ninguna irregularidad en la piedra lisa donde su dedo del pie pudiera encontrar apoyo.

Su ojo giró en un frenesí de desesperación. De nuevo pensó que caería al agua. Pero, mientras su ojo giraba, había reparado semiconscientemente en un gran clavo oxidado que sobresalía horizontalmente de la vigueta en sombras. Y este clavo menguaba y aumentaba de tamaño cuando volvió sus ojos de nuevo hacia él, con una idea imprecisa que no acertaba a descifrar rondándole por la cabeza. Sin embargo, lo que sus pensamientos no lograron definir, su brazo lo puso en práctica. Pirañavelo vio que se levantaba, su brazo

izquierdo se levantaba por sí mismo; y vio que levantaba la canoa poco a poco, hasta que tuvo la proa por encima de la cabeza y, entonces, como si se tratara de colgar un sombrero de una percha, colgó su embarcación en el clavo oxidado. Ahora que tenía libre la mano izquierda, se aferró también con ella a la grieta del dintel y se impulsó de una forma relativamente indolora, hasta que se encontró a cuatro patas sobre el saliente de dos palmos del pesado dintel.

Donde antes hubiera una división definida entre las negras olas del interior y las olas amarillas que se agitaban en el exterior de la ventana, ya no había una separación tan marcada. Las lenguas de agua dorada se adentraban cada vez más en la habitación, y las lenguas negras se deslizaban con cada vez menos libertad a la luminosidad del exterior.

Ahora Pirañavelo estaba tumbado boca abajo sobre el saliente, a unos palmos del agua. Poco a poco, había empezado a inclinar la cabeza para mirar por la esquina superior de la ventana, que miraba al norte. Unas pocas ramas muertas de la enredadera que cubría el muro exterior ocultaban hasta cierto punto aquel ángulo de la ventana, y era la intención de Pirañavelo utilizarlas a modo de pantalla para tratar de hacerse una idea de las intenciones de sus enemigos.

Bajó la cabeza lentamente, hasta que de pronto los vio. Una sólida pared de naves rodeaba la entrada, ni a cuatro metros de distancia. Subían y bajaban sobre las peligrosas aguas. Caía una lluvia fina pero intensa que golpeaba los rostros mojados e iluminados por las antorchas.

Estaban armados, no con armas de fuego como él había imaginado, sino con largos cuchillos, y al instante recordó la ley que decretaba que todos los homicidas debían morir de una forma lo más parecida posible a la muerte que habían dado a sus víctimas. Era evidente que el asesinato de Excorio había determinado la elección de las armas.

La luz de las antorchas llameaba sobre el escurridizo acero. La proa de las embarcaciones se acercaba cada vez más a la boca de la ventana.

Pirañavelo se incorporó y se puso en cuclillas. La luz del interior de la cueva había aumentado. Era como un crepúsculo dorado. Miró la canoa. Y entonces, de forma rápida y metódica, empezó a sacarse del bolsillo los escasos objetos que siempre llevaba consigo. Colocó el cuchillo y el tirachinas uno junto al otro con el mismo esmero que un ama de casa pone al arreglar la repisa de la chimenea. La mayor parte de la munición la dejó en el bolsillo, salvo una docena de piedrecillas que dispuso en tres líneas, como soldados en formación.

Después, sacó un espejito y un peine y, en la mortecina luz dorada que se filtraba en la cueva; se peinó.

Cuando quedó satisfecho con el resultado, volvió a meter la cabeza por la esquina del dintel y vio que las apretadas embarcaciones habían creado entre ellas algo parecido a una sólida muralla oscilante que le cerraba cualquier posibilidad de huida. Los hombres que abarrotaban aquella masa compacta estaban trasladando un pequeño bote desde un extremo y, mientras miraba, lo depositaron sobre las aguas turbulentas en el lado más próximo, de manera que la proa quedó a pocos palmos de la ventana-entrada.

Y entonces Pirañavelo reparó con sobresalto en que las dos barcazas se acercaban a la ventana cerrando filas, con lo que su vía de salida quedaba reducida a un estrecho pasadizo.

Con la aproximación de las barcazas, las antorchas que transportaban pudieron enviar su luz directamente a través de la ventana y sobre las aguas en el interior de la habitación bailó un resplandor tal que, de no haber estado sobre el dintel, habría quedado completamente expuesto.

Pero también reparó en que el resplandor de la superficie había privado al agua de su translucidez. Ya no parecía que los muros se prolongaran bajo el agua. Podría haber sido perfectamente un sólido suelo de oro que se sacudía como a causa de un terremoto y reflejaba su brillo en las paredes y el techo. Cogió el tirachinas y, llevándoselo a la boca, frunció los labios delgados e implacables y lo besó como una solterona marchita besaría el hocico de su perrito de aguas. Deslizó una piedra en el cargador de suave cuero y, mientras esperaba a que apareciera la proa de alguna barca o que una voz lo conminara a salir, una gran ola entró por la ventana y, girando por la habitación como enloquecida, volvió a salir dejando un remolino en el centro de la estancia. Al mismo tiempo oyó fuera un clamor de voces y gritos de advertencia, pues la resaca había barrido las bordas de varias de las inestables embarcaciones. Y, en el mismo instante, mientras blandía su arma y las amenazadoras aguas giraban a sus pies, ocurrió algo más. Bajo el sonido del agua, bajo el sonido de las voces del otro lado de la ventana, había otro sonido, un sonido que se evidenciaba no por su volumen o estridencia, sino por su persistencia. Era el sonido de una sierra. En la habitación de encima, alguien había traspasado el suelo podrido con un instrumento afilado silenciosamente, a fe de Pirañavelo, pues no había oído nada, y, en ese momento, el extremo de la sierra penetraba en la habitación subiendo y bajando con rapidez.

Pirañavelo había concentrado tanto su atención en lo que sucedía en el exterior, donde el pequeño bote

de exploración había sido depositado sobre las aguas a poca distancia, que no había tenido ojos ni oídos para lo que ocurría encima de él.

Pero durante una tregua del oleaje y del griterío había oído de pronto el resuelto rasguñar de una sierra y, alzando la mirada, vio el dentado objeto brillando en la luz reflejada por las aguas como si fuese de oro, mientras penetraba y se retiraba, penetraba y se retiraba en el centro del techo.

SETENTA Y OCHO

I

A cada minuto que pasaba, Titus se iba poniendo más y más nervioso. No porque los preparativos para el asalto de la habitación inundada no se hubieran desarrollado rápida y satisfactoriamente, sino porque la ira, lejos de apaciguarse, le dominaba cada vez más.

Dos imágenes flotaban de forma permanente ante sus ojos. Una, la de una criatura esbelta e indómita, una criatura que, aun desafiándolo, desafiando a Gormenghast, desafiando la tempestad, era tan inocente como el aire o como el rayo que la mató. La otra, la de una habitación pequeña y vacía donde su hermana yacía sola sobre una camilla, desgarradoramente humana, con los ojos cerrados. Y ninguna otra cosa le importaba, salvo que ambas fueran vengadas, que pudiera devolver el golpe.

De este modo, no permaneció ante la ventana que daba sobre las aguas brillantes y agitadas. Dejó la habitación y descendió por una escalera exterior, y subió a una de las barcas, pues ahora que la «cueva» de Pirañavelo estaba tan estrechamente cercada, decenas de embarcaciones se mecían inútilmente sobre las olas. Titus ordenó a los remeros que lo dejaran en el interior del arco perfecto que las barcas formaban en torno a la ventana y avanzó sobre el oscilante suelo de las barcas hasta que se encontró ante la ventana y, escrutando la superficie del agua, vio el interior de la habitación, tan iluminada por los reflejos que una pintura que colgaba de la pared del fondo se veía con total claridad.

Pero la condesa había tomado el camino opuesto y, aunque no llegaron a verse, debieron de cruzarse bajo la luz ámbar, pues mientras Titus escrutaba la estancia inundada, su madre subía por la escalera exterior. Había tenido la idea de serrar el techo de la habitación inferior, porque estaba claro que nadie podría entrar en la trampa de Pirañavelo sin exponerse a graves riesgos. Era cierto que la habitación parecía vacía, pero, naturalmente, no podía saber qué se ocultaba entre las sombras en los rincones más próximos, o contra las paredes que flanqueaban la ventana.

Y es ahí donde, de estar Pirañavelo en la habitación, se hubiera escondido.

Por eso pensó en la habitación de encima. Cuando llegó, vio que su idea ya estaba siendo puesta en práctica, así que fue hasta la ventana y se asomó. La lluvia, que había cesado brevemente, volvía a caer, y una cortina de agua golpeaba de forma persistente los muros, de modo que la condesa no llevaría ni un minuto ante la ventana y ya estaba empapada. Al poco, se volvió hacia la izquierda y contempló el muro adyacente, que se perdía en la húmeda perspectiva. Alzó la cabeza hacia arriba, y vio hectáreas de piedra que se elevaban chorreando agua en la noche. Pero la gran fachada no estaba desnuda; en cada ventana sobresalía una cabeza. Y, bajo el fulgor de las antorchas, cada una de ellas tenía el color de la piedra de la que brotaba; se hubiera dicho que los vigías eran de piedra, como gárgolas, con los rostros dirigidos hacia la brillante luz de las barcazas que bailaba sobre las olas en el exterior de la «cueva».

Pero, mientras la condesa miraba las «tallas» que tachonaban los muros a su izquierda, se produjo una especie de sustracción. Como si la vergüenza se hubiera extendido sobre los rostros de piedra. Una a una, las cabezas se retiraron, hasta que no quedó nada a la izquierda, salvo el vacío de los muros chorreantes.

La condesa volvió la cabeza al otro lado, donde, por el contrario, las cabezas sobresalían y brillaban bajo la lluvia iluminadas por la luz de las antorchas… hasta que, al igual que sus compañeras, también éstas se retiraron, una a una.

La condesa dirigió de nuevo la mirada hacia la escena que tenía lugar abajo, y aquel sinfín de rostros mojados volvió a proyectarse desde los muros del castillo, como si fueran succionados o como las tortugas asoman las cabezas del caparazón.

La pequeña embarcación que había sido transportada a lomos del cordón de barcas estaba ahora a medio metro de la ventana. En su interior, un hombre sentado empuñaba un poderoso remo. Un sombrero de cuero negro de ala ancha protegía sus ojos de la lluvia. Entre los dientes sujetaba una larga daga.

La suya no era tarea fácil, penetrar por la ventana entre las barcazas apostadas a ambos lados. El

pequeño esquife avanzó peligrosamente, tragando agua dorada por el costado. El viento ululaba sobre la bahía.

De pronto Titus le gritó al hombre que regresara.

—Deja que vaya yo primero —gritó—. Eh, tú, vuelve. Dame esa daga. —El rostro de su hermana se le apareció en la ventana. La Criatura bailó sobre las aguas relucientes como un espíritu y le mostró los dientes.

—¡Deja que sea yo quien lo mate! ¡Deja que lo mate! —gritó de nuevo, perdiendo en ese momento sus últimos cuatro años de aprendizaje, pues se había vuelto como un niño histérico a causa de su vivida imaginación, y por un instante el remero vaciló, mirando atrás por encima del hombro. Pero desde lo alto del muro, una voz exclamó:

—¡No! ¡Por la sangre del amor! ¡Detenedlo!

Dos hombres sujetaron con fuerza a Titus, pues casi parecía que iba a arrojarse al agua.

—Calmaos, milord —dijo uno de los hombres que le sujetaban—. Es posible que no esté allí.

—¿Por qué no? —gritó Titus debatiéndose—. Yo le vi, ¿no es cierto? ¡Soltadme! ¿No sabéis quién soy? ¡Soltadme!

II

Pirañavelo estaba tan inmóvil como el dintel sobre el que se había agazapado. Sólo sus ojos se movían de un lado a otro, de la sierra que se abría camino en forma de círculo en las maderas del techo a las relucientes aguas que tenía por debajo, y donde en cualquier momento aparecería el morro del esquife. Había oído el «no» atronador de la condesa desde arriba, y sabía que cuando el techo estuviera cortado, ella sería de las primeras en escrutar la habitación. Sin duda la luz reflejada les ofrecería una panorámica perfecta del lugar donde se ocultaba.

Abrir una frente tras otra conforme aparecieran por el agujero del techo, dejar sus piedrecillas clavadas en la frente de sus enemigos como la más elocuente de las lápidas… quizá sería esto lo que haría, pero sabía que sus enemigos no tenían aún la certeza de que estaba allí. Tan pronto advirtieran la acción de su mortífero tirachinas, su captura sólo era cuestión de tiempo.

Es evidente que nada podía hacer para frenar el avance del hombre de la sierra. Tres cuartas partes de un círculo estaban ya marcadas en la madera podrida. Y habían empezado a caer pedacitos de madera sobre las aguas picadas.

Todo dependía del esquife. En un minuto, un gran ojo redondo se abriría en las maderas del techo. Pirañavelo estaba deseando que llegara cuando la proa apareció cabeceando como un caballo y de pronto, cuando volvió a saltar hacia delante, allá abajo, tan cerca que podía tocarlo, vio el sombrero de ala ancha del remero con la daga en la boca.

III

La condesa, satisfecha porque ya no había peligro de que Titus saltara al agua, volvió al lugar donde el hombre de la sierra dejaba descansar el brazo antes de la última docena de acometidas de la hoja candente y afilada.

—El primero que se asome por el agujero se expone a recibir una pedrada en la cabeza. No les quepa la menor duda, caballeros. —La condesa hablaba lentamente, con los brazos en jarras, la cabeza alta, el pecho que subía y bajaba como el lento vaivén de las olas. Se sentía dominada por la pasión de la caza, pero su rostro no reflejaba nada. Estaba concentrada en la muerte del traidor.

Pero ¿y Titus? La agitación de sus emociones, la amargura de su tono; su falta de amor hacia ella… tanto si lo quería como si no, todo esto se confundía en su mente con la preocupación por Pirañavelo. No se trataba simplemente del enfrentamiento entre la Casa de Groan y un rebelde traicionero, pues el mismísimo septuagésimo séptimo conde, por propia confesión, se parecía peligrosamente a un traidor.

Volvió a la ventana y, mientras tanto, abajo, cambiando repentinamente sus planes, Pirañavelo se guardó el tirachinas en el bolsillo y, aferrando su puñal, se puso en pie despacio y en silencio y se quedó quieto, agachando la cabeza y los hombros por la proximidad del techo.

La figura de la barca, que se había prestado voluntaria a aquella arriesgada misión, lejos de dedicar sus ojos a buscar al enemigo, no podía concentrarse en otra cosa que no fuera el control del esquife, pues las olas que rompían contra los muros del exterior y empujaban las aguas a borbotones por la ventana habían convertido la habitación en un pozo de aguas revueltas.

No obstante, hubo un momento en que la agitación de las aguas atrapadas en la habitación se apaciguó engañosamente y el remero volvió la cabeza y, por primera vez, pudo fijar la mirada en el rincón de la ventana. Divisó a Pirañavelo de inmediato, con el rostro iluminado desde abajo por los reflejos del agua.

Apenas lo vio, el hombre dejó escapar una exclamación de terror. No porque fuera un cobarde, pues se había ofrecido para entrar solo en la cueva, y ahora se disponía a luchar como no había luchado en su vida, sino porque había algo tan terrible en el aspecto de aquel joven que las tripas se le hicieron un nudo. Por el momento, el voluntario estaba fuera del alcance de Pirañavelo, a no ser que le arrojase el puñal, y se disponía a llevarse a los labios el silbato que portaba colgado del cuello para advertir a los demás mediante un único pitido, como habían acordado, cuando se vio impulsado hacia delante en lo alto de una ola que acababa de entrar y que avanzó siguiendo las paredes como si quisiera limpiar la cueva. Luchó con el remo, pero le fue imposible mantener la barca en su sitio y en cuestión de segundos se encontró deslizándose a lo largo del lado oeste, hacia el rincón oscuro del muro que daba al «mar».

Cuando la barca, impulsada hacia delante y golpeando con la proa la piedra del lado de Pirañavelo, estaba a punto de franquear la ventana, Pirañavelo saltó hacia la izquierda y cayó sobre el voluntario con una fuerza arrolladora a pesar de su ligereza. No hubo tiempo para luchar, pues el puñal penetró en las costillas y el corazón del hombre tres veces en otros tantos segundos.

Cuando Pirañavelo asestó la tercera de sus mortales puñaladas, mientras el sudor le caía por el rostro como sangre húmeda bajo la luz de las antorchas, volvió sus pequeños ojos ardientes al techo y vio que apenas faltaban un par de centímetros para que la sierra completara el círculo. Un segundo más y quedaría expuesto a la mirada de la condesa y sus perseguidores.

El cadáver estaba junto a él en el bote que, a causa de su salto, había tragado un par de cubos de agua. Quizá fue esto lo que frenó su precipitado avance. Fuera lo que fuese, Pirañavelo pudo apoyar el pie contra la ventana y, ayudándose con el remo, contuvo la barca en la corriente cada vez más débil, hasta que aquel remolino de agua completó su camino saliendo por la ventana. En los escasos segundos de margen que tuvo mientras se balanceaba en la relativa oscuridad del rincón más alejado, arrancó el sombrero de ala ancha de la cabeza del muerto y se lo puso. Luego despojó aquel cuerpo flácido y pesado del abrigo y se lo puso

también. No hubo tiempo para más… Un sonido atronador le indicó que estaban echando abajo el círculo de tablas. Cogió el cuerpo por debajo de las rodillas y los brazos y, haciendo un esfuerzo supremo, lo arrojó por la borda y lo vio desaparecer bajo las aguas turbulentas.

Ahora debía controlar el esquife, pues no sólo quería evitar que zozobrara, sino situarlo bajo el agujero del techo. Mientras él hundía el pesado remo en el agua y dirigía el esquife hacia el centro de la habitación, el círculo de madera cayó y una nueva luz procedente de arriba proyectó un gran círculo luminoso en el acuoso centro de la guarida de Pirañavelo.

Pero Pirañavelo no miró hacia arriba. Luchaba como un poseso por mantener la barca bajo el círculo de luz… y entonces se puso a gritar con una voz ronca que, si bien en nada se parecía a la de su víctima, ciertamente tampoco se parecía a la suya.

—¡*Milady*! —gritó.

—¿Qué es eso? —musitó la condesa en la habitación de arriba.

Un hombre se asomó un poco a la abertura.

De nuevo, la voz de abajo.

—¡Ah, los de arriba! ¿Está ahí la condesa?

—¡Es el voluntario! —gritó el hombre que se había aventurado a mirar por el agujero circular—. ¡Es el voluntario, *milady*! Está justo debajo.

—¿Y qué dice? —exclamó la condesa con voz hueca, pues un oscuro temor atenazaba su corazón—. ¿Qué dice, hombre? ¡Por el amor de las Piedras!

Y entonces se adelantó un paso y pudo ver el sombrero de ala ancha y el pesado abrigo cuatro metros más abajo. Estaba a punto de hablarle a la figura, aunque el voluntario no hizo ademán de levantar la cabeza, pero fue éste quien rompió el silencio. Porque había una especie de silencio, aunque la lluvia silbaba y el viento soplaba y las olas azotaban los muros. Había una especie de tensión que se superponía a los sonidos. Y el miedo a que aquel pájaro de mal agüero hubiera volado.

La voz brotó de debajo del ala del sombrero.

—¡Decidle a su señoría que aquí no hay nada! Es sólo una habitación llena de agua. No hay más salida que la ventana. El agua ha bloqueado las puertas. Sólo hay agua, decídselo. ¡No hay ni donde esconder una pestaña! Él se ha ido, si es que ha llegado a estar aquí, cosa que dudo.

La condesa se dejó caer de rodillas, como si fuera a rezar. Su corazón estaba muerto en su pecho. Aquél era el momento, donde los hubiera, de prender y ejecutar a un enemigo de Gormenghast. Aquél, cuando los ojos del mundo estaban puestos en su captura y su castigo. Y sin embargo, el hombre había gritado: «Sólo una habitación llena de agua».

Pero en su interior, algo se resistía a creer que tan grandes preparativos, tamaña concentración de fuerzas en el castillo hubieran sido en vano… y, es más, a un nivel más profundo, había algo en ella que se resistía a aceptar que la certeza, la certeza irracional de que aquél era el día de la venganza, no fuera sino una ilusión.

Se agachó, apoyándose en los codos, y asomó la cabeza por debajo del nivel del suelo.

A primera vista, era desesperantemente cierto. No había donde ocultarse. Las paredes estaban desnudas, a excepción de algunos cuadros mohosos. El suelo no era más que agua. Su mirada se volvió hacia el hombre que había abajo.

Cierto que tenía gran trabajo para luchar contra las aguas embravecidas en la cueva, pero al mismo tiempo, parecía extraño que no hiciera ningún esfuerzo por mirar ni una sola vez hacia el techo, donde sabía que su audiencia observaba expectante.

La condesa lo había visto subir al bote poco antes, y abrirse camino entre las barcazas. Había mirado desde la ventana, mientras la lluvia le azotaba el rostro, preguntándose qué encontraría, aunque no dudaba que Pirañavelo le estaría esperando. Fue esta certidumbre, que persistía a pesar del vacío de abajo, la que la empujó a mirar de nuevo al hombre que no había encontrado más que agua.

Cuando vio con sorpresa que era menos corpulento de lo que pensaba, esto no le hizo sospechar. Pero sus ojos, que habían vuelto a separarse del voluntario y andaban siguiendo la curva de la pared, se posaron en algo en lo que no había reparado. A la derecha de la única ventana de la habitación las sombras eran más profundas, y es por ello que no había visto que algo colgaba del techo. Al principio no pudo distinguir lo que era, salvo que parecía colgar de una vigueta y que tendría unos dos metros de largo, pero, poco a poco, conforme sus ojos se acostumbraban a las peculiares vibraciones de aquel reflejo, y puesto que los haces de luz iluminaban de vez en cuando una u otra parte del objeto, se dio cuenta de que lo que estaba viendo era la canoa de Titus, la canoa que Pirañavelo había robado… y en la que había penetrado en aquella habitación. Pero ¿dónde estaba? La habitación estaba desprovista de vida, desprovista de todo

cuanto no fuera el agua, la canoa y el voluntario. No había forma de escapar de allí a pie, ni había tampoco motivos para que hubiera querido hacer tal cosa teniendo a su disposición una embarcación tan ligera y segura. Fuera cual fuese la causa de la desaparición de Pirañavelo, ¿por qué habría de colgar la canoa del techo?

Sus ojos volvieron a posarse en el sombrero de ala ancha y reparó en los hombros del hombre y en la agitación nerviosa y la agilidad con que manejaba la barca, y tuvo la primera sombra de duda, porque aquel voluntario que estaba abajo tenía algo distinto del fornido remero que había visto desde la ventana. Sus sospechas eran tan débiles que no comprendió realmente sus implicaciones. Y sin embargo, el hecho de que hubiera surgido cierto malestar, cierta sombra de duda, por vaga que fuera, bastó para que la condesa respirara hondo y, con una voz tan poderosa y potente que la figura del hombre se sobresaltó al oírla, atronó:

—¡Voluntario!

Allá abajo, el hombre parecía tener tantas dificultades que no podía evitar que la embarcación tragara agua y mirar a la condesa al mismo tiempo.

—¿*Milady*? —exclamó, agitando febrilmente el remo, como si hubiera de luchar para mantener su posición bajo el agujero—. ¿Sí, *milady*?

—¿Estás ciego? —dijo la voz desde arriba—. ¿Es que se te han podrido los ojos en la cara? —¿Qué querría decir con aquello? ¿Acaso había visto…?—. ¿Por qué no me has informado? ¿Es que no la has visto? —atronó la voz.

—Es… difícil… controlar el bote, *milady*, y no digamos…

—¡La canoa, hombre! ¿Es que no significa nada para ti que la canoa del traidor esté colgada del techo? Déjame ver tú…

Pero en ese momento, una nueva ola llegó por la ventana y arrastró la barca de Pirañavelo como si fuera una hoja, y mientras las aguas agitadas la hacían girar, alejándola del centro, la barca se ladeó tanto que la condesa vio un destello de blanco y escarlata bajo el sombrero de ala ancha y, casi al mismo tiempo, sus ojos se desviaron de su presa, pues un rostro vacío acababa de aparecer entre las olas, justo debajo de ella. El rostro se meció por unos momentos como una hogaza de pan y volvió a hundirse.

La condesa había sentido morir el mundo en su interior y entonces, con una rapidez increíble, vio los dos rostros, el uno detrás del otro, y su pesar, su rencor reflexivo, su sed de mal, su decepción se transformaron en un arrollador vigor de mente y cuerpo. Su ira cayó como el látigo sobre las aguas de la habitación de abajo. En cuestión de segundos, había visto al traidor de rostro rojiblanco y al voluntario.

El porqué de que el bote estuviera colgando del techo y un sinfín de preguntas más dejaron de tener relevancia. Eran totalmente académicas. Nada importaba, salvo la muerte del hombre del sombrero de ala ancha.

Por un instante, la condesa pensó en engañarlo, pues no era probable que hubiera visto el rostro aparecer entre las olas, ni supiera que ella lo había visto. Pero no era momento para juegos ni engaños… no era momento para dilaciones. Cierto que podía haber dado orden en secreto para que los botes que aguardaban en el exterior penetraran en la cueva y lo prendieran, después de distraer su atención de la ventana arrojando algún objeto desde arriba. Pero todas aquellas sutilezas no le parecían importantes, pues su ánimo le pedía una muerte rápida y definitiva en el nombre de las Piedras.

IV

Titus había dejado de debatirse y sólo aguardaba el momento en que los dos patanes que, sin duda con la mejor de las intenciones, lo protegían de sí mismo bajaran la guardia por un instante y le dieran la oportunidad de desembarazarse de ellos.

Lo tenían sujeto de la chaqueta y la solapa, cada uno a un lado. Las manos de Titus, que estaban libres, se habían deslizado poco a poco por el pecho y habían desabrochado en secreto todos los botones de la chaqueta salvo uno.

Las decenas de remeros, mareados por el vaivén de las aguas, empapados por la lluvia y fatigados por el esfuerzo de mantener encendidas las antorchas, no alcanzaban a entender lo que sucedía en la «cueva» inundada o en la habitación de encima. Habían oído voces y algunos gritos exaltados, pero ignoraban cuál era la situación.

De pronto, la condesa en persona apareció en la ventana, y su voz resonante se oyó por encima del viento y la lluvia.

—¡Atención, remeros! No quiero descuidos. El voluntario ha muerto. El traidor, que ahora lleva su sombrero y su abrigo, está junto a la ventana, en la habitación que tenéis rodeada. —Hizo una pausa y se limpió la lluvia del rostro con la palma de la mano, y entonces su voz, con más fuerza que nunca, añadió—: Las cuatro embarcaciones centrales se impulsarán con los remos de popa. Tres hombres armados irán en la proa de cada una. Estas barcas avanzarán cuando yo levante la mano. Lo quiero muerto. Desenvainad vuestros puñales.

Cuando estas últimas palabras volaron en la tempestad, la exaltación fue tan grande, era tanto el empeño de hombres y embarcaciones por adelantarse, que no fue sino con grandes dificultades que las cuatro barcas centrales lograron separarse del cordón y maniobrar hasta alinearse.

Fue entonces cuando Titus, viendo que sus captores lo sujetaban con menos fuerza en su afán por mirar la ventana de la aciaga habitación, se zafó y sacó los brazos de las mangas de la chaqueta y, tras sortear a un grupo de remeros, se zambulló en el agua, dejando su chaqueta vacía en las manos de aquellos hombres.

Hacía muchas horas que no dormía. Apenas había comido. Notaba los nervios en tensión, como un fanático que se pone a caminar sobre un lecho de clavos. La fiebre le subía. Los ojos, desmesurados, le ardían. Los cabellos, indescriptibles, estaban apelmazados contra la frente, como algas. Los dientes le castañeteaban. Tenía frío y calor alternativamente. No sentía miedo, no porque fuera valiente, sino porque el miedo se había quedado en algún lugar del camino. Lo había perdido. Y a veces el miedo es sabio. Titus no tenía ninguna sabiduría en aquel momento, ni instinto de supervivencia. Su único instinto era el ansia de llevar a cabo su propósito. La quemazón que lo corroía se había concentrado, en su mayor parte injustamente, en la figura de Pirañavelo… al igual que la muerte de su hermana y la muerte de su Pasión, aquel duende vivaz.

Nadaba exultante. Las aguas iluminadas se cerraban sobre él y volvían a abrirse en penachos amarillos. Subía y bajaba con las olas, agitando los brazos. Todo cuanto el cielo había vomitado de sus fauces, las gigantes reservas, rompía contra su frente. Estaba exultante.

La fiebre iba en aumento. Cuanto más débil estaba, más fiero se volvía. Tal vez aquello era un sueño. Tal vez todo era un espejismo… las cabezas asomadas a mil ventanas, los botes meciéndose como escarabajos dorados a los pies de las cumbres de medianoche, la ventana de la habitación inundada, que bostezaba pidiendo sangre, la ventana de arriba, donde veía la figura de su madre, con los rojos cabellos llameantes, el rostro de mármol.

Quizá nadaba hacia su muerte. No importaba. Sabía que estaba haciendo lo que debía. No tenía elección. Su vida entera había sido un compás de espera. De aquello. De aquel momento. De todo lo que era y lo que significaría.

¿Quién era la persona que nadaba en su interior, cuyos miembros eran sus miembros y cuyo corazón era su corazón? ¿Quién era…, qué era esa persona que luchaba por avanzar entre las relucientes aguas? ¿Era el conde de Gormenghast? ¿Septuagésimo séptimo señor? ¿Hijo de Sepulcravo? ¿Hijo de Gertrude? ¿Hijo de la Dama de la ventana? ¿Hermano de Fucsia? Oh, sí, era todo aquello. Era hermano de la joven cubierta con una sábana blanca hasta el mentón y los cabellos negros esparcidos sobre la almohada inmaculada. Era eso. Pero no era hermano de su señoría…, sólo de la joven ahogada. No era el títere de nadie. Tan sólo era él mismo. Alguien que hubiera podido ser un pez en el agua, una estrella, una hoja, una piedra. Era Titus, tal vez, si es que hacían falta palabras… pero nada más. Oh, no, ni Gormenghast, ni septuagésimo séptimo, ni la Casa de Groan, sólo un corazón en un cuerpo que nadaba a través del espacio y el tiempo.

La condesa lo había visto desde la ventana, pero no podía hacer nada. Titus no se dirigía hacia la cueva, donde las embarcaciones bloqueaban ya la estrecha entrada, sino hacia una de las escaleras exteriores que subían desde las aguas a intervalos regulares por la fachada del castillo.

Pero la condesa no disponía de tiempo para esperar y seguir sus movimientos. Tres hombres se habían lanzado al agua y nadaban en su persecución. Ahora que había visto la primera de las embarcaciones franquear la entrada de la cueva, le dio la espalda a la ventana y volvió al centro de la habitación, donde un grupo de funcionarios se había congregado alrededor de la enorme mirilla. Cuando se acercaba, un hombre alto que estaba arrodillado ante la abertura cayó de espaldas, con el mentón ensangrentado. Tenía cuatro dientes rotos que cascabeleaban en su boca junto con una piedrecilla mientras su cabeza se sacudía de dolor. Los demás se apartaron en seguida de la peligrosa abertura. En ese momento, Titus entró en la habitación, dejando un rastro de agua a cada paso, dando claras muestras de fiebre y agotamiento. El fuego que le consumía lo hacía ingobernable. Su piel, normalmente pálida, estaba sofocada. Las peculiaridades de su cuerpo se veían extrañamente acentuadas.

Su aire magno, que había heredado de su madre, aquella impresión de ser más corpulento de lo que en realidad era, se notaba de forma especial, como si no fuera simplemente Titus Groan quien acababa de entrar por la puerta, sino una abstracción, un arquetipo, y el agua que chorreaba de sus ropas de alguna manera lo hacía en proporciones heroicas.

Los chatos rasgos de su rostro parecían aún más chatos y más simples. El labio inferior le temblaba por la exaltación y colgaba como el de un niño. Pero sus ojos claros, que con tanta frecuencia parecían apagados y distantes, no estaban encendidos sólo por la fiebre, sino por el ansia de venganza —una visión poco agradable— y, al mismo tiempo, la determinación de demostrarse a sí mismo que era un hombre les confería un aire gélido.

Había visto su mundo hacerse añicos. Había visto personajes en acción. Ahora le tocaba a él ser el protagonista. ¿Era el conde de Gormenghast? ¿El septuagésimo séptimo? ¡No, por el rayo que la mató! ¡Era el Primero…, un hombre encaramado a un peñasco con la antorcha del mundo sobre él! Y estaba completo, no le faltaba nada: cerebro, corazón y sentir… un individuo por derecho propio, un ser formado por piernas y brazos, muslos, cabeza, ojos y dientes.

Avanzó a ciegas hacia la ventana. No le hizo el menor ademán a su madre. Él era su traidor. Que lo viera, entonces. ¡Que su madre lo viera!

Desde el momento en que se desprendió de su chaqueta y saltó al agua, Titus supo cuál era el radiante propósito que le impulsaba. No había lugar para el miedo. Sabía que sólo a él correspondía caer sobre ese símbolo de todo cuanto es tiránico: Pirañavelo, la bestia fría y cerebral. Su instrumento era un puñal, frío y escurridizo. Había atado un trapo a la empuñadura. Se plantó junto a la ventana, sujetándose al alféizar con ambas manos, y contempló la fantástica escena a la luz de las antorchas. La lluvia había amainado y el viento, antes tan tumultuoso, cesó de pronto. Hacia el nordeste, allá en lo alto, la luna se desprendió de una nube asfixiante.

Una luz cenicienta se extendió sobre Gormenghast, y en la bahía cayó un silencio que sólo rompía el chapoteo de las olas contra los muros, pues, aunque el viento había cesado, las aguas seguían revueltas.

Titus no hubiera sabido decir por qué estaba allí. Tal vez era porque estaba tan cerca como era posible del fugitivo, ya que la entrada le estaba vedada, y el agujero circular estaba vigilado. Desde donde estaba, libre de sus captores, al menos podía estar cerca del hombre a quien deseaba matar. Pero era más que eso. Sabía que su papel no sería el de un simple espectador. Sabía que de un modo u otro, los sabuesos humanos, por bien que armados, no serían rival para una criatura tan taimada como la que perseguían. No, la superioridad numérica no bastaría para vencer a un demonio tan hábil e ingenioso.

Nada de esto lo pensó Titus de forma consciente. No estaba en situación de razonar. Del mismo modo que supo que debía escapar y nadar hacia las escaleras, supo que debía entrar en aquella habitación y permanecer junto a la ventana.

V

De pronto, desde abajo llegó un terrible grito, luego otro. Pirañavelo, que no había tenido más remedio que llevar su esquife hasta el fondo de la habitación cuando la primera de las cuatro embarcaciones se abrió paso por la ventana, utilizó su mortífera goma dos veces en rápida sucesión. Las tres descargas siguientes volaron contra las antorchas, sujetas en unos anillos de hierro a los lados de la primera embarcación. Dos de ellas cayeron al agua y se hundieron siseando.

Estas tres piedrecillas eran su última munición, exceptuando la que había dejado sobre el dintel de la ventana.

Tenía su cuchillo, pero sabía que sólo podría lanzarlo una vez. Sus enemigos eran incontables. Mejor servicio le haría utilizarlo como daga que lanzarlo y malgastarlo con la muerte de cualquier subalterno.

Sus enemigos estaban muy cerca, a la distancia de un remo. El más próximo colgaba sin vida sobre la borda de la embarcación. Los gritos que se habían oído procedían de los hombres de popa, que habían recibido cada uno una pedrada en las costillas y la mejilla. No hubo ningún grito del hombre que colgaba de la popa como un saco de harina y que arrastraba su mano peluda por el agua, pues su tránsito de este mundo al otro había sido tan rápido que no hubo tiempo para protestas.

Pirañavelo ya no tenía más piedras, así que se deshizo del tirachinas y saltó tras éste y se encontró nadando bajo la quilla de las barcas. Se había sumergido, y estaba seguro de que no podían verle desde arriba pues, aunque la luz iluminaba la superficie de las aguas, bajo ésta no se apreciaba ningún signo de nada tangible.

La única persona de la primera embarcación que estaba en posición de gritar no perdió el tiempo e informó al mundo en seguida. Su voz parecía aliviada, aunque trataba de ocultar sus emociones.

—¡Ha saltado al agua! ¡Bajo los botes! ¡Ah, de la tercera barca, vigilad la ventana! ¡Vigilad la ventana!

Pirañavelo se deslizó con rapidez por la negra oscuridad. Sabía que debía llegar lo más lejos posible antes de salir a la superficie a respirar. Pero, al igual que Titus, estaba mortalmente cansado.

Cuando llegó a la ventana, casi no quedaba aire en sus pulmones. Palpó el soporte de piedra con la mano izquierda. Hacia la derecha, justo encima de su cabeza, estaba la quilla del tercer barco. Por un momento, descansó y apoyó la cabeza contra la quilla y entonces, dándose impulso, pasó por la mitad inferior de la ventana, rozando el áspero alféizar de piedra y, girando bruscamente hacia la izquierda, se deslizó a lo largo del muro. Dos metros por encima de la oscuridad en la que nadaba Pirañavelo, la brillante superficie de las aguas lamía la piedra bajo la ventana de la condesa.

Por supuesto, recordaba que una de las dos barcazas se hallaba justo encima. Estaba nadando bajo un monstruo de madera con los flancos cubiertos de antorchas y la proa chata abarrotada de hombres.

Lo que no sabía cuando subió a buscar aire, con los pulmones a punto de estallar, era si entre el costado de la larga barcaza y el muro que se elevaba hacia lo alto habría suficiente espacio para asomar la cabeza.

Nunca había visto aquellas barcazas e ignoraba si los costados subían verticalmente o quedaban abombados. En tal caso, tenía la posibilidad de ocultarse bajo su forma convexa pues, al tocar por su parte más saliente el muro, formaría una especie de pasadizo donde al menos por un rato podría respirar y ocultarse.

Se dispuso a subir palpando el muro. Los dedos extendidos preparados para el tacto rugoso de la piedra tocaron con gran sorpresa no la piedra, sino un manto subacuático y enmarañado de esa hiedra exuberante que cubría una parte tan extensa de los muros del castillo. Ya había olvidado que, cuando huía en la canoa robada hacia la funesta habitación inundada, sus ojos repararon en la hiedra, con sus largos tentáculos, y que la fachada del castillo no sólo parecía mutilada y surcada de huecos donde antaño hubo ojos de cristal que centelleaban, sino que estaba cubierta por aquellas erupciones trepadoras de vegetación negra.

Pirañavelo siguió subiendo, aferrándose a las ramas sumergidas, y de pronto su cabeza topó con el casco

de la barcaza, que tocaba el muro.

Fue entonces cuando supo que estaba más cerca de la muerte de lo que había estado jamás. Más cerca que cuando quedó atrapado en los brazos llameantes del muerto Bergantín. Más cerca que cuando trepó al ático secreto de Fucsia. Porque no le quedaba aliento más que para unos angustiosos segundos. Por arriba el camino estaba bloqueado. El costado de la barcaza, que se combaba hacia el exterior, tocaba ya el muro bajo la superficie y le cerraba el paso por arriba. No había ningún pasadizo donde respirar. Todo era agua. Pero, incluso con aquel gran martillo de desesperación que notaba golpeándole en las sienes, se volvió hacia la hiedra. Si trepaba ayudándose de las ramas exteriores sólo conseguiría llegar a ese angosto techo de agua. Pero ¿qué profundidad tendría aquella maraña submarina y laberíntica de hojas interminables, de brazos y dedos vellosos?

Con las fuerzas que le quedaban luchó. Luchó contra la hiedra. Desgarró las escamas de su garganta. Se adentró en su interior. Tiró de sus ligamentos, desgarró sus pequeños huesos llenos de agua; separó por la fuerza sus costillas y, mientras éstas trataban de recuperar su antigua curvatura, intentó abrirse paso a través de ellas. Y, en tanto que tiraba y se aferraba tratando de avanzar, en su interior, una voz distante decía: «No has logrado alcanzar el muro… no has alcanzado el muro».

Tampoco había alcanzado el aire… y entonces, por un instante, fue incapaz de seguir conteniendo la respiración y dio su primera e inevitable bocanada de agua.

El mundo se volvió negro pero, en una especie de acto reflejo, sus brazos y sus piernas siguieron impulsándolo unos segundos más hasta que, con la cabeza echada hacia atrás, se desvaneció, arropado por una red de ramas de hiedra.

Pasó un rato y, cuando por fin abrió los ojos, se dio cuenta de que la máscara de su rostro quedaba por encima del agua. Se encontraba en una especie de bosque vertical… una maraña que se apoyaba sobre uno de sus extremos. Pirañavelo sabía que no estaba haciendo nada para sostenerse, las ramas lo acunaban. Era como una mosca en una telaraña anegada. Pero los últimos espasmos de su cuerpo, que luchaba por ascender, habían logrado sacar su rostro del agua.

Lentamente, giró los ojos. Estaba apenas unos centímetros por encima del nivel de la crujía de la barcaza. No veía la embarcación en sí, pero a través de algunos huecos en la hiedra, divisaba las antorchas brillando como joyas, así que permaneció en los brazos de la planta trepadora gigante y oyó una voz gritar desde lo alto:

—Que todos los botes se alejen de la boca de la cueva. Y que formen una línea en la bahía inmediatamente. Encended todas las antorchas que haya a bordo, cada luz, cada vela. Que pasen cuerdas bajo la quilla de todos los barcos. Ese hombre podría esconderse en un timón. Por los poderes, tiene más vida que todos vosotros juntos…

En aquel silencio absoluto que se hizo después de amainar el vendaval, su voz sonó como un cañonazo.

—Por los infiernos, no es un tritón, no tiene cola ni aletas. ¡Tendrá que respirar! ¡Tendrá que respirar!

Las embarcaciones retrocedieron con un gran chapoteo de remos y palas, y las dos barcazas que se mecían sobre las aguas quietas se apartaron del muro. Pero, mientras las diferentes embarcaciones se desplazaban hacia el centro de la bahía y formaban una línea lo suficientemente alejada para quedar fuera del alcance de un buceador, Titus permaneció junto a su madre en la ventana, sin reparar apenas en su presencia, ni en la actividad de las embarcaciones, a pesar de la agitación y de la violencia y volumen de las órdenes de su madre, porque sus ojos escrutaban con avidez algo que tenía prácticamente debajo. Lo que sus ojos veían parecía de lo más inocente, y nadie salvo Titus en su febril estado hubiera seguido escrutando el pequeño retazo de hiedra que quedaba treinta centímetros por encima del agua. No era distinta de ninguna otra sección que hubiera podido elegir aleatoriamente en el manto de hojas. Pero Titus, que antes de que su madre se acercara a la ventana se había estado meciendo en una especie de sopor enfermizo, porque la fiebre y el agotamiento se acumulaban y se acercaba el final, había visto un movimiento que no acertaba a comprender… un movimiento que no formaba parte de su sopor.

Una agitación brusca e insistente entre las hojas. El agua, los botes, el mundo se balanceaban. Todo se balanceaba. Pero aquella agitación de la hiedra no formaba parte de ese gran movimiento general. No estaba en su cabeza. Tenía lugar en el mundo que veía a sus pies… y ese mundo se había vuelto tan quieto y callado como una lámina de cristal.

Sus latidos se aceleraron ante una intuición.

Y, de esta intuición, de su debilidad, surgió una especie de poder que se extendió por su cuerpo como savia. No el poder de Gormenghast o el orgullo del linaje, aquello no eran más que frutos de un mar muerto, sino el poder del orgullo de la imaginación. Él, Titus, el traidor, estaba a punto de demostrar su existencia, espoleado por su ira, espoleado por el romanticismo de una naturaleza que ya no le pedía barcos

de papel o canicas o monstruos con zancos o la cueva de la montaña o la Criatura flotando entre los robles dorados, ni nada que no fuera venganza y muerte y la certeza de que ya no se limitaba a mirar, sino que estaba en medio de la acción.

Su madre estaba a su lado. Tras ella, un grupo de funcionarios intentaba ver como podía la escena del exterior. No debía cometer ningún error. Al menor descuido, una docena de manos lo aferrarían.

Se colocó el puñal en el cinto con mano temblorosa, como si estuviera muerto de frío. Entonces, volvió a apoyar las manos sobre el alféizar, y esto lo hizo lanzando una mirada furtiva por encima del hombro. Su madre estaba en pie con los brazos cruzados. Contemplaba la escena con una implacable intensidad. Los hombres que tenía detrás estaban peligrosamente cerca, pero miraban más allá de él, al lugar donde las barcas estaban formando una única línea.

Y entonces, casi antes de haber tenido tiempo de decidirlo, reunió sus fuerzas y, tras saltar a medias sobre el alféizar fingiendo que tropezaba, cayó los primeros dos metros entre la hiedra antes de conseguir agarrarse a los tallos. Cuando dejó de caer, vio que las ramas a las que se había agarrado no se rompían.

Titus había notado que la pequeña zona de hiedra sospechosa que buscaba estaba justo bajo la ventana desde la que había saltado (y que ahora estaba atestada de rostros asustados), justo debajo, al nivel del agua. Oía que gritaban su nombre, que daban órdenes por la bahía para que una barca se acercara inmediatamente, pero eran sonidos de otro mundo.

Y sin embargo, aunque esta sensación de distanciamiento le mantenía suspendido en un mundo de sueños, al mismo tiempo, algo le empujaba a bajar por el muro de hiedra como atraído por un imán. En aquel borrón de debilidad y distanciamiento había un núcleo de impulso y determinación.

Apenas era consciente de lo que hacía su cuerpo. Sus brazos, sus piernas, sus manos parecían obrar a su antojo. Él los siguió hacia abajo entre las hojas.

Pero Pirañavelo, que había tenido que cambiar de posición cuando un calambre insoportable le afectó la pierna y el hombro izquierdos, y que se movió con la esperanza de que si estiraba los miembros con cuidado no alteraría la quietud de la cubierta exterior de hojas, ya había oído el sonido de ramas rompiéndose por encima de su cabeza y supo que aquella acción tendría resultados fatales. Después de haber luchado tan duramente por ocultarse de sus perseguidores, era un destino funesto que hubieran de descubrirlo tan pronto.

Por supuesto, ignoraba que era el joven conde quien iba a caer sobre él. Sus ojos estaban clavados en la oscura maraña de brazos fibrosos que había sobre su cabeza. Era evidente que, quienquiera que fuese esa persona, no descendería por el interior de la masa de hiedra, más pegada al muro. Esto hubiera significado desplazarse a paso de caracol y debatirse continuamente con las ramas más densas. No, su perseguidor se descolgaría por el follaje exterior y seguramente trataría de penetrar la maraña cuando estuviera cerca, pero fuera del alcance de Pirañavelo.

Y esto es lo que Titus pretendía pues, cuando estaba a un metro y medio por encima del agua, se detuvo y esperó un poco para recobrar el aliento.

La luna estaba alta en el cielo y hacía innecesarias las antorchas. El seno de la bahía estaba leproso. Las hojas de hiedra reflejaban una luz satinada. Los rostros qué asomaban desde las ventanas se veían pálidos e inexpresivos:

Por un momento, se preguntó si Pirañavelo se habría movido, si habría cambiado de posición y ya no se encontraba donde había visto que la hiedra delatora cobraba vida y temblaba, y si él, Titus, estaría en esos momentos a escasos centímetros de su enemigo, en peligro de muerte. En aquel instante le pareció extraño que no saliera una mano de entre el follaje empuñando un puñal para matarle. Pero no sucedió nada. El sonido de remos que subían y bajaban en la bahía hacía más intenso el silencio.

Y entonces, aferrando con la mano izquierda un tallo interior, apartó las capas exteriores y escrutó el corazón del follaje, donde las ramas brillaron como un entramado de huesos blancos y retorcidos al contacto con la luz de la luna.

Sólo tenía un camino. Adentrarse cuanto le fuera posible entre la hiedra y descender en la penumbra hasta encontrar a su enemigo. La luna brillaba con tal intensidad que una especie de crepúsculo había sustituido la medianoche sin rayos entre las hojas. Sólo en la oculta faz del muro la oscuridad era total. Si Titus conseguía adentrarse hasta el muro y abrirse paso hacia abajo, era posible que, antes de llegar al nivel del agua, viera alguna figura que no fuera la de una rama o una hoja de hiedra… una curva o un ángulo entre las hojas, un codo tal vez, o una rodilla, o una frente abultada…

VI

El asesino no se había movido. ¿Por qué habría de moverse? No había mucha diferencia entre un tramo de hiedra u otro. ¿Qué ganaría esquivándolo momentáneamente? Y, de todos modos, ¿adónde podía escapar? Aquel tramo de hiedra tenía únicamente veinte metros de ancho. Sólo era cuestión de tiempo que lo atraparan. Pero el tiempo, cuando escasea, es un don dulce y precioso. Se quedaría donde estaba. Se daría el gusto de paladear en la boca el sabor de la casi muerte, se mecería sobre las aguas del Leteo.

No es que hubiera perdido la voluntad de vivir, sino que su cerebro era tan frío y exacto que, cuando le decía que por esto o por lo otro su vida estaba a escasas horas de su fin, no tenía facultades para combatir su lógica. Por debajo estaba el agua, donde no podía respirar. Hacia el norte había más agua, y tratar de nadar hubiera significado su captura inmediata. Si se desplazaba a izquierda o derecha toparía con los límites de la hiedra. Y si trepaba hacia arriba sólo encontraría ventanas, cada una con un rostro.

Quienquiera que fuese la persona que se dirigía hacia él entre la hiedra presumiblemente había informado al mundo de su propósito o había recibido la orden de batirse con él. Alguien había notado el movimiento entre la hiedra.

Pero lo curioso era que, a juzgar por lo que oía, sólo una embarcación se dirigía hacia allí. El subir y bajar de dos remos era distante, pero se distinguía perfectamente. ¿Por qué no habían mandado una flotilla a por él?

Mientras se frotaba el puñal contra el antebrazo, un poco de polvo cayó entre los tallos retorcidos por encima, y luego una rama se partió mucho más arriba de su cabeza.

Pero no procedía exactamente de encima. Parecía venir de más adentro entre la hiedra, de algún punto entre él y el muro.

Moverse hubiera significado hacer ruido. Estaba acurrucado como un niño famélico en un lecho de ramas. Pero su mano derecha sujetaba el puñal contra el hombro, preparado para atacar.

Sus ojos, pequeños y muy juntos, brillaban con una concentración antinatural en la oscuridad, pero no era su color, por bien que extraordinario, el que se veía en la penumbra, sino algo mucho más terrible. Era como si la sangre roja de su cerebro o de detrás de sus ojos quedara reflejada en las pupilas. Sus finos labios de mojigato se habían fundido en un hilo exangüe.

En ese momento, volvió a experimentar, aunque con mayor intensidad, las mismas sensaciones que le dominaron cuando, teniendo los esqueletos de las nobles hermanas a sus pies, se había pavoneado entre sus despojos como si una fuerza atávica se hubiera adueñado de él.

Esa sensación era tan absolutamente ajena a la frígida naturaleza de su cerebro consciente que Pirañavelo no tenía forma de comprender lo que le estaba sucediendo, menos aún de controlar la necesidad de exhibirse. Pues una ola de arrogancia había penetrado en su interior y había anegado su cerebro con unas aguas negras y fantásticas.

El ansia de permanecer oculto había desaparecido. El poco vigor que quedaba en su cuerpo le pedía pavoneo y ostentación.

Ya no quería matar a su enemigo en la oscuridad y el silencio. Su anhelo era mostrarse desnudo a la luz de la luna, con los brazos levantados y los dedos extendidos, y dejar que la sangre que los empapaba se deslizara por sus muñecas y bajara por sus brazos en una espiral humeante en la fría noche… y llevarse las manos al pecho como garras para dejar al descubierto un corazón como un negro vegetal, y entonces, en el momento álgido de su exhibicionismo, en la dulce gloria de su perversidad, tener un gesto de supremo desafío, obsceno y raro; y allí, rodeado por las torres de Gormenghast, privar al castillo de su celoso derecho y morir a manos de su propia maldad bajo la luz de la luna.

No, ya no quedaba nada del cerebro que hubiera desdeñado aquellas cosas. El brillante Pirañavelo se había convertido en una nube carmesí. Se mecía en el albor del mundo.

Ajeno a toda precaución, se aferró a unas ramas, y desde todas las ventanas oyeron cómo se quebraban en medio del silencio con el estampido de un arma de fuego. Sus pupilas eran como cabezas de alfiler al rojo.

Arrancó los gruesos tallos de hiedra y abrió una cavidad entre las masas de follaje, golpeando y apisonando con los pies hasta que encontraron apoyo a un palmo por debajo del agua. Con la mano izquierda aferró uno de los sólidos brazos de la planta parásita, peludo como la pata de un perro.

El cuchillo estaba listo para golpear. Había echado la cabeza hacia atrás. Más arriba, en la oscuridad del follaje, oyó algo. Un grito o un jadeo, y entonces, un montón de ramas cayeron crujiendo, sí, cayeron por el hueco oscuro que la violencia repentina de Pirañavelo había creado, cayeron con una velocidad cada vez mayor con Titus cabalgando sobre ellas.

Al caer, Titus vio los dos puntos rojos. Los vio a través de la maraña de hiedra rota.

El miedo se había apoderado de él unos momentos antes, pues su mente se había aclarado, como si en un cielo ardiente cubierto de nubes se hubiera abierto un pequeño claro, no más extenso que una uña, y le hubiera permitido ver el cielo. Y con esta momentánea dispersión de las brumas de la fiebre y la fatiga, llegó el miedo a Pirañavelo, la oscuridad, la muerte.

Pero en cuanto las ramas se rompieron a sus pies mientras colgaba en la noche convulsa, en cuanto empezó a caer, el miedo volvió a abandonarle. Se dijo: «Estoy cayendo. Me muevo de prisa. Pronto estaré sobre él. Y entonces le mataré si puedo».

Titus cayó, con el puñal bien sujeto en su mano y, cuando aterrizó aparatosamente sobre el ramaje que se había acumulado sobre la superficie saturada de las aguas, lo vio brillar en su mano como un fragmento de cristal bajo un rayo de luna. Pero sus ojos sólo percibieron la delgada hoja de acero durante un instante, pues en su caída había quedado expuesto a la luz y, de pronto, otro objeto tan brillante como la fina hoja atrajo su mirada, un objeto con ojos como cuentas de sangre y una frente como una bola de manteca, un objeto cuya boca, delgada como un hilo, se estaba abriendo y curvándose hacia arriba por las comisuras y que no hubiera podido producir ninguna nota más que la que resonó en ese momento por la bahía inundada y ascendió por los antiguos muros y convirtió al público silencioso en piedra, una nota del amanecer, el chillido agudo de un gallo de pelea.

Mientras aquel estallido de arrogancia vibraba en la noche y el eco del cacareo resonaba por las habitaciones huecas desplazándose de un lado a otro hasta que se extinguió, Titus atacó.

No podía ver el cuerpo en el que hundió su pequeño puñal. Sólo la cabeza, con la boca distendida y los ojos inyectados de sangre. Pero golpeó la oscuridad, por debajo de la cabeza, y de pronto notó su mano húmeda y caliente.

¿Qué le había sucedido a Pirañavelo para ser el primero en recibir el golpe, y uno tan mortífero? Había reconocido al conde, quien, al igual que él mismo, había quedado expuesto a causa de la luz de la luna. Que el señor de Gormenghast estuviera a su merced tan oportunamente le produjo tal placer que la necesidad de cantar como un gallo se hizo irresistible.

Había vuelto al punto de partida. Se había rendido a fuerzas apremiantes. ¡Él, el racionalista, el reservado!

Y así, en un paroxismo de autocomplacencia, o dominado tal vez por algún agente elemental sobre el que no tenía poder, había negado su cerebro y había perdido el único momento en el tiempo en el que hubiera podido golpear antes que su enemigo.

Pero cuando el puñal le desgarró el pecho, su visión le abandonó. Volvía a ser Pirañavelo. Pirañavelo herido, sangrando, pero no muerto. Aullando de dolor, él también golpeó, pero, justo entonces, Titus tuvo un desvanecimiento y el cuchillo sólo le hizo una herida en la mejilla, no muy profunda, pero sí larga y sangrienta. El agudo dolor le despejó la cabeza y, en ese instante, asestó otro golpe, bajo la cabeza. El mundo empezó a dar vueltas, y él giraba con él y, de nuevo, oyó muy lejos el canto de un gallo; abrió los ojos y vio su puño contra el pecho de su enemigo, porque el rombo de luz de luna había caído sobre los dos, y supo que no tendría fuerzas para sacar el puñal de entre las costillas de aquel cuerpo que se arqueaba entre el tupido follaje. Y Titus se quedó observando el rostro, como un niño que mira la esfera de un reloj, maravillado y perplejo, porque ya no era nada, sólo una cosa, estrecha y pálida, con una boca abierta y unos ojos pequeños y apagados que miraban hacia arriba.

Pirañavelo estaba muerto.

Cuando Titus comprendió que esto era así, se desplomó sobre las rodillas y cayó de bruces al agua. Al punto un grito brotó de las bocas de cien espectadores y su madre, enmarcada por la ventana de arriba, se inclinó hacia delante y sus labios se movieron ligeramente mientras miraba a su hijo.

Por supuesto, ni ella ni los que vigilaban desde las ventanas habían visto nada más que la agitación

entre las hojas, al pie del muro. Titus había desaparecido, adentrándose en la tupida maraña cuyas hojas en forma de corazón centelleaban a la luz de la luna. Durante largos segundos, la agitación había cesado entre el follaje. Y luego empezó de nuevo, hasta que, de pronto, vieron un gran revuelo y se dieron cuenta de que había dos figuras bajo la hiedra.

Y cuando Pirañavelo dejó de ocultarse y Titus cayó por el hueco de hojas y ambos intercambiaron mandobles, el sonido de la lucha, de ramas que se rompían, de las piernas de ambos moviéndose por debajo del agua… todos estos ruidos se oyeron por toda la bahía con una peculiar nitidez. Entre tanto, la flota de barcos se había acercado nuevamente al castillo sin que se dieran cuenta los protagonistas y estaba muy próxima a los muros. Los capitanes esperaban órdenes, pero la condesa, inmóvil bajo la luz de la luna, era como una talla contra la ventana, con la mano apoyada en el alféizar y la mirada concentrada abajo. El terrible y triunfal canto del gallo rompió la atrofia y, cuando poco después, Titus cayó de entre la hiedra y la sangre de su mejilla tiñó el agua en torno a su cabeza, la mujer dejó escapar un grito, creyéndolo muerto, y golpeó el alféizar de piedra con el puño.

Una docena de barcas se lanzaron a recuperar el cuerpo del agua, pero la embarcación que se había separado del resto un rato antes y cuyos remos habían oído Titus y Pirañavelo iba por delante y no tardó en llegar junto al cuerpo. Titus fue izado a bordo. Tan pronto lo dejaron sobre el suelo, sorprendió a aquella audiencia atónita, pues fue como si se levantara de entre los muertos: se puso en pie y, señalando a la parte del muro de donde había caído, ordenó a los barqueros que se acercaran.

Por un momento, los hombres vacilaron, mirando hacia la condesa, pero no obtuvieron su ayuda. Una suerte de belleza se había adueñado de sus rasgos chatos y grandes. Esa mirada que reservaba, sin saberlo, para un pajarillo con el ala rota o un animal sediento estaba depositada en aquel momento sobre la escena que veía abajo. El hielo se había fundido en sus ojos.

Se volvió a las personas que había detrás de ella en la habitación.

—Marchaos —dijo—. Hay otras habitaciones.

Al volverse de nuevo hacia la ventana, vio que su hijo estaba en la proa y la miraba. Tenía un lado del rostro ensangrentado. Sus ojos mostraban un extraño brillo. Como si quisiera asegurarse de que ella estaba allí y lo veía todo. Pues, mientras subían el cuerpo de Pirañavelo a bordo, él miró el cuerpo, la miró a ella, y luego un negro desvanecimiento se abatió sobre él y el rostro de su madre se emborronó y Titus cayó de bruces en el barco como si se precipitara en una zanja de oscuridad.

SETENTA Y NUEVE

No hubo más lluvia. La atmósfera limpia era de una dulzura indescriptible. Una especie de paz natural, casi fruto de la mente, una especie de ensueño, descendió sobre Gormenghast… sí, parecía descender con los rayos del sol durante el día y los rayos de la luna por la noche.

A pasos infinitesimales, dorado momento a momento, hora a hora, día a día y mes a mes, las aguas descendieron. El dilatado paisaje de tejados, la pizarra y las mesetas de piedra, las largas azoteas y las alturas inclinadas se secaron al sol, un sol que brillaba cada día y que convirtió unas aguas que habían sido grises y sombrías en una superficie lisa y adormecida sobre cuyas profundidades azules flotaban ociosas las nubes.

Pero en el interior del castillo, a medida que la inundación remitía y las aguas se retiraban de los niveles superiores, se hizo patente la destrucción que éstas habían causado. Del otro lado de las ventanas, las aguas se extendían inocentemente, meciéndose, como si la mantequilla no pudiera derretirse en su boca azul y suave, y sin embargo, al mismo tiempo, en los pisos que acababan de secarse podían encontrarse numerosos tramos donde el sucio cieno tenía dos palmos de grosor. Hediondos riachuelos de agua rezumaban de las ventanas. En los pisos que hasta hacía poco estaban sumergidos, empezaba a aparecer la parte superior de los objetos, cubierta de limo gris. Comenzaba a hacerse patente que la limpieza de todo aquel sedimento acumulado y la tarea de adecentar el castillo cuando por fin volviera a alzarse sobre la tierra seca, si es que alguna vez sucedía, se prolongaría en el futuro.

Los febriles meses dedicados a subir por las escaleras de Gormenghast todo lo que ahora se acumulaba en los pisos superiores no serían nada en comparación con la tarea de regeneración que esperaba a los hierofantes.

El hecho de que en alguna fecha remota el castillo seguramente estaría más limpio de lo que lo había estado en mil años poco significaba para quienes nunca habían pensado en aquel lugar en términos de limpieza, para quienes nunca imaginaron que pudiera ser más que lo que era.

La amenaza que la inundación había significado para sus existencias ya estaba olvidada. Era la ingente tarea que les esperaba lo que resultaba desalentador. Y sin embargo, la calma que se había instalado sobre Gormenghast había suavizado la dura perspectiva. Por delante había tiempo… dulce e inconmensurable. El trabajo se haría eterno, pero no sería frenético. Las aguas estaban bajando. Habían causado gran destrucción y ruina, y muerte, pero estaban bajando. Habían dejado a su paso habitaciones llenas de fango y una miscelánea de objetos rotos y empapados, pero estaban bajando.

Pirañavelo había muerto. El temor a sus piedrecillas sibilantes ya no existía. Las multitudes se desplazaban sin miedo por las azoteas, aparecían en la superficie, un centenar de personas que batallaban a la vez. Los pinches de cocina y los chiquillos del castillo saltaban desde las ventanas y se zambullían y jugaban en el agua, y se encaramaban a los salientes como si pretendieran conquistar una torre isleña salida de la nada.

Titus se había convertido en una leyenda, un símbolo viviente de la venganza. La larga cicatriz que le cruzaba el rostro era la envidia de la juventud del castillo, el orgullo de su madre… y su gloria secreta.

El médico le había hecho guardar cama durante un mes. La fiebre le había subido peligrosamente. Durante una semana de delirios, el médico luchó por salvar su vida y apenas se movió de su lado. Su madre permaneció sentada en un rincón, inmóvil como una montaña. Cuando finalmente Titus empezó a tener conciencia de lo que sucedía a su alrededor y su frente empezó a enfriarse, ella se retiró. No sabía qué decirle.

El descenso de las aguas continuó al mismo ritmo pausado. Las azoteas se convirtieron en viviendas. Después de tres siglos de olvido, la cima extensa y llana de los macizos del oeste se convirtió en el paseo favorito de las gentes, que la recorrían tras la puesta de sol, cuando habían terminado su trabajo, o se

asomaban a los torreones para ver el sol hundirse bajo las aguas. Las azoteas existían por derecho propio. Durante el día, se intentaba hacer vida normal en la medida de lo posible. Los grandes Tomos de Procedimiento se habían salvado del desastre, y el Poeta, ahora Maestro del Ritual, trabajaba sin descanso. Extensas áreas se cubrieron de chozas y cabañas de todo tipo. Los diferentes estratos de Gormenghast se vieron atraídos gradualmente hacia aquellos habitáculos, cada uno según correspondía a su rango y ocupación.

La Montaña de Gormenghast era cada vez más visible. El cono elevado e irregular era más grande a cada día que pasaba. Cuando el sol salía y sus débiles rayos oblicuos lo tocaban e iluminaban los árboles, las rocas, los helechos, era como una isla llena del ensordecedor canto de los pájaros. Con el mediodía llegaba el silencio: el sol se deslizaba suavemente por el cielo y se reflejaba en el agua.

Era como si todo lo que había sucedido durante la pasada década, toda aquella violencia, las intrigas, el apasionamiento, el amor, el odio y el miedo necesitaran un descanso y, ahora que Pirañavelo había muerto, el castillo pudiera por fin cerrar sus ojos por un tiempo y disfrutar de la apatía de la convalecencia.

OCHENTA

Día tras día, noche tras noche, esa extraña quietud se extendía sobre el reino. Pero sólo descansaba el espíritu, no el cuerpo. El ir y venir era continuo, los trabajos y las innumerables actividades que giraban en torno al reacondicionamiento del castillo no tenían fin.

Las copas de los árboles empezaron a asomar con todas sus ramas rotas, salvo las más fuertes. Nuevas figuras de piedra levantaban su cabeza sobre el agua. Se destacaron expediciones a la Montaña de Gormenghast, desde cuyas laderas se apreciaba cómo el castillo iba recuperando su familiar silueta.

Allí, en la ladera rocosa, a no más de trescientos pies de la cumbre con forma de garra, Fucsia había sido enterrada un día después de la muerte de Pirañavelo.

Seis hombres la llevaron hasta allí sobre las aguas quietas, en la más espléndida de las embarcaciones de los Tallistas, una voluminosa construcción con la proa esculpida.

La tradicional catacumba de la familia Groan, con sus efigies de piedra del país, estaba a muchas brazas por debajo del agua, y no quedó más remedio que enterrar a la hija del Linaje, con toda la pompa, en la única tierra disponible.

El médico, que no se atrevió a dejar solo al conde enfermo, no pudo asistir a la ceremonia.

La tumba se excavó en la tierra rocosa sobre una ladera empinada escogida por la condesa, que había buscado aquí y allá sobre el peligroso terreno, tratando de encontrar un lugar digno de convertirse en la tumba de su hija.

Desde aquel emplazamiento, se podía ver el castillo meciéndose contra el horizonte, como el escarpado acantilado de un continente, una costa mordisqueada por incontables cuevas y con la poderosa mordedura de sombrías ensenadas. Un continente ante cuyas costas se arracimaban las islas, islas de todas las formas posibles que puede adoptar una torre, y archipiélagos, istmos y acantilados, y penínsulas desnudas de piedra errante… un paisaje interminable que las aguas de la inundación reflejaban hasta el último detalle.

Casi había transcurrido un año antes de que Titus se recuperara en gran medida, no sólo del horror de la noche, sino de los efectos del agotamiento nervioso que le siguió, y Gormenghast volvía a verse de arriba abajo.

Pero era un lugar húmedo y maloliente. No era sitio para vivir. Cuando oscurecía, se palpaba la enfermedad en cada aliento. En sus corredores se habían ahogado animales, se habían podrido cientos de objetos. Era un lugar peligroso. Sólo de día los enjambres de trabajadores, bregando incansablemente, le daban vida.

Las azoteas se habían abandonado, y un campamento gigantesco se extendía sobre las tierras y laderas que rodeaban el castillo; se había levantado una especie de ciudad de chabolas, donde cabañas, chozas y construcciones improvisadas de gran simplicidad hechas de barro, caña, fragmentos de lona y hierro y piedra procedentes del castillo se apoyaban unas contra otras en una fantástica aglomeración.

Así, mientras los trabajos continuaban, siempre con un fin, la parte de Gormenghast que estaba hecha de carne y hueso vivía hombro con hombro.

El tiempo era de una belleza casi monótona. El invierno fue suave. Cada pocas semanas llovía ligeramente; en primavera, plantaron maíz en las laderas más altas y menos saturadas de agua. Por encima de los campamentos que la rodeaban, la gran obra de piedra se echaba a perder.

Pero, mientras la miríada de compartimentos e intersticios que la componían se secaba y esta sensación de paz reinaba por doquier, Titus, por el contrario, conforme su recuperación se hacía más completa, se sentía cada vez más inquieto.

¿Qué servicio le hacía a él aquella tenue luz dorada, aquella sensación de paz? ¿Por qué había de levantarse cada día a la monotonía del eterno campamento, el eterno castillo y el eterno ritual?

Porque el Poeta se estaba tomando su trabajo muy en serio. Su elevada inteligencia, que hasta entonces

se había concentrado en la creación de estructuras verbales sorprendentes, aunque incomprensibles, podía ahora emplearse en una forma que, si bien era igual de incomprensible, tenía más valor para el castillo. La Poética del Ritual lo absorbía y en su rostro alargado y afilado nunca faltaba una contracción especulativa de los músculos, como si siempre estuviera considerando alguna nueva y fascinante variación del asunto de la ceremonia y el elemento humano.

Como debía ser. Después de todo, el Maestro de Ritual era la clave de la vida del castillo. Pero, conforme pasaban los meses, Titus empezó a comprender que debía escoger entre ser un símbolo y conformarse o convertirse en un traidor a los ojos de su madre y del castillo. Sus días estaban llenos de ceremonias absurdas cuyo carácter sagrado parecía inversamente proporcional a su utilidad o su sentido.

Y durante todo ese tiempo no dejó de ser la niña de los ojos del castillo. No podía hacer nada malo… y notaba el sabor de la miel en los labios cuando los hierofantes se apartaban de los senderos pedregosos para dejarle pasar y los niños gritaban su nombre entusiasmados desde las chabolas o miraban con los ojos muy abiertos al vengador.

Pirañavelo se había convertido casi en un monstruo legendario… pero ahí estaba él, vivo y coleando, el joven conde que le había vencido entre la hiedra. Ahí estaba el verdugo del dragón.

Sin embargo, incluso eso se convirtió en algo monótono. La miel le dejaba un regusto amargo en la boca. Su madre no tenía nada que decirle. Se había vuelto más reservada si cabe. El orgullo que sintió por su hijo la había dejado sin palabras. Volvía a ser la figura pesada y formidable, con sus gatos blancos siempre al alcance de su silbato y los pájaros silvestres sobre la mole de sus hombros.

Se había levantado por una causa: para destruir a Pirañavelo y salvar el castillo de la inundación.

Y ahora se reía de nuevo.

Su mente volvió a adormecerse. Había perdido interés en su cerebro y lo que era capaz de hacer. Como si fuera una máquina, lo había sacado de la oscuridad y puesto en marcha… y había demostrado ser comedido y poderoso, como un ejército que avanza. Pero ahora elegía detenerse. Elegía dormir de nuevo. Sus gatos blancos y sus aves silvestres habían ocupado el lugar de los valores abstractos. Ya no razonaba. Ya no creía que Titus hubiera dicho aquellas palabras en serio. Las asociaba a sus delirios. Era imposible que pudiera saber que sus palabras eran una herejía. Había suplicado una especie de libertad desvinculada de la vida de su antiguo Linaje, de su herencia, de su nacimiento. ¿Qué podía significar aquello? La condesa se impuso un estado de oscuridad iluminado sólo por ojos verdes y por los vivos colores de los pájaros.

Pero Titus no soportaba pensar en la vida que le esperaba, con sus eternas repeticiones, sus ceremonias moribundas. A cada día que pasaba se sentía más inquieto, como un animal enjaulado, un animal que ansia probarse a sí mismo, probar su fuerza.

Porque Titus se había descubierto a sí mismo. Al morir en la tormenta, la Criatura había matado su niñez. La muerte de Excorio le había preparado. La muerte de Fucsia había dejado un cráter bajo sus costillas. Su victoria sobre Pirañavelo le había dado una especie de prueba de su valor.

El mundo que imaginaba más allá del horizonte secreto… el mundo del ninguna parte y todas partes se basaba necesariamente en Gormenghast Pero él sabía que habría una diferencia y que no podía haber ningún sitio exactamente igual que su hogar. Era esta diferencia lo que él ansiaba. Habría otros ríos y otras montañas; otros bosques y otros cielos.

Estaba hambriento de todo eso. Estaba hambriento de probarse. De viajar, no como conde, sino como un extranjero, sin más refugio que su nombre.

Y sería libre. Libre de lealtades. Libre de su hogar. Libre de formalismos y ceremonias enloquecedores. Libre de ser algo más que el último del gran Linaje. Su ansia de huir había sido avivada por su pasión por la Criatura. Sin ella jamás se hubiera atrevido a otra cosa que no fuera soñar con la insurrección. Con su independencia, ella le había enseñado que sólo el miedo une a las gentes. Miedo a estar solo y a ser diferente. Su arrogancia y autosuficiencia ultraterrenas habían estallado en el mismísimo centro de sus convencionalismos. Pues en el momento en que supo con seguridad que ella no era un producto de su fantasía sino una criatura del bosque de Gormenghast, se sintió hechizado. Y seguía estándolo. Hechizado por el pensamiento de ese otro mundo que podía existir sin Gormenghast.

Una tarde, a finales de la primavera, trepó por las laderas de la montaña de Gormenghast y estuvo un rato junto a la tumba de su hermana. Pero no se quedó mucho mirando el pequeño y silencioso montículo. Allí sólo podía pensar lo que todos los hombres hubieran pensado: que era una pena que un ser tan lleno de vida y de amor y de aliento estuviera pudriéndose en la oscuridad. Y pensar aquello sólo hubiera servido para conjurar grandes horrores.

La suave brisa peinaba los verdes cabellos de la hierba hacia un lado sobre la frente del montículo. Una luz coralina inundaba el atardecer y, al igual que las rocas y los helechos que tenía a sus pies, iluminaba el

rostro de Titus.

La brisa le agitó los lacios y claros cabellos sobre los ojos, que, al apartarse del montículo y posarse en las elevadas moles del castillo, empezaron a brillar con una extraña exaltación.

Fucsia se había ido. Había abandonado Gormenghast Estaba en algún clima distinto. La Criatura estaba muerta. Hasta con la más ínfima torsión de su cuerpo en el aire, ella también le había enseñado que el castillo no lo era todo. ¿Acaso no le había enseñado lo grande que era la vida? Estaba preparado.

Permaneció allí en silencio, pero sus puños estaban cerrados y los pegó uno contra otro, nudillo contra nudillo, como si tratara de dominar la exaltación que llenaba su pecho.

Su ancho y pálido rostro no era el de ningún joven romántico. Era, en cierto modo, muy corriente. No tenía unos rasgos perfectos. Todo parecía un poco demasiado grande y ligeramente desigual. El labio inferior sobresalía una fracción más que el superior, y estaban separados, de modo que se podían entrever los dientes. Sus ojos claros, de un azul pétreo con un toque de un púrpura apagado y sombrío, eran lo único peculiar y hasta chocante por su animación.

Su cuerpo de miembros desgarbados, pesado pero fuerte y ágil, se encorvaba como si anduviera encogiendo los hombros. Del mismo modo que la tormenta congrega sus nubes, así sentía Titus congregarse en su pecho sus pensamientos, que empezaban a ordenarse y a tomar una determinada dirección, y mientras el pulso le latía en las muñecas como queriendo resaltar su voluntad de rebelarse, palpitaba en sus muñecas.

Y en todo momento, el dulce aire flotaba en torno a él, inocente, delicado, y una nube solitaria como una mano esbelta se deslizó sobre el castillo como si bendijera sus torres. Un conejo salió de la sombra de un helecho y se sentó muy quieto sobre una roca. Algunos insectos zumbaban débilmente y de pronto, muy cerca, un grillo rasgueó la única cuerda de su arco.

Una atmósfera extrañamente dócil para rodear el torbellino que se agitaba en la mente y el corazón de Titus.

Ahora sabía que posponer su acto de traición no lo haría más fácil. ¿A qué estaba esperando? No llegaría nunca un momento en que un ambiente de simpatía rebosaría del castillo y le ayudaría en su partida, diciendo: «Es el momento de partir». Ni una sola piedra del castillo lo reconocería desde el momento en que le volviera la espalda.

Titus descendió por las laderas siguiendo los árboles del pie de las colinas y, finalmente, llegó a los senderos encharcados y, tras cruzar la escarpadura, se acercó al portón de las Murallas Exteriores.

Y cuando vio los inmensos muros elevándose sobre él empezó a correr.

Corrió como si estuviera obedeciendo una orden. Y así era, aunque él no lo sabía. Corrió en reconocimiento a una ley tan antigua como las leyes de su hogar. La ley de la sangre. La ley del deseo. La ley del cambio. La ley de la juventud. La ley que separa las generaciones, que arranca al niño del lado de su madre, al mozuelo del lado de su padre, al joven de los dos.

Y esa ley era la ley de la búsqueda. Una ley que pocos obedecen por falta de valor. El ansia de los jóvenes por lo desconocido, por todo aquello que se esconde más allá del tenue horizonte.

Titus corrió con el convencimiento de que en su desobediencia estaba la prueba más profunda. No era ningún novato inexperto; no era el niño caprichoso de ningún romance dulzón. Ya no tenía dientes de leche. Había matado y había sentido cómo las costillas del ancho mundo se desgarraban, y el contacto con la muerte le había puesto los pelos de punta.

Corrió porque su decisión estaba tomada. Había sido tomada por la convergencia de motivos medio olvidados, de deseos y razones, de impulsos variados y sin embargo congruentes. Y por la convergencia de todo esto en un momento central de acción.

Fue esto lo que le hizo correr como si quisiera seguir el paso a su cerebro y su exaltación.

Sabía que no podía volverse atrás si no era renegando de su integridad. Respiraba entrecortadamente y, de pronto, se encontró entre las chozas.

El sol estaba sobre el borde del horizonte. La luz rosada era más oscura. El gran campamento tenía una extraña belleza. El populacho deambulaba por los senderos sinuosos y al acercarse él se volvían y le dejaban paso. Los niños harapientos gritaban su nombre y corrían a decir a sus madres que habían visto la cicatriz. Titus, que se vio de pronto arrastrado al mundo real, se detuvo. Se quedó un rato con las manos en las rodillas y la cabeza agachada y luego, cuando hubo recobrado el aliento y enjugado el sudor de su frente, caminó con rapidez hacia la parte del campamento donde habían levantado una empalizada para proteger la choza alargada donde se había instalado la condesa.

Antes de cruzar la empalizada por las toscas verjas de hierro hizo unas señas a unos jóvenes que pasaban.

—Id a buscar al Maestro de los Establos —dijo con el tono perentorio de su madre—. Debe de estar con los caballos, en el recinto oeste. Decidle que ensille la yegua. Él sabrá cuál. La yegua gris con una pata blanca. Y que la lleve a la Torre de los Pedernales. Yo iré en seguida.

Los jóvenes se tocaron la frente y desaparecieron en el crepúsculo. La luna empezaba a subir y asomaba tras una torre ruinosa.

Cuando estaba a punto de empujar la verja de metal, Titus se detuvo y se volvió, y se dirigió al corazón de una ciudad de tablones saqueados. Pero no tuvo necesidad de llegar al alojamiento de los profesores ni de girar hacia el este, donde el hospital del doctor elevaba sus toscas maderas hacia la luna. Pues allí delante, avanzando hacia él por el camino abierto por muchos pies, estaban el director, su mujer y su cuñado, el doctor.

Ellos no le vieron hasta que lo tuvieron muy cerca. Titus sabía que querrían hablar con él, y sabía que no sería capaz de entablar conversación o incluso de escucharles. Había perdido la sintonía con la realidad. Y así, antes de que supieran qué había pasado, Titus tendió los brazos y aferró simultáneamente la mano del doctor y la del profesor y, tras soltarlas, hizo una torpe reverencia ante Irma, giró sobre sus talones y, para sorpresa de los tres, echó a andar con rapidez hasta que lo perdieron de vista en aquel oscuro anochecer. Cuando llegó a la empalizada, Titus no se detuvo, sino que entró y le dijo al hombre que estaba de guardia ante la larga choza que lo anunciara.

La vio en cuanto entró. Estaba sentada a la mesa, con una vela delante, y miraba con gesto inexpresivo un libro de ilustraciones.

—Madre.

Ella levantó la vista lentamente.

—¿Y bien? —dijo.

—Me voy.

Ella no dijo nada.

—Adiós.

La mujer se incorporó pesadamente, cogió la vela y la levantó para acercarla al rostro de su hijo, y le miró a los ojos… y entonces, levantando la otra mano, siguió la línea de la cicatriz con su dedo índice.

—Te vas ¿adónde? —preguntó al fin.

—Me voy —repitió Titus—. Me voy de Gormenghast. No puedo explicarlo. No quiero hablar. He venido a decírtelo, nada más. Adiós, madre.

Se volvió y caminó con rapidez hacia la puerta. Titus deseó con toda su alma poder cruzar aquella puerta y salir a la noche sin que hubiera más palabras. Sabía que su madre era incapaz de asimilar aquella terrible confesión de perfidia. Pero, en medio del silencio que le colgaba de los omoplatos, oyó su voz. No era fuerte. No era apresurada.

—No hay ningún otro lugar —dijo la voz—. Sólo caminarás en círculo, Titus Groan. No hay camino, no hay senda que no te lleve de vuelta a casa. Porque todo vuelve a Gormenghast.

Titus cerró la puerta. La luz de la luna flotaba sobre el frío campamento. Brillaba sobre los tejados del castillo e iluminaba la alta garra de la montaña.

Cuando llegó a la Torre de los Pedernales, la yegua estaba allí. Titus montó, sacudió las riendas y partió de inmediato bajo la densa sombra de los muros.

Tras un buen rato salió a la brillante luz de la luna llena y poco después comprendió que, a menos que se girara en la silla, no volvería a ver su hogar. A su espalda, el castillo trepaba hacia la noche. Ante él se extendía un extenso territorio.

Se apartó unos mechones de los ojos y espoleó a la yegua gris para que trotara primero y fuera después a medio galope y, finalmente, con aquel agreste paisaje iluminado por la luna ante él, emprendió el galope.

Y así, exultante mientras las piedras iluminadas por la luna quedaban rápidamente atrás, con las lágrimas corriéndole por el rostro, con los ojos clavados con entusiasmo en el horizonte impreciso y el sonido de los cascos resonándole en los oídos, Titus se alejó del mundo que conocía.

FIN

MERVYN PEAKE. Novelista, poeta y artista, nació en 1911 en Kiling, China, hijo de un médico misionero. Llegó a Inglaterra a los once años y estudió en las Royal Academy Schools. Entre 1934 y 1936 vivió en la isla de Sark con un grupo de artistas y, de vuelta en Londres, enseñó dibujo y pintura e ilustró obras de Coleridge, Stevenson, Carroll y otros. En 1946 publicó *Titus Groan*, luego *Gormenghast* (1950) seguido de *Titus Solo* (1959), una trilogía gótica que pronto se convirtió en una obra de culto. La poesía de Peake incluye *The Glassbowers* (1950) y *The Rhyme of the Flying Bomb* (1962). Peake murió en 1968 tras una larga enfermedad.